Abordajes literarios

Cuentos del mar

Juan Bautista Duizeide
Compilador

Tolstói
Collodi
Highsmith
Bradbury
Schwob
London
Shelley
Stoker
Saer
Poe
Verne
Stevenson
Sarmiento
Kafka
Le Clézio
Tabucchi
Mallarmé

Organizados en once capítulos de poético orden temático, los cuentos reunidos en Abordajes literarios confirman que el mar es uno de los lugares por excelencia en la historia de la literatura universal: el mar fue siempre posibilidad y desafío, anhelo y nostalgia.

En esta antología no solo se cuenta sobre naufragios, océanos, puertos, marinos, bestias de mar, barcos y travesías a lo largo de distintas épocas y geografías. El lector también encontrará relatos sobre la voluntad de dominio, historias de mujeres pirata y monstruos marinos. Abordajes literarios contiene cuentos raros y desconocidos y por supuesto clásicos —en nuevas traducciones—, entre otras derivas.

Se incluyen, entre otros, textos de Claudia Aboaf, Mónica Ávila, Emilia Pardo Bazán, Ambrose Bierce, Ray Bradbury, Arnaldo Calveyra, Carlo Collodi, Arthur Conan Doyle, Joseph Conrad, Daniel Defoe, Lord Dunsany, Victoria Esplugas, C. E. Feiling, Góngora, Philip Gosse, Jorge Goyeneche, Patricia Highsmith, Franz Kafka, conde de Lautréamont, J. M. G. Le Clézio, Valeria Limardo, Jack London, Stéphane Mallarmé, Juan Mattio, Guy de Maupassant, Herman Melville, Jules Michelet, Edgar Allan Poe, Patricia Ratto, Juan José Saer, D. F. Sarmiento, Marcel Schwob, Mary Shelley, Robert Louis Stevenson, Bram Stoker, Antonio Tabucchi, León Tolstói y Jules Verne.

AA. VV.

Abordajes literarios

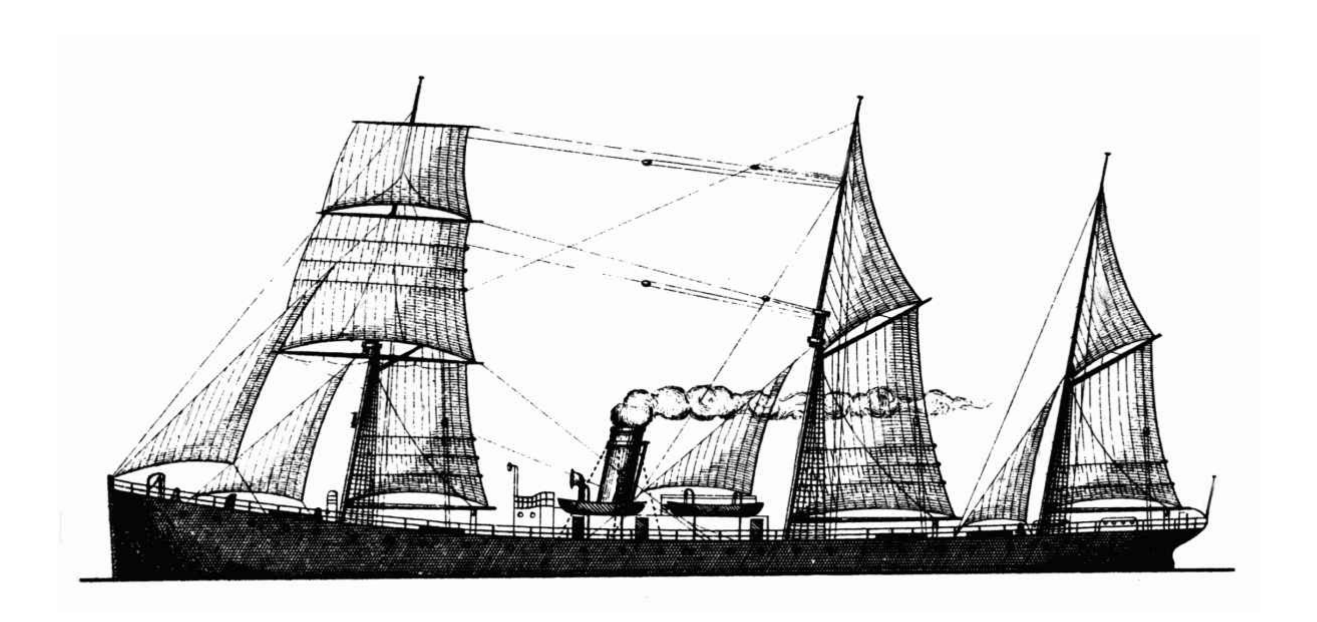
Cuentos del mar

ePub r1.0
Titivillus 29.07.2021

Título original: *Abordajes literarios*
AA. VV., 2020
Compilación: Juan Bautista Duizeide

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

ÍNDICE



Planeta mar

«La tierra es azul como una naranja» asegura un verso de Paul Éluard. Tamaña afirmación puede escandalizar al sentido común, pero no la desautoriza la cosmografía: el tercer planeta del sistema solar es casi esférico, levemente achatado en los polos, hinchado en su ecuador, casi tres cuartas partes de él son agua y un noventa por ciento de esa agua está en los mares y océanos. A través de ellos tuvieron lugar durante siglos migraciones, tráficos comerciales, guerras. No hubo gran imperio que no fundara su prosperidad sobre cimientos líquidos. La sal de ultramar condimenta epopeyas: la *Odisea* de los antiguos griegos, las *Eddas* de los nórdicos, la *Eneida* de los romanos, los *Lusíadas* de los portugueses, los *Viajes* recopilados por Hakluyt que son la dispersa epopeya de Inglaterra. También hay viajes por mar en Esquilo, en la Biblia, en Shakespeare, en Cervantes. Y la literatura popular del siglo XIX —desde los viajeros extraordinarios de Verne a los piratas de Salgari, pasando por incontables émulos del náufrago Robinson— celebró las aventuras marítimas mediante océanos de tinta. Pero el conocimiento y la soberanía humanas sobre el azul no se lograron sin esfuerzo, sin lucha, sin dolor. «Oh, mar, cuánta de tu sal son lágrimas de Portugal» escribió Fernando Pessoa.

La historia de la literatura universal —postuló Borges— no es sino la historia de la diversa entonación de unas pocas metáforas. La repetida y variada presencia del mar a través de lenguas, de géneros y de tiempos no desmiente su hipérbole. Acaso la más antigua de esas pocas metáforas sea la que vincula vida humana y aventura marítima: la *navigatio vitae*, que considera la existencia como navegación, como peregrinaje a través de un ámbito de máxima inestabilidad, a merced de sus criaturas, de sus tormentas y de sus calmas no menos peligrosas. La posibilidad implícita es el naufragio, pero a cambio la navegación ofrece el encuentro con lo nuevo, con la *terra incognita* o la tierra prometida. El mar fue siempre posibilidad y desafío, anhelo y nostalgia. «Lejos del mar y de la hermosa guerra, que así el amor lo que ha perdido alaba», escribió Borges —ya viejo y ciego— al inicio de

«Blind Pew», soneto dedicado a un personaje de *La Isla del Tesoro* de R. L. Stevenson.

No todas las culturas entonaron de la misma manera el tópico de la *navigatio vitae*. En España, el imperio que a partir de 1492 empezó a revelar a Europa un mundo nuevo, tan inmenso que se llegó a afirmar que en él nunca se ponía el sol, primó el polo del naufragio por sobre el de la promesa. Las coronas de Castilla y Aragón parecieron adherir a la máxima romana espetada alguna vez por Pompeyo —quien lo narra es Plutarco— a una tripulación remisa ante el mar agitado: «*navigare necesse est, vivere nie necesse*» (navegar es necesario, vivir no es necesario). Consigna que no expresa inclinación popular alguna, sino que plantea una candente razón de Estado: el imperio, para serlo, debía convertir al Mediterráneo en Mare Nostrum. Algo bien diferente al regocijo implícito en la exclamación «*Thalassa, thalassa*» (¡el mar, el mar!) en la que prorrumpieron los soldados griegos de regreso de una expedición al Asia Menor, según informa la *Anábasis* de Jenofonte. Al divisar la extensión azul sintieron que ya habían regresado a casa.

El mar irrumpe como una amenaza en las letras hispánicas hacia el siglo XV, cuando faltaba muy poco para el descubrimiento de América: «Nuestras vidas son los ríos / que van a dar en la mar / que es el morir…», escribe Jorge Manrique en las *Coplas a la muerte de su padre*. Desde entonces, con frecuencia, mar, barcos y navegaciones fueron asociados en el idioma castellano a imágenes dolientes. Una cantiga anónima dice: «¡Ay, mar brava, esquiva / de ti doy querella / facesme que viva / con tan gran mansella […] por servir señores / en ti es metido. / Dime, ¿adónde es ido? / ¿Do volvió la vela?». En esa misma línea, Juan de Dueñas escribe un largo poema, *La nao de amor*, en el que rechazo y naufragio se identifican en una sucesión de imágenes catastróficas: «… dejome desamparado / en los desiertos más fieros / de los mares engolfados». Ya por el siglo XVI, Lope de Vega —quien fue soldado de Marina en una escuadra descubridora, y padeció el desbande de la Armada Invencible vencida por un temporal en el Canal de La Mancha—, afina y complejiza esa cadena asociativa en *La Dorotea*: «¡Pobre barquilla mía, / entre peñascos rota, / sin velas desvelada / y entre las olas sola! / ¿Adónde vas perdida? / ¿Adónde, di, te engolfas? / Que no hay deseos cuerdos / con esperanzas locas». En *Vida retirada*, advierte Fray Luis de León: «Ténganse su tesoro / los que de un flaco leño se confían: / no es mío ver al lloro / de los que desconfían / cuando el cierzo y el ábrego porfían. // La combatida antena / cruje, y en ciega noche el claro día / se torna; al cielo suena / confusa vocería, / y la mar enriquecen a porfía». Antes de perder el

mar en batallas, bulas, tratados y guaridas de prestamistas, España parece haberlo ido perdiendo en sus letras. Resulta significativo que el ciclo de *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós —máxima expresión del realismo español, comparable a *La comedia humana* de Balzac— se inicie con la novela *Trafalgar*, publicada en 1873, a casi setenta años de la batalla del mismo nombre en la que Nelson derrotó a la flota combinada franco-española, con lo cual se inició en los mares un período de absoluta supremacía británica.

Bien distinta es la entonación que hacen los ganadores de Trafalgar de la *navigatio vitae*. El entusiasmo y la confianza dominantes, incluso el triunfalismo, pueden ejemplificarse con la canción patriótica *Rule, Britannia!*, cuyas primeras versiones conocidas son de inicios del siglo XVIII. La canción llega a afirmar «*Britannia rules the waves*» (Inglaterra gobierna las olas). Como señala Joseph Conrad en su relato «Juventud» (1902), allí «el hombre y el mar se interpenetran, el mar forma parte de la vida de la mayoría de la gente, y la gente sabe algo o todo acerca del mar, por razones de pasatiempo, viajes o trabajo».

Aunque hay consenso crítico en señalar como primera novela estrictamente marinera a la creación de un estadounidense —*El piloto* (1824), de James Fenimore Cooper—, fue en el gran imperio que gobernó los mares hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial donde se desarrolló con más constancia una literatura marinera. La cimentaron Daniel Defoe, Lord Byron, Walter Scott, S. T. Coleridge, Wilkie Collins, Frederick Marryat. Llegó a su cima con Robert Louis Stevenson y Joseph Conrad. Y si bien la máxima novela de este subgénero también fue escrita en lengua inglesa —*Moby Dick* (1851), del neoyorquino Herman Melville—, casi no hay literaturas que no incluyan obras vinculadas con el mar y los navegantes. Desde mediados del siglo XX, pervive como eco una narrativa marinera no tan intensa en cuanto a sus búsquedas estéticas, su indagación existencial, su potencia de impugnación ética y política. Si a Conrad le molestaba que lo calificaran como alguien que escribía acerca de barcos —«¡yo escribo sobre la humanidad!», protestaba—, a sus epígonos, por lo general, los enorgullece tal encasillamiento.

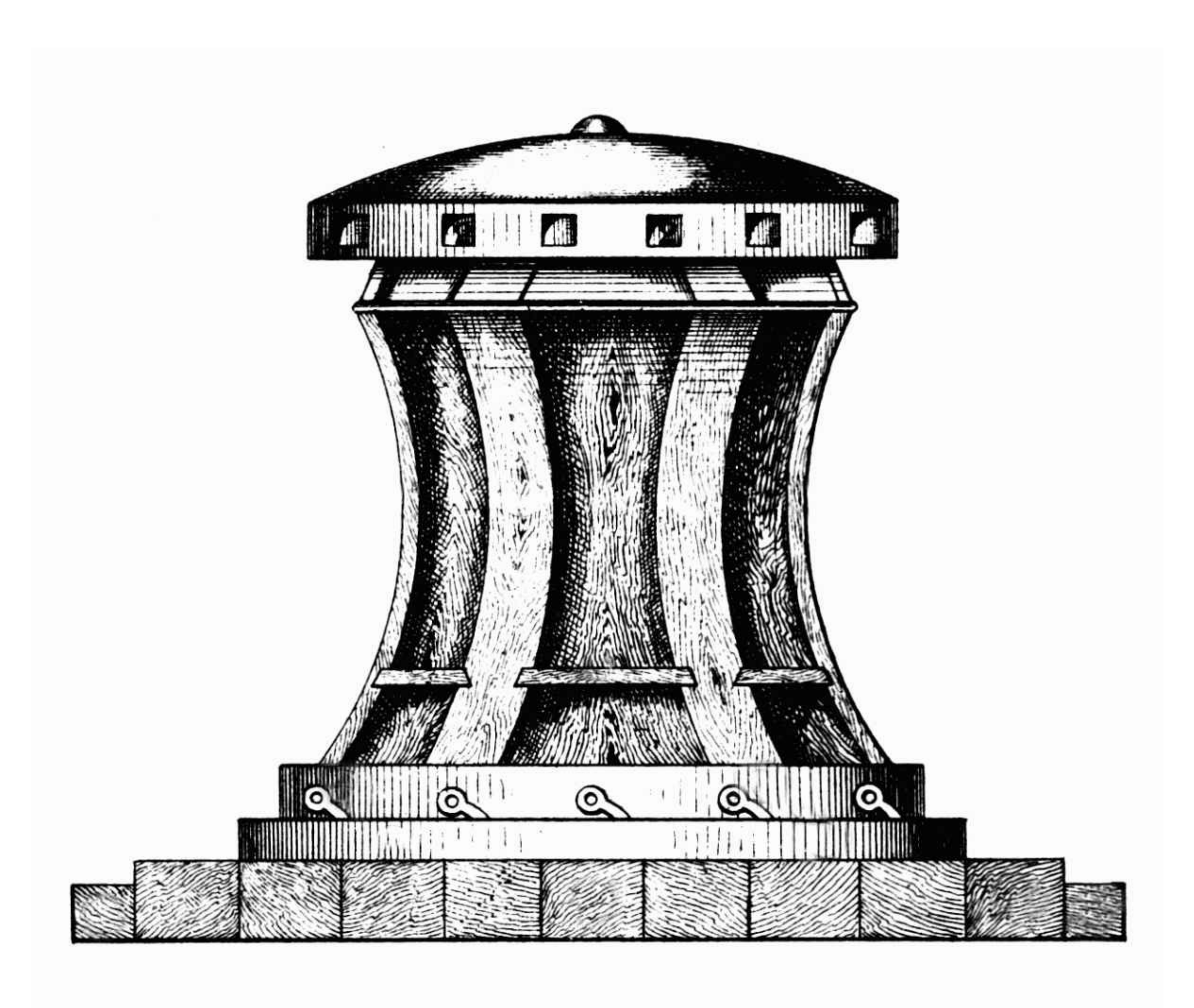
La narrativa clásica del mar, tal como la practicaron los anglosajones, suele responder a un esquema de acuerdo con el cual los protagonistas se desplazan de la metrópoli a la periferia y retornan enriquecidos de experiencias, de símbolos, de bienes materiales. No es otro que el esquema formado por *La Ilíada* y la *Odisea*. A él responden, pese a todas sus

diferencias, *Moby Dick* de Melville, *La Isla del Tesoro* de Stevenson o *Tifón* de Joseph Conrad. Si bien ese esquema fue subvirtiéndose desde adentro, con críticas contra el avance de la civilización capitalista europea —como estudió el intelectual palestino Edward Said en *Cultura e imperialismo*—, no dejó de tratarse de una literatura de periferias miradas desde la metrópoli. La narrativa hispanoamericana —de modo análogo al procedimiento del constructivista uruguayo Torres García, que en su célebre mapa ubicó en lugar del Norte al Sur— desbarata ese esquema. Cultiva una novela de pura periferia, deriva, errancia y —de modo frecuente— desastre, con gran presencia de las voces obliteradas tanto por la historia como por las narrativas europeas: los subalternos, los malditos, los bastardos. Son buenos ejemplos de esto *Lanchas en la bahía* (1932), del chileno Manuel Rojas; *Mar muerto* (1936), del brasileño Jorge Amado; *El náufrago de las estrellas* (1979), del argentino Eduardo Belgrano Rawson; *La fragata de las máscaras* (1996), del uruguayo Tomás de Mattos; *La cacería* (1997), del también uruguayo Alejandro Paternain; *La tierra del fuego* (1998), de la argentina Sylvia Iparraguirre, o las obras de los autores hispanoamericanos que con más insistencia desarrollaron una literatura del mar: el narrador chileno Francisco Coloane, imbuido de las leyendas del Archipiélago de Chiloé, donde nació; el narrador y poeta colombiano Álvaro Mutis, creador del ciclo de novelas de Maqroll el Gaviero; el narrador y poeta argentino Hugo Foguet, un tucumano que navegó por todo el mundo durante años como maquinista de buques cargueros.

Hoy la aviación comercial prácticamente vació los mares de buques de pasajeros de larga distancia, pero la mayor parte de los grandes tráficos comerciales se sigue haciendo por vía marítima. El mar perdura además en cantidad de palabras y expresiones cotidianas: «mandar al carajo», «ir viento en popa», «aguantar contra viento y marea», «andar a la deriva», «vivir una odisea», «navegar por Internet». El mar no solo sigue presente en la imaginación y reaparece año a año en la narrativa, el teatro, la poesía, el cine, sino que además influye sobre géneros y asuntos supuestamente alejados. Jack Kerouac, al inicio de *En el camino* (1957), biblia de la literatura *beat*, hace que el narrador protagonista, antes de emprender un viaje iniciático y mítico hacia el Oeste, se compare con el Ishmael de *Moby Dick* que parte hacia el cabo de Hornos. Stanley Kubrick dirigió la gran película de ciencia ficción de los sesenta: *2001*, que combina psicodelia, existencialismo y trascendentalismo. *Odisea del espacio* es el subtítulo. Casi diez años después, Ridley Scott dirigió la perturbadora *Alien*, ya un clásico de la ciencia ficción y el terror. La nave atacada por un ser mutante y extremadamente agresivo se

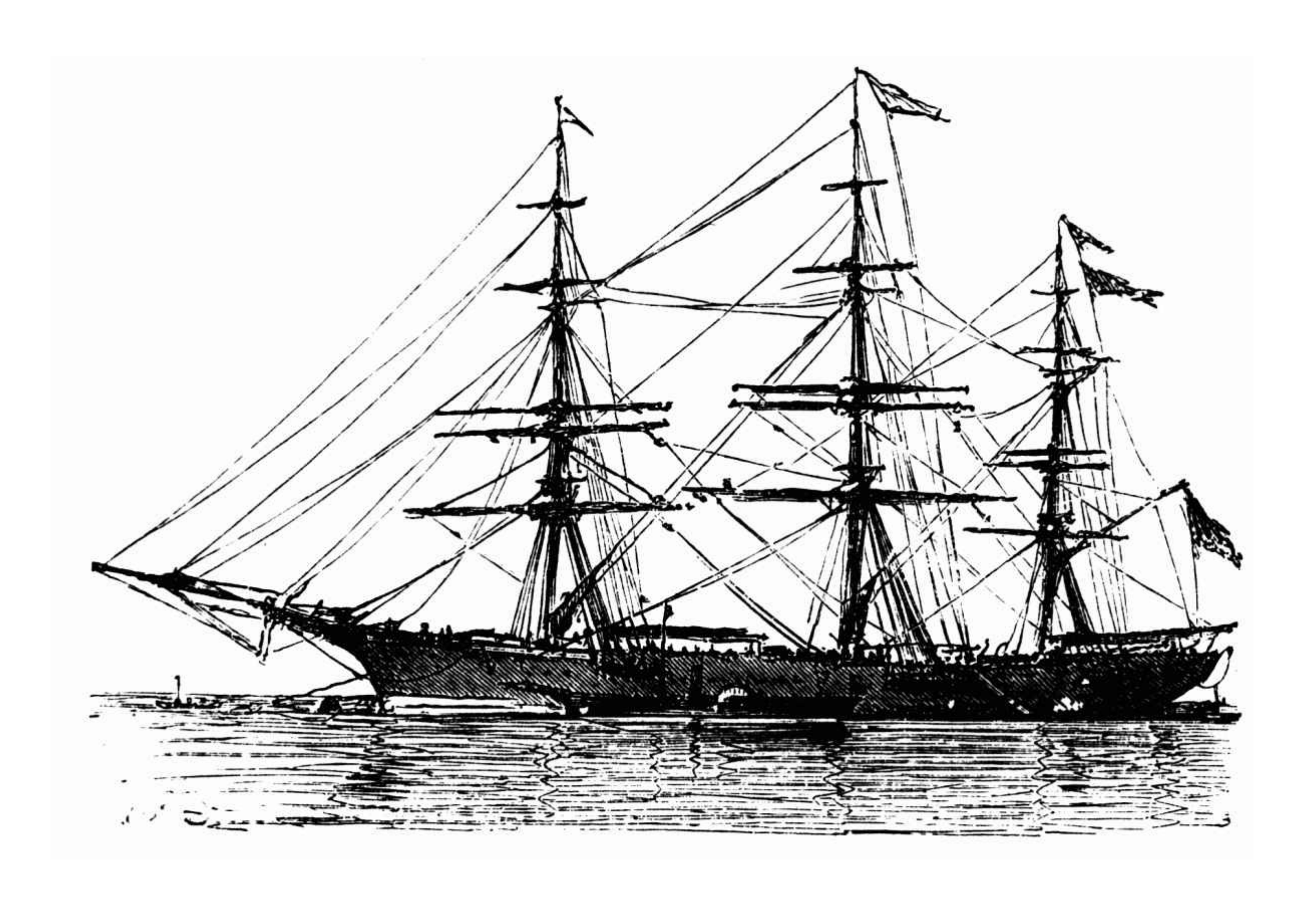
llama *Nostromo*, igual que una de las novelas de Joseph Conrad. El viajante de comercio espacial creado por Angélica Gorodischer que cuenta (o miente) sus travesías interestelares, un poco a la manera de Marco Polo, en un bar de Rosario, se llama Trafalgar. Ejemplos análogos podrían extenderse a lo largo de muchas páginas.

El astronauta Neil Armstrong, comandante de la misión Apolo XI, primer hombre en pisar la luna, declaró alguna vez que dados las niveles de conocimiento del universo, como el abismo tecnológico entre el Renacimiento y el siglo XX, su viaje podía considerarse menos arriesgado y meritorio que el cruce del Atlántico Norte comandado por Cristóbal Colón. Armstrong era un guerrero que había realizado antes de convertirse en astronauta casi ochenta misiones aéreas durante la guerra de Corea, si hubiera sido poeta, habría podido contarnos, tal vez, que vista desde la luna, la tierra es azul como una naranja.



I

DE MADERA, DE ACERO, DE PALABRAS



Muchos son los materiales con los que la humanidad fue construyendo ingenios flotantes para sortear una vía de agua, para pescar más allá de la rompiente, para alcanzar una isla admirada desde la costa, para surcar los mares, para circunnavegar el planeta. Troncos ahuecados, pellejos de animales inflados, huesos, maderas atadas, encastradas, clavadas, junco, paja, barro, cuero, hierro, acero, aluminio, cemento, fibra de vidrio, plástico rotomoldeado, kevlar.

No solo cada una de las partes de una embarcación lleva un nombre específico, sino que resultan innumerables las palabras que las distinguen o vanamente procuran clasificarlas: acorazados, alíscafos, anchoeros, avisos, arrastreros, balleneras, barcas, barcazas, barreminas, bedetés, bergantines, botes, *bricks*, bricbarcas, brulotes, bucetas, *bulk carriers*, cableros, cachirulos, cajoneros, camaroneros, canoas, cañoneras, *cap horniers*, carabelas, carboneros, carracas, catamaranes, *cats*, *clippers*, cocas, coraclos, corbetas, corocoas, cruceros, *cutters*, chalanas, chalupas, chatas, chelingas, *cogs*, dalcas, destructores, doris, *downeasters*, *dhows*, dragas, *drakkars*, *dreadnoughts*, escoltas, esneccas, esquifes, factorías, falúas, falucas, *ferrys*, fragatas, fresqueros, frigoríficos, fustas, gabarras, galeazas, galeones, galeras, goletas, guardacostas, hermafroditas, *hovercrafts*, *indiamans*, *jachts*, jangadas, juncos, kayaks, knorrs, lanchas, lanchones, *libertys*, *llauts*, metaneros, minadores, mineraleros, monocascos, motonaves, multicascos, naos, *optimists*, *outriggers*, pailebotes, patachos, pateras, patrulleros, *popoffkas*, portaaviones, portacontenedores, polacras, poteros, *poveiras*, queches, quimiqueros, remolcadores, rompehielos, *ro-ros*, sampanes, submarinos, sumacas, *suppliers*, taburechas, *tall ships*, tanqueros, traineras, *tramp steamers*, transatlánticos, transbordadores, urcas, vapores, *vaporettos*, *west indiaman*, *windjammers*, xenias, *yawls*. La enumeración aspira al infinito. Y esas son, apenas, las especies. Además, están los individuos. Ningún barco puede considerarse completo si no tiene un nombre inscripto en su popa y sus amuras.

Merced a hazañas o tropelías se han hecho famosos, a través de las aguas de la historia, la *Santa María* de Colón, la *Victoria* de Sebastián Elcano, la

Santísima Trinidad (tan grande para su tiempo que la llamaban «el Escorial de los mares»), el *Golden Hind* de Drake, la *Bounty* capitaneada con mano férrea por Bligh y luego por el amotinado Fletcher Christian, el *Adventure* de Cook, el *Victory* de Nelson, el *Essex* de Pollard y Owen Chase, el *Beagle* de Fitz Roy y Darwin, el *Discovery* de Scott, el *Endurance* de Shackleton, el «insumergible» *Titanic*, el *Feuerland* de Plüschow, el *Seeadler* de Von Luckner, el *Calypso* de Jacques Cousteau. Igualmente famosos merecerían ser el *Saint Louis* y el *Winnipeg*, pero la mayor parte de las historias de la navegación los omiten. Eligen olvidarlos como se olvida un remordimiento o un temor. Al primero lo llamaron también el barco de los condenados, partió desde Hamburgo con un pasaje compuesto por judíos alemanes en busca de refugio ante el avance del nazismo, pero los puertos del mundo se le fueron cerrando, debió regresar a su puerto de zarpada, y la mayor parte de sus pasajeros murió en campos de concentración. El vapor francés *Winnipeg* sí logró su cometido: llevar al puerto chileno de Valparaíso más de dos mil republicanos españoles que huían del franquismo. Pablo Neruda fue quien organizó, junto a su esposa Delia del Carril, este viaje de solidaridad con los vencidos. La noche en que el *Winnipeg* zarpó al fin de Trompeloup, escribió: «Que la crítica borre toda mi poesía, si le parece. / Pero este poema no podrá borrarlo nadie».

Por los mares de la ficción navegan el *Pequod* de *Moby Dick*, la *Hispaniola* de *La Isla del Tesoro*, el *Narcissus* de Conrad, el *Nautilus* del capitán Nemo, el *Oedipus Tyrannus* de *Ultramarina*. A la deriva por aguas de leyenda, aparecen y desaparecen —es la costumbre y la gran habilidad de los barcos fantasma— el *Mary Celeste*, el *Flying Dutchman*, el *Lady Lovibond*, el *Marine Sulphur Queen*, el *Caleuche*, el *Lucerna*, el *Octavius*, la *Joyita*, el *SS Baychimo*, el *Caiman Caribean*, el *Lyubov Orlova*.

Además de especie y nombre propio, todo barco tiene una personalidad: formas de ser y de hacer, inclinaciones, costumbres, manías. Tal vez por eso hay una superstición náutica de alcance universal que vaticina toda suerte de infortunios para la embarcación que cambie de nombre. Como si imponerle un bautismo distinto al de su botadura constituyese un pecado de sustracción de identidad, un intento catastrófico de intentar cambiarle el alma. Los tripulantes suelen hablar con su nave. En ese ritual de amor y odio hay una posibilidad para la literatura. Y también una constatación: los barcos avanzan no tanto a vela, a vapor o a energía nuclear como a palabras.

Jack London

LO INCONCEBIBLE Y LO MONSTRUOSO

(*El crucero del* Snark, 1911)

—No ahorres dinero —le dije a Roscoe—. En el *Snark* todo tiene que ser de lo mejor. Y ni se te ocurra pensar en algo decorativo. La tablazón de pino desnudo es un acabado suficientemente bueno para mí. Invierte cuanto haga falta en la estructura. Logra que el *Snark* sea el barco más estanco y resistente de cuantos surquen los mares. Nunca te preocupes por lo que pueda costar; asegura que lo construyan estanco y fuerte, que yo me encargaré de seguir escribiendo para ganar el dinero necesario.

Y así lo hice… lo mejor que pude; pues el *Snark* consumía mi dinero con mayor rapidez de la que yo podía ganarlo. Cada dos por tres debía pedir créditos para complementar mis ganancias. Una vez pedí mil dólares, otra vez pedí dos mil dólares, otra vez pedí cinco mil dólares… Trabajaba todos los días y mi dinero iba a parar a nuestro proyecto. Trabajaba hasta los domingos, no me permití ni un día de vacaciones. Pero valió la pena. Cada vez que pienso en el *Snark* sé que valió la pena.

Veamos, amable lector, todo lo referente a la estructura del *Snark*. Tiene una eslora de quince metros en flotación. Las tracas tienen un grosor de setenta y cinco milímetros; el forro exterior del casco tiene sesenta y tres milímetros de espesor; las planchas de la cubierta, cincuenta milímetros de espesor; y toda la madera empleada carece de nudos. Lo sé porque la encargué especialmente a Puget Sound. Además, el *Snark* tiene cuatro compartimentos estancos, o sea que está dividido en cuatro secciones independientes a prueba de agua. Por muy grande que sea una vía de agua en el *Snark*, solamente podrá inundarse uno de estos compartimentos. Los tres restantes mantendrán el barco a flote y nos permitirían localizar y reparar la vía de agua. Esta distribución tiene además otra ventaja. El último compartimento, el situado más a popa, contiene seis depósitos con un total de más de cuatro mil litros de combustible. Es muy peligroso transportarlo en

una pequeña embarcación que navegue por la vastedad de los océanos. Pero los riesgos se reducen mucho si los depósitos son bien estancos, y a su vez, situados en un compartimento que también sea estanco.

El *Snark* es un velero. Fue construido para navegar con la fuerza de los vientos. Pero también lo dotamos de un motor de setenta caballos como elemento auxiliar. Es un motor bueno y potente. Pagué mucho dinero por hacerlo venir desde Nueva York. En cubierta, sobre el motor, hay un cabrestante. Pesa varios cientos de kilos y ocupa mucho espacio. Como comprenderá el lector, sería ridículo tener que levar el ancla a mano disponiendo a bordo de un motor de setenta caballos. Por lo tanto, instalamos el cabrestante y le hicimos llegar la potencia del motor mediante una transmisión fabricada especialmente en una metalurgia de San Francisco.

El *Snark* tenía que ser un barco confortable y no escatimamos medios para conseguirlo. Por ejemplo, cuenta con un cuarto de baño, pequeño y compacto es cierto, pero con todas las comodidades que cabría esperar de un cuarto de baño en tierra firme. Es como un sueño maravilloso, repleto de aparatos, de bombas, de palancas, de válvulas para agua de mar. Durante la construcción pasé noches en vela pensando en el cuarto de baño. Después le tocó su turno al bote salvavidas. Va estibado sobre cubierta y ocupa el poco espacio libre que habría quedado para hacer ejercicios. Pero es algo así como un seguro de vida para nosotros, y cualquier nauta prudente, aunque hubiese construido un barco tan estanco y robusto como el *Snark*, procuraría disponer también de un buen bote salvavidas. El nuestro es de los buenos. Excelente es. Se había convenido que costaría ciento cincuenta dólares, pero cuando me tocó pagar la factura, ascendía a trescientos noventa y cinco dólares. Esto ya nos indica lo bueno que debe ser.

Podría extenderme relatando las virtudes y maravillas del *Snark* pero me contengo. Ya he alabado demasiado a mi barco, y lo he hecho con un propósito concreto, como se verá antes de que concluya mi historia. Y por favor, no olvide el título que encabeza este escrito: Lo inconcebible y monstruoso.

Habíamos planeado que el *Snark* zarparía el 1.º de octubre de 1906. Que no pudiera cumplir fue algo realmente inconcebible y monstruoso. No había excusa para que no pudiera hacerse a la mar, excepto por el hecho de que aún no estaba en condiciones de hacerlo, y yo no concebía ninguna razón por la que no pudiese estar en condiciones. Nos prometieron que estaría listo el primero de noviembre, luego el quince de noviembre, luego el primero de diciembre; y nunca estaba a punto. El primero de diciembre, Charmian y yo

dejamos las dulces y limpias tierras de Sonoma para trasladarnos a la sofocante urbe; pero no por mucho tiempo, ¡oh, no!, solamente por dos semanas, pues queríamos zarpar el quince de diciembre. Y estaba seguro de que así sería, pues Roscoe me lo había dicho, fue por consejo suyo que vinimos a pasar las dos últimas semanas en la ciudad. Pero pasaron las dos semanas, pasaron cuatro semanas, pasaron seis semanas, pasaron ocho semanas, y cada vez parecía estar más lejos nuestra partida. ¿Por qué? No me lo pregunten a mí. No sabría qué decir. Es la única cosa en mi vida que nunca he podido acabar de entender. No hay explicación para esto; si la hubiese la habría encontrado. Yo, que soy un artesano del lenguaje, reconozco mi incapacidad para explicar el motivo de que el *Snark* no estuviese listo. Como ya dije antes, y ahora debo repetir, era algo inconcebible y monstruoso.

Las ocho semanas se convirtieron en dieciséis, Roscoe se acercó y me dijo:

—Si no zarpamos antes del primero de abril, podrás emplear mi cabeza para jugar al fútbol.

Dos semanas más tarde, confesó:

—Estoy empezando a entrenar a mi cabeza para el partido.

—No desesperemos —nos decíamos Charmian y yo—; pensemos qué magnífico barco será una vez acabado.

Para darnos ánimos no parábamos de contarnos las virtudes y excelencias del *Snark*. Tuve que pedir más créditos y volver a mi escritorio para trabajar duramente, y rehusé tomarme algún domingo libre para ir con mis amigos al campo. Estaba construyendo un barco, aunque se hiciese eterno; y sería un barco con todas las de la ley, con mayúsculas -B-A-R-C-O-; y no importaba lo que pudiese costar, sería un BARCO.

Hay otra cosa del *Snark* de la que estoy muy orgulloso y de la que aún no he hablado: su proa. Ninguna ola podrá pasarle por encima. Es una proa que se ríe del mar, reta al mar, desafía al mar. Y además, una proa hermosa; sus líneas son un sueño; no creo que ningún barco haya lucido nunca una proa que a la vez sea tan bonita y tan perfecta. Está concebida para ensartar los temporales. Tocar esta proa es acariciar el extremo cósmico de todas las cosas. Mirarla es comprender que no hemos escatimado medios para conseguirla. Cada vez que se retrasaba el inicio de nuestra singladura, o que nos aparecían nuevos gastos imprevistos, lo soportábamos pensando en esa maravillosa proa.

El *Snark* no es un barco tan grande. Cuando calculé que un presupuesto de siete mil dólares sería suficiente, me consideré generoso y correcto. He

construido casas y graneros, sé de sobras que la mayoría de los proyectos terminan costando más de lo que uno se imagina al principio. Creía dominar estos cálculos cuando estimé que para la construcción del *Snark* bastarían siete mil dólares. Me costó treinta mil. No, no acepto preguntas. Es la verdad. Yo firmé los cheques, yo tuve que ganar el dinero. No hay explicación posible. Estará de acuerdo conmigo, lector, en que se trata de algo inconcebible, de algo monstruoso, lo sé, y esta es la historia.

Otra de las grandes dificultades eran los retrasos. Tuve que tratar con cuarenta y siete trabajadores distintos y con ciento quince empresas. Ni uno solo de los trabajadores, ni una sola de las empresas, hicieron lo que debían hacer en el plazo convenido, solo eran puntuales para presentarme nuevas facturas. Los trabajadores apostaban el alma a que lograrían concluir determinada fase en determinada fecha; por regla general, no solían retrasarse más de tres meses. Y así iban las cosas, y Charmian y yo nos consolábamos mutuamente explicándonos lo espléndido que era el *Snark* tan seguro y tan fuerte; a veces nos hubiésemos subido al chinchorro para remar alrededor del *Snark* y deleitarnos admirando su proa, increíble de tan hermosa.

—Imagínate —le dije a Charmian—, que estamos en pleno temporal ante las costas de China, y piensa en el *Snark* surcando majestuosamente las aguas, atravesando el temporal con su espléndida proa. Ni una gota caería por encima. Estaría más seca que una pluma, y nosotros jugando a la baraja en la cabina, a la espera de que el tiempo amainase.

Y Charmian, emocionada, me apretó la mano exclamando:

—Todo habrá valido la pena: el retraso, y los gastos, las preocupaciones y todo lo demás. ¡Oh, qué barco tan maravilloso!

Cada vez que contemplaba la proa del *Snark* o analizaba sus compartimentos estancos, lograba que me subiese la moral. Sin embargo, nadie más mantenía una moral elevada. Mis amigos habían empezado a hacer apuestas contra las diversas fechas previstas para iniciar la singladura del *Snark*. *Mr*. Wiget, que se había quedado a cargo de nuestro rancho en Sonoma, fue el primero en cobrar sus apuestas. Cobró el día de Año Nuevo de 1907. Después de esto las apuestas se volvieron más fuertes. Mis amigos revoloteaban a mi alrededor como arpías, haciendo apuestas cada vez que les daba una nueva fecha prevista. Yo me iba volviendo cada vez más temerario y tozudo. Y apostaba, y apostaba, y seguía apostando; y perdía todas mis apuestas.

—No te preocupes —solía decirme Charmian—; piensa solamente en su proa y en cómo surcará el Mar de la China.

—Como pueden ver —les decía a mis amigos mientras les pagaba sus últimas apuestas—, no escatimo ni problemas ni dinero para conseguir que el *Snark* sea la nave más marinera de cuantas hayan cruzado el Golden Gate, esta es la causa de tantos retrasos.

A todo esto, mis editores me acosaban pidiéndome explicaciones. ¿Cómo iba a poder explicarles lo que pasaba si ni yo mismo podía explicármelo, si nadie, ni incluso Roscoe, podía llegar a darme una respuesta? En los periódicos ya empezaban a burlarse de mí y a publicar notas irónicas acerca de la partida del *Snark* con frasecitas como: «Todavía no, pero pronto». Y Charmian me animaba recordándome la proa, y yo volvía al banco y pedía cinco mil dólares más. Sin embargo, nuestra espera también tenía su recompensa. Un amigo mío, un crítico, escribió ridiculizando todo lo que yo había hecho, incluso todo lo que yo iba a hacer; había contado con que su trabajo aparecería cuando yo hubiese ya zarpado. Pero cuando se lo publicaron yo aún estaba en tierra, y desde entonces ha estado muy ocupado dándome explicaciones.

Y el tiempo seguía pasando. Había algo que cada vez se hacía más evidente: sería imposible acabar el *Snark* en San Francisco. Llevaba tanto tiempo en construcción que ya empezaba a deteriorarse. De hecho, había llegado a un punto en que se deterioraba más rápido de lo que podría repararse. Parecía una broma, nadie se lo tomaba en serio; y los que menos se lo tomaban en serio eran los trabajadores que se encargaban de su construcción. Propuse zarpar con el barco tal y como estaba y acabar de construirlo en Honolulú. Pero de repente detectamos una vía de agua y debió ser reparada antes de que pudiésemos salir. Decidí botarlo de una vez. Tras deslizarse por la grada fue atrapado entre dos grandes barcazas que justo pasaban, recibió un violento apretujón, perdimos el control y volcó de costado hundiéndose de popa en el fango.

Estábamos más para el desguace que para el astillero. Cada veinticuatro horas se producen dos mareas altas, y con cada marea alta, día y noche, durante una semana, hubo dos remolcadores a vapor tironeando del *Snark*. Estaba hundido en el fango, apoyado en su popa. Empezamos a usar el cabrestante para ayudar a zafarlo. Era la primera vez que lo usábamos. Las piezas resultaron defectuosas: se partieron en pedazos, la transmisión se desintegró y el cabrestante quedó inutilizado. A continuación, nuestro motor de setenta caballos quedó también fuera de combate. Este motor venía de Nueva York, lo mismo que su bancada; pero había algún defecto en la bancada; mejor dicho, había infinidad de defectos en la bancada; y el motor

de setenta caballos rompió su defectuoso soporte, se elevó por los aires, rompió todas las conexiones y los anclajes y cayó de lado. Y el *Snark* seguía clavado en el fango, y los dos remolcadores seguían intentando sacarlo de allí.

—No te preocupes —me decía Charmian—, piensa en lo estanco y en lo robusto que es.

—Sí —le contestaba yo—, y con esa proa tan hermosa.

Dejamos al destrozado motor sobre los restos de su bancada; los restos de la transmisión los bajamos para guardarlos aparte con la idea de llevar todo hasta Honolulú en donde tendríamos que hacer construir piezas nuevas.

En algún momento del pasado, el exterior del *Snark* había recibido una mano de pintura blanca. Todavía, con la luz apropiada, podían detectarse restos de ella. Su interior nunca había sido pintado. Estaba totalmente recubierto por manchas de grasa y de escupidas de todos los trabajadores, que no paraban de masticar tabaco. Tampoco esto nos preocupaba mucho, cuando llegáramos a Honolulú, el *Snark* podría ser pintado mientras se completaban las reparaciones.

Tras no pocos esfuerzos, logramos mover al *Snark* y conducirlo hasta el muelle de la ciudad de Oakland. Hicimos traer con carros todo el material que teníamos en casa, los libros, las sábanas, el equipaje personal. Llegó todo en un desorden absoluto: madera y carbón, agua y depósitos para agua, verdura, provisiones, aceite, el bote salvavidas y su aparejo, nuestros amigos, los amigos de nuestros amigos y aquellos que aseguraban que eran amigos suyos, por no hablar de los amigos de los amigos de los amigos de nuestra tripulación. También había periodistas, fotógrafos, extraños, algunos que se colaban, y finalmente, por encima de todo, nubes de polvo de carbón procedente de los muelles.

Teníamos previsto zarpar el domingo a las once, ya era sábado por la tarde. El gentío y las nubes de polvo eran más densos que nunca. En un bolsillo guardaba un talonario de cheques, una estilográfica, un calendario y un papel secante; en otro, tenía entre mil y dos mil dólares en billetes y en oro. Listo para afrontar todos mis pagos pendientes: efectivo para las cantidades pequeñas, cheques para los importes mayores. Esperaba a Roscoe para liquidar las posibles deudas restantes con las ciento quince empresas que nos habían retrasado tantos meses. Y entonces…

Entonces sucedió una vez más algo inconcebible y monstruoso. Antes de que llegase Roscoe, vino otro hombre. Un jefe de la policía. Clavó un papel en el orgulloso palo del *Snark* de forma que todo el puerto pudiese enterarse: había sido embargado por deudas. El policía dejó a un viejito a cargo y se fue.

En consecuencia, ya no estaba yo al mando del *Snark* ni de su hermosa proa. Ahora resultaba su amo y señor el viejo ese, y me enteré además que yo estaba pagándole tres dólares al día, al viejo ese, para que fuera su amo y señor. También me enteré quién era la persona que había ordenado el embargo del *Snark*. Se trataba de un hombre llamado Sellers, reclamaba una deuda de doscientos treinta y dos dólares.

¿Quién diablos era el tal Sellers? Miré en mi talonario de cheques, vi que dos semanas antes le había entregado un cheque de quinientos dólares. Buscando entre otros talonarios, advertí que durante el tiempo de construcción del *Snark* le había pagado en total varios miles de dólares. ¿Por qué el tal Sellers no habría tenido la decencia de venir a cobrar esa miserable cantidad en vez de hacer que me embargasen el *Snark*? Metí las manos en los bolsillos; en uno encontré el talonario de cheques, el calendario y la pluma, en el otro estaban las monedas de oro y los billetes. Había suficiente efectivo como para cubrir esa deuda unas cuantas veces; ¿por qué no me habían dado la oportunidad de hacerlo? No había explicación; era simplemente algo inconcebible y monstruoso.

Para complicar aún más las cosas, embargaron al *Snark* un sábado por la tarde; y a pesar de que envié abogados y agentes por todo Oakland y San Francisco, no pudimos encontrar a ningún juez, a ningún jefe de policía, a ningún abogado del señor Sellers ni tampoco al propio señor Sellers; no encontramos a nadie. Todos habían salido de la ciudad para disfrutar del fin de semana. Por lo tanto, el *Snark* no podría zarpar el domingo a las once. El viejo había tomado el mando y se negaba a cedérnoslo. Charmian y yo no tuvimos más remedio que ir a pasear por el muelle de enfrente para consolarnos contemplando la hermosa proa del *Snark* y pensar en todas las tormentas y temporales que atravesaría.

—Un truco de pequeño burgués —le dije a Charmian refiriéndome a Sellers y su embargo—; no es más que el pánico de un pobre comerciante asustado. Pero no te preocupes, nuestros problemas cesarán cuando estemos lejos de aquí en el vasto océano. Verás.

Por fin zarpamos en la mañana del martes 23 de abril de 1907. Debo reconocer que nuestra salida no fue muy brillante. Tuvimos que levar el ancla a mano. El cabrestante no andaba y los restos de nuestro motor de setenta caballos no servían más que de lastre. ¿Pero por qué preocuparse? Ya lo arreglaríamos todo en Honolulú, ahora solo teníamos que gozar del resto de nuestro magnífico barco. Es cierto que el motor estaba totalmente fuera de servicio y que el chinchorro hacía agua por todas partes; pero no era el *Snark*,

eran solamente accesorios suyos. Lo realmente importante eran los compartimentos estancos, la solidez de los forros sin nudos, la funcionalidad del cuarto de baño: estos sí que eran propiamente elementos estructurales del *Snark*. Y sin olvidarnos de lo más importante de todo, estaba su noble proa capaz de desafiar a todos los vientos.

Cruzamos el Golden Gate y pusimos rumbo Sur hacia aquella parte del Pacífico en la que esperábamos encontrar un buen viento del Nordeste. Y pronto empezaron a pasar cosas. Yo había considerado que la juventud era un factor muy importante para singladuras como las que esperaban al *Snark* y llevaba a bordo a tres jóvenes: el jefe de máquinas, el cocinero y el marinero. Pero mis estimaciones fallaban en dos tercios; había olvidado tener en cuenta la juventud mareada, y tenía dos buenos ejemplos de ella: el cocinero y el marinero. Inmediatamente se retiraron a sus literas y permanecieron fuera de combate durante la siguiente semana. Como es obvio, durante ese tiempo no gozamos de comidas calientes y el orden en la cabina no fue siempre el deseable. Pero tampoco llegó a afectarnos demasiado, pues no tardamos en descubrir que nuestra caja de naranjas debía haberse esfumado en algún momento; que la caja de manzanas estaba llena de moho y rezumaba; que estaba podrido el repollo y debió salir de manera urgente por sobre la borda; que se había derramado querosén sobre las zanahorias, que las papas parecían de madera y las remolachas se estaban deshaciendo, que la madera que llevábamos jamás podría arder y que el carbón nos lo habían entregado en bolsas de papas medio rotas, con lo cual se había desparramado por la cubierta y se escurría por los imbornales.

Pero no había que preocuparse. Esas cosas no eran más que meros accesorios. El barco en sí iba de maravilla, ¿o no? Paseando por la cubierta localicé más de catorce nudos de la madera en cuestión de un minuto, y eso que la habíamos encargado especialmente a Puget Sound para que no tuviese nudos. Además, la cubierta producía goteras en el interior, y no cualquier gotera, sino goteras de consideración. Hicieron que Roscoe debiese abandonar su litera y estropearon todas las herramientas que guardábamos en el compartimento del motor, por no hablar de las pocas provisiones que no se habían echado a perder antes. Además, también había vías de agua en los costados y en el fondo del barco, teníamos que achicar agua a diario para mantenerlo a flote. De pie en el interior de la cabina, el agua me llegaba hasta las rodillas cuando tan solo habían transcurrido cuatro horas desde el último bombeo. En cuanto a aquellos magníficos compartimentos estancos que tanto tiempo y tanto dinero nos habían costado, resultó que no eran en absoluto a

prueba de agua. El agua pasaba de un compartimento a otro tan libre como el aire; además, un fuerte olor a combustible procedente del compartimento de popa me hizo sospechar que había fugas en uno o más de los depósitos. Sí: los depósitos perdían combustible, y el compartimento en el que estaban no era totalmente estanco. Luego estaba el cuarto de baño con sus bombas, sus palancas, sus válvulas para agua de mar: quedó fuera de servicio en las primeras veinticuatro horas. Las fuertes palancas de acero se partían en nuestras manos cuando pretendíamos bombear con ellas. El cuarto de baño fue la zona del *Snark* que resultó más rápidamente destruida.

Todas las piezas de hierro de a bordo, independientemente de su origen y su función, resultaron ser un verdadero desastre. Por ejemplo, la bancada del motor procedía de Nueva York y fue un desastre; la transmisión del cabrestante fue especialmente diseñada y construida en San Francisco y fue otro desastre. Y por último estaban las piezas empleadas en la jarcia, que empezaron a saltar en pedazos en cuanto fueron sometidas a las primeras tensiones. Estaban todas construidas con hierro de primera, sí, pero se partían como si fuesen macarrones secos. El pico de la mayor no tardó en romperse. Lo sustituimos por el de la vela de capa y, en solo quince minutos de servicio, también se rompió. Tengamos en cuenta que lo habíamos sacado de la vela a usar en caso de temporal, o sea, la más resistente. En ese momento el *Snark* navegaba llevando la vela mayor como un ala rota y mal emparchada. Veríamos si en Honolulú podían conseguirse herrajes de una cierta calidad.

Nos habían estafado y nos habían dejado hacernos a la mar a bordo de un colador, pero el Señor debía de tenernos en gran estima, pues nos proporcionó tiempo en calma para que nos diésemos cuenta de que deberíamos bombear a diario para mantener el barco a flote y que podíamos confiar más en la resistencia de un escarbadientes que en la de cualquiera de las piezas metálicas que llevábamos a bordo. A medida que la estanqueidad y la robustez del *Snark* iban quedando en entredicho, Charmian y yo poníamos todas nuestras esperanzas en la maravillosa proa del *Snark*. No dejaba nada que desear. Ya sé que todo era inconcebible y monstruoso, pero al menos la proa parecía ser racional. Hasta que una noche empezamos a cuestionarnos también eso.

¿Cómo podría yo describirlo? Ante todo, déjenme explicarles a los neófitos que la maniobra de ponerse a la capa consiste en maniobrar con el timón y las velas para conseguir que el barco vaya disminuyendo su velocidad hasta encararse al viento y a la mar, y establecerse con cierto ángulo respecto a estos que lo hará derivar lentamente, y disminuirá sus movimientos de

rolido y cabeceo. Con viento fuerte o mar gruesa, un barco del tipo del *Snark* debería ponerse a la capa sin dificultades, tras lo cual ya no habrá ningún trabajo que hacer en cubierta. No será necesario que nadie permanezca a la caña, que permanecerá amarrada a la vía o a la orza, con la vela mayor cazada al medio y la vela de proa acuartelada, de modo tal que anulen sus efectos. La tripulación puede entonces bajar a la cámara y ponerse a jugar a la baraja.

Soplaba un temporal cuya fuerza era la mitad de la de una tormenta de verano cuando le dije a Roscoe que tal vez debiéramos ponernos a capear. Se estaba haciendo de noche. Yo había estado a la caña durante casi todo el día y los que permanecíamos en cubierta —Roscoe, Bert y Charmian— nos sentíamos tan exhaustos como mareados estaban quienes permanecían en la cámara, echados en sus literas. Tomamos dos rizos en la vela mayor, arriamos el foque y dejamos la trinquetilla en proa. También arriamos la mesana. Empecé a accionar el timón para orzar. En ese momento el *Snark* empezó a derivar hasta ponerse de través al viento. Yo seguía dándole al timón, pero el barco seguía atravesado. No conseguía sacarlo de ahí. Y ponerse de través al viento y a la mar, querido lector, es una de las cosas más peligrosas que puede hacer un barco durante una tormenta. Metí toda la caña a la orza sin lograr respuesta. No lograba acercar la proa al viento. Roscoe y Bert vinieron a ayudarme. El *Snark* guiñaba tremendamente de una banda a otra, virando por las suyas una y otra vez, hundiendo la regala de una banda y luego la de la otra.

De nuevo estábamos viendo aparecer lo inconcebible y lo monstruoso. Era grotesco, imposible. Me negaba a creerlo. Con dos rizos en la mayor y la trinquetilla izada no había forma de orzar. Cazamos completamente la mayor. Pero no conseguimos que el rumbo variase ni un grado. Arriamos la mayor, también sin ningún éxito. Izamos un tormentín en el palo de mesana. Sin cambios. El *Snark* seguía cruzado. Su maravillosa proa se negaba a encarar el viento.

El siguiente paso consistió en arriar la trinquetilla. Ahora nuestro único trapo era el tormentín del palo de mesana. Si algo podría poner la proa al viento era precisamente esto. Quizá no me crean si digo que tampoco así lo logramos, pero el caso es que también esto falló. Y digo que falló porque vi cómo fallaba, no porque creyera que fallase. Yo no creía que fallase. Es algo totalmente increíble y yo no voy a explicar cosas en las que no crea; yo solo explico lo que vi.

¿Qué haría usted, apreciado lector, si se encontrase a bordo de una pequeña embarcación, dando tumbos, cruzada al viento, con una pequeña vela

izada a popa, y no fuese capaz de obligarla a acercar su proa al viento? Emplear el ancla de capa. Y eso es exactamente lo que hicimos. Teníamos una hecha por encargo, nos habían garantizado que no se hundiría. Imagínense un aro de acero que sirva para mantener abierta la boca de un saco de lona grande y cónico, y tendrán un ancla de capa. Pues bien, amarramos un cabo al ancla, lo afirmamos a la proa del *Snark* y luego la dejamos caer al agua. Se hundió inmediatamente. La izamos de nuevo a bordo, le amarramos un buen madero para que hiciese de flotador y volvimos a echarla al agua. Esta vez sí que flotó. El cabo de proa fue tensándose. La vela de capa del palo de mesana tendía a orientar la proa hacia el viento, pero el ancla de capa hacía fuerza en sentido contrario con lo cual seguíamos tomando el mar y el viento de través. Arriamos ese tormentín y en su lugar izamos la mesana, pero el *Snark* seguía cruzado y remolcaba el ancla de capa. No es necesario que me crean. Yo tampoco me creo a mí mismo. Simplemente intento relatar lo que vi.

Ahora ya se lo dejo a usted. ¿Quién ha oído hablar alguna vez de un velero incapaz de orzar?, ¿de un velero que no fuese capaz de hacerlo ni con la ayuda de un ancla de capa? Mi experiencia náutica no era tan grande, pero jamás había visto algo similar. Y permanecía quieto en cubierta observando una vez más el rostro desnudo de lo inconcebible y monstruoso: el *Snark* no orzaba. Y llegó una noche tormentosa y con la luna casi siempre cubierta. En el aire había una buena carga de humedad y por barlovento parecía que se nos aproximaba lluvia; y luego teníamos el movimiento del mar, frío y cruel a la luz de la luna, en el que se mecía complacientemente el *Snark*. Entonces decidimos recoger el ancla de capa, arriar la mesana, izar la trinquetilla para dejar que el *Snark* recuperase su marcha y nosotros pudiésemos bajar a la cámara, no para degustar la comida caliente que hubiera debido estar esperándonos, sino para dejarnos caer sobre la mugre y la humedad mientras el cocinero y el marinero seguían en sus literas como si estuviesen muertos, y acostarnos con las ropas puestas para subir a cubierta en caso de emergencia, soportando las salpicaduras que subían desde la sentina, que rebalsaba de agua mezclada con aceite y combustible.

En el Bohemian Club de San Francisco hay algunos navegantes que aseguran estar muy curtidos. Lo sé porque los oía hacer comentarios acerca del *Snark* durante su construcción. Solamente le encontraban un defecto, en esto estaban todos de acuerdo: no podría navegar. El barco era perfecto en todo, afirmaban, excepto por el hecho de que yo sería incapaz de gobernarlo con viento fuerte y mar gruesa.

—La jarcia —decían en tono enigmático—, tiene un fallo en la jarcia. Simplemente, no habrá forma de hacerlo navegar. Eso es todo.

Me habría gustado que todos esos expertos marinos del Bohemian Club hubiesen estado a bordo la otra noche para que viesen con sus propios ojos cómo se venían abajo todas sus profundas y unánimes predicciones. ¿Navegar? Eso es lo único que el *Snark* hace a la perfección. ¿Navegar? En el preciso momento en que escribo estas líneas, avanzamos a siete nudos impulsados por los alisios del nordeste. El mar está algo agitado y no hay nadie al timón, ni siquiera nos hemos tomado el trabajo de amarrar la caña. La mesana se hincha hacia estribor, sigue izada la sobremesana, y mantenemos rumbo sudoeste.

Jules Verne

EN LAS ENTRAÑAS DE LA BESTIA

(*Una ciudad flotante*, 1870)

Llegué a Liverpool el 18 marzo de 1867. El *Great Eastern* debía zarpar a los pocos días para Nueva York y acababa de tomar pasaje a su bordo. Viaje de aficionado, ni más ni menos. Me entusiasmaba la idea de atravesar el Atlántico a bordo de aquel gigantesco buque. Pensaba yo visitar el norte de América, pero eso era solo algo accesorio. El *Great Eastern* ante todo; el país celebrado por Cooper, después. El buque de vapor al que me refiero es una obra maestra de arquitectura naval. Más que un barco, es una ciudad flotante, un fragmento de condado desprendido del suelo inglés y que, después de haber atravesado el mar, debía soldarse al continente americano. Me figuraba aquella masa enorme arrastrada sobre las olas, su lucha con los vientos a quienes desafía, su audacia ante el imponente mar, su indiferencia a las olas, su estabilidad en medio del elemento que sacude, como si fueran botes, los *Wario* y los *Sollerino*. Pero mi imaginación se quedó corta. Durante mi travesía, vi todas estas cosas y otras muchas que no son del dominio marítimo. Siendo el *Great Eastern* no solo una máquina náutica, sino un microscopio, pues lleva un mundo consigo, nada tiene de extraño que en él se encuentren, como en otro teatro más vasto, todos los instintos, todas las pasiones, todo el ridículo de los hombres. Al dejar la estación me dirigí a la fonda de Adephi. La partida del *Great Eastern* estaba anunciada para el 30 de marzo, pero, deseando presenciar los últimos preparativos, pedí permiso al capitán Anderson, comandante del buque, para instalarme a bordo. El capitán accedió con mucha finura. Bajé al día siguiente hacia los fondeaderos que forman una doble fila de docks en las orillas del Mersey. Los puentes giratorios me permitieron llegar al muelle de New Prince, especie de balsa móvil que sigue los movimientos de la marea y sirve de embarcadero a los numerosos botes que hacen el servicio de Birkenhead, anejo de Liverpool, situado en la orilla izquierda del Mersey. Este Mersey, como el Támesis, es

un insignificante curso de agua, indigno del nombre de río, aunque desemboca en el mar. Es una vasta depresión del suelo, llena de agua, un verdadero agujero, propio por su profundidad para recibir buques del mayor calado, tales como el *Great Eastern*, a quien están rigurosamente vedados casi todos los puertos del mundo. Gracias a su disposición natural, esos dos riachuelos, el Támesis y el Mersey, han visto fundarse en sus desembocaduras dos inmensas ciudades mercantiles, Londres y Liverpool; por idénticas causas existe Glasgow sobre el riachuelo Clyde. En la cala de New Prince se estaba calentando un pequeño remolcador a caldera dedicado al servicio del *Great Eastern*. Me instalé sobre su cubierta, ya llena de trabajadores que se dirigían a bordo del gigantesco buque. Cuando estaban dando las siete de la mañana en la torre Victoria, largó el remolcador sus amarras y siguió a gran velocidad la onda ascendente del Mersey. Apenas había desatracado, reparé en un joven que permaneció en la cala, su estatura era elevada y su fisonomía aristocrática era la que distingue al oficial inglés. Me pareció reconocer en él a uno de mis amigos, capitán del ejército de la India, a quien no había visto hacía muchos años. Pero sin duda me engañaba, pues el capitán Macelwin no podía haber regresado de Bombay sin que yo lo supiera. Además, Macelwin era un muchacho alegre, un compañero divertido, y el personaje que estaba ante mis ojos parecía triste y como abrumado por un dolor secreto. La rapidez con que se alejaba el remolcador hizo que muy pronto se desvaneciera la impresión producida en mi mente por aquella semejanza. El *Great Eastern* se hallaba fondeado a unas tres millas más arriba, a la altura de las primeras casas de Liverpool. Desde el muelle de New Prince era imposible verlo. No lo distinguí hasta que llegamos al primer recodo del río. Su imponente mole parecía un islote medio dibujado entre la bruma. Se nos presentaba de proa, pero el remolcador lo rodeó y pronto pude ver toda su longitud. Tres o cuatro carboneros arrimados a él vertían en su interior, por las aberturas practicadas sobre la línea de flotación, su cargamento de carbón de piedra. Junto al *Great Eastern* aquellas fragatas parecían lanchas. Sus chimeneas no llegaban a la primera línea de portas de luz practicadas en su casco; sus masteleros de juanete no pasaban de sus bordas. El gigante hubiera podido colgarlas de sus pescantes, como botes. Entretanto, el remolcador se acercaba y pasó bajo el estrave derecho del *Great Eastern*, cuyas cadenas se estiraban violentamente por el empuje de las olas, y atracó a su banda de babor, al pie de la ancha escalera que serpenteaba por sus costados. La cubierta del remolcador apenas alcanzaba la línea de flotación del coloso, línea que debía llegar al agua cuando la carga fuera completa, pero que aún se hallaba dos metros por

encima de las olas. Mientras los trabajadores desembarcaban presurosos y trepaban por los tramos de la escalera del buque, yo, con el cuerpo echado hacia atrás y la cabeza aún más echada atrás que el cuerpo, como un viajero veraniego que mira un edificio elevado, contemplaba las ruedas del *Great Eastern*. Vistas de lado, parecían flacas, escuálidas, aunque la longitud de sus palas fuera de cuatro metros; pero de frente presentaba un aspecto monumental. Su elegante armadura, la disposición de su sólido cubo, punto de apoyo de todo el sistema, sus puntales cruzados, destinados a mantener la separación de la triple llanta, aquella aureola de rayos encarnados, aquel mecanismo medio perdido en la sombra de los anchos tambores que coronaban el aparato, todo aquel conjunto impresionaba el ánimo y evocaba la idea de alguna potencia huraña y misteriosa. ¡Con qué energía, aquellas palas de madera, tan vigorosamente encajadas, debían azotar las aguas! ¡Qué hervor el de las líquidas ondas cuando aquel poderoso artificio las sacudiera golpe tras golpe! ¡Qué de truenos en la caverna de aquellos tambores, cuando el *Great Eastern* marchara a todo vapor, al impulso de aquellas ruedas de cincuenta y tres pies de diámetro y ciento sesenta de circunferencia, de noventa toneladas de peso y moviéndose con la velocidad de once vueltas por minuto! Los pasajeros del remolcador habían desembarcado; puse el pie en los calados escalones de hierro, y algunos instantes después, me hallaba a bordo.

Frederick Marryat

CARTAS QUE NO LLEGAN

(*El buque fantasma*, 1839)

El sol se oscureció; los objetos apenas se distinguían; el viento decayó y el océano quedó en calma. El cielo parecía cubierto por un velo rojo como si el mundo entero se hallara en estado de conflagración.

Quien primero advirtió la oscuridad desde el camarote fue Felipe, enseguida subió a cubierta seguido del capitán y de los pasajeros asombrados. Aquella oscuridad era extraordinaria, incomprensible.

—¡Santísima Virgen, protégenos! ¿Qué puede ser esto? —exclamó el capitán—. ¡Glorioso san Antonio, sálvanos!

—¡Allí, allí! —gritaron varios marineros señalando a un costado.

Todos volvieron la vista en esa dirección. A unos dos cables de distancia vieron alzarse, poco a poco, de la superficie de las aguas, los topes de una arboladura, fueron subiendo gradualmente, luego aparecieron las cofas, las vergas, las velas, por último las jarcias y el casco, y un buque se fue alzando desde lo profundo hasta hacerse visibles las portas con sus cañones, se aproximó, y terminó poniéndose al costado, aunque a cierta distancia, del *Nuestra Señora del Monte*.

—¡Santísima Virgen! —exclamó el capitán—. He visto hundirse buques en el mar; pero no he visto ninguno salir desde el fondo a la superficie de las aguas. Ofrezco mil velas de cera, de diez onzas cada una, ante el altar de la Virgen porque nos salve de esta desgracia. Señores —añadió dirigiéndose a los pasajeros que estaban asustados como él—, ¿lo prometen ustedes también?

—¡El *Buque Fantasma, El Holandés Errante*! —gritó Schriften—. Felipe van der Decken, allí está su padre. ¡Ji, ji!

Felipe fijó la vista en el buque y advirtió que estaban arriando un bote. Es posible —pensó— que me sea permitido pasar a él. Y apretó la reliquia que llevaba en el pecho.

La oscuridad aumentó. El *Buque Fantasma* apenas se distinguía a través de una atmósfera densa. Los tripulantes y pasajeros del *Nuestra Señora del Monte* se arrodillaron invocando a Dios y a los santos. El capitán, después de haber tomado la imagen de san Antonio, de haberlo besado y colocado nuevamente en su nicho, corrió por una vela de cera para ponérsela delante encendida.

Al poco tiempo se oyó rumor de remos al costado del buque, y una voz que decía:

—Buena gente, échenos un cabo.

Nadie respondió ni aceptó la invitación. Solo Schriften se dirigió al capitán diciéndole que si los de aquel buque pretendían enviar cartas por su intermedio, no debía recibirlas, de hacerlo, todos morirían.

Poco después, un hombre fue trepando por la banda y ganó la cubierta por el portalón.

—Podrían haberme alcanzado un cabo, ¿no? —dijo al pisar la cubierta—. ¿Dónde está el capitán?

—Aquí —contestó el capitán, temblando de pies a cabeza.

El hombre que se le acercó parecía un marinero curtido por mil temporales. Vestía gorra y chaqueta de lona. Llevaba algunas cartas en la mano.

—¿Qué se le ofrece a usted? —preguntó el capitán.

—¿Qué desea usted? —dijo Schriften—. ¡Ji, ji!

—¡Schriften! ¿Así que es usted piloto aquí? —preguntó aquel hombre. Yo creía que llevaba tiempo usted en el otro mundo.

—¡Ji, ji! —contestó Schriften volviéndole la espalda.

—El caso es, capitán —dijo el marinero del *Buque Fantasma*—, que hemos tenido un tiempo muy malo y deseamos enviar cartas a nuestras familias. Creo que no conseguiremos nunca doblar este cabo.

—No puedo encargarme de su correspondencia.

—¿No? ¡Cosa extraña! Todos los buques se niegan a recibir nuestras cartas. Eso está muy mal, los marineros deben prestarse ayuda, especialmente en las desgracias. Dios sabe cuánto deseamos nosotros volver a ver a nuestras mujeres y familias; sería un gran consuelo para ellas recibir noticias nuestras.

—Me es imposible tomar esas cartas —dijo el capitán.

—Llevamos mucho tiempo en el mar —insistió el marinero moviendo la cabeza.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó el capitán.

—No lo sé; el viento se ha llevado nuestro almanaque y hemos perdido los medios de averiguarlo. Jamás hemos podido tomar exactamente la latitud.

—Veamos esas cartas —dijo Felipe adelantándose.

—¡No las toque usted! —gritó Schriften.

—Fuera de aquí, monstruo —respondió Felipe—; ¿quién se atreve a detenerme a mí?

—¡Estás condenado, estás condenado! —gritó Schriften corriendo por la cubierta y lanzando una carcajada feroz.

—¡No toque usted esas cartas! —ordenó el capitán que temblaba como un azogado.

Felipe, sin hacerles caso, alargó la mano para recibir las cartas.

—Esta es de nuestro contramaestre para su mujer que reside en Ámsterdam en el muelle de Waser.

—El muelle de Waser desapareció hace ya mucho tiempo, amigo mío —dijo Felipe—; ahora se han construido allí grandes almacenes para recibir el cargamento de los buques.

—¡Imposible! —contestó el marinero—. Aquí hay otra del patrón de la lancha para su padre, que vive en la plaza del Mercado Viejo.

—Tampoco existe la plaza del Mercado Viejo; allí se ha construido una iglesia.

—¡Imposible! —dijo otra vez el marinero—. Aquí tiene usted otra para mi novia Brow Katcer; lleva dinero para que se compre un brazalete.

—Recuerdo que así se llamaba una vieja soltera que fue enterrada hace treinta años.

—¡Imposible! La dejé en toda la lozanía de su juventud. Aquí hay otra para la casa Slutz y Compañía, propietaria de este buque.

—Ya no existe semejante casa —dijo Felipe—. Hace muchos años me hablaron de unos comerciantes que llevaban ese nombre.

—¡Imposible! ¡Usted está burlándose de mí! Aquí hay otra carta de nuestro capitán para su hijo.

—Entréguemela usted —exclamó Felipe tomando la carta.

Iba a romper el sello, cuando se la arrebató Schriften de las manos y la arrojó sobre la borda de sotavento.

—Es una broma intolerable de parte de un antiguo compañero mío —observó el del *Buque Fantasma*.

Schriften no respondió. Se apoderó de las demás cartas que Felipe había puesto sobre el cabestrante y las arrojó al mar como a la primera.

El marinero del *Buque Fantasma* rompió a llorar y se fue por la misma banda por la cual había embarcado, se fue diciendo:

—Es dura, muy dura la conducta que observan con nosotros; pero tiempo llegará en que nuestras familias conozcan nuestra situación y lo que nos han hecho.

Pocos segundos después, se percibía el ruido de los remos que lo conducían de vuelta al *Buque Fantasma*.

Richard Wagner

UN DESEO

(*El holandés errante*, 1843)[1]

Escena segunda

(*El Holandés baja a tierra, vestido con un traje español de color negro*).
Recitativo y Aria, Holandés:

Ha llegado la hora, y de nuevo siete años han transcurrido.
El mar, harto de mí, me echa a tierra.
¡Oh, océano arrogante!
¡Pronto habrás de soportarme otra vez!
¡Tu obstinación puede cambiarse, pero mi maldición es eterna!
¡A ti, océano agitado, permanezco fiel hasta que tu última
ola se rompa y tus últimas aguas se sequen!
¡Cuántas veces, con amor, me he sumergido en tú más profundo abismo!
¡Pero pobre de mí, no he hallado la muerte!
Allí, hasta los arrecifes, espantosos
cementerios de barcos, he llevado mi barco,
pero ¡ay!, la tumba no me quiso.
Burlándome de él, reté a duelo al pirata
con la esperanza de morir en la refriega.
Aquí, grité, demuéstrame tus proezas,
mi barco está repleto de tesoros.
Sin embargo, el bárbaro hijo del mar,
después de santiguarse, escapó.
¡En ningún lugar encuentro mi tumba!
¡La muerte nunca me llega!
Esta es la horrible condena de mi maldición.
Te pregunto a ti, bendito ángel del cielo:
¿acaso era yo el infeliz blanco de tus burlas

cuando me enseñaste la manera de liberarme?
¡Vana esperanza! ¡Terror, engaño sin sentido!
Mi fe en la tierra pertenece al pasado.
Una sola esperanza me queda,
una sola que permanecerá inalterable:
por muchos nuevos brotes que la tierra brinde,
al final debe morir.
¡Día del Juicio! ¡Día del Juicio Final!
¿Cuándo harás que amanezca en mi noche?
¿Cuándo resonará el estruendo que hará pedazos el mundo?
Cuando los muertos se levanten de nuevo, entonces yo entraré en el vacío.
¡Estrellas en lo alto, pongan fin a su ciclo!
Eterna muerte, ¡cae sobre mí!

La tripulación de El Holandés *(desde el interior del barco)*:

Eterna muerte, ¡cae sobre nosotros!

William Hope Hodgson

EL REGRESO AL HOGAR DEL SHAMRAKEN

(*Aguas profundas*, 1914)

El viejo *Shamraken*, un gran navío de velas cuadras, había pasado infinidad de días sobre las aguas. Era más viejo que su tripulación, lo cual ya es mucho decir. Parecía no darse prisa mientras alzaba sus curvos y gastados flancos de madera navegando a través de los mares. ¿Qué apuro podía haber? Alguna vez iba a llegar, de alguna manera iba a llegar, tal como fuera, desde siempre, su costumbre.

Los tripulantes —que además eran los propietarios— tenían dos características notables en común: la primera, la edad; la segunda, el sentimiento que los unía, de tal modo que el navío parecía tripulado por una familia de sangre aunque no fuera así. Formaban un curioso grupo, todos barbados, de edad provecta; habían dejado de gruñir y los embargaba la serena satisfacción que les llega solo a quienes dejaron atrás las pasiones más violentas.

Cuando hacían algo, no se oían los rezongos típicos de cualquier grupo de marinos. Subían a la arboladura a hacer el trabajo que fuera con la sensata resignación que solo aportan edad y experiencia. Todo se llevaba a cabo con cierta tenacidad lenta, con una especie de seguridad cansada, hija de un maduro conocimiento del deber. Además, las manos poseían la sobria habilidad que solo otorga la práctica por décadas, y compensaba con holgura las flaquezas traídas por esas mismas décadas. Cada uno de sus movimientos, por pausados que fueran, resultaba implacable en su falta de vacilación. Habían ejecutado con tanta frecuencia el mismo tipo de tareas, que habían llegado, mediante la selección de lo útil, a los métodos más directos y sencillos de hacerlas.

Tal como he afirmado, muchos eran los días transcurridos sobre las aguas, aunque no estoy seguro de que algún hombre de la nave supiese con certeza cuántos. El patrón Abe Tombes —a quien se dirigían como patrón Abe—

debía haber tenido cierta noción, porque se lo podía ver de cuando en cuando consagrado a ajustar solemnemente un prodigioso cuadrante, lo cual sugiere que mantenía algún tipo de registro del tiempo y de la posición geográfica.

De los tripulantes del *Shamraken*, una media docena estaban sentados, trabajando en algunas tareas marineras indispensables. Sobre cubierta había otros más. Una pareja recorría la banda de sotavento de la cubierta principal. Fumaban, y cada tanto, cambiaban algunas palabras. Había uno sentado junto a otro que trabajaba y hacía observaciones ocasionales entre las chupadas a la pipa. Otro más, sobre el bauprés, pescaba con línea, anzuelo y un trapo blanco, trataba de sacar un bonito. Era Nuzzie, el grumete de la nave. Tenía barba gris y sus años sumaban cincuenta y cinco. Había sido un grumete de quince cuando se unió al *Shamraken*, y seguía siendo el muchacho aunque cuarenta años se habían ido a la eternidad desde el día en que se incorporó; los hombres del *Shamraken* vivían en el pasado y pensaban en Nuzzie como en aquel muchacho de antaño.

Le correspondía bajar al sollado a Nuzzie; era su turno de dormir. Podía afirmarse lo mismo de los otros hombres que hablaban y fumaban, pero ellos apenas pensaban ya en dormir. La edad avanzada saludable duerme poco y ellos tenían salud a pesar de ser tan ancianos. Pronto, uno de los que caminaban a sotavento de la cubierta principal, mirando por casualidad a proa, vio que Nuzzie seguía ahí sobre el bauprés, agitando la línea a ver si tentaba a algún tonto bonito que confundiera ese harapo en su extremo con un pez volador.

El fumador le dio un suave codazo a su compañero.

—Me parece que es hora de que ese grumete duerma un poco.

—Así es, compañero —contestó el otro, apartando la pipa de su boca, y observando con insistencia a la figura a horcajadas sobre el bauprés.

Durante medio minuto estuvieron allí, de pie como la efigie misma de la determinación, por parte de la edad provecta, de gobernar a la atrevida juventud. Sostenían las pipas en las manos y el humo se alzaba en pequeños remolinos desde las cazoletas.

—¡No hay forma de domar a ese muchacho! —dijo el primero con aspecto firme y decidido. Después, recordó su pipa y le dio una chupada.

—Qué carácter terrible tienen estos grumetes —observó el segundo y recordó, también, su pipa.

—Pescar cuando los otros duermen… —bufó el primero.

—Los muchachos necesitan dormir mucho —dijo el segundo—. Recuerdo cuando yo era muchacho. Supongo que será el crecimiento.

Y durante todo ese tiempo el pobre Nuzzie continuaba pescando.

—Creo que voy a decirle que se baje de ahí —exclamó el primero y empezó a caminar hacia los escalones que llevaban a la parte superior del castillo de proa.

—¡Muchacho! —gritó en cuanto asomó la cabeza al nivel de la parte superior del castillo—. ¡Muchacho!

Nuzzie se volvió al segundo llamado.

—¿Eh? —voceó.

—Bájate de ahí —gritó el hombre más viejo, con el tono un poco agudo que la edad había conferido a su voz—. Apuesto a que te veremos dormido sobre la rueda del timón esta noche.

—Sí —agregó el segundo hombre, que había seguido a su compañero—. Baja a tu litera, muchacho.

—Bien, bien —protestó Nuzzie y empezó a enrollar la línea. Era evidente que no había pensado en desobedecer. Se bajó del palo y pasó junto a ellos sin decir palabra, camino al sollado.

Los hombres bajaron lentamente del castillo de proa y reanudaron la caminata, por la banda de sotavento de la cubierta principal, de proa a popa.

—Supongo, Zeph —dijo el hombre que estaba sentado sobre la escotilla y fumaba—, supongo que patrón Abe tiene razón. Es cierto que hemos hecho un buen puñado de dólares con el viejo armatoste, pero no hemos rejuvenecido.

—Sí, es cierto, creo que es bastante cierto —replicó el hombre sentado junto a él, que ataba un cabo a un motón.

—Es hora de que pensemos quedarnos en tierra —siguió el primero, que se llamaba Job. Zeph apretó entre sus rodillas el motón, buscó a tientas, en su bolsillo trasero, un puñado de tabaco para mascar, le arrancó un mordisco, y volvió a guardarlo.

—Cuando uno lo piensa, resulta raro que este sea el último viaje —señaló masticando con el mentón apoyado en la mano.

Job le dio dos o tres chupadas profundas a la pipa antes de hablar.

—Supongo que alguna vez tenía que llegar —dijo—. Tengo en mente un lindo lugarcito donde echar anclas. ¿Pensaste en eso, Zeph?

El hombre que sostenía entre sus rodillas el motón, sacudió la cabeza y miró sobre el mar, a lo lejos, con tristeza.

—No sé, Job, qué voy a hacer cuando el viejo armatoste sea vendido —murmuró—. Desde que María se fue, no me importa más tocar tierra firme.

—Nunca tuve esposa —dijo Job apretando el tabaco ardiente en la cazoleta de su pipa—. Supongo que los marinos no tendrían que tratar con esposas.

—Eso está muy bien para ti, Job. Cada hombre según su parecer. A mí me gustaba muchísimo María… —Se detuvo en seco y siguió mirando el mar.

—Siempre he pensado que me gustaría asentarme en una granja propia. Calculo que los dólares que gané alcanzarán —dijo Job.

Zeph no contestó. Por un rato permanecieron sentados allí sin hablar, sin mirarse.

Un momento después, sobre la banda de estribor, por la puerta del castillo de proa, surgieron dos figuras. También a ellos les tocaba descanso. Parecían más viejos que el resto; sus barbas, completamente blancas, salvo las manchas de jugo de tabaco, les llegaban al pecho. Habían sido hombres muy vigorosos, ahora la carga de los años doblaba penosamente sus espaldas. Se dirigieron a popa, caminando lentamente. Cuando llegaron frente a la escotilla principal, Job levantó la cabeza y dijo:

—Dime, Nehemiah, aquí Zeph ha estado pensando en María y no he podido levantarle el ánimo de ningún modo.

El más enjuto de los dos recién llegados sacudió la cabeza con lentitud.

—Todos tenemos disgustos —dijo—. Todos tenemos disgustos. Yo tuve el mío cuando perdí a la niña de mi hija. Había simpatizado mucho con esa niña, era tan agradable… pero así son las cosas… así son las cosas.

—María fue una buena esposa para mí, lo fue —dijo Zeph, hablando lentamente—. Y ahora que el viejo armatoste va a desaparecer, temo que me encontraré muy solo en tierra —y agitó la mano, como sugiriendo vagamente que la costa se encontraba en algún punto más allá de la banda de estribor.

—Sí —observó el segundo de los recién llegados—. Para mí es algo deprimente que el viejo barco deje de navegar. He navegado sesenta y siete años en él. ¡Sesenta y siete años! —Hamacó la cabeza tristemente y encendió la pipa con manos temblorosas.

—Así son las cosas —dijo el hombre más enjuto—. Así son las cosas.

Y con estas palabras, se dirigieron junto con su compañero hasta la barra debajo de las amuradas de estribor, allí se acomodaron para fumar y meditar. Patrón Abe y Josh Matthews, primer oficial, estaban de pie junto a la barandilla que cruzaba el comienzo de la cubierta de popa. Como a los demás hombres del *Shamraken*, la edad les había caído encima y la helada de la eternidad les rozaba la barba y el cabello. Patrón Abe estaba hablando:

—Es más difícil de lo que pensaba —decía, y manteniendo los ojos aparte de los ojos del piloto, miraba las cubiertas gastadísimas, blancas ya de tan fregadas.

—No sé qué voy a hacer, Abe, cuando la nave desaparezca —replicó el viejo oficial—. Ha sido como un hogar para nosotros durante más de sesenta años —sacudió el tabaco usado de la pipa mientras hablaba y empezó a cortar una carga nueva.

—¡Han sido los malditos fletes! —exclamó el patrón—. No hacemos más que perder dólares en cada viaje. Los que nos han reventado son los barcos a vapor.

Suspiró cansado y le dio un tierno mordisco al pan de tabaco.

—Ha sido una nave muy cómoda —murmuró Josh—. Y desde que se fue aquel muchacho mío, pienso menos en pisar tierra de lo que acostumbraba hacerlo. No me quedan parientes.

Terminó de hablar y empezó a llenar la pipa con los viejos dedos temblorosos. Patrón Abe no dijo nada. Parecía estar hundido en sus propios pensamientos. Apoyado sobre la barandilla que cruzaba el comienzo de la popa, masticaba sin cesar. Pronto se enderezó y caminó a sotavento. Escupió, después se quedó allí en pie unos momentos, dando un breve vistazo en redondo: medio siglo llevaba haciéndolo así. Bruscamente le gritó al oficial:

—¿Qué distingues allá a lo lejos? —le preguntó tras un momento de escrutinio.

—No sé, Abe, a menos que se trate de alguna clase de niebla alzada por el calor.

Patrón Abe sacudió la cabeza; al no saber qué sugerir, permaneció un momento silencioso. Pronto Josh volvió a hablar:

—Es muy extraño, Abe. Estas son zonas extrañas.

Patrón Abe, sin dejar de observar eso que había aparecido por la proa, a sotavento, asintió con la cabeza. Les parecía que un enorme muro, de niebla color rosada se alzaba hacia el cenit. Estaba casi frente a ellos, al principio les había parecido solo una nube brillante sobre el horizonte, pero ya había recorrido un largo camino en el aire y su cresta superior se había ido cubriendo de portentosos matices flamígeros.

—Tiene un aspecto realmente maravilloso —dijo Josh—. Había oído que las cosas son particulares en esta zona.

Un momento después, cuando el *Shamraken* se acercó a la niebla, les pareció que ocupaba todo el cielo ante ellos, desplegándose a cada amura.

Pasó un momento, se internaron en la niebla, y de inmediato cambió el aspecto de todo.

Agitada en grandes remolinos rosados, la niebla flotaba en torno a los hombres, suavizaba y embellecía cada cabo, cada mástil, de manera que el viejo navío se convirtió en nave encantada en navegación a través de un mundo incógnito.

—Nunca vi algo así Abe… ¡jamás! —dijo Josh—. ¡Es magnífico! Es como si hubiéramos entrado en el crepúsculo.

—¡Estoy muy sorprendido! —gritó el patrón Abe—. Pero reconozco que es hermosa, muy hermosa.

Por un instante, los dos compañeros, los dos veteranos compañeros, se quedaron de pie allí, de pie sin hablar, mirando, solo mirando. Al entrar en la niebla, alcanzaron una calma incluso más pronunciada que la calma que los rodeara poco antes, en mar abierto. Era como si la niebla apagara cada tono, limara la aspereza de cada sonido. Los aparejos y los mástiles sonaban de otra manera. Las gigantescas olas sin espuma que rodaban alrededor de ellos parecían haber perdido algo del áspero rugido con el que saludaban al acercarse.

—Es como sobrenatural, Abe —dijo Josh, elevando apenas, tímida, su voz—. Como en misa.

—Sí —contestó Abe—. No parece natural.

—No creo que el cielo sea muy distinto —susurró Josh. Y Abe no lo contradijo.

Un rato después, decreció tanto el viento que se decidió izar el juanete mayor cuando sonaran las ocho campanadas. Tras llamar a Nuzzie —único a bordo que estaba descansando—, cada uno de los hombres dejó de lado su pipa y se dispusieron a cumplir con la maniobra. Sin embargo, nadie hizo el menor amague de encaramarse a la arboladura para soltar la vela. Era un trabajo de grumete, y Nuzzi estaba retrasado, aún no subía a cubierta. Cuando, tras un minuto de espera, apareció, el patrón Abe lo reprendió severamente.

—¡Arriba, muchacho, a soltar esa vela! Quiero creer que no pretenderás que algún hombre mayor lo haga. ¡Vergüenza debería darte! Vamos, ¡arriba!

Y Nuzzie, el muchacho de barba gris, el muchacho de cincuenta y cinco años, obediente, con humildad, se puso a trepar la arboladura tal cual le ordenaban. Cinco minutos después, avisó desde arriba que todo estaba listo, y una ringlera de ancianos comenzó a esforzarse tirando de los cabos.

Nehemiah, quien siempre entonaba algún *shanty* al trabajar, arrancó en falsete con un trino:

—Había un viejo granjero que vivía en Yorkshire…

Y un agudo canturreo de antiguas gargantas entonó el viejo estribillo:

—Conmigo, sí, sí, recorran este camino.

Nehemiah siguió:

—Tenía mujer vieja y la quería en el infierno.

—Danos tiempo de completar este camino —intervino, temulento, el coro de viejas voces.

—El diablo lo visitó un día, cuando estaba arando —continuó Nehemiah, y contestó el grupo de patriarcas:

—Conmigo, sí, sí, por este camino.

—Vengo por tu vieja mula —cantó Nehemiah.

Y de nuevo el estribillo elevó su estridor:

—Danos tiempo, danos tiempo, y completaremos el camino.

Y siguieron así hasta el par de estrofas finales. Y hasta rodearlos por completo mientras canturreaban, se extendió aquella niebla extraordinaria, aquella niebla teñida de rosa que en lo alto se fundía con llamas, como si más allá de los mástiles, el cielo fuera un inmenso océano de callado fuego.

—Había tres diablitos encadenados al muro —cantó Nehemiah en tono hiriente.

—Conmigo, sí, sí, por este camino —respondió el coro gimiendo.

—Ella se quitó el sueco y los vapuleó a todos —canturreó el viejo Nehemiah, y una vez más, entre cansados resoplos, se alzó el antiguo estribillo.

Y tremoló Nehemiah, mientras levantaba la mirada para ver si la verga alcanzaba el tope del mástil:

—Estos tres diablitos ladraron por clemencia.

Y el coro dijo:

—Conmigo, sí, sí, por este camino.

—Controlen a esa bruja, o ella…

—Asegúrenla —clamó Josh, atravesando con su orden la inmemorial canción marinera.

El canturreo se había interrumpido con la primera nota de la voz del oficial. Un par de minutos después, cada cabo estaba amarrado en su sitio, cada cabo estaba adujado en prolijos rollos y los viejos camaradas habían retornado a sus ocupaciones.

Las ocho campanadas habían pasado, había que cambiar la guardia y en efecto cambió quien empuñaba la rueda de cabillas, pero poco más cambió, para aquellos ancianos ya a prueba de sueño poca diferencia había entre estar de guardia o descanso. Así, el único cambio notable entre los hombres que permanecían en cubierta fue que los que antes solo fumaban ahora fumaban y trabajaban, y los que hasta entonces habían trabajado y fumado ahora solo fumaban.

Todo transcurría en completa amistad, mientras el viejo *Shamraken* avanzaba, como una sombra de tintes rosados, en medio de la niebla luminosa, y solamente las extensas aguas calladas y mansas que llegaban a él desde la envolvente nube rosa, parecían saber que se trataba de algo más que una sombra.

Zeph le gritó a Nuzzie: que les trajera el té de la cocina. Y así, en un guiñar de ojo, el turno de descanso estaba haciendo su comida vespertina. La comían sentados sobre la escotilla o la banda según les tocara en suerte, y mientras comían hablaban, con los compañeros de turno en cubierta, acerca de la niebla luminosa en la que se habían zambullido. El extraordinario fenómeno los había impresionado mucho y cuanta superstición latía en ellos había despertado por completo.

Zeph no dudó en declarar su creencia: estaban cerca de algo sobrenatural. Tenía la sensación de que María andaba por allí, en algún sitio cercano a él.

—¿Quieres decir que estamos bastante cerca del cielo? —dijo Nehemiah, ocupado en plegar un pallete para convertirlo en una defensa contra el roce.

—No sé —contestó Zeph— pero… —Hizo un gesto hacia el cielo más allá de la niebla—. Ustedes ven… Es maravilloso. Y sí, supongo que sí, que esto es el cielo, y si es así es porque algunos de nosotros nos hemos cansado bastante de la tierra. Supongo que estoy sintiendo ganas de echarle un vistazo a María.

Nehemiah, lentamente, sacudió la cabeza, y un cabeceo de asentimiento recorrió el círculo entero de patriarcas canosos.

—Calculo que por aquí andará también la niña de mi hija —se pronunció, tras meditar un instante, Nehemiah—. Raro sería, y sorprendente, que no hubieran llegado a conocerse con María.

—Era buena para las amistades, María —remarcó, pensativo, Zeph—, y especialmente los niños se hallaban a gusto con ella. Tenía un don.

—Nunca tuve esposa —dijo Job sin que viniera al caso. Era algo que le producía orgullo y de lo cual se jactaba frecuentemente.

—Dudo que eso vaya a servirte de mucho, compañero —exclamó uno de los de barba blanca, hasta entonces silencioso—. Encontrarás menos gente en el cielo que te salude.

—Eso es bastante cierto —asintió Nehemiah clavando una mirada áspera en Job, quien volvió al silencio.

Pronto, cuando sonaron tres campanadas, Josh se acercó y les dijo que dejaran por ese día, basta ya de trabajo. Llegó la segunda guardia y Nehemiah y el resto de su grupo tomaron el té sobre la escotilla principal. Cuando lo terminaron, como de común acuerdo, todos fueron a sentarse junto a la guarnición de cabillas bajo las amuradas del juanete mayor; allí, apoyados sobre sus codos, se enfrentaron el mar y contemplaron el colorido misterio que los rodeaba en todo su esplendor. De tanto en tanto, alguna pipa era retirada de alguna boca y algún pensamiento lentamente alambicado se expresaba.

Las ocho campanadas fueron y vinieron, pero salvo por el relevo a la rueda del timón, nadie se movía de su sitio. Las nueve, y la noche cayó sobre el mar, y los que estaban adentro de la niebla solo vieron cómo el rosa iba haciéndose más profundo, hasta ser un rojo intenso. Por encima de ellos, el vasto cielo resplandeciente parecía una llama silenciosa y sangrienta.

—Pilar de nubes de día y pilar de fuego por la noche —murmuró Zeph dirigiéndose a Nehemiah, en cuclillas junto a él.

—Supongo que son palabras de la Biblia —dijo Nehemiah.

—No sé —contestó Zeph—, son las palabras exactas que le oí decir a Passn Myles cuando nos cruzamos con aquel madero ardiente. Era sobre todo humo a la luz del día, pero un fuego maldito y eterno cuando llegaba la noche.

Al sonar las cuatro campanadas, relevaron al del timón y al vigía, y poco más tarde Josh y el patrón Abe bajaron a la cubierta principal.

—Terriblemente raro —dijo el patrón Abe tratando de simular indiferencia.

—Así es —dijo Nehemiah.

Y luego ambos viejos fueron a sentarse junto a los demás, a observar lo mismo que los demás. Y al sonar las cinco campanadas, a las diez y media, hubo un murmullo de los que estaban más cerca de la proa, y luego hubo un grito del vigía. La atención de todos se dirigió a un punto ubicado casi en línea recta hacia adelante. La niebla parecía estar fluyendo con un raro brillo rojo, un brillo que no era de esta tierra, y un minuto después, el brillo explotó ante sus ojos y se formó una vasta bóveda de refulgentes nubes rojas. Todos gritaron de asombro ante el espectáculo, todos corrieron hacia el castillo de

proa. Allí se congregaron en un grupo apretado, con el patrón y el piloto entre ellos. Un arco parecía extender sus extremos a cada lado de la proa, de tal modo que la nave arrumbaba justo para pasar bajo ese arco.

—Esto es el cielo, seguro —murmuró Josh para sí mismo; pero Zeph lo oyó.

—Supongo que sí, son las Puertas de la Gloria de las que siempre hablaba María —dijo Zeph.

—Calculo que en un momento voy a ver a mi muchacho —musitó Josh y estiró ansioso el cuello hacia adelante, con los ojos velados por un húmedo brillo.

Alrededor había un gran silencio. El viento era ahora apenas una ligerísima brisa que soplaba pareja por la aleta, pero a proa, como atraídas por esa bóveda radiante, las aguas sin espuma, negras y oleosas, rodaban hacia arriba. Bruscamente, en medio del silencio, los alcanzó una grave nota musical, se alzaba y caía como el quejido de una remota arpa eólica. Parecía provenir de la bóveda y la niebla la atrapó y la hizo llorar en ecos concéntricos adentro de la nube rosa hasta más allá de donde la vista alcanzaba.

—Están cantando —gritó Zeph—. A María siempre le gustó cantar. Escuchen…

—¡Shh! —interrumpió Josh—. ¡Es mi muchacho! —su vieja voz aguda había subido casi hasta el grito.

—Es maravilloso… es asombroso —exclamó el patrón Abe.

Zeph se había adelantado un poco, se hacía sombra sobre los ojos con las manos y miraba muy atentamente con el rostro contorsionado por la excitación más extrema.

—Creo que la veo, creo que la veo —murmuraba una y otra vez.

Dos de los viejos sostenían a Nehemiah, algo mareado ante la idea de ver nuevamente a la niña.

A popa, Nuzzie, el muchacho, empuñaba la rueda de cabillas. Había oído, pero al ser solo un muchacho es posible que nada supiera acerca de la súbita cercanía del otro mundo, tan evidente para los demás hombres.

Pasaron unos minutos, y Job, pensando en aquella granja que concentraba las esperanzas de su corazón, se atrevió a sugerir que el cielo estaba menos cerca de lo que sus camaradas creían. Nadie pareció oírlo. Y se hundió en el silencio.

Casi una hora más tarde, cerca de la medianoche, un murmullo entre los observadores anunció que algo nuevo se había hecho visible. Aún les faltaba

un largo camino para llegar a la bóveda, pero aun así una especie de prodigiosa sombrilla, de un rojo profundo y ardiente, con la cresta negra y la cúspide encendida por un furioso resplandor rojo, se avistaba nítida.

—¡El Trono de Dios! —dijo Zeph, en voz alta, y cayó de rodillas.

El resto de los viejos siguió el ejemplo y hasta el anciano Nehemiah hizo un gran esfuerzo para imitarlos.

—Parece que estamos casi en el cielo —murmuró roncamente.

Patrón Abe se puso en pie con un movimiento abrupto. Nunca había oído hablar de ese extraordinario fenómeno eléctrico antes de ciertas enormes tormentas ciclónicas, pero su ojo experimentado había descubierto de pronto qué era eso de color rojo brillante: una colina acuática moviéndose en remolinos que reflejaba la luz roja. Carecía de conocimientos teóricos para entender que el fenómeno era producido por un prodigioso vórtice de aire, pero en sus largos días por mar había visto más de una vez la forma furiosa de una tromba marina.

Y sin embargo, seguía indeciso. Todo estaba tan fuera de su alcance, y aquella monstruosa colina giratoria de agua despedía un centelleo de color rojo ardiente, y a él le llamaba sobre todo la atención algo que no se acomodaba con sus ideas acerca del cielo y de la gloria. Y entonces, cuando aún vacilaba, sonó el primer bramido de bestia salvaje del ciclón. Apenas hirió sus oídos, los ancianos se miraron perplejos y aterrados.

—Supongo que es la voz de Dios —susurró Zeph—. Calculo que solo somos para él unos miserables pecadores.

Un instante después, el aliento de la tempestad les llenó las gargantas, y el *Shamraken*, rumbo a su hogar, atravesó los portales eternos.

Leyendas del archipiélago de Chiloé

CALEUCHE Y LUCERNA

Caucahue, Chaiguao, Quicaví, Chauques, Dalcahue, Quinchao, Lemuy, Queilen, Yelcho, Laitec, Huamblad. Esa sucesión de nombres puede sonar a viento que corre entre rocas, a golpe de aguas de colores siempre cambiantes, a chillido de aves pescadoras. Son algunos de los puertos naturales situados en el archipiélago de Chiloé. Una isla grande rodeada de innumerables islas al oeste de Chile. Un mundo aparte separado del continente por el golfo de Ancud, el golfo de Corcovado y el canal de Chacao. Diez mil kilómetros cuadrados entre los paralelos de 41° y 43° de latitud Sur. Allí, a partir del siglo XVI, cuando llegaron los primeros europeos —españoles armados con arcabuces, con cruces y con el aún más mortífero *mal francés*— comenzaron a mezclarse leyendas de los chonos y los huiliches originarios con las de sus conquistadores, y luego con las de otros navegantes europeos. La mayoría de esas leyendas se relaciona con el mar. Hay un rey y una reina de los mares: Millalobo y Huenchula. Un príncipe y dos princesas de los mares: el Pincoy, la Pincoya y la Sirena Chilota. En torno a ellos pulula toda una jerarquía de seres acuáticos: el Caicai, el Cuchivulu, la Curamilla, la Huenchula, el Huenchur, el Tremplicahue, el Trehuaco. Y como si fuera poco toda esta profusión, navegan por la zona dos barcos fantasma: el *Caleuche* y la *Lucerna*.

Caleuche viene del mapudungun *kalewtun*, que significa transformar, y de *che*, que significa gente. O sea que el nombre de este fantasma podría traducirse al castellano aproximadamente como gente transformada. También se lo conoce como el *Barco de los Brujos*, *El Marino*, el *Barcoiche*, el *Buque de Fuego* o el *Buque de Arte*. Tiene figura de buque escuela con velas cuadras en sus tres palos. Suele aparecer, entre ruido de cadenas, los días de neblina. Se dice que puede atravesar a otra embarcación. Según algunos se lo construyó con las uñas de los muertos; según otros es incorpóreo. Hay quienes aseguran que concurrieron a fiestas realizadas a bordo de él y hay quienes los refutan: a la tripulación del *Caleuche* o *Buque de Arte* le gusta

alternar con muchachas en tierra firme, dicen. No arman saraos ni huateques a bordo. Se amañan con los costeños que tengan hijas en edad de merecer y con ellos organizan. Los retribuyen con muchas mercaderías que no se sabe de dónde vienen. Por eso, en el archipiélago, todo comerciante bien provisto y próspero es sospechoso de pactos con esos que vienen del agua y la niebla. Pero a los culpables genuinos se los reconoce pronto: siempre tienen gallinas negras y botes embreados. Circulan tal vez demasiadas habladurías: que no hay buque más veloz que el *Caleuche*, que su puerto de matrícula está ni más ni menos que en la Ciudad de los Césares perdida en un brazo de mar entre los Andes, que su tripulación vive por la eternidad, que pueden convertirse en lobos o en cahueles. En lo que todos coinciden es en que no debe silbarse en las cercanías del *Caleuche*. No le agrada. Y vaya a saberse qué sucedería en caso de contrariarlo.

La *Lucerna* es buque aún más sorprendente. Baste decir que se trata de una nave velera tan grande como el mundo. Ir de su proa a su popa lleva toda la vida. A bordo solo van brujas y muertos vivientes. Su cargamento son las fases de la luna.

Louise Michel

NAVE MADRE

(*Leyendas kanakas*, 1885)

Llega un día en que las negras montañas se rajan y se parten como un coco bajo una pedrada.

El viento aúlla, el mar trepa llanura arriba, colina arriba, montaña arriba, el cielo está negro como la noche más negra y cruzado por rojos relámpagos; desde lo alto, la Vía Lactea está por volcar torrentes sobre la tierra.

En la floresta que el viento está haciendo pedazos, el notou llora de manera siniestra.

Una mujer está sentada, con sus hijos en torno, en la elevada ladera de una montaña: es la hija de Tomaho, la esposa de Daouri. Oyen callados la tormenta más terrible en mil años.

Pobre muchacha, en la choza de su padre, ella estaría cantándole a sus niños para dormirlos, en la choza del viejo Tomaho de largo cabello blanco. Para dormirlos estaría cantándoles la canción de sus padres.

Pero Paila no va a verlos nunca más.

A sus pies la tierra se parte, sobre ella caen torrentes sin fin, detrás de ella la montaña se retuerce, a izquierda y a derecha hay abismos. Y el agua crece, crece, crece, crece hasta la altura de las nubes y las nubes bajan, bajan, bajan. El agua de las nubes y el agua del mar se mezclan, crecen más alto que el más alto de los árboles con los cuales hacen los blancos sus mástiles. Montañas de noche y de agua se elevan.

¿Qué va a ser de Paila, la de los cabellos castaños? Sobre su cabeza la gran lluvia, bajo su pie el mar que crece, alrededor los abismos sin fondo.

Ella se inclina sobre los más pequeños para protegerlos del agua que cae; ella los rodea y los cubre como una cueva. Ella les habla suavemente, para que los más grandes, los que más entienden, no se asusten.

Y los niños sonríen, se sienten seguros junto a su madre.

Paila mira a la noche a los ojos. No hay más tierra. Y por el agua pasan troncos, pasan cuerpos navegando hacia el fin de la tierra; hombres, mujeres, niños, echados como si durmieran; están muertos.

Por cinco lunas cae el agua del cielo. Pero no hay más luna o sol para contar. Los cielos son negros, el agua cae, todavía cae.

Sobreviven los hijos de Paila por su leche y ella sobrevive para salvarlos. Pero colapsa hasta la roca, de las montañas ya nada va quedando, la tierra se vuelve tan pequeña como una piragua.

No tiembla Paila, vigila con sus ojos negros, ella es hija y hermana de guerreros, ella es la esposa de un guerrero.

Paila no quiere ver cómo sus hijos mueren, ellos tienen que convertirse en hombres, deben luchar antes de caer dormidos para siempre.

Pero nada vive ya en el valle, donde hasta la última luna vivían tribus innumerables.

Pero no se equivoca Paila, la de los cabellos castaños. Sus hijos sobreviven montados en ella como una piragua. El mayor recuerda, sabe qué hacer, su razón ha madurado. Entonces, montado sobre su madre, rema.

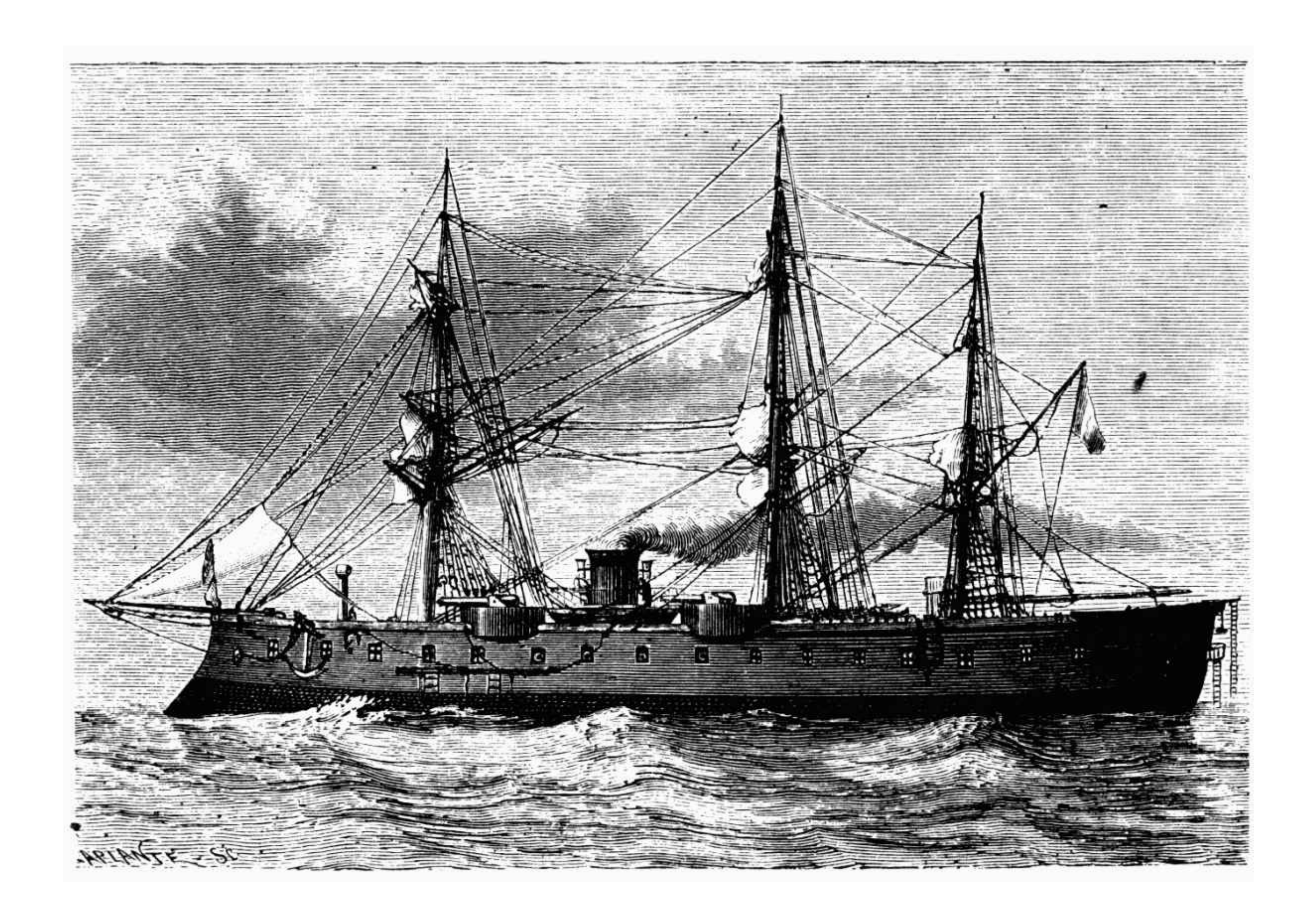
Atracan por un canal entre islas, donde también se ha detenido un gran tronco que lleva encima a su viejo abuelo. Él ve cómo los más pequeños sacian la sed bebiendo la sangre de su madre piragua, herida contra las rocas, mientras moría ella les ordenó remar sobre ella y beber de su cuerpo.

Esto es en la isla de Inguiene, donde también desembarcan las hijas de Tanaoué, donde el viejo habrá de esposarlas con los hijos de Paila cuando crezcan.

Desde entonces serán estrechas las tierras sobre el mar que devoró las montañas. Y vivirán muchas lunas hasta nuevamente no poder ser contados. Y todo habrá sucedido hace mucho tiempo, cuando llegaron remando sobre su madre canoa.

II

NAVEGAR ES PRECISO



«A la mayoría de los marinos, según mi parecer, les gustaría realmente muy poco el mar si no hubiesen sido empujados a él por la necesidad, por los sueños de gloria cuando muy jóvenes y cuando viejos por la fuerza de la costumbre», escribió el naturalista inglés Charles Darwin en el diario correspondiente a la circunnavegación que efectuó a bordo del *Beagle* (1831-1836). Darwin se mareaba sin remedio. Poco lo ayudó el inquieto mar patagónico a cuyo relevamiento dedicaron más de la mitad del viaje. Continuó padeciendo el *mal de mar* cuando llevaba años a bordo, lo cual no es tan frecuente. Consta en su propio diario y en el de Robert Fitz Roy, comandante del *Beagle*. Ese tormento repetido puede haber moldeado negativamente su perspectiva para opinar acerca de los hombres de mar. Aun así bastante hay de cierto en su comentario: los barcos han sido, en gran parte, lugares de martirio. Las razones para embarcarse demasiadas veces fueron la pobreza, la necesidad de huir o las levas forzadas para la guerra, para azarosas expediciones de descubrimiento y conquista o para largos y fatigosos viajes comerciales. Esas calamidades duraron siglos, y fueron actualizadas en las últimas décadas por los intentos de migración masiva en embarcaciones absolutamente inapropiadas, y los intentos igualmente desesperados de quienes se entrometen como polizones en cargueros, con el riesgo de ser descubiertos y arrojados al mar.

El español José de Espronceda, liberal exaltado y poeta romántico, escribió en *La canción del pirata* (1835): «Que es mi barco mi tesoro, / que es mi dios la libertad, / mi ley, la fuerza y el viento, / mi única patria, la mar. // Allá muevan feroz guerra ciegos reyes / por un palmo más de tierra, / que yo tengo aquí por mío / cuanto abarca el mar bravío / a quien nadie impuso leyes». Semejante idealización sugiere que el poeta varias veces desterrado por razones políticas no conocía lo que era la vida en un barco para los trabajadores del mar, o que elegía olvidarlo al momento de escribir. Lejos de justificar tamaños entusiasmos, ni los barcos piratas ni los que integraban flotas *honestas* fueron mayormente ámbitos de libertad. «A la civilización capitalista no hay que verla en las metrópolis, donde lleva sus mejores atavíos, sino en las colonias, donde marcha desnuda», escribió Marx. El mar

fue desde siempre otro lugar donde la civilización se desnuda y lo que termina imperando es la ley del más fuerte.

Jim Hawkins, narrador protagonista de *La Isla del Tesoro* (1882), de Robert Louis Stevenson, califica a los piratas como «la gente más despiadada que Dios lanzó a los mares» (hay una ironía implícita, ya que este huérfano carga con el apellido de un pirata egregio). Pocas líneas más adelante, confía a los lectores: «hombres como aquel habían ganado para Inglaterra su reputación en los mares». Y unos capítulos después, el *respetable* Trelawney, un hombre de leyes —que lleva el apellido de un corsario célebre—, reconoce: «Flint fue el pirata más sanguinario que cruzó los mares […]. Los españoles le tenían tanto miedo que a veces me siento orgulloso de que fuera inglés». Por cierto, los piratas contribuyeron en gran medida a la acumulación primaria de capitales que posibilitó la revolución industrial. El oro que los españoles traían de América manchado de sangre en sus galeones, los *perros del mar* lo robaban en el camino. Por algo la reina Elizabeth nombró caballero a Francis Drake, *el mayor pirata de todos los tiempos*, el más odiado por los españoles, a tal punto que Lope de Vega le dedicó un largo poema, mezcla de catilinaria, propaganda política y vanguardia *avant la lettre*: *La Dragontea*. «Arde el bauprés, mesana árbol, trinquetes, / como si fueran débiles tomizas, / coronas, aparejos, chafaldetes, / velas, escotas, brazas, trozas, trizas, / brandales, racamentas, gallardetes, / brioles y aflechastes son cenizas, / amantillas, bolinas y cajetas, / estay, obencaduras y jaretas», dice en un pasaje que refiere lo sucedido a bordo de un navío de los reyes católicos ante el ataque de los *perros ingleses*.

Pero en la época narrada por Stevenson ya no había lugar para las andanzas de esa hermandad, marcadas por la indisciplina y el despilfarro. Hacia el final de *La Isla del Tesoro*, Jim Hawkins lo plantea con claridad: «aunque valientes para un abordaje y para jugárselo todo a una carta, eran absolutamente incapaces de algo que se pareciera a una campaña prolongada». No quedaba para ellos más lugar que la literatura.

Durante el siglo XIX se dieron simultáneamente el apogeo de la literatura marinera y la construcción de los veleros más agraciados y veloces que han existido: los *clippers*. No fue el anhelo de hermosura, sino el afán de lucro, lo que llevó hacia 1840 a arquitectos navales norteamericanos como John Willis Griffiths o Donald McKay a crear el *Flying Cloud*, el *Sovereign of the Seas*, el *Young America*, el *Westward Ho*, el *Stag Hound*, el *Sea Witch*, el *Carrier Pigeon*, el *Wild Pigeon*, el *Flying Fish*, el *John Gilpin*, el *Game Cook*, el *Charmer*, el *Challenge*. Naves admiradas, copiadas y quizás superadas por los

ingleses, cuya industria naval produjo el *Stornoway*, el *Chrysolite*, el *James Baines*, el *Fiery Cross*, el *Taeping*, el *Ariel*, el *Thermopylae*, el *Cutty Sark*. La época en que los *clippers* cruzaban los mares desde la India y la China a toda vela, compitiendo a ver quién llegaba primero a las Islas Británicas con su carga de té (y de opio), resulta más que adecuada para ilustrar la célebre cita de Walter Benjamin según la cual «no existe documento de cultura que no sea a la vez documento de barbarie» (*Tesis sobre la historia*, de publicación póstuma en 1942). Los *cap horniers* que sucedieron a los *clippers* trataron de mantenerse competitivos respecto a los mercantes a vapor merced a sus ventajas comparativas en viajes largos con cargas masivas como lana, guano, trigo o fosfato. No hicieron sino empeorar las cosas para la marinería: grandes cascos de acero con palos altísimos, miles y miles de metros de velamen para maniobrar.

Los capitanes de esos veleros de ensueño supieron estar a la altura de los desvelos de constructores y armadores: ganaron cada milla de ventaja, cada hora menos de navegación, cada centavo en el precio de su mercadería, a costa de los sufrimientos de sus tripulaciones. Heterogéneos conjuntos de víctimas con tan poco de voluntarias como de instruidas. Incluían unos pocos hombres de mar genuinos, avezados en las tremendas tareas indispensables para conducir el buque, el resto solían ser embarcados por engaño o a la fuerza: emborrachados, drogados o cazados a golpes, sin más ropa que la puesta y muchas veces sin haber pisado antes una cubierta. Enfermedades como el escorbuto, la disentería, la tuberculosis y diversas afecciones de la piel, respiratorias, articulares, así como lesiones varias debidas a accidentes de trabajo, no eran los únicos riesgos latentes en la vida del marinero raso. También pesaba sobre ellos la violencia ejercida por la oficialidad para mantenerlos disciplinados. La justificación aducida es que no había otra manera de comportarse con una tripulación mal paga, hambrienta y exhausta. Sin la sombra de los azotes sobre sus espaldas, ¿podrían obligarlos a que cumplieran con trabajos extenuantes y muchas veces terroríficos, como trepar a la arboladura de noche para aferrar las velas durante una tempestad?

Richard Henry Dana —un estudiante de leyes en Harvard que sufría lo que tal vez hoy se llamara *stress*, y cuyo médico pensó que la *cura* podía ser nada menos que emplearse como marinero raso—, narró la experiencia de servir a bordo en una obra precursora de la *non fiction* así como de la investigación participativa: *Dos años al pie del mástil* (1840). Dana, lector de las novelas *marineras* de Fenimore Cooper —*El piloto, El pirata rojo*—, en el prefacio de *Dos años al pie del mástil* expone sus diferencias con ese tipo

de literatura. Su visión de la vida a bordo de un barco en navegación desde la costa Este a la costa Oeste, vía cabo de Hornos, discrepa con la que puede tener alguien que «obtuvo su experiencia marítima como oficial o pasajero […], se hace al mar como caballero, se embarca con sus guantes puestos, trata solo con sus colegas oficiales y se dirige a los marineros por intermedio del contramaestre». Por eso caracteriza a su relato como «una voz del castillo de proa» —por el lugar donde se alojaban los marineros— y deja sentado que lo suyo no es fantasía, sino narrativa de hechos reales: «Mi propósito es presentar la vida de un marinero raso en el mar tal como es, con sus luces y sus oscuridades, eso es lo que me indujo a publicar el libro».

Uno de los capítulos de *Dos años al pie del mástil* se titula «Azotes». Sin la menor concesión a la reticencia narrativa o a la elipsis cuenta cómo el capitán del bergantín *Pilgrim*, míster Thompson, molesto por la forma en que le contestó un marinero tartamudo, lo hizo atar y lo azotó empuñando él mismo el *gato de siete colas*. Su víctima había intentado una mínima oposición, y el capitán, en su réplica, elevó la apuesta:

> —No soy un esclavo negro —dijo Sam.
>
> —Te convertiré en uno —dijo el capitán arremangándose.
>
> Luego azotó a otro hombre por salir en defensa del condenado, y tras dejarlo a punto del desmayo, caminando nervioso por cubierta les gritó a sus tripulantes:
>
> —Ahora saben quién soy […] ¡Tienen un conductor encima! Sí, un conductor de esclavos. ¡Un conductor de negros! A ver quién se atreve a decirme que no es un esclavo negro…

La vida a bordo mejoró a niveles antes impensables desde entonces. Pero desde hace unas décadas, la desregulación del comercio marítimo —con sus secuelas de empeoramiento de las condiciones de trabajo y menores medidas de seguridad— junto al predominio del transporte de cargas normalizadas a bordo de buques porta contenedores, impusieron nuevas formas de infelicidad para los trabajadores del mar: lentos viajes en barcos que por privilegiar su capacidad de bodega perdieron hasta la forma de barco, estadías fugaces en terminales portuarias apartadas de las ciudades. A pesar de todo esto, los tripulantes de buques porta contenedores resultan aristócratas del mar, si se los compara con quienes pescan calamar en exiguos barcos poteros que realizan extensas campañas lejos de la costa y solo faenan de noche, o con

quienes se lanzan al mar en lo que sea, porque la vida en su tierra se hizo imposible de vivir.

Y sin embargo, contra viento y marea, siempre existió algo en el mar que interpela a la humanidad con una fuerza y un misterio irreductibles a la política, a la historia, a la economía, a las estéticas codificadas. Tal vez aquello mismo por lo cual el *dandy* hastiado que era Charles Baudelaire escribió «hombre libre, siempre amarás el mar» (en «El hombre y el mar», de *Las flores del mal*, 1857).

Carlos de Sigüenza y Góngora

PIEDAD DE PIRATAS

(*Infortunios de Alonso Ramírez*, 1690)

Debo advertir antes de expresar lo que toleré y sufrí de trabajos y penalidades en tantos años en que solo en el condestable Nicpat y en Dick, quartamaestre del capitán Bel, hallé alguna conmiseración y consuelo en mis continuas fatigas, así socorriéndome sin que sus compañeros lo viesen en casi extremas necesidades, como en buenas palabras con que me exhortaban a la paciencia. Persuádome a que era el condestable católico sin duda alguna.

Juntáronse a consejo en este paraje y no se trató otra cosa sino qué se haría de mí y de siete compañeros míos que habían quedado.

Votaron unos, y fueron los más, que nos degollasen, y otros, no tan crueles, que nos dejasen en tierra. A unos y otros se opusieron el condestable Nicpat, el quartamaestre Dick y el capitán Donkin con los de su séquito, afeando acción tan indigna a la generosidad inglesa.

—Bástanos —decía este— haber degenerado de quienes somos, robando lo mejor del Oriente con circunstancias tan impías. ¿Por ventura no están clamando al cielo tantos inocentes a quienes les llevamos lo que a costa de sudores poseían, a quienes les quitamos la vida? ¿Qué es lo que hizo este pobre español ahora para que la pierda? Habernos servido como un esclavo en agradecimiento de lo que con él se ha hecho desde que lo cogimos. Dejarlo en este río donde juzgo no hay otra cosa que indios bárbaros, es ingratitud. Degollarlo, como otros decís, es más que impiedad, y porque no dé voces que se oigan por todo el mundo su inocente sangre, yo soy, y los míos, quien lo patrocina.

Llegó a tanto la controversia, que estando ya para tomar las armas para decidirla, se convinieron en que me diesen la fragata que apresaron en el estrecho de Syncapura, y con ella la libertad para que dispusiese de mí y de mis compañeros como mejor me estuviese.

Presuponiendo el que a todo ello me hallé presente, póngase en mi lugar quien aquí llegase y discurra de qué tamaño sería el susto y la congoja con que yo estuve.

Desembarazada la fragata que me daban de cuanto había en ella, y cambiado a las suyas, me obligaron a que agradeciese a cada uno separadamente la libertad y piedad que conmigo usaban, y así lo hice.

Diéronme un astrolabio y agujón, un derrotero holandés, una sola tinaja de agua y dos tercios de arroz; pero al abrazarme el condestable para despedirse, me avisó cómo me había dejado, a excusas de sus compañeros, alguna sal y tasajos, cuatro barriles de pólvora, muchas balas de artillería, una caja de medicinas y otras diversas cosas.

Intimáronme (haciendo testigos de que lo oía) el que si otra vez me cogían en aquella cesta, sin que otro que Dios lo remediase, me matarían, y que para escusarlo gobernase siempre entre el Oeste y Noroeste, donde hallaría españoles que me amparasen, y haciendo que me levase, dándome el buen viaje, o por mejor de oír, mofándose y escarneciéndome, me dejaron ir.

Alabo a cuantos, aun con riesgo de la vida, solicitan la libertad, por ser ella lo que merece, aun entre animales brutos, la estimación.

Saconos a mí y a mis compañeros tan no esperada dicha copiosas lágrimas, y juzgo corrían gustosas por nuestros rostros por lo que antes las habíamos tenido reprimidas y ocultas en nuestras penas.

Con un regocijo nunca esperado suele de ordinario embarazarse el discurso, y pareciéndonos sueño lo que pasaba, se necesitó de mucha reflexa para creernos libres.

Fue nuestra acción primera levantar las voces al cielo engrandeciendo a la divina misericordia como mejor pudimos, y con inmediación dimos las gracias a la que en el mar de tantas borrascas fue nuestra estrella.

Creo hubiera sido imposible mi libertad si continuamente no hubiera ocupado la memoria y afectos en María Santísima de Guadalupe de México, de quien siempre protesto viviré esclavo por lo que le deba.

He traído siempre conmigo un retrato suyo, y temiendo no le profanaran los herejes piratas cuando me apresaron, supuesto que entonces quitándonos los rosarios de los cuellos y reprendiéndonos como a impíos y supersticiosos, los arrojaron al mar, como mejor pude se lo quité de la vista, y la vez primera que subí al tope lo escondí allí.

Los nombres de los que consiguieron conmigo la libertad y habían quedado de los veinticinco (porque de ellos en la isla despoblada de Poliubí dejaron ocho, cinco se huyeron en Syncapura, dos murieron de los azotes en

Madagascar, y otros tres tuvieron la misma suerte en diferentes pasajes) son Juan de Casas, español, natural de la Puebla de los Ángeles, en Nueva España; Juan Pinto y Marcos de la Cruz, indios pangasinán aquel, y este pampanango; Francisco de la Cruz y Antonio González, sangleyes; Juan Díaz, malabar, y Pedro, negro de Mozambique, esclavo mío. A las lágrimas de regocijo por la libertad conseguida se siguieron las que bien pudieran ser de sangre por los trabajos pasados, los cuales nos representó luego al instante la memoria en este compendio.

A las amenazas con que estando sobre la isla de Caponiz nos tomaron la confesión para saber qué navíos y con qué armas estaban para salir de Manila, y cuáles lugares eran más ricos, añadieron dejarnos casi quebrados los dedos de las manos con las llaves de las escopetas y carabinas, y sin atender a la sangre que lo manchaba nos hicieron hacer ovillos del algodón que venía en greña para coser velas; continuose este ejercicio siempre que fue necesario en todo el viaje, siendo distribución de todos los días, sin dispensa alguna, baldear y barrer por dentro y fuera las embarcaciones.

Era también común a todos nosotros limpiar los alfanjes, cañones y llaves de carabinas con tiestos de lozas de China, molidos cada tercero día; hacer meollar, colchar cables, faulas y contrabrazas, hacer también cajetas, envergues y mojeles.

Añadíase a esto ir al timón y pilar el arroz que de continuo comían, habiendo precedido el remojarlo para hacerlo harina y hubo ocasión en que a cada uno se nos dieron once costales de a dos arrobas por tarea de un solo día con pena de azotes (que muchas veces toleramos) si se faltaba a ello.

Jamás en las turbonadas que en tan prolija navegación experimentamos, aferraron velas, nosotros éramos los que lo hacíamos, siendo el galardón ordinario de tanto riesgo crueles azotes; o por no ejecutarlo con toda prisa, o porque las velas, como en semejantes frangentes sucede, solían romperse.

El sustento que se nos daba para que no nos faltasen las fuerzas en tan continuo trabajo se reducía a una ganta (que viene a ser un almud) de arroz, que se sancochaba como se podía; valiéndonos de agua de la mar en vez de la sal que les sobraba y que jamás nos dieron; menos de un cuartillo de agua se repartía a cada uno para cada día.

Carne, vino, aguardiente, bonga, ni otras de las muchas miniestras que traían llegó a nuestras bocas, y teniendo cocos en grande copia, nos arrojaban solo las cáscaras para hacer bonote, que es limpiarlas y dejarlas como estopa para calafatear, y cuando por estar surgidos los tenían frescos, les bebían el agua y los arrojaban al mar.

Diéronnos en el último año de nuestra prisión el cargo de la cocina, y no solo contaban los pedazos de carne que nos entregaban, sino que también los medían para que nada comiéramos.

¡Notable crueldad y miseria es esta!, pero no tiene comparación a lo que se sigue. Ocupáronnos también en hacerles calzado de lona y en coserles camisas y calzoncillos, y para ello se nos daban contadas y medidas las hebras de hilo, y si por echar tal vez menudos los pespuntes, como querían, faltaba alguna, correspondían a cada una que se añadía veinticinco azotes.

Tuve yo otro trabajo de que se privilegiaron mis compañeros, y fue haberme obligado a ser barbero, y en este ejercicio me ocupaban todos los sábados sin descansar ni un breve rato, siguiéndosele a cada descuido de la navaja, y de ordinario eran muchos, por no saber científicamente su manejo, bofetadas crueles y muchos palos.

Todo cuanto aquí se ha dicho sucedía a bordo, porque solo en Poliubí y en la isla despoblada de la Nueva Holanda para hacer agua y leña y para colchar un cable de bejuco nos desembarcaron.

Si quisiera especificar particulares sucesos me dilatara mucho, y con individuar uno u otro se discurrirían los que callo.

Era para nosotros el día del lunes el más temido, porque haciendo un círculo de bejuco en torno de la mesana, y amarrándonos a él las siniestras, nos ponían en las derechas unos rebenques, y habiéndonos desnudado nos obligaban con puñales y pistolas a los pechos a que unos a otros nos azotásemos.

Era igual la vergüenza y el dolor que en ello teníamos al regocijo y al aplauso con que lo festejaban.

No pudiendo asistir mi compañero Juan de Casas a la distribución del continuo trabajo que nos rendía, atribuyéndolo el capitán Bel a la que llamaba flojera, dijo que él lo curaría, y por modo fácil (perdóneme la decencia y el respeto que se debe a quien esto lee que lo refiera) redújose esta a hacerle beber, desleídos en agua, los excrementos del mismo capitán, teniéndole puesto un cuchillo al cuello para acelerarle la muerte si le repugnasen, y como a tan no oída medicina se siguiesen grandes vómitos que le causó el asco, y con que accidentalmente recuperó la salud, desde luego nos la recetó, con aplauso de todos, para cuando por nuestras desdichas adoleciésemos.

E. J. Trelawney

El botín más preciado

(*Memorias de un gentilhombre corsario*, 1831)

En aquel período de mi vida, sentí nacer en mí una viva pasión por la lectura, aprovechaba todas las ocasiones para hacerme de libros, y dedicaba a ellos mis momentos de solaz. Dramas antiguos, crónicas de largos viajes por mares y tierras, eran mis temas favoritos. Conocía casi de memoria la narración de los viajes del capitán Bligh por los mares del Sur, y no ignoraba detalle acerca de la insurrección de sus tripulantes. Los pasajes cargados de parcialidad no me engañaban; detestaba a Bligh a causa de su tiranía; mi héroe era Fletcher Christian; envidiaba su fortuna y me esforzaba por imitarlo en todo; tal fue la impresión que suscitó dicho personaje, que durante mi vida entera ejerció su influencia sobre mí.

El secretario de nuestro capitán, al advertir que yo contaba con una cantidad de libros que no tenía dónde acomodar, pensó que podrían constituir un ornamento para su cabina. Me propuso, pues, encargarse de esos libros; me ofrecía no solo un lugar para ellos, sino la posibilidad de ir a leer a su cabina cuantas veces desease. Ingenuo como era, acepté de buen grado su seductora proposición. Por un tiempo, todo estuvo muy bien, pero un día que fui a buscar un libro, hallé al secretario de mal humor, si había o no causa para ello lo ignoro, lo cierto es que con insolencia me espetó:

—Usted puede leer aquí si le place, pero no quiero que se lleve los libros fuera de mi cabina.

—¿Acaso no son míos? —le pregunté.

—Ya no —me respondió.

—¡Cómo! —protesté—. ¿Usted tiene la pretensión de apropiárselos?

Por toda respuesta me dijo:

—¡No toleraré su insolencia!

Entonces, con toda la firmeza de la que me creí capaz, le dije:

—Usted va a devolverme mis libros, no quiero que los siga teniendo aquí.

Él quiso impedirme, con amenazas, que tocara los libros. Yo tomé uno de encima de la mesa. Él me golpeó y yo contesté a su golpe. Hasta allí, no pasaba de ser una rencilla común.

Mi adversario era un joven de veintitrés años, robusto y fuerte. Yo era un esbelto muchacho de catorce años. Mi audacia lo sorprendió, y dudaba acerca de lo que debía hacer, ya que era de carácter cobarde. Pero unos grumetes que pasaban frente a la puerta me alentaron: «¡Bien muchacho! ¡Así se hace!». Eso picó su vanidad y me saltó encima gritando:

—Ya vas a ver, cara pálida, ahora te voy a agarrar.

Se armó de una regla que había por allí, y me dio con ella un mandoble tan violento que se partió en dos, luego me arrinconó contra un mamparo de modo que me resultaba imposible escapar, y comenzó a golpearme sin piedad. Mi resistencia y mis fuerzas se desvanecían. Los espectadores me azuzaban y se mofaban de mi enemigo. Yo tenía ya heridas por toda la cabeza, me corría la sangre desde la nariz y la boca, sentía mi cuerpo como si estuviera mutilado, pero el coraje no me abandonaba. No quería que mi ofensor me concediera su gracia. Cuando intentó sacarme a patadas de su cabina, me resistí y le dije que solo saldría de ella cuando me devolviera mis libros. Empezamos a forcejear, él trataba de sacarme de su cabina y yo de impedirlo, hasta que él me propinó una patada en la boca del estómago que me dejó tirado, casi inconsciente, entonces me gritó:

—¡Fuera, miserable! O te voy a arrancar las entrañas.

Yo sentía que no podía ponerme en pie, estaba desesperado. Ser ultrajado por ese cobarde y recibir su ironía insultante después de la victoria me exasperaban de rabia. Comenzaron a agitar mi cuerpo temblores convulsivos, y del deseo de venganza renacieron mis fuerzas. Mis ojos descubrieron algo que brillaba cerca. Durante nuestra lucha la mesa había quedado patas para arriba, cerca de ella mis ojos descubrieron algo que brillaba, y pronto mi mano encerró ese brillo: una navaja.

—¡Infame! Cuida ahora tus entrañas —le grité.

Yo tenía una rodilla en tierra y hacía esfuerzos grandísimos por ponerme de pie. El grandulón retrocedió al ver la navaja y tras ella mis ojos exaltados. Después, solo recuerdo que le asesté varios navajazos, que él entrecerraba los ojos, se cubría la cara con las manos, y terminó por rogarme, en vano, que cesara el ataque. En eso, alguien me gritó: «¡Qué hace!». Y yo, sin darme vuelta, respondí:

—Este cobarde asesino quería mi vida, por eso lo he matado.

Tiré el arma, tomé el libro que deseaba leer y salí de la cabina.

Mandaron un sargento de Marina con la orden de conducirme a cubierta. Allí me esperaba el capitán rodeado por sus oficiales.

—¿Qué ha pasado con este jovencito? —le preguntó al primer teniente.

—Este jovencito —le respondió el teniente— ha entrado a la cabina de vuestro secretario y lo ha matado.

El capitán me miró con horror, y sin preguntarme nada, exclamó:

—¡Mi secretario muerto! Encierren al asesino y pónganle grillos… ¡Mi secretario muerto! Lleven al asesino al fondo de la cala, no quiero oír ninguna palabra de justificación, ni una sola… ¡Mi secretario muerto!

Cuando el sargento trató de conducirme, le grité:

—¡No me toque!

Lo rechacé con fiereza, pues ya me sentía un hombre hecho y derecho, y descendí por mis medios, lentamente, a través de la escotilla. Emplazaron un centinela cerca de mi encierro. El capitán, supongo, había hecho caso a una versión de los hechos que me dejaba muy mal parado, pero un guardiamarina llamado Murray se acercó para susurrarme:

—No temas nada; no van a hacerte mal. Nosotros diremos la verdad: que has actuado como un hombre. ¡Coraje!

—¿Temor? —repliqué alzándome de hombros.

Poco después, fue el capitán quien se acercó a mi lugar de encierro.

—¿No tiene vergüenza de su conducta, señor? —me preguntó.

Le respondí con una sola palabra:

—No.

—¡Cómo dice, señor! ¿Le parece manera de contestarme? ¡Póngase de pie! ¡Quítese el sombrero!

Me limité a contestarle, mientras me ponía de pie, que esperaba mi castigo.

—Usted será colgado por asesino, señor.

—Prefiero ser colgado antes que rendirme a los pies de sus servidores.

—¿Está usted loco?

—Sí. Estoy loco. Gracias a vuestro infame tratamiento y al de vuestro teniente, gracias a vuestros injustos castigos, pero no he de someterme, entré a la Marina como futuro oficial, como gentilhombre, y quieren tratarme como esclavo. Arrójeme a tierra y no estaré más a su servicio, ni seré más víctima y juguete de vuestro lacayo.

Di un paso adelante, ni sé con qué intenciones, y él tomándome del cuello me detuvo y me ordenó sentarme sobre el soporte de un cañón.

—¡No! —dije—. Usted mismo me ha prohibido sentarme en su presencia y no volveré a hacerlo.

—Así que no se va a sentar… —me dijo él, aferrándome del cuello con fuerza como si me quisiera asfixiar.

Impedido de hablar, me esforzaba tratando de aflojar sus manos. Él repetía una y otra vez: «Así que no se va a sentar». Al hacerlo, exhalaba el aire violentamente sobre mi rostro. Impedido de hacer otra cosa, lo escupí en la nariz.

Su semblante, enfurecido, pasó instantáneamente del escarlata a un violeta casi negro. Le resultaba imposible articular una sola palabra. Me arrojó hacia atrás con toda su fuerza, y se retiró a su cabina espumante de rabia. Varios oficiales, sobre todo guardiamarinas, se habían agrupado en torno de nosotros. Volví a levantarme del soporte de cañón contra el cual había sido arrojado. Dos de mis compañeros se acercaron a decirme:

—¡Bien, muchacho! No tengas miedo.

—¿Tengo aspecto de miedo? —fue mi réplica.

Al ponerse el sol, me advirtieron que no volvería a pisar la cubierta durante el resto del viaje, y ya no vi más a nuestro capitán escocés.

El crucero de guerra se convirtió para mí en una sucesión de días festivos. Tenía libros y podía, merced a la lectura, compensar las fallas de mi educación. El secretario del capitán se había restablecido, y aunque bien se cuidaba de mantenerse lejos de mí, cuando se veía obligado a pasar a tiro de mis palabras, con toda malicia, señalando la cicatriz sobre su mejilla, le decía:

—¡Cuidado grandulón! Que no se te ocurra volver a tomar mis libros si no quieres que un gentilhombre te mate.

William Bligh

UN GAJE DEL OFICIO

(1789)

(Junio de 1789, luego de que un motín encabezado por su segundo lo despojara de la *Bounty*, y lo abandonara en altamar a bordo de una embarcación abierta junto a unos pocos tripulantes fieles, en la que navegaron más de tres mil millas náuticas para encontrar tierra).

Querida Bessie:

Me encuentro ahora en un rincón del mundo en donde jamás había pensado estar. Y sin embargo es un lugar que me ha proporcionado alivio y me ha salvado la vida. Tengo además la dicha de informarte que estoy perfectamente bien de salud. Qué emoción sienten mi corazón y mi alma al tener nuevamente oportunidad de escribirte a ti y a mis angelitos. Particularmente porque has estado a punto de perder al mejor de los amigos. Y no habrías tenido a nadie que te mire como yo te miro y habrías pasado el resto de tus días sin saber lo que había sido de mí, o peor aún, habrías sabido que morí de inanición en altamar o asesinado por los salvajes. Todas estas circunstancias espantosas las he combatido con éxito y de la manera más extraordinaria que nunca haya existido, sin perder nunca la esperanza, desde el primer momento de mi infortunio, de que vencería todas las adversidades.

Mi querida Betsy: He perdido la *Bounty*. El amanecer del 28 de abril, y estando Christian de guardia, él con varios otros entraron en mi camarote cuando estaba dormido y me aprisionaron poniendo bayonetas contra mi pecho, me ataron las manos a la espalda y me amenazaron de muerte si osaba proferir una sola palabra. Igualmente grité pidiendo ayuda, pero tan bien urdida estaba la conspiración que los camarotes de los oficiales se hallaban custodiados por centinelas de modo que ni Nelson, ni Peckover, ni Samuel

pudieron acudir en mi auxilio. Me arrastraron violentamente a cubierta en paños menores. Consulté a Christian las causas de semejante acto y le recriminé su villanía. Solo contestó: «Ni una palabra, señor, o es hombre muerto». Lo conminé a que actuara y recobrase algo de su sentido del deber, pero no tuve éxito. Vi que otro de los cabecillas que secundaba a este villano era el joven Heywood, y con él iba también Stewart. Christian, a quien yo había asegurado el ascenso cuando regresáramos a casa, y los otros dos, a quienes a cada singladura les había hecho un favor. ¡Es increíble! Estos jóvenes en los que deposité toda mi confianza, estos villanos unidos a la mayoría de los marineros se hicieron con las armas y me arrebataron la *Bounty* con hurras por Otaheite, adonde pretendían volver. Tengo ahora motivos para maldecir el día que conocí a Christian o a Heywood.

El secreto con que se planeó este motín es imposible de concebir, ninguno de quienes restaron fieles junto a mí tuvo el menor conocimiento o sospecha de lo que se avecinaba. Incluso el señor Tom Ellison se aficionó tanto a Otaheite que también se hizo pirata. He sido cazado por mis propios perros.

Confío en que mi desgracia sea adecuadamente considerada por todo el mundo. Fue una circunstancia que no podía prever. Y no contaba con oficiales suficientes, si me hubieran concedido infantes de Marina, lo más probable es que esto no hubiera ocurrido nunca. No tuve compañeros enérgicos y valientes. Y por eso nos trataron los amotinados como nos trataron. Mi conducta está libre de culpa, atado como estaba desafié a todos los villanos a que me hirieran. Hayward y Hallet eran guardiamarinas de la guardia de Christian, pero no dieron la alarma de lo que sucedía, y me los encontré en cubierta, despreocupados hasta que se les ordenó bajar al bote. Hallet ha resultado ser un sinvergüenza tan descarado como inútil, pero te ruego que no cuentes nada hasta que llegue a casa.

Sé lo conmocionada que estarás por este asunto, pero te pido, mi querida Betsy, que pienses que todo esto ya ha pasado y que de nuevo esperaremos la felicidad futura. Nada me sostiene ni podría sostenerme tanto como la conciencia clara de que he actuado bien como oficial. No puedo escribir a tu tío ni a nadie, pero mis cartas públicas les revelarán que mi conducta ha sido intachable, mi reputación permanece respetable, y mi honor inmaculado. He salvado los libros de cuentas, de modo tal que todo podrá comprobarse, que todo estará bien. Da mi bendición a mi querida Harriet, a mi querida Mary, a mi querida Betsy y a mi querido pequeño desconocido, y diles que pronto estaré en casa. A ti, mi amor, te daré todo lo que un esposo enamorado pueda.

Amor, respeto y todo lo que hay o habrá en poder de tu siempre enamorado amigo y esposo.

Stéphane Mallarmé

BRISA MARINA

(revista *Le Parnasse Contemporain*, 1866)

¡La carne es triste! Y leí todos los libros.
¡Huir! Huir allá. Siento a los pájaros ebrios
De vagar entre espuma ignota y cielos. Nada,
ni los antiguos jardines reflejados por los ojos,
retendrá a este corazón fraguado en mar.
¡Oh noches!, ni la claridad desierta de mi lámpara
sobre el papel vacío que la blancura defiende,
ni la joven que amamanta a su hijo.
¡Yo partiré! Vapor que balanceas tu arboladura,
¡Leva el ancla hacia tierras exóticas!

Mi hastío, desolado por esperanzas crueles,
todavía cree en el supremo adiós de los pañuelos.
Y puede ser que los mástiles, que invitan a la tormenta,
sean de los que un viento sobre el naufragio
inclina, perdidos, sin mástiles, sin mástiles ni fértiles islotes…
Pero oye, corazón: ¡el canto de los marineros!

RUMBO A LO MÁS DESCONOCIDO

(*Sobre el agua*, 1888)

Dormía profundamente cuando el patrón Bernard arrojó arena contra mi ventana. Apenas abierta, recibí en la cara, en la piel, y hasta en el alma, el soplo frío, delicioso, de la noche. El cielo estaba límpido, azulado, vivo del temblor de las estrellas.

Al pie del muro, el marino me decía:

—Buen tiempo, señor.

—¿Viento?

—De tierra.

—Está bien, ahí voy.

Media hora más tarde, yo bajaba a largos pasos por la costa. El horizonte empezaba a palidecer y veía a lo lejos, tras la bahía de Anges, las luces de Niza, y luego, más lejos aún, el faro de Villefranche.

Ante mí, vagamente en la sombra pálida, se aparecía Antibes, con sus dos torres, entre los viejos muros de Vauban. Por las calles, algunos perros y algunos hombres, obreros recién levantados. Por el puerto, nada más que el muy leve balanceo de las tartanas a lo largo de los muelles, y el casi imperceptible chapoteo del agua. Cada tanto, el chirrido de alguna amarra que se tensaba, la fricción de un bote contra un casco. Los barcos, las piedras, el mar mismo, parecían dormir, bajo el firmamento espolvoreado de oro, vigilados por el ojo del pequeño faro alerta sobre el acantilado que domina el puerto.

Frente al astillero del maestre Ardouin, percibí un resplandor, sentí un movimiento, oí voces. Me esperaban. El *Bel Ami* ya listo para zarpar.

Bajé al salón iluminado por un par de candelabros instalados, como si fueran compases náuticos, junto a los sillones que hacen las veces de camas al llegar la noche. Vestí mi chaquetón de mar hecho con piel, me calcé mi abrigado casquete y salí a los muelles. Habían sido ya largadas las amarras, y

los hombres, tirando de la cadena, dejaban el ancla a pique. Luego, comenzaron la maniobra de izar la vela mayor, que se elevó, lentamente, en medio de las quejas monótonas de los motones y la arboladura. Una vez arriba, se extendió larga y pálida en la noche, ocultando el cielo y los astros, agitada ya por el viento. Frío y seco, nos llegaba desde la montaña, invisible todavía, pero, según lo sentíamos, cargada de nieve. Era débil, ese viento, apenas despierto, indeciso, intermitente.

Mientras los hombres izaban a bordo el ancla, tomé el timón; y el barco, tal un gran fantasma, se deslizó por sobre el agua tranquila. Era necesario, para salir del puerto, maniobrar entre las tartanas y las goletas dormidas. Suavemente íbamos de una dársena a otra, remolcando nuestro bote, corto y redondeado, que nos seguía como un pichón, apenas salido del huevo, sigue a un cisne.

Una vez en el canal, entre el acantilado y el fuerte, el barco, más ardiente, aceleró su andar, pareció animarse como si hubiera entrado en él una alegría furiosa. Danzaba sobre las ligeras olas, innumerables y chatas, surcos móviles de una llanura ilimitada. Al salir de las aguas muertas del puerto, sentía la vida del mar.

No había marejada, dirigí la proa entre los muros de la ciudad y la boya Quinientos Francos que señala el gran canal, luego derivé hasta ponerme viento en popa y puse rumbo para doblar el cabo.

Nacía la mañana, se extinguían las estrellas, el faro de Villefranche cerró por última vez su ojo, y noté en el cielo lejano, sobre Niza, unos resplandores rosados, eran los glaciares de los Alpes cuyas cimas iluminaba la aurora.

Le entregué la caña a Bernard para mirar la salida del sol. La brisa, más fresca, nos hacía correr sobre el oleaje violeta, agitado como si hirviera. Una campana empezó a sonar, lanzando al viento los tres golpes rápidos del Angelus. ¿Por qué el sonido de las campanas parece más urgente al amanecer y más pesado al crepúsculo? Amo esta hora fría y liviana del día, cuando los hombres todavía duermen y se despierta la tierra. El aire está lleno de temblores misteriosos que no conocen quienes se demoran en sus camas. Se aspira, se bebe, se ve que la vida renace, la vida material del mundo, la vida que recorre los astros y cuyo secreto es nuestro inmenso tormento.

Raymond dijo:

—Vamos a tener viento del Este.

Bernard respondió:

—Creería que viento del Oeste, más vale.

Bernard, el patrón, es flaco, discreto, notablemente limpio, cuidadoso y prudente. Barbudo hasta los ojos, tiene la mirada buena y la voz buena. Es hacendoso y franco. Pero todo lo inquieta a bordo, la onda que se encuentra de pronto y anuncia viento en altamar, la nube alargándose por encima del Esterel, reveladora de un mistral por el Oeste, y hasta la subida del barómetro, que también puede anunciar una borrasca del Este. Excelente marino, vigila todo sin pausa, y lleva su afán de limpieza a tal punto que se pone a frotar los cobres apenas una gota de mar los ha salpicado.

Raymond, su primo, es un joven morocho y robusto, de grandes bigotes, infatigable, alegre, igual de hacendoso y franco, pero menos inquieto, menos nervioso, más resignado a las sorpresas y las traiciones del mar.

Bernard, Raymond y el barómetro están no pocas veces en desacuerdo y actúan, solo para mí, una divertida comedia de tres personajes, uno de ellos, el más preciso, mudo.

—Vamos bien —dice Bernard.

Hemos pasado el golfo de Salis, hemos franqueado Garoupe y nos aproximamos al cabo Gros, una roca plana y alargada a ras de las olas.

Ahora se nos aparece la cadena de los Alpes, una ola monstruosa que amenaza al mar, una ola de granito coronada por la nieve y con picos semejantes a espasmos de espuma congelados. El sol se alza tras esos hielos sobre los cuales la luz resbala como una colada de plata.

Al doblar el cabo de Antibes, descubrimos la isla de Lérins, y lejos, por detrás, la atormentada cadena de Esterel. Esterel es el decorado de Cannes, una deliciosa montaña de fantasía, azulada, con una elegante silueta y una coquetería de cotillón, pintada a la acuarela sobre un cielo teatral por un creador complaciente, sin otro fin que servir de modelo a los ingleses paisajistas, y como objeto de admiración a altezas tísicas o indolentes. A cada hora del día, Esterel cambia de efecto y encanta los ojos de la alta sociedad.

La cadena de montañas, limpiamente dibujada, se recorta por la mañana sobre el cielo azul, de un azul tierno y puro, de un bonito azul con algo de púrpura, un azul etéreo de playa meridional. Pero al atardecer, sus flancos boscosos se vuelven sombríos, vuelcan una mancha negra sobre un cielo de fuego, un cielo inverosímil de tan dramático, de tan rojo. Nunca vi, en ninguna otra parte, puestas de sol tan maravillosas, con semejantes incendios del horizonte entero, con semejantes explosiones de nubes. Nunca asistí a una puesta en escena tan hábil, tan soberbia, ni a tal renacer cotidiano de efectos excesivos y magníficos que fuerzan la admiración, pero harían sonreír un poco de ser pintados por el hombre.

Las islas de Lérins, que cierran por el Este el golfo de Cannes y lo separan del golfo Juan, parecen islas de opereta, instaladas allí para mayor placer de hibernantes y convalecientes.

Desde alta mar, donde nos encontramos ahora, parecen dos jardines de un verde sombrío recostados sobre el agua. En la punta de Saint-Honorat se alza, con sus pies en el agua, una ruina romántica, verdadero castillo de Walter Scott, siempre batido por las olas, donde en otra época los monjes se defendieron de los sarracenos, ya que Saint-Honorat, hasta la Revolución, perteneció siempre a los monjes. La isla fue hace un tiempo comprada por una actriz.

Castillo fuerte, religiosos batalladores, antaño; hoy trapenses gordos, limosneros sonrientes, bonita farándula venida, sin dudas, a esconder sus amores en este islote cubierto de pinos y de hierbas, rodeado de un collar de rocas preciosas. Todo, hasta esos nombres florianescos —Lérins, Saint-Honorat, Sainte-Marguerite— es amable, coqueto, novelesco, poético en esta deliciosa costa de Cannes, y también un poco insípido.

Para hacer juego con el antiguo castillo almenado, que se alza esbelto en la extremidad de Saint-Honorat, de cara al mar, Sainte-Marguerite concluye, hacia tierra, con la célebre fortaleza donde estuvieron encerrados el Hombre de la Máscara de Hierro y el fracasado comandante Bazaine. Un paso de alrededor de una milla separa la punta de la Croisette y este castillo, con todo el aspecto de una vieja casa en ruinas, sin nada de altanero o majestuoso. Más bien se lo ve jorobado, sin gracia, mugriento, una auténtica ratonera.

Distingo ahora los tres golfos. Ante mi vista, más allá de las islas, el golfo de Cannes, más cerca, el golfo Juan, y detrás, la bahía de Los Ángeles, dominada por los Alpes y sus cumbres nevadas. Más lejos, la costa se extiende hacia la frontera con Italia. Con mis binoculares descubro, detrás de un cabo, la blanca Bordighera. Y todo a lo largo de esta costa interminable, las mansiones junto al agua, los pueblos en los flancos de las montañas, las innumerables mansiones sembradas entre el verde parecen huevos blancos sobre la arena, sobre las rocas, entre la floresta, por pájaros monstruosos venidos, por la noche, de esos países de nieve que se avistan allá en lo alto.

Sobre el cabo de Antibes, larga excrecencia de tierra, prodigioso jardín arrojado entre dos mares en el que crecen las flores más hermosas de Europa, divisamos aún más mansiones, y hasta en la misma punta Eilen-Roc, encantador rincón que vienen a visitar desde Niza y Cannes.

El viento cae, el barco no marcha sino apenas.

Tras la corriente de aire de tierra que reina durante la noche, esperamos ahora la corriente de aire del mar que será bienvenida venga de donde venga.

Bernard sigue apostando por el Oeste, Raymond por el Este, el barómetro está inmóvil un poco por encima de los setecientos sesenta milímetros.

Ahora el sol lanza sus rayos, vuelve chispeantes los muros de las casas que de lejos parecen nieve desparramada, vuelca en el mar un claro barniz luminoso y azulado.

Poco a poco, aprovechando los más mínimos soplos, esas caricias del aire que apenas se perciben sobre la piel, pero no obstante hacen deslizarse sobre el agua a los barcos sensibles y bien velados, pasamos el último punto del cabo y divisamos el golfo Juan completo, con la escuadra fondeada.

De lejos, los acorazados parecen rocas, islotes, roqueríos cubiertos de árboles muertos. El humo de un tren corre sobre la ribera en camino de Cannes a Juan-les-Pins, que tal vez llegará a ser la más bella estación de toda la costa. Tres tartanas con sus velas latinas, una roja y las otras dos blancas, están detenidas en el paso entre Sainte-Marguerite y la tierra.

Es la calma, la dulce y cálida calma de una mañana de primavera en el Mediodía; y ya me parece que he abandonado hace semanas, hace meses, hace años, la gente que habla y se agita; siento entrar en mí la ebriedad de estar solo, la dulce ebriedad del reposo que nada turbará, ni una carta blanca ni un telegrama azul, ni el timbre de mi puerta ni los gruñidos de mi perro. No pueden llamarme, invitarme, llevarme, no pueden oprimirme con sonrisas, no pueden acosarme con amabilidades. Estoy solo, verdaderamente solo, verdaderamente libre. Corre el humo del tren por la costa. Yo floto en un compartimento que se balancea, bello como un pájaro, pequeño como un nido, más cómodo que una hamaca, errante sobre el agua al impulso del viento, sin preocuparme por nada. Tengo dos marineros que me obedecen, libros para leer y quince días para vivir. ¡Quince días sin hablar, qué felicidad!

Edmundo de Amicis

PARA NO VOLVER

(*En el océano*, 1889)

Cuando llegué, hacia la tarde, había ya comenzado el embarque de los emigrantes hacía una hora, y el *Galileo*, unido al muelle por su planchada, seguía tragando miseria: una interminable procesión de gente, que salía en grupos del edificio situado en frente, donde un policía examinaba los pasaportes. Como en su mayoría habían pasado la noche al aire libre, acurrucados como perros por las calles de Génova, estaban cansados y sin poderse tener de sueño. Obreros, campesinos, mujeres con niños al pecho, muchachitos con la chapa de hojalata del asilo aún colgada del cuello; casi todos llevaban una silla de tijera al brazo, sacos y valijas de todo tipo en las manos o sobre las cabezas, cobertores y mantas, y el pasaje con el número de cubil apretado entre los labios. Pobres mujeres, con un niño en cada mano, sostenían gruesos bultos con los dientes; viejas campesinas calzadas con abarcas, levantándose la saya por no enredarse en los obstáculos de la cubierta, desnudaban sus piernas secas; muchos iban descalzos, con los zapatos al hombro. De vez en cuando, por entre aquella miseria, pasaban señores vestidos con elegantes guardapolvos, curas, señoras con grandes sombreros adornados de plumas, sosteniendo en sus brazos un perrito, una sombrerera, un puñado de novelas francesas en una vieja edición Lévy. De pronto se interrumpía la procesión humana, y bajo una tempestad de palos y blasfemias avanzaba una tropa de bueyes y carneros, que al llegar a bordo se desbandaban espantados, confundiéndose los mugidos y balidos con los relinchos de los caballos de proa, con los gritos de los marineros y de los estibadores, con el estrépito ensordecedor de la grúa de vapor que levantaba por los aires baúles y cajas. Después se reanudaba el desfile de emigrantes: caras y trajes de cada parte de Italia, robustos trabajadores de ojos apesadumbrados, viejos harapientos y sucios, mujeres embarazadas, muchachas alegres, jóvenes sonrientes, aldeanos en mangas de camisa, chicos

detrás de otros chicos que apenas se alzaban sobre la cubierta en medio de tanta confusión de pasajeros, empleados del barco, de la Compañía y aduaneros, y quedaban atontados o se perdían como en una plaza llena de gente. A las dos horas de haber empezado el embarque, el vapor, siempre inmóvil, como un enorme cetáceo agarrado con sus dientes a la orilla, seguía sorbiendo sangre italiana.

Según subían los emigrantes, iban pasando por delante de una mesa tras de la cual estaba sentado el comisario, que los reunía en grupos de a media docena llamados ranchos, y anotaba sus nombres en un formulario impreso que entregaba al más anciano para que con él fuese a la cocina a pedir, en las horas fijadas por el reglamento, la comida. Las familias compuestas por menos de seis personas se hacían inscribir junto a sus conocidos o con los primeros que aparecieran; en todos se traslucía un vivo temor de ser engañados en la cuenta de las mitades y cuartas partes de puesto para los muchachos y los niños más pequeños: esa desconfianza invencible que inspira al campesino todo hombre con pluma en mano. Surgían discusiones, se oían lamentos y protestas. Luego, las familias debían separarse: los hombres por un lado, las mujeres con los niños por otro, eran conducidos a sus alojamientos. Inspiraba compasión ver descender penosamente a aquellas mujeres por las empinadas escalas, penetrar a tientas en los vastos y asfixiantes sollados, ubicarse entre los innumerables cubiles dispuestos en pisos como los nichos en que se colocan gusanos de seda, y unas preguntar afanosamente a un marinero, que no las entendía, por algún paquete perdido; otras, dejarse caer en cualquier sitio, agotadas sus fuerzas, como aturdidas, y muchas ir y venir a la ventura, mirando con inquietud a todas aquellas compañeras de viaje, desconocidas, inquietas como ellas, confundidas también por la aglomeración y el desorden. Algunas, que habían descendido una cubierta por debajo de la principal, cuando veían otras escalas que se perdían en la oscuridad, se negaban a bajar más. Desde la boca de la cubierta, que estaba de par en par, vi cómo lloraba una mujer con la cara escondida en el cubil que le habían asignado, oí decir que pocas horas antes de embarcarse, de repente, se le había muerto una niña, y que su marido había tenido que dejar el cadáver en las oficinas de Orden Público del puerto para que lo llevasen al hospital (tal vez para la autopsia). Las mujeres se quedaban abajo; los hombres, al contrario, una vez acomodadas sus pertenencias, subían a la cubierta principal y se apoyaban sobre la borda. Casi todos se encontraban por primera vez sobre un gran vapor, que debía parecerles un nuevo mundo, lleno de maravillas y de misterios; y ni uno solo miraba a su alrededor o se detenía

a considerar una sola de esas cien cosas admirables que jamás había visto. Algunos se fijaban con mucha atención en un objeto cualquiera, la maleta, por ejemplo, o la silla de un vecino, o un número escrito sobre un cajón; otros roían una manzana o engullían a mordiscos una hogaza de pan, examinándola, a cada bocado, como si se tratara de un milagro, algunos tan plácidamente como lo hubieran hecho a la puerta de su propio establo. Una muchacha tenía los ojos encendidos. A propósito, los jóvenes bromeaban, pero se comprendía, a las claras, que algunas alegrías eran forzadas. La mayor parte mostraba apatía o cansancio. El cielo encapotado comenzaba a oscurecerse.

De pronto se oyeron gritos furiosos que provenían de la oficina de los pasaportes. Se vio acudir gente a las corridas. Se supo, luego, que se trataba de un campesino, con su mujer y sus cuatro hijos, a quienes el médico había reconocido enfermos de pelagra. Además, ya a las primeras preguntas se había notado que el padre era loco. Negado el embarque, se entregó a toda clase de violentas extravagancias.

En el muelle había un centenar de personas: parientes de los emigrantes, poquísimos; los más, curiosos; y muchos amigos y deudos de la tripulación, acostumbrados ya a tales separaciones.

Instalado a bordo el pasaje completo, hubo una relativa quietud que dejaba oír el sordo murmullo de la máquina a vapor. Casi todos permanecían sobre cubierta, apiñados y silenciosos. Parecían eternos aquellos últimos momentos de espera. Finalmente, se oyó gritar a los marineros a popa y a proa al mismo tiempo:

—El que no sea pasajero, ¡a tierra!

Estas palabras causaron un estremecimiento general a bordo del *Galileo*. En minutos descendieron todos los extraños, se levó la planchada, se largaron amarras, sonó un silbido y el barco empezó a moverse. Las mujeres prorrumpieron en llanto; los jóvenes que reían se pusieron graves, y no faltó hombre bien barbudo que, si hasta aquel momento se había mostrado impasible, se pasara la mano por los ojos.

Contrastaba con semejante conmoción la tranquilidad de los marineros y empleados que saludaban a sus amigos y parientes, agrupados sobre el muelle, como si se tratara solo de una excursión de unas pocas horas rumbo a La Spezia. —Te recomiendo aquel paquete. —Dile a Luisa que cumpliré con su encargo. —Echa la carta al buzón en Montevideo. —Quedamos conformes en lo del vino. —Buen paseo. —Que te vaya bien.

Algunos, que acababan de llegar al puerto, aún tuvieron tiempo de arrojar paquetes de cigarros y naranjas a los que se iban, algo de todo eso fue

recogido en el aire, pero los últimos regalos cayeron al mar. En la ciudad brillaban las luces. El vapor se deslizaba, poco a poco, en la penumbra del puerto, casi furtivamente, como si se llevase carga de carne humana robada.

Gustave Flaubert

DESDE LA ORILLA

(«Un corazón simple», *Tres relatos*, 1877)

Para despejarse, Félicité le pidió a *madame* Aubain que le permitiera recibir en casa a su sobrino Víctor.

Él llegaba el domingo, después de misa, con las mejillas coloradas, con el pecho desnudo y oloroso al campo que había atravesado. Félicité enseguida lo conducía a la mesa. Almorzaban uno frente al otro. Ella, para ahorrar, comía lo mínimo posible. Y a él lo atiborraba de tal manera que terminaba por dormirse. A la primera campanada de vísperas, lo despertaba, le cepillaba el pantalón, le hacía el nudo de la corbata y tomados del brazo, la tía plena de orgullo maternal por su sobrino, partían hacia la iglesia.

A él los padres siempre le encargaban algo: que le pidiese a la tía un paquete de azúcar, jabón, aguardiente, y hasta dinero. Además, él le llevaba sus harapos a la tía para que los remendara. Félicité aceptaba gustosa el encargo, porque lo obligaría a volver a su sobrino.

En agosto, su padre hizo embarcar a Víctor en el cabotaje.

Era tiempo de vacaciones. La llegada de los hijos de la señora consoló a Félicité. Pero Pablo se estaba volviendo caprichoso y Virginia ya no tenía edad para tutearla, lo que impuso una barrera entre ellas.

Víctor navegó a Morlaix, a Dunkerque, a Brighton; de cada viaje le traía un regalo. La primera vez fue una cajita recubierta de caracolas; la segunda, una taza de café; la tercera, un gran pan de jengibre en forma de hombre. Se iba poniendo buen mozo, Víctor, con su bigotito, sus lindos ojos francos y su gorra de cuero echada hacia atrás como un piloto. La entretenía contándole historias repletas de términos marineros.

Un lunes, era el 14 de julio de 1819 (Felicité no olvidó la fecha), Víctor le dijo que se había enrolado para travesías largas, que en dos días iba a embarcarse en el vapor de línea de Honfleur para alcanzar su goleta, presta a zarpar desde Le Havre en dos días más. Y dos años podría tardar en volver.

La perspectiva de una ausencia tan larga entristeció mucho a Félicité; para despedirse del sobrino por segunda vez, el miércoles por la noche, tras cenar con *madame* Aubain, se calzó los suecos y se tragó las cuatro leguas que separan Pont-l'Évêque del puerto de Honfleur.

Cuando llegó al Calvario, en vez de doblar a la izquierda dobló a la derecha, se perdió entre unos astilleros, volvió sobre sus pasos; unas personas a quienes preguntó le dijeron que se diera prisa. Bordeó la dársena llena de barcos tropezando con las amarras; luego el terreno iba en descenso, con luces que se entrecruzaban, y Félicité se creyó loca: veía caballos por el cielo.

Otros relinchaban al filo del muelle, espantados por el mar. Una pluma los iba alzando para depositarlos en la cubierta de un barco, donde se tropezaban los viajeros entre barriles de sidra, cestos de quesos, sacos de cereales; se oían cacarear gallinas, el capitán blasfemaba y un grumete permanecía de codos en la borda, indiferente a todo. Félicité, que no lo había reconocido, gritaba: «¡Víctor!»; el grumete alzó la cabeza; pero justo cuando Félicité se lanzaba hacia él retiraron la planchada.

El paquebote, que unas mujeres remolcaban cantando, salió del puerto. Crujía su casco, pesadas olas fustigaban su proa. Ya establecidas sus velas, no se vio a nadie en cubierta; sobre el mar, plateado por la luna, se vio como una mancha negra que palidecía, se borroneaba, hasta que desapareció.

Al pasar por el Calvario, Félicité quiso encomendar a Dios lo que más quería; y rezó mucho tiempo, de pie, bañada en lágrimas la cara, los ojos hacia las nubes. La ciudad dormía, rondaban unos aduaneros; y por las bocas de la esclusa caía el agua, sin parar, con rumor de torrente. Las dos sonaron.

El locutorio no se abriría antes del amanecer. Y si volvía tarde, se enfadaría la señora; entonces, a pesar de su deseo de darle un beso a Virginia, Félicité no se quedó a esperar. Cuando entraba a Pont-l'Évêque, se despertaban las mozas de la fonda.

¡Y el pobre muchacho, durante meses, iba a rolar sobre las olas! Sus viajes anteriores no la habían asustado. De Inglaterra y de Bretaña se volvía; pero América, las colonias, las islas, todo eso estaba allá perdido, Dios sabe dónde, en el fin del mundo.

Desde entonces, Félicité no pensó más que en su sobrino. Los días soleados la atormentaba la sed; cuando había temporal, temía al rayo por él. Y al oír el viento que rugía en la chimenea y arrancaba las pizarras del techo, lo veía azotado por la misma tempestad, en el tope de un mástil partido, el cuerpo echado hacia atrás bajo un manto de espuma; o bien, recuerdo de la geografía en estampas, lo devoraban los salvajes, se lo llevaban los monos a

un bosque, moría caminando por una playa desierta. Pero Félicité jamás hablaba de sus preocupaciones.

Madame Aubain tenía otras por su hija.

Las buenas monjas decían que era cariñosa, pero delicada. La menor emoción la perturbaba. Hubo que abandonar el piano.

Su madre exigía al convento una correspondencia fija. Una mañana que el cartero no llegaba, *madame* Aubain se impacientó; se paseaba por la sala, de la butaca a la ventana. ¡Era verdaderamente extraordinario! ¡Cuatro días sin noticias!

Para que se consolara con su ejemplo, Félicité le dijo:

—Yo, señora, hace ya seis meses que no recibo una…

—¿De quién?

La criada contestó suavemente:

—Pues… de mi sobrino.

—¡Ah! ¡Su sobrino!

Y *madame* Aubain, encogiéndose de hombros, reanudó su paseo, lo cual quería decir: «¡Ni me acordaba de él!… Y además, qué me importa. Un grumete, un cualquiera. ¡Linda comparación!… Mientras que mi hija… ¡Qué atrevimiento!».

Félicité, aun criada en la rudeza, se indignó contra la señora, después se olvidó.

Le parecía muy natural perder la cabeza por causa de la pequeña.

Para ella los dos niños tenían la misma importancia; los unía en su corazón, y su destino debía ser el mismo.

El boticario le avisó que el barco de Víctor había llegado a La Habana. Él lo había leído en un periódico.

A causa de los puros, Félicité se figuraba que La Habana era un país donde no se hacía otra cosa que fumar, y que Víctor circulaba entre negros en medio de una nube de humo de tabaco. ¿Se podría, en caso de apuro, regresar por tierra? ¿A qué distancia estaba de Pont-l’Évêque? Para saberlo, consultó a *monsieur* Bourais.

El hombre recurrió a su atlas, y empezó a dar un montón de explicaciones acerca de las longitudes, ante el pasmo de Félicité se le dibujó una sonrisa bondadosa, de maestro. Con su lapicera, señaló en los picos de una mancha ovalada un punto negro, imperceptible, y dijo:

—Aquí está.

Félicité se inclinó sobre el mapa, su red de líneas y colores le cansaba la vista sin decirle nada; y como Bourais la invitó a explicar su perplejidad, ella

le pidió que señalara la casa donde estaba Víctor. Bourais alzó los brazos, estornudó, se rio muchísimo, tanta era la comicidad que suscitaba en él semejante candor; Félicité no entendía, tal vez pensaba que podría ver sobre el mapa hasta el retrato de su sobrino, tan limitado era su entendimiento.

Pasados quince días, a la hora del mercado, como de costumbre, entró Liébard a la cocina, traía para Félicité una carta que le mandaba el cuñado. Como ninguno de los dos sabía leer, Félicité recurrió a la señora.

Madame Aubain, ocupada con una labor de aguja, acercó el sobre a ella, lo rompió, abrió la carta, y estremecida, en voz baja, con una mirada profunda, le dijo a Félicité:

—Es una desgracia… que te comunican. Tu sobrino…

Había muerto. La carta no decía más.

Félicité se derrumbó sobre una silla, con la cabeza en la pared, y cerró los párpados, que de pronto se le pusieron color de rosa. Después, inclinada la frente, las manos colgando, fijos los ojos, repetía a intervalos:

—¡Pobre muchachito! ¡Pobre muchachito!

Liébard la miraba suspirando. *Madame* Aubain temblaba un poco.

Le propuso ir a Trouville a ver a su hermana.

Félicité contestó, con un gesto, para qué.

Hubo un silencio. El bueno de Liébard juzgó conveniente retirarse.

Entonces Félicité dijo:

—¡A ellos qué les importa!

Volvió a bajar la cabeza y de vez en cuando, maquinalmente, levantaba las largas agujas sobre el costurero.

Frente a la casa, pasaron unas mujeres con angarillas de las que colgaba ropa goteante que venían de lavar.

Félicité, al verlas a través de los cristales, se acordó de su colada; la había hecho el día anterior, había que aclararla; salió entonces de la casa.

Su tabla y su tina estaban en la orilla del Toucques; echó junto a ella un montón de camisas, se arremangó, y empezó con su tarea; tan fuertes eran los golpes que daba, que podían oírse desde las huertas vecinas. Los prados se veían desiertos, el viento agitaba el río; al fondo, se inclinaban grandes hierbas, como cabelleras de cadáveres flotando en el agua.

Raúl Guerra Garrido

La fría letra

(*La mar es mala mujer*, 1987)

El frío. En Terranova, cuando el frío arrecia los demás problemas no existen. El frío es una telaraña que te envuelve, un alcohol que te empapa, un bisturí que te rasga y si bajas por un segundo la guardia, un suspiro de cristal que se quiebra. Cuidado con las orejas, el aire corta como navaja de barbero. Ninguna ropa de abrigo es demasiado, me solía proteger las partes rellenando de guata los calzoncillos, que te la rascas y la notas tan ajena como la de un muñeco de trapo. El barco sufre lo mismo y además se carga de hielo, se acumula tanto hielo, tanto peso, que si no se lo quitáramos a golpe de mandarria se hundiría. De las pastecas cuelgan cabos engrosados por el hielo que no se abarcan con las dos manos. Los barcos quedan de adorno, como los barquitos de azúcar escarchada en el interior de las botellas de anís. Y hay que trabajar con esas temperaturas, no hay quien trabaje, que a veces te metes en el frigo para calentarte un poco los sabañones. El frío a veces es un frío que te congela literalmente.

—¿No hueles a quemado?

Rastreábamos por el Banana Bank, en el estrecho de Davis, la entrada a la bahía de Baffin. El que le llamó banana a ese banco era un humorista. En el *Bidebieta*.

—Con este catarro no huelo ni mis propios vientos.

Llegar hasta la Baffin Bay es subirse al techo, pero entraban y no era cuestión de perder la racha. Un frío atroz, la calefacción a tope y supongo que el origen fue un cortocircuito, el mantenimiento era por aquellos días tan minucioso que los enchufes eléctricos ni siquiera llevaban la grapa que los machihembra sin vibraciones.

—¡Fuego a bordo!

El que gritó pudo ahorrarse el esfuerzo, las llamas nos lamían el trasero a los del puente, venían de abajo, de la cocina lo más probable, el tiro de la

escalera las azuzaba como un soplete. El incendio parecía grave, así es que a pesar de la marejada, lanzamos los botes salvavidas para trasbordar al *Bikote*. No tuve que discutir con Arrozagasti.

—Pasa tú, yo me quedo a ver si controlo esto.

—Me parece bien, pediré auxilio por radio, sé más inglés.

La decisión del capitán fue comentada sobre la marcha, en la misma escala de viento, los hay que ironizan hasta en las situaciones más críticas.

—Un tío sincero, dice lo que piensa.

—Pero piensa poco.

—Y en inglés menos.

El fuego no fue ninguna broma, pero mientras no fuera infernal de necesidad me quedaría a bordo, intentando controlarlo con un piquete de voluntarios. Una paradoja absurda lo de las llamas con varios icebergs a la vista, un absurdo riesgo entre el churrasco y el congelado. Era responsable ante el armador y no me movería de allí hasta conseguirlo, algo disipó mi razonamiento, sonaron unos gritos, no supuse cuán precaria y repentinamente abandonaría el barco aun en contra de mi obligación, las angustiadas voces provenían de la mar.

—¡Ayuda! ¡Ayuda!

—¡Socorro!

Oí los gritos de auxilio y no lo dudé, el barco podía irse a pique pero no dos de mis hombres. Los vi allí, sobrenadando entre las olas, gracias a que íbamos en rastreo pudieron sujetarse al filamen, uno en las malletas y otro en el vuelo de la boca del arte. La rapidez era fundamental, con el agua a cien bajo cero te congelas en un suspiro. Sin dudarlo me lancé al agua, tengo el don de actuar de forma automática en los casos de accidente, cuando más grave más rápido, sin darme cuenta pero con rigor y eficacia. Me lancé desde la popa con un cabo atado en la cintura y otro en la mano, si consiguiera atarlos nos halarían fácilmente, que lo consiguieran a tiempo ya era otro cantar, dependía de otros reflejos. Me tiré de pies y ni lo pensé. La sensación que tuve al hundirme en el agua fue doble y terrible. La primera el frío, un frío atroz, un irme convirtiendo, según me hundía, en barra de hielo, a velocidad de vértigo, los juanetes, las corvas, el sexo, la tabla del pecho, el garganchón y hasta la coronilla rígidos, helados, un esfuerzo ímprobo para moverme en lucha contra la impotencia física y la pereza mental del déjalo, no tienes nada que hacer. La segunda sensación fue de espanto al caer en la cuenta de que no sabía nadar, pero en los casos extremos me funciona el automatismo, actué como si supiera, avancé nadando a lo perro, estilo que no

falla jamás; los tres kilométricos metros que me separaban de Lolo pude superarlos, miré a Carín, a unos quince metros de donde yo estaba, una distancia sideral, y tomé una de las decisiones más terribles de mi vida, para salvar a uno tenía que dejar morir al otro; la lógica, el tiempo y el espacio me hicieron condenar a Ricardo.

—¡Ayúdame! ¡Ayúdame!

No me olvidaré nunca de su voz, de su rostro, de su angustia, de su nombre, «ayúdame», me pedía Manuel Veiga Varela, de veintidós años, casado, con un hijo, natural de Moaña y vecino de Trintxerpe, casi rozándome las manos.

—¡*Ven por min*! ¡*Ven por min*!

Menos me olvidaré de Ricardo Souto Barreiro, de veinticinco años, casado, con tres hijos, oriundo de la Puebla del Caraminal, natural de Trintxerpe y vecino de Pasajes Ancho, lejísimos, con lágrimas en los ojos me pedía un «ven por min, ven por min», en letanía interminable. Se dio cuenta desde un principio que no haría nada por él.

—¡Sujeta el cabo, leche!

Apenas me quedaban fuerzas cuando se lo lancé sobre los brazos, se me acabaron, Lolo no tenía más que soltar la malleta y aferrar el chicote, pero no lo hizo.

—No puedo mover los dedos.

—Muévelos cojones, muévelos y agárrate.

—No puedo.

Las olas nos zarandeaban como a corchos de palangre a la deriva y no obstante, a pesar de su fragor y estruendo, no acallaban el susurro que llegaba nítido y acusador a mis oídos.

—*Ven por min. Ven por min.*

Mientras imaginaba recursos imposibles mis músculos se abandonaban a la rigidez de la congelación, mente y cuerpo se contradecían aunando esfuerzos para perderme, estaba perdido y mi sentimiento único, obsesivo, era de culpa.

—Por los clavos de Cristo, agárrate.

Lolo me sonrió como disculpándose.

—*Non teño maus*.

Se quedó sin manos y sin habla, como iba a quedarme yo de un momento a otro, no me olvidaré de la expresión de sus ojos claros, plácida, de su sonrisa tranquila, de la belleza que adquirió de pronto su rostro, tan guapo

como no lo fue jamás en vida. Comprobé la realidad de una leyenda, los que mueren congelados lo hacen sonriendo.

—*Ven por min…*

Hice un último esfuerzo, giré mi cuerpo hacia la red y confirmé lo que no me había ofrecido dudas desde un principio, lo imposible de los quince metros.

—Ven…

Miré hacia Carín, conecté con su mirada y en ese instante, para ampliar el horror hasta lo insoportable, dejó de repetir el ven por mí. La sombra de barba de su rostro imberbe le daba un aire angelical, trágico y hermoso, muerto y seguía llorando con una sonrisa de felicidad eterna, seguía llorando después de muerto, sonreía. Los dos quedaron con el noble aspecto de estatuas griegas esculpidas en hielo, no sentía mi cuerpo, probablemente yo fuera otra estatua de cristal. Una idea absurda cruzó por mi mente pero me aferré a ella como a una tabla de salvación, no sonreír, mientras no sonriera algún milagro podría resucitarme, la clave era no sonreír, fruncí el ceño, apreté las mandíbulas y agoté el recuelo de mi voluntad oprimiendo los labios. No sé exactamente lo que ocurrió, lo que me contaron, quedé flotando a merced de las olas y una de ellas me embarcó en el bote salvavidas que venía en nuestra ayuda, un salvamento milagroso, «menuda cara de mala leche tenías» me dijeron mucho después. Aguanta y no sonrías fue mi último pensamiento lúcido, cuando me desperté a bordo del *Bikote* me estaban sacudiendo más leches que en el cuartelillo de la guardia civil, no podía mover ni las pestañas, para hacerme entrar en calor, para que reaccionara, me habían desnudado y se afanaban en golpes, masajes, agua hirviendo y plancha, hasta me plancharon, envuelto en mantas me pasaron la plancha eléctrica y ese debió ser el mejor remedio, todavía tengo en la espalda cicatrices de las quemaduras pero eso debió salvarme. Abrí los ojos y conseguí pronunciar dos palabras, los dos nombres foco de mi elipse obsesiva:

—Lolo… Carín…

—No te preocupes, les hemos perdido pero no te preocupes, has hecho todo lo que has podido. Ocúpate de ti.

Claro que yo quería vivir, pero me sentía un canalla total, un sentimiento de culpa tan agobiante que me llevaba la imaginación a sus rostros en una elipse sin escapatoria, obsesiva, los dos agarrados al filamen, con las siras amarillas de sus trajes de agua, mirándome sonrientes. Manuel Veiga Varela y Ricardo Souto Barreiro fueron mi pesadilla durante más de un año, me despertaba a medianoche con sus rostros clavados detrás de mis pupilas, pasó

más de un año hasta que me pudiera volver a sonreír frente al espejo a la hora de afeitarme.

—*Non teño maus*.

—*Ven por min*.

Respiraba, nada tan reconfortante como respirar, el café me supo a hotel de cinco estrellas, pero la obsesa doble imagen de Lolo y Carín me impidió su disfrute, el sentimiento de culpa era agobiante y el tenérselo que explicar a sus mujeres una tortura a la que me sometería como expiación de mi pecado. Cualquier gesto, cualquier movimiento me producía otra tortura, unos dolores articulares tremebundos, como si tuviera oxidados los más íntimos resortes y cartílagos. El café me supo a gloria y me sentó como un tiro, me asusté, algo en mi interior se había roto, un cristal de hielo hecho trizas con las aristas rasgando cuanta entraña salía a su paso, no era dueño de mi cuerpo, la piel en ronchas blancas y rosas, los labios amoratados, en trance de muerte y no había visto mi biografía en ese instante crucial como dicen ver los ahogados sino los dos rostros de sonrisa feliz, irresponsable. La mar turbia, intentando borrarlos de mi mente, golpeaba contra el casco, el grito de no sé quién sonó como una alucinación.

—¡Ha desaparecido el *Bidebieta*!

Imposible, los barcos no se subliman en el éter, no desaparecen en triángulos fantasmagóricos, no se hunden sin dejar rastro cuando están ardiendo y su pareja los vigila a pocos metros de distancia. La mar seguía turbia, arbolada y cruel, pero sobre su superficie ni rastro del *Bidebieta*, no podía ser, y sin embargo el casco, el arte, los cadáveres habían desaparecido. Me incorporé de golpe para comprobar la increíble evidencia, se me quebró la cintura de vidrio y caí sobre el revoltijo de colchonetas y mantas en que me anidaban, gritos y carreras a mi alrededor, me estaba ahogando y no conseguían izarme a cubierta, moriría congelado, pensé que todo era un sueño y que me despertaría abajo, camino de la sima abisal, entre prunos y celacantos, con dos estatuas griegas atadas a los pies, las estatuas se vengaban de mi incompetencia y sonreían, sonreían, sonreían. Fue Arrozagasti el que me devolvió a bordo pasándome los prismáticos.

—Mira. Allí va.

Una alucinación persistente, pero la azul óptica *Zeiss* no se equivoca, sin marinería y ardiendo el *Bidebieta* navegaba hacia el Sur, en busca de un horizonte con puesta de sol. Hay siglos en que uno se siente desfallecer, las yemas de mis ateridos dedos se negaban a enfocar de un modo correcto, se me

cerraban los párpados, quizá estuviera hundiéndome con las jodidas estatuas amarradas a los tobillos, de ahí la turbia imagen fugitiva.

—No me lo creo.

—Lo llevan a remolque.

Por fin una explicación razonable, volví en mí, de estar camino del fondo, ahogándome, no me preguntaría «¿qué hacemos?», me volvió el automatismo de los momentos cruciales.

—Perseguirlo a toda máquina.

Avante toda, bramó el diésel, saltó el *Bikote* como un potro desbocado y la tripulación entera se escalofrió con el mismo espasmo, la tensión nerviosa de quien persigue a un pirata. El frío se soporta mejor con la ira que con la culpa, me hice subir al puente envuelto en una frazada y aunque seguía sin poderme hacer la señal de la cruz, sentí cómo se templaba mi ánimo. La transferencia de la culpa a los piratas era el matiz reconfortante, inconfesable, de la puede que insensata persecución. Ignoraba con quién iba a medir mis fuerzas, pero fueran quienes fueran los budistas que se arremangaran. Budistas de mierda, sus madres serían unas cuantas pero ellos eran unos hijos de buda, se necesita tener entrañas de mercader para hacerlo, mientras pasábamos lo que pasábamos largarle una estacha al botín y llevárselo de remolque con el aritmético propósito de pedir el correspondiente rescate por el salvamento en alta mar. Oirían el S. O. S. por radio y acudieron a echar una mano, joder con los budistas carroñeros, nos la echaron al cuello.

—Les alcanzamos, ya leo la matrícula.

Acortamos distancia, la rémora del peso muerto que arrastraban trabajaba a nuestro favor; Pérez Atorrasagati nombró a los culpables sin bajar los prismáticos:

—Es el *Kautokieno*, de Stavanger.

Carroñeros vikingos, la madre que los parió, todos los noruegos son más peseteros que la Virgen del Puño, todos menos Birlita, pero se van a enterar de lo que vale un cuerno, como hay Dios que les meto sus cuernos vikingos por el culo, por Lolo y Carín que se los meto. Me puse fuera de mí, el furor de la venganza y la responsabilidad económica de la marea me espoleaban, envuelto como una gamba a la gabardina sería un inválido pero no un inútil, empecé a escupir órdenes. Veía la maniobra con la claridad fanática de un rayo exterminador.

—¿Cuántas armas hay a bordo?

—¿De fuego? Ninguna. Espera. Manu compró en Saint John’s un rifle para su padre, es un cazador empedernido.

—Manu aquí, a mi lado, con la escopeta. El resto de los hombres con cocas y cuchillos de tronchar a lo largo de estribor, los abordaremos por estribor.

A sangre fría puede parecer una decisión disparatada, pero con la furia que golpeaba en nuestros corazones, como el latir de un tigre, sonó tan natural que nadie osó discutirla. Manu se puso junto a mí, la escopeta era nada menos que un Winchester de repetición con mira telescópica.

—¿Funciona?

—De peli.

—Le tiras al que yo te diga.

—No fallaré.

Repasé la fila de hombres, sus rostros curtidos, ofendidos, doloridos, jodidos, aguantaban estólidos los zarpazos del viento y mar dispuestos a cumplir lo que se les mandara. El oleaje no era peligroso para navegar pero sí para la aproximación que intentábamos, elegí tres voluntarios, los tres más jóvenes, los que supuse más ágiles.

—Tú, tú y tú. Vais a saltar al *Bidebieta*, a cortar el cable de arrastre, ¿entendido?

Ni rechistaron, provistos de hacha y sierra, escoplo y martillo, sobre el carel, parecían equilibristas angélicos, ángeles exterminadores, marinos valientes. Ninguno había cumplido los dieciocho años, el que fallara el salto no los cumpliría. El más crío, Paco, el chou, con quince abriles, me fijé en él mientras silbaba el agua entre los dos cascos con furia de turbina, flexionó las piernas al acecho de la ondulación más favorable, le vi tomar impulso en la cornamusa, improvisado trampolín, y saltar, le veo en el aire, se me detuvo el latir, lo veo ahora convertido en maquinista, un tipo con fibra, los tres con fibra, los veo a los tres en el aire. Levitaron como ángeles, de un casco a otro, en el más formidable de los abordajes. Las caras de asombro de los noruegos, les vigilaba acechando la mínima excusa que me permitiera meterles la retahíla entera del Winchester en su podrido cerebro de contable, pero no reaccionaron, nos dejaron hacer. Un suspiro de alivio al ver a los tres chavales corriendo alegres y furiosos hacia la roda del *Bidebieta* y descargar sobre el cable opresor hachazos de nervio y sollozos, un grito de triunfo cuando el cable roto saltó como un látigo hacia el *Kautokieno*.

—¡Cobardes!

—Así le dé a uno en los huevos.

Si alguien ve al *Kautokieno* en apuros, por mí puede pasar de largo y si le apetece tirar de la cadena que no se prive. No sé cuánto tardé en recuperarme,

en poder utilizar la cuchara sin derramarme la sopa sobre los pantalones, pero tardé mucho más en quitar de mis sueños los rostros de Lolo y Carín, sonriéndome, «non teño maus», «ven por min», desde aquel día hay sonrisas irónicas que no soporto, sonrisas de chicle que aplastaría a puñetazos. La cosa terminó en el diario de navegación con un escueto «y sin más novedades dignas de reseñar finalizamos la singladura».

—Firme aquí.

Es una orden, deberían añadir en los centros de oficiales. La cosa terminó con otra novedad más grave, en la mar las desgracias se enredan como en tierra las cerezas, tuvimos que declarar y nos engañaron los burócratas, los administrativos, los abogados y los agentes del seguro, del *Lloyd's* o quien fuera, los parásitos. Dijimos la vedad creyendo que además de un orgullo era un mérito y nos hicieron firmar para comernos la palabra. Lo ponían en la letra pequeña y estaban en su derecho, el seguro de accidentes cubría solo hasta el paralelo 67 y Manuel y Ricardo se ahogaron en el 68, por lo visto nos pasamos en el cumplimiento de nuestro deber y por eso las viudas se quedaron sin cobrar su seguro de muerte.

Patricia Ratto

UN LABERINTO DE ECOS Y RUMORES

(*Trasfondo*, 2012)

Hoy, como estaba previsto, llegamos a nuestra área de patrulla y permanecimos en ella todo el día. Ya estoy cansado de dormir. Tengo el sueño cambiado, me acostumbré a dormir por las tardes y en la noche estoy despierto. Como no podemos estar levantados cuando no es nuestro turno de guardia, sino permanecer acostados, para no cansarnos y para economizar oxígeno, ya no sabemos qué hacer en la cama. Ahora estoy en mi cucheta, desde ahí puedo ver a Olivero, está boca abajo, medio incorporado, con el peso del cuerpo apoyado en los antebrazos, un cuaderno sobre la colchoneta de su cama, y escribe, escribe, por momentos se detiene a pensar un poco, agrega alguna que otra palabra con lentitud y luego toma velocidad y escribe, escribe. ¿Será una carta?, ¿serán anécdotas para un diario personal?, algunos de los otros dicen que escribe poemas para las novias que tiene. Ahora ha tomado el cuaderno, ha girado su cuerpo hasta quedar boca arriba y está leyendo lo que ha escrito. Yo saco el libro que había dejado debajo de mi almohada y me pongo también a leer: el animal no soportó estar afuera de la guarida y terminó volviendo a su ciego mundo cerrado. Olivero desciende de su cucheta, camina unos pasos hacia popa y entra en la cocina. El animal del libro sospecha ahora que lo acechan, teme, y está todo el tiempo escuchando un ruido de algo que se aproxima pero que, desde la madriguera, no puede ver. Olivero regresa de la cocina con un par de botellas pequeñas que, de pie en el pasillo, deposita sobre su cucheta; corta prolijamente unas hojas de su cuaderno, son unas hojas escritas, seguramente las que ha terminado de escribir recién, pone una hoja sobre otra, las enrolla, desenrosca la tapa de una de las botellitas, introduce las hojas en ella, vuelve a tapar; repite la operación con otras tres hojas que le han quedado: las enrolla, las introduce en la botella, coloca la tapa. Se queda viendo las dos botellas acostadas en su cama por unos instantes, ahora se dirige a su taquilla y allí las guarda. Hasta que

paulatinamente, dice mi animal, al despertarme del todo, llega la sobriedad, apenas comprendo las prisas, respiro profundamente la paz que reina en mi casa, y que yo he perturbado, regreso al lugar en el que reposo, y me duermo enseguida por el cansancio que me sobreviene. Olivero ha regresado a su cucheta, se ha tendido en ella, ahora cierra la cortinita negra, seguro se dispone a dormir.

Están acostados los otros, cada uno en su cucheta, quietos, callados, con los ojos cerrados, tratando de dormir. Yo también estoy en mi cucheta, pero aún no duermo, me he quedado mirando hacia arriba, el fondo de la cucheta superior que es como un techo de la mía, o una tapa, miro hacia arriba y veo esa cucheta sabiendo que debajo está la mía y debajo de la mía a su vez hay otra, con alguien que también duerme o trata de dormir; todos apilados estamos, acaso todos muertos, un ataúd sobre otro, solo que aún no nos hemos dado cuenta. ¿Podrá en verdad uno morirse y no saberlo?

Me despierto sobresaltado, he tenido de nuevo pesadillas, algunos sueños se repiten, con leves variaciones son más o menos los mismos. Hay movimiento en el área del sonar; algo pasa. Me acerco a la cocina en busca de un café, Almaraz se está sirviendo en uno de los jarritos de acero y, en el momento en que el café va llegando a la mitad de la taza, llaman a puestos de combate. Desisto del café. Almaraz toma un trago de su taza, la deja en la pileta y sale hacia el compartimiento de control, está de planero de popa de combate. Me dirijo a sala de máquinas y, en el trayecto, veo a los tres sonaristas trabajando: Elizalde y Medrano sentados, con sus auriculares puestos, Cuéllar de pie, recibe los auriculares de parte de Medrano para confirmar algún rumor y luego se los regresa. En realidad no están ahí en el sonar, no están acá, están afuera, en el agua, son puro oído internándose en un laberinto de ecos y rumores, a la espera de lo que el mar les traerá. Rumor hidrofónico al azimut cero siete nueve, dice Cuéllar, luego de consultar con Elizalde y Medrano, e inician el ploteo para la clasificación del blanco. Rumbo cero siete cero, caer a babor cuarenta grados, ordena el comandante, y ponemos proa al buque enemigo siguiendo las estimaciones de los sonaristas. En sala de máquinas ya están Albaredo, Soria y Torres, otra vez la dotación que corresponde a este turno está completa, no sé por qué dos por tres hay uno que sobra, seguro alguien se confundió al armar las guardias. Igual me

doy una vuelta para chequear los motores, aunque estoy seguro de que Albaredo ya lo ha hecho, necesito estar ocupado, como todos, mientras transcurre la espera, ese tiempo en suspenso del vamos-a-ver-qué-pasa. En eso descubro que mis botas ya no están en donde las había dejado, otra vez la broma, seguro las llevaron al sitio de siempre pero ahora eso es lo que menos importa, estamos decididamente en guerra, el enemigo se acerca y quién sabe cómo diablos va a seguir esto. Así que me quedo por aquí, por si me necesitan, pero un poco asomado a la zona de timoneles, y con el oído atento a lo que digan los sonaristas, la vista alerta para detectar el más mínimo gesto. Estarán escuchando el batir de las paletas del motor del buque y tratando de detectar… Destructor del tipo veintiuno o veintidós, anuncia de pronto Medrano en un susurro hacia comando. Emisión de sonar tipo uno ocho cuatro, agrega. Y todo se vuelve lento y silencioso, solo gestos, movimientos medidos al compás de la espera. El comandante ordena caer en la dirección del blanco —Almaraz y Polski operan los planos; Navarrete, el timón— y aumentar la velocidad al máximo para acortar la distancia, los motores a toda máquina y en comando hay mucho movimiento. El comandante ordena exponer el periscopio de combate, hay un oficial junto a él; ahora se dispone a mirar hacia afuera para tratar de avistar el blanco. Hay mucha niebla, le dice el comandante al oficial y, mientras el oficial mira a su vez por el periscopio, yo me digo que quizá sea aquella misma niebla que ocultó nuestra partida en el puerto, que nos ha rodeado siempre y navega con nosotros como otro tripulante silencioso. Abajo periscopio, ordena el comandante, el oficial tampoco ha podido ver nada, nada más allá de la niebla. El blanco opera con helicópteros, anuncia Elizalde hacia comando, a una velocidad de dieciocho nudos, agrega. Ahora, aunque nadie diga nada, todos sabemos que la cosa se va a poner difícil; no va a ser sencillo disparar un torpedo y luego huir de los helicópteros. Camino lentamente en dirección a proa, Rocha sale del baño hacia su puesto, Egea me cruza con una bandeja con dos vasos vacíos y entra a la cocina, sigo avanzando, el cocinero lee *Nippur de Lagash* recostado en su cucheta; más adelante, sobre la mesa frente a los torpedos un lápiz tiembla con leves y nerviosas oscilaciones sin decidirse a rodar hacia uno u otro lado. Ya en proa lo veo a Olivero de pie, apoyado contra uno de los tubos lanzatorpedos. Grunwald y Heredia están sentados en el banco de babor, de perfil a los torpedos, me detengo unos pasos antes de llegar hasta ellos. La orden del comandante de disparar un torpedo contra el blanco detectado nos alcanza. Se va a realizar el lanzamiento en forma manual porque la computadora de control de tiro sigue sin funcionar. Se detienen los motores

del submarino para poder operar y hacer los cálculos con más precisión. Un oficial llega con los datos que se necesitan; Olivero inicia las maniobras, abre la llave para inundar el tubo, se escucha girar la hélice del torpedo con un zumbido sordo, siseante, se abre la escotilla de lanzamiento. Por detrás de mí los otros comienzan a desenganchar con cuidado las cuchetas y a apilarlas a babor, para dejar libre el acceso a la sentina de torpedos. Grunwald lo mira a Heredia: tenemos que ponerle un nombre, le dice, es el primer torpedo de verdad que lanza la Armada Argentina. ¿Un nombre?, pregunta Heredia. Sí, para el torpedo, Mar del Plata, llamémoslo Mar del Plata, y crucemos los dedos para que dé en el blanco. Seguramente Marini acaba de oprimir el botón de lanzamiento en la computadora (eso sí funciona, el comando de lanzamiento, pero no el cálculo de tiro), porque escucho que la hélice acelera y el torpedo se impulsa y sale, cae un poco al entrar en el mar, queda una fracción de segundos suspendido en el agua y luego arranca rumbo al blanco, atado al barco por un hilo —un cordón umbilical que lo alimenta con datos para que busque al objetivo— que se va desenrollando para permitirle avanzar. Nos quedamos todos expectantes, los otros detrás de mí se han detenido, cada cual en lo que estaba haciendo, en el momento justo en que salió el torpedo, mudos, mirando hacia Olivero, hacia el tubo, ahora vacío de torpedo y lleno de agua. Cortó hilo, dice Olivero en un susurro y ahora todos sabemos que lo guiará su cabeza acústica buscando un ruido al que atacar. Y entonces imagino cómo ha de ser aquello que nunca veremos desde esta nave clausurada y ciega, la explosión del torpedo contra el barco enemigo, el fuego, el humo, el estupor, los heridos, la sangre, las cosas que alguna vez vimos en las películas pero que ahora pueden ocurrir en serio, aunque cómo saberlo, no vamos a ver nada, solo vamos a percibir el eco del estallido y a sentir quizá algún cimbronazo, pero no los gritos, los gritos del dolor y del miedo, el ruido de la muerte apagado por el agua, los otros —los de afuera— flotando. Pero la detonación no llega, pasan los minutos y nada, quizá el torpedo ha seguido de largo, habrá terminado su batería y habrá caído en el fondo del mar, desactivado, muerto. Entonces lo veo a Grunwald que lo codea a Heredia y señala hacia arriba trazando círculos en el aire con el dedo índice alzado: yo también las escucho, hélices de helicópteros, los helicópteros que escoltan al barco al que intentamos dispararle han detectado —desde arriba— la estela que ha trazado nuestro torpedo y nos buscan. De pronto, Grunwald cierra los ojos, se sobresalta, los abre y le dice a Heredia: gordo, tu señora tuvo familia, un varón, fijate la hora, ya vas a ver que nació a esta hora. Heredia consulta su reloj y lo abraza. Se inician maniobras evasivas.

Descendemos. Los otros retoman su trabajo de desmontar las cuchetas, pronto va a haber que cargar algún nuevo torpedo. Yo decido volver a sala de máquinas. El barco se inclina, la cortina de detrás de la mesa de proa se corre levemente y alcanzo a ver mis botas, nos estamos sumergiendo más y más, las hélices de los helicópteros se escuchan un tanto apagadas pero sabemos que aún siguen ahí.

Splash de torpedo en el agua, dice Elizalde y aunque su tono de voz es suave me incorporo de un salto como si hubiera escuchado un grito. Con las cuchetas desarmadas dormimos tirados en el piso, sobre las frazadas o la ropa que cada uno consigue y amontona en el rincón que encuentra disponible. Máxima profundidad, ordena el comandante y se inician maniobras evasivas. A Fernández le ordenan eyectar un alcaseltzer para que burbujee y desoriente al torpedo, así que corre hacia el baño de suboficiales en donde se encuentra el eyector, pero la puerta está cerrada, hay alguien adentro, golpea con desesperación, algunos lo chistan para que no haga ruido, el torpedo busca el ruido, nos busca como olfateando el sonido, cualquier pequeña cosa que pueda escuchar, Heredia sale del baño en pelotas, tironeando hacia arriba su calzoncillo, con el overol caído hasta los tobillos, Fernández entra e inicia maniobras: abre el compartimento del eyector, introduce el señuelo en el tubo, cierra el compartimento, ahora tiene que abrir la válvula para llenar el tubo con agua pero decide saltearse ese paso para ahorrar unos segundos, va entonces a abrir la válvula de aire que se encuentra sobre el inodoro para que el aire inyectado a presión en el tubo del eyector empuje al falso blanco, pero no puede, hace fuerza, prueba con las dos manos, pero la válvula está pegada y no se mueve un milímetro. Nobrega, que lo está viendo, hace una seña hacia proa y se mete también en el baño para ayudar; desde proa llega Grunwald con una barreta, hace palanca y logra abrir la válvula, el señuelo sale despedido y comienza a burbujear; Heredia termina de subirse el overol, se persigna, se encamina a la zona de torpedos; por el eyector entra una bocanada de agua, que entre los que permanecen en el baño tratan de tapar; chorrean agua los tres mientras escuchan cómo se acerca el torpedo enemigo —la hélice zumbona girando locamente— cada vez con mayor intensidad; Linares se aferra al rosario que lleva en el cuello y mueve los labios en silencio, estará rezando mientras el torpedo se acerca, se acerca y yo me digo que quizá en el barco que lo ha disparado hay alguien imaginando nuestra explosión, el hueco infernal en la coraza del submarino que aumentará la

presión hasta hacernos estallar en pedazos, de adentro hacia afuera, a todos y cada uno de nosotros, como si nos inflaran e inflaran hasta hacernos reventar. No habrá tiempo para nada, ni para gritar, ni para huir, ni para oír, ni para ver, la sangre teñirá el agua de un rojo restallante que poco a poco irá diluyéndose hasta volverse solo agua. Las luces oscilan, estamos con poca batería, el comandante pregunta: ¿Remanente? Veinte por ciento, le responden. Zumba a estribor el torpedo. ¿Remanente? Quince por ciento, y sigue el torpedo, lo escucho, zumba y sigue, zumba y sigue. ¿Remanente? Diez por ciento, el submarino vibra, el comandante ordena detener máquinas para que no se agoten las baterías, se hace un silencio aún mayor, nada se oye, derivamos suavemente y el agua transparente retrocede al rojo y la sangre vuelve a los miembros y los miembros al cuerpo y los cuerpos al submarino y el hueco se sella y la chapa se restablece mientras el torpedo sigue de largo hasta que dejamos de escuchar la maldita pequeña hélice de su motor.

J. M. G. Le Clézio

AZAR

(2016)

A los cincuenta y ocho años, Juan Moguer se encontraba más bien en su decadencia. Había vivido hasta entonces sin preocupación, en un torbellino de dinero, de gastos, de mujeres. Siempre atacado por las revistas, alegremente perseguido por aquellos mismos que lo habían adorado públicamente y que habían contribuido a su fortuna.

Para sus cincuenta años, Moguer había hecho una locura. Había realizado su sueño de chiquilín, mandando construir según sus planos, en los astilleros navales de Turku en Finlandia, un velero de ochenta pies principalmente en caoba, estilizado como un ala de albatros, al que había dado el nombre de *Azzar*, en recuerdo de la pequeña flor del naranjo que adornaba la cara feliz del dado con el cual él se medía con la fortuna, cuando era adolescente en Barcelona, en las Ramblas. Durante la realización del navío había velado hasta por los menores detalles, eligiendo las variedades que revestían el interior, la decoración y cada elemento que debía contribuir a hacer del *Azzar* a la vez su residencia ideal y su oficina de producción.

Había dedicado un cuidado particular al camarote delantero —lo llamaba pomposamente el camarote del armador— diseñando una cama monumental y triangular que ocupaba el extremo de la proa. Una cama donde los sueños tenían que poder prolongarse más allá del dormir, entre cortinas de satén negro, una suerte de balsa de lujo para deriva amorosa, o simplemente un olvido del mundo en el balanceo sedoso de las olas contra la roda, en alguna parte entre las islas y la tierra firme. Contiguo a la habitación había mandado acondicionar un cuarto de baño en madera gris, desde cuya inmensa bañera turquesa podía adivinar la línea oscura del horizonte. Finalmente, como no quería depender de nadie, se las ingenió en todo lo que podía simplificar la maniobra, conectando los cabrestantes y los cordajes a un tablero eléctrico

que podía manejar solo desde la caseta del timón. La vela mayor y la vela de mesana se enrollaban sobre sus botavaras y el trinquete sobre su estay.

Era lo que siempre había querido. Ser libre. Desembarazarse de todos sus bienes inmuebles y terrestres, sus departamentos en Nueva York, en Barcelona, sus muebles, sus autos, sus baratijas acumuladas en el curso de veinticinco años de cine, las condecoraciones y las recompensas, las cartas y recortes de prensa, los regalos, las fotos, los recuerdos. No había conservado más que lo necesario, aquello que necesitaba para continuar trabajando, aquello que pudiera entrar en el espacio del navío. Sin duda era la soledad lo que había guiado su elección. Después de su divorcio de Sarah, después de tanta celebridad, de tanta ligereza, Juan Moguer había comprendido por fin que se encontraba absolutamente solo. No estaba rodeado sino de servidores y de parásitos. Los grandes años, en la época del rodaje de *Reino de la media luna*, sobre los cayos a lo largo de Belice, eran una ola que se retiraba, dejando lugar al silencio. Era precisamente ese silencio que siempre había esperado. Refugiado en su castillo flotante, en el *cockpit* de madera oscura donde brillaban los instrumentos de cobre, Moguer pasaba a veces largas jornadas mirando caer la lluvia en la ensenada del puerto, en Palma de Mallorca, donde volvía a pasar el invierno. O bien iba solo a la ciudad, a sentarse en una terraza de café sobre el Paseo, para fingir que leía guiones, siempre las mismas historias estúpidas que le enviaban, estúpidas y aburridas, una papilla sentimental nauseabunda. A bordo del *Azzar*, dictaba su correspondencia a una secretaria temporal, o bien recibía visitantes interesados que buscaban un apoyo, dinero, un papel mínimo. Llegaba a encerrarse en un mutismo obstinado y vengativo, una suerte de astenia mental que lo invadía poco a poco, como una droga.

Sin que pudiera llamarlo amigo suyo, el único hombre con el que había guardado una relación sostenida era su piloto, un tal Andriamena, originario de Madagascar. Era un hombre al que no se le podía calcular la edad, alto y delgado como un adolescente, con un rostro liso, con algo de asiático pese a su piel muy negra. A bordo del *Azzar* se mantenía siempre en un silencio perfecto, discreto y tan presto a actuar como a dormir. Hablaba una lengua extraña mezcla de francés, inglés y *créole*; pero la verdad era que apenas hablaba. Por causa de su silencio Moguer había podido soportarlo tanto tiempo. Además, y sobre todo, Andriamena era un marino extraordinario que navegaba instintivamente, sin leer los mapas ni ocuparse de los instrumentos.

Capaz de adivinar el tiempo con un día de anticipación, con solo oler el aire u observar las nubes; capaz de maniobrar sin falla a ras de los escollos; capaz de las más locas temeridades como de la mayor prudencia. Moguer lo había conocido en Palma de Mallorca el año que precedió a su travesía por el Atlántico. Andriamena había sido desembarcado allí después de una oscura pelea, sin papeles, sin equipaje, con apenas un pantalón blanco y una camisa africana, esperando una admisión. Si el *Azzar* no hubiese llegado, probablemente habría terminado en una prisión, a la espera de que las autoridades encontrasen un país donde expulsarlo. Se había instalado a bordo del navío con naturalidad, exactamente como lo habría hecho un gato. Y Moguer lo había contratado, sin duda porque le gustaba esa manera de no exigir nada, de no pedir nada y de ocupar su lugar. Andriamena había servido primero como marinero, luego había reemplazado por su cuenta a casi toda la tripulación. Cuando Moguer proyectaba un crucero un poco prolongado, Andriamena reclutaba dos marinos, un cocinero, una sirvienta. Pero durante los meses de invernada, o cuando la escala en Palma se prolongaba, despedía a esa gente y hacía el trabajo él solo. Iba al mercado, cocinaba platos a la vez picantes y repetitivos, grandes marmitas de arroz al azafrán sembradas de camarones deshidratados, y cubos de verdura sazonada con pimentón. Aquello le recordaba a Moguer su infancia, esa suerte de pobreza áspera y obstinada que llegaba hasta el goce. Combinaba muy bien con el lujo grandilocuente de su castillo flotante.

En ocasiones él también se iba, partía sin preaviso. Decía tan solo: «Capitán, mañana parto». ¿A dónde iba? Se encontraba con una mujer, quizás; es lo que Moguer imaginaba. Moguer había intentado retenerlo al principio, pero era un esfuerzo inútil. No tenía ninguna certeza de que volviese, y también por eso Moguer lo apreciaba. Era imprevisible. Era un verdadero hombre de mar.

Todos esos años, Moguer había vivido al día, sin molestarse por los otros, sin miramientos en lo moral, sin precauciones. No tenía patria, por consiguiente tampoco leyes. Su patria, pensaba, se limitaba al casco del *Azzar*, un estrecho perímetro que le resultaba tan familiar y tan sensible como su propio cuerpo. Su dormitorio en triángulo, su cama negra, en la proa, el cuarto de baño, la sala común vasta como un vestíbulo de palacio, donde había organizado todos sus encuentros, sus citas de negocios y de placer, sus

fiestas, sus reuniones privadas, las «pequeñas coreografías íntimas» que su director Albán montaba para él con muchachas cada vez más jóvenes.

Pero su verdadera patria había sido el mar. Cada vez que tenía suficiente dinero para olvidar el mundo y marcharse, programaba un destino y se lanzaba a la aventura en alta mar. Experimentaba la misma ebriedad que la primera vez, cuando desde el timón del *Azzar* había sentido el cuerpo del gigante deslizarse entre las olas, rodando, trazando, haciendo crujir los aparejos, con la vibración característica del viento en los obenques, y esa impresión de peso que inflaba la vela mayor y el trinquete. Mientras tanto el *Azzar* abandonaba en los primeros días de junio de 1966 la costa de Finlandia, dejaba atrás Ahvenanmaa y las islas y se lanzaba hacia Estocolmo. Ahora volvía a considerar ese instante como si fuera ayer, la extensión del mar que resplandecía al sol, las bahías de un azul irreal, bordeadas de playas de arena blanca, y los chillidos de las gavinas en la estela. En un momento habían tenido la compañía de una alegre banda de delfines grises que caracoleaban delante de la roda. ¿Quién estaba con él en aquel primer recorrido? Stephen y Milena Kramer, Albán sin duda. ¿Angélica tal vez? O bien ella se le había unido en Estocolmo, siempre se hallaba descompuesta a bordo de los barcos, incluso cuando el mar estaba liso como un espejo. En cuanto a Sarah, ella se había negado desde el principio. Decía que le habían vaticinado un día que moriría ahogada. Se había instalado en su departamento de Londres, con Sarita. Fue el nacimiento del *Azzar* lo que la condujo a pedir el divorcio.

La llegada al mar natal fue magnífica, la felicidad de los sentidos y el placer de la revancha. Había navegado hacia Grecia, Sicilia, de isla en isla, rodeado de un halo de leyenda. Y cuando se acercaba a la Costa Azul recibió un telegrama del comandante del portaviones Enterprise invitándolo a Villefranche para la celebración del 4 de julio.

Las noches de invernada en Palma, Juan Moguer hurgaba en las cajas de zapatos donde había conservado fotos, algunas páginas de diarios viejos, de la época de *Reino de la media luna*, los borradores de guion de *Edén*. El papel se humedecía, las fotos estaban cubiertas de hongos, de cardenillos. Diez años, veinte años, la memoria se transforma en fibras, en manchas. Todo se había vuelto silencioso. Pero en la cabeza el rumor de la vida continuaba su estrépito, su música, sus cantinelas.

La primera travesía del océano, Juan Moguer no quiso compartirla con nadie. Era la mayor prueba de su vida; para llevarla a cabo quería estar solo con Andriamena. Tras la larga espera en las islas de Cabo Verde, todo el mes de diciembre, mientras se intensificaba el viento, partieron hacia el Oeste,

sobre un océano magníficamente calmo, en la dirección del sol poniente. La roda del *Azzar* rompía las olas sin esfuerzo, apartando las nubes de peces voladores. Sin duda Moguer no había vivido jamás un momento más intenso en su existencia. Sarah no lo podía entender. Todo el resto, los honores, el dinero, las películas, aun el amor, todo se borraba. Eran imágenes, fotos mohosas acomodadas en sus cajas de zapatos, las baratijas, los recuerdos, los trofeos que había tirado antes de irse.

El cuerpo del *Azzar* avanzaba por el medio del océano. En la cresta de cada ola que venía había colgada una cabellera de espuma que se rasgaba en el viento. El casco no gemía, no mostraba ningún signo de esfuerzo. Apenas una pequeña desaceleración antes de remontar la ola. Y siempre la vibración del mástil y de los estayes tendidos como nervios.

Por la noche, Moguer no podía dormirse. Escuchaba cada ruido, cada chirrido, cada oleada. Luego Andriamena le tocaba el hombro, y él saltaba de su catre en el *cockpit* para tomar su turno en el timón. No era cuestión de soñar despierto en el gran lecho triangular. Ni en el cuarto de baño con su bella bañadera turquesa. Por otra parte, Andriamena la utilizaba para almacenar las botellas de agua mineral. Moguer no se afeitaba más. Para lavarse, se contentaba con pasar un poco de agua potable por la cara, por el cuello. Todo estaba salado, frío, pegajoso. De noche, el océano era un demonio invisible, maligno. Se encontraban a veintidós grados de latitud Norte, casi sobre la línea de Cáncer. El primer día del año habían bebido una botella de champaña refrescada en el agua de mar.

Moguer no podría olvidar jamás el momento en que el *Azzar* llegó a la visión de la primera isla. Al vigésimo sexto día de travesía (había consignado todo meticulosamente en el libro de a bordo), al alba, hacia las seis, con un mar hermoso, habían visto algo, más bien lo habían sentido, una presencia, muy cerca, por encima de la línea del horizonte, hacia el Sur, Sudoeste. Las olas ahora llevaban el barco, rodaban bajo la popa. En unos minutos apareció una larga franja de tierra oscura, bordeada de una cascada de olas rompientes. Como en la leyenda, fueron recibidos primero por un vuelo de gaviotas que rozaban sus caras, el ojo malvado clavado en esos intrusos, y derrapaban en el viento chillando. Luego se produjo la entrada triunfal en la bahía de Pointe-à-Pitre.

Era esta ebriedad la que Moguer había cultivado en adelante en soledad. Un sentimiento de un poder infinito, algo que lo emparentaba con un rey o con un héroe. Ser dueño de su propio destino, de su porvenir. Donde otros habrían seguido los caminos habituales, de salones en palacios, acudiendo a

sus citas en paquebotes de crucero o en sus avionetas particulares, él había franqueado la prueba de este océano completamente solo con un marino taciturno. Llegaba adonde nadie lo esperaba. Podía cambiar de rumbo, ir hacia Antigua, Puerto Rico, o bien remontar el viento hacia el Sur, hacia Saint Lucia, Barbados o aún más lejos, hasta Trinidad y Tobago. Luego hacia el continente salvaje, violento, sobre un mar manchado con el barro de los ríos, hacia Barranquilla, hacia Cartagena. Era libre. La fuerza de las olas había entrado en él. El viento, la luz del sol, la sal habían comido sus pestañas y quemado su cara del alba al crepúsculo. Todavía tenían para treinta días de víveres y de agua potable, todo era posible, incluido el virar al Sudeste y rehacer la ruta que los corsarios seguían antaño de Brasil a la costa africana.

De pie en la punta del navío, Andriamena observaba la línea oscura de tierra donde rompían las olas. No decía nada. No demostraba deseo alguno, ninguna expectativa en particular. Aquí o allá para él era lo mismo. Era un hombre sin ataduras, sin tierra, sin familia. Jamás hablaba de un entorno que fuera suyo, de una mujer que lo esperara, de niños. ¿Sería quizás la primera vez que atravesaba el océano o ya lo había hecho? Parecía conocerlo todo y no reconocer nada. Una tarde, un par de horas antes de llegar, el viento era tan débil que no lograba hinchar la vela. Moguer lo había sorprendido frente a la mesa, examinando la carta. Con el largo de sus dedos dúctiles calculaba la distancia que quedaba por recorrer. Se había detenido en el emplazamiento exacto de su llegada, la famosa Pointe des Châteaux, que se extendía recta como un dedo en el mar.

Todo eso había sido mucho tiempo atrás. Juan Moguer se acordaba de ese sentimiento de poderío. Entonces decía, con un orgullo de catalán: «Lo que quiero, puedo». Y lo hacía. Así, podía pasar noches sin dormir, con Albán y otros, compañeros de reencuentro, bebiendo en los bares, escuchando la música de los guadalupeños. Era la época en que lo desafiaba todo, cedía a las apuestas más estúpidas. Cuando dejaba el barco en las Antillas para una cita en febrero en Nueva York, iba de camiseta floreada, en la tormenta de nieve, al Central Park, o en el *ferry* de Staten Island. Acaso se creía verdaderamente inmortal.

Valeria Limardo

VELAS, REZOS Y CREENCIAS

(*Más allá del Mar Caribe*, 2012, inédito)

Faltaba poco para volver a los barcos, era el final del verano y Buenos Aires no estaba llena. Una tarde cuando bajó la luz y la brisa revivió las calles, Julia y yo nos sentamos en la vereda de un café.

—Tomá, prendelas en cuanto llegues al barco. Prendelas siete días empezando un domingo, son especiales para invocar a los siete Arcángeles —me había dicho Julia en Buenos Aires.

—¿Una novena? ¿Estás loca? ¡No puedo encender velas en la cabina!

Si llegaban a encontrarme, no me iba a salvar ni *La Hora Italiana* que mi papá escuchaba los domingos, cuando le daba la segunda vuelta al tuco que había arrancado el sábado, ni todos los tanos amigos que pudiera encontrar a bordo, ni la República de Calabria.

—Pero nena, son chiquitas, se consumen rápido. No es una novena. Son siete días. Haceme caso.

—¡Ah! Ahora sí es más fácil… ¡Solo siete días! ¿Te imaginás la energía estancada que debe haber en las cabinas, sin ventanas para ventilar? ¿Te imaginás cuántas generaciones desde la botadura? Pongamos tres sentimientos nada más: bronca, angustia nostalgia, aglomerados desde la botadura. ¿Cuánto tiempo puede llevarle a una vela consumirse? Si la prendo, dejo la cabina y me descubren, me echan. Esto sin contar el peligro de incendio… —Una imagen de dibujo animado cruzó mi mente: el típico barquito con dos velas en el mar, fósforo, llamas, el barquito que se vuelve esqueleto y cenizas que caen al agua.

—Hacelo cuando estés en la cabina, prendelas en el medio, lejos de paredes y muebles.

En el contrato anterior había prendido inciensos, había convencido a mi compañera de cabina. Abby era de Londres, primera generación de una familia que había llegado de Irán. Una tarde llegué enojada conmigo misma,

cansada de repetir las mismas situaciones una y otra vez. En cuanto escuchó la puerta me saludó desde el baño, sabiendo que solo podía ser yo, con esa entonación que parecía un canto más que un saludo. Me contó su día, preguntó por el mío. Salió del baño dejando la nube de *spray* atrapada ahí, sacó una camisa del placard, dudó entre dos pares de zapatos bajo el escritorio y después de mirarse en el espejo, volvió al baño por más *spray*.

—Abrieron un nuevo lugar en puerto de comida hindú, tenemos que ir.

No me gustaba la comida hindú, pero no era importante. Odiaba el *spray* que me entraba por la garganta, no era importante. Lo importante era que no paraba de hablar, ni de moverse, que se iría en dos minutos, todavía hablando por el pasillo mientras se ataba un collar y yo tenía que pedirle permiso:

—¿Puedo abrir tus cajones? Nada raro, quiero limpiar la energía y necesito pasar un incienso por todos los rincones de la cabina.

—¡Nolly! ¿Estás loca? Va a sonar la alarma de incendio…

—No, no te preocupes, ya lo hice antes.

—No podemos hacer eso, no está permitido.

—Lo sé, pero lo hice antes, no pasa nada.

—Nolly, yo soy la entrenadora corporativa, yo instruyo a la tripulación sobre las reglas. No podemos hacer esto, Nolly, el reglamento dice…

—¡Abby! —grité.

Me di vuelta, respiré profundo un par de veces.

—Disculpame. Fue un día largo en el *gift shop*. O me tiro por la borda o mato a alguien, necesito encender un incienso y meditar. Vos igual no vas a estar, si pasa algo, que no va a pasar, podés decir que no sabías nada.

—Sí, pero…

—Abby… ¿Puedo abrir tus cajones? ¿Sí o no?

Abby permaneció callada, mirándome:

—¿Puedo quedarme con vos?

Su pedido me sorprendió y a la vez me calmó.

—Voy a rezar en castellano, en voz alta, ¿te molesta?

—No. ¿A vos te molesta que yo también rece?

—No, al contrario.

Para engañar al detector de humo subí el aire acondicionado al máximo, encendí un incienso, y después de santiguarme, recorrí pausadamente cada rincón de la cabina. Giraba el incienso, de izquierda a derecha, mientras iba abriendo puertas y cajones, y rezaba Padrenuestros uno detrás del otro sin parar. Al llegar a la mitad de la cabina, recé el último, me senté en el suelo, y

esperé a que Abby terminara sus oraciones. Nos quedamos un rato en silencio mirando el humo.

—Qué paz —dijo Abby.

—Qué paz —repetí—. ¿En qué rezabas?

—En farsi.

—Tu familia ¿sigue las tradiciones de Irán?

—En lo que se refiere a religión, sí. En lo cotidiano somos londinenses, cosmopolitas, sobre todo mis hermanas y yo.

Nos quedamos en silencio otro rato.

—Nolly, tenemos que hacer esto más seguido.

—Sí, tenemos que hacerlo más seguido.

Lo del incienso era fácil. ¡Pero velas! Eso ya era otra cosa. Las envolví en nylon con burbujas y las metí en la valija. Mi primera *room mate*, Miranda, era de Trinidad y Tobago, andaba cerca de los cincuenta y solo dejaba la cabina para ir a trabajar. Nunca salía en puerto, comía en su cama lo que sacaba a escondidas del *mess*, y ahí pasaba el tiempo libre con el televisor encendido, siempre. Una noche, no sé cómo, me contó su historia:

—Hacía mucho tiempo que me había separado. Y ya sabés lo difícil que es para una mujer sola sacar los hijos adelante. Sobre todo cuando llegan a la adolescencia: las compañías, los falsos amigos con promesas de plata fácil, andar atrás para que estudien, para que trabajen… No tenía tiempo para amoríos. No tenía y no me interesaban. Pasaron los años, ya mis hijos eran hombres, un día entré en una oficina pública —cambió el tono de su voz, se hizo suave—. Fue verlo, Nolly, nada más, y me enamoré como una colegiala.

Miranda sonreía, yo la observaba, le brillaban los ojos. Nos quedamos calladas, apagué el televisor. Miranda se puso seria.

—Mi familia no lo sabe todavía, no sé cómo lo van a tomar.

—¿Por qué? Tus hijos ya son grandes.

—Porque es negro.

—No entiendo… ¿Cuál es el problema? —y pensé, pero no me animé a decirlo, si vos también sos negra.

—Y… No lo van a aceptar. Yo nunca estuve con un negro, siempre nos mantuvimos entre nosotros, entre hindúes.

—¡Sos hindú!

—Sí, ya sé lo que pensás, me lo dijeron varias veces, pero soy hindú.

—Esperá, no mezclemos religiones. Vos estás diciendo que los orígenes de tu familia están en la India.

—Sí, pero de religión no somos hindúes, somos musulmanes.

—¿Y él?

—Protestante. ¿Te das cuenta, Nolly? No solo es negro, también es protestante.

Miranda era buena, y eso no era poco en los barcos, pero el olor a frituras, el ruido del televisor, que jamás abandonara la cabina, hacían que las paredes se me vinieran encima. Cuando la compañera de Olga terminó su contrato me pasé con ella, fue un domingo a las siete y media de la mañana. Tenía una hora para mudarme. A las ocho y treinta debíamos estar en el *gift shop* para recibir la nueva mercadería, el día anterior habíamos trabajado hasta las dos de la mañana. Abrí la puerta despacio y escuché un clic, Olga encendió la luz.

—Bienvenida, Noelia —dijo con su voz suave.

—¡Olga! ¡Qué hacés despierta!

—Dormí bien, te esperaba para ayudarte.

Su cabina, ahora nuestra, irradiaba paz. Estaba todo ordenado. Ni ropa sobre la silla ni zapatos desparramados sobre el suelo. Ni hebillas, ni aros, ni portacosméticos, ni cepillos, ni papeles, ni lapiceras, ni *tickets* de compras, ni vasos descartables de café a medio tomar bordeando el televisor sobre el escritorio como en las otras cabinas. Olga tenía sus trucos y aprovechaba cada rincón. Al llegar se deshizo de toda la mugre que ocupantes anteriores arrumbaron contrato tras contrato sobre el armario. Manuales, chalecos salvavidas en mal estado y gorras inmundas las devolvió al *Safety Officer*. Tiró pilas de hojas de bienvenida, de horarios de entrenamiento, de regulaciones. Limpió todo y la parte superior del placard la convirtió en un estante. Ya no debería decidir lo que necesitaba antes de subirse a su cama, todo estaba ahí y tenía su lugar específico. Debajo de las camas había un cajón para cada una. Entre el placard y las camas, había un espacio diminuto, para muchos imperceptible. Metió mi valija chica en una bolsa de basura, la guardó dentro de la grande y las apiló sobre las suyas. Y con ello ganábamos el espacio debajo del escritorio y tampoco había que meterlas en el placard. Empujó las valijas y escondió la escalera.

—¿Y cómo te subís?

—La coloco, me subo y desde la cama la vuelvo a guardar. Y ahora que me mudé abajo te va a tocar a vos.

Su cabina, de las mismas dimensiones que las demás, parecía mucho más grande. Todo muy bien, todo muy lindo, pero… ¿Podría convivir yo en tanto orden?

En su cabecera había un altar lleno de estampitas: a pesar de sus gestos rígidos, típicos de los cristianos ortodoxos, sus aureolas tan doradas me fascinaban. Podía entenderme con ella y encender velas, pero en esa época comenzó el inventario: trabajábamos en puerto separando y contando mercadería y después abríamos el *gift shop* en sus horarios habituales. No tenía tiempo para prender y vigilar velas.

Oficialmente mi nueva *room mate* se llamaba Volha; sus padres, cuando nació, quisieron llamarla Olga. Eran de Bielorrusia, que formaba parte de la Unión Soviética, y la traducción obligatoria al ruso era Volha.

—Pero no me gusta que me llamen así.

—Muy bien, rusita, entendido.

—Muy bien, españolita.

—No soy española, hablo español, que tampoco es español, pero dejémoslo ahí.

—Yo no soy rusa, soy de Bielorrusia, puedo hablar ruso porque fue obligatorio en mi país, pero mi idioma es el bielorruso.

—No te enojés. No es más que una mala costumbre argentina. Nosotros llamamos rusos a los judíos, gallegos a los españoles, chinos a los japoneses.

—Qué raro —dijo con su voz suave—. ¿Por qué?

—No tengo la menor idea, supongo que tiene que ver con las inmigraciones.

—¿Y nadie se enoja?

—Nosotros no, pero los abuelos sí. Tenía un amigo armenio y lo llamábamos El Turco, la abuela se ponía loca… No era para menos, cuando los turcos arrasaron su pueblo le pegaron un tiro en la cabeza que la desmayó, se salvó porque la dieron por muerta.

—¿Y entonces por qué te molesta cuando te llamo española?

—No me molesta, me desconozco, mi papá y tres de mis abuelos son italianos, a veces me llaman tana, que quiere decir italiana. Pero no le digas a los chicos italianos, ellos dicen que soy italiana por sangre y yo les digo que soy argentina por nacimiento.

—En mi país si llamás ruso a un bielorruso podés terminar muerta.

La convivencia con Olga era lo más llevadero que puede ser compartir un espacio tan ínfimo. Y era tranquila. Siempre se levantaba antes que yo y se bañaba, yo lo hacía por la noche, no solo como un acto higiénico, también

para limpiarme la energía del *gift shop*. Ella no podía vivir en el desorden, si yo dejaba la escalera contra la cama ella la escondía, y si dejaba el uniforme en una percha colgando del placard, Olga tenía dos problemas: mi uniforme a la vista y la puerta del placard entreabierta. Durante los *breaks*, en los *seadays*, no me gustaba demasiado ir del *gift shop* al *mess*, saboreando ya la zambullida posterior en la cama para encontrarme con la sorpresa de tener que sacar la escalera. Eran unos minutos nada más, pero si utilizaba diez de ida y vuelta en el ascensor, veinte en el *mess*, diez en el baño, cinco para poner y sacar la escalera, solo quedaban quince para recostarme… ¡y cinco minutos más en el último *seaday* eran una siesta! Esto, si el *break* duraba una hora, si era de cuarenta y cinco minutos, el almuerzo se reducía a ocho atropellando en la cola del buffet al que dudaba demasiado, era el mismo menú que ayer, ¿qué tenés que pensar tanto? Y si necesitás pensar, apartate y después te acercás. Si estás en el barco, excepto que seas músico o bailarín, también es *seaday* para vos. Y lo mismo que con la escalera me pasaba con el uniforme: si no me daba cuenta que ella lo había puesto dentro del placard me volvía loca buscándolo, ¡pero si lo dejé acá afuera para hacer más rápido! Los minutos que a Olga le sobraban siempre me faltaban a mí.

Algunos tripulantes terminaron sus contratos, otros llegaron a reemplazarlos, y el grupo fue cambiando. Apareció un nuevo gerente belga, Hans, con una asistente rumana. ¿Por qué llegaba con una asistente, si ya teníamos dos? Janica, la novia polaca del *Hotel Director*, y Judd, rumano. La nueva asistente rumana era la novia del nuevo gerente belga. Las otras chicas rumanas hicieron migas con ella. Y en efecto dominó, hasta el sudafricano vago, novio de una, se acomodó como quería. Se acomodó el club entero: Nuevos amigos del Belga.

Olga era rubia y de ojos celestes, blanca como el invierno sin fin del que venía. Se maquillaba muy suave por las mañanas, lograba un aspecto tan natural que parecía haberse despertado así, también se arreglaba el pelo y el tiempo le alcanzaba hasta para ir a comprar café para ella y para mí. Yo los compraba por la tarde. Yo me levantaba con el tiempo justo para vestirme, nunca llegaba al comedor a desayunar, si llegábamos tarde al *gift shop* perdíamos la noche libre.

—Nolly —dijo casi en un susurro mientras esperábamos que comenzara otro *meeting* motivacional con Hans—, vos tenés una belleza natural, pero sería mejor si te levantaras más temprano y te maquillaras un poco, un poquito nada más. ¿Yo sabés por qué lo hago? El día va a ser muy largo, ya trabajamos con algunos monstruos, para qué agregar más fealdad al día.

—¿Vos? —me reí—. Con esa cara hermosa que tenés, rusita, ¿a quién vas a asustar? A vos te manda mi mamá, que si me ve así se muere, pero hoy es *seaday* y mañana también. Es media hora menos de sueño a la mañana y veinte minutos a la noche para sacarme el maquillaje.

Hans comenzó su *meeting* motivacional:

—Esta semana no va a haber noche libre para nadie, los números dan mal y necesitamos el equipo completo. Al que no le gusta que se queje a la oficina en Miami.

Se calló y estudió nuestras reacciones: los del Club de Amigos pusieron todos cara de compungidos y hasta gimieron; nosotros, inmutables, sin gestos de sumisión o desafío.

Hans siguió con su cantinela. Era lo de siempre: que los números no eran buenos y bla, bla, bla… De repente se calló y la miró a Luz María:

—¿Por qué me miras con una sonrisa?

Todos nos quedamos mudos:

—Lo siento, me disculpo por ella —dijo Pavel—, es nueva, no sabe que no sonreímos ni nos tratamos amablemente.

Hans continuó:

—Esta semana vamos a probar algo distinto…

De repente, como si se acordara de algo, me miró, levantó un poco la cabeza, y con un gesto señaló hacia afuera como si estuviera sacando del local a un perro callejero.

—Las mesas —agregó.

Yo odiaba preparar la mesa de los relojes. Primero había que separar modelos de hombre de los de mujer, dorados por aquí, plateados por allá, dos tonos en el medio, y después quedaba separarlos entre los que tenían pulsera de cuero y los que tenían pulsera de goma. Pulsera con cerámica o sin cerámica, con cristales o con diamantes. Agrupados los que tenían cronómetro, los que tenían calendario perpetuo, radio control… Ahora bien, ¿el plateado con cerámica, diamantes y cronómetro, dónde iba? ¿Y el radio control con pulsera de goma? Variaba según cada contrato, cada comunicación que llegaba del equipo de *marketing* y cada jefe. Y las conclusiones sobre el tema y la supervisión posterior podían llevar mucho más tiempo. Esa fue mi primera doma. Y quedó establecido: la mesa de los relojes la hace Noelia. Otras tareas requerían más esfuerzo físico, por ejemplo, llevar las cajas llenas de remeras de la sección de Luz María al *locker*, una cubierta abajo por escalera. Luz María, más baja que yo, no alcanzaba siquiera a rodear el perímetro de esas cajas con sus brazos. Poco

después, el *Safety Officer* mandó que se le asignara la tarea a otra chica, no solo por el diámetro de las cajas, sino también por su peso. Vino entonces mi segunda doma.

—Noelia, llevá las cajas al depósito —dijo Hans— y vos, Gloria, cubrí la joyería.

Ella no tenía la menor experiencia en la joyería, pero era del Club de Amigos.

Meses más tarde, todo terminó en un Noelia, encárgate de la joyería, y vos, Gloria, de las cajas.

Esa no era mi batalla. Había llegado a los barcos para juntar un dinero que nunca junté, porque los sueldos y las comisiones fueron mucho más jugosas al ser presentadas que después de firmar los contratos, porque el dinero lo gasté y porque conocí lugares que hasta ese momento jamás imaginé ver. Como fuera, yo me había prometido en Buenos Aires que viera lo que viera, pasara lo que pasara, no la jugaría de Guillermo Tell, como me llamaba mi mamá cuando era chica. Y lo hice bastante bien durante unos cuantos contratos. Hasta que una de las integrantes del Club de Amigos le gritó desmesuradamente a Luz María, en su primera semana de trabajo, por no apurarse lo que ella consideraba necesario. Fui directamente a la oficina de Hans y le pregunté si podía sujetar las lenguas, totalmente fuera de lugar, de algunas de nuestras compañeras, no creo que sea parte de nuestros nuevos códigos, como bautismo, hacer llorar a una chica nueva en su primer contrato.

Terminó el inventario al mismo tiempo que el contrato de Olga y llegó Luz María a la cabina. O más bien, negocié para que eso sucediera. En la cabina donde estaba, dormía en la cama de arriba, para mudarse ella pidió la cama de abajo. Era un punto difícil, la única razón por la cual yo esperaba la ida de Olga era para moverme a la cama de abajo. Yo me levantaba al baño por lo menos dos veces por noche; además, estaba el tema del cabezal, si me olvidaba el reloj, aritos, perfume, libro o lo que sea antes de bajarme de la cama, tenía que treparme de nuevo. Luz María era agradable y entonces entregué la cama. Era de Lima, pero traía toda la paz de Machu Picchu, sus modos lentos me calmaban o exasperaban según me ganara la metafísica o el apuro porteño.

Una noche, después del trabajo, sentada en mi silla mientras leía los *mails*, Luz María comenzó a contarme un sueño que había tenido. Distraídamente, uniendo un par de años de estudios, algunos datos de lo que le había ocurrido

en el día y un poco de sentido común, di mi interpretación, indiscutiblemente no autorizada. A la noche siguiente, no sé cómo, hablamos de nuestros miedos, después debatimos sobre la muerte, y de ahí pasamos a fantasmas:

—Luz María, vos sabés que nosotras vivimos arriba de la morgue, ¿no?

—¿Morgue? Aquí no hay morgue.

—¿Cómo que no hay morgue? ¿Dónde creés que dejan a los que se mueren hasta llegar a puerto? ¿En la cabina con los parientes o en el *freezer* con la comida?

En ese momento golpearon la puerta y Luz María dio tal salto que se golpeó la cabeza con la varilla metálica de la cortina.

Abrí. Era Gloria:

—Chicas, ¿tienen hilo negro para prestarme?

—¿Tú sabes que aquí abajo está la morgue? —le preguntó Luz María, más impactada por esa novedad que por el golpe en la cabeza, necesitaba que Gloria dijera que no, que era una broma mía.

Gloria, una rumana que había aprendido castellano viendo telenovelas en su país, comenzó a tartamudear al tiempo que palidecía. Parecía salida de una película de Drácula, se teñía el pelo bien negro, se maquillaba la cara con polvo muy blanco sin rubor. Palideció aún más:

—La, la, la… ¿Mor, mor, gue? Tú te, te refieres, refieres a ese lugar… —no terminaba más la frase.

—Donde guardan a los muertos hasta llegar a puerto —completé.

—¿Y dónde tú dices que se encuentra? —Amagó para sentarse al lado de Luz María, al tiempo que Luz María le hacía lugar en su cama y ninguna de las dos me quitaba la vista de encima.

—Acá abajo —dije—. Justo debajo de nuestra cabina.

—¡Ah! —Gloria parecía un poco más tranquila.

—Es un tema preocupante, cuando los espíritus comiencen a ascender van a pasar primero por tu cama, como la mía está más arriba… ¿No querés cambiar de cama, Luz María? —me reí.

—Te ríes como bruja —dijo Gloria.

—Como Cruella De Vil dicen mis sobrinos. Pero volvamos al tema que nos ocupa. Lo que no sabemos —puse cara seria, tan seria como si fuera a decir algo importante— es si cuando el espíritu deja el cuerpo y asciende —acompañé mis palabras moviendo las manos lentamente hacia arriba— lo hace verticalmente —repetí el gesto, señalando la cabina de Gloria esta vez— o si lo hace oblicuamente.

—Ya cállate, Noelia —gritaron las dos mientras yo me reía.

—Eres una bruja —dijo Gloria.

—Gracias. Las brujas eran mujeres sabias.

Cuando los joyeros del Club de Amigos terminaron sus contratos, Hans probó distintas personas en la joyería, y hasta hubiera probado un pasajero de ser por él: gente con experiencia, sin experiencia, con ganas de estar en la joyería, sin ganas, y después envió a Judd a hacer el trabajo sucio:

—Tengo una excelente noticia —dijo Judd con una enorme sonrisa de tiburón.

Esperé en silencio.

—Tú sabes mi amor que yo te quiero mucho y haría cualquier cosa por ti —lo dijo en castellano y después prosiguió en inglés—. Fue una negociación muy difícil, me costó mucho convencer a Hans, pero bueno, si yo puedo hacer algo para ayudar a alguien… ¡Vuelves a la joyería!

—Judd, yo te lo agradezco, que hayas hablado por mí… espero no te traiga consecuencias —dije casi creyendo mis palabras—. Hans dijo que mi desempeño era mucho mejor en las mesas que en la joyería, ¿para qué cambiar ahora? No quisiera terminar mal el contrato.

Judd se quedó sin palabras, no sabía qué agregar, y se fue.

Media hora más tarde apareció Hans:

—Yo no te saqué de la joyería porque fueras mala, al contrario, creo que sos buena. Pero pensé que serías mucho mejor en las mesas y me lo demostraste. Ahora no tengo a nadie competente para la joyería y te necesito adentro.

En mi segunda noche, noche formal, noche de poco tránsito en el *gift shop*, entró una pareja poco antes de la hora de cierre y vendí la pieza más valiosa de toda mi carrera en los barcos: un anillo de diamantes con un corazón tallado en el centro por valor de 12 630 dólares. La oficina central pidió explicaciones: por qué una empleada que llevaba más de cinco años en la empresa, una empleada con cuatro años de experiencia en la joyería, una empleada capaz de vender una pieza tan importante en la noche de la fiesta del capitán, había pasado casi todo su contrato trabajando en las mesas.

Luz María insistía en consultarme el significado de sus sueños. Después me contó los de Francisco, su novio, o mejor dicho me contó lo que recordaba

de lo que su novio Francisco recordaba de sus sueños para que los interpretara.

—Luz María, estamos haciendo un *fast food* del psicoanálisis, Freud se debe estar revolcando en su tumba. Y si se enoja… puede llegar a comunicarse con alguno todavía fresco en la cubierta de abajo…

—Cállate, Noe, anoche casi me muero de miedo, se me resbaló la puquita y no me atreví a bajar el brazo para levantarla.

—¿Se resbaló? A lo mejor la jalaron…

—Cállate ya, chicoca, déjame que te cuente mi sueño antes de que me olvide. Tú sabes que yo soy como la pescadita amiga de Nemo, enseguida me olvido, ¿cómo se llamaba la pescadita?

—¿No preferís que tiremos el I Ching?

—No, me gusta cuando relatas.

Luz María se sentaba en su cama y yo en la silla que había ganado en Navidad cuando jugamos al amigo invisible. Era una silla de *camping* con antebrazos y hasta una red para apoyar una taza, era perfecta. No tenía que trepar a mi cama si solo contaba con diez minutos para descansar, me sentaba y colgaba los pies en la escalera que ya no escondíamos desde que Olga se fue. Olga se había ido, y yo no había hecho la novena. Además podía vestirme sin tener que torcer la cabeza para no pegarme contra el techo o contra lo que era mil veces peor, la vara metálica que sostenía la cortina. Cuando terminaba mi interpretación, Luz María se quedaba pensando, rumiaba mis palabras, y después, invariablemente, agregaba:

—Eres buena.

—Sí, por eso a los treinta y nueve años estoy trabajando en un barco.

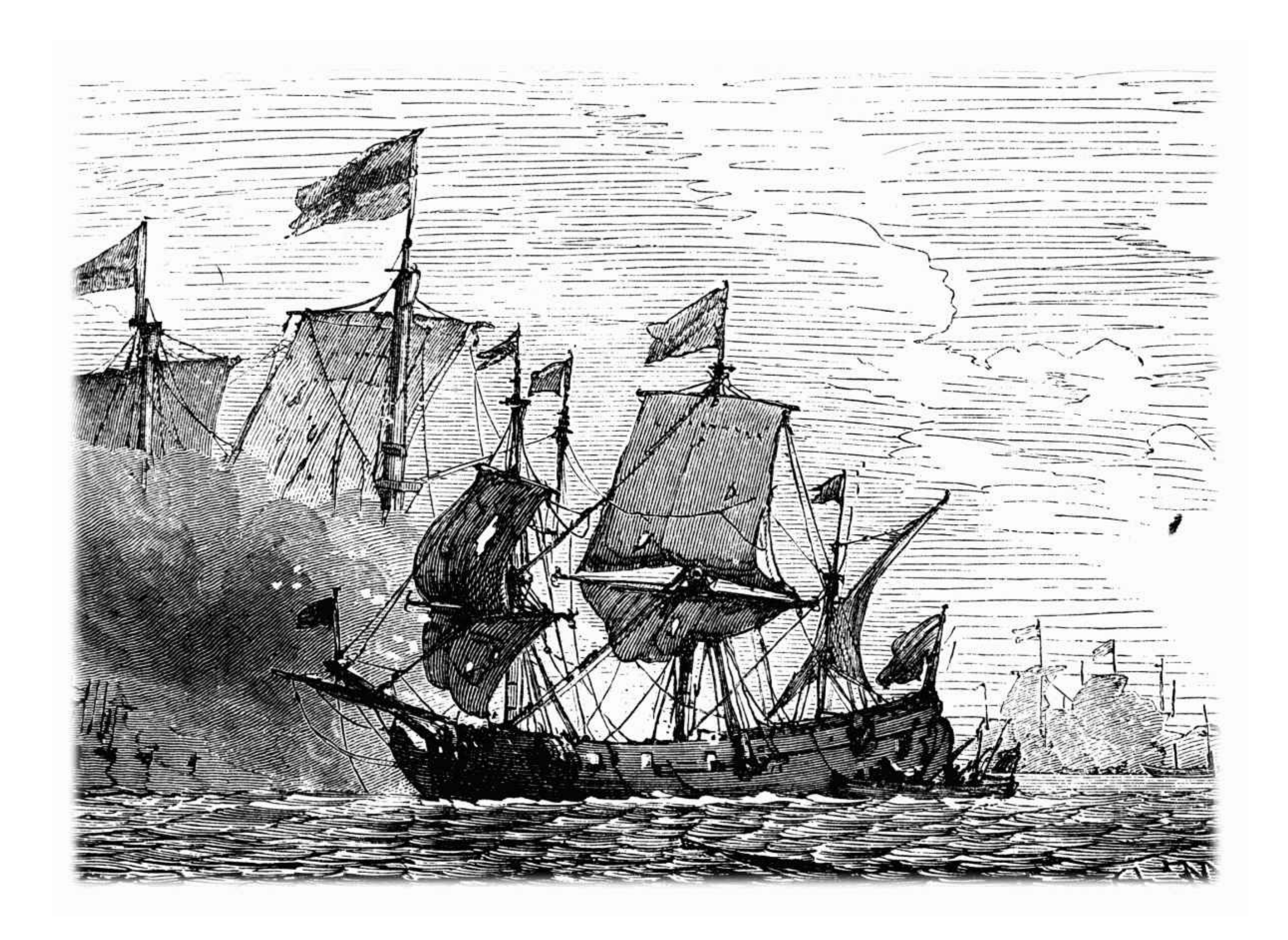
—Eres muy buena. Estamos perdiendo plata. Eres mezcla de maga, psicóloga y bruja chicoca. Solo tengo que comprarte una túnica, yo seré tu secretaria, tú atiendes ahí mismo en esa silla.

A la semana siguiente me decidí. Era ese día o nunca. Afuera era domingo, en el barco era Miami. Así contábamos los días a bordo: Miami, *seaday*, Belize, Isla Roatán, Gran Caimán, *seaday*, *seaday*. Y si el crucero no era de siete días, nos resultaba difícil saber la fecha. En casa, allá lejos, era día de reunirse alrededor de un gran asado o una buena raviolada, día de sobremesas de tres horas con varias rondas de café y torta, día de siestas, de jugar al truco o caer en la casa de un amigo que estaba haciendo lo mismo. En el barco recibíamos la mercadería a las ocho treinta de la mañana después de haber dejado el *gift shop* a las dos de la madrugada. Terminaríamos de ordenar la mercadería entre las doce y las dos de la tarde según la cantidad;

tres y cuarenta y cinco, *bow drill*; seis y veinticinco, ya cenados, nuevamente en el *gift shop*. En el medio quedaba ducharse, dormir si había un rato, arreglarse y encontrar un momento para prender una vela, rezar una oración —en realidad dos: una para el Arcángel y otra para que la vela se consumiera antes de dejar la cabina—. Si es posible, todos los días a la misma hora me había dicho Julia, pobre Julia, ¿qué se imaginaría de los barcos?

III

NAVEGACIÓN Y VOLUNTAD DE DOMINIO



Desde los albores de la historia, la búsqueda de riquezas fue una de las razones primordiales para emprender la aventura marítima. Esa búsqueda comprendía el saqueo a los extranjeros y la imposición de objetos que estos no necesitaban a precios que eran otra forma del saqueo. Aunque la curiosidad, el deseo de gloria y el ansia de infinito pudieran ser mascarones de proa de los exploradores, la bandera de sus reinos siempre fue la codicia. Las especias, el oro, los esclavos dictaron los rumbos de las naves. Fue en su búsqueda que las rutas del mar se abrieron.

El libro favorito del presidente norteamericano Theodore Roosevelt —aquel de la *big stick policy*: «habla suave, pero carga un gran garrote»— era *La influencia del poder naval en la historia* (1890). Obra del almirante Alfred Thayer Mahan, que había participado en la Guerra de Secesión y murió el año de inicio de la Primera Guerra Mundial. En su extenso libro, Mahan pasa revista a la historia naval desde la Antigüedad, desentraña los mecanismos por los cuales lograron convertirse en imperios las potencias marítimas, y destaca cinco elementos: comercio exterior próspero, Marina Mercante eficaz, potente Marina de Guerra con intervención a nivel planetario, bases marítimas repartidas por todos los mares, territorios coloniales que proporcionen las materias primas necesarias para la industria. Mahan escribió en plena época de auge del Imperio británico, un monstruo que ejemplificaba a la perfección sus tesis. No llegó a ver su relevo por los Estados Unidos tras el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Marshall Berman, en *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (1982), teoriza la existencia de una «burguesía fáustico frankensteiniana»: la clase social que organizó la sociedad occidental mediante y en torno a la razón instrumental. Esa clase poseedora no solo de los medios de producción, sino también de la ciencia y la técnica, es la que vence al arcaico vampiro en la novela *Drácula* (1897) de Bram Stoker. El *Frankenstein* (1818) de Mary Shelley se inicia con un viaje por mar hacia el Ártico, una de las últimas fronteras en ser holladas por la humanidad. *Drácula* incluye la travesía de conquista del sediento conde no muerto, desde la oscuridad centroeuropea, hacia la capital donde todos los caminos confluían: Londres. Emprendido

nada menos que a bordo de un barco de velas cuadras cuando ya eran una especie condenada a la extinción. El destino del conde sangriento estaba marcado en lo arcaico de sus armas: ser derrotado por quienes detentaban el poder de la tecnología del momento, desde el dictáfono al telégrafo, pasando por el ferrocarril y las naves a vapor.

Anónimo

PRIMER VIAJE DE SIMBAD EL MARINO

(*Las mil y una noches*)

Sepan ustedes, honorables invitados, que mi padre era un mercader respetado por todos y alcanzó mucha riqueza. Murió cuando yo era niño y me dejó de herencia una gran fortuna, con propiedades y dinero. Cuando fui mayor de edad, me adueñé de esta fortuna y empecé a gastar todo en fiestas con los muchachos de mi edad. Creí que las riquezas me durarían para siempre y cuando me di cuenta de mi error ya no tenía nada. Quedé perdido y sin saber qué hacer y entonces decidí vender lo que me quedaba de muebles y ropa y también las tierras que aún poseía. Con este dinero, se me ocurrió la idea de ir a viajar por todos los países, y entonces me dirigí al mercado y compré todo lo necesario para comerciar y viajar.

Mi alma decidió que hiciera los viajes por el mar y me embarqué en un navío en el puerto de Basra. Iban conmigo algunos mercaderes y después de varios días llegamos a una isla, donde, tras echar el ancla, desembarcamos y encendimos fogatas y cocinamos. Mientras estábamos en estas tareas, el dueño del barco, que no se había bajado, empezó a gritar:

—¡Pasajeros! Corran y vuelvan al barco. Dejen todo ahí y no se preocupen de sus cosas; vuelvan si quieren salvar sus almas, pues eso que ustedes creen que es una isla es un inmenso pez, que se echó a descansar y lo cubrió la arena y ahora parece una isla, por los árboles que le crecieron encima. Pero cuando sienta el calor de las fogatas, empezará a sacudirse y se lanzará al mar y todos se ahogarán sin remedio. ¡Así que dense prisa, si quieren salvar sus almas y librarse de la muerte!

Cuando los pasajeros oyeron los gritos del dueño del barco, dejaron todo y corrieron hacia el navío; sin embargo, algunos no alcanzaron a llegar, pues de pronto la isla entera se sacudió y se sumergió en el fondo del mar, llevándose todo lo que tenía encima. Yo fui uno de los que se hundió con el gran pez. La mayoría se ahogó, pero Alá quiso librarme de la muerte y me envió un tronco

de árbol. Me agarré al tronco, me acomodé de espaldas y empecé a remar con los pies. Las olas me zarandeaban de un lado a otro, hasta que alcancé una isla alta, donde las ramas de los árboles llegaban hasta la vera del mar. Pude agarrarme a las ramas de esos árboles y logré llegar hasta la orilla y salvarme.

Encontré en la isla muchas frutas y agua dulce y comí de esas frutas y bebí de esa agua dulce y deliciosa. Estuve así por varios días y varias noches, hasta que empecé a sentirme más tranquilo y logré recuperar las fuerzas del cuerpo para poder explorar la isla. Me maravillé de todos los árboles y de todas las cosas que Alá había creado allí, y después de varios días descubrí un gran bulto en la distancia. Al principio, pensé que se trataba de una fiera o de un monstruo salido del mar, y cuando me acerqué el animal dio un relincho tan feroz que me asusté y retrocedí. De repente, vi salir a un hombre de la tierra, que enseguida empezó a gritarme y a seguirme.

—¿Quién eres? —preguntó—, ¿de dónde vienes y por qué estás en esta isla?

Le conté todo lo que me había sucedido y, entonces, al oír mi relato se maravilló, me tomó de la mano y me dijo:

—Ven conmigo.

Me llevó a un gran sótano, me hizo sentar y me sirvió de comer. Como yo estaba hambriento, comí hasta quedar lleno y le dije:

—¡Oh, mi señor! No te ofendas, pero así como yo te conté mi historia, quisiera que me contaras tú quién eres.

—Nosotros —respondió— trabajamos para el rey Al-Mahrachán y cuidamos todos sus caballos. Cada mes, cuando hay luna nueva, venimos a la isla y traemos las yeguas de pura raza, las atamos a los árboles antes del amanecer y después nos ocultamos en un hueco bajo tierra. Al poco rato, aparece un caballo alazán nacido del mar y, al no ver a nadie alrededor, va en busca de la yegua. Está con ella un rato y después quiere llevársela al mar, pero como la yegua está atada al árbol, el caballo empieza a relinchar y a dar patadas furiosas; entonces, cuando todos escuchamos los relinchos, salimos y empezamos a espantar al caballo que de inmediato se lanza de regreso al mar. La yegua ha quedado preñada y después de un tiempo da a luz un potro o una potranca, que valen como un tesoro y no hay animal que se les pueda comparar. Esta suele ser la hora en la que aparece el alazán y, si Alá lo quiere, te llevaré a la corte del rey Mahrachán y te mostraré nuestro país. Y has de saber que, de no haberte encontrado con nosotros, hubieras muerto sin que nadie se hubiera enterado. Pero ahora, yo cuidaré de ti y haré que vuelvas a tu casa sano y salvo.

Le pedí al cielo que lo bendijera y le di las gracias por su bondad conmigo y entonces vimos salir del mar al caballo, con un relincho que hizo retumbar todo. Se lanzó sobre la yegua y después intentó llevársela consigo, pero como estaba atada empezó a lanzar patadas y mordiscos, dando unos relinchos que nos aturdían. Ahí mismo, el hombre tomó la espada y una lanza, salió hasta la puerta del sótano y les gritó a sus compañeros:

—Vayan donde el alazán y sacudan las lanzas y las espadas.

De inmediato, se acercaron todos al caballo levantando las lanzas y dando gritos, hasta que lo espantaron. El animal huyó despavorido y se lanzó al mar y desapareció bajo el agua.

El hombre se sentó un rato y esperó a que aparecieran sus compañeros. Cuando llegaron, cada uno traía una yegua. Al verme en compañía del otro, quisieron saber quién era yo y qué hacía ahí. Les relaté todo lo que me había sucedido y entonces se acercaron más y tendieron en el suelo sus tapices para comer. Me invitaron a comer y comimos hasta quedar satisfechos. Cuando terminó la comida, se pusieron de pie y montaron en sus caballos. A mí me llevaron a lomos de uno de estos caballos y cabalgamos sin parar, hasta llegar a la corte del rey Mahrachán.

Ellos entraron primero y le contaron al rey mi historia y después el monarca me invitó a seguir a su trono. Lo saludé con una reverencia y él me devolvió el saludo con mucha cortesía. El rey quiso saber qué me había sucedido y le conté todo de principio a fin.

Después de oír mi relato, el rey me dijo:

—¡Por Alá, hijo mío! Tuviste mucha suerte de encontrarte allá con mis hombres, pues de otra forma no habrías podido salir con vida. Alabemos a Alá que te protegió.

Después el rey hizo fiestas en mi nombre y, mostrándome un cariño especial, me nombró encargado del puerto, para que le llevara las cuentas de los barcos que entraban. Yo lo visitaba con regularidad para escuchar sus órdenes y él siempre me trataba con bondad, me brindaba toda clase de favores y me regalaba hermosos trajes. Así, me convertí en hombre de su confianza y de mensajero entre él y su pueblo.

Pasó largo tiempo y siempre que iba al puerto les preguntaba a los mercaderes y marineros si alguno venía de Bagdad, con deseos de regresar a mi tierra natal, pero ninguno conocía la ciudad, ni a nadie que viniera de allá. Yo me sentía triste, cansado de llevar tantos días en tierras extrañas. Sin embargo, yo disimulaba y me presentaba ante el trono del rey Mahrachán, donde una vez me encontré con un grupo de hindúes que me preguntaron

sobre mi país y yo después les pregunté por el de ellos y me asombré de todas las maravillas que me contaron.

También en el reino del rey Mahrachán vi una isla llamada Kasil, donde todas las noches se escuchaban ruidos de tambores, y vi en ese mismo mar un pez inmenso que asustaba a los pescadores, quienes, cuando se acercaba, hacían ruido en el agua con palos para espantarlo. Vi además otro pez con cabeza de pájaro, que era horrible de ver, y vi muchas otras cosas maravillosas que no terminaría de contar. Recorrí y exploré todas las islas de ese reino, hasta que un día, esperando a la orilla del mar como era mi costumbre, observé que un barco se acercaba al puerto desde lejos, trayendo mercancías y tesoros.

Cuando el barco llegó al puerto y soltó el ancla, los marineros empezaron a descargar lo que llevaba a bordo. Les tomó mucho tiempo hacerlo y yo tomaba nota de todo lo que bajaban a tierra. Cuando pareció que habían terminado, le pregunté al capitán de la embarcación si no traían nada más.

—Pues en la bodega tenemos mucha más mercancía —contestó el capitán—. Pero el dueño de todas esas cosas naufragó, se ahogó, y quedaron a bordo. Nuestro deseo es venderlas y llevarles el dinero a sus familiares en Bagdad.

Le pregunté:

¿Cómo se llamaba el dueño de las mercancías?

—Simbad el Marino, pero el pobre murió ahogado.

Tras oír sus palabras, lo observé con mayor atención y lo reconocí, y dando un grito, le dije:

—Para que sepas, capitán, yo soy el dueño de esas mercancías, pues yo soy Simbad el Marino, a tu servicio.

—¡No hay gloria ni poder sino en Alá! —contestó el capitán—. ¡Ya no hay entre los hombres ni conciencia ni buena fe!

—¿Por qué dices eso? —le pregunté.

—Escuchaste que las mercancías eran de un hombre que se ahogó, y ahora quieres llevártelas sin ningún derecho, y eso está muy mal. Nosotros fuimos testigos de cómo se ahogó el desdichado y nos consta que otros pasajeros que estaban con él murieron y, entonces, ¿cómo te atreves a decir que eres el dueño de esas mercancías?

—¡Oh, capitán! —exclamé—. Escucha mi historia, oye bien mis palabras, y sabrás que digo la verdad. Oye primero y después juzga.

Entonces le relaté todos los pormenores de lo que nos había sucedido en su barco desde que salimos de Bagdad hasta llegar a aquella isla donde

zozobramos, le di tantos detalles que al fin el capitán se mostró convencido, como también los otros marineros, y enseguida me felicitaron por haberme salvado de la muerte y exclamaron:

—¡Por Alá! No creíamos que te hubieras salvado y ahora nos alegramos y le pedimos a Alá que te dé nueva vida y te recompense por tus sufrimientos.

Enseguida fueron y me trajeron las mercancías. Todas llevaban escrito mi nombre y pude ver que no faltaba ninguna. Abrí entonces algunos de los paquetes y saqué las cosas de mayor valor y les dije a los marineros que las cargaran para llevárselas al rey como regalo. Le conté al rey que ese era el barco en el que yo había zarpado, que todas mis pertenencias estaban completas y como yo las había dejado, y que los regalos que le ofrecía eran de esas mismas mercancías.

El rey se maravilló y se alegró mucho al comprobar que todo lo que yo le había contado era la verdad. Su amor por mí aumentó y me dio a su vez regalos que valían tanto como los míos. Después vendí las mercancías y con todo ese dinero compré muchas cosas de esa ciudad. Cuando los mercaderes del barco se disponían a zarpar, pedí que subieran a bordo mis cosas y fui a ver al rey Mahrachán. Le di las gracias por todos los honores y los regalos que me había hecho y le pedí la venia para poder regresar a mi tierra y al lado de mi familia. Él me otorgó el permiso y me regaló otras muchas cosas valiosas para que me las llevara. Me despedí del rey y subí al barco. Alá permitió que navegáramos sin parar y sin problemas hasta Bagdad, la Mansión de la Paz.

Jorge Goyeneche

NOTICIAS DEL EDÉN

(*Semblantes de bestias,* 2003)

El padre de familia toma sus recaudos. La hembra no necesita recomendaciones, pero los críos con esa vitalidad desconocedora de la muerte… Si los hombres ya se han comido a sus semejantes en otras ocasiones (el hambre, antes y después, llevó a la ingestión de zapatos, bacas, correajes, hermanos), quién temerá en medio de la zozobra de la tormenta engullirse a un grupo de polizones que han retrepado a la carraca entre noche y lluvia por una soga a estribor. Es cuestión de vida o muerte andar con cautela porque al menos uno puede ligar un palazo, una pedrada en el morro, un pistoletazo mutilador en la cola; cuando el alcohol y la soledad y el miedo a las aguas negras marean a los de abordo se descargan los temblores con violencia sobre los más indefensos, pequeños. Ir con velocidad, sin ruido, de uno en uno para que la desgracia que pudiera sobrevenir no se convierta en hecatombe. Ventear el aire siempre porque el peligro se adelanta al peligroso. Buscar escondrijos, oscuridades, ocasiones. Hay alimento bajo cubierta y la familia vivirá allí durante día y noche hasta que se llegue adonde podamos convivir el lobo y el cordero, nosotras y el hombre.

El muchacho las ha visto. Sus pensamientos de fondo desaparecieron distraídos ante el movimiento sombrío de la familia en el muelle. Él notó que se movían unas manchas ágiles y nerviosas junto a las amarraduras. Escuchó el cuchicheo, percibió una despedida, una decisión de conjunto de abandonar estas tierras muertas. Allá está todo, aquí las tumbas. Los oyó hablar o lo imaginó. Pero, de todos modos, él siempre cree lo que imagina hasta el punto de no poder discernir los límites de ambos mundos. A menudo se le hace más tangible un sueño que un muro. Y las ve cuchicheando y corriendo, retrepando cuerdas, tanteando los peligros de la carraca, y esta escena de familia lo distrae de dolores profundos. Los polizones grises y pestosos, llenos de pulgas y carroña se le tornan simpáticos, amables, y decide ocultarse

para no comprometerlos con su presencia. Claro, si él prosiguiera caminando por el muelle, arrastrando su sinsabor como sombra, se vería obligado a arrojarles alguna piedra, a dispersar histéricamente a palazos al grupo que huye por los tirantes ante sus pisadas y regresa después de muchos segundos de a poco, con un sistema que las ha salvado en la historia humana: se asoma alguna, pasa raudamente, regresa, tantea con la cola, el aire se mete husmeado por su hocico, refulgen sus ojos, huye como silbido nuevamente aunque no haya peligro, deja pasar un período de tiempo menor, repítelo todo, regresa finalmente tras menos segundos que antes y al cabo súmanse todos ahí en la posición inicial. El padre desde arriba llama con un chistido y todos, de uno en uno, hembra y críos se incorporan a la tripulación de esta nave de locos.

Es más o menos fácil ser bueno con las avecillas del campo, pero muy pocos, como él, son buenos y comprenden como suyo el sufrimiento y el miedo de una familia de ratas pestosas. ¿Es más que ellas aquel que pertenece al género humano, hábil en toda clase de aberraciones? Pero el grumete bueno no se hace planteos abstractos, simplemente posee la virtud calmosa de echar hacia su entorno una mirada de piedad y ternura, un ojo blando y bueno que no le cae encima a quienes son observados, sino que los acaricia, los peina a favor del pelo porque aspira a ser tratado con la misma dulzura y mimo, por la misma proximidad comprensiva. Estamos por partir, despidámonos entonces con un beso y un abrazo aun de aquellos que nos miraron con mal ojo y nos trataron con mano mala.

El grumete bueno las ha visto removerse inquietas en las maderas húmedas y resquebrajadas del muelle, se ha escondido tras unos barriles que serán cargados de madrugada y ha escuchado a las pequeñas ratitas hablar: «Hermana, murmura un crío a otra, óyote hablar y sé que te hablo, y no puedo creerlo por parecerme que el hablar nosotros pasa de los términos de naturaleza». Se mueven, él presta oídos, observa.

—Así es verdad, hermano, y viene a ser mayor este milagro en que no solamente hablamos sino en que hablamos con discurso, como si fuéramos capaces de razón, estando tan sin ella que la diferencia que hay del animal al hombre es la razón.

—Todo lo que dices, hermanita, entiendo, y el decirlo tú y el entenderlo yo me causa admiración y maravilla. Bien es verdad que en el curso de mi vida pocas y ninguna vez he oído decir grandes prerrogativas nuestras, al menos tal le he oído decir a nuestros padres.

—No es tan así, hermano, que mucho se ha dicho de nuestra astucia. Yo he oído encarecer y alabar nuestra prudencia, nuestra memoria, nuestra

velocidad de Aquiles. Tanto que hay un poema del ilustre ciego en que tal como tirios y troyanos aparecemos lidiando con nuestros eternos enemigos las ranas y los sapos.

—Sin embargo, por mi parte, solamente insultos he recibido y escuchado repetir: nuestra supuesta suciedad, nuestra condición rastrera y cobarde.

Así, olvidado de sus pasados sucesos y presentes desgracias, oyó hablar, estuvo con atento oído escuchando, por ver si podía venir en conocimiento de lo que hablaban. Y en medio de la plática ratuna para asegurar sus creencias recordó que los tordos, picazas y papagayos hablan aunque más no sea todo de memoria las palabras que aprenden. Recordó también sus cercanos tiempos de canciones y leyendas en boca de su madre que referían historias del tiempo de Maricastaña, cuando hablaban las calabazas, o el de Isopo, cuando departía el gallo con la zorra y unos animales con otros.

—Subamos ya que adentro hay alimentos a granel y escondrijos por doquier.

—Rápido, hermana, corre por la soga hacia la salvación.

—Verdad dices, hermanito, que si solo con acercarme a esta nave ya obtuvimos habla y razonamiento, ¿qué no recibiremos allá al llegar a destino? Nunca aquellas cuevas serán tan miserables como estas y hasta es posible que en las mentadas Indias nuestra lamentable fama presente y pasada se trueque en renombre y consideración como ocurre aquí con el león rey, el toro bravío o las aves, que en verdad tienen tantas o más pulgas que nosotros y siempre son consideradas, sin embargo como entidades angélicas frente a nuestra carátula de ruines, traicioneras y sucias ratas del demonio.

—Ea, calla, y subamos de una buena vez a esta nueva arca de Noé salvadora.

—Sube, subamos, ya habrá tiempo de hablar y recuperar el discurso perdido.

El hambre es buen acicate para embarcarse a las Indias, refugio y amparo de los desamparados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores a quien llaman ciertos los peritos en el arte, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos. Cargando su matalotaje, o mejor decir, pulsándolo de tan liviano, el joven grumete discurría que si de hambruna un ser racional era capaz de tal crucero que no cruzada, qué menos esperar de los tristes y acosados animalejos como aquellos que recién venía de ver. Otra

espina lo movía a partir, pero también las paredes sin estuco y estrechadas de un estómago sin uso tiraban del carro. Sin hacer represa hubo más de una vez recorrido su casa en un credo en pos de un resto de mendrugo. Pero la mucha familia y la pobre bolsa paterna menos de nada aportaban a las ollas, de continuo tumbadas por no haber cómo pararlas. Se vivía mal en todas partes, y no menos en una casita baja contigua a la huerta de los Capuchinos donde un páter familias avejentado de penar y sordo sin pena que no pudo estudiar en la facultad médica más que lo empírico, tomar sangre, gobernar con tablillas un brazo roto, topiquear y cataplasmar, todo por mandato de doctores; un oficio triste y de escaso lucro en un pueblo sano donde solamente se padecían fiebres tercianas y cuartanas que no necesitan del cirujano menor; y una madre más inclinada a la oración y los consejos, sobrellevaban la vida con convicción de ser este valle de lágrimas o llanura de llanto y resignación. El rubio alcalaíno había visto, y verá, en sus viajes la opulencia de los cresos vecina de las miserias últimas, sus padres lo han llevado de aquí allá tironeados por la zanahoria del burro. De niño se ha curtido en el sufrir y el tolerar, y el hambre más que ennegrecerlo le ha provisto de una mirada comprensiva a todo, una piedad que va del hombre a las cosas, a todas las cosas, incluidas las ratas del puerto. Las continuas mudanzas han sido digeridas por el grumete marcándole un desapego casi franciscano por la tierra, y un amor por la patria que no está adherida como mugre a un rincón sino presente y enhiesta en cada piedra, arroyo, hierba.

Vio las ratas y se recordó luego, escribiendo ficciones de perros parlantes y caballos en vuelo, y sonrió, pero inmediatamente oyó ruidos de armas que eran cargadas en la embarcación y sintió —sentirá— un dolor en el costado, un fulgor previo, una herida, la fiebre y el hospital. Inmerso en los dos destinos futuros de una vocación sin resolver regresó al presente: ¿las armas o las letras? ¿La acción o el pensamiento? ¿De dónde provendría la gloria de la que él estaba convencido? En el Paraíso del Almirante encontraría la respuesta.

Iba y venía en el tiempo que allá adelante duraba añares y aquí solo las horas que lo separaban de la partida al mar tenebroso.

En el norte de África las arenas son distintas. No puede estar soñando, esto que ve ocurre pero no ahora. Como un indio que cree montar un raro insecto metálico en ciudades futuras, con luces que arden sin fuego y termina de espaldas a la tierra, boca arriba camino al sacrificio durante la guerra florida, así se ve él, sí es él con su rostro aguileño, cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y nariz corva, aunque bien proporcionada,

las barbas, pues las tendrá este lampiño que es ahora, las barbas de plata, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes pocos que no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies por las calles de Madrid volviendo a su casa, su habitación casi hecha despojos, su cuerpo cada vez más corvo y menos fuerte pero el mismo brillito de sus niñas, igual gesto bueno a pesar del padecimiento, la sed hidrópica y el corazón apretujado que le hacen doblar sobre el lecho puesto ya el pie en el estribo con las ansias de la muerte. De allí en un salto imposible por su estado, inmerso se ve ahora, no se ve, está en el dichoso día que siniestro tanto fue el hado a la enemiga armada cuanto a la nuestra favorable y diestro. Corfú, la isla homérica de los Feacios, lo enferma de cuartanas y él cae con fiebre, acurrucado en un rincón de la galera (¿hará otro viaje por mar o será este mismo, mañana? Imposible, en su fiebre hay más remos que velas), está envuelto en una frazada, tiritando entre chinches y ratas en la bodega. Arriba, ¿es ahora o después?, hay gritos, estruendos, explosiones. «¡Arma, arma!», se oye, «¡Mi hora y mi gloria!», piensa y pensará. Se pone en pie, siempre corvo y menos fuerte a causa de las fiebres, el mal de estómago. La galera se sacude, tez amarilla y piernas flacas, el arcabuz arde en su mano y en la otra todavía se mueve el deseo del combate. Llega penosamente a cubierta, aquí y allá la muerte airada con su furia insana con priesa discurriendo. Confuso son, estruendo espantable y los gestos de quienes entre el fuego y el agua iban muriéndose. Las galeotas enemigas arrojan espolones a las propias para acercarse y abordarlas, se embisten dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso; las cuales, enclavijadas y trabadas no le dejan a él —hecho soldado a fuerza de cuartanas— más espacio del que conceden dos pies de tabla del espolón y con todo esto viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuántos cañones se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, con todo esto con intrépido corazón, cargado corazón de sinsabores y sabores lo sumirá más luego en el lecho final, se pone a ser blanco de tanta arcabucería y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario y por rara magia de la razón y la sinrazón en aquel instante del mañana que hoy vive aquí el grumete lampiño, se le aparecen al hombretón de barba de oro imágenes de todo su pasado: la niñez junto al padre sordo y los muchos hermanos, la carraca esta de aquí-ahora entre familia de ratas con ansias del Paraíso y otros mañanas que el grumete verá y el hombretón estará

recordando en el instante previo a ser herido en el pecho por dos balas de dos mosquetes, triste está y cayendo casi con una mano asida a la espada cada vez más corva y menos fuerte y de la otra manando sangre, por mil partes ya rompida. Siguió tronando la artillería, lo cegó el fuego y el humo y se desvaneció como si cayera en un hueco y pasara a otro lado, tal vez una cárcel deshonrosa o al menos mazmorra vengativa. Engrillado, con pie de amigo, le arrojan los niños bolas de barro a la cara, escupitajos, insultos en jerga extraña, brutal algarabía, las plantas de los pies arden de cadenas y de arena ardiente. Le darán dos mil palos en el vientre y en las plantas de los pies, lo empalarán. Se ve el grumete ahora escribiendo: «Vida es esta, Señor, do estoy muriendo, entre bárbara gente descreída la mal lograda juventud perdiendo».

—Alguna calamidad grande, hermana, amenaza a las gentes.

—¿De dónde vienes a inferir esto?

—Ha habido perros tan agradecidos que se han arrojado con los cuerpos difuntos de sus amos en la misma sepultura. Caballos que han estado junto al cadáver de su amo guerrero muerto o cubriéndolo con su propio cuerpo, sin apartarse de él, sin comer, hasta que se les acabara la vida.

—Es cierto. Aunque nada de eso se cuenta de alguna hermana nuestra.

—Allí voy. Ha habido y habrá portentos entre los animales, ¿no has oído hablar acaso de un caballo volador, de otro habitado por guerreros astutos, de perros maravillosos y superiores provistos de capa y vuelo, de jimios trapecistas, organistas, malabaristas?

—Bien dices.

—Ansí es; pero bien confesarás que ni has visto ni oído decir jamás que haya hablado ningún elefante, perro, caballo o mona.

—Exacto.

—¿Por qué entonces semejante portento se ha producido con nosotras, viles y despreciadas ratas pestosas malqueridas por todos y maltratadas de todos? Atiende a lo que sospecho: he oído hablar en la taberna en la que morábamos hasta venir aquí, a un grupo de marinos (avezados unos, improvisados los más) acerca de los males que aquejan a los humanos.

—Ninguna historia novedosa, según creo.

—Oye y verás, que no hablaban ni del hambre ni de las bulas sino de extraños cambios ocurridos en sus cuerpos. Atiende a esto, querida hermana, que te sorprenderá, la mayoría o todos los que allí parlaban y también aquellos a los que decían conocer habían perdido su miembro viril o, si le

conservaban, vivía como muerto sin pulso ni aliento ni mirada, completamente inútil.

—No es tal magia aquello, que bien sabemos lo que ocurre en la senectud.

—Ese es el caso, no hablaban ancianos sino hombretones. Uno de ellos además, después de prolongadas libaciones, púsose de pie y salió, tambaleante por el aire y olvidado por el vino a orinar. Seguílo en la oscuridad. El triste, beodo, quiso desenfundar y estuvo un tiempo hurgándose en la inconciencia de su estado. Sin éxito optó por quedar en pelotas completamente, que es un decir porque nada de aquello había, hermana, que la región hallábase peluda oscura y lisa como nuestro lomo. Digo que quedábale la bolsa sin dinero, la celda sin cautivo.

—¡Cosas se ven que no se cree!

—Olvidábaseme decirte que en la taberna los hombres, o lo que fueran, atribuían su estado pelón a encantamientos y brujerías hechas la mayoría de ellas en la ciudad de Ratisbona.

—¿Ratisbona, has dicho? Allí, según oí decir cierta noche ha tiempo a nuestros padres, estuvieron ellos, con nosotros muy pequeños y se vinieron poco a poco de aldea en aldea hasta esta región. Nunca pregunté por qué motivo pues no se me daba mucho en el caso. Mas ahora me trae sospechas.

—¡Óyeme! ¿Que no seremos humanos vueltos en este estado por alguna alquimia ratisbona? ¿Que alguna maldita bruja no nos habrá tornado en la condición rastrera actual? ¿Serán tal vez nuestros parientes, vecinos y semejantes, humanos vueltos roedores?

—Podría ser, querida hermana, pues he observado mucho a las personas desde las vigas de los techos y los agujerillos de las tablas, desde debajo de los muebles y detrás de los arcones, y he creído reconocer gestos, resabios, recuerdos de su condición anterior similar a la nuestra actual. La mayoría de ellos procede como ratas asustadas, salvajes y estomacales.

—¡Calla, espera, silencio! Alguien viene.

—…

—Ya. Cambiemos de escondrijo para poder seguir en paz la plática.

—Eso. Aquí bajo estas pipas, con las viandas al alcance del bigote podremos continuar y tomar refrigerio, algo que se pegue al riñón mientras anda y gira la lengua.

—Sea lo que fuere, nosotros hablamos, sea portento o no, haya magia o encantamiento, hayamos tenido antes forma humana o gatuna, hoy embutidos en estos cuerpos duros tenemos el habla.

—Y el raciocinio.

—¡Eso! ¿Y para qué más?

—Por ahora aprovechar el don, provenga de do proviniere, que lo que el cielo tiene ordenado que suceda no hay diligencia ni sabiduría humana que le pueda prevenir; y así, no hay para qué ponernos a disputar nosotros cómo o por qué razón o portento hablamos; mejor será que este buen día y buen viaje la metamos en nuestra casa, y pues la tenemos tan buena entre pipas y delicias, y no sabemos hasta cuándo seguirá el tal don, aprovechémonos de él y hablemos todo el tiempo, sin dar lugar al sueño que nos impida el gusto, de mí por largos tiempos deseado.

—Y aun de mí, que desque tuve fuerzas para robar un quesillo o mordisquear una bota de cuero tuve deseo de hablar, para decir cosas que depositaba en la memoria y allí de antiguas y muchas, a pesar de mi corta edad, o se enmohecían o se me olvidaban. Empero ahora, que tan sin pensarlo nos veo enriquecidos deste divino o maligno don del habla, pienso que estamos obligados a gozarle lo más que se pudiere.

—¿Tendrán, hermana, nuestros otros hermanos el mismo regalo de arriba (o de abajo que lo mismo da)?

—Mira, que siempre me he entendido bien contigo, ya de antes de la palabra en tiempos del chistido y el tacto, en cambio con aquellos ha habido un muro, o un vidrio pues están en el eterno presente de la sensibilidad y nosotros en el devenir de la idea.

—Eres muy sensata y sabia, pero deja ya las teologías y embutamos estos panchos. ¡Comamos y bebamos que mañana ayunaremos! ¡Anda, trinca, hinca, roe, bebe y luego cantaremos!

—Sea, hermano, agotemos estas viandas en honor a un viaje al Paraíso que empieza en este barco del Edén.

Mary Shelley

FUGA Y MISTERIO

(*Frankenstein*, 1818)

CARTA I

A la señora Saville, Inglaterra
San Petersburgo, 11 de diciembre de 17**

Te alegrarás de saber que ningún percance ha acompañado el comienzo de la empresa que tú contemplabas con tan malos presagios. Llegué aquí ayer, y mi primera obligación es tranquilizar a mi querida hermana sobre mi bienestar y comunicarle mi creciente confianza en el éxito de mi empresa.

Me encuentro ya muy al norte de Londres, y andando por las calles de Petersburgo noto en las mejillas una fría brisa que estimula mis nervios y me llena de alegría. ¿Entiendes mi sentimiento? Esta brisa, que viene de aquellas regiones hacia las que yo me dirijo, me anticipa sus climas helados. Animado por este viento prometedor, mis esperanzas se hacen más fervientes y reales. Intento en vano convencerme de que el Polo es la morada del hielo y la desolación. Sigo imaginándomelo como la región de la hermosura y el deleite. Allí, Margaret, se ve siempre el sol, su amplio círculo rozando justo el horizonte y difundiendo un perpetuo resplandor. Allí pues con tu permiso, hermana mía, concederé un margen de confianza a anteriores navegantes, allí, no existen ni la nieve ni el hielo y navegando por un mar sereno se puede arribar a una tierra que supera, en maravillas y hermosura, cualquier región descubierta hasta el momento en el mundo habitado.

Puede que sus productos y paisaje no tengan precedente, como sin duda sucede con los fenómenos de los cuerpos celestes de esas soledades inexploradas. ¿Hay algo que pueda sorprender en un país donde la luz es eterna? Puede que allí encuentre la maravillosa fuerza que mueve la brújula; podría incluso llegar a comprobar mil observaciones celestes que requieren

solo este viaje para deshacer para siempre sus aparentes contradicciones. Saciaré mi ardiente curiosidad viendo una parte del mundo jamás hasta ahora visitada y pisaré una tierra donde nunca antes ha dejado su huella el hombre. Estos son mis señuelos, y son suficientes para vencer todo temor al peligro o a la muerte e inducirme a emprender este laborioso viaje con el placer que siente un niño cuando se embarca en un bote con sus compañeros de vacaciones para explorar su río natal. Pero, suponiendo que todas estas conjeturas fueran falsas, no puedes negar el inestimable bien que podré transmitir a toda la humanidad, hasta su última generación, al descubrir, cerca del Polo, una ruta hacia aquellos países a los que actualmente se tarda muchos meses en llegar; o al desvelar el secreto del imán, para lo cual, caso de que esto sea posible, solo se necesita de una empresa como la mía.

Estos pensamientos han disipado la agitación con la que empecé mi carta y siento arder mi corazón con un entusiasmo que me transporta; nada hay que tranquilice tanto la mente como un propósito claro, una meta en la cual el alma pueda fiar su aliento intelectual. Esta expedición ha sido el sueño predilecto de mis años jóvenes. Apasionadamente he leído los relatos de los diversos viajes que se han hecho con el propósito de llegar al océano Pacífico Norte a través de los mares que rodean el Polo. Quizá recuerdes que la totalidad de la biblioteca de nuestro buen tío Thomas se reducía a una historia de todos los viajes realizados con fines exploradores. Mi educación estuvo un poco descuidada, pero fui un lector empedernido. Estudiaba estos volúmenes día y noche y, al familiarizarme con ellos, aumentaba el pesar que sentí cuando, de niño, supe que la última voluntad de mi padre en su lecho de muerte prohibía a mi tío que me permitiera seguir la vida de marino.

Aquellas visiones se desvanecieron cuando entré en contacto por primera vez con aquellos poetas cuyos versos llenaron mi alma y la elevaron al cielo. Me convertí en poeta también y viví durante un año en un paraíso de mi propia creación; me imaginé que yo también podría obtener un lugar allí donde se veneran los nombres de Homero y Shakespeare. Tú estás bien al corriente de mi fracaso y de cuán amargo fue para mí este desengaño. Pero justo entonces heredé la fortuna de mi primo, y, mis pensamientos retornaron a su antiguo cauce.

Han pasado seis años desde que decidí llevar a cabo la presente empresa. Incluso ahora puedo recordar el momento preciso en el que decidí dedicarme a esta gran labor. Empecé por acostumbrar mi cuerpo a la privación. Acompañé a los balleneros en varias expediciones al mar del Norte y voluntariamente sufrí de frío, de hambre, de sed y de sueño. A menudo

trabajé más durante el día que cualquier marinero, mientras dedicaba las noches al estudio de las matemáticas, la teoría de la Medicina y aquellas ramas de las ciencias físicas que pensé serían de mayor utilidad práctica para un aventurero del mar. En dos ocasiones me enrolé como segundo de a bordo en un ballenero de Groenlandia y ambas veces salí con éxito. Debo reconocer que me sentí orgulloso cuando el capitán me ofreció el puesto de piloto en el barco y me pidió reiteradamente que me quedara ya que tanto apreciaba mis servicios.

Y ahora, querida Margaret, ¿no merezco llevar a cabo alguna gran empresa? Podía haber pasado mi vida rodeado de lujo y comodidad, pero he preferido la gloria a cualquiera de los placeres que me pudiera proporcionar la riqueza. ¡Si tan solo una voz, alentadora me respondiera afirmativamente! Mi valor y mi resolución son firmes, pero mis esperanzas fluctúan y mi ánimo se deprime con frecuencia. Estoy a punto de emprender un largo y difícil viaje, cuyas vicisitudes exigirán de mí todo mi valor. Se me pide no solo que levante el ánimo de otros, sino que conserve mi entereza cuando ellos flaqueen.

Esta es la época más favorable para viajar por Rusia. Vuelan sobre la nieve los trineos; el movimiento es agradable y, a mi modo de ver, mucho más cómodo que el de los coches de caballos ingleses. El frío no es extremado, si vas envuelto en pieles, atuendo que yo ya he adoptado. Hay una gran diferencia entre andar por la cubierta y permanecer sentado, inmóvil durante horas, sin hacer el ejercicio que impediría que la sangre se te hiele materialmente en las venas. ¡No tengo la intención de perder la vida en la ruta entre San Petersburgo y Arcángel! Partiré hacia esta última ciudad dentro de dos o tres semanas, y pienso fletar allí un barco, lo cual me será fácil si le pago el seguro al dueño; también contrataré cuantos marineros considere precisos de entre los que están acostumbrados a ir en balleneros. No pienso navegar hasta el mes de junio; y en cuanto a mi regreso, querida hermana, ¿cómo responder a esta pregunta? Si tengo éxito, pasarán muchos, muchos meses, incluso años, antes de que tú y yo nos volvamos a encontrar. Si fracaso, me verás o muy pronto, o nunca.

Hasta la vista, mi querida y excelente Margaret. Que el cielo te envíe todas las bendiciones y a mí me proteja para que pueda atestiguarte una y otra vez mi gratitud por todo tu amor y tu bondad.

Tu afectuoso hermano, Robert Walton.

Carta II

A la señora Saville, Inglaterra
Arcángel, 28 de marzo de 17**

¡Qué despacio pasa aquí el tiempo, rodeado como estoy de nieve y de hielo! Sin embargo, he dado ya un segundo paso hacia la realización de mi empresa. He fletado un barco y estoy ocupado en reunir la tripulación; los que ya he contratado parecen hombres en quienes puedo confiar, indudablemente están dotados de invencible valor.

Tengo, empero, un deseo aún por satisfacer y este vacío me acucia ahora de manera terrible. No tengo amigo alguno, Margaret; cuando arda con el entusiasmo del éxito, no habrá nadie que comparta mi alegría; si soy víctima del desaliento, nadie se esforzará por disipar mi desánimo. Podré plasmar mis pensamientos en el papel, cierto, pero es un pobre medio para comunicar los sentimientos. Añoro la compañía de un hombre que pudiera compenetrarse conmigo, cuya mirada respondiera a la mía. Me puedes tachar de romántico, querida hermana, pero echo muy en falta a un amigo. No tengo a nadie cerca que sea tranquilo a la vez que valeroso, culto y capaz, cuyos gustos se parezcan a los míos, que pueda aprobar o corregir mis proyectos. ¡Qué bien enmendaría un amigo así los fallos de tu pobre hermano! Soy demasiado impulsivo en la ejecución y demasiado impaciente con los obstáculos. Pero aún me resulta más nocivo el hecho de haberme autoeducado. Durante los primeros catorce años de mi vida corrí por los campos como un salvaje, y no leí nada salvo los libros de viajes de nuestro tío Thomas. A esa edad empecé a familiarizarme con los renombrados poetas de nuestra patria. Pero no vi la necesidad de aprender otras lenguas que la mía hasta que no estaba en mi poder el sacar los máximos beneficios de esta convicción.

Tengo ahora veintiocho años, y en realidad soy más inculto que muchos colegiales de quince. Es cierto que he reflexionado más, y que mis sueños son más ambiciosos y magníficos, pero carecen de equilibrio (como dicen los pintores). Me hace mucha falta un amigo que tuviera el suficiente sentido común como para no despreciarme por romántico y que me estimara lo bastante como para intentar ordenar mi mente.

Bien, son estas lamentaciones vanas; sé que no encontraré amigo alguno en el vasto océano, ni siquiera aquí, en Arcángel, entre mercaderes y hombres de mar. Sin embargo, incluso en estos rudos corazones laten algunos sentimientos, extraños a la escoria de la naturaleza humana. Mi lugarteniente,

por ejemplo, es un hombre de enorme valor e iniciativa, empecinado en su afán de gloria. Es inglés, y, aunque lleno de prejuicios nacionales y profesionales, jamás limados por la educación, retiene algunas de las más preciosas cualidades humanas. Lo conocí a bordo de un ballenero, y, al saber que se encontraba en esta ciudad sin trabajo, no tuve ninguna dificultad para persuadirlo de que me ayudara en mi aventura.

El capitán es una persona de excelente disposición y muy querido en el barco por su amabilidad y flexibilidad en la disciplina. Tanta es la bondad de su naturaleza, que no quiere cazar (deporte favorito aquí), casi la única diversión, porque no soporta derramar sangre. Es además de una heroica generosidad. Hace algunos años se enamoró de una joven rusa de familia relativamente acomodada; tras hacerse con una considerable fortuna por la captura de navíos enemigos, el padre de la joven dio su consentimiento al matrimonio. Él vio a su prometida una vez antes de la ceremonia. Bañada en lágrimas, se arrojó a sus pies y le suplicó la perdonara, a la vez que le confesaba su amor por otro hombre con el cual su padre nunca consentiría que se casara, ya que carecía de fortuna. Mi desprendido amigo tranquilizó a la suplicante muchacha y, en cuanto supo el nombre de su amado, abandonó al instante su galanteo. Había ya comprado con su dinero una granja, en la cual pensaba pasar el resto de su vida, pero se la cedió a su rival, junto con el resto de su fortuna, para que pudiera comprar algunas reses. Él mismo solicitó del padre de la joven el consentimiento para la boda, mas el anciano se negó considerándose en deuda de honor con mi amigo, el cual, al ver al padre en actitud tan inflexible, abandonó el país para no regresar hasta saber que su antigua novia se había casado con el hombre a quien amaba. ¡Qué persona tan noble!, exclamarás sin duda, y así es, pero desgraciadamente ha pasado toda su vida a bordo de un barco y apenas tiene idea de algo que no sean los cabos y los obenques.

No pienses que el que me queje un poco, o crea que quizá nunca llegue a conocer el consuelo para mi tristeza, signifique algún titubeo en mi decisión. Esta es tan firme como el destino mismo, y mi viaje se ve retrasado tan solo porque espero un tiempo favorable que me permita zarpar. El invierno ha sido tremendamente duro; pero la primavera promete ser buena, incluso parece que se adelantará, de modo que quizá pueda hacerme a la mar antes de lo previsto. No actuaré con precipitación; me conoces lo suficientemente bien como para fiarte de mi prudencia y moderación cuando tengo confiada la seguridad de otros.

No puedo describirte la emoción que tengo ante la proximidad del comienzo de mi empresa. Es imposible transmitirte una idea de la tremenda emoción, mezcla de agrado y de temor, con la cual me dispongo a partir. Marcho hacia lugares inexplorados, hacia la región de las brumas y la nieve, pero no mataré a ningún albatros, así que no temas por mi suerte.

¿Te encontraré de nuevo, tras cruzar inmensos mares y rodear los cabos de África o América? No me atrevo a esperar tal éxito, y no obstante no puedo soportar la idea del fracaso.

Continúa aprovechando toda oportunidad de escribirme; puede que reciba tus cartas (si bien hay pocas esperanzas) cuando más las necesite para animarme.

Te quiero mucho. Recuérdame con afecto si no vuelves a saber de mí.

Tu afectuoso hermano, Robert Walton.

Domingo Faustino Sarmiento

MÁS-A-FUERA

(*Viajes en Europa, África y América*, 1849)

Señor don Demetrio Peña, Montevideo, diciembre 14 de 1845.

Fue usted, mi querido y buen amigo, el último que abandonó la cubierta, al dejar la *Enriqueta* el puerto de Valparaíso, y por tanto el primero en mis recuerdos, ahora que puedo enviar de nuevo mis vales a los amigos que allá dejo.

La expectación de un rápido viaje, con que todos se complacían en darnos el último adiós, fue más bien que feliz presagio, un buen deseo, burlado por vientos obstinadamente contrarios, o calmas pesadas que agitaban las velas sin inflarlas. Estas contrariedades con que la naturaleza desbarata los esfuerzos del arte humano, no son del todo estériles sin embargo. En el mar, y en los buques de vela sobre todo, aprende uno a resignarse al destino y a esperar sin hacerse violencia. Los primeros días de viaje, cada milla que hacíamos desviándonos de nuestro rumbo, era motivo de rebeliones de espíritu, de rabia y malestar. Al cabo de cuarenta días, empero, éramos todos unos corderos en resignación; y el viento, por contrario que nos fuese, soplaba según su voluntad soberana, sin recoger de paso vanas, impotentes maldiciones. Así educado, empiezo a mirar como cosa llevadera las molestias que me aguardan en todos los mares y en todas las latitudes, hasta que acercándome a Europa, el vapor venga en mi auxilio, contra la naturaleza indócil.

¿Qué puede referirse en un viaje de Valparaíso para Montevideo, aunque esté de por medio el temido cabo de Hornos, que vimos de cerca, y rodeado de todos los polares esplendores, incluso las noches crepusculares en que, puesto el sol, la luz va rondando el horizonte sin perder nada de su pálido esplendor hasta preceder la salida del sol al naciente? Por lo demás, la sucesión de días sin emociones, siguiendo a veces el vuelo majestuoso del

pájaro carnero, que da vueltas al buque como azorado, cual si quisiera cerciorarse de lo que significa objeto para él tan extraño; atraídos otras por los saltos y rápidos pasajes de las toninas, que formadas de dos en dos vienen a dar vuelta al buque, pasando precisamente por la proa; acudiendo un día en tropel sobre cubierta a ver navegar a nuestro costado cuatro enormes ballenas, vapores vivos con sus columnas de agua, como de humo llevan los artificiales; aterrados otra ocasión por el fatídico grito del timonel «¡¡¡hombre al mar!!!». Y en efecto un infeliz marinero cayó de una verga en un día de borrasca; hizo un esfuerzo horrible para mostrarnos todo su busto sobre la superficie del océano enfurecido; pero el negro, insondable abismo reclamó su presa, y fue en vano que el buque volviera sobre el lugar de la catástrofe, el hombre se sumergió para siempre. ¿Se acuerda usted que reclinados con nuestra incomparable Eugenia, en la galería que de sus habitaciones da a la bahía en Valparaíso, la comunicaba la impresión que me causa la vista del mar, permaneciendo cuando puedo horas enteras, inmóvil, los ojos fijos en un punto, sin mirar, sin pensar, sin sentir, especie de embrutecimiento y de paralización de todas las facultades, y sin embargo lleno de atractivo y delicia? De este placer gozaba a mis anchas todos los días, y aun con más viveza en aquellos mares en que las olas son montañas que se derrumban por momentos disolviéndose con estrépito aterrante en una cosa como polvo de agua. Allí el abismo, lo infinito, lo incontrastable tienen encantos y seducciones, que parece lo llaman a uno, y le hacen reconocer si está bien seguro, para no ceder a la tentación. Gustaba asimismo de pasar hasta muy entrada la noche sobre cubierta mirando el cielo polar, cuya cruz y manchas se acercaban de día en día a nuestro zenit, escuchando el silbido del viento en la jarcia, oyendo al piloto cuentos de mar llenos de novedad y de interés que me hacían envidiar la suerte de aquel que había sido testigo y actor en ellos. Pues bien, desde el día que cayó el marinero, no más pude permanecer como antes reclinado sobre la obra muerta, con los ojos fijos en las olas; temía ver salir la cabeza del infeliz náufrago; el silbido plañidero del viento perdió para mí toda su misteriosa melodía, porque me parecía que había de traer a mis oídos (y aun ponía atención sin poderlo remediar para escucharlos) gemidos confusos y lejanos, como llantos de hombre, como grito de socorro, como súplica de desvalido, y el corazón se me oprimía; de noche las manchas y la Cruz del Sur, Venus, Júpiter, Saturno y Marte que estaban a la vista no detenían como antes mis ociosas miradas, por echarlas furtivamente sobre la ancha huella que a popa deja el buque para descubrir en la oscuridad de la noche si venía siguiéndonos un bulto negro, agitándose para que lo viéramos.

No es que tuviese miedo, pues que sería ridículo abrigarlo; lo que quiero hacerle sentir es que mis goces silenciosos, y como conmigo mismo de que le hablaba a su Eugenia, se echaron a perder con el recuerdo del náufrago, cuyo cadáver se mezclaba en todos mis sueños despierto, en esos momentos en que no es el pensamiento el que piensa, sino las ideas, los recuerdos que de su propio motu se agitan en cierta caprichosa confusión y desorden que no carece de delicias. Lo más triste es que la desgracia sucedió al frente del archipiélago de Chiloé, patria del infeliz; allí cerca estaba su madre y la pobre cabaña que lo vio nacer, y a cuyos umbrales no debía presentarse más.

A estos pequeños incidentes estaría reducida mi narración, si uno inesperado no mereciese por su novedad la pena de entrar en mayores detalles. Un porfiado viento SO nos llevó, a poco andar de Valparaíso, más allá del grupo de las islas de Juan Fernández, forzándonos una calma de cuatro días a dar la vuelta completa de la de Más-a-fuera. Sabe usted que esta es una enorme montaña de origen volcánico que a los 34° de latitud y 80° 25′ de longitud, del seno del océano se levanta exabrupto, sin playas ni fondeadero seguro en ninguno de sus costados, muchos de ellos cortados a pico y lisos como una inmensa muralla, presentando casi por todas partes la forma de una ballena colosal que estuviera a flor de agua. Desierta desde *ab inicio*, aunque de vez en cuando sea visitada por los botes de los balleneros, que en busca de leña y de agua suelen abordar sus inabordables flancos, está señalada en las cartas y en los tratados como inhabitable e inhabitada. Cansados nosotros de tenerla siempre en algún punto del compás, según que al viento placía hacernos amanecer cada mañana, aceptamos con transportes la idea del piloto de hacer una incursión en ella, y pasar un día en tierra. Estaba según él poblada de perros salvajes que hacían la caza a manadas de cerdos silvestres.

Hago a usted merced de los preparativos de viaje, bote al agua, vivas de partida, y duro remar con rumbo hacia la isla, aunque esto último, por haber calculado mal la distancia, durase ocho horas mortales, demasiado largas para apagar todo entusiasmo, y reducirnos al silencio que produce una esperanza tarda en realizarse. Un incidente empero vino a sacarnos de esta apatía, suministrándonos sensaciones para las que no estábamos apercibidos. Cuando a la moribunda luz del crepúsculo nos empeñábamos en discernir los confusos lineamientos de la montaña, divisose la llama de un fogón entre una de sus sinuosidades. Un grito general de placer saludó esta señal cierta de la existencia de seres racionales en aquellos parajes que hasta entonces habíamos considerado como desiertos, si bien la reflexión vino a

sobresaltarnos con el temor muy fundado de encontrarnos con desertores de buques u otros individuos sospechosos, cuyo número e intenciones no nos era dado apreciar. Contribuyó no poco a aumentar nuestra alarma la circunstancia de muy mal agüero de haber desaparecido la luz, momentos después de haberla apercibido nosotros; a su turno nos habían visto y trataban de ocultarnos su guarida. La situación se hacía crítica y alarmante pues la noche avanzaba, estábamos a muchas millas de distancia y no sabíamos a qué punto dirigirnos. Para prepararnos a todo evento y haciendo rumbo al lugar mismo donde la luz había sido vista, procedimos a cargar a bala un par de pistolas que llevábamos, a más de un fusil y una carabina para la proyectada caza de cerdos. Con esto y un trago de ron distribuido a los marineros, nos creímos en estado de acometer dignamente aquella descomunal aventura.

Muy avanzada ya la noche llegamos por fin al pie de la montaña cuya proximidad nos dejaba sospechar la oscuridad de las sombras que nos rodeaban, aunque no sin disimulado sobresalto echase de menos el piloto el ruido de las olas, al romperse en la presunta playa, como sucede donde quiera que no se encuentran rocas lisas y perpendiculares. Aquella oscuridad y este silencio se hacían más solemnes con la idea de los tránsfugas y el cauteloso golpe de los remos que no impulsaban el bote, temerosos los marineros de zozobrar en alguna punta encubierta, sin que no obstante la proximidad reconocida, nos fuese posible discernir las formas de la tierra que por delante teníamos. Al fin el piloto, enderezándose cuan alto es, lanzó un tonante y prolongado grito a que solo contestaron, uno en pos de otro, los cien ecos de la montaña. Esto era pavoroso y lo fue más el silencio preñado de incertidumbre que se siguió cuando el último sonido de aquel decrescendo fue a expirar a lo lejos. Después del segundo o tercer grito creímos distinguir otra voz humana que respondía al llamado, y no le será difícil concebir que el placer de encontrarnos con hombres hiciese olvidar nuestros recelos pasados. Enseguida el piloto, no obstante hablar el castellano, dirigió la palabra en inglés a alguno que se acercaba; porque un inglés en el mar no conoce competencia de otro idioma, cual si el suyo fuese el del gobierno de las aguas, como en otro tiempo fuelo el latín el de la tierra conocida; y para que esta pretensión quedase aun allí justificada, en inglés contestaron desde la ribera. Supimos que el desembarco era difícil, que al respaldo de la montaña había punto más practicable, y que vivían en la isla cuatro hombres, en cuyas cabañas allí inmediatas podíamos pasar la noche. A la indicación del piloto de dar vuelta la isla en busca de más seguro desembarcadero, una exclamación de penosa angustia se escapó de la boca del que contestaba. ¡Oh! No, señor,

¡por Dios!, decía, no se vayan… ¡¡¡hace tanto tiempo que no hablamos con nadie!!!

Habiéndonos ofrecido su auxilio se resolvió bajar a tierra allí mismo, e imposible sería pintar el anonadamiento en que caímos nosotros, pobres pasajeros, entre los gritos imperiosos y alarmantes de la difícil maniobra para acercar el bote a rocas desconocidas y casi invisibles; apercibiendo apenas los bultos indecisos y fantásticos de aquellos desconocidos; arrojados de un brazo por los de a bordo sobre un peñasco helado y resbaladizo, para caer enseguida en el agua, amoratándonos las piernas en las puntas de las rocas; cogidos en fin del lado de tierra por una mano áspera y vigorosa, que se empeñaba en mantenernos contra el balance que el aturdimiento, y el hábito contraído a bordo nos hacían guardar sobre las peñas; encaminándonos enseguida con los gritos de pise aquí, ahí no, más allá, hasta dejarnos en un suelo seco pero erizado de pedriscos.

Cuando estuvimos en aquel faldeo que hacía veces de playa, y recobrados ya de nuestro susto, toconos el turno de volver a los insulares la sensación de temor que la vista del fuego nos había causado por la tarde. Según lo supimos, no las habían tenido ellos todas consigo, al vernos armados de pies a cabeza y con aire de capitanes de buques de guerra. El caso no era para menos. El joven Huelin, uno de la comitiva, a más de dos pistolas que sacaban las cabezas por los bolsillos del paletó, llevaba un gorro carmesí con estampados de oro, y yo, otro franjeado de cuero cayendo sobre los ojos, con bordado de oro y plata y borla de relumbrón, todo lo cual podía dar al portador, en cualquier latitud de la Oceanía, trazas de almirante por su *lordlike* apariencia; y como norteamericanos que eran los moradores de la isla, han debido ser alguna vez marineros, y como tales, hay pocos establecidos en aquellas alturas que no tengan en el fondo de su conciencia algún pecadillo de deserción entre los ignorados y ocultos, siendo suficiente nuestra presencia para despertarlo si dormía, a guisa de lobo marino al aproximarse una ballenera.

Recordará usted que en una de estas islas, y sin duda ninguna en la de Más-a-fuera fue arrojado el marinero Selkirk, que dio origen a la por siempre célebre historia de Robinson Crusoe. ¡Cuál sería pues nuestra sorpresa, en verla esta vez y en el mismo lugar realizada en lo que presenciábamos, y tan a lo vivo, que a cada momento nos venían a la imaginación los inolvidables sucesos de aquella lectura clásica de la niñez! Algunos momentos después de llegar a las cabañas de aquellos desconocidos, el fuego hospitalario encendido en una tosca chimenea de piedra, a la par que secaba nuestros calzados, nos

iba enseñando los extraños objetos de aquella mansión semisalvaje. Cajas, barriles y otros útiles que acusaban su procedencia de algún buque naufragado, muebles improvisados y sugeridos por la necesidad y algunas reses de montería colgadas, mostraban que no carecían absolutamente de ciertos goces ni de medios de subsistencia. Secuestrados en las hondonadas de una isla abortada por los volcanes; viendo de tarde en tarde cruzar una vela que pasa sin acercarse a ellos, y muy frecuentemente por las inmediaciones una ballena que recorre majestuosamente los alrededores de la isla, estos cuatro proscriptos de la sociedad humana viven sin zozobra por el día de mañana, libres de toda sujeción, y fuera del alcance de las contrariedades de la vida civilizada. ¿Quién es aquel que burlado en sus esperanzas, resentido por la ajena injusticia, labrado de pasiones o forjándose planes quiméricos de ventura no ha suspirado una vez en su vida por una isla como la de Robinson, donde pasar ignorado de todos, quieto y tranquilo, el resto de sus días? Esta isla afortunada está allí en la de Más-a-fuera, aunque no sea prudente asegurar que en ella se halle la felicidad apetecida. ¡Sueño vano!… Se nos secaría una parte del alma como un costado a los paralíticos, si no tuviésemos sobre quienes ejercitar la envidia, los celos, la ambición, la codicia, y tanta otra pasión eminentemente social, que con apariencia de egoísta ha puesto Dios en nuestros corazones, cual otros tantos vientos que inflasen las velas de la existencia para surcar estos mares llamados sociedad, pueblo, estado. ¡Santa pasión la envidia! Bien lo sabían los griegos que le levantaron altares.

Afortunadamente ni los isleños ni nosotros hacíamos por entonces reflexiones tan filosóficas, ocupados ellos en saborear con deleite inefable algunos cigarros de que les hicimos no esperado obsequio, embebidos nosotros, con imperturbable ahínco, en sondear las profundidades de una olla, que sin mengua habría figurado en las bodas de Camacho, tan suculenta parte encerraba de una res de montería, cuyos tasajos sacábamos a dedo por no haber sido conocidos hasta entonces en la ínsula y sus dependencias, tenedores ni cucharas. Todavía en pos de estas suntuosidades silvestres vino, ¿qué se imagina usted?… Un humilde té de yerbabuena secada en hacecillos al calor de la chimenea, y que declaramos unánimemente preferible al mandarín, tal era el buen humor con que tomábamos parte en aquella pastoral que tan gratamente se había echado entre la monotonía del mar.

Ya ve que no sin razón nos venía a cada momento la memoria de Robinson: creíamos estar con él en su isla, en su cabaña, durante el tiempo de su dura prueba. Al fin lo que veíamos era la misma situación del hombre, en presencia de la naturaleza salvaje, y sacado de quicios por decirlo así, en el

aislamiento para que no fue creado. Como Robinson y por medios análogos, los isleños llevaban cuenta exacta de los días de la semana y del mes, pudiendo por tanto y a solicitud nuestra, verificar que era el martes 4 de noviembre del año del Señor de 1845, el día clásico en que la Divina Providencia les concedía la sin par ventura de ver otros seres de su misma especie. Más inteligentes y solícitos en esto que nuestros compatriotas de San Luis, capital de estado de la Confederación Argentina, los cuales según es fama, llevaban en cierto tiempo errada la cuenta de los días de la semana, hasta que al arribo de unos pasajeros pudo averiguarse, no sin general estupefacción, que estaban un año había, ayunando el jueves, oyendo misa el sábado y trabajando el domingo aquellos que por una inspiración del cielo no hacían San Lunes, como es uso y costumbre entre nuestros trabajadores. Por fortuna averiguose que estos formaban la mayor parte, con lo que se aquietó, dicen, la conciencia del buen cura, cómplice involuntario de aquella tergiversación de los mandamientos de nuestra madre la iglesia. Por más detalles ocurra usted a nuestro amigo el doctor Ortiz, oriundo de aquella ciudad, y muy dado a investigaciones tradicionales sobre su patria.

Satisfechas nuestras necesidades vitales y fatigados por tan varias sensaciones, llegó el momento de entregarnos al reposo, y aquí nos aguardaban nuevos y no esperados goces. Una hamaca acogió muellemente al joven Huelin, y a falta de hamaca para Solares, secretario de la Legación Boliviana al Brasil y para mí, doscientas y cincuenta pieles de cabra distribuidas en una ancha superficie hicieron dignamente honores de elástica y mullida pluma.

He mentado pieles de cabra y va usted a creerme sorprendido *in fraganti delicto* de estar forjando cuentos de duendes para interés novelesco a nuestra incursión en la isla. Pero para llamarlo al orden de nuevo, preciso es que sepa que si Más-a-fuera solo encierra cuatro seres pasablemente racionales, sirve en cambio de Edén afortunado a cincuenta mil habitantes cabrunos que en línea recta descienden de un par macho y hembra de la especie que el inmortal capitán Cook puso en ella, diciéndoles como el Creador a Adán y Eva «creced y multiplicaos». Un nudo se me hizo a la garganta de enternecimiento al oír a uno de nuestros huéspedes recordar cómo hacía cuarenta y cinco años que el famoso navegante había visitado la isla y arrojado en ella aquel puñado de las bendiciones de la vida civilizada. Sabe usted que hace ochenta años murió aquel; pero el pueblo aproxima siempre en su memoria a los seres que le han sido benéficos y queridos. Cook, el segundo creador de la Oceanía por los animales domésticos y las plantas alimenticias

que en todas las islas derramó, murió víctima sin embargo de aquellos cuya existencia hiciera fácil y segura. ¡Triste pero ordinaria recompensa de las grandes acciones de los grandes hombres! La humanidad es una tierra dura e ingrata que rompe las manos que la cultivan, y cuyos frutos vienen tarde, muy tarde, cuando el que esparció la semilla ha desaparecido.

El nombre de Cook, repetido hoy por los que felices y tranquilos cosechan el producto de sus afanes, es la única venganza tomada contra sus asesinos, de quienes el ilustre navegante pudo decir al morir «perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen». Expresión sublime de la desdeñosa compasión que al genio inspira la estupidez de las naciones. Sócrates, Cervantes, Colón, Rivadavia, cada uno de ellos al morir, han pedido a Dios que perdone a sus compatriotas.

Aquí tiene usted, pues, cómo nuestros hatos de espantables jabalíes se habían convertido en millares de cabras alzadas, con quienes sin mucha pretensión podíamos prometernos entrar en comunicación directa por el telegráfico intermedio de carabinas y fusiles; por lo que antes de entregarnos al sueño que nos reclamaba con insistencia se dispuso la partida de caza del día siguiente, impartiendo órdenes además, para que el bote hiciese en el intertanto buena provisión de langostas de mar, anguilas, cabrillas y otros pescados de que los alrededores de la isla abundan.

A las cuatro de la mañana del siguiente día estábamos en pie extasiándonos en aspirar el ambiente húmedo y embalsamado de la vegetación, hundiendo nuestras miradas atónitas en las oscuras profundidades de la quebrada en cuya boca están situadas las cabañas, cubiertas de bosques renegridos, interrumpidos tan solo por rocas sañudas que cruzan sus dientes de ambos lados alternativamente.

El sol que asomaba por las cúspides venía iluminando con esplendorosa paleta estos grupos tan valientemente diseñados. ¡Oh, amigo! Aquellas sensaciones no se olvidan nunca, y empiezan a darme un gusto anticipado de las que recompensan al viajero de las molestias de la locomoción, verdaderas islas floridas que en nuestros recuerdos permanecen como estas en medio de la uniforme superficie del Océano.

José Luis Zárate

DESDE LAS SOMBRAS

(*La ruta del hielo y la sal*, 1998)

El mundo se ha reducido al hacerse inmenso.

Hemos dejado atrás la costa, y el horizonte solo está compuesto por mar y cielo.

Cielo gris sin límites, mar oscuro sin fondo.

Es posible perderse en ellos. Todos lo sabemos. Guardamos, sin saber por qué, el nombre y los datos de tripulaciones que finalmente atracaron en el fondo de las aguas. Estamos solos con nuestra goleta.

Nos cubrimos del infinito con la madera del barco, con las velas y las cuerdas vibrantes que se aferran al viento. Con nuestros músculos bajo el sol y las órdenes vociferantes del primer oficial.

Revisamos la carga, apretamos las tensas cuerdas como si pudiéramos afianzar nuestra posición. La certeza de que permaneceremos aquí, a pesar de que las proporciones de lo que nos rodea nos remarcan su indiferencia.

Lo recordamos entonces.

Siempre tarde.

El mundo es esto: hombres, la cubierta, la bodega, las amuras, las escotillas, los camarotes.

Hemos reducido el universo a lo que se encuentra entre la roda y el codaste.

Caer al agua es abandonar el mundo.

Y que el mundo nos abandone también es inimaginable.

Debe permanecer, seguir con nosotros. La goleta está firmemente asentada en la seguridad de que siempre estará aquí, que naufrague, que las aguas penetren a su interior, es tan inconcebible como que el cielo se agriete y la nada entre a borbotones al mundo.

Pero ha pasado.

Barcos convirtiéndose en coral, hombres alimentando peces jamás iluminados por el sol.

Pero no hablo de ello. No lo apunto con la tinta fresca.

La bitácora tampoco es una compañía.

La escribo para los armadores y para los hombres que hereden este barco cuando me retire.

La voz que le ofrezco a la memoria del viaje es diferente, leerla es conocer a otro hombre que también soy yo. Un hombre que solo habla de hechos, de detalles sin significado alguno.

Al atardecer subo a cubierta. Escucho hablar a los hombres que se quedaron de guardia. No lo hacen porque tengan algo interesante que decirse, pero el silencio pesa cuando lo sabemos más grande que nosotros.

El *Demeter* habla, conocemos su idioma, su charla de crujidos, de susurros. Su voz es para nosotros, la convocamos al enfrentarlo con el viento, al marcarle una ruta.

Me dice que todo está bien, que dejamos atrás millas, que avanza hacia las costas de Turquía como si allí hubiera algo que deseáramos.

La primera noche.

El trabajo realizado, un hombre al timón, posiblemente Acketz, rodeado de lámparas encendidas que iluminan la inmensa oscuridad sobre la que navegamos. La cena dentro de nosotros, aún cálida, el agua sin sabor alguno y el pan fresco.

Nosotros flotando en nuestras camas, sobre la fatiga en la que podemos hundirnos, aferrados a las mantas para no ahogarnos en sueños.

No hay más sonido que las olas allí afuera, y el chasquido del velamen, el lento gemir de la madera que lucha por mantenerse unida. Más cerca aún, una respiración, la única en este camarote.

Yo.

El frío entra ininterrumpidamente a través de la puerta abierta. El lento movimiento de la goleta hace que la puerta se abra y cierre casi sin ningún sonido. Un ojo que parpadea. ¿Qué ve? Un hombre sin poder dormir, un pasillo oscuro.

Bram Stoker

UNA RECALADA PRODIGIOSA

(*Drácula*, 1897)

Recorte del *Daily Graph*, 8 de agosto (pegado en el diario de Mina Murray).

De un corresponsal. Whitby. Una de las tormentas más fuertes y repentinas que se recuerden acaba de pasar por el pueblo con extraños resultados. El clima era un tanto bochornoso, pero de ninguna manera excepcional para el mes de agosto. La noche del sábado había sido tan buena como cualquier otra, y gran cantidad de visitantes se pasearon por los bosques de Mulgrave, la bahía de Robin Hood, el molino de Rig, Runswick, Staithes y otros sitios de recreo aledaños. Numerosos viajes emprendieron los vapores *Emma* y *Scarborough* a lo largo de la costa, y hubo un movimiento extraordinario de personas yendo y viniendo de Whitby. El día fue extremadamente plácido hasta la tarde, cuando algunos de quienes frecuentan el cementerio de la iglesia de East Cliff, y desde esa eminencia observan la amplia extensión del mar visible hacia el Norte y hacia el Este, llamaron la atención acerca de un grupo de nubes cola de caballo, muy altas en el cielo hacia el Noroeste. El viento soplaba suavemente desde el SO, en un grado que el lenguaje meteorológico designa como fuerza 2: brisa ligera. El guardacostas de turno redactó inmediatamente su informe, mientras que un anciano pescador, quien durante más de medio siglo ha realizado observaciones del clima desde East Cliff, predijo de una manera enfática la llegada de una tormenta repentina. La puesta del sol fue tan bella, tan grandiosa con sus masas de nubes espléndidamente coloreadas, que una gran cantidad de personas se reunió en el camino que bordea el acantilado, y en el cementerio de la vieja iglesia, para gozar de su belleza. Antes de que el sol se hundiera tras la negra masa de Kettleness, su descenso fue marcado por una miríada de nubes de todos los colores del celaje: rojas, moradas, rosas, verdes, violetas y doradas en cada uno de sus matices; había aquí y allá nubarrones no

muy grandes, pero de un negro absoluto, que formaban toda clase de figuras; algunas, apenas delineadas, otras tan precisas como colosales siluetas. Aquella vista no fue desaprovechada por los pintores, y no cabe ninguna duda de que algunos esbozos del «Preludio a una Gran Tormenta» adornarán las paredes de las exposiciones el próximo mayo. Más de un capitán decidió en aquellos momentos y en aquel lugar que su «guijarro» o su «mula» (como llaman a las diferentes clases de embarcaciones) permanecería en puerto hasta que hubiera pasado la tormenta. Por la noche, el viento fue amainando hasta extinguirse por completo, pronto reinaban una calma chicha y un calor bochornoso, y se percibía esa intensidad del aire que, al acercarse el trueno, afecta a las personas de naturaleza muy sensible. Pocas luces se divisaban sobre el mar, hasta los vapores costeros, que suelen navegar muy cerca de la orilla, se mantuvieron mar adentro, solo podían distinguirse contados barcos de pesca. La única figura sobresaliente correspondía a una goleta forastera que parecía dirigirse hacia el Oeste con todo su velamen desplegado. La testarudez o la ignorancia de su tripulación se hizo tema predominante en las conversaciones mientras permaneció a la vista, se hicieron incluso esfuerzos por darles a entender que debían arriar velas en vista del peligro inminente. Pero hasta antes de que cerrara la noche se lo pudo ver navegando con todas sus velas.

«Tan plácidamente como un barco pintado sobre un océano pintado».

Poco antes de las diez, la quietud se hizo opresiva, y tan hondo era el silencio, que un balido tierra adentro, o el lamento de un perro en el pueblo, se escuchaban a la perfección. La banda que en el muelle principal ejecutaba una agitada marcha francesa resultaba una disonancia en la armonía natural. Apenas después de medianoche un sonido inusual llegó desde el mar, y muy en lo alto retumbó un eco extraño, tenue, hueco.

Entonces irrumpió la tempestad. Con una rapidez que en aquellos momentos pareció increíble, y aún después de cuanto sucedió sigue resultando inconcebible, todo el aspecto de la naturaleza se transfiguró, se tornó convulso. Las olas se elevaron con furia, cada una sobrepasaba a su compañera anterior hasta que en muy pocos minutos el mar, hasta entonces inmóvil y vidrioso, se dio a rugir cual monstruo hambriento. Rompientes de crestas blancas golpearon salvajemente la arena de las playas y se lanzaron contra los acantilados; otras se quebraron sobre el puerto y barrieron con su espuma las linternas que señalan cada uno de los extremos de los muelles. El viento era un trueno, con tal vigor soplaba que incluso a hombres fornidos les era difícil mantenerse en pie o sujetarse con un desesperado abrazo de algún

saliente. Fue necesario hacer que la masa de curiosos desalojara los muelles, de otra manera las desgracias de la noche habrían aumentado. Por si fueran pocas las dificultades y peligros cernidos sobre Whitby, un frente de bruma comenzó a invadir la tierra desde el mar, una procesión de nubes blancas que avanzaba de manera fantasmal, tan húmedas, vaporosas y frías, que solo era necesario un leve esfuerzo de imaginación para creer que los espíritus perdidos en el mar rozaban a sus cofrades vivos con las viscosas manos de la muerte. Más de una persona sintió temblores y escalofríos al tiempo que las espirales de bruma subían tierra adentro. Por instantes, la bruma se rasgaba y podía avistarse, a alguna distancia, el mar iluminado por relámpagos seguidos por horrísonos truenos que hacían temblar el cielo entero.

Algunas de las escenas acontecidas fueron de una grandiosidad inconmensurable, de un interés absorbente. El mar, levantándose tan alto como las montañas, lanzaba al cielo grandes masas de espuma blanca que la tempestad parecía tomar para desperdigarlas por todo el espacio; aquí y allá, algún bote pescador, con las velas deshechas, navegaba desesperado en busca de abrigo; de vez en cuando, se distinguían las níveas alas de un ave marina sacudida por la tormenta. En la cúspide de East Cliff, el nuevo reflector estaba preparado para entrar en acción, pero aún no había sido probado; sus encargados lo pusieron en posición, y por las ventanas que cada tanto dejaba abrir la bruma, barrieron con él la superficie del mar. Una o dos veces prestó el más eficiente de los servicios, cuando algún barco de pesca, sumergida su borda bajo el agua encabritada, buscaba meterse a puerto, y lograba esquivar, gracias a la guía de esa luz benéfica, las escolleras. Cada vez que tal cosa acontecía, y otra embarcación se ponía a salvo, estallaba entre la muchedumbre congregada en la orilla un grito de júbilo; un grito que por un instante parecía sobreponerse al temporal, pero finalmente era borrado por su ímpetu.

Al poco tiempo, el reflector descubrió a alguna distancia una goleta con todas sus velas desplegadas, aparentemente el mismo navío que había sido avistado al caer la noche. Un temblor recorrió a todos aquellos que miraban el terrible espectáculo desde el acantilado. El viento, que había a esas horas rotado al Este, ponía a la nave desconocida en terrible peligro. Entre ella y el puerto se interponía un gran arrecife plano, contra el cual han encallado cantidad de barcos, con el viento de ese cuadrante se convertía en un escollo casi imposible de franquear en caso de que intentara ganar el refugio del puerto. Ya era casi la hora de la pleamar, pero tan colosales eran las olas que en sus senos se hacían visibles las arenas de la playa. Y la goleta, desplegadas

todas sus velas, se precipitaba con tanta velocidad que, en las palabras de un viejo lobo de mar, «debía llegar a alguna parte, aunque solo fuera al infierno».

Luego hubo otro avance de la bruma, una masa espesa y húmeda, más impenetrable que todas las nubes llegadas sobre Whitby hasta entonces, envolvió cada cosa en su tupido sudario gris, y dejó a los hombres solo el órgano del oído, mientras el fragor de la tempestad, el cañoneo de los truenos y el retumbar de las poderosas olas se hacían más fuertes que nunca. Los rayos del reflector se mantuvieron fijos en la boca del puerto, justo sobre el muelle contra el cual se esperaba que abordara la extraviada goleta. Nada se veía. La multitud aguantaba la respiración. Hasta que volvió a virar el viento, repentinamente saltó hacia el Noreste, se diluyó la bruma, y entre los muelles, alzándose de ola en ola a pasmosa velocidad, con todas sus velas desplegadas, arribó a puerto la extraña goleta. El reflector la siguió y un escalofrío recorrió a cuantos la vieron, pues atado al timón había un cadáver, volcada su cabeza, que se balanceaba hacia una y otra banda con cada movimiento. Ninguna otra forma podía avistarse en cubierta.

Un estado de reverencia y temor trastornó a la multitud al advertirse que la goleta, como por milagro, había encontrado el puerto gobernada por las manos de un muerto. Más rápidamente de lo que tardo en escribir estas palabras sucedió todo. No se detuvo la goleta, sino que tras cruzar la dársena a todo trapo, varó sobre un banco de arena y grava depositado por muchas mareas y muchas tormentas en la esquina sudeste del muelle situado bajo East Cliff, localmente conocido como Tate Hill.

Al embestir la nave contra la arena, se produjo una violenta sacudida. Una parte del palo mayor se vino abajo. Un inmenso perro salió a cubierta desde el interior de la nave en el mismo instante en que su roda rasgaba la arena. Desde la proa saltó hacia la playa, corrió directamente hacia el recto acantilado sobre el que cuelga el cementerio de la iglesia, por lo cual varias lápidas se han derrumbado, y desapareció en la oscuridad, que parecía intensificarse más allá de la columna de luz trazada por el reflector.

No había nadie en el muelle de Tate Hill en esos momentos, ya que todo el mundo había trepado a las alturas para apreciar mejor el espectáculo de la tempestad. Por eso, el capitán del guardacostas de turno en el lado este del puerto, quien de inmediato corrió hacia el pequeño muelle, fue el primero que pudo subir a bordo. Los hombres que manejaban el reflector, después de escudriñar una vez más la entrada al puerto, sin ver nada, dirigieron la luz hacia el buque abandonado y la mantuvieron allí. El capitán del guardacostas saltó sobre la cubierta de popa, y cuando llegó al lado de la rueda, se inclinó

para examinarla, de pronto retrocedió como estremecido por una fuerte emoción. Esto azuzó la curiosidad general y buen número de personas comenzaron a correr hacia la nave recién llegada. Es un buen trecho el que hay desde West Cliff pasando por el puente de Drawbridge hasta el muelle de Tate Hill. Pero vuestro corresponsal es bastante buen corredor y alcanzó la meta con apreciable ventaja sobre el resto de los curiosos que alborotaban ese camino. Sin embargo, al llegar, encontré reunida sobre el viejísimo muelle a una muchedumbre. El capitán del guardacostas y la policía no les permitían subir a la nave. Por cortesía del jefe de marineros, se me permitió, como corresponsal que soy, abordar. Fui uno de los pocos que vio al muerto aún a la rueda del timón.

No es de extrañar que el capitán del guardacostas se hubiera espantado, no se ven todos los días cosas semejantes. El pobre hombre estaba atado de manos a las cabillas. Entre su mano derecha y la madera había un crucifijo. Las idas y vueltas de las velas, sin nadie que las atendiera, habían hecho girar de manera enloquecida la rueda, y los cabos que lo mantenían aferrado a ella rebanaron su carne hasta el hueso. Una detallada descripción de su estado fue consignada, y un médico, el cirujano J. M. Caffyn, de East Elliot Place 33, declaró, tras su examen, que el hombre debió haber estado muerto por lo menos durante dos días. En su bolsillo había una botella, cuidadosamente tapada con un corcho, y vacía salvo por un pequeño rollo de papel, que resultó el apéndice del diario de bitácora.

El capitán del guardacostas afirmó que el hombre debió atar sus propias manos apretando los nudos con los dientes. El hecho de que el capitán del guardacostas fuera el primero en subir a bordo, puede evitar algunas complicaciones más tarde en la corte del almirantazgo; pues los guardacostas no pueden reclamar el derecho de salvamento a que pueden optar todos los civiles que sean primeros en encontrar un barco abandonado.

Sin embargo, los funcionarios legales ya se están moviendo, y un joven estudiante de leyes está asegurando en altas y claras voces que los derechos del propietario ya están completamente sacrificados, siendo retenida su propiedad en contravención a los estatutos de manos muertas, ya que la caña del timón, o la rueda, como emblema, si no es prueba de posesión delegada, es considerada mano muerta. El marino muerto ha sido reverentemente retirado del sitio donde mantenía su venerable guardia, con rumbo al depósito de cadáveres, donde ha de esperar futuras pesquisas.

Ya amaina el viento; la gente se desperdiga en dirección a sus hogares, sobre la campiña de Yorkshire comienza el cielo a arrebolarse. Enviaré,

espero que a tiempo para la próxima edición, más detalles de la nave que tan milagrosamente halló su ruta en medio de la tempestad.

9 de agosto. La secuela al extraño arribo de la nave huérfana en la tormenta de anoche resulta aún más asombrosa que el hecho mismo. La goleta es de bandera rusa, con puerto de matrícula en Varna, *Demeter* es su nombre. Está llena, casi enteramente cargada con arena de plata; aparte de él solo hay una pequeña cantidad de carga: algunas cajas de madera, bastante grandes y llenas de tierra. Dicha carga está consignada a un procurador de Whitby, el señor S. F. Billington, de Crescent Street 7, quien esta mañana fue a bordo y tomó posesión formal de los bienes a su nombre. El cónsul ruso, actuando por la parte del embarque, tomó posesión formal del barco y pagó todos los impuestos portuarios. Los empleados del Ministerio de Comercio han sido exageradamente escrupulosos en ver que todos los trámites legales se cumplieran de acuerdo con las disposiciones vigentes en el reino. Están haciendo todo lo posible para que no haya lugar a mayores complicaciones.

Se nota un marcado interés por el can que desde las entrañas del *Demeter* ganó la costa al momento de la varadura, y más de un miembro de la Asociación Protectora de Perros, muy influyente aquí en Whitby, ha tratado de hacerse cargo del animal. Para desconsuelo generalizado, no ha sido posible encontrarlo por ninguna parte; parece haber desaparecido por completo del pueblo. Muy bien puede ser que se encontrara aterrorizado y corriera a refugiarse en los pantanos, donde posiblemente esté aún escondido. Algunos consideran esta última posibilidad con cierto resquemor, pues podría ser que luego se convirtiera en un peligro, ya que a todas vistas se trata de una bestia feroz. Esta mañana, un perro grande, un mastín mestizo perteneciente a un comerciante de carbón cercano al muelle de Tate Hill, apareció muerto en el camino frente al patio de su dueño. Había estado peleando, al parecer con un adversario salvaje, ya que tenía la garganta desgarrada y su vientre abierto como por una poderosa garra.

Más tarde. Por amabilidad del inspector del Ministerio de Comercio, se me ha permitido leer el cuaderno de bitácora del *Demeter*, incluido desde hace tres días en el sumario judicial, pero no advertí en él ningún pasaje de especial interés, salvo lo relativo a los hombres desaparecidos. El mayor interés se centra en el papel contenido en la botella que tenía el muerto

consigo. Puedo asegurar que nunca se había atravesado en mi camino cuento más extraño del que parece deducirse de estos documentos.

Como no hay motivos para guardar secreto en la pesquisa, se me permite que use tal material, omito solo algunos detalles técnicos de marinería y carga. Parece que el capitán hubiera sido afectado por una especie de manía antes de abrirse camino hasta el mar abierto, y que tal manía se agravara durante la travesía. Por supuesto, mi afirmación debe tomarse con prudencia, ya que estoy escribiendo según me dicta amablemente un empleado del cónsul ruso.

Cuaderno de bitácora del *Demeter*

De Varna a Whitby.

Escrito el 18 de julio. Pasan cosas tan extrañas a bordo, que he decidido, de aquí en adelante, consignar la información más detallada posible hasta que lleguemos a tierra.

El 6 de julio terminamos de embarcar el cargamento, arena de plata y cajas con tierra. Por la tarde zarpamos. Viento del Este, fresco. Tripulación: cinco marineros, dos oficiales, cocinero y yo (capitán).

El 11 de julio al amanecer entramos al Bósforo. Subieron a bordo empleados turcos de la aduana. Sobornos. Todo correcto. Reanudamos viaje a las 4 pm.

12 de julio, a través de los Dardanelos. Más empleados de aduana y barco insignia del escuadrón de guardia. Otra vez sobornos. Un trabajo de revisación exhaustivo pero rápido. Querían deshacerse de nosotros con prontitud. Al anochecer pasamos al archipiélago.

El 13 de julio pasamos cabo Matapán. La tripulación se encuentra insatisfecha por algo. Parece asustada, no dice por qué.

El 14 de julio estuve un tanto ansioso por la tripulación. Todos los hombres son de confianza y han navegado conmigo otras veces. El piloto tampoco pudo averiguar lo que sucede; solo le dijeron que había algo y se persignaron. El piloto perdió la paciencia con un marinero y lo golpeó. Esperaba que se armase una gresca feroz, pero no sucedió. Todo continúa tranquilo.

El 16 de julio el piloto informó en la mañana que uno de la tripulación, Petrovsky, ha desaparecido. No pudo ofrecer más datos. A las ocho campanadas tomó guardia; lo relevó Abramov, pero no volvió a acostarse en su hamaca. Los hombres, muy deprimidos, aseguraron que se esperaban algo así, pero no dijeron mucho más, solo que hay algo a bordo. El piloto se está poniendo muy impaciente con la marinería; temo nuevos incidentes.

El 17 de julio, ayer, uno de los hombres, Olgaren, llegó a mi cabina y de una manera confidencial y temerosa se confesó conmigo: está convencido de que hay un extraño a bordo. Me contó que durante su cuarto de guardia, mientras se parapetaba de los rociones tras la caseta de cubierta, vio a un hombre alto, delgado, que no se parecía a ninguno de la tripulación, subiendo la escala de la cámara y luego caminando por cubierta hasta desaparecer. Trató, cautelosamente, de seguirlo, pero al llegar cerca del castillo de proa pareció desvanecerse. Todas las escotillas se encontraban perfectamente cerradas. Le entró un miedo pánico. Temo que ese miedo supersticioso pueda contagiarse al resto de los hombres. Hoy haré que registren minuciosamente el barco de proa a popa.

Más tarde el mismo día. Reuní a toda la tripulación y les dije que, como ellos suponían la presencia de alguien ajeno a bordo, buscaríamos. El primer oficial se enojó; calificó de tontería tal presunción y dijo que ceder ante una idea tan estúpida iba a desmoralizar aún más a los hombres. Dijo, también, que él se comprometía a regresarlos al orden a punta de garrote. Lo dejé a la rueda mientras el resto comenzaba a buscar, manteniéndonos unos al lado de otros con linternas. No dejamos rincón sin registrar. Como todo lo que hay a bordo son unas grandes cajas de madera, no hay demasiados resquicios donde un hombre se pueda esconder. La tripulación se notó aliviada cuando terminamos el registro y retomó sus tareas con alegría. El primer oficial rezongó, pero no dijo nada más.

22 de julio. Los últimos tres días, tiempo malo, toda la marinería ocupada en las velas. Los hombres parecen haber olvidado sus temores. No hay tiempo para estar asustados. El piloto, alegre otra vez; todo marcha bien gracias al mal tiempo. Elogié a los hombres por su magnífica labor. Pasamos Gibraltar y salimos al mar abierto.

24 de julio. Parece que pesa una maldición sobre este barco. Ya teníamos un marinero menos, y anoche, al entrar al Golfo de Vizcaya con un temporal de mil diablos, otro hombre ha desaparecido sin dejar rastro. Como el

primero, dejó su guardia y no se lo volvió a ver. Todos los marineros tienen un miedo pánico; acepté su solicitud de que se hagan guardias de a dos, ya que tienen miedo de permanecer solos. El piloto se puso furioso. Temo que podamos tener problemas, tanto él como los marineros pueden apelar a la violencia.

28 de julio. Cuatro días de infierno, bamboleándonos en una especie de tifón. Nadie logró dormir. Todos los hombres están cansados. Apenas sé cómo armar una guardia, ninguno está en condiciones de seguir adelante. El segundo oficial se ofreció voluntariamente a timonear, permitiendo así que los hombres duerman al menos un par de horas. El viento está amainando; el mar todavía es terrorífico, pero el barco ha ganado algo de estabilidad.

29 de julio. Otra desgracia. Esta noche tuvimos guardia simple, ya que la tripulación está muy cansada para hacerla doble. Cuando el relevo de la mañana subió a cubierta no pudo encontrar a nadie a excepción del piloto. Comenzó a gritar y todos salieron. Se hizo un minucioso registro, pero no se encontró a nadie. Ahora estamos sin segundo oficial y con la tripulación en gran pánico. El piloto y yo convinimos andar de ahora en adelante armados.

30 de julio. Noche. Todos contentos, pues nos acercamos a Inglaterra. Tiempo magnífico, todas las velas desplegadas. Me retiré por agotamiento; dormí profundamente; fui despertado por el primer oficial diciéndome que el marinero de guardia y el piloto habían desaparecido. Solo quedamos el primer oficial y yo para gobernar el barco.

1.º de agosto. Dos días de niebla y sin avistar una vela. Había esperado que en el Canal de la Mancha pudiéramos hacer señales de auxilio o tomar puerto en algún lado. Sin fuerzas ya para trabajar en las velas, solo nos queda navegar a favor del viento. No nos atrevemos a arriarlas porque no podríamos izarlas otra vez. Somos arrastrados al parecer hacia un terrible desenlace. El primer oficial está ahora más desmoralizado que cualquiera de los hombres. Su naturaleza, más fuerte, parece que ha trabajado interiormente en su propia contra. Los hombres están más allá del miedo, trabajan con fuerza y paciencia, preparadas sus mentes para lo peor. Son rusos; él es rumano.

2 de agosto, medianoche. Me desperté con un grito después de dormir unos pocos minutos. Aunque el grito parecía haber sonado junto a mi puerta, no podía ver nada por la neblina. Corrí a cubierta y choqué contra el primer oficial. Él también escuchó el grito y corrió, pero no había señales del hombre de guardia. Otro menos. ¡Señor, ayúdanos! El primer oficial dice que ya

debemos haber pasado el estrecho de Dover, pues en un momento en que se aclaró la niebla alcanzó a ver North Foreland. Si es así, ya estamos en el Mar del Norte, y solo Dios puede guiarnos en esta niebla que parece moverse con nosotros; y Dios parece que nos ha abandonado.

3 de agosto. A medianoche fui a relevar al hombre que estaba al timón, y cuando llegué no encontré a nadie. El viento era firme, y como navegamos hacia donde nos lleve, no había ningún movimiento. No me atreví a dejar solo el timón, por lo que le grité al oficial. Después de unos segundos subió corriendo a cubierta en ropa interior. Desorbitados los ojos y el rostro macilento, mucho temo que haya extraviado la razón. Se acercó a mí, y con voz ronca, la boca cerca de mi oído, como si temiese que el mismo aire pudiera escuchar, me susurró: «Está aquí; ahora lo sé. Al hacer guardia anoche lo vi, un hombre alto y delgado, sepulcralmente pálido. Estaba cerca de la proa, mirando hacia afuera. Me acerqué a él a rastras y le hundí mi cuchillo; pero el cuchillo lo atravesó como si estuviera hecho de aire». Al tiempo que hablaba sacó su cuchillo y empezó a moverlo salvajemente. Luego, continuó: «Pero como está aquí, lo encontraré. En la bodega, quizás en una de esas cajas. Una por una las destornillaré para ver. Usted mantenga el timón». Y con una mirada de advertencia, poniéndose el dedo sobre los labios, se dirigió hacia la bodega. Se estaba alzando un viento peligroso, por lo tanto yo no podía dejar el timón. Lo vi salir otra vez a cubierta con una caja de herramientas y una linterna y descender por la escotilla delantera. Está loco; completamente delirante, y no tiene sentido que trate de detenerlo. No puede hacer daño a esas grandes cajas: están catalogadas en la lista de cargamento como «arcilla», que las arrastre de un lado a otro no tiene ninguna importancia. Aquí me quedo, cuido del timón y escribo estas notas. Solo puedo confiar en Dios y esperar a que la niebla se aclare. Entonces, si puedo pilotear la nave hacia cualquier puerto con el viento que haya, arriaré las velas y haré señales de auxilio…

Ya casi todo ha terminado. Cuando estaba comenzando a creer que el primer oficial podría regresar más calmado, pues lo escuché martillando algo abajo, en la bodega, y bien sé que trabajar le hace bien, subió por la escotilla un grito que me heló la sangre; luego apareció él sobre cubierta como disparado por un arma, con los ojos girando enloquecidos y el rostro convulso. «¡Sálveme, sálveme!». Luego miró a su alrededor, hacia el manto de niebla. Su horror se volvió desesperación, pero con voz tranquila me dijo: «Sería mejor que usted también viniera, capitán, antes de que sea demasiado tarde. Está aquí. Ahora conozco el secreto. ¡El mar me salvará de él! ¡Es todo

lo que me queda!». Y antes de que yo pudiera decir una palabra, o pudiera adelantarme para detenerlo, saltó sobre la amura y se arrojó al agua. Supongo que ahora también yo conozco el secreto. Fue este loco el que despachó a los hombres, uno tras otro, y ahora los ha seguido en su destino. ¡Dios me asista! ¿Cómo podré contar todos estos horrores cuando llegue a puerto?

4 de agosto. Niebla, todavía niebla, niebla que el sol no puede atravesar. Sé que el sol ha ascendido porque soy marinero, pero nada más. No me atrevo a ir abajo; no me atrevo a abandonar el timón; así es que pasé aquí toda la noche, y en la velada oscuridad de la noche lo vi, ¡lo vi a él! Dios me perdone, el oficial tuvo razón al saltar por la borda. Era mejor morir como un hombre; la muerte de un marino en las aguas del mar no puede ser objetada por nadie. Yo soy el capitán, no puedo abandonar mi barco. Pero frustraré a este enemigo o monstruo, cuando mis fuerzas comiencen a fallar ataré mis manos al timón, y junto con ellas ataré esto… Esto a lo cual no se atreverá a tocar; y entonces, venga buen viento o mal viento, salvaré mi alma y mi honor.

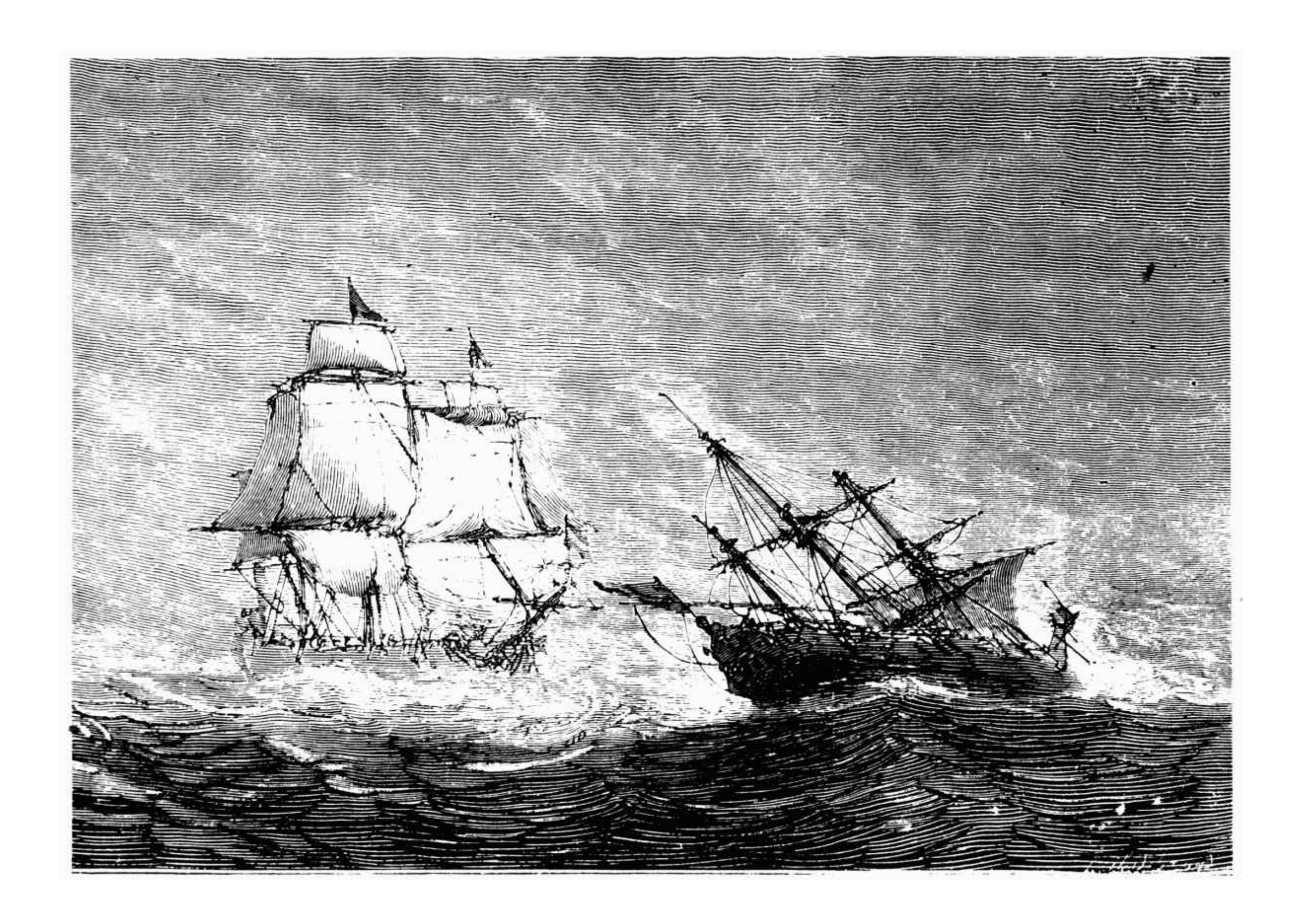
Me estoy debilitando, la noche se acerca. Si se aparece, puede ser que yo no tenga tiempo ni fuerza para actuar… Si naufragamos, tal vez se encuentre esta botella, y quienes me encuentren comprenderán; si no… Que me sepan los hombres fiel hasta el último instante al juramento del marino. Que Dios y la Virgen Santísima y todos los santos ayuden a una pobre alma ignorante que trata de cumplir con su deber…

El veredicto fue, por supuesto, de absolución. No hay evidencia en contra que aducir; y si fue el hombre mismo quien cometió los asesinatos, o no fue él, es algo que nadie podrá ya atestiguar. El pueblo aquí sostiene casi universalmente que el capitán es un héroe, y se lo va a enterrar con todos los honores. Ya está dispuesto que su cuerpo sea llevado con un tren de botes por un trecho a lo largo del Esk, luego será traído de regreso hasta el muelle de Tate Hill y subido por la escalinata hasta la abadía, pues se ha dispuesto que sea enterrado en el cementerio de la iglesia, sobre el acantilado. Los propietarios de más de cien barcazas ya han dado sus nombres, señalando que desean seguir mañana el cortejo fúnebre.

No se han encontrado rastros del inmenso perro, lo cual produjo bastante pena, en el estado actual de la opinión pública, el pueblo hubiera adoptado a ese pobre animal.

IV

VÓRTICES, GALERNAS, CALMAS, ABISMOS



Desde siempre, y no demasiado secretamente, la literatura marinera miró con envidia a la pintura. Los maestros holandeses con sus vistas de tormentas y naufragios que se adelantaron siglos al cine catástrofe, la teatralidad exasperada de *La balsa de la Medusa* de Géricault, los remolinos de Turner donde materia y movimiento se disgregan (se integran) en luz y color, las galernas geométricas de los mares de Doré se presentan como fronteras imposibles de ser traspasadas por la palabra escrita. Su truco, entonces, fue la interioridad: ¿qué tormentas, qué tormentos, surcan los mares íntimos de quienes navegan?

Hasta la música se avino a las tormentas con ventaja. En el barroco dar la impresión de una tormenta se constituyó en obsesión de los compositores: Marin Marais, Telemann, Händel se las ingeniaron mediante diversas formaciones instrumentales con ese objetivo. Pero quizás el mejor ejemplo sea *La tempesta di mare*, primero de los conciertos de la naturaleza del *Prete Rosso*, Antonio Vivaldi. Sus ritornelos y la sabia disposición de sus movimientos —allegro, largo, presto— crean una estructura, remueven unos afectos y suscitan unas sensaciones a las que ni siquiera la poesía más osada logra aproximarse. También de Vivaldi es el aria *Agitata da due venti* —de la ópera *Griselda* (1701), basada en un relato del *Decamerón* de Giovanni Boccaccio—. Su texto, una modulación particular del tópico de la *navigatio vitae*, se refiere al conflicto entre deber y amor: «Agitadas por dos vientos, / se agitan las olas en mar turbado / y el vigía aterrorizado / ya se ve naufragar». La tormenta verdadera acecha más que en su letra en su música. En una breve biografía de Rossini, Stendhal dejó planteada la vinculación entre ornamento y voluptuosidad. *Agitata da due venti*, un aria de coloratura de tal dificultad que parece imposible que una voz humana pueda cantar lo que la partitura pide —como si la voz fuera un violín extremadamente virtuoso— enloquece de adornos, y en esa locura expone la paradójica voluptuosidad del naufragio en toda su violencia y ambigüedad. El terror de naufragar es también el terror al deseo de naufragar. «La música me posee como un mar» escribió Charles Baudelaire. El poema que se inicia con tal sentencia —«La música»— concluye invocando al mar calmo como «gran

espejo de mi desesperación». Allí se mira la literatura, consciente de lo que no puede y ávida de jugar con sus límites. Corteja sus fracasos y se toma la gran revancha en las calmas, esa otra forma, sutil y laberíntica, de la tormenta.

Francisco Tario

LA NOCHE DEL BUQUE NÁUFRAGO

(*La noche*, 1943)

Peregrino de todos los mares; marinero de todos los puertos; noctámbulo de todas las noches… decidí sucumbir para siempre.

Nada sobre la Tierra permanecía oculto para mí: la inmensidad azul o negra de los océanos; la bienvenida alegre de las ciudades, blancas; la línea recta y excitante de las costas tropicales; los acantilados con sus cavernas de monstruos; las bahías aceitosas y grises de los mares africanos; las cordilleras más altas —peladas unas, otras azules de misterio—; los amaneceres radiantes; los crepúsculos lánguidos; las tempestades, la inercia, el estruendo; la piedad y la gula, la lujuria y las auroras boreales.

De día, como un meteoro, he surcado los mares, arrullando a los hombres. De noche, como un palacio iluminado, he velado su sueño. He transportado de extremo a extremo del planeta las mercancías más exóticas: del trópico, vainilla, azúcar y piedras preciosas; de los climas templados, aceite, nueces y vinos; de las crestas heladas, maderas sólidas y pieles. Conozco el uranio, la seda, la morfina y la dinamita; el *champagne*, el plomo y el éter. He tenido entre mis brazos a hombres de todas las razas; he escuchado lenguas de todas las latitudes. He sido testigo de los ritos más paganos, de los más obscuros raptos. Innúmeras veces llevé conmigo al amor, a la muerte y a la esperanza.

Ancianos de barba plateada se apoyaban junto a mi borda, mirando al mar con ojos ahítos; niños de mejillas frescas y triunfales animaban mi ruta; músicas de genios ausentes retumbaban en mis entrañas; visionarios de mil ideales ocultos se tendían sobre mi proa, pretendiendo descifrar cada cual su enigma; amantes, de carnes febriles o yertas, consumaban el acto genésico; científicos, aventureros, cortesanas ricas y toxicómanos envilecidos recorrieron sin cesar mis cubiertas; caballos de pura sangre, reptiles y bacilos destinados al laboratorio compartieron mis inquietudes. Transporté una locomotora y un ramo de orquídeas; un niño recién nacido y un moribundo;

un banquero y un poeta; una reina y un prófugo. Conozco todos los vicios del hombre; las brumas de la justicia; el orden de los astros. Lo conozco todo, y decidí sucumbir.

Fue una noche clara, muy tibia.

Ha tiempo me asediaba el terror, la congoja, todos esos sentimientos pestilentes que agitan al hombre en cuanto la vejez se acerca. Una sensación inexplicable —mezcla de tedio y nostalgia por la juventud extinguida— me oprimía, rumbo a las playas de Asia. Navegaba yo, pues, ausente, extraño a mí mismo, como un carricoche cualquiera que rueda a merced del caballito que tira de él. No ansié nunca ser inmortal, porque ello presupone el hastío. Tampoco temí jamás a la muerte.

En cambio, me llenó siempre de cruel espanto la vejez. La decrepitud de un barco es el espectáculo más monstruoso que pueda darse. La decrepitud de un ser triunfante de la Naturaleza solo tiene un paralelo: el río, que, al secarse, muestra sin pudor alguno su ridícula osamenta. En un tiempo, sus aguas profundas y verdes contenían el secreto de toda belleza; hoy, sobre sus piedras ardientes cantan los grillos feos, los sapos, y millones de moscas ventrudas olfatean y engullen el excremento de los asnos.

Mi terror, por consiguiente, era justificado.

No deseaba yo —viajero de lunas y soles— verme arrumbado en un muelle de fuego, bajo una luz extenuante, retorcidos mis músculos en siniestras contorsiones, como un epiléptico en el desierto inútil. No deseaba ser ruina, guarida de aves y teatro de experimentos marinos. Pronto el metal de mis herrajes se cubriría de moho; mis mástiles se inclinarían como árboles sin savia; se crisparían mis maderas finas; y mis tres chimeneas paralelas serían igual que tres cruces gigantes sobre la tumba de un millonario. Deshabitado, absurdo, no tendría más valor que una reminiscencia. Imitaría, imperfectamente, sobre el fondo olivo del mar, uno de esos esqueletos antediluvianos que despiertan en los museos la ansiedad de las criaturas. Pertenecería a lo que fue. Y un día no muy lejano, una de esas tempestades colosales y frenéticas, que tanto he admirado, rompería mis amarras, golpearía mi casco contra las paredes del muelle, y, lentamente, tristemente, sin ningún espasmo, me iría sumergiendo allí, allí mismo, junto a las barquichuelas de los pescadores, entre el griterío de la multitud enardecida, cerca de los comercios, de los bártulos, de los retretes de los hombres. Ningún prodigioso abismo me acogería: solo diez, quince metros de agua turbia, pesada, multicolor por la abundancia de desperdicios.

Así, pues, deseé fenecer en la inmensidad de la noche, del mar abierto, bajo las estrellas chispeantes y la luna roja.

Ocurrió bien simplemente.

Sonaba la orquesta adentro. Se bebía *champagne*, cerveza helada y *kirsch*. Se comía caviar, cerezas en compota y galletas sodas. Bailaban los pasajeros, uno que otro tripulante y el capitán. Los marineros cantaban sobre la popa, acompañados de un acordeón. Un hombre solitario, junto a una grúa, limpiaba nerviosamente sus gafas. Otro, más viejo que este, miraba pensativamente a la obscuridad. En la cabina de un multimillonario yanqui se redactaba este telegrama: «*Happy New Year*».

Dos jovencitos núbiles, con las mejillas encendidas de deseo, tejían un sueño imposible de azahares, virginidad e incienso.

No sentí la menor inquietud o temor, el más leve remordimiento. ¡Era tan pueril todo aquello! ¡Es tan pueril realmente la vida de los hombres!

Miré por última vez al cielo alto, negro; a la luna mórbida, sangrante; a la espuma inquieta; a la concavidad profunda del horizonte. Una sed abrasadora —sed de agua salada— me quemó la garganta, cual si un fuego repentino hubiera estallado en mi pecho y se propagara a través de mis arterias. Abrí la boca y bebí. El agua penetró a borbotones, se precipitó en mi vientre, inundándome las entrañas. Cesó la orquesta. Se apagaron las luces. Tronó la sirena barriendo la llanura…

Y me hundí. Me hundí cruelmente con un mundo a cuestas; con el hombre que limpiaba sus gafas; con la compota de cerezas; con el acordeón de los marineros; con el uniforme del capitán; con las gemas y los metales de las señoras; con mil botellas de *champagne* sin descorchar…

Y otro mundo más noble, infinitamente más bello, salió a mi encuentro. Un mundo húmedo, susurrante y pleno. Un mundo de fosforescencias extrañas, de monstruos casi divinos, de sombras gráciles que se deslizan sin ningún ruido, de mujeres azules y hombres con escamas rojas, de copas cargadas de sal. Un mundo de floraciones perpetuas; de miradas inalterables; de paz y regocijo continuos.

Cuando caí al fondo escuché el canto triunfal de todos los buques muertos. Y me eché a dormir así, un poco fatigado, otro poco orgulloso, pensando con angustia en esos muelles infames donde los barcos decrépitos se retuercen vencidos, cobardes, enfermos…

Mónica Ávila

ENCAJES

(2013, inédito)

> *Ó pasar por Camariñas, por Camariñas cantando.*
> *As nenas de Camariñas quedan no río, lavando.*
>
> Cántiga de Camariñas

Punta do Boi, 10 de noviembre de 1890, los 175 tripulantes del *Serpent*, buque escuela de la Armada Británica, pelean con la tormenta. La costa se adivina, no se ve. De pronto, una ola levanta la embarcación y la estrella contra el fondo de lajas. Dicen que el crujido de las maderas del barco encajado se escuchó a pesar del temporal. A los gritos de miedo y desesperanza el agua se los llevó. Solo tres marineros se salvaron. Los encontraron sin saber cómo, aquí, en la Playa de Trece. Dicen los mismos que dicen que el cura ordenó construir para los muertos un único sepulcro (lejos de la iglesia porque no eran católicos, cerca del mar porque eran marineros). Durante varios días recogieron los cuerpos que las olas devolvían. Ahora el Cementerio de los Ingleses es tierra consagrada, tan cerca del agua y tan a merced del viento que no creo que sus moradores puedan olvidar.

La bruma sube del mar, la llovizna cae sobre el agua. No hay horizonte a la vista, solo la línea de luz que al mediodía riela apenas, sin apuro.

Imagino el pavor de navegar estas aguas en la oscuridad.

En la Costa da Morte, acantilados, temporales, naufragios. Entre el Faro de Finisterre y el de Camariñas cientos de barcos encontraron su fin del mundo.

Y cada vez que el mar se retira, deja en la playa una línea más de encaje. Cada ola va tejiendo la mortaja.

Ahora, entre las piedras, que en la Costa da Morte tienen vida y son diosas, con el agua hasta la cintura marisquean algunas mujeres, parecen no darse cuenta del viento que sopla envolviéndolas. Pasan las redes

camaroneras una y otra vez, y como en una batea que cuela pepitas de oro, pocos y pequeños crustáceos se adhieren al fondo.

Más allá, unos hombres hurgan entre las rocas. Salvo por el neoprene de sus trajes, parecen salidos de un grabado mitológico: en una mano el francajo de Neptuno, tridente cotidiano que se lleva sepias, pulpos y chocos; en la otra el cuchillo de marea, un sable de casi un metro que termina de dar muerte a las capturas.

De vez en cuando, algún grito se superpone al viento. Una carcajada dirigida a todos y a nadie. Predomina el mutismo de quienes se ven a diario y poco nuevo tienen para contarse.

Algo más lejos, en las calles de Camariñas, otras mujeres conversan de vereda a vereda y otras redes se tejen y se pasan.

Es mediodía y no es temporada.

Un hilo que es mío y no de Ariadna me lleva tras la música grabada en los oídos de la infancia: «Ó pasar por Camariñas, por Camariñas cantando». Otra tonada esconden estas calles. Una tonada de meigas de pelo rojo y fuego azul en las queimadas. Las maderitas de los bolillos tocan su propia tonada de huesos que se chocan, de nieve derritiéndose, cristales, mástiles, trinquetes, mayores y mesanas rompiéndose contra las piedras del fondo del océano. Y las encajeras tejen con esos bolillos sus redes y sus trenzas mientras el conjuro de la queimada promete que a caballo de sus escobas, también las brujas van a hundirse en el mar de Finisterra.

El hilo de Galicia me guía. La música es mi conjuro, entre pazos y castros. Las encajeras de Camariñas tejen guipures casi invisibles. En su transparencia conspiran rosas, estrellas, helechos y vilanos.

La almohada sobre la que las tejedoras hacen su encaje se llama mundillo. ¿Cuál es mi mundillo? ¿Cuál mi mar? ¿Cuál será mi encaje?

Yo no quiero ni randas ni puntillas de mortaja.

Emilia Pardo Bazán

EL VINO DEL MAR

(*En tranvía. Cuentos dramáticos*, 1901)

Al reunirse en el embarcadero para estibar el balandro *Mascota*, los cinco tripulantes salían de la taberna disfrazada de café llamada de «América» y agazapada bajo los soportales de la Marina fronterizos al Espolón; tugurio donde la gentualla del muelle: marineros, boteros, cargadores y lulos, acostumbra juntarse al anochecer. De cien palabras que se pronuncien en el recinto oscuro, maloliente, que tiene el piso sembrado de gargajos y colillas, y el techo ahumado a redondeles por las lámparas apestosas, cincuenta son blasfemias y juramentos, otras cincuenta suposiciones y conjeturas acerca del tiempo que hará y los vientos reinantes. Sin embargo, no se charla en «América» a proporción de lo que se bebe; la chusma de zuecos puntiagudos, anguarina embreada y gorro catalán es lacónica, y si fueseis a juzgar de su corazón y sus creencias por los palabrones obscenos y sucios que sus bocas escupen, os equivocaríais como si formaseis ideas del profundo Océano por los espumarajos que suelta contra el peñasco.

Acababan de sonar las ocho en el reloj del Instituto cuando acometieron aquellos valientes la faena de la estibadura, entre gruñidos de discordia. Y no era para menos. ¿Pues no se emperraba el terco del patrón en que la carga de bocoyes de vino, si había de ir como siempre en la cala, fuese sobre cubierta? Aquello no lo tragaba un marinero de fundamento como tío Reimundo, alias Finisterre, que había visto tanta mar de Dios. Ahí topa la diferencia entre los que navegaron en mares de verdad, donde hay tiburones y huracanes, y los que toda la vida chapalatearon en una ponchera. ¡Zantellas del podrido rayo! ¿Quería el patrón que el barco se les pusiese por sombrero? ¡Era menester estar loco de la cabeza, corcias! ¡Para más, en noche semejante, con lo falsa que es esa costa de Penalongueira, y habiendo empezado a soplar el Sur, un viento traidor que lleva de la mano el cambiazo al Nordés! No se la pegaba al tío Reimundo la calma de la bahía, sobre cuya extensión tersa y plácida

prolongaban las mil luces de la ciudad brillantes rieles de oro; al viejo le daba en la nariz el aire «de allá», de mar adentro, la palpitación del oleaje excitado por la mordedura de la brisa. Todo esto, a su manera, broncamente, a media habla, lo dijo Finisterre. El Zopo, otro experto, listo de manos y contrahecho de pies, opinaba lo mismo.

Pero Adrián y el Xurel —mozalbetes que acababan de alegrarse unas miajas con tres copas de caña legítima y sentían duplicados sus bríos— ya estaban rodando los bocoyes para encima de la *Mascota*. Sabedores de que aquellos toneles encerraban vino, los manejaban con fiebre de alegría codiciosa, calculando la suma de goces que encerraban en sus panzas colosales. ¿A ellos qué les importaban los gruñidos de Finisterre? Donde hay patrón no manda marinero.

Entre gritos furiosos para pujar mejor, el «¡ahiaaá!» y el «¡eieiea!» del esfuerzo, acabose la estibadura en una hora escasa. Sobre el cielo, antes despejado, se condensaban nubes sombrías, redondas, de feo cariz. Un soplo frío rizaba la placa lisa del agua. Juró Finisterre entre dientes y renegó el patrón de los agoreros miedosos. Mejor si se levantaba viento; ¡así irían con la vela tan ricamente! El balandro no era una pluma, y necesitaba ayuda, ¡carandia! Y ocupó su lugar, empuñando el timón. ¡Ea, hala, rumbo avante!

Como por un lago de aceite marcharon mientras no salieron de la bahía. Según disminuía y se alejaba la concha orlada de resplandor y el rojo farol del Espolón llegaba a parecer un punto imperceptible, y otro la luz verde del puerto, el vientecillo terral insistía, vivaracho, como niño juguetón. Habían izado la cangreja, y la *Mascota* cortó el oleaje más aprisa, no sin cabecear. Descasaban los remeros, bromeando. Solo Finisterre se ponía fosco. A cada balance de la embarcación le parecía ver desequilibrarse la carga.

Ya transponía la barra, y el alta mar luminosa, agitada por la resaca, se extendía a su alrededor. Para «poncheras» según el despreciativo dicho del tío Reimundo, la ponchera «metía respeto». El patrón, a quien se le iba disipando el humo de la caña, fruncía las cejas, sintiendo amagos de inquietud. Puede que tuviese razón aquel roñicas de Finisterre; la mar, sin saber por qué, no le parecía mar de gusto… Cara de zorra tenía, cara de dar un chasco la maldita…

Al vientecillo se le antojó dormirse, y una especie de calma de plomo, siniestra, abrumadora, cayó encima. Fue preciso apretar en los remos porque la vela apenas atiesaba. El balandro gemía, crujía, en el penoso arranque de su marcha lenta. Súbitas rachas, inflando la cangreja un momento, impulsaban la embarcación, dejándola caer después más fatigada, como espíritu que

desmaya al perder una esperanza viva. Y cuando ya veían a estribor la costa peligrosa de Penalongueira, que era preciso bordear para llegarse al puertecillo de Dumia y desembarcar el género, se incorporó de golpe Finisterre, soltando un terno feroz. Acababa de percibir, allá a lo lejos ese ruido sordo y fragoroso de la tempestad repentina, del salto del aire que azota de pronto la masa líquida y desata su furor. El patrón, enterado, gritaba ya la orden de arriar la vela. Aquello fue ni visto ni oído.

Enormes olas, empujándose y persiguiéndose como leonas enemigas, jugaban ya con el balandro, llevándolo al abismo o subiéndolo a la cresta espantosa. De cabeza se precipitaba la embarcación, para ascender oblicuamente al punto. El patrón, sintiendo su inmensa responsabilidad, hacía milagros, animando, dirigiendo. ¡La tormenta! ¡Bah! Otras había pasado y salido con bien, gracias a Dios y a Nuestra Señora de la Guía, de quien se acordaba mucho entonces, con ofrecimientos de misa y exvotos de barquitos, retratos de la *Mascota* para colgar en el techo del santuario… Verdad; no era el primer temporal que corrían; pero… no llevaban la carga estibada sobre cubierta, sino en el fondo de la cala, bien apañadita, como Dios manda y se requiere entre la gente del oficio. Y los que habían cometido aquella barbaridad supina, ahora, a pesar de las furiosas voces de mando de patrón, perdían los ánimos para remar, como si sintiesen en las atenazadas mejillas el húmedo beso de la muerte… Solo una resolución podía salvarlos. Finisterre la sugirió, mezclando las interjecciones con rudas plegarias. El patrón resistía, pero el cariño a la vida tira mucho, y por unanimidad resolvió largar al agua los malditos bocoyes. ¡Afuera con ellos, antes de que se corriesen a una banda y sucediese lo que se estaba viendo venir! Sin más ceremonias empujaron una de las barricas para lanzarla por encima de la borda…

Los que intentaron la faena solo tuvieron tiempo de retroceder a saltos. La barrica andaba; la barrica se les venía encima ella sola. Y las demás, como rebaño de monstruos panzudos, la seguían. Corrían, rodaban locas de vértigo, a hacinarse sobre la banda de babor, y el balandro, hocicando, con la proa recta a la sima, daba espantoso salto, el pinche-carneiro vaticinado por Finisterre, y soltando en las olas toda su carga, barricas y hombres, flotaba quilla arriba, como una cáscara de nuez.

La primera noticia del naufragio se supo en el puertecillo de Ángeles, frontero a la bahía, porque dos bocoyes salieron allí, a la madrugada, y quedaron varados en la playa al retirarse la marea. Corrió el rumor de la presa, y se apiñaron en la orilla más de cien personas —pescadores, aldeanos, carreteros, carabineros, sardineras, mujerucas, chiquillería—. Nadie ignoraba

lo que significa la aparición de bocoyes llenos en una playa de la costa. Aún les retumbaba en los oídos el bramar de la tormenta. Pero ahora hacía un sol hermoso, un día magnífico, «criador». Era domingo; por la tarde bailarían en el castañal; y con la presa, no había de faltar vino para remojar la gorja. ¡Nadie hizo comentarios tristes, sino los pescadores, que, sin embargo, se consolaron pensando en el rico vientre de las barricas…! Solo una vejezuela, que había perdido a su mozo, su hijo, de veinte años, en un lance de mar, escapó de la playa dando alaridos y apostada cerca del carro en el cual fueron llevados los toneles al campo de la romería, chillaba:

—¡No, bebades, no bebades! Ese vino sabe a la sangre de los hombres y al amarguío de la mar.

Le hicieron el mismo caso que los tripulantes del balandro a Finisterre.

Edgar Allan Poe

UN DESCENSO AL MAELSTRÖM

(1841)

> Los caminos de Dios en la naturaleza y en la providencia
> no son como los nuestros; ni pueden nuestras obras cotejarse
> de manera alguna con la vastedad y la inescrutabilidad de Sus obras,
> que albergan una profundidad más prodigiosa que la del pozo de Demócrito.
>
> Joseph Glanvill

Habíamos alcanzado la cumbre más alta. Durante algunos minutos, el anciano pareció excesivamente cansado para hablar.

Después de un rato, empezó con su narración:

—Hasta no hace mucho podría yo haberlo guiado en esta subida como el más joven de mis hijos. Pero hace tres años me ocurrió algo nunca antes ocurrido a ningún mortal… al menos, no a alguien que haya sobrevivido para contarlo; las seis horas de espanto que entonces soporté han devastado mi cuerpo y mi alma. Quizás me crea usted muy viejo. No es así. Bastó menos de un día para que mis cabellos, antes como el azabache, se tornaran blancos. Se debilitaron mis miembros, y tan excitables quedaron mis nervios que hasta una sombra me asusta. Apenas puedo asomarme desde esta pequeña prominencia sin sentir vértigo. ¿Me cree usted?

La «pequeña prominencia» a cuyo filo se había echado a descansar, con tanta despreocupación que parte de su cuerpo sobresalía mientras él hincaba su codo en la traicionera arista, dominaba un precipicio de negra roca reluciente. Mil quinientos o seiscientos pies abajo acechaba una miríada de horrendos despeñaderos. Nada me hubiera podido convencer de acercarme a menos de seis yardas. Tanto me impresionaba la postura de mi compañero, que me extendí en tierra cuan largo era aferrado a los arbustos que me

rodeaban, ni siquiera me aventuraba a alzar la vista hacia el cielo mientras combatía por borrar de mi mente la idea de que el furioso viento amenazaba los cimientos de aquella montaña. Buen rato pasó hasta que reuní el coraje para sentarme y otear a lo lejos.

—Debe usted curarse de esas aprensiones —me retó el guía—, lo he traído hasta aquí para que tenga la mejor vista posible del sitio donde ocurrió el episodio al que aludí… y para narrarle completa la historia con su escenario presente.

«Nos hallamos», agregó con el modo escrupuloso que lo caracterizaba, «muy cerca de la costa de Noruega, a los sesenta y ocho grados de latitud, en el distrito de Lofoden, perteneciente a la provincia de Nordland. El monte cuya cima acabamos de coronar es el Helseggen, apodado el Nebuloso. Afírmese a las matas si se halla un poco mareado, pero trate de ponerse en pie… ¡Así! Ahora mire. Más allá del anillo de vapor que hay debajo de nosotros, hacia el mar».

Aún lleno de vértigo, descubrí una extensión oceánica de aguas cuyo color tan parecido era a la tinta que recordé al geógrafo nubio del Mare Tenebrarum. No hay humana fantasía que pueda concebir un panorama de mayor desolación. A derecha y a izquierda, hasta donde la mirada alcanzaba, se erguían cual murallas cadenas de acantilados horriblemente negros, cuya lobreguez reforzaba, por contraste, una lívida resaca rompiendo contra ellos, eternamente aullando y rugiendo. Opuesta al promontorio sobre el cual nos hallábamos, a cinco o seis millas mar adentro, se divisaba una pequeña isla desértica; la adivinábamos, más que verla, merced al oleaje desatado que la envolvía. Unas dos millas más cerca, emergía otra isla más pequeña, terriblemente escarpada, estéril, rodeada por legiones de oscuras rocas.

En toda la franja de mar situada entre la mayor de las islas y la costa, el agua presentaba un aspecto extraordinario. Soplaba hacia tierra un viento de tal intensidad que un bergantín se mantenía, de proa al mar abierto, a la capa con dos rizos en su vela mayor. A cada momento se perdía de vista entre las ondas pese a surcar aguas sin nada que se parezca a un oleaje enfurecido, tan solo se observaba un fugaz, veloz y frenético embate de la marejada en todas direcciones, tanto a favor del viento como hacia otros rumbos. Tampoco se veía espuma salvo entre los roqueríos a media agua.

Continuó el anciano:

—La isla más alejada es la que los noruegos denominan Vurrgh. A mitad de camino puede ver la isla de Moskoe. Una milla más hacia el Norte, la de Ambaaren. Más allá Islesen, Hotholm, Keildhelm, Suarven, Buckholm. Más

allá aún de Moskoe y de Vurrgh se encuentran Otterholm, Flimen, Sandflesen, Stockholm. Tales son sus verdaderos nombres; pero… ¿qué necesidad había de bautizarlas? Lo ignoro, supongo que usted también… Oiga. ¿Oye algo? ¿Nota sobre el agua algún cambio?

Llevábamos en lo alto del monte Helseggen unos diez minutos, habíamos ascendido a él desde el interior de Lofoden, no habíamos divisado el mar hasta que se nos presentó de improviso al coronar la cima. En tanto el guía me hablaba, percibí un sonido potente, que por momentos crecía, un sonido como el de un enorme rebaño de búfalos que mugiera en alguna pradera norteamericana. El océano a nuestros pies, hasta entonces, como dicen los marinos, picado, asumía una decidida correntada hacia el este. Pronto adquirió una velocidad monstruosa. Instante a instante su ímpetu crecía. Tan solo cinco minutos después, el mar entero hasta Vurrgh hervía con una cólera incontrolable, pero donde esa rabia alcanzaba su clímax era entre Moskoe y la costa. Allí el agua trazaba, retorciéndose, mil canales antagónicos, se encrespaba en convulsiones frenéticas, silbaba, giraba en innúmeros vórtices, y todo corría hacia el Este con la rapidez que solo adquiere lo que se precipita a un abismo.

Pronto otra perturbación drástica hizo entrada en escena. La superficie del agua se fue nivelando en tanto desaparecían, uno tras otro, los remolinos; y donde antes nada se veía, iban surgiendo portentosos ribetes de espuma. Luego de ir dispersándose en lontananza, aquellos ribetes se enlazaron unos a otros. Y como si fueran el germen de otro remolino, infinitamente más vasto, adquirieron un vertiginoso movimiento giratorio. De repente, casi de manera instantánea, se manifestó de manera clara y definida un perfecto círculo cuyo diámetro superaba la milla. El filo de ese inaudito remolino era una faja de espuma que encandilaba; ni una sola partícula caía al espantable embudo, cuyo tubo, hasta donde alcanzaban los ojos a sondearlo, era una pulida, refulgente pared de agua inclinada a cuarenta y cinco grados. Una inmensa pared tenebrosa que giraba y giraba vertiginosamente, con un movimiento oscilatorio y tumultuoso, produciendo un fragor entre el rugido y el lamento, que ni siquiera la majestuosa catarata del Niágara lanza al espacio en su caída sin par.

Se conmovía la montaña. Temblaban las rocas. En el paroxismo de mi agitación nerviosa, me eché boca abajo aferrado a los ralos matorrales. Alcancé a gritarle a mi compañero de excursión:

—¡Esto no puede ser sino el gigantesco remolino del Maelström!

—Así suelen llamarlo —contestó él—. Nosotros, los noruegos, le decimos el Moskoe-ström, el remolino de la isla Moskoe.

Las descripciones conocidas de aquel vórtice no me habían preparado para lo que estaba entonces viendo. La de Jonas Ramus, tal vez la más detallada, no logra dar la menor noción de su magnificencia ni de su horror, tampoco de la perturbadora sensación de novedad que desorienta al espectador. No sé desde dónde observó este fenómeno el autor mencionado, tampoco en qué momento; pero seguramente no ha de haberlo visto desde la cima del Helseggen durante el ápice de su furor. A pesar de todo, comparto ciertos pasajes de su escrito, ya que vale citarlos por algunos detalles, si bien, como señalé, no alcanzan a dar una impresión de aquella cósmica barahúnda:

Entre Lofoden y Moskoe, la profundidad del mar varía entre las treinta y seis y las cuarenta brazas; pero en dirección a Ver (Vurrgh) disminuye hasta volver imposible el paso de un navío sin peligro de encallamiento. Durante la pleamar, las corrientes se mueven allí con tal rapidez y turbulencia que su rugido apenas podrían igualarlo las más temibles cataratas. A muchas leguas se lo oye, y son de tal envergadura y profundidad sus vórtices, que si un navío resultara atraído por ellos sería irremisiblemente arrastrado al abismo, donde los golpes contra las rocas lo desmantelarían. Y al sosegarse las aguas, solo trozos del desdichado derrelicto habrían de asomar. Los intervalos de tranquilidad se producen solamente en los momentos del cambio de marea con buen tiempo, y solo alcanzan el cuarto de hora de duración, luego la violencia de las aguas vuelve a crecer gradualmente. Si además una tempestad acrecienta la furia de esa correntada en su apogeo, resulta peligroso acercarse a menos de una milla noruega. Botes, yates, navíos incluso fueron devorados por no precaverse contra su fuerza atractiva. Suele ocurrir que alguna ballena desprevenida se acerque demasiado, sea dominada por la violencia de la corriente y empiece a ser arrastrada hacia la sima; cómo describir sus clamores, sus mugidos mientras lucha en vano por escapar. Cierta vez, un oso que cruzaba a nado de Lofoden rumbo a Moskoe fue atrapado por la corriente y arrastrado a la profundidad, tan terrible era su rugido que se oía desde la costa. Cantidades de troncos de abetos y de pinos, llevados por la corriente, vuelven a la superficie hechos un puñado de astillas. Esto demuestra claramente que el fondo está formado por rocas muy aguzadas. La corriente que describimos se regula por el flujo y reflujo marino, alternado cada seis horas. En el año del Señor de 1645, durante la mañana del domingo de

sexagésima, la furia de la corriente fue tan espantosa que las piedras de las casas de la costa se desplomaban.

Por lo que se refiere a la profundidad, no logro comprender cómo es que pudo ser sondeada en proximidades del vórtice. Las «cuarenta brazas» sin duda han de referirse a sectores del canal cercanos a la costa de Moskoe o de Lofoden. La profundidad en el centro del Moskoe-ström debe ser inconmensurablemente mayor, de lo cual da prueba la vista que se tiene desde la cima del monte Helseggen. Mientras encaramado en esa cumbre lo contemplaba allá abajo, rugiente, no pude sino sonreír a causa de la ingenuidad con la que el honrado Jonas Ramus discurre —como si de algo difícil de creer se tratara— acerca de ballenas y de osos, cuando incluso los buques actuales de mayor porte, sometidos a ese mortal fenómeno, serían como una pluma ante el huracán.

Las tentativas de explicar el fenómeno —que según recuerdo me habían parecido plausibles al leerlas— se presentaban ahora como débiles, insatisfactorias. La idea predominante consistía en que el vórtice, al igual que tres más pequeños situados entre las islas Feroe, «no tienen otra causa que la colisión de las olas, que se alzan y rompen, durante el flujo y reflujo, contra un arrecife de rocas y bancos de arena, el cual encierra las aguas a tal punto que estas se precipitan como una catarata; así, cuanto más alta sea la marea, más profunda será la caída, y el resultado es un remolino o vórtice, cuyo prodigioso poder de succión es de sobra conocido por experimentos realizados a escala». Así se explaya la Encyclopedia Britannica. Kircher y otros imaginan que hacia el centro del canal hay un abismo que penetra el globo terrestre para salir recién por alguna región remota (una hipótesis menciona el golfo de Botnia). Tal postura, bastante gratuita, fue la que mi imaginación aceptó con mayor aquiescencia una vez contemplada la escena. Al comentarla a mi guía, me sorprendió oírle sostener que, si bien casi todos los noruegos compartían dicho punto de vista, él no lo aceptaba. En cuanto a la hipótesis precedente, se mostró incapaz de comprenderla. Yo le di la razón. Por más concluyente que pudiera parecer sobre el papel, resultaba absurda ante el tronar de aquel abismo.

—Ya ha podido estudiar bien el remolino —dijo el anciano—; si ahora nos colocamos al socaire de esa roca, para mitigar el ruido que hace el agua, le contaré una historia como para convencerlo de que algo sé del Moskoe-ström.

Me ubiqué tal cual me lo proponía y comenzó:

—Mis dos hermanos y yo éramos propietarios de un barco de unas setenta toneladas aparejado como goleta; con él pescábamos entre las islas más allá de Moskoe, casi hasta Vurrgh llegábamos. Bien se da la pesca en el mar durante las mareas vivas siempre y cuando se tenga el coraje de enfrentarlas; de todos los habitantes de la costa de Lofoden, éramos nosotros los únicos que navegábamos regularmente por la región de las islas. Mucho más al Sur es donde se encuentran las zonas habituales de pesca, donde se puede faenar a cualquier hora sin mayor riesgo. Pero los sitios especiales, aquí entre las rocas, no solo ofrecen la máxima variedad de especies, sino una abundancia incomparable; así, no era raro que pescáramos en una sola jornada lo que otros lograban recién a la semana. Se trataba de una apuesta asaz temeraria: cambiábamos el exceso de trabajo por riesgo de vida, y sustituíamos el capital por arrojo.

»Fondeábamos en una cala situada cinco millas al norte de esta costa, y cuando el tiempo era bonancible aprovechábamos los quince minutos de tranquilidad de las aguas para atravesar el canal principal de Moskoe-ström, mucho más arriba del remolino, luego pescábamos por cualquier zona cercana a Otterham o a Sandflesen, donde no resultan igual de violentas las mareas. Permanecíamos allí hasta que faltaba poco para un nuevo intervalo de calma, entonces arrumbábamos de nuevo hacia nuestro puerto. Jamás nos lanzábamos a una expedición de ese jaez sin tomar algunas precauciones: la principal, asegurarnos de que durante la jornada entera contaríamos con un buen viento de través. Raro fue que nuestras apreciaciones fallaran y nos abandonase el viento al momento de regresar. Solo dos veces en seis años nos sucedió que debiéramos pasar la noche fondeados por culpa de una inesperada calma chicha, algo por cierto asaz extraño en estos parajes. Una vez debimos permanecer casi una semana donde estábamos, a punto de perecer de inanición, a causa de una borrasca desatada poco después de nuestro arribo. Embraveció el canal de tal forma que era imposible aventurarse por él. En dicha ocasión podríamos haber sido arrastrados, pese a nuestros esfuerzos, mar afuera. Tan violentamente giraban los remolinos entonces que debimos levar el ancla, pero logramos enfilar por una de esas innumerables corrientes antagónicas que hoy están allí para desaparecer mañana, y por suerte nos llevó al amparo de Flimen, donde logramos quedarnos sin que el ancla garreara.

»No podría contarle ni la vigésima parte de las peripecias que debíamos sortear en nuestro caladero —aún con buen clima, pésimo sitio para navegar—, pero siempre pudimos burlar sin accidentes los desafíos que nos

proponía el Moskoe-ström, si bien muchas veces tuve el corazón en la boca cuando nos atrasábamos o nos adelantábamos un minuto al intervalo de calma. A veces, el viento no era tan fuerte como habíamos pensado al zarpar y la goleta recorría una distancia menor de lo que deseábamos, y a causa de la correntada no podíamos gobernarla. Mi hermano mayor tenía un hijo de dieciocho años y yo dos robustos mozalbetes. Nos hubieran sido una gran ayuda en tales ocasiones para avanzar a remo; pero aunque estábamos dispuestos a correr todos los riesgos por cuenta propia, no queríamos exponer a los más jóvenes. El peligro era grande en verdad.

»Pronto van a cumplirse tres años desde que sucedió lo que voy a contarle. Era el 10 de julio de 18…, día que las gentes de esta región jamás han de olvidar: aquel día se levantó uno de los huracanes más devastadores que nos haya deparado el cielo. Sin embargo, durante toda la mañana, y hasta bien entrada la tarde, soplaba una brisa muy floja del sudoeste, brillaba el sol, y ni los más avezados marinos supieron predecir lo que a la brevedad habría de pasar.

»Los tres —mis dos hermanos y yo— zarpamos rumbo a las islas a eso de las dos de la tarde. No tardamos en llenar la goleta con una excelente pesca, más abundante que nunca aquel día. A las siete —según mi reloj— levamos anclas y volvimos a zarpar a fin de atravesar lo peor del Ström durante la calma, que se produciría a las ocho.

»Nos hicimos a la vela con una buena brisa de estribor. Al principio avanzábamos velozmente sin pensar en el peligro, pues no teníamos motivo para sospechar que existiera. Pero de pronto sentimos que se nos oponía un viento procedente de Helseggen. Esto era muy insólito; jamás nos había ocurrido antes, y empecé a sentirme intranquilo sin saber del todo por qué. Arrumbamos la goleta para navegar en ceñida, pero los remansos nos impedían avanzar. Iba a proponer que volviéramos adonde habíamos fondeado antes, pero al mirar hacia popa, vimos el horizonte cubierto por una extraña nube color de cobre que se levantaba con la más asombrosa rapidez.

»En eso, la brisa amainó por completo y quedamos presos de una calma absoluta, derivando desordenadamente hacia cada punto de la Rosa de los Vientos. Pero no duró esa situación como para detenernos a reflexionar. En menos de un minuto cayó encima de nuestro barco la tormenta, y en menos de dos el cielo quedó cubierto por completo; entre los nubarrones y la espuma de las olas que nos envolvía, se volvió todo tan oscuro sobre la cubierta que ni vernos los unos a los otros podíamos.

»Locura sería intentar la descripción del huracán que siguió. Los más viejos marinos de Noruega jamás conocieron nada parecido. Habíamos aferrado todo el trapo antes de que el viento nos alcanzara; no obstante, a su primer embate los dos mástiles volaron sobre la borda como si los hubiesen aserrado… y uno se llevó consigo a mi hermano mayor, que se había atado a él por seguridad.

»Nuestra embarcación se convirtió en la más liviana pluma que jamás flotara sobre las aguas. Afortunadamente estaba provista de una cubierta completamente cerrada a excepción de una pequeña escotilla, cerca de proa, que acostumbrábamos cerrar cuando cruzábamos el Ström por precaución contra el mar picado. De no haber sido así, hubiéramos zozobrado instantáneamente, pues durante un momento quedamos totalmente sumergidos. Cómo escapó a la muerte mi hermano mayor es algo que no puedo decir, jamás se me presentó la oportunidad de averiguarlo. Por mi parte, apenas hube soltado el trinquete me tiré boca abajo sobre cubierta, con los pies contra la estrecha borda de proa y las manos aferrando una armella próxima al pie del palo mayor. El instinto me indujo a obrar de tal forma, fue sin dudas lo mejor que podría haber hecho. Demasiado aturdido estaba como para pensar.

»Durante algunos momentos, como he dicho, quedamos completamente debajo del agua, mientras yo contenía la respiración y me aferraba a la armella. Cuando no pude resistir más, me enderecé sobre las rodillas, sosteniéndome siempre con las manos, y pude asomar la cabeza. Nuestra pequeña embarcación dio una sacudida, como hace un perro al salir del agua, y con eso pudo librarse de las olas que la cubrían. Yo pugnaba por sobreponerme al aturdimiento que me sometía, de recobrar los sentidos para discernir qué debía hacer, cuando sentí que alguien me aferraba del brazo. Era mi hermano mayor. Saltó de júbilo mi corazón, pues ya creía que el mar lo había arrebatado. Esa alegría no tardó en volverse horror. Mi hermano acercó sus labios a mi oreja y gritó: ¡Moskoe-ström!

»Nadie puede imaginar cuáles fueron mis sentimientos entonces. De la cabeza a los pies me estremecí como un azogado. Bien sabía lo que mi hermano estaba dándome a entender con esa sencilla palabra: ¡nada podría salvarnos!

»Como se imaginará usted, al cruzar el canal del Ström lo hacíamos siempre mucho más allá del remolino, incluso con tiempo bonancible, y aún obrando así debíamos esperar y observar cuidadosamente el intervalo de calma. Pero ahora navegábamos proa al vórtice, envueltos en el más terrible

huracán. Probablemente —pensé— llegaremos allí en un momento de calma… y eso nos da alguna posibilidad. Pero un segundo después maldije la locura de concebir siquiera la mínima esperanza. Estábamos condenados. Aún a bordo de un navío cien veces más grande estaríamos condenados.

»La primera furia de la tempestad se había extinguido, o tal vez no la sintiéramos tanto al estar corriendo delante de ella. Pero el mar, hasta entonces bastante aplacado aunque muy espumoso, principiaba a alzarse en abruptas montañas. Y un extraño cambio se producía en el cielo. Alrededor de nosotros, en todas direcciones, seguía tan negro como la pez, pero en lo alto, justo encima de donde estábamos, se abrió repentinamente un círculo de cielo despejado —tan despejado como jamás he vuelto a ver—, un cielo brillantemente azul a través del cual resplandecía la luna llena con un brillo que no le había conocido antes. Con la más grande claridad iluminaba todo con sus rayos. Pero… Dios mío. ¡Qué escena mostraba!

»Me esforcé en un par de tentativas por hacerme oír, pero tanto había crecido el estruendo, que pese a gritar con todas mis fuerzas en la oreja de mi hermano fue imposible que entendiera una sola palabra. Repentinamente, sacudió la cabeza, lívido como un muerto, y levantó un dedo que me decía: ¡Escucha!

»Al principio no me di cuenta. Pero un horrible pensamiento cruzó mi mente. Extraje el reloj. Estaba detenido. Contemplé el cuadrante a la luz de la luna y luego me eché a llorar mientras lo lanzaba al océano. ¡Se había detenido a las siete! ¡Ya había pasado el momento de calma! El Ström se hallaba en plena furia.

»Cuando un barco es de buena construcción, está bien equipado y no lleva demasiada carga, al correr una tormenta da la impresión de que las olas se deslizan bajo su casco, lo cual suele resultar extraño para un hombre de tierra firme; a eso, en lenguaje marinero, se le llama cabalgar. Hasta ese momento habíamos cabalgado sin mayor inconveniente sobre las olas; pero de pronto, una gigantesca masa de agua nos alcanzó por la bovedilla y nos alzó… nos alzó… como si nos llevara al cielo nos alzó. Jamás hubiera creído que una ola pudiese alcanzar tamaña altura. Y entonces empezamos a caer, con una carrera, con un deslizamiento y con una zambullida que me produjeron náuseas y mareo como si estuviera cayendo en sueños desde una montaña. Al llegar a lo alto de su cresta, pude mirar alrededor, lo que vi fue más que suficiente. Unos pocos segundos me bastaron para comprobar nuestra posición. Nos encontrábamos a un cuarto de milla del vórtice de Moskoe-ström; pero ese vórtice que teníamos a proa se parecía tanto al de

todos los días como el que está viendo usted se parece a un remolino en una charca. Si no hubiera sabido perfectamente nuestras coordenadas, no hubiese reconocido el lugar ni el fenómeno. El espanto me obligó a cerrar los ojos. Mis párpados se apretaron como en un espasmo.

»Apenas transcurrieron dos minutos más, cuando sentimos que las olas disminuían y nos vimos envueltos por espuma. La goleta viró bruscamente a babor y se precipitó como un rayo en su nuevo rumbo. El rugido del agua fue completamente opacado por algo como un alarido… un alarido que formaran miles de vapores dejando escapar a un tiempo la presión de sus calderas. Nos hallábamos ahora en el cinturón de resaca del remolino. Pensé que en un segundo nos precipitaríamos al abismo. A causa de la velocidad de avance, las imágenes resultaban borrosas. Nuestra goleta no daba la impresión de flotar en agua, sino de ser una burbuja más en la superficie de la resaca. Su banda de estribor daba al remolino, por babor surgía la inmensidad oceánica alzada como una colosal pared oscilando entre nosotros y el horizonte.

»Puede parecer extraño, pero sumidos ya en las fauces del abismo, yo me sentí más tranquilo que cuando nos acercábamos a él. Decidido a no abrigar ya ninguna esperanza, me libré de una buena parte del terror que al principio me privara de mis fuerzas. Creo que la desesperación templó mis nervios.

»Pensará usted que me jacto, pero cuanto le digo es verdad: empecé a reflexionar acerca de cuán magnífico sería morir de esa manera, y acerca de lo insensato de preocuparme por algo tan insignificante como mi propia vida frente a una manifestación tan maravillosa del poder de Dios. Creo que enrojecí de vergüenza cuando la mera idea cruzó por mi mente. Al cabo de un momento se apoderó de mí la más viva curiosidad acerca del remolino. Sentí el deseo de explorar sus profundidades, aun al precio del sacrificio que iba a costarme, y mi pena más grande fue que nunca podría contar a mis viejos camaradas de la costa los misterios de los cuales sería testigo. Sin duda fantasías muy extrañas para un hombre colocado en semejante situación, muchas veces he pensado que la rotación del barco en torno al vórtice pudo trastornarme.

»Otra circunstancia contribuyó a devolverme la calma: el viento ya no podía llegar hasta nosotros, debido a que, como usted mismo ha visto, el cinturón de resaca está más bajo que el nivel general del océano, al que veíamos como un alto borde montañoso y negro. Si nunca le ha tocado pasar una tempestad en altamar no puede hacerse una idea de la confusión mental que puede producir la combinación del viento y la espuma de las olas. Ciegan, ensordecen, ahogan. Pueden quitar toda posibilidad de acción o reflexión.

Pero a esa altura de los acontecimientos ya nos veíamos exentos en buena parte de semejantes molestias… así como los condenados a muerte se ven favorecidos con ciertas prerrogativas negadas antes de pronunciarse la sentencia.

»Imposible decir cuántas vueltas al circuito dimos corriendo y corriendo, por una hora quizás, volando más que flotando, entrando cada vez más hacia el centro de la resaca, acercándonos a cada instante al horrible borde interior del remolino. Por todo ese tiempo yo no había soltado la armella que me sostenía. Mi hermano, en la popa, se aferraba a un barril vacío estibado con fuertes trincas bajo el compartimiento de la bovedilla, era el único elemento a bordo que la tormenta no había arrojado al mar. Cuando ya nos acercábamos al borde, mi hermano soltó su asidero y se precipitó hacia la armella de la cual, en el paroxismo de su terror, trató de arrancar mis manos, ya que no era lo suficientemente grande para proporcionar sostén a los dos. Jamás he sentido pena comparable, aunque comprendí su proceder: era el de alguien a quien el terror ha vuelto loco furioso. No hice ningún esfuerzo para oponerme. Ya no importaba quién de los dos se aferrara de esa armella, se la cedí y pasé a la popa, donde estaba el barril. No me costó mucho hacerlo, porque la goleta corría en círculos con bastante estabilidad, rolando apenas a causa de las inmensas conmociones del remolino. Nomás me había afirmado en mi nueva posición cuando dimos un brusco bandazo a estribor y nos precipitamos de proa al abismo. Murmuré una apresurada plegaria a Dios y pensé que todo terminaba.

»Mientras sentía la náusea del vertiginoso descenso, instintivamente me aferré con más fuerza al barril y cerré los ojos. Durante algunos segundos no me atreví a abrirlos, esperando mi aniquilación inmediata, maravillado de no estar ya sufriendo mi agonía final. Pero el tiempo seguía pasando. Y yo estaba vivo. La sensación de caída había cesado. El movimiento de la embarcación se parecía al de antes, cuando estábamos en el cinturón de espuma, salvo que ahora se encontraba más escorada. Junté coraje, y otra vez miré lo que me rodeaba.

»Nunca olvidaré mis sentimientos de recelo, de espanto y de admiración al contemplar todo a mi alrededor. La goleta, como por arte de magia, parecía colgar en el interior de un embudo de extraordinaria profundidad, cuyas pulidas paredes hubieran podido creerse de ébano, a no ser por la velocidad de sus giros y el lívido resplandor que le arrancaban los rayos de la luna, derramándose en un diluvio de oro a lo largo de la oscuridad, para perderse en el abismo.

»Al principio me sentí demasiado confundido como para poder observar nada con precisión. Cuanto alcanzaba a percibir era un estallido general de espantable magnificencia. Al recobrarme un poco, mis ojos se dirigieron instintivamente hacía abajo. En esa dirección, dada la forma en que colgaba la goleta de la superficie inclinada del vórtice, gozaba de una vista muy completa. Su casco estaba perfectamente adrizado, por lo tanto la cubierta se hallaba paralela al agua, pero como esta formaba un ángulo de más de cuarenta y cinco grados, parecía que estuviéramos escorados. No me era mucho más difícil mantenerme aferrado a mi puesto que si la goleta hubiera estado a nivel; supongo que era un efecto de nuestra velocidad de giro.

»Los rayos de la luna parecían buscar la profundidad del abismo, pero la niebla impedía ver nada con claridad. Sobre la goleta se desplegaba un arco iris semejante al angosto y movedizo puente que, según los fieles de Alá, es el único paso que lleva del Tiempo a la Eternidad. Aquella niebla, o más bien rocío, indudablemente era producida por el choque del agua contra el fondo. No intentaré describir el aullido que brotaba desde el abismo hacia el cielo.

»Al iniciarse nuestro descenso por el pozo, nos deslizamos desde el cinturón de espuma a gran velocidad. Bien distinto fue luego. Ya no giramos por el tubo siguiendo un movimiento uniforme, sino que avanzábamos entre balanceos y sacudones, a veces cubriendo unos centenares de yardas, otras completando casi el circuito del remolino. A cada vuelta, nuestro descenso, aunque lento, resultaba perceptible de manera palmaria.

»Escudriñando la vastedad de ébano líquido sobre la cual éramos llevados, advertí que nuestra embarcación no era el único objeto que el remolino abrazaba. Tanto por encima como por debajo de nosotros se divisaban restos de embarcaciones, maderamen del empleado en la construcción, troncos enteros de árboles, y así también cosas de menor tamaño: muebles, cajones rotos, barriles, duelas. He aludido ya a la morbosa curiosidad que había reemplazado en mí al terror. A medida que me acercaba a mi penoso destino parecía ir en aumento. Comencé a estudiar con extraño interés los numerosos objetos que flotaban cerca de nosotros. Debo haber estado bajo efectos del delirio, porque hasta me quise divertir calculando sus respectivas velocidades en el descenso hacia la espuma del fondo. Ese abeto —me oí decir en un momento— será el que primero se precipite y desaparezca; y un momento después, me decepcionaba ver que los restos de un mercante holandés se le adelantaban. Tras haber hecho unas cuantas conjeturas semejantes, y haber errado todas, el hecho mismo de equivocarme

invariablemente auspició una nueva reflexión; entonces, me eché a temblar, y una vez más latió mi corazón pesadamente.

»No era el espanto lo que me afectaba, sino la emoción de una esperanza naciente. Surgía en parte de recuerdos y en parte de las observaciones recién hechas. A mi memoria acudieron la gran cantidad de restos flotantes que aparecían en la costa de Lofoden tragados y devueltos por el Moskoe-ström. La gran mayoría aparecía destrozada de la manera más extraordinaria; estaban como frotados, como desgarrados, al punto de verse como un montón de astillas. Pero también recordé que algunos de esos objetos en absoluto reaparecían desfigurados. Me era imposible explicar la razón de tal diferencia. A no ser que asumiera que los objetos destrozados habían sido completamente absorbidos, mientras los otros habían penetrado en el remolino en un período más adelantado del flujo o el reflujo, o bien habían descendido tan lentamente luego de ser absorbidos, que no habían alcanzado a tocar el fondo del vórtice antes del cambio de marea. En ambos casos, me pareció posible que dichos restos hubieran sido devueltos a la superficie del océano sin correr el albur de los que habían penetrado antes en el remolino, o los que habían sido tragados más rápidamente.

»Al mismo tiempo hice tres observaciones importantes. Por regla general, los objetos de mayor tamaño descendían más rápidamente. Entre dos masas de igual tamaño, una esférica y otra de cualquier forma, la mayor velocidad de descenso correspondía a la esfera. Entre dos masas de igual tamaño, una de ellas cilíndrica y la otra de cualquier forma, la primera era absorbida con mayor lentitud. Desde que escapé a mi destino, en reiteradas ocasiones pude conversar de estos temas con un viejo preceptor del distrito, gracias a él conozco el uso de las palabras cilindro y esfera. Él me explicó —aunque he olvidado su argumentación— que yo no había hecho sino observar algo que es consecuencia de las formas de los objetos, y me mostró cómo un cilindro, flotando en un remolino, ofrecía mayor resistencia a la succión y era arrastrado con más dificultad que cualquier otro objeto de igual tamaño, fuera cual fuera su forma.

»Había además un detalle sorprendente, que contribuía en buena medida a refrendar tales observaciones y colmaba mi ansiedad por verificarlas en carne propia: a cada revolución de nuestra goleta, sobrepasábamos algún objeto, fuera un barril, una verga o un mástil. Muchos de esos restos, que al abrir yo por primera vez los ojos para contemplar la maravilla del remolino, se encontraban a nuestro nivel, se veían ahora mucho más arriba, daban toda la impresión de haberse movido muy poco.

»No vacilé: resolví asegurarme con fuerza al barril del cual me sostenía, soltar las trincas que lo aferraban a la bovedilla y precipitarme al agua con él. Mediante señas quise llamar la atención de mi hermano sobre los barriles flotantes que pasaban cerca, todo cuanto estaba a mi alcancé intenté para que comprendiera lo que me disponía a hacer. Al fin, me pareció que pudo conocer mis intenciones. Fuera así o no, sacudió la cabeza con desesperación, negándose a abandonar su asidero. No podía llegar hasta él y la situación no admitía pérdida de tiempo. Lleno de amargura, lo abandoné a su destino. Me até al barril con los cabos que lo habían sujetado a la bovedilla y me lancé al mar.

»Sucedió exactamente lo que esperaba. Por eso le estoy haciendo ahora este relato. Usted ya sabe que escapé sano y salvo y cómo. Abreviaré pues la historia. Una hora habría transcurrido desde que abandonara la goleta, cuando la vi, a una gran profundidad, girar tres o cuatro veces a horrenda marcha, y precipitarse en línea recta al caos de espuma del abismo. Se llevaba a mi querido hermano. En ese interregno, el barril descendió apenas algo más de la mitad de la distancia que me separaba del fondo al arrojarme. Empezó entonces a producirse un cambio radical. Cada vez menos escarpada se fue haciendo la pendiente del vórtice, y sus revoluciones disminuyeron gradualmente en violencia. Poco a poco desapareció la espuma, se borró el arco iris, y pareció como si el fondo del abismo empezara suavemente a elevarse. El cielo estaba despejado, no había viento y la luna llena resplandecía por el Oeste cuando me encontré en la superficie, a plena vista de las costas de Lofoden, justo donde había estado el Moskoe-ström. Era la hora de la calma. Pero el mar se encrespaba aún por efecto del huracán. Fui impulsado violentamente al canal, pocos minutos más tarde llegaba a la costa. Un bote de pescadores me alzó del agua consumido por la fatiga, incapaz de hablar a causa del recuerdo de aquellos horrores. Quienes me subieron a bordo eran viejos camaradas, compañeros de las faenas cotidianas, sin embargo no me reconocieron. Como si fuera yo un viajero de vuelta del mundo de los espíritus. Mi cabello, negro como ala de cuervo la víspera, estaba como usted lo ve. También se dice que mi rostro ha cambiado su expresión. Les conté mi historia… y no me creyeron. Se la cuento ahora a usted sin demasiada esperanza de que obtenga más crédito del que le concedieron los alegres pescadores de Lofoden.

Howard Phillips Lovecraft

EL TEMPLO

(revista *Weird Tales*, 1925)

(Manuscrito encontrado en la costa de Yucatán)

El 20 de agosto de 1917, yo, Karl Heinrich Graf von Altberg-Ehrenstein, capitán de corbeta de la Marina Imperial Alemana y Comandante del submarino U-29, deposito esta botella con este informe en el Océano Atlántico, en un punto que desconozco, pero que probablemente se encuentra alrededor de los 20° latitud Norte, 35° longitud Oeste, donde yace mi barco, fuera de combate, en el fondo del océano. Lo hago porque quiero que se sepan públicamente ciertos hechos insólitos, ya que con toda probabilidad no sobreviviré para poder darlos a conocer en persona, toda vez que las circunstancias que me rodean son tan amenazadoras como extraordinarias, entre las que se incluye no solo el U-29 inutilizado, sino también el derrumbamiento de mi férrea voluntad alemana de la manera más desastrosa.

La tarde del 18 de junio, tal como se informó por radio al U-61 con destino a Kiel, torpedeamos el carguero británico *Victory*, que iba de Nueva York a Liverpool, en 45° 16′ latitud Norte, 28° 34′ longitud Oeste, permitiendo a la tripulación que abandonase el buque en botes, a fin de obtener una buena filmación de la escena para los archivos de la Armada Imperial. El barco se hundió espectacularmente de proa: sacó la popa fuera del agua y se zambulló perpendicularmente hacia el fondo del mar. Nuestra cámara no perdió detalle, y siento que tan valiosa película no llegue jamás a Berlín. Después, hundimos los botes salvavidas con nuestros cañones y nos sumergimos.

Cuando salimos a la superficie, hacia el atardecer, encontramos en nuestra cubierta el cuerpo de un marinero, con las manos atenazadas a la barandilla de forma curiosa. El pobre diablo era joven, más bien moreno, y muy guapo; probablemente era italiano o griego, y pertenecía sin duda a la tripulación del

Victory. Evidentemente, había buscado refugio en la misma nave que se había visto obligada a destruir la suya… una víctima más de esta injusta guerra de agresión que los perros ingleses mantienen contra la Patria. Nuestros hombres le registraron en busca de recuerdos, y encontraron en el bolsillo de su marinera un trozo de marfil muy extraño, tallado, que representaba una cabeza de joven con una corona de laurel. Mi oficial, el alférez de navío Klenze, opinó que el objeto era muy antiguo y de gran valor artístico, así que se lo confiscó a los hombres y se lo quedó. Pero ni a él ni a mí se nos ocurría cómo habría llegado a manos de un simple marinero.

Al ser arrojado el muerto por la borda ocurrieron dos incidentes que causaron gran inquietud entre la tripulación. Le habían cerrado los ojos al infeliz; pero al desprender su cuerpo de la barandilla se le volvieron a abrir, y muchos tuvieron la curiosa impresión de que miraron fijamente, y como con burla, a Schmidt y a Zimmer, que estaban inclinados sobre su cadáver. Al contramaestre Müller, hombre maduro que habría llegado más lejos de no haber sido un cochino y supersticioso alsaciano, le excitó de tal modo esta impresión, que siguió observando el cadáver en el agua, y juró que, tras sumergirse un poco, puso los brazos y las piernas en posición de nado, y desapareció velozmente bajo las olas en dirección sur. A Klenze y a mí no nos gustaron estas muestras de ignorancia propias de campesinos sin instrucción, y amonestamos severamente a los hombres, particularmente a Müller.

Al día siguiente, se creó una situación muy molesta debido a la indisposición de algunos miembros de la tripulación. Evidentemente, sufrían cierta tensión nerviosa a causa de nuestro largo viaje, y habían sufrido pesadillas. Algunos parecían completamente aturdidos y torpes; así que después de comprobar yo personalmente que su debilidad no era fingida, los relevé de sus obligaciones. El mar estaba algo encrespado, así que descendimos a una profundidad en la que el oleaje era menos molesto. Aquí reinaba una calma relativa, pese a cierta misteriosa corriente en dirección Sur que no logramos localizar en nuestras cartas oceanográficas. Los lamentos de los enfermos eran decididamente molestos; pero puesto que no parecían desmoralizar al resto de la tripulación, no recurrimos a medidas extremas. Nuestro plan era permanecer donde estábamos e interceptar el transatlántico *Dacia*, mencionado en la información de nuestros agentes de Nueva York.

A primera hora de la tarde, salimos a la superficie y encontramos el mar menos agitado. El humo de un barco de guerra apareció en el horizonte; pero la distancia y nuestra habilidad para sumergirnos evitaron todo peligro. Lo que más nos preocupaba eran las cosas que decía el contramaestre Müller,

cada vez más incoherentes, a medida que se iba haciendo de noche. Se encontraba en un lamentable estado de puerilidad: balbuceaba insensateces, hablaba de muertos que pasaban por delante de las portillas sumergidas, de cadáveres que le miraban fijamente, a los que él reconocía a pesar de lo hinchados que estaban, ya que los había visto ahogarse durante nuestras victoriosas hazañas germanas. Y decía que el joven que habíamos arrojado por la borda iba a la cabeza. Esto resultaba sumamente horrible, despreciablemente insensato, así que ordenamos que lo encerraran y le administrasen una sana ración de latigazos. A los hombres no les gustó esta clase de castigo, pero era necesaria la disciplina. Asimismo, nos negamos a la petición que vino a presentar una delegación encabezada por el marinero Zimmer, de que arrojáramos al mar la extraña cabeza tallada en marfil.

El 20 de junio, los marineros Bohm y Schmidt, que habían caído enfermos el día anterior, se volvieron locos violentos. Lamenté no tener un médico entre nuestros oficiales, ya que las vidas alemanas son preciosas; pero los constantes delirios de los dos hombres sobre una terrible maldición trastornaban enormemente la disciplina, así que tomamos drásticas medidas. La tripulación aceptó el hecho con hosquedad, pero pareció serenar a Müller, que en adelante no volvió a causar problemas.

La semana siguiente estuvimos todos muy nerviosos, vigilando en espera del *Dacia*. La tensión se agravó con la desaparición de Müller y de Zimmer, quienes se suicidaron sin duda a causa del miedo que parecía atormentarlos, aunque nadie los vio saltar por la borda. Casi me alegré de verme libre de Müller, porque su mutismo influía de manera perniciosa en la tripulación. Ahora, todos parecían inclinados a permanecer en silencio, como si tuviesen algún secreto temor. Muchos estaban enfermos, pero ninguno causaba problemas. El alférez de navío Klenze, debido a la tensión, se irritaba por cualquier insignificancia, como con la manada de delfines, cada vez más numerosa, que daba escolta al U-29, o la creciente intensidad de la corriente sur, que no registraban nuestras cartas.

Por último, se hizo evidente que habíamos perdido al *Dacia* por completo. Estos fracasos no son infrecuentes, y nos sentimos más contentos que decepcionados, ya que había orden de regresar a Wilhelmshaven. A las 12:00 horas del 28 de junio pusimos rumbo Nordeste; y a pesar de embarullarnos cómicamente con la inusitada multitud de delfines, pronto estuvimos en ruta.

La explosión ocurrida en la sala de máquinas, a las 14:00 horas, nos tomó completamente de sorpresa. No se había observado ninguna anomalía en la maquinaria ni negligencia alguna por parte de los hombres; sin embargo,

inesperadamente, la nave se estremeció de punta a punta a causa de la tremenda sacudida. El alférez de navío Klenze acudió corriendo a la sala de máquinas, encontrando el depósito de combustible y casi todo el mecanismo destrozados, y a los maquinistas Raabe y Schneider muertos. Nuestra situación era verdaderamente grave porque si bien los regeneradores químicos de aire estaban intactos, y podíamos utilizar los dispositivos para elevar y sumergir la nave, y abrir las escotillas para reabastecernos de aire comprimido y recargar los acumuladores, no había posibilidad de propulsar ni gobernar el submarino. Tratar de buscar rescate mediante botes salvavidas significaba ponernos en manos de nuestros enemigos, irracionalmente resentidos contra nuestra gran nación alemana; por otra parte, desde nuestro enfrentamiento con el *Victory*, no habíamos conseguido establecer contacto por radio con ninguna unidad U de la Marina Imperial.

Desde el momento del accidente hasta el 2 de julio, fuimos arrastrados constantemente hacia el Sur sin avistar ningún buque. Los delfines seguían dando escolta al U-29, circunstancia sorprendente en cierto modo, teniendo en cuenta la distancia que llevábamos recorrida. En la mañana del 2 de julio avistamos un buque de guerra con bandera americana, y los hombres se mostraron muy nerviosos y con deseos de rendirse. Finalmente, el alférez de navío Klenze tuvo que pegarle un tiro a un tal Traube, dado que no paraba de incitar con especial violencia a este acto tan antigermánico. Esto acalló a la tripulación durante un tiempo, y nos sumergimos sin ser detectados.

Por la tarde, una densa bandada de aves marinas apareció por el Sur y el océano empezó a moverse presagiando lo peor. Cerramos las escotillas y esperamos a ver qué pasaba, hasta que comprendimos que debíamos sumergirnos si no queríamos que nos hundiese el creciente oleaje. Cada vez teníamos menos presión de aire y electricidad, y tratábamos de evitar el uso innecesario de nuestros escasos recursos mecánicos; pero en este caso, no había elección. No bajamos a mucha profundidad; y cuando el mar se calmó un poco, unas horas después, decidimos ir a la superficie. Pero entonces surgió una nueva dificultad: la nave se negaba a responder a nuestra dirección, pese a todos los esfuerzos de los mecánicos. Los hombres se asustaron aún más al sentirse prisioneros bajo el mar, y algunos empezaron a hablar nuevamente, en voz baja, de la imagen de marfil del alférez de navío Klenze; pero la visión de su pistola automática les calmó. Mantuvimos a los pobres diablos todo lo ocupados que pudimos en la reparación de las máquinas, aunque sabíamos que era inútil.

Klenze y yo dormíamos normalmente en turnos distintos; y fue mientras yo dormía cuando se declaró el motín general, hacia las 05:00 horas del 4 de julio. Los seis cerdos marineros que quedaban, imaginando que estábamos perdidos, estallaron súbitamente en una furia vesánica por habernos negado a rendirnos al buque de guerra yanqui, dos días antes, entregándose a un delirio de maldiciones y de destrucción. Rugían como animales y rompían indiscriminadamente instrumentos y muebles, gritando insensateces tales como que era la maldición de la imagen de marfil y del atezado joven muerto, que los había mirado antes de desaparecer nadando. El alférez de navío Klenze parecía paralizado, imposibilitado, como era de esperar en un enano blando y afeminado. Disparé a los seis hombres, dado que era necesario, y me aseguré de que no quedara ninguno con vida.

Echamos sus cadáveres por la doble escotilla y nos quedamos solos él y yo en el U-29. Klenze estaba muy nervioso, y bebía mucho. Decidimos mantenernos con vida cuanto nos fuese posible, haciendo uso de la gran cantidad de vituallas y de la provisión química de oxígeno que teníamos, ya que ninguna de estas dos cosas había sufrido daño en los estúpidos desmanes de los puercos marineros. El girocompás, los manómetros y demás instrumentos delicados habían quedado inservibles; en adelante, nuestros cálculos serían meras suposiciones basadas en nuestros relojes, el calendario y la aparente trayectoria de nuestro desplazamiento, deducida por cualquier objeto que pudiéramos avistar desde la torreta. Por fortuna, aún contábamos con bastante carga en los acumuladores, tanto para la luz interior como para el proyector. De cuando en cuando, barríamos con el haz de luz los alrededores de la nave; pero no veíamos más que delfines nadando paralelamente a nosotros. Me sentí científicamente interesado por estos delfines; pues aunque el *delphinus delphis* común es un mamífero cetáceo incapaz de subsistir sin aire, estuve observando a uno de estos nadadores durante dos horas, y no vi que mostrara el menor deseo de subir a la superficie.

Con el paso del tiempo, Klenze y yo llegamos a la conclusión de que seguíamos siendo arrastrados hacia el Sur, a la vez que descendíamos cada vez más. Observamos la fauna y la flora marinas, y consultamos bastantes detalles sobre esta cuestión en los libros que yo traía conmigo para los momentos de ocio. No pude por menos de notar, sin embargo, la poca preparación científica de mi compañero. No tenía una mentalidad prusiana, de modo que era propenso a fantasías y especulaciones sin fundamento alguno. La certeza de nuestra muerte inminente le afectó de manera curiosa, y rezaba a menudo, en arrepentimiento por los hombres, mujeres y niños que había

enviado al fondo del mar, olvidando que todo lo que supone un servicio al Estado alemán es una acción noble. Al cabo de cierto tiempo, sufrió un notable desequilibrio, y permanecía horas y horas mirando la imagen de marfil, y murmurando fantásticas historias sobre cosas perdidas y olvidadas bajo el mar. A veces, a modo de prueba psicológica, le hacía hablar de todos estos desvaríos, y escuchaba sus interminables citas poéticas y relatos de barcos hundidos. Me daba mucha lástima su estado, ya que me desagrada ver sufrir a un alemán; pero no era persona con la que valiera la pena morir. En cuanto a mí, era un hombre orgulloso, consciente de que la Patria honraría mi memoria, y de que mis hijos serían educados para que fuesen como yo.

El 9 de agosto avistamos el fondo oceánico y proyectamos un potente haz de luz hacia él. Era una inmensa llanura ondulada, cubierta en su mayor parte de algas, salpicada de caracoles y pequeños moluscos. De trecho en trecho se veían objetos verdosos de misteriosos contornos, cubiertos de algas e incrustados de percebes; Klenze afirmaba que sin duda eran barcos antiguos hundidos. Hubo una cosa que lo dejó perplejo: un pico sólido que emergía casi unos cuatro pies del lecho del océano; tenía unos dos pies de grosor, y los lados planos; las superficies superiores, suaves, se unían formando un ángulo muy obtuso. Dije que era una punta de roca que emergía; pero Klenze creyó ver figuras talladas en ella. Poco después empezó a temblar, y se alejó como asustado; sin embargo, no dio otra explicación, sino que lo abrumaba la inmensidad, oscuridad, antigüedad y misterio de los abismos oceánicos. Tenía la mente cansada; pero yo soy alemán en todo momento, y no tardé en observar dos cosas: que el U-29 soportaba espléndidamente la presión del agua, y que los extraños delfines seguían a nuestro alrededor, aun cuando estábamos a una profundidad en la que la mayoría de los naturalistas considera imposible la existencia de organismos superiores. Estaba convencido de que habíamos sobreestimado nuestra profundidad; con todo, sin duda estábamos lo bastante abajo como para que estos fenómenos resultaran extraordinarios. Nuestra velocidad, siempre hacia el Sur, era más o menos la que yo calculaba por los organismos que pasaban en los niveles superiores.

A las 15:15 del 12 de agosto, el pobre Klenze se volvió completamente loco. Había estado en la torreta utilizando el proyector, cuando lo vi entrar en el compartimiento de la biblioteca, donde yo me encontraba sentado leyendo, y su cara lo traicionó inmediatamente. Repetiré aquí lo que dijo, subrayando las palabras que él recalcó: «¡Él está llamando! ¡Él está llamando! ¡Lo oigo! ¡Tenemos que ir!». Mientras hablaba, tomó la imagen de marfil de encima de

la mesa, se la guardó en el bolsillo, y me agarró del brazo con intención de llevarme escaleras arriba, hacia cubierta. Enseguida me di cuenta de que pretendía abrir la escotilla, y que saliéramos los dos al exterior; extravagancia suicida y homicida a la que yo no estaba dispuesto. Al echarme atrás, y tratar de calmarlo, se puso más violento, y exclamó:

—Vamos ahora… no esperemos a más tarde; es mejor arrepentirse y ser perdonado, que desafiar y ser condenado.

Así que, en vez de tratar de tranquilizarlo, adopté la actitud contraria y le dije que estaba loco, loco de remate. Pero no se conmovió, y dijo a gritos:

—¡Si estoy loco, es una suerte! ¡Que los dioses tengan piedad del hombre que, en su insensibilidad, permanece sano hasta su espantoso fin! ¡Ven y enloquece, ahora que él nos llama con misericordia!

El estallido pareció aliviar la presión de su cerebro; porque seguidamente se mostró mucho más dócil, y me pidió que lo dejase ir solo si es que no quería acompañarlo. Me di cuenta enseguida de qué era lo que debía hacer. Aunque era alemán, se trataba solo de un enano de lo más ordinario; y ahora, se había convertido en un loco potencialmente peligroso. Accediendo a su petición suicida, me libraría inmediatamente del que ya no era mi compañero, sino una amenaza. Le pedí que me diese la imagen de marfil, pero mi petición provocó en él una risa tan inusitada que no insistí. Entonces le pregunté si quería dejar algún recuerdo o bucle de pelo para su familia en Alemania en caso de que yo fuese rescatado; pero nuevamente se echó a reír. Cuando subió por la escala, fui a los mandos, y tras los intervalos de tiempo adecuados, hice funcionar el mecanismo que iba a acabar con su vida. Una vez comprobado que ya no estaba a bordo, di una pasada con el proyector por el agua, en un intento de verlo por última vez, para comprobar si lo aplastaba la presión del agua, tal como debía ocurrir teóricamente, o si no afectaba a su cuerpo, como pasaba con aquellos extraordinarios delfines. Sin embargo, no conseguí ver a mi difunto compañero, ya que los delfines se apelotonaban en torno al submarino oscureciendo los alrededores de la torreta.

Esa noche sentí no haberme apoderado disimuladamente de la imagen de marfil del bolsillo del pobre Klenze; porque me fascinaba su recuerdo. No podía olvidar aquella cabeza joven y hermosa con su corona de hojas, aunque no poseo talante artístico. También sentía no tener con quien conversar. Era mejor tener a Klenze, aunque no estuviese a mi altura intelectual, que a nadie. Esa noche no dormí bien, preguntándome cuándo me llegaría el fin. Evidentemente, había muy pocas probabilidades de que me rescataran.

A la mañana siguiente, subí a la torreta, y sin perder tiempo, inicié las acostumbradas exploraciones con el proyector. Hacia el Norte, la perspectiva era muy semejante a la que habíamos tenido desde que avistamos el fondo, pero noté que el desplazamiento del U-29 era menos rápido. Al enfocar el haz de luz hacia el Sur, noté que el fondo oceánico descendía en un pronunciado declive, y que había bloques de piedra curiosamente regulares en determinados puntos, dispuestos como siguiendo un trazado concreto. La nave, al principio, no descendió enseguida paralelamente a la creciente profundidad del océano, de modo que no tardé en verme obligado a ajustar el proyector, a fin de seguir enfocando hacia abajo su potente haz. A causa del brusco movimiento se desconectó un cable, y tardé varios minutos en conectarlo otra vez; finalmente, volvió la luz al proyector, y se derramó por el valle marino que tenía debajo de mí.

No soy propenso a dejarme llevar por emociones de ninguna clase, pero mi asombro fue muy grande cuando vi lo que el haz de luz eléctrica iluminaba. Sin embargo, como persona educada en la mejor *Kultur* de Prusia, no debí haberme asombrado, ya que la geología y la tradición nos hablan igualmente de grandes transposiciones de zonas oceánicas y continentales. Lo que vi fue una complicada serie de edificios en ruinas, todos de una arquitectura magnífica, aunque inclasificable, y en diversos grados de conservación. La mayoría parecía ser de un mármol que brillaba blanquecino bajo los rayos del proyector, y el trazado general correspondía a una gran ciudad enclavada en el fondo de un estrecho valle, con numerosos templos y villas diseminados por las empinadas laderas. Había tejados hundidos y columnas caídas; pero aún reinaba un aire de esplendor inmensamente antiguo que nada era capaz de borrar.

Comprendiendo que al fin me encontraba ante la Atlántida, a la que antes había considerado un mito, me sentí el más ávido de los exploradores. En el fondo de aquel valle había discurrido un río en otro tiempo; porque al examinar con más atención el paisaje vi restos de puentes de piedra y de mármol, diques, terrazas y terraplenes en otro tiempo verdeantes y hermosos. En mi entusiasmo, me sentí tan idiota y sentimental como el pobre Klenze; y tardé en darme cuenta de que la corriente Sur había cesado, dejando que el U-29 descendiera lentamente hacia la ciudad sumergida como el aeroplano se posa en una ciudad, arriba en la superficie. También tardé en darme cuenta de que había desaparecido la manada de extraordinarios delfines.

Unas dos horas después, la nave se posó en una plaza pavimentada, cerca de la pared rocosa del valle. A un lado pude ver la ciudad entera que

descendía hacia la plaza, hasta el borde del antiguo río; al otro, y sorprendentemente cerca, me encontré ante un edificio ricamente ornamentado y muy bien conservado; evidentemente, se trataba de un templo excavado en la roca. Del arte original de esta obra titánica solo me es posible aventurar conjeturas. La fachada, de inmensas proporciones, cubre al parecer una oquedad continua, ya que sus ventanales son numerosos y están ampliamente distribuidos. En el centro se abre un gran pórtico al que se llega por una escalinata de impresionantes peldaños y el cual se encuentra rodeado de exquisitos relieves que representaban figuras de bacantes. Delante se alzan las grandes columnas y el friso, decorados con esculturas de indescriptible belleza; evidentemente, representan escenas pastoriles idealizadas y procesiones de sacerdotes y sacerdotisas portando extraños objetos ceremoniales, en adoración de un dios radiante. El arte es prodigiosamente perfecto, de concepción sensiblemente helénica, si bien está dotado de una extraña personalidad. Comunica una impresión de terrible antigüedad, como si se tratase, no de un inmediato antecesor del arte griego, sino del más remoto. No me cabe duda de que cada elemento de esa obra imponente está esculpido en una ladera de roca virgen de nuestro planeta, aunque no puedo imaginar cómo excavarían su interior. Quizá proporcionase el hueco principal alguna caverna o serie de cavernas. Ni el tiempo ni la inmersión han deteriorado la prístina grandeza de este templo terrible —porque sin duda se trata de un templo—; y hoy, miles de años después, descansa inmaculado en la noche interminable y el silencio del abismo oceánico.

No puedo calcular las horas que pasé contemplando la ciudad hundida con sus edificios, arcos, estatuas y puentes, y el colosal templo con su belleza y su misterio. Aunque sabía que mi muerte estaba cerca, me consumía la curiosidad; y seguí moviendo el proyector ansioso por ver. El haz de luz me permitía apreciar muchos detalles, pero no lograba revelar nada más allá de la puerta del templo tallado en la roca. Un rato después lo apagué, consciente de que debía ahorrar energía. Los rayos ahora eran sensiblemente más débiles que en las semanas de navegación a la deriva. Y como acuciado por la inminente privación de la luz, me aumentó el deseo de explorar los secretos de las aguas. Como alemán, debía ser el primero en pisar esos caminos olvidados durante milenios.

Saqué y examiné una escafandra de grandes profundidades, de metal articulado, y probé la luz portátil y el regenerador de aire. Aunque sería difícil manejar yo solo la doble escotilla, pensé que podía salvar todos los obstáculos con mi habilidad científica, y caminar efectivamente por esa ciudad muerta.

El 16 de agosto efectué una salida del U-29, y caminé trabajosamente por las calles en ruinas y cubiertas de barro hacia el antiguo río. No encontré esqueletos ni restos humanos, aunque coseché una enorme riqueza arqueológica en esculturas y monedas. No puedo hablar ahora de todo ese material, si no es para expresar mi terror ante esta cultura que se encontraba en el cenit de la gloria cuando los cavernícolas vagaban por Europa y el Nilo discurría sin que se asomara a él civilización alguna. Otros, guiados por este manuscrito —si llega a ser encontrado alguna vez—, deberán revelar el misterio que yo solamente puedo señalar. Volví a la nave, dado que mis baterías se debilitaban, aunque decidido a explorar el templo de roca al día siguiente.

El 17, aunque mis deseos de explorar el misterio del templo se habían vuelto más insistentes, me llevé un desencanto al descubrir que los materiales que necesitaba para recargar la lámpara portátil habían perecido en el motín de aquellos cerdos en el mes de julio. Mi rabia no tuvo límites; sin embargo, mi sentido común alemán no me permitía aventurarme a entrar sin las debidas condiciones en un recinto completamente en tinieblas que podía resultar la madriguera de algún indescriptible monstruo marino, o un laberinto de cuyos pasadizos me fuera luego imposible salir. Todo lo que podía hacer era enfocar el proyector del U-29, acercarme hasta la puerta con su ayuda, y examinar los relieves exteriores. El haz de luz entraba por el pórtico en ángulo ascendente; de modo que me asomé para ver si lograba descubrir algo, aunque en vano. Ni siquiera se veía el techo; y aunque di un paso o dos hacia el interior, después de tantear el piso con un palo, no me atreví a seguir. Además, por primera vez en mi vida experimenté la emoción del miedo. Empezaba a comprender cómo se habían originado algunos de los estados de ánimo del pobre Klenze, ya que a medida que el templo me iba atrayendo cada vez más, sentía un terror ciego y creciente hacia sus abismos acuosos. Apagué las luces y me senté a meditar en tinieblas. Ahora debía ahorrar electricidad para las emergencias.

El sábado 18 lo pasé sumido en total oscuridad, atormentado por pensamientos y recuerdos que amenazaban doblegar mi voluntad alemana. Klenze había enloquecido, había perecido antes de llegar a este vestigio siniestro de un pasado abominablemente remoto, y me había aconsejado que me fuese con él. ¿Acaso el Destino preservaba mi razón solo para arrastrarme irresistiblemente a un final más horrible e impensable de lo que haya podido soñar nadie? Evidentemente, mis nervios se encontraban agotados; debía desechar estas ideas, propias de un hombre débil. La noche del sábado no me podía dormir, y encendí las luces sin preocuparme por lo que pasara después.

Era una lástima que la electricidad no durase lo mismo que el aire o las provisiones. Volví a pensar en recurrir a la eutanasia, y examiné mi pistola. Hacia el amanecer debí de quedarme dormido con las luces encendidas, ya que ayer tarde me desperté completamente a oscuras, para encontrarme con que los acumuladores se habían agotado. Encendí varios fósforos, uno detrás de otro, y lamenté la imprevisión que nos hizo gastar las pocas velas que llevábamos.

Después de apagarse el último fósforo que me atreví a encender, permanecí sentado completamente inmóvil, sin luz. Mientras pensaba en el inevitable fin, mi mente repasó los acontecimientos precedentes; entonces me llegó a la plena conciencia una impresión hasta ahora aletargada, que a un hombre más débil y supersticioso lo habría hecho estremecer. La cabeza del dios radiante de las esculturas del templo de roca es idéntica al trozo de marfil tallado que el marinero muerto sacó del mar y que el pobre Klenze devolvió.

Me quedé un poco aturdido ante esta coincidencia, pero no sentí miedo. Solo el pensamiento inferior se apresura a explicar lo singular y lo complejo mediante el recurso primitivo del sobrenaturalismo. La coincidencia resultaba extraña, pero yo tenía una razón demasiado sana para relacionar circunstancias que no admiten una conexión lógica, o asociar de manera extraña los desastrosos acontecimientos que desde el hundimiento del *Victory* habían conducido a mi presente situación crítica. Comprendiendo que necesitaba descansar, tomé un sedante a fin de procurarme un poco más de sueño. Mi estado de nervios se reflejó en mis pesadillas, ya que me pareció oír gritos de personas ahogándose, y ver sus rostros apretados contra la nave. Y entre las caras muertas, estaba el semblante burlesco y vivo del joven de la imagen de marfil.

Debo tener cuidado en el modo de consignar mi despertar hoy, ya que me siento trastornado; y sin duda hay muchas alucinaciones mezcladas con lo real. Psicológicamente, mi caso es del mayor interés, y siento no poder ser reconocido científicamente por una autoridad alemana competente. Al abrir los ojos, lo primero que experimenté fue un deseo irresistible de visitar el templo de roca; deseo que aumentaba a cada instante, aunque trataba instintivamente de resistir con alguna emoción de temor que operaba en sentido contrario. A continuación, me sobrevino una impresión de luz en medio de la oscuridad de las baterías descargadas, y me pareció ver una especie de resplandor fosforescente en el agua. Esto despertó mi curiosidad, pues sabía que ningún organismo de las profundidades abismales era capaz de emitir tal luminosidad.

Pero antes de que pudiese comprobarlo, me llegó una tercera impresión, que debido a su carácter irracional me hizo dudar de la objetividad de todo cuanto registrasen mis sentidos. Fue una ilusión auditiva: una sensación de sonido rítmico, melódico, una impresión como de cántico o himno coral frenético, aunque hermoso, que provenía del exterior y traspasaba el casco del U-29 pese a estar absolutamente insonorizado. Convencido de mi anormalidad psicológica y nerviosa, encendí algunos fósforos y me tomé una fuerte dosis de bromuro sódico, esto pareció calmarme hasta el extremo de disipar esa ilusión de sonido. Pero seguía la fosforescencia, y me costó trabajo reprimir el infantil impulso de ir a averiguar su causa. Era espantosamente realista; hasta el punto de que podía distinguir los objetos familiares que me rodeaban, así como el vaso vacío del bromuro. Esta última circunstancia me hizo reflexionar, crucé el compartimiento y toqué el vaso. Efectivamente, estaba en el lugar donde me parecía verlo. Ahora sabía que la luz era o bien real, o parte de una alucinación tan fija y coherente que no podía esperar que se disipase; de modo que renunciando a toda resistencia, subí a la torreta, con intención de averiguar cuál era el agente luminoso. ¿Sería en realidad otra nave y me brindaría la posibilidad de rescatarme?

Conviene que el lector no acepte como verdad objetiva nada de cuanto sigue. Dado que los acontecimientos trascienden la ley natural, han de ser necesariamente creaciones subjetivas, irreales, de mi mente sobreexcitada. Al llegar a la torreta, descubrí el mar muchísimo menos luminoso de lo que esperaba. No había fosforescencia alguna vegetal ni animal, y la ciudad que descendía hacia el río era invisible en las tinieblas. Lo que vi no era espectacular; no era grotesco ni aterrador. Sin embargo, me hizo perder el último atisbo de confianza en mi conciencia. La puerta y los ventanales del templo subacuático tallado en el monte rocoso se encontraba vívidamente iluminado por un resplandor vacilante, como procedente de las llamas poderosas de un altar en lo más profundo de su interior.

Los incidentes que siguieron son caóticos. Mientras observaba el pórtico y los ventanales misteriosamente iluminados, sufrí las visiones más extravagantes; visiones tan insensatas, que no me es posible siquiera consignarlas. Me pareció vislumbrar bultos en el templo; bultos que estaban inmóviles, y bultos que se movían; y me pareció también oír otra vez el cántico irreal que flotaba a mi alrededor cuando desperté. Y por encima de todo, despertaron en mí pensamientos y temores que giraban en torno al joven del mar y la imagen de marfil cuya talla era reproducción de los frisos y columnas del templo que tenía ante mí. Pensé en el pobre Klenze, y me

pregunté dónde descansaría, con aquella imagen que había devuelto al mar. Él me había advertido que se había vuelto loco ante dificultades que un prusiano es capaz de soportar perfectamente.

El resto es muy simple. Mi impulso a visitar el templo se ha convertido ya en una orden tan inexplicable como imperiosa a la que finalmente no me puedo resistir. Mi voluntad alemana no es capaz de controlar mis actos, y la volición es posible en adelante solo cuando se trata de cuestiones sin importancia. Semejante locura es la que arrastró a la muerte al pobre Klenze, sin escafandra ni protección alguna en el océano; pero yo soy prusiano y hombre con sentido común, y utilizaré hasta el final la poca voluntad que me queda. Cuando comprendí por primera vez que debía ir, preparé la escafandra y el regenerador de aire para ponérmelo inmediatamente; acto seguido, empecé a escribir esta crónica apresurada con la esperanza de que llegue al mundo alguna vez. Meteré el manuscrito en la botella, la sellaré, y cuando salga del U-29 y lo abandone por última vez, la confiaré al mar.

No tengo miedo, ni siquiera de las predicciones del demente Klenze. Lo que he visto no puede ser cierto, y sé que esta locura de mi propia voluntad puede a lo sumo conducirme a la asfixia cuando mi provisión de oxígeno se termine. La luz del templo es una pura alucinación; así que moriré serenamente, como alemán, en las negras y olvidadas profundidades. Esa risa demoníaca que oigo mientras escribo es tan solo producto de mi cerebro debilitado. Me pondré cuidadosamente el traje, y subiré intrépidamente la escalinata de ese santuario primordial, de ese mudo secreto de las aguas insondables y de los tiempos inmemoriales.

Robert Louis Stevenson

EL BARCO SE HUNDE

(*Fábulas*, 1895)

—Señor —irrumpió el teniente primero en el camarote del capitán—, el barco se está yendo a pique.

—Muy bien, míster Spoker —dijo el capitán—; pero esa no es razón para andar a medio afeitarse. Ejercite un poco su mente, míster Spoker, y notará que para una mirada filosófica no hay nada de nuevo en nuestra situación: puede afirmarse que el barco, si es que está yéndose a pique, lo estaba haciendo desde que fue botado.

—Se está hundiendo rápido —dijo el teniente primero cuando regresó de afeitarse.

—¿Rápido, míster Spoker? —preguntó el capitán—. Se trata de una expresión rara, porque el tiempo, si lo piensa, es solo algo relativo.

—Señor —dijo el teniente—, pienso que no resulta demasiado provechoso embarcarnos en semejante discusión cuando estaremos todos en el fondo del mar, metidos para siempre en el armario de Davy Jones, dentro de diez minutos.

—De razonar así —replicó, suavemente, el capitán—, nunca valdrá la pena comenzar ninguna investigación de importancia, dado que las ocasiones de morir antes de conducirla a un fin resultan siempre aplastantes. Usted no ha considerado, míster Spoker, la situación del hombre —dijo el capitán sonriendo y sacudiendo la cabeza.

—Estoy mucho más ocupado en considerar la situación del barco —dijo míster Spoker.

—Habla como un buen oficial —respondió el capitán con su mano apoyada sobre el hombro del teniente.

En cubierta se encontraron con que los tripulantes habían saqueado el depósito de bebidas y estaban emborrachándose rápidamente.

—Marineros —dijo el capitán—, esto es insensato. El barco se hundirá en dos minutos, van a decirme; bueno, ¿y con eso qué? Para la mirada filosófica, no hay nada de nuevo en nuestra situación. A lo largo de nuestra vida se nos podría haber roto una arteria o podría habernos fulminado un rayo, no en diez minutos, sino en diez segundos, y eso no ha impedido que almorzáramos o depositáramos dinero en una cuenta bancaria. Les aseguro, con una mano sobre mi corazón, que no logro comprender su actitud.

Los hombres ya estaban lo suficientemente idos como para prestarle atención.

—Es algo muy penoso de ver —dijo el capitán.

—Y sin embargo para el ojo filosófico, o lo que sea —contestó el teniente primero—, podría decirse que comenzaron a emborracharse desde que embarcamos.

—Ignoro si usted sigue siempre mis razonamientos, míster Spoker —dijo el capitán pausadamente—, pero continuemos.

En la santabárbara encontraron un viejo lobo de mar fumando su pipa a pulgadas de las barricas de pólvora.

—¡Dios mío! —dijo el capitán—. ¿Qué está haciendo?

—Pues bien, señor —arrancó el viejo lobo como disculpándose—, me dijeron que el barco estaba hundiéndose.

—¿Y qué?, suponiendo que fuera cierto —dijo el capitán—. Para la mirada filosófica, no hay nada de nuevo en nuestra situación. La vida, mi viejo camarada, la vida, en cualquier momento y desde cualquier punto de vista, es tan peligrosa como un barco que se va a pique, y sin embargo la gente acostumbra de hermosa manera a usar paraguas y zapatos de goma, a emprender vastas obras, a conducirse a sí misma en todos los aspectos como si tuviera la esperanza de ser eterna. Y de mi pobre parte le aseguro: despreciaré al hombre que deje de tomar una pastilla o de darle cuerda a su reloj porque está en un barco que se hunde. Eso, amigo, no sería una conducta humana.

—Le ruego que me disculpe, señor —dijo míster Spoker—. ¿Pero cuál es la diferencia precisa entre afeitarse en un barco que se hunde y fumar en la santabárbara?

—¡O hacer cualquier cosa en cualquier circunstancia concebible! —gritó el capitán—. ¡Totalmente de acuerdo! Convídeme tabaco.

Dos minutos después el barco voló con una gloriosa explosión.

V

CORAZONES DE AGUA



Mitologías, leyendas, libros sagrados, inciertos memoriales de viaje y ciencias arcanas poblaron de múltiples prodigios los mares. Las sirenas que enloquecen a los navegantes con su canto (o según Kafka, con su silencio), la hechicera que transforma en cerdos a los náufragos, el cíclope que los devora, el dios que ata a los vientos para que los necios los desaten, el gran pez que traga y luego vomita a Job, el ave Roc, la isla de San Brandán que en verdad es el lomo de un animal inmenso, la serpiente marina, el kraken, el pulpo gigante, los patagones caníbales, aquella fuerza o ser sin nombre que enloquece a los compases magnéticos, los triángulos que devoran naves. Tuvo cada viento su nombre y su cara: austros, bóreas, euroclidones, notos, septentriones, coromueles. Con dioses y monstruos y vientos personificados los mapas se engalanaron de terrores. Y también se convirtió en seres fabulosos a quienes andaban entre tales portentos cada uno de sus días. Sentencia la Biblia: «… aquellos que comercian en las grandes aguas, esos ven las obras de Dios y sus maravillas en los abismos» (Salmos, 107: 23-24). Así fue hasta que épocas más avisadas, menos temerosas, y acaso extraviadas en una soberbia que no sabe leer el prodigio del mundo, borraron a dioses y monstruos de la cartografía y los relegaron al mundo de la pura imaginación.

Franz Kafka

EL SILENCIO DE LAS SIRENAS

(1917)

Existen métodos insuficientes, casi pueriles, que también pueden servir para la salvación. Aquí la prueba:

Para protegerse del canto de las sirenas, Ulises tapó sus oídos con cera y se hizo encadenar al mástil de la nave. Aunque todo el mundo sabía que este recurso era ineficaz, muchos navegantes podrían haber hecho lo mismo, excepto aquellos que eran atraídos por las sirenas ya desde lejos.

El canto de las sirenas lo traspasaba todo, la pasión de los seducidos habría hecho saltar prisiones más fuertes que mástiles y cadenas. Ulises no pensó en eso, aunque tal vez algo había llegado a sus oídos. Se confió por completo en aquel puñado de cera y en el manojo de cadenas. Contento con sus pequeñas estratagemas, navegó en pos de las sirenas con inocente alegría.

Sin embargo, las sirenas poseen un arma mucho más terrible que el canto: su silencio. No sucedió en realidad, pero es probable que alguien se hubiera salvado alguna vez de sus cantos, aunque nunca de su silencio. Ningún sentimiento terreno puede equipararse a la vanidad de haberlas vencido mediante las propias fuerzas.

Las terribles seductoras no cantaron cuando pasó Ulises; tal vez porque creyeron que a aquel enemigo solo podía herirlo el silencio, tal vez porque el espectáculo de felicidad en el rostro de Ulises, quien solo pensaba en ceras y cadenas, les hizo olvidar toda canción.

Ulises, para expresarlo de alguna manera, no oyó el silencio. Estaba convencido de que ellas cantaban y que solo él se hallaba a salvo. Fugazmente, vio primero las curvas de sus cuellos, la respiración profunda, los ojos llenos de lágrimas, los labios entreabiertos.

Creyó que todo era parte de la melodía corriendo sorda alrededor. El espectáculo comenzó a desvanecerse pronto; las sirenas se esfumaron de su horizonte personal, y ya no supo más acerca de ellas.

Ellas, más hermosas que nunca, se estiraban, se contoneaban. Desplegaban sus húmedas cabelleras al viento, abrían sus garras acariciando la roca. Ya no pretendían seducir, tan solo querían atrapar por un momento más el fulgor de los grandes ojos de Ulises.

Si las sirenas hubieran tenido conciencia, habrían desaparecido aquel día. Pero ellas permanecieron y Ulises escapó.

La tradición añade un comentario a la historia. Se dice que Ulises era tan astuto, que incluso los dioses del destino eran incapaces de penetrar en su fuero interno. Por más que esto sea inconcebible para la mente humana, tal vez Ulises supo del silencio de las sirenas y solo representó esa farsa para ellas y para los dioses, a modo de escudo.

Victor Hugo

UNA PATRIA

(*Los trabajadores del mar*, 1866)

Monsieur Lethierry, hombre notable de Saint-Samps, era un marinero terrible. Había sido grumete, gaviero, timonel, contramaestre, piloto, patrón. Luego fue armador. No había nadie que supiese mejor lo que es el mar. Era intrépido para los salvamentos. En estación de temporales se paseaba por la playa escrutando el horizonte. ¿Qué se ve allí? Alguien sufre peligro. Una balandra de Weymouth, un místico de Aurigny, una polacra de Courseulles, el yate de un lord. Un inglés, un francés, un pobre, un rico, el diablo, ¿qué importa? *Monsieur* Lethierry se embarcaba, llamaba a dos o tres mozos decididos o se las arreglaba sin nadie y él era solo toda su tripulación, largaba amarras, aferraba el remo, se lanzaba a alta mar, subía, bajaba y volvía a subir en las concavidades de las olas, se sumergía en el huracán, volaba hacia el peligro. Arrebatado por las rachas, de pie en su embarcación, empapado por los chubascos, mezclado a los relámpagos, con el rostro de un león que tuviese una melena de espuma, así se lo veía desde lejos. Así pasaba algunas veces todo el día en el riesgo, en el oleaje, en el granizo, en el viento, acercándose a los buques náufragos, salvando los cargamentos, buscando pelea con la tempestad. Volvía de noche a su casa y tejía un par de medias.

Llevó esta vida por espacio de cincuenta años, desde los diez a los sesenta, mientras fue joven. Hasta que con un solo brazo ya no pudo levantar el yunque de la herrería de Varclin, que pesaba trescientas libras.

Y tuvo que renunciar al mar.

Y pasó de la edad heroica a la edad patriarcal.

Desde entonces no fue más que un buen hombre.

Había llegado a un mismo tiempo a los reumatismos y a las comodidades. Dos productos del trabajo que suelen brindarse compañía. Luego de hacerse rico uno queda paralizado. Es la corona de la vida. Y se dice: ahora gocemos.

En islas como Guernsey, la población se compone de hombres que emplearon su vida en dar la vuelta a su campo y otros que la emplearon dando vueltas al mundo. Son las dos especies de trabajadores: los de la tierra y los del mar. *Monsieur* Lethierry era un trabajador del mar. Sin embargo, conocía la tierra. Había viajado por el continente. Había sido algún tiempo carpintero de ribera en el astillero de Rochefort y después en Cette. Había trabajado en las salinas del Franco Condado. La suya había sido una vida de aventurero. Si en Francia había aprendido a leer, a pensar, a querer, en el fondo de su naturaleza era marinero. El agua le pertenecía. Afirmaba: mi casa es donde están los peces.

En resumen: toda su existencia, salvo dos o tres años, fue, como él decía, echada al agua. Había navegado los grandes mares, el Atlántico y el Pacífico, pero sus aguas preferidas eran las del Canal de la Mancha. ¡Este es el mar bravío!, exclamaba. En él había nacido, en él quería morir. Tras un par de viajes de circunnavegación había vuelto a la isla de Guernsey. Y el resto de sus viajes no llegaron más allá de Granville y Saint-Malo.

Monsieur Lethierry era de Guernsey, es decir normando, es decir inglés, es decir francés. Había en él una patria cuádruple sumergida en su gran patria: el Océano.

Daniel Defoe

VIDA Y HAZAÑAS DE MARY READ

(*Historia general de los robos y asesinatos de los más famosos piratas*, 1724)

Mary Read nació en Inglaterra; su madre se había casado joven con un hombre de la mar que emprendió viaje poco después de su matrimonio dejándola preñada; más tarde dio a luz un niño. Mary Read no llegó a saber nunca si el marido de su madre naufragó o murió durante ese último viaje; el hecho es que no regresó; en cuanto a la madre, que era joven y alegre, tuvo un desliz de esos que a menudo acontecen a las muchachas que no son precavidas, consistente en que otra vez quedó preñada, pero sin un marido al que atribuir la paternidad; aunque nadie más que ella sabía cómo ni con quién, porque tenía bastante buena reputación entre sus vecinos. Viendo que le aumentaba la preñez, y con objeto de ocultar su vergüenza, se despidió formalmente de los parientes de su marido, diciendo que se iba a vivir al campo con unos amigos. Se marchó, llevándose consigo al niño, que por entonces no tenía aún el año: poco después de su marcha murió el niño; pero la Providencia, en compensación, tuvo a bien concederle una niña en su lugar, a la que dio a luz felizmente en su retiro; y esta niña fue nuestra Mary Read.

Aquí vivió la madre tres o cuatro años, hasta que se le acabó el dinero. Entonces pensó volver a Londres, y dado que la madre de su marido gozaba de cierta posición, no dudaba en convencerla de que proveyese para la criatura, si conseguía hacerla pasar por la misma, aunque cambiar un niño por una niña parecía empresa difícil, y engañar a una vieja con experiencia en este punto, completamente imposible. Sin embargo, la vistió de niño, la llevó a la capital, y se la presentó a su suegra como el hijo de su esposo. La anciana quiso tomarlo y criarlo, pero la madre pretextó que esta separación le destrozaría a ella el corazón; así que acordaron que la criatura viviría con la madre, y la supuesta abuela le pasaría una corona a la semana para su manutención. De esta manera, la madre se salió con la suya, crio a su hija

como un niño, y cuando alcanzó algún conocimiento, juzgó conveniente confiarle el secreto de su nacimiento para inducirla a ocultar su sexo. Y ocurrió que después murió su abuela, con lo que cesó el medio de subsistencia que provenía de esa fuente, y se vieron cada vez más hundidas en la estrechez; y la madre no tuvo más remedio que desprenderse de su hija para que fuese a servir a una dama francesa, en calidad de lacayo, cuando contaba trece años de edad. No duró mucho aquí, porque al crecer se hizo atrevida y fuerte, y también de espíritu aventurero, así que se enroló en un buque de guerra, donde sirvió algún tiempo. Después desembarcó y se marchó a Flandes, se alistó como cadete en un regimiento de infantería, y aunque en todas las acciones demostró gran bravura, no obtuvo ningún ascenso, ya que estos se compraban y vendían por lo general; así que abandonó el servicio, y se alistó en un regimiento de caballería. Aquí se portó tan bien en varios combates que se ganó la estima de sus oficiales. Pero ocurrió que tenía de camarada a un tal Fleming, un joven apuesto, y se enamoró de él; y a partir de entonces se volvió algo descuidada respecto de su deber: al parecer era incapaz de servir a la vez a Marte y a Venus; su arma y su equipo, que siempre había mantenido en perfecto estado, estaban completamente sucios y abandonados; pero es cierto que cuando a su camarada le ordenaban partir con un grupo solía ir ella también sin que se lo ordenasen, y a menudo se metía en el peligro sin que nadie la llamase, solo para estar cerca de él; el resto de los soldados, que no sospechaban cuál era la secreta causa que la movía a conducirse de este modo creían que estaba loco, y su propio compañero no se explicaba tampoco su extraño cambio. Pero el amor es ingenioso, y como dormían en la misma tienda y estaban constantemente juntos, encontró el medio de dejarle descubrir su sexo sin que pareciese que lo hacía a propósito.

El joven se quedó muy sorprendido ante el descubrimiento, y no poco complacido, dando por supuesto que tendría una amante para él solo, lo que es algo insólito en un campamento, ya que apenas existe una de esas damas de campaña que sean fieles a una tropa o una compañía. De manera que no pensó en otra cosa que en satisfacer sus pasiones con muy poca ceremonia. Pero aquí descubrió que estaba completamente equivocado; porque ella se mostró muy reservada y resistió todas sus insistencias; pero a la vez era tan servicial, y persuasiva en su persona, que le hizo cambiar completamente de propósito; y de querer hacerla su concubina, pasó a pretenderla como esposa. Era lo que Mary Read más deseaba en su corazón. Intercambiaron promesas, y cuando acabó la campaña, y el regimiento se retiró a su cuartel de invierno,

compraron un vestido de mujer para ella con el dinero de los dos, y se casaron públicamente.

La historia del casamiento de los dos soldados produjo gran revuelo; tanto que varios oficiales, movidos por la curiosidad, asistieron a la ceremonia, y acordaron hacer un pequeño regalo a la novia, para la casa, en consideración a que había sido compañera de armas. Así unidos, los dos mostraron deseos de abandonar el servicio, y establecerse en el mundo; la aventura de su amor y matrimonio les había granjeado tanto favor que fácilmente obtuvieron la licencia, y abrieron una hostería con la enseña de Las Tres Herraduras, cerca del castillo de Breda, que no tardó en convertirse en un gran negocio, ya que muchos oficiales iban a comer allí a diario.

Pero no duró mucho esta felicidad, porque al poco tiempo murió el marido y, firmada la Paz de Ryswick, se acabó la concurrencia de oficiales en Breda, como había sido la costumbre, por lo que la viuda, al encontrarse con poco o ningún negocio, se vio obligada a vender el figón. Y tras consumir poco a poco su peculio, adoptó de nuevo la indumentaria de hombre, y se fue a Holanda, donde se alistó en un regimiento de infantería acuartelado en uno de los pueblos fronterizos. No permaneció aquí mucho tiempo, ya que no había probabilidades de promoción en tiempo de paz, así que tomó la resolución de buscar fortuna de otra manera; abandonó el regimiento, y embarcó en una nave con destino a las Indias Occidentales.

Y ocurrió que apresaron este barco unos piratas ingleses, y como Mary Read era la única persona inglesa a bordo, la retuvieron con ellos; y tras saquear el barco, lo soltaron otra vez. Después de seguir este negocio algún tiempo, se hizo público el edicto del Rey, y se difundió en todas partes de las Indias Occidentales, perdonando a los piratas que voluntariamente se entregasen, hasta determinado día que en él se mencionaba. La tripulación de Mary Read se acogió al beneficio de este decreto; y tras entregarse, vivieron pacíficamente en la costa. Pero cuando empezó a escasearles el dinero, y oyeron que el capitán Woddes Rogers, gobernador de la isla de Nueva Providencia, estaba armando algunos corsarios para combatir a los españoles, ella y varios otros embarcaron hacia dicha isla, a fin de emprender el negocio del corso, y dispuestos a hacer fortuna de una manera o de otra.

No bien se hicieron a la mar estos corsarios, las tripulaciones de algunos de ellos, que habían sido perdonadas, volvieron a su antigua profesión; y entre estas se encontraba Mary Read. Es cierto que dijo muchas veces que siempre había detestado la vida de pirata, y que solo se había metido en ella, esta vez y antes, por necesidad, con intención de dejarla en cuanto se le presentase una

buena ocasión; sin embargo, durante su juicio hubo algunos testigos, hombres forzados que habían navegado con ella, que declararon bajo juramento que, en tiempo de acción, nadie se mostraba más decidido y dispuesto al abordaje, ni a lanzarse a la hazaña arriesgada, que ella y Anne Bonny; y sobre todo cuando fue abordada y apresada esta tripulación, porque al arrimarles el costado, nadie permaneció en cubierta, salvo Mary Read, Anne Bonny y otro; y que ella, Mary Read, gritó a los que estaban abajo que subiesen y luchasen como hombres, y al ver que nadie se movía, disparó sus armas a la bodega, sobre ellos, matando a uno e hiriendo a varios. Este fue uno de los testimonios contra ella, que Mary negó. Verdad o no, lo cierto es que no carecía de bravura, ni era su modestia menos extraordinaria, según sus nociones de virtud; porque ninguna persona sospechó su sexo a bordo hasta que Anne Bonny, que no era tan reservada en cuanto a castidad, puso sus ojos en ella. Quiero decir, que Anne Bonny la tomó por un apuesto joven y por alguna razón descubrió primero su sexo a Mary Read. Al darse cuenta Mary Read de sus intenciones, y comprendiendo muy bien su propia incapacidad en este sentido, se vio obligada a sincerarse con ella. Y así, le hizo saber que era mujer también; pero esta intimidad trastornó de tal modo al capitán Rackam, que era amante y galán de Anne Bonny, que se puso enormemente celoso, de forma que le dijo a Anne Bonny que le iba a cortar el cuello a su nuevo amante; por lo que, para tranquilizarlo, le tuvo que revelar también el secreto.

El capitán Rackam (como le pidieron) guardó el secreto ante toda la compañía del barco; sin embargo, a pesar de la habilidad y reserva de ella, el amor la sorprendió en este disfraz, y le impidió olvidar su sexo. En el viaje apresaron gran número de barcos de Jamaica y otras partes de las Indias Occidentales que iban y venían de Inglaterra; y cada vez que topaban con un experto en navegación o cualquier otro que pudiese ser de utilidad para la compañía, si no se unía a ellos de grado, era costumbre retenerlo por la fuerza. Y entre estos andaba un joven de muy atractivos modales, y muy agraciado, al menos a los ojos de Mary Read, y de tal manera se prendó de su persona y discreción que ya no encontró descanso ni de día ni de noche; pero como nada hay más ingenioso que el amor, no fue difícil para ella, que había practicado antes tales argucias, encontrar el medio de hacerle descubrir su sexo: primero se insinuó para agradarle, hablando contra la vida de pirata, de la que era completamente enemiga, de forma que se hicieron compañeros de rancho y estrechos camaradas; cuando ella entendió que le había cobrado afecto como hombre, permitió que hiciese el descubrimiento mostrándole tranquilamente los pechos, que eran muy blancos.

El joven, que estaba hecho de carne y hueso, sintió crecer la curiosidad y el deseo a tal punto que no dejó de importunarla, hasta que ella le confesó lo que era. Aquí se inició la etapa de amor: y el cariño y simpatía que sentía por ella bajo su supuesta personalidad se convirtió ahora en afecto vehemente y deseo. La pasión de ella no era menos violenta, y la demostró con una de las acciones más generosas que jamás haya inspirado el amor. Ocurrió que este joven tuvo una disputa con uno de los piratas, y dado que el barco estaba fondeado cerca de una isla, acordaron bajar a tierra a luchar conforme la costumbre pirata: Mary Read se sintió angustiada y ansiosa hasta el último grado por la suerte de su amante; no le habría permitido que rechazara el desafío, porque no habría soportado la idea de que lo tachasen de cobarde; pero por otro lado, le asustaba el desenlace, y comprendía que el otro podía ser demasiado fuerte para él. Una vez que entra el amor en el pecho de quien tiene una chispa de generosidad, mueve al corazón a las más nobles acciones; en este dilema, Mary Read demostró que temía más por la vida de él que por la suya propia; porque tomó la resolución de ser ella la que se enfrentase con este sujeto, y desafiándolo a bajar a tierra, concertó el combate dos horas antes del que tenía con su amante, luchó a espada y pistola, y lo mató. Es cierto que había peleado antes, cuando la había insultado alguno de sus compañeros; pero ahora se trataba de la causa de su amante, así que se interpuso entre él y la muerte, por así decir, como si no pudiese vivir sin él. De no haber sentido por ella un gran cariño antes, esta acción lo habría ganado para siempre; pero no había necesidad de compromisos y obligaciones, dado que su afecto por ella era suficiente. En conclusión, se dieron mutua promesa de esposos, lo que para la conciencia de Mary Read dio tanta validez al matrimonio como el efectuado por un ministro de la iglesia. Y a esto se debió la avanzada preñez que alegó en el juicio para salvar su vida.

Declaró que jamás había cometido adulterio ni fornicación con ningún hombre, alabó la justicia del tribunal que la juzgaba por distinguir la naturaleza de sus crímenes, y absolver a su esposo, como ella lo llamaba, junto a varios otros; y al preguntársele quién era, no lo quiso decir, aunque afirmó que se trataba de un hombre honesto que no tenía inclinación a tales prácticas, y que ambos habían decidido abandonar a los piratas a la primera ocasión, y dedicarse a algún medio de vida honrado. No hay duda de que muchos sintieron compasión por ella, aunque el tribunal no pudo por menos de hallarla culpable; porque entre otras cosas, una de las pruebas atestiguada contra ella fue que después de apresada por Rackam, cuando llevaba algún

tiempo a bordo, trabó este casualmente conversación con Mary Read, a la que tomaba por un joven, y le preguntó qué placer podía encontrar metiéndose en tales empresas, donde su vida corría constantemente peligro por el fuego o la espada; y no solo eso, sino que podía estar segura de que tendría una muerte ignominiosa si la apresaban viva. Ella contestó que en cuanto a morir en la horca no lo consideraba demasiado duro, porque si no fuera por eso todos los cobardes se harían piratas, infestarían los mares a tal extremo que los hombres de valor se morirían de hambre; que si se dejase a los piratas elegir castigo, no tendrían otro que la muerte, porque su miedo a ella mantendría honrados a algunos ladrones cobardes; que muchos de los que ahora estafan a viudas y huérfanos y oprimen a sus vecinos pobres que no tienen dinero para obtener justicia saldrían a la mar a robar, con lo que el océano estaría lleno de ladrones como lo está la Tierra, y ningún mercader se aventuraría a salir, y en poco tiempo no compensaría emprender comercio ninguno.

Mercè Rodoreda

MI CRISTINA

(*Mi Cristina y otros cuentos*, 1967)

¿Tantos años has vivido dentro?… ¿Y cómo te las arreglabas?, me dicen. Tienes que ir a hacerte los papeles. Y me miran y en las comisuras de los labios les veo un principio de risa. Vuelve, me dicen, vuelve. Pero cuando vuelvo se mosquean: ven mañana, aún no sabemos nada, ven pasado mañana. Y uno de ellos, el del bigote, estira una mano con los dos primeros dedos bien juntos y hace como si le diese vuelta a una llave y me dice, clavándome una mala mirada: si no vienes a buscar los papeles, ya lo sabes… y venga a mover la mano… y yo llevo dentro una pena que me mata, pero nadie lo sabe. Así ocurrió, y sin testigos. Y no me quejo.

El mar entero era un gemido y una ráfaga y volantes de olas y yo atrapado y arrojado, y atrapado, escupido y engullido y abrazado a mi tablón. Todo estaba negro, el mar y la noche, y el *Cristina* hundido, y los gritos de los que morían en el agua ya no se escuchaban, y atiné a pensar que solo quedaba una persona con vida y que era yo, gracias a la suerte de ser solo marinero y estar en cubierta cuando todo empezó a ir mal. Vi espesas nubes sin querer verlas, tendido por entero sobre una ola furiosa, y entonces, con todas aquellas nubes encima, me sentí chupado hasta muy adentro, más adentro que las otras veces. Descendía, entre remolinos y peces alarmados que me rozaban las mejillas, y venga a descender, llevado por un torrente de agua dentro del agua, bajando por un acantilado, y cuando el agua se calmó y fue bajando poco a poco, la cola de un pescado más grande que los demás me golpeó en la pierna, y ya no veía las nubes sino la oscuridad más oscura que haya visto hijo parido de mujer, y el tablón me salvó porque sin él quizá hubiera ido a parar donde había ido a parar el agua engullida. Cuando intenté levantarme para andar por el suelo, resbalaba, y aunque ya me figuraba dónde estaba, preferí no pensar, pues me acordé de lo que mi madre me había dicho en su lecho de muerte. Yo estaba a su lado, muy triste, y mi madre, que se ahogaba, tuvo fuerzas para

levantarse de medio cuerpo para arriba y con el brazo largo, largo y seco como un mango de escoba, me pegó un tremendo guantazo y me gritó aunque apenas se la entendía: ¡no pienses! Y murió.

Me agaché para tocar el suelo con las manos. Estaba resbaloso y mientras lo tocaba escuché muy cerca de mí como un enorme gemido de trompa, que poco a poco se convirtió en un bramido. Y entre bramidos y gemidos, como la ronquera de unos pulmones viejos y cansados, la tierra se movió hacia arriba y yo caí abrazado a mi tablón. Medio atontado, no sabía qué pasaba exactamente, solo sabía que no tenía que dejar el tablón en la vida, porque la madera es más fuerte que el agua. Sobre el agua revuelta una madera llana es más fuerte que todas las cosas del mundo. Quería saber dónde estaba exactamente, y cuando una parte del cerebro empezó a dolerme menos intenté andar hacia delante, y todo lo veía color tinta de pulpo asustado, y se habían terminado los gemidos y solo escuchaba glu-glu, glu-glu. Y el suelo, bajo los pies, pues volvía a estar en pie, era de goma tierna, como aquella que chorrea tranquila de los troncos de los árboles, goma recogida, trabajada y secada y después ablandada por el calor, aunque allí dentro hiciese frío y los dientes me castañeteasen. Distraído, me encontré de nuevo sentado en el suelo con el tablón atravesado entre las piernas. Estiré un brazo y con la palma de la mano toqué la pared y toda la pared se movía como si fuese una ola incesante, como un desasosiego muy antiguo. Cogí el tablón tal estaba, de través, y embestí la pared que se movía, y el tablón y yo volamos por los aires y volvimos a caer encima del suelo fangoso. ¡A golpes de tablón! Lo clavaba en el suelo y cuando lo tenía clavado, daba un paso adelante, y así, con penas y fatigas, cayéndome y levantándome, llegué a un lugar extraño, oscuro, y al propio tiempo lleno de colores que no lo eran exactamente, fantasmas de colores, encendidos y apagones de azules y de amarillos y de rojos que se acercaban y se alejaban, colores que no parecían tales, que eran un fuego distinto del fuego y que no podría explicar, cambiantes y escurridizos. Llegaba un poco de claridad, una claridad delgada y enfermiza, y me acerqué a ella y vi la Luna allá fuera por entre un enrejado de varillas. Abrazado a mi tablón dejé pasar muchas horas. Me parece. Porque cualquiera sabe dónde se había metido el tiempo. Y cuando la Luna fue descendiendo, los colores se tornasolaron un poco y entonces me di cuenta de que no respiraba y de que me salía agua por los oídos, un chorrito por cada lado. Y no era agua, sino sangre, pues los oídos se me debían haber roto por dentro, y mientras me pasaba la punta de un dedo por el cuello tibio de sangre, sentí una sacudida que venía de lo hondo de donde yo estaba y con la sacudida subió un chorro

de agua que apestaba a pescado vomitado. Y aquella agua me cubrió hasta los hombros, y suerte tuve que quedase quieta y que poco a poco volviese a bajar, aunque quedé apestando a pescado. Ya no me salía sangre por los oídos: pasaba el aire por ellos, pues el camino del aire se había modificado. Golpeé fuerte con el tablón en el suelo y no pasó nada, ni un gemido, ni una sacudida. Fui hacia delante, abrazado a mi tablón, entre luces de colores que no sabía si eran las mismas que ya había visto o bien otras, pues iban apagándose, y por entre el enrejado de varillas entró la luz del amanecer que se levantaba, y sentí la paz de la mar en calma, algo que no puedo explicar, como si mi mundo estuviese a punto de borrarse, no sé… Me detuve, y a través del aire que me entraba y me salía por los oídos oí una respiración muy fuerte entre el chapoteo del agua. Luego me pareció pisar un pedregal, pero eran los granos de una lengua, y de repente, tablón y yo, fuimos de nuevo por los aires, y me pareció que me abrazaban fuertemente. Un abrazo de esos que te dejan sin respiración. Casi había salido, junto con el agua, por el agujero rociador de una ballena y el tablón me había salvado de salir del todo, disparado como una bala. Y vi cosas que había visto ya muchas veces, pero ¡desde qué lugar tan distinto! Era la ballena más grande de todos los mares, la más brillante, la más antigua. Yo había pasado toda la noche dentro de ella. Clareaba pausadamente y, colgado del agujero rociador por las mandíbulas, que ya empezaban a dolerme, abrazado a mi tablón al otro lado del agujero, con los pies balanceándoseme, vi dos ríos que se juntaban con el mar, muy distintos entre sí. Las aguas de aquellos ríos tenían dos colores: colorado de tierra roja, uno; verde de algas, el otro. Y aquellos dos colores bailaban una lentísima danza de mezcla y separación. Danza y danza la danza de los colores. Yo soy colorada, yo soy verde. Ahora te pongo el colorado, ahora escurro el color verde. El verde penetra por debajo, ahora por debajo se esconde el colorado… Y mientras miraba salió el sol, el agujero se ensanchó y yo caí como una piedra. Entonces pude ver lo que había dentro. A los pies, mecido por el agua y la saliva, había un marinero. Extendido sobre la lengua, a mi alcance, con la corbata atada con un cordoncillo, el áncora en la manga, los pantalones pegados a las piernas, la cara morada, los ojos abiertos y vacíos. Tres peces le estaban comiendo una mano. Los asusté y se fueron, pero volvieron al punto, cegados. Yo también tenía hambre, pero me la aguanté, y abrazado a mi tablón, saludé a la muerte y canté su himno. Pasé tres días persiguiendo peces y yendo de un lado para otro y de vez en cuando un golpe de lengua me estampaba en su mejilla. Hasta que…, me duele el decirlo…, pasé aquellos tres días intentando sacar al marinero fuera. Ella apretaba las varillas y yo los

dientes, y me apretaba también el cinturón para poder hacer más fuerza. De tanto apretarme el cinturón, se me despertó más el hambre, y empecé a comerme al marinero, a pedacitos. Estaba duro y lleno de nervios, muchos nervios. Con todo, prefería comerme a un marinero que no conocía a comerme a un marinero conocido. Algún pescado lo había vaciado cuando aún vagaba por el agua. Estaba entero, excepto los ojos y las entrañas. Esto hizo que se conservase y pude hacerlo durar más días. Tiraba los huesos más pequeños por entre las varillas, pero los más grandes me los quedé. Las varillas del lado derecho estaban limpias y raspadas. Las del lado izquierdo eran una mezcla de algas, conchas y moluscos. Para no comer siempre marinero, a veces comía mariscos. Lo peor era la sed. Pero todo tiene arreglo. Un día, de milagro, entró un cazo. Enseguida pensé en los árboles de la goma y de un solo golpe, sin piedad, clavé el cazo por el mango en el cielo de la boca de la ballena. Al día siguiente estaba lleno de jugo y pude beber. El agua del mar, salada, hace que la carne de los peces sea dulce. Volví a clavar el cazo. Siempre tenía que hacer agujeros nuevos, porque las heridas causadas con el mango cicatrizaban enseguida. De vez en cuando, si me descuidaba, me atizaba con la lengua contra el paladar y allí me tenía durante horas. Navegábamos despacio. Ya había marcado siete rayas con la punta del cuchillo en una de las varillas. Siete días. Una mañana, embestí las varillas para ver si abría brecha y todo empezó a dar vueltas y yo iba arriba y abajo, tan pronto encima de la lengua como debajo, tan pronto a un lado como arriba del todo y, pegado al paladar, tuve el acierto de pegar un grito: ¡párate, Cristina!… Me encontré sentado con mi tablón atravesado encima del pecho. En aquel momento, sin advertirlo, la bauticé.

Por entre las varillas vi mares de todas las clases. De distintos azules y color vino, lo que quieras, con olas doradas y montañas de hielo y nieblas al amanecer. Y yo temblando y sufriendo. Me decía: todas las lágrimas de la tierra van a parar al mar. Y la ropa se me deshacía, podrida. Primero se me deshilacharon los bajos de los pantalones, después la marinera, la ropa se fue no sé cómo y me quedé solo con la correa de cuero y el cuchillo, que tenía el mango de nácar, cruzado bajo la correa. Pronto tuve que hacerle nuevos agujeros. A veces, si me dormía durante un rato, soñaba que apretaba el cinturón y que dentro del cinturón ya no quedaba nada… ¡Costas verdes! Cuando vi aquellas costas me puse a rezar. Volví a jugarme la vida y volví a pegar empellones con el tablón. Cristina se sumergió. Estuvimos mucho rato dentro del agua. Cuando salimos mis oídos respiraban enloquecidos pero las varillas se habían abierto como la puerta de una presa y yo me fui hacia el

bendito mar de Dios, que ya no parecía hecho de lágrimas, sino de las risas de todas las fuentes del mundo. Y el tablón y yo íbamos así, mecidos, hacia la tierra verde. Había pájaros que chillaban junto a la orilla y me pareció que la brisa traía el aroma de espigas y de pinos. Pero de repente la oí llegar, sin siquiera volverme, su sombra me cayó encima y por la boca envarillada volvió a meterme dentro de ella. Y empezó la mala vida. Seis meses; todas las noches pegándole golpes de tablón por dentro, soltándole garrotazos en la lengua con el hueso de la pierna del marinero, que cualquiera sabe dónde había ido a parar. Con el cuchillo le hacía cruces en el costado del paladar y debajo de la lengua. Le hundía el cazo, que ya estaba mohoso, para que la envenenase, la pinchaba con la hebilla de la correa. Al final, ya no navegaba: iba sin tino por encima del agua, un poco escorada. Le marcaba los días hundiéndole la hoja del cuchillo en el paladar que temblaba como si fuese gelatina, y de las señales le chorreaba sangre blanca y sangre roja. Cuando tuvo todo un lado del paladar hecho trizas, empecé a marcarle el otro. Un día le corté un grano de la lengua y oí un bramido que parecía el órgano del día de difuntos. Por las noches le salía, desde muy adentro, un gemido, como si todas las campanas de los campanarios del mar doblasen al mismo tiempo, ahogadas por el peso del agua y de la sal. Cristina se mecía lo mismo que una cuna y me mecía para dormirme, pero siempre desconfié de ello. Empecé a comérmela. Marcaba una cruz y después cortaba la carne por debajo y me la comía masticando bien, como había hecho con el marinero. Un día, los gemidos parecieron gemidos humanos y Cristina se sumergió y pasó muchísimo tiempo dentro del mar. Aunque yo respiraba por los oídos, cuando volvimos a la superficie fue como si volviésemos del infierno del agua. Le cortaba la campanilla, le dejaba el tablón apuntalado en la entrada de la garganta y le rayaba la lengua a cuchillazos. Cruces y más cruces, días y más días. A veces le zumbaba un golpe de tablón en el paladar allí donde lo tenía más vacío de carne. Sin cesar. La lengua estaba demasiado dura; solo me comía el paladar y la carne volvía a brotar y yo la veía crecer como si fuese hierba de primavera. Cuando le ponía el hueso de la pierna del marinero debajo de la lengua se me volvía loca como un conejo. Pero así que la dejaba tranquila, volvía a navegar, un poco escorada, despacio, como si de repente el agua del mar, cansada de brincar y gritar, se hubiese vuelto espesa y difícil. Pasaba el tiempo, con sus días, sus meses y sus años, y nosotros siempre adelante porque en el fondo de una extraña oscuridad sentíamos que en un lugar que nunca acertábamos a encontrar, nos esperaba quién sabe si el último haz de luz sobre la sombra, o aquella especie de recuerdo delgado que dejan

las cosas cuando se van para siempre. Al final me cansé. Vivía arrinconado en un hueco del paladar, y ella me guardaba abrigándome con la lengua y yo sentía como si me acartonase, y es que ella, con su baba, me iba cubriendo de costra. Y ni ella ni yo sabíamos qué mares navegábamos, hasta que una noche se quedó encallada sobre una roca y en aquella roca murió, toda marcada por dentro. La playa no estaba lejos: media hora de remo, apenas. Quise abrir las varillas a golpes de tablón, pero no pude porque el tablón ya estaba medio podrido por los cantos y se había cortado y adelgazado. Con un enorme trabajo salí por el rociador y cuando estuve fuera me dejé caer deslizándome por la gran curva de su lomo hasta el agua, pero no sentí nada porque debía haber ido a parar a una especie de mundo que debía de ser el mundo de los limbos. El mar me lanzó sobre la arena y allí me recogieron. Al despertar, me encontré en un hospital y una monja me daba de beber leche recién ordeñada, y yo no podía tragar porque tenía la lengua y la garganta como si fuesen de piedra. Y otra monja, con un martillito de madera, que luego me explicó habían hecho expresamente, iba golpeándome la costra, que era de perla, y de este modo iba arrancándomela. Al principio, la costra con los golpes del martillito se estrellaba. Y al cabo de unos cuantos días se despegaba a miajitas, pues la monja la iba regando con un porrón de agua preparada. Y la monja hacía su trabajo con resignación y decía: «Señor, la piel de debajo de la costra parece la de una lombriz de tierra». Y cuando ya tenía casi toda la costra arrancada y solo me quedaba en la mejilla derecha y en medio lado de la cabeza, la monja me dio unos pantalones de hilo y me dijo que tenía que presentarme para que me hiciesen los papeles. Y me presenté y enseguida me dijeron aquello de que cómo me las había arreglado para vivir, durante tantos años, y de que si creía que les iba a tomar el pelo… Y el viento y el sol que siembran y maduran me iban haciendo una piel tierna, y suerte de ello porque todo yo estaba tan vacío como el paladar de Cristina. Y cuando ya hube vagado bastante, volví al hospital y la monja me preguntó si la piel me dolía cuando salía a la calle, tan delgada, y yo le contesté que la piel solo me dolía, y mucho, cuando ella me golpeaba con el martillito la costra y me la regaba con aquella agua preparada que hervía un poco en contacto conmigo. Después me metía en la cama con mucho cuidado y dormía muy mal. Un día, claro, me echaron del hospital y me dijeron que ya estaba curado. Me dieron un buen plato de sopa caliente en vez de leche recién ordeñada, y a la primera cucharada arranqué a gritar y a correr porque mis entrañas estaban en llaga viva, y mordidas y podridas por toda la carne enferma que había comido de mi Cristina. Salí a la calle gritando aún, en el momento en que los niños iban

a la escuela y un muchachito, casi asustado porque yo lo miraba, me señaló con el dedo y dijo en voz baja a los otros: es de perla. Las manos me brillaban todavía con aquellos trocitos de colores que las conchas tienen en el lado liso… Y veía los ojos de los niños, un rebaño de ojos azules y negros que me seguían y no me dejaban como si se sostuviesen a media altura sin nada alrededor y solo fuesen a lo suyo… Me detuve, con la mejilla y media cabeza de costra de perla, tan bien pegada, tan bien casada con la carne, que el martillito nunca pudo romperla. Y me estuve quieto hasta que los niños se cansaron de mirarme, y entonces fui hasta todo lo alto de los acantilados, fuera del pueblo, a todo lo alto, allí donde hacen el nido los pájaros de agua y donde mueren las mariposas en otoño. Y con el corazón lleno de cosas que temblaban como las estrellas en la noche me quedé mirando al mar y a la oscuridad que lo iba cubriendo. Por el lado en que el sol se ocultó, se arrastraba aún un poco de luz que se iba esfumando, y no bien estuvo todo negro, de parte a parte del mar surgió una carretera de luz ancha y quieta, y por aquella carretera de luz ancha y quieta pasaba mi Cristina con el rociador en marcha y yo iba encima de su lomo abrazado a mi tablón, como antes, cantando el himno de la marinería. Y desde donde estaba, desde todo lo alto de los acantilados, lo escuchaba muy claramente, allá abajo, cantado por mí en medio de toda aquella extensión de agua, carretera adelante, sobre mi Cristina, que dejaba un rastro de sangre. Terminé de cantar y Cristina se detuvo y yo me quedé sin respiración, como si todo se me hubiera ido por la vista, hasta que mi Cristina, y yo encima suyo, saludando y callados, nos perdimos hacia el lado donde el mar da la vuelta para ir aún más lejos… Me senté en el suelo con las piernas dobladas y me dormí con los brazos encima de las piernas y la cabeza encima de los brazos. Y debía de estar muy cansado porque me despertó la luz del amanecer con los gritos de los pájaros que no saben cantar. Salían blanquísimos, de los agujeros de las rocas en grandes vuelos, en compañía, haciendo chasquear las alas, y se tiraban en picado al agua y volvían a subir raudos con peces en el pico que daban a sus pequeñuelos, y había otros que en lugar de peces traían ramitas y briznas de hierbas, para construir sus nidos. Me levanté, mareado por el griterío, y el mar estaba liso como un tejado, y empecé a bajar hacia el pueblo y cuando estuve cerca de las primeras casas una mujer sucia y despeinada salió de un portal y se me tiró encima, y gemía, y me golpeaba en el pecho con los puños, y gritaba, eres mi marido, eres mi marido, y me abandonaste… Y juro que no era verdad, porque yo nunca había estado en aquel pueblo, y si hubiese visto alguna vez a aquella mujer me hubiese acordado porque tenía los dientes de la

parte de arriba colgándole sobre el labio inferior. La aparté con el brazo y cayó al suelo, y con el pie la empujé y separé de mí con cuidado, pues un niño nos estaba mirando desde una ventana. Y fui de nuevo allá donde hacían los papeles. Estaban celebrando algo que no sabía qué podía ser. El caso es que todos estaban bebiendo vino dorado en unas copas pequeñas. Estaban de pie y el del bigote me vio enseguida y se me acercó con cara de no querer estorbos, y vi a otro, con manguitos, que hablaba al oído de uno que no tenía ni un pelo, y por el movimiento de los labios adiviné lo que le estaba diciendo: la perla. Y todos se volvieron a mirarme y el que se me había acercado volvió a decirme: mañana; y me acompañó hasta la puerta, y casi me echó a la calle, mientras iba diciendo, como una canción: mañana, mañana…

Philip Gosse

DELICIAS DEL ANACRONISMO

(*Historia de la piratería*, 1924)

Mainwaring era uno de esos genios que se equivocaron de época. Si hubiese vivido cincuenta años antes, indudable es que su gloria hubiera igualado la de los grandes navegadores del rango de Drake o de Raleigh. Bajo el reinado mucho más pacífico y menos aventurero de Jacobo I, sus talentos peculiares se veían condenados a quedar estériles. Nacido en Shropshire como vástago de una vieja familia del condado, fue educado en el colegio Brasenose, en Oxford, donde se inscribió a los doce años. En 1602, teniendo apenas quince, recibió el diploma de bachiller. Después de muchas vicisitudes, ejerciendo sucesivamente el oficio de abogado, de soldado y de marino, resolvió hacerse pirata.

Compró un pequeño navío de ciento sesenta y seis toneladas, el *Resistance*, una embarcación admirablemente construida, rápida y fácil de maniobrar y tripulada por una dotación de primer orden. Salió de Inglaterra aparentemente para dirigirse hacia las Antillas; pero no bien llegado a Gibraltar, el joven capitán reunió a su tripulación y le anunció sus intenciones de atacar cuantos barcos españoles encontrase en su camino.

Todo pirata debe tener una base de operaciones. Mainwaring la encontró en la mal reputada Mamora, sobre la costa berberisca. Partiendo de este puerto, sus expediciones fueron coronadas por el éxito. Capturó, unos tras otros, gran número de mercantes españoles, hallándose pronto a la cabeza de una poderosa escuadra. Si no perdonaba un solo barco español, al menos se cuidaba estrictamente de no molestar las embarcaciones inglesas, y había adquirido un poderío lo suficientemente grande para imponer a sus cofrades de Mamora la prohibición de saquear los navíos de su nacionalidad.

Rápidamente su renombre se propagó. Festejado en la costa berberisca, en el sur de Irlanda su riqueza y generosidad le valían el nimbo de un héroe legendario. El rey de España, comenzando con amenazas, pasó a promesas de

grandes recompensas y mandos importantes con tal que el corsario entrase a su servicio; pero Mainwaring se hizo el sordo, de la misma manera que declinara las proposiciones del bey de Túnez, que le ofrecía una asociación a partes iguales si abjuraba del cristianismo.

En 1614, Mainwaring se trasladó a la zona donde con mayor facilidad se reclutaban las tripulaciones de piratas: el banco de Terranova. Los documentos del Ministerio de las Colonias que contienen frecuentes referencias a sus hazañas en el mar, nos revelan lo siguiente: el capitán Mainwaring llegó a Terranova el 4 de junio en compañía de algunos otros capitanes, conduciendo una flotilla de ocho veleros armados, de los cuales uno había sido capturado en el banco y otro frente a la costa de Terranova. En todos los puertos requisaron carpinteros, víveres de a bordo, pertrechos y todo cuanto necesitaban, quitándolo a la flota pesquera según la regla siguiente: de cada seis marinos tomaban uno y la quinta parte de los víveres; en cuanto a los navíos portugueses les quitaron todo el vino así como las demás provisiones, excepto el pan. A un barco francés en Harbour Grace, diez mil piezas de pescado. Hubo tripulantes de muchos barcos que desertaron reuniéndose con ellos. Los piratas capturaron un velero francés que pescaba en aguas de Carbonear; luego, habiéndose estacionado durante tres meses y medio en la región y pasado un buen rato a expensas de la flota pesquera, el 14 de septiembre de 1614 se hicieron a la mar llevándose cerca de cuatrocientos marineros y pescadores, unos por su voluntad y otros a la fuerza.

Habiendo sacado de las flotas de pesca de Terranova todo cuanto deseaba, Mainwaring atravesó de nuevo el Atlántico, rumbo a su vieja madriguera de Mamora; pero no llegó a su base sino para descubrir que había sido tomada por los españoles, que se mantenían firmemente en ella. Entre tanto se había abierto a los piratas otro puerto, Villafranca, sobre la costa del Mediterráneo, que pertenecía en aquel entonces a la casa de Saboya. Fue allí donde Mainwaring instaló su cuartel general y donde se le unió otro pirata inglés, un aristócrata de nombre Walsingham.

En espacio de seis semanas, se hicieron gran número de presas y se capturaron quinientas mil coronas en moneda española, de modo que los españoles apenas osaban meter la nariz fuera de sus puertos. El rey, llevado a la desesperación, confirió comisiones a cuantos expresasen el deseo de dar caza a los buques ingleses, y por su parte envió una escuadra de cinco cruceros reales con la misión de aniquilar a los corsarios británicos y de traerle al pirata muerto o vivo.

Al salir de Cádiz, la armada real tropezó por ventura con Mainwaring que no tenía más que tres barcos. Hubo una enconada batalla que continuó hasta la caída de la noche. Los españoles se sintieron felices de poder salvarse en el puerto de Lisboa, derrotados y maltrechos.

Dándose cuenta de que la fuerza no le salía bien, el rey de España ofreció a Mainwaring el perdón y veinte mil ducados si aceptaba el mando de una escuadra española. Pero por tentadora que debiera parecer semejante proposición a aquel soldado de la Fortuna, la rechazó rotundamente.

Por entonces los piratas se habían hecho tan insufribles que el embajador de España, de acuerdo con el de Francia, amenazaron al rey Jacobo con represalias si no ponía fin a las fechorías de Mainwaring. Jacobo, que deseaba ante todo la paz, despachó un negociador hacia la costa berberisca con instrucción de ofrecer a Mainwaring el perdón si prometía abandonar la piratería, y de amenazarlo con la expedición de una flota lo bastante poderosa para aplastarlo en caso de que se mostrara intransigente. Mainwaring cedió luego, aceptando la primera alternativa, y se dirigió hacia Dover con dos buques. El 9 de junio de 1616, el capitán Mainwaring, navegador, recibió su perdón bajo el gran sello de Inglaterra, con la extraña justificación de que no había cometido picardías graves. Al mismo tiempo se concedió una amnistía general a todos los miembros de su tripulación, los cuales, al regresar a Inglaterra, juraron no entregarse nunca más a la piratería.

El corsario perdonado y arrepentido, ansioso de demostrar su gratitud y la sinceridad de su arrepentimiento, se lanzó a la mar para capturar a cuantos piratas encontrase. Y no anduvo escaso de trabajo, pues precisamente en aquellos momentos había multitud de berberiscos en el canal, infligiendo grandes pérdidas al comercio y yendo tan lejos como para capturar toda la flota pesquera que regresaba de Terranova. La audacia de estos piratas era realmente asombrosa: ¡Mainwaring señala haber encontrado tres de esos buques berberiscos en el Támesis, a la altura de Leigh! Los tomó al abordaje y puso en libertad a los cautivos cristianos encontrados a bordo.

La enérgica conducta de Mainwaring impresionó al rey en tal grado que le nombró gentilhombre de cámara. Así pues, el marino se convirtió, por algún tiempo, en cortesano íntimo de su majestad, quien apreciaba tanto sus opiniones en materia de navegación, como su conversación y sus prudentes consejos.

Erri De Luca

Y EL VIEJO PESCADOR

(*Los peces no cierran los ojos*, 2011)

—Te lo voy a decir una vez y ya es demasiado: enjuágate las manos en mar antes de poner el cebo en el anzuelo. El pez nota el olor, rehúye el bocado que viene de tierra. Haz exactamente lo que veas hacer, sin esperar a que nadie te lo diga. En el mar no es como en el colegio, no hay profesores que valgan. Está el mar y estás tú. Y el mar no enseña nada, el mar hace, y a su manera.

Escribo en italiano sus frases y todas juntas. Cuando las decía eran escollos separados con muchas olas entre medio. Las escribo en italiano, sin su voz pronunciándolas en dialecto suenan apagadas.

Empezaba a menudo con una «y». En el colegio nos enseñan que no se empieza un período con una conjunción. Para él, la frase era la continuación de otra que había dicho una hora, un día antes. Hablaba poco, con muchos espacios de silencio, mientras despachaba las tareas de una barca de pesca. Para él se trataba de un único razonamiento, que de vez en cuando se desprendía de su boca con la «y», letra que al escribirla dibuja un nudo. Aprendí de su voz a empezar muchas frases con una conjunción.

Veía algo bueno en mí, niño de ciudad que en verano acababa en la isla. Bajaba a la playa de los pescadores, me pasaba la tarde mirando el ajetreo de las barcas. Con permiso de mamá podía montar en una de las más largas, con remos gruesos como árboles jóvenes. A bordo no hacía casi nada, el pescador me dejaba ayudar en algunas maniobras y me había enseñado a mover los remos, el doble de grandes que yo, permaneciendo de pie, y empujándolos con mi peso con los brazos extendidos y en cruz. Muy despacio, la barca se desplazaba, iba moviéndose. Aquel resultado me hacía mayor. El pescador necesitaba en ciertos momentos mis pequeñas fuerzas en los remos. No

dejaba que me acercara a los anzuelos, a los sedales largos con el plomo de profundidad. Eran instrumentos de trabajo y no estaban bien en manos de un niño. En tierra firme, en Nápoles, en cambio, sí que estaban, y de qué manera, los instrumentos y las horas de trabajo en los niños.

Me dejaba echar el ancla. Yo había llegado a los diez años, una maraña de infancia enmudecida. Diez años era una meta solemne, por primera vez yo escribía mi edad con doble cifra.

Isidore Ducasse, conde de Lautréamont

AMOR PROFUNDO

(*Los Cantos de Maldoror*, 1869)

Yo buscaba un alma que se me asemejara, pero no pude encontrarla. Registré todos los rincones de la tierra; mi perseverancia fue inútil. Sin embargo, no podía permanecer solo. Necesitaba a alguien que aprobara mi carácter, necesitaba a alguien que tuviera las mismas ideas que yo. Era por la mañana, el sol se elevó en el horizonte con toda su magnificencia, y he aquí que ante mis ojos apareció también un joven cuya presencia engendraba flores a su paso. Se aproximó a mí y tendiéndome la mano: «He venido hasta ti, que me buscas. Bendigamos este día feliz». Pero yo: «Vete, no te he llamado, no necesito tu amistad…». Era al atardecer, la noche comenzaba a extender la negrura de su velo sobre la naturaleza. Una hermosa mujer, a la que apenas si podía distinguir, extendía también sobre mí su influencia encantadora, y me miraba con compasión; sin embargo, no se atrevía a hablarme. Yo dije: «Aproxímate para que pueda distinguir claramente los rasgos de tu rostro, pues la luz de las estrellas no basta para iluminarlo a esta distancia». Entonces, con paso lento y los ojos bajos, caminó sobre la hierba del césped, en dirección a mí. Cuando la pude ver: «Ya veo que la bondad y la inteligencia han hecho su residencia en tu corazón: no podríamos vivir juntos. Ahora admiras mi belleza, que ha trastornado a más de una, pero tarde o temprano te arrepentirás de haberme consagrado tu amor, pues no conoces mi alma. No es que jamás te fuera infiel: a la que se entrega a mí con tanta confianza y abandono, con la misma confianza y abandono me entrego yo; pero métete esto en la cabeza y nunca lo olvides: los lobos y los corderos no se miran con buenos ojos». ¿Qué me hacía falta entonces a mí, que rechazaba con tanta aversión lo que existía de más hermoso en la humanidad? Lo que me hacía falta nunca hubiera sabido decirlo. No estaba todavía acostumbrado a darme cuenta rigurosamente de los fenómenos de mi espíritu por medio de los métodos que recomienda la filosofía. Me senté en una roca, cerca del mar.

Un navío acababa de desplegar todas sus velas para alejarse del lugar: un punto imperceptible acababa de aparecer en el horizonte, y se aproximaba poco a poco, impulsado por el viento, agrandándose con rapidez. La tempestad iba a comenzar sus ataques, y el cielo se oscurecía, volviéndose de un color negro casi tan horrible como el corazón del hombre. El navío, que era un gran barco de guerra, acababa de echar todas sus anclas, para no ser barrido hacia las rocas de la costa. El viento silbaba con furor desde los cuatro puntos cardinales, y convertía a las velas en hilachas. Los truenos estallaban en medio de los relámpagos, pero no podían sobrepasar al ruido de los lamentos que se oían en la casa sin cimientos, sepulcro móvil. El bamboleo de las masas acuosas no había llegado a romper las cadenas de las anclas, pero sus golpes habían abierto una vía de agua en los flancos del navío. Brecha enorme, pues las bombas no eran suficientes para achicar las espumosas masas de agua salada que se abatían sobre el puente. El navío en peligro dispara unos cañonazos de alarma, pero zozobra con lentitud… con majestad. El que no haya visto zozobrar un barco en medio del huracán, de la intermitencia de los relámpagos y de la oscuridad más profunda, mientras los que están en él se sienten abrumados por esa desesperación que ya sabéis, ese no conoce los accidentes de la vida. Por último, se escapa un grito universal de inmenso dolor de entre los flancos del barco, mientras el mar redobla sus temibles ataques. Es el grito que ha hecho brotar el abandono de las fuerzas humanas. Cada uno se envuelve en el manto de la resignación y pone su suerte en las manos de Dios. Se acorralan como un rebaño de borregos. El navío en peligro dispara unos cañonazos de alarma, pero zozobra con lentitud… con majestad. Han hecho funcionar las bombas durante todo el día. Esfuerzos inútiles. La noche llegó, densa, implacable, para colmar ese espectáculo gracioso. Cada uno se dice que, una vez en el agua, ya no podrá respirar, pues, por muy lejos que haga regresar a su memoria, no reconoce a ningún pez como antepasado; pero se exhorta a contener la respiración el mayor tiempo posible, a fin de prolongar su vida dos o tres segundos más; es la ironía vengadora que quiere enviar a la muerte… El navío en peligro dispara unos cañonazos de alarma, pero zozobra con lentitud… con majestad. No sabe que el barco, al hundirse, ocasiona una poderosa circunvolución de olas en torno a sí mismas, que el limo cenagoso se mezcla con las aguas turbias, y que una fuerza que viene de abajo, contragolpe de la tempestad que hace sus estragos arriba, imprime al elemento unos movimientos bruscos y nerviosos. Así, a pesar del acopio de sangre fría que previamente ha reunido el futuro ahogado, tras una reflexión más amplia, deberá sentirse feliz si

prolonga su vida en los torbellinos del abismo, la mitad de una respiración normal, a fin de hacer un buen cálculo. Le será imposible, pues, burlarse de la muerte, su deseo supremo. El navío en peligro dispara unos cañonazos de alarma, pero zozobra con lentitud… con majestad. Es un error. No dispara ya cañonazos, no zozobra. La cáscara de nuez se hundió por completo. ¡Oh, cielo!, ¡cómo se puede vivir después de haber experimentado tantas voluptuosidades! Acababa de ser testigo de las agonías mortales de muchos de mis semejantes. Minuto a minuto había seguido las peripecias de sus angustias. A veces, el bramido de alguna vieja, enloquecida de miedo, prevalecía en aquel mercado. Otras veces, solo el gemido de un niño de pecho impedía oír las órdenes para las maniobras. El barco estaba demasiado lejos para percibir distintamente los gemidos que me traían las ráfagas, pero yo los aproximaba por medio de la voluntad, y la ilusión óptica era completa. Cada cuarto de hora, cuando un golpe de viento, más fuerte que los demás, entregando sus lúgubres acentos a través del grito de los petreles asustados, dislocaba al navío con un crujido longitudinal, y aumentaban los lamentos de aquellos que iban a ser ofrecidos en holocausto a la muerte, yo me hundía en la mejilla la punta aguda de un hierro, y pensaba en mi interior: «¡Sufren aún más!». De esta manera tenía, al menos, un término de comparación. Desde la orilla los apostrofaba, lanzándole imprecaciones y amenazas. Me parecía que debían oírme. Me parecía que mi odio y mis palabras, superando la distancia, anulaban las leyes físicas del sonido, y llegaban, inteligibles, a sus oídos, ensordecidos por los bramidos del océano encolerizado. Me parecía que debían estar pensando en mí, y exhalaban su venganza con una rabia impotente. De vez en cuando, echaba una mirada hacia las ciudades, dormidas en tierra firme, y al ver que nadie sospechaba que un barco iba a zozobrar a algunas millas de la costa, con una corona de aves de presa y un pedestal de gigantes acuáticos con el vientre vacío, yo recobraba el ánimo y volvía a tener esperanza: ¡estaba seguro de su pérdida! ¡No podrían escapar! Para aumentar la precaución, había ido a buscar mi escopeta de dos tiros, a fin de que, si algún náufrago intentara alcanzar las rocas a nado, para librarse de una muerte inminente, una bala en el hombro le destrozaría el brazo, impidiéndole cumplir su intención. En el momento más furioso de la tempestad, vi, sobrenadando en las aguas, con esfuerzos desesperados, una cabeza enérgica, con los cabellos erizados. Tragaba litros de agua y se hundía en el abismo, balanceándose como un corcho. Pero enseguida aparecía de nuevo, con los cabellos chorreantes, y, fijando la mirada en la orilla, parecía desafiar a la muerte. Era admirable su sangre fría. Una ancha herida sangrante, ocasionada

por la arista de algún escollo oculto, cruzaba su rostro intrépido y noble. No debía tener más de dieciséis años, pues a través de los relámpagos que iluminaba la noche, apenas se notaba un vello de melocotón sobre su labio. Ahora se hallaba a doscientos metros del acantilado, y yo lo divisaba fácilmente. ¡Qué coraje! ¡Qué espíritu indomable! ¡Cómo la estabilidad de su cabeza parecía burlarse del destino, hendiendo con vigor las olas, cuyos surcos se abrían con dificultad ante él!… Lo había decidido con anticipación. Debía mantenerme en mi promesa: la última hora había sonado para todos, nadie debía escapar. Esta era mi resolución, nada la cambiaría… Se oyó un seco sonido, inmediatamente después la cabeza se hundió para no reaparecer más. Esa muerte no me produjo tanto placer como podría creerse, precisamente porque estaba ya saciado de matar de continuo, lo que hacía de ahora en adelante por un simple hábito que uno no puede pasar por alto, pero que solo procura un goce muy leve. Los sentidos se embotan, se endurecen. ¿Qué voluptuosidad podría sentir con la muerte de este ser humano, cuando había más de un centenar que iban a ofrecerme el espectáculo de su última lucha con las olas, una vez hundido el navío? Esta muerte no tenía para mí ni siquiera el atractivo del peligro, pues la justicia humana, mecida por el huracán de esta noche espantosa, dormitaba en las casas, a unos pasos de mí. Hoy que los años pesan sobre mi cuerpo, digo con sinceridad, como una verdad suprema y solemne: yo no era tan cruel como se ha dicho después entre los hombres; pero, a veces, la maldad ejercitaba sus perseverantes estragos durante años enteros. Entonces no conocía límites a mi furor, sufría accesos de crueldad, y me volvía terrible para aquel que se acercaba a mi mirada huraña, aunque perteneciera a mi raza. Si se trataba de un caballo o un perro, los dejaba ir: ¿habéis oído lo que acabo de decir? Desgraciadamente, la noche de esa tempestad yo me hallaba en uno de esos accesos, mi razón había volado (pues, de ordinario, yo era tan cruel, aunque más prudente), y todo lo que en aquella ocasión cayera en mis manos debía perecer; no pretendo excusarme de mis errores. Tampoco toda la culpa es de mis semejantes. No hago más que constatar el hecho, en espera del juicio final, que me hace rascar la nuca por anticipado… Pero ¡qué me importa el juicio final! Mi razón no vuela nunca, como he dicho para engañaros. Y cuando cometo un crimen, sé lo que hago: ¡no quería hacer otra cosa! De pie sobre la roca, mientras el huracán azotaba mis cabellos y mi manto, yo expiaba extasiado esa fuerza de la tempestad, encarnizándose con un navío, bajo un cielo sin estrellas. Seguí, con actitud triunfante, todas las peripecias de ese drama, desde el instante en que el barco echó anclas hasta el instante en que se hundió, hábito fatal que

arrastró hacia las entrañas del mar a todos aquellos a quienes revestía como un manto. Pero se acercaba el instante en que yo mismo tenía que mezclarme como actor en aquellas escenas de la naturaleza trastornada. Cuando el lugar donde el barco había sostenido el combate mostró claramente que este había ido a pasar el resto de sus días en el piso bajo del mar, entonces, una parte de los que habían sido arrastrados por las olas reaparecieron en la superficie. Disputaban cuerpo a cuerpo, dos a dos, tres a tres; era el medio de no salvar su vida, pues sus movimientos se hacían embarazosos y se iban al fondo como cántaros agujereados… ¿Qué es ese ejército de monstruos marinos que hiende las olas raudamente? Son seis, sus aletas son vigorosas, y se abren paso a través de las olas embravecidas. Con todos esos seres humanos, que mueven los cuatro miembros de ese continente tan poco estable, los tiburones hacen muy pronto una tortilla sin huevos, y se la reparten de acuerdo con la ley del más fuerte. La sangre se mezcla con las aguas y las aguas se mezclan con la sangre. Sus ojos feroces iluminan suficientemente el escenario de la carnicería… Pero ¿qué es ese tumulto de las aguas, allá lejos, en el horizonte? Se diría una tromba que se acerca. ¡Qué golpes de remo! Percibo lo que es: una enorme hembra de tiburones que viene a tomar parte del pastel de hígado de pato y a comer el cocido frío. Llega furiosa, pues está hambrienta. Se entabla una lucha entre ella y los tiburones entonces, se disputan algunos miembros palpitantes que flotan por aquí y por allá, en silencio, sobre la superficie de la crema roja. A derecha e izquierda, lanza dentelladas que producen heridas mortales. Pero tres tiburones vivos la rodean y ella se ve obligada a girar en todos los sentidos para hacer fracasar su maniobra. Con creciente emoción, hasta entonces desconocida, el espectador, situado en la orilla, sigue esa batalla naval de nuevo género. Tiene la mirada clavada sobre esa valerosa hembra de tiburón, de dientes tan fuertes. No vacila más, se echa la escopeta al hombro, y, con su habitual destreza, aloja la segunda bala en las agallas de un tiburón, en el momento en que se mostraba por encima de una ola. Quedan dos tiburones que dan testimonio de un encarnizamiento mayor. Desde lo alto de la roca, el hombre de la saliva salobre se arroja al mar y nada hacia la alfombra agradablemente coloreada, sosteniendo en la mano ese cuchillo de acero que no le abandona jamás. Desde ahora, cada tiburón tiene que habérselas con un enemigo. Avanza hacia su adversario cansado, y, sin apresurarse, le hunde en el vientre la afilada hoja. La móvil ciudadela se desembaraza fácilmente del último adversario… Se encuentran cara a cara el nadador y la hembra del tiburón salvada por él. Se miran a los ojos durante unos minutos, y cada uno se asombra de encontrar tanta ferocidad en la

mirada del otro. Dan vueltas en redondo nadando, sin perderse de vista, diciéndose para sí: «He estado engañado hasta ahora; he aquí uno que me gana en maldad». Entonces, de común acuerdo, entre dos aguas, se deslizaron uno hacia el otro, con mucha admiración, la hembra de tiburón separando las aguas con sus aletas, Maldoror agitando las olas con sus brazos, y retuvieron su aliento con una veneración profunda, cada uno deseoso de contemplar, por primera vez, su vivo retrato. Cuando estaban a tres metros de distancia, súbitamente, cayeron el uno sobre el otro, como dos amantes, y se abrazaron con dignidad y reconocimiento, un abrazo tan tierno como el de un hermano o una hermana. Los deseos carnales siguieron de cerca a esa demostración de amistad. Dos muslos nerviosos se unieron estrechamente a la piel viscosa del monstruo como dos sanguijuelas, y con los brazos y las aletas entrelazadas alrededor del cuerpo del objeto amado, al que rodeaban con amor, mientras sus gargantas y sus pechos no formaban más que una masa glauca con las exhalaciones de las algas, en medio de la tempestad que continuaba haciendo estragos, a la luz de los relámpagos, teniendo por lecho nupcial las olas espumosas, llevados por una corriente submarina como en una cuna, y rodando sobre sí mismos hacia las profundidades desconocidas del abismo, ¡se unieron en una cópula larga, casta y horrible!… ¡Por fin acababa de encontrar a alguien que se asemejara!

¡Desde ahora ya no estaría solo en la vida!… ¡Ella tenía las mismas ideas que yo!… ¡Estaba frente a mi primer amor!

Carlo Collodi

METAMORFOSIS ACUÁTICAS

(*Pinocho*, 1883)

Ya llevaba el burro más de cincuenta minutos sumergido en el mar, cuando el que lo había comprado se dijo:

—Ya debe estar ahogado y más que ahogado. Voy a sacarlo y aquí mismo le arrancaré la piel para hacer un formidable tambor. Comenzó a tirar de la soga que había atado a la pata de Pinocho, y tirando, tirando, tirando… En vez de un burro muerto se encontró con un muñeco vivo, un muñeco que se retorcía como una anguila. Al ver aquel muñeco el desdichado creyó soñar y quedó como tonto: la boca abierta, asustados los ojos.

Cuando se repuso un tanto de esa primera impresión, dijo balbuceando, hecho un mar de lágrimas:

—¿Y mi burro? ¿Dónde está el burro que tiré al mar?

—¡Ese burro soy yo! —respondió el muñeco riéndose.

—¿Tú?

—¡Yo!

—¡Granuja! ¡No te burles de mí!

—¿Burlarme de usted? Todo lo contrario, mi querido amo; hablo completamente en serio.

—¿Cómo es posible que siendo tú hace poco un burro de carne y hueso te hayas convertido dentro del mar en un muñeco de madera?

—¡Son cosas del agua salada! Al mar le gustan estas bromas.

—¡Ojo con tomarme en solfa, pelele; mucho ojo! ¡Pobre de ti si se me agota la paciencia!

—Pues bien, mi amo: ¿quiere usted conocer la verdadera historia? Yo se la contaré de cabo a rabo; pero antes, hágame el favor de aflojar esta soga, que me está haciendo daño.

Curioso, el comprador desató el nudo que sujetaba la pierna de Pinocho y se dispuso a escuchar esa historia que prometía ser maravillosa. Pinocho, libre

ya como un pájaro en el aire, comenzó de esta manera su relación:

—Sepa usted que yo era antes un muñeco de madera, como ahora; pero por mi poca afición al estudio, por seguir tras malas compañías, me escapé de mi casa, y un día me desperté convertido en burro, con unas orejas así de grandes y una cola así de larga. ¡Qué vergüenza más grande pasé! Una vergüenza como no quiera Dios que la pase usted nunca, mi querido amo. Me llevaron al mercado y allí me compró el director de una compañía ecuestre, al cual se le metió en la cabeza hacer de mí un gran bailarín y gran saltador de aro; pero una noche tuve una mala caída durante la función, y quedé cojo. Entonces el director, como no quería a su lado un burro cojo, me envió de nuevo al mercado, y allí usted me compró.

—¡Para mi desgracia! ¡Pagué por ti veinte monedas de cobre! ¿Quién va a devolver ahora mi dinero?

—¿Para qué me compró usted? ¡Para hacer un tambor con mi piel! ¡Un tambor!

—Dime ahora, muñeco impertinente: ¿has terminado ya tu historia?

—No —respondió el muñeco—; faltan pocas palabras para terminarla. Después de haberme comprado me trajo usted a este sitio para matarme; pero sintiéndose compasivo, prefirió atarme una piedra al cuello y tirarme al mar. Este sentimiento de humanidad le honra a usted mucho y se lo agradeceré eternamente. No había usted contado con el hada.

—¿Hada?

—Mi mamá, que como todas las mamás buenas que quieren mucho a sus hijos no les pierden nunca de vista y cuidan de ellos amorosamente, aunque estén muy lejos, y aunque esos hijos, por su mala conducta, por sus travesuras y sus fugas merezcan que se los deje abandonados. Decía, pues, que apenas mi buena hada me vio en peligro de ahogarme, envió un ejército de peces, que comenzaron a devorarme creyendo que era un burro de verdad. ¡Y qué mordiscones me pegaban! Nunca hubiera creído que los peces fueran todavía más glotones que los niños. Unos me comían las orejas, otros el hocico, otros el cuello y la crin, otros las patas; en fin, hasta hubo uno, pequeño y de lo más gracioso, que tuvo la bondad de comerme la cola.

—¡A partir de hoy —dijo horrorizado el comprador—, juro no comer más ninguna clase de pescado! ¡Me desagradaría mucho comer un salmonete o un besugo y encontrarme con un pedazo de cola de burro!

—Estamos de acuerdo —dijo riendo el muñeco—. Después, cuando los peces terminaron de comer toda aquella envoltura de carne y de piel de burro que me cubría desde la cabeza hasta los pies, llegaron al hueso, mejor dicho, a

la madera, pues como usted ve estoy hecho de madera, de una madera muy dura. Apenas intentaron algunos bocados se convencieron, a pesar de su glotonería, de que yo no era plato para ellos, y se fueron cada cual por su lado, llenos y sin darme las gracias por el banquete. Aquí tiene usted la explicación de por qué, al tirar de la soga, se ha encontrado usted con un muñeco vivo en vez de un burro muerto.

—¡Bueno, bueno! ¡Toda esa historia me importa un comino! —gritó el comprador, enfurecido—. Lo que yo sé es que he dado veinte monedas de cobre por ti y las quiero recuperar. ¿Sabes lo que voy a hacer? Llevarte de nuevo al mercado. Y venderte como leña para quemar en la chimenea.

—¡Muy bien! ¡No tengo el menor inconveniente! —dijo Pinocho.

Pero al mismo tiempo dio un salto y se zambulló en el mar. Y mientras se alejaba alegremente de la orilla, sin dejar de nadar gritaba al pobre comprador:

—¡Adiós, mi amo; si necesita usted una piel para hacer un tambor, acuérdese de mí!

Y se reía estrepitosamente y seguía nadando, para volverse poco después y gritar con más fuerza:

—¡Adiós, mi amo; si necesita usted un poco de leña para encender la chimenea, acuérdese de mí!

Poco después se había alejado tanto de la orilla, que ya no se lo avistaba más que como un punto oscuro sobre la superficie del agua, un punto que de vez en vez sacaba fuera un brazo o una pierna, o daba saltos como un delfín de buen humor.

Nadando a la ventura, Pinocho divisó en medio del mar un islote que parecía de mármol blanco, y en lo más alto de él una linda cabrita que balaba tiernamente y le hacía señas de que se acercase.

Lo más singular del caso era que el pelo de la cabrita, en vez de ser blanco, o negro, o rojo, era turquesa brillante. Pinocho redobló sus esfuerzos para nadar más de prisa en dirección del islote blanco, y ya habría cubierto la mitad de la distancia, cuando vio salir del agua la horrenda cabeza de un monstruo marino con la boca abierta como una caverna y tres filas de dientes que hubieran asustado aunque fuesen solo una pintura.

Aquel monstruo marino era nada menos que un dragón gigante que con su voracidad insaciable estaba causando estragos por aquellos mares, se lo conocía como «el Atila de los peces y los pescadores». ¡Cuál no sería el espanto del pobre Pinocho al toparse con el monstruo! Intentó escapar, pero

todo era inútil; aquella enorme boca se le venía siempre encima con la velocidad de un tren expreso.

—¡Date prisa, Pinocho, por Dios! —gritaba la linda cabrita.

Y Pinocho nadaba desesperadamente.

—¡Corre, Pinocho, corre; que se acerca el monstruo!

Y Pinocho redoblaba sus esfuerzos.

—¡Más de prisa, Pinocho, que te atrapa! ¡Ya está ahí! ¡Más a prisa o estás perdido! ¡Que te atrapa! ¡Te atrapa!

Y Pinocho nadaba desesperadamente, y se deslizaba por el agua como una bala de fusil. Ya se acercaba al arrecife, y ya la linda cabrita se inclinaba sobre la orilla, alargándole las dos patitas delanteras para ayudarlo a salir del agua; pero…

¡Pero ya era tarde! Tan cerca estaba el monstruo, que no hizo más que dar un sorbo y se tragó al muñeco junto con el agua que lo rodeaba. Y se lo tragó con tal violencia que Pinocho golpeó contra una muela del dragón y quedó un cuarto de hora desmayado.

Cuando volvió en sí no sabía en qué mundo se encontraba. En torno reinaba gran oscuridad, tan negra, tan profunda, que le parecía hallarse en la tinta de un calamar. Quiso escuchar, pero no oyó ruido alguno; únicamente sentía, de cuando en cuando, una bocanada de aire que le daba en la cara. Al principio no supo de dónde vendría aquel aire; luego comprendió que salía de los pulmones del monstruo. Porque el monstruo sufría mucho a causa del asma, y cuando respiraba parecía que se hubiera desatado el huracán.

Pinocho quiso infundirse ánimo, pero cuando cayó al fin en la cuenta de que estaba encerrado en el cuerpo del monstruo marino, se largó a llorar. Y gritaba:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Pobre de mí! ¿No habrá quién venga a rescatarme?

—¿Y quién podría hacerlo, desgraciado? —contestó en aquella oscuridad una voz cascada, como de guitarra sin templar.

—¿Quién me ha hablado? —preguntó Pinocho con creciente espanto.

—¡Soy yo: soy un mísero bacalao que el dragón ha engullido lo mismo que a ti! ¿Y tú, qué pez eres?

—¡Que pez ni pez! ¡Yo no soy pez de ninguna clase! ¡Yo soy un muñeco!

—Pues si no eres un pez, ¿por qué te has dejado tragar por el monstruo?

—¡Hombre, eso no se le ocurre más que a un bacalao! Hice todo lo posible para que no me tragara, pero él se ha emperrado, y como corre tan rápido… Bueno. Y ahora, ¿qué hacemos en esta oscuridad?

—Resignarnos y esperar a que el dragón nos digiera a los dos.

—¡Lindo porvenir! —dijo Pinocho.

Y poniéndose de repente muy triste, prorrumpió a llorar como un becerro.

—Hombre, a mí tampoco me hace una gracia extraordinaria —dijo el bacalao—; pero soy filósofo, y me resigno. Bien mirado, hasta me alegro; cuando uno nace bacalao resulta más honroso morir en el agua que en el aceite frito.

—¡Buena cosa! —dijo Pinocho.

—Es una opinión; y como dicen los peces de la política, todas las opiniones deben ser respetadas.

—Bueno, yo lo que digo es que quiero salir de acá, quiero escaparme.

—Prueba, y si lo consigues, mejor para ti.

Ray Bradbury

La sirena de niebla

(*The Saturday Evening Post*, 1951)

Allá afuera, rodeados por el agua helada, lejos de tierra, esperábamos cada noche la llegada de la niebla, y la niebla llegaba, y aceitábamos la maquinaria de bronce, y encendíamos los faros de niebla en lo alto de la torre. Como dos pájaros en el cielo gris, McDunn y yo lanzábamos el rayo de luz, rojo, luego blanco, luego rojo otra vez, que apuntaba a los barcos solitarios. Y si no veían nuestra luz, oían siempre nuestra voz, el gran y profundo grito de la sirena que tiritaba entre jirones de bruma sobresaltando a las gaviotas, espantándolas como naipes arrojados al aire, y alzaba las olas y las coronaba de espuma.

—Es una vida solitaria, pero ahora ya se ha acostumbrado, ¿no es así? —preguntó McDunn.

—Sí —dije—. Gracias a Dios usted es buen conversador.

—Bueno, mañana irás a tierra —agregó McDunn sonriendo— a bailar con las muchachas y tomar ginebra.

—¿En qué piensa usted cuando lo dejo solo?

—En los misterios del mar.

McDunn encendió su pipa. Eran las siete y cuarto de una tarde fría de noviembre. La luz movía su cola en doscientas direcciones, desde la alta garganta del faro bramaba la sirena. En cientos de kilómetros de costa no había una sola población; apenas un camino, cruzado muy de vez en cuando por algún automóvil, que atravesaba los campos yermos hasta el mar, dos millas de aguas frías y oscuras entre las rocas de la costa y nuestro faro, y algunos pocos barcos.

—Los misterios del mar —dijo McDunn—. ¿Pensaste alguna vez que el mar es como un enorme copo de nieve? Se mueve y crece con mil formas y colores, siempre distintos. Es raro. Una noche, hace años, todos los peces salieron a la superficie. Algo los hizo subir y quedarse a ras del agua, como temblando, miraban la luz del faro que caía sobre ellos, roja, blanca, roja,

blanca, yo podía verles los ojos. Me quedé helado. Eran como una gran cola de pavo real, y se quedaron ahí hasta la medianoche. Luego, sin ruido, desaparecieron. Un millón de peces desapareció. Imaginé que tal vez habían venido en peregrinación. Raro, pero piensa en qué debe parecerles una torre veinte metros por sobre las aguas, y el dios luz que sale del faro, y la torre con voz de monstruo. Nunca volvieron aquellos peces, ¿pero no piensas que creyeron ver a Dios?

Me estremecí. Miré las grandes y grises praderas del mar que se extendían hacia ninguna parte, hacia la nada.

—Hay muchas cosas en el mar —dijo McDunn y dio una pitada nerviosa a su pipa, y parpadeaba. Durante el día entero siguió nervioso, pero nunca dijo la causa—. A pesar de nuestras máquinas y de los llamados submarinos, pasarán diez mil siglos antes de que pisemos realmente las tierras sumergidas, con sus reinos de fábula, y sintamos realmente miedo. Piénsalo, allá abajo es todavía el año trescientos mil antes de Cristo. Cuando desfilábamos con trompetas arrancándonos países y cabezas, ellos vivían ya bajo las aguas, a nueve millas de profundidad, helados en un tiempo tan viejo como la cola de un cometa.

—Sí, es un mundo viejo.

—Ven. Te reservé algo especial.

Subimos los ochenta escalones tomándonos nuestro tiempo, conversando. Una vez arriba, McDunn apagó las luces para evitar reflejos sobre las paredes vidriadas. El gran ojo de luz zumbaba y giraba muy suavemente sobre su aceitado mecanismo. Cada quince puntuales segundos, la sirena llamaba.

—Parece la voz de un animal, ¿no? —preguntó McDunn y se respondió a sí mismo con un movimiento de cabeza—. Un gigantesco animal que grita solitario a través de la noche. Agazapado aquí, al filo de diez billones de años y clamando hacia los abismos. Estoy acá, estoy acá, estoy acá. Y los abismos le responden, le responden sí. Ya llevas tres meses en este trabajo, Johnny, es hora de que sepas. En esta época —dijo McDunn concentrado en la noche y la niebla—, algo viene a visitar el faro.

—¿Los cardúmenes?

—No. Otra cosa. No te lo conté antes porque ibas a creerme loco, pero ya no puedo seguir callado. Si no se equivoca el almanaque, esta noche es la noche. No diré demasiado, tú mismo verás. Siéntate. Mañana, si prefieres, empacas lo tuyo, tomas la lancha, sacas tu auto del galpón junto al muelle y escapas rumbo a algún pueblito bien lejos del mar y te quedas a vivir ahí sin

apagar nunca más las luces. No te culparé. Ha ocurrido los últimos tres años, pero solo hoy tengo a alguien a mi lado. Espera, espera y mira.

En media hora apenas murmuramos unas flacas frases. Cuando nos cansamos de esperar, McDunn me explicó algunas de sus ideas.

—Un día, hace años, vino un hombre y escuchó el sonido del océano en la costa fría y sin sol y dijo: «Necesitamos una voz que llame sobre las aguas, que advierta a los barcos; haré esa voz. Una voz que será como todo el tiempo, como toda la niebla; una voz como una cama vacía junto a tu lado toda la noche, como una casa vacía cuando abres la puerta, como árboles desnudos en otoño. Un sonido de pájaros que vuelan hacia el verano, gritando, y un sonido de viento invernal y mar en la costa dura. Haré un sonido tan desolado que a todos alcanzará y al oírlo se lamentarán las almas, y los hogares parecerán más tibios, y en las ciudades lejanas todos pensarán qué bueno estar en casa. Haré un sonido y un aparato, y lo llamarán la sirena de niebla, y aquellos que lo oigan conocerán la tristeza de la eternidad y la brevedad de la vida».

La sirena llamó.

—Imaginé esta historia —dijo McDunn en un susurro— para explicar por qué esta criatura visita el faro todos los años. La sirena la llama, pienso, y ella viene…

—Pero… —interrumpí.

—Shhhh… —ordenó McDunn—. ¡Allá!

Y señaló hacia los abismos.

Nadando, algo se acercaba.

Era una noche helada. El frío invadía el faro, iba y venía la luz, llamaba y llamaba entre hilos de niebla la sirena. Era imposible ver demasiado lejos o ver claro, pero allí estaba el mar profundo moviéndose en torno a la tierra nocturna, mudo y gris como barro, y aquí estábamos nosotros, solos en la torre, y entonces allá, al principio lejos, se alzó una onda, y luego una ola, una burbuja, una raya de espuma. Y enseguida, atravesando la superficie del mar frío, asomó una cabeza, una cabeza grande, oscura, de ojos inmensos, y luego un cuello. Y luego… más cuello, no un cuerpo, y más. Doce metros por encima del agua se alzó la cabeza al extremo de ese delgado y hermoso cuello oscuro. Solo entonces, como una pequeña isla de coral negro recubierta de moluscos y cangrejos, surgió desde los abismos el cuerpo. La cola azotó las aguas. Me pareció que el monstruo tenía unos noventa o cien pies de largo.

No sé que dije. Algo dije.

—Calma, calma muchacho —murmuró McDunn.

—¡Es imposible! —exclamé.

—No, Johnny, nosotros somos imposibles. Él es lo que era hace diez millones de años. No ha cambiado. Nosotros y la Tierra cambiamos, nos hicimos imposibles. Nosotros.

El monstruo nadó lentamente y con una gran y oscura majestad por las aguas frías. A su alrededor, iba y venía la bruma borroneando todo, borrando por instantes su forma. Uno de los ojos del monstruo reflejó nuestra luz, roja, blanca, roja, blanca, y fue como un mensaje en un código primitivo. El silencio del monstruo era como el silencio de la niebla.

Yo me agaché aferrado a la barandilla de la escalera.

—¡Parece un dinosaurio!

—Sí, uno de la tribu.

—¡Pero murieron todos!

—No, se ocultaron en lo más profundo del mar. Muy, muy abajo en los más abismales de los abismos. Esta es ahora una verdadera palabra, Johnny, una palabra real, una palabra que dice tanto: los abismos. Una palabra con toda la frialdad y la oscuridad y las profundidades del mundo.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué podemos hacer? Es nuestro trabajo. Además, acá estamos más seguros que en cualquier embarcación rumbo a la costa. El monstruo tiene el tamaño de un destructor y es casi igual de rápido.

—¿Por qué viene aquí?

De inmediato recibí la respuesta.

La sirena llamó.

Y el monstruo respondió.

Fue un grito que atravesó un millón de años, nieblas y agua. Un grito tan angustioso y tan solitario que tembló dentro de mi cuerpo y de mi cerebro. El monstruo le gritó a la torre. La sirena llamó. El monstruo rugió otra vez. La sirena llamó. El monstruo abrió su enorme boca dentada, y de la boca salió un sonido que era el llamado de la sirena. Solitario, inconmensurable, lejano. Un sonido de soledad, de mares invisibles, de noches heladas. Eso era el sonido.

—¿Entiendes ahora? —susurró McDunn.

Con un movimiento de cabeza, asentí.

—Todo el año, Johnny, ese monstruo estuvo allá, quinientas millas mar adentro, y a quince millas por debajo de las aguas, aguantando el peso infinito del tiempo. Quizás esta criatura está sola desde hace un millón de años. Piénsalo, esperar un millón de años. ¿Esperarías tanto? Quizás es el último de su especie. Es lo que creo. Y hace cinco años vinieron unos hombres,

construyeron este faro aquí, instalaron la sirena, y la sirena llamó y llamó, y su voz llegó hasta donde tú estabas, hundido en el sueño, hundido en recuerdos de un mundo donde había miles como tú. Pero ahora estás solo, enteramente solo en un mundo al que no perteneces, un mundo del cual debes huir. El sonido de la sirena llega y se va, y llega y se va otra vez, y te mueves en el barroso fondo de los abismos, y abres los ojos como los lentes de una cámara de cincuenta milímetros, y te mueves lenta, lentamente, con todo el peso del océano sobre tus hombros. Pero la sirena atraviesa quinientas millas de agua, débil y familiar, y el horno de tu vientre arde otra vez y te incorporas, lenta, lentamente. Y te alimentas con inmensos cardúmenes de bacalao, con lentos ríos de medusas, y subes, lentamente, mes a mes del otoño, y atraviesas septiembre cuando nacen las nieblas, y octubre con más niebla, y la sirena todavía llama, y luego, en los últimos días de noviembre, luego de ascender día a día, de a unos pocos pies por hora, estás cerca de la superficie, todavía vivo. Tienes que subir muy lentamente: si te apuras, estallas. Así que tardas tres meses en llegar a la superficie, y luego unos días más para nadar por las frías aguas hasta el faro. Y ahí estás, en la noche, Johnny, y eres el mayor de los monstruos jamás creados. Y aquí está el faro que te llama, con un cuello largo como el tuyo que emerge del mar, y un cuerpo como el tuyo, y sobre todo con una voz como la tuya. ¿Entiendes ahora, Johnny, entiendes?

La sirena llamó.

El monstruo respondió.

Lo vi todo… supe todo. Solo un millón de años, esperando a alguien que nunca volvería. El millón de años de soledad en el fondo del mar, la locura del tiempo allí abajo mientras los cielos se limpiaban de reptiles voladores, se iban secando los pantanos, los perezosos y los dientes de sable se zambullían en pozos de alquitrán y los hombres corrían como hormigas albinas por las lomas.

La sirena llamó.

—El año pasado —dijo McDunn—, esta criatura nadó alrededor y alrededor, alrededor y alrededor la noche entera. Sin acercarse demasiado, sorprendida tal vez, temerosa tal vez. Pero al otro día, se levantó imprevistamente la niebla, brilló el sol, y el cielo fue tan azul como en un cuadro. Y el monstruo huyó del calor y del silencio, y no regresó. Imagino que estuvo pensándolo todo el año, pensándolo de todas las formas posibles.

El monstruo estaba ahora a no más de treinta pies, él y la sirena se gritaban en forma alternada. Cuando la luz daba sobre él, los ojos del

monstruo eran fuego y eran hielo.

—Así es la vida —dijo McDunn—. Siempre alguien espera que regrese algún otro que nunca vuelve. Siempre alguien quiere a algún otro que no lo quiere. Y al fin uno busca destruir a ese otro, quienquiera que sea, para que no lo lastime más.

El monstruo se acercaba al faro.

La sirena llamó.

—Veamos qué pasa —dijo McDunn.

Apagó la sirena.

El minuto siguiente fue de un silencio tan intenso, que podíamos oír, en el cuarto vidriado, nuestros corazones golpeando y el lento y lubricado girar de la luz.

El monstruo se detuvo. Sus inmensos ojos como fanales parpadearon. Abrió la boca. Lanzó un ruido sordo, como la queja de un volcán. A un lado y otro movió la cabeza, como si buscara en la niebla el sonido extraviado. Miró el faro. Adentro suyo algo volvió a retumbar y se le encendieron los ojos. Se incorporó azotando el agua y se acercó, los ojos furiosos, atormentados.

—¡McDunn! —grité—. ¡La sirena!

A oscuras, McDunn tanteó el interruptor. Antes de que la sirena volviera a sonar el monstruo se había erguido. Vi fugazmente sus garras gigantescas, con una piel brillosa entre los dedos, una piel correosa, que se alzaban contra la torre. El inmenso ojo derecho de su cabeza atormentada refulgió ante mí como un caldero en el que podía caer gritando. La torre se sacudió. La sirena gritó; el monstruo gritó. Abrazó el faro, arañó los vidrios y cayeron hechos trizas los vidrios sobre nosotros.

McDunn me agarró del brazo.

—¡Abajo! —gritó.

La torre se balanceó, tambaleaba, comenzaba a ceder. La sirena y el monstruo rugían. Trastabillamos, estuvimos a punto de rodar escalera abajo.

—¡Rápido!

Llegamos abajo cuando la torre ya se arqueaba encima de nuestra fuga. Nos metimos debajo de las escaleras del pequeño sótano excavado en la roca. Llovieron piedras de a millares sobre nosotros. La sirena enmudeció bruscamente. El monstruo cayó sobre la torre y la torre se derrumbó. De rodillas, McDunn y yo nos abrazamos mientras el mundo estallaba.

Todo terminó de pronto y no hubo más que oscuridad y el golpe de las olas contra los escalones de piedra.

Eso y el otro sonido.

—Escucha —dijo en voz baja McDunn—. Escucha.

Esperamos un momento. Y entonces comencé a escucharlo. Al principio fue como una gran succión de aire, y luego el lamento, el asombro, la soledad del enorme monstruo doblado sobre nosotros de modo que el hedor de su cuerpo colmaba el sótano. Jadeó el monstruo, gritó el monstruo. La torre había desaparecido. La luz había desaparecido. La criatura que llamó a través de un millón de años había desaparecido. Y el monstruo abría la boca y la llamaba. Eran como los llamados de la sirena, una y otra vez. Y los barcos en alta mar, a pesar de no divisar la luz del faro, sin ver nada, al oír el sonido, debían pensar ahí está, ahí está la sirena de la Bahía Solitaria. Todo marcha bien. Hemos doblado el cabo.

Y así pasamos aquella noche.

A la tarde siguiente, cuando la patrulla de rescate vino a sacarnos de debajo de los escombros de la torre, el sol era tibio y amarillo.

—Se vino abajo —dijo McDunn gravemente—. Las olas nos castigaron de manera más violenta que lo habitual y se vino abajo.

Me pellizcó el brazo.

El mar estaba sereno, el cielo era azul. El verde que cubría las piedras caídas y las rocas de la isla olía a algas. Las moscas zumbaban alrededor. Las aguas desiertas golpeaban la costa.

Al año siguiente erigieron un faro nuevo, para entonces yo había conseguido trabajo en un pueblito, me había casado y vivía en una cálida casa de ventanas amarillas, de puertas cerradas y chimenea humeante en las noches de otoño. McDunn, era el encargado del nuevo faro de cemento reforzado con acero.

—Por si acaso —dijo McDunn.

Para noviembre terminaron el faro nuevo. Una tarde me acerqué a la costa y detuve el coche y miré las aguas grises y escuché la nueva sirena. Sonaba una, dos, tres, cuatro veces por minuto, allá en el mar, sola.

¿El monstruo?

No volvió.

—Se fue —dijo McDunn—. Se ha ido a los abismos. Comprendió que en este mundo no se puede amar demasiado. Se fue a los más abismales de los abismos a esperar otro millón de años. ¡Pobre criatura! Esperando y esperando mientras el hombre va y viene. Esperando y esperando.

Sentado en mi coche, no podía ver el faro o la luz que barría la Bahía Solitaria. Solo oía la sirena, la sirena, la sirena, y sonaba como el llamado del monstruo.

Me quedé inmóvil, deseando poder decir algo.

Patricia Highsmith

MOBY DICK II O LA BALLENA MISIL

(*Catástrofes*, 1987)

Era a mediados de la temporada de calor, cuando el sol brillaba sobre el agua azul y los peces nadaban cerca de la superficie. Él nadaba cerca de su compañera disfrutando, como ella, de las aguas cálidas, se sumergía a veces por gusto, y luego ascendía para saltar como un delfín bajo el sol, antes de caer de nuevo en el blando mar. Pronto, su compañera daría a luz un ballenato, nadaba más lentamente, se acercaba con curiosidad a las caletas de las islas. Ambos sabían que las islas eran peligrosas, los hombres vivían en las islas, pero a las madres ballena les gusta dar a luz en aguas poco profundas.

En la zona del Pacífico Sur donde se hallaban no había muchos barcos, y los pocos que había eran cosas largas y lentas que mantenían un curso estable. Las islas pequeñas y de aspecto inofensivo resultaban ser más siniestras por los catamaranes o incluso las canoas, que a veces zarpaban para perseguirlos, sin olvidar algún bote de motor que otro, a veces equipado con un cañón arponero.

La ballena macho y su compañera habían estado juntas durante toda su vida adulta. La que iba a nacer sería su segunda cría. La primera, una hembra, después de haber nadado con ellos durante un buen tiempo, de perderse unas cuantas veces y ser encontrada gracias a las voces de sus angustiados padres, se marchó a nadar sola a su debido tiempo.

Una tarde soleada su compañera se dirigió hacia un trozo de tierra amarilla a nivel del mar, y él la siguió a cierta distancia. No eran aguas profundas y, si se sumergía apenas un poco, podía rozar la arena con la barriga. Los peces de rayas negras y amarillas se apartaban nerviosos a su paso con toda la fuerza de sus minúsculos cuerpos. Podría haber capturado unos cuantos filtrando el agua de la boca y disfrutar de algo sabroso, pero con un delicado golpe de cola se acercó a la isla y permaneció inmóvil en el agua, escuchando a su compañera. Oyó un lejano alboroto.

Finalmente iba a tener su cría.

Una diminuta columna de agua y aire indicaba el lugar donde se encontraba ella, no lejos de la playa con palmeras que la brisa inclinaba.

—¡Ji-iú! —se oyó gritar a una voz humana.

Bajo el agua, él le envió un sonido de advertencia a ella. Había oído voces humanas muchas veces antes, siempre diferentes, aunque de algún modo, siempre las mismas. Debajo de la superficie, la vio retorcerse con el ballenato a medio salir. Los hombres estaban empujando un bote al agua y proferían gritos agudos. Levantó la cabeza y vio que arrojaban la primera lanza.

Ella se dirigió hacia él moviéndose torpemente, buscaba aguas más profundas. Del lomo le sobresalía una lanza. Él nadó hasta ponerse debajo del bote, justo en la proa, y lo volcó. Una lanza le dio cerca de la cola.

Los hombres estaban en el agua, agitándose torpemente y nadando, todos con lanzas. Su compañera se hallaba rodeada. Él avanzó y agarró a un par de ellos con sus fauces.

Hubo gritos, sangre en el agua.

Le clavaron un arpón por delante y allí se quedó. Los hombres tiraban de su compañera en dirección a la costa. Y otros ya volvían su atención hacia él.

Pegó un coletazo con calculada puntería y un hombre voló despedazado chorreando una lluvia de sangre sobre la superficie del mar. Se abalanzó con la boca abierta: un hombrecito y las piernas de otro golpearon contra su labio inferior y un momento después fueron aplastados. Con un movimiento de la lengua, la ballena se deshizo de la carne humana ensangrentada y del agua salada que la acompañaba. Le ardía el cuerpo a causa de los lanzazos y viró hacia aguas más profundas, levantó la cabeza para tragar de una bocanada todo el aire posible y luego se sumergió.

Lo seguían en un bote que sin motor no era de temer. Se sentía ardiendo y herido, y estaba furioso. Ya bien lejos de la isla, emergió y dejó salir el chorro de aire y agua, atisbó el bote y se volvió a sumergir. Cuando vio la forma delgada del bote sobre él, se volvió y apuntó contra el costado, justo por debajo de la línea de flotación, el bote quedó quilla arriba, destrozado por el impacto. A los tres o cuatro hombres que gritaban en el agua los dejó inconscientes de un golpe y los abandonó.

Inspirado por esto, enfiló hacia la costa, donde sabía que su compañera estaba muriendo o ya muerta. Otros dos botes se habían hecho al mar, y la ballena golpeó al más cercano, salió desde abajo y lanzó a los tripulantes al agua. Desde el segundo bote le arrojaron arpones, uno de los cuales le dio en el flanco. Buscó la seguridad de las profundidades, miró hacia arriba, divisó el

bote, que daba vueltas por encima de su cabeza y lo embistió. Luego, continuó acercándose a la costa, con el vientre casi tocando la arena del fondo. Los gritos de los hombres se hicieron más agudos. Alzó la cabeza y vio con un ojo que los hombrecitos morenos brincaban alrededor de su compañera a medias varada. Tuvo el impulso de embestirlos, de nadar directo hacia la playa, pero de la misma manera repentina el impulso se desvaneció, y de un coletazo empezó a alejarse.

Al toparse con un gran tiburón macho, la ballena se lanzó contra él, solo para verlo huir, un destello blanco aterrado.

¡Esos odiosos hombrecitos morenos! Era consciente de que, por lo general, las bestias pequeñas no intentaban pelear contra una criatura de su tamaño o el de su compañera. Los hombrecitos atacaban vacas marinas que medían la cuarta parte que él. Los tiburones los aterrorizaban. Siguió nadando malhumorado, sin preocuparse por la dirección, pero buscando por instinto corrientes frías para sus heridas.

Estaba al sur del ecuador y siguió nadando hacia el Sur hasta que su cólera fue calmándose un poco, y cuando salió a tomar aire, el sol ya había descendido hasta el horizonte. Antes de oscurecer, dio con un gran banco de peces pequeños y nadó hacia ellos con la boca abierta.

A lo largo de los días y semanas siguientes, nadó perezosamente, sin tener, en esa época del año, ninguna razón para dirigirse hacia un lugar determinado. La región ecuatorial del Pacífico era todo un mundo. Y le resultaba raro estar solo después de pasar cinco años con su compañera, de saber que ella nadaba cerca, que era fácil hallarla, incluso si no la veía durante un rato. Siempre se habían vuelto a encontrar, siempre habían viajado de común acuerdo en la misma dirección, la que él solía elegir.

A pesar de que los pececitos que había cerca de las playas eran sabrosos, al igual que las manchas de plantas verdes, evitaba las islas. En cierta ocasión, en un descuido, saltó un poco y se dejó caer, lanzando un alto chorro de vapor blanco, y con el ojo izquierdo vio un barco. Estaba lejos, pero tenía la forma oscura y gruesa de los barcos balleneros, el tipo de embarcación que tenía motor. Se sumergió de inmediato, sin haber aspirado mucho aire, y comenzó a nadar en dirección perpendicular al curso que seguía el buque. Era cuestión de zigzaguear, de tratar de evitarlo, intentando al mismo tiempo aspirar más aire para nadar rápido. Más de una vez se había escapado de esos barcos. ¿Por qué no otra vez? Sin embargo, no era una pregunta, sino una necesidad.

La cacería duraba ya media hora; luego, una hora. La ballena permitía que la nave, entre zigzags y giros, se le acercara bastante, o se aproximara mucho

a la estela que dejaba tras de sí cuando emergía en busca de aire, para luego sumergirse ante la popa de la embarcación y seguir nadando.

Durante varios minutos, el barco perdió su presa. A toda máquina se bamboleaba al virar buscando al animal.

Este nadó tanto como pudo antes de que el esfuerzo lo hiciera emerger, y nuevamente debió resoplar antes de tomar aire. El barco estaba lejos, pero la ballena supo que la habían localizado. Inhaló todo lo que pudo, luego se sumergió y nadó haciendo una finta hacia la izquierda, cambiando de dirección bajo el agua hacia el curso que antes había seguido. Por desgracia, a plena luz.

Pasaron otras dos horas. Cuando el buque volvía a estar cerca, la ballena no tenía ya fuerza para nadar a gran velocidad, necesitaba aire.

Se oyó el chasquido de un cañón arponero. El arpón erró y su bomba de tiempo explotó bajo el agua, a una distancia de por lo menos toda la longitud de la ballena. Enloquecida de ira, la ballena apresó el cable metálico del arpón con la boca y tiró de él, como si de esa forma pudiese volcar el barco o llevarlo a remolque. Era un fino cable acanalado que le cortó un poco la boca.

El cable también le cortó a la ballena la inmensa y delicada lengua, y el hombre a cargo del cabrestante vio la sangre en el agua. Bajaron un bote y dejaron el motor regulando. El potente cabrestante de cubierta empezó a recoger el cable.

La ballena sintió el tirón del cable en la boca, oyó el agua salpicar el fondo de una embarcación y supo lo que eso significaba: un bote con arpones para el ataque final, detrás de la aleta, en el ojo, en el espiráculo, luego las cuerdas para amarrar el cadáver al barco. ¡Imbéciles en su bote de madera!

Con un lento movimiento de la cola, la ballena se colocó mirando hacia el lugar de donde provenían los sonidos de salpicaduras. Ya podía ver el fondo del bote. Lo embistió desde abajo, levantándolo con el lomo. En ese momento, un arpón le dio en la cola, atravesándole dolorosamente el final de la columna vertebral de un lado a otro. La ballena se sumergió.

Desde el buque ballenero arrojaron cabos para al menos tres de los hombres que estaban en el agua arremolinada. El bote se había partido por el medio, y tanto los cabos como los arpones habían caído al mar. Los gritos no cesaban: uno de los hombres se había abierto un brazo con una tabla de borde dentado y sangraba mucho; otro flotaba boca abajo, inmóvil, y uno de los marineros del buque se había lanzado unido al buque con un cabo para intentar salvarlo. El cabrestante había izado un arpón con la carga estallada pero sin ballena. Otros miembros de la tripulación se quedaron sorprendidos

al ver que una mitad del bote de madera se alejaba flotando rápidamente. El último arpón arrojado se había clavado en la ballena, y el extremo de su cable estaba atado en un cáncamo del bote.

Era evidente que habrían podido seguir el visible rastro de la ballena. Pero por un lado, el curso que esta tomaba no era el que se le había asignado al buque y por otro, más de la mitad de la tripulación estaba ocupada con los hombres que casi se habían ahogado y con la recuperación de los arpones y los aparejos que habían quedado en la otra mitad del bote. Todos reconocieron que aquella ballena enloquecida era una bien grande. ¡Toda una bestia!

La ballena se había dado cuenta de que cargaba con un apéndice. La primera vez que subió a respirar, no vio el trozo de madera que arrastraba. La segunda vez, sí. Al sumergirse a cierta profundidad, había notado una resistencia, aunque era capaz de hundir ese medio bote y en caso de haberlo deseado, de mantenerlo allí. El cabo era flexible, no como el cable acanalado, y debía tener tres veces el largo de su cuerpo. El trozo de bote era molesto. Resultaba prudente nadar a bastante profundidad para mantener el bote por debajo de la superficie. Cuando saliera a respirar —y acopiar el aire necesario le demandaba un buen rato y varias inhalaciones—, el medio bote iba a quedar flotando cerca de donde estuviera.

Esto dio lugar a extrañas historias en las islas por las que pasaba la ballena. Niños y jóvenes hablaban de un barco o bote naufragado al que habían visto flotar durante un rato y desaparecer repentinamente. La historia se propagó de isla en isla, repetida por hombres y niños que se cruzaban en sus botes de pesca y se lo contaban entre risas, aunque no de manera completamente incrédula, dado que muchos hombres confiables juraban que lo habían visto.

—Es magia —dijo un hombre con tono respetuoso, porque su gente respetaba la magia.

¿Era magia buena o magia mala? ¿Significaría tal vez buena fortuna o una catástrofe, como por ejemplo un vendaval acompañado de una gran ola que cayese sobre las islas, aplastando todas sus casas y echando a todos al mar? En algunas de las islas había unos cuantos hombres blancos que afirmaban saber sobre tifones, terremotos, eclipses de sol y de luna. Tal vez fuera cierto. Pero la aparición y desaparición del bote era otra cosa. Los blancos se reirían de la historia. Los blancos no siempre sabían qué importaba y qué no. ¿Cómo podrían saberlo? Al fin y al cabo, no eran más que hombres.

Con frecuencia, cuando se alimentaba con plantas verdes o bancos de peces diminutos, la ballena holgazaneaba sobre la superficie del mar, disfrutando del calor del sol en el lomo. Por lo general no había islas a la vista, pero, siempre y cuando se mantuviera lejos de ellas, estas no significaban riesgo alguno. Sin embargo, uno de esos días de pereza, al asomar el hocico a la superficie, vio un catamarán de vela, silenciosamente parecía avanzar en su dirección. La premura y lo silencioso de ese acercamiento despertaron el temor en la ballena y la pusieron a la defensiva, se sumergió unos metros y se volvió para quedar de cara a la embarcación. El catamarán medía lo mismo que un bote al que, si decidiera eso, podría romper.

La ballena percibió que los hombres estaban interesados en el medio bote que flotaba a su flanco. Había dos hombres en el catamarán, uno de ellos tenía un cabo en la mano. El otro vio la ballena, pegó un grito y rápidamente alzó el arpón. La ballena movió la cola y cargó; se deslizó por debajo de la parte saliente del catamarán, golpeó el costado de la embarcación con el hocico y la desfondó. El hombre de pie con el arpón cayó al agua, y la ballena, rodeándolo con un gran movimiento del agua, le arrancó las piernas de un mordisco. El otro hombre resultó ser una presa más fácil. La ballena sencillamente embistió contra él y lo dejó muerto.

El mástil del catamarán, con su vela floja, se ladeó hacia el mar. La ballena podría haberse quedado allí y darle uno o dos golpes más, pero cuando levantó la cabeza para tragar rápidamente aire, oyó los ladridos y chillidos de voces humanas, claras aunque distantes. ¿Otro bote? La ballena no perdió tiempo, se sumergió en el acto y nadó alejándose de esos sonidos.

Los hombres estaban acabados: uno, muerto a causa de las costillas y los pulmones destrozados; el otro, por la pérdida de sangre. Desde la isla cercana había zarpado un segundo catamarán para rescatarlos. No habían visto a la ballena, pero sí cómo se había partido en dos el primer catamarán, cerca de donde flotaba la mitad del bote, y luego habían visto desaparecer esa mitad bajo el mar. Se acercaron con precaución a los restos flotantes del catamarán roto, aunque uno de los hombres quería que volvieran a tierra mientras todavía pudieran hacerlo.

—¡Es magia! —exclamó—. ¿Ven? El catamarán se ha partido en dos, ahora flotarán y hundirán otros barcos… ¡Y *nos* matarán!

Uno de los hombres avistó un cadáver a flote.

—¡Allí está mi hermano!

No se esperaban encontrar cadáveres. Habían confiado en hallar a los dos hombres, tal vez heridos, pero aferrados a los restos del catamarán. Cuando un muchacho gritó que había visto el segundo cadáver en medio de un mar de sangre se decidió instantánea y unánimemente emprender la vuelta.

—¡No miren el barco! —aulló otro hombre—. ¡Desvíen la mirada!

Desviaron la mirada. El catamarán viró en redondo, los hombres se aplicaron a los remos hasta que los brazos les dolieron y se quedaron sin aliento. Un hombre que no remaba recitaba cánticos para alejar a los malos espíritus. De vuelta en la isla, contaron su historia con la voz entrecortada de miedo y las rodillas temblorosas. El resto de ese día y de esa noche, los otros isleños no se animaron a tocar a ninguno de esos cuatro hombres.

La historia se propagó ampliada. La mitad de bote que aparecía y desaparecía mágicamente apenas había rozado el catamarán, ¡pero lo había partido por la mitad! Y los dos hombres que había a bordo murieron al instante, como fulminados por un espíritu maligno.

El bote partido fue visto cerca de otras islas y se lo evitó. Se consideró la posibilidad de que tal vez lo estuviera arrastrando un tiburón o una ballena, pero de ser así se trataría del espíritu de una ballena o de un tiburón, imposible de matar, y capaz sin embargo de matar a cualquiera con facilidad, o destruir cualquier embarcación.

La ballena continuó nadando en aguas templadas, cada vez menos molesta por el leve dolor que sentía en la cola, causado por el arpón que le había atravesado la capa de grasa de lado a lado como un alfiler. La molestia era el pedazo de bote flotante. La ballena se deslizaba entre arrecifes de coral submarinos con la esperanza de que el roce desgastara el cabo hasta cortarlo, o esperando que el bote se rompiera, pero hasta ese momento no había tenido éxito. En su soledad, el animal padecía una melancolía cargada de resentimiento. Se encontró con tres ballenas como él mismo; una era una hembra joven, pero había otros dos machos, y si bien podría habérseles unido por la compañía, uno de los machos se asustó del bote que él arrastraba debajo del agua. De modo que lo evitaron.

La ballena se puso a cantar sola en las profundidades: «Juu-ua-aaa-h-ou» hacía, en un tono más bien aflautado y para sí. De ese modo era como se había comunicado con su compañera, indicándole dónde estaba, advirtiéndole de enemigos o, en otro tono, contándole que había comida a la vista.

Una mañana, cuando flotaba a pocos centímetros de la superficie, emergiendo de vez en cuando para hacer un fácil acopio de aire, oyó el chapoteo de un remo.

Con el ojo izquierdo vio un bote minúsculo en el que había una persona solitaria, que no se dirigía hacia él sino hacia los restos de madera que flotaban a uno de sus lados. La pequeña embarcación no representaba un desafío, pero la ballena oteó el horizonte en busca de otros botes o una isla, y vio una pálida franja de tierra bastante alejada. Nadó a mayor profundidad.

El muchacho del bote vio la ballena, se estremeció, se incorporó a medias y tomó el remo con ambas manos. Había entrado al mar por un desafío, y pocos minutos antes se había dicho a sí mismo: «No me importa si vivo o si muero». Eso le había infundido un valor demencial. Se había imaginado que moriría a causa de la magia, a causa de algo que no podría ni ver ni entender. Pero había visto, y lo que había visto era una ballena más grande que ninguna otra de la que hubiese oído hablar. Y vio al monstruo, gris y brillante, nadando alrededor de su bote cerca de la superficie. La embarcación se balanceó con violencia. El muchacho cayó hacia atrás y sin pensarlo agarró el largo remo para sentirse más seguro. El cabo que sujetaba el bote partido a la ballena se deslizó por delante de la proa del bote del muchacho y lo tocó, haciendo que la embarcación virase. Con la mano derecha, el muchacho apartó los restos del bote roto para evitar que dañasen su propia embarcación. El monstruo seguía nadando en círculos. El muchacho vio el largo arpón brillante que atravesaba al animal. Tenía una punta espléndida. Estaba hecha de metal y medía más que el muchacho, quien la quiso. ¿Podría hacerse con ella?

Volvió esa locura que había sentido en su isla: ¡no le importaba si vivía o si moría! Cuando el cabo pasó por el costado de babor, el chico la tomó por debajo del agua. Sintió el terrible tirón de la ballena y se agarró con más fuerza, apretando los dientes. ¿Y si la ballena lo arrastraba en un largo viaje hasta el fin de la tierra y más allá? ¿Y si se daba vuelta y lo tragaba? El bote se movió, y el muchacho cayó y luego se puso de rodillas. El bote se movió todavía más rápido, primero para un lado y luego para el otro. Después, de manera repentina, desapareció la resistencia, y el muchacho cayó de espaldas; sus pies descalzos se agitaron en el aire durante un momento. El cabo quedó colgando flojo de sus manos, él jadeaba, asustado, aliviado, desconcertado. Miró a su alrededor, pero no vio a la ballena, solo un remolino en el mar, donde la bestia se había sumergido. Tiró del cabo poco a poco y encontró su premio: ¡el hermoso arpón!

¡El arma era incluso un poco más larga que el bote! Su punta parecía una flecha, afilada, fuerte. En el otro extremo tenía una anilla metálica para atar un cabo. Los restos del medio bote flotaban cerca. El muchacho esbozó una

sonrisa. Ya no había nada que temer. El arpón era suyo, su arma. El bote partido, al que su gente creía mágico, no era otra cosa que los restos de un naufragio. La ballena se había ido nadando. ¿O no?

El muchacho miró con cuidado a su alrededor. Las aguas se veían calmas. Levantó el remo, tomó el cabo que colgaba por una banda del bote y tiró de los restos del medio bote. Entre estos había notado valiosas partes de metal, quemaría la madera para quedárselos.

Arribado a la playa, el muchacho se irguió en silencio, como un jefe de los viejos tiempos. Lo había estado esperando una multitud, que había nadado para tirar del bote y los restos del otro hasta la costa. El muchacho respondió tranquila y brevemente a sus excitadas preguntas, como un hombre. Cargaba el arpón enhiesto a su lado, al principio no dejaba que nadie lo tocase, luego, sí, sonriendo orgullosamente mientras los hombres pasaban el pulgar por el filo terminado en punta. La muchacha que le gustaba lo miraba a la distancia. No le quitaba los ojos de encima, pero cuando él había emprendido su desesperado viaje en busca de los restos del bote partido, la chica le había dicho que no lo quería. Las cosas serían, ahora, diferentes. El mundo entero ya era diferente para el muchacho.

Había pensado decir que había matado a la ballena en cuyo cuerpo se hallaba esa lanza, pero cambió de opinión. Habló sencillamente de una ballena que arrastraba la mitad de un bote partido, la mayor ballena que había visto, larga como la isla. Dijo que cuando la ballena pasó a su lado, había conseguido atrapar el extremo de esa lanza y así la arrancó del animal. Todos le creyeron. Todos se acercaron a tocar los restos como para asegurarse de que no tenían poderes mágicos. Algunos hombres alzaron y dejaron caer la anilla que sujetaba el cabo, escuchando su chasquido metálico al golpear contra los restos. Durante un rato el muchacho se mostró arrogante con la chica que le gustaba, fingió no verla a pesar de que ella era lo más importante que había en su cabeza. Dijo que no solo era enorme esa ballena, sino que tenía lanzas y arpones clavados por todo el cuerpo, como un cerdo grande listo para ser asado. Era tan grande esa ballena que jamás ningún arma lograría tocar sus órganos vitales. Así, el muchacho realzó su propio valor.

La historia de la ballena impenetrable se expandió por las islas, y los vigías de las pequeñas barcas de pesca aguzaron la vista para evitarla. Su historia llegó a oídos de los balleneros profesionales, que no se intimidaron al contar con cañones arponeros. Aunque la ballena no fuese tan grande como se decía, concluyeron, valdría la pena capturarla. En una ocasión, uno de esos

balleneros la persiguió, pero el animal escapó sumergiéndose por debajo de un largo petrolero que navegaba con piloto automático.

El animal se dirigía hacia el Norte, hacia mares más fríos que se enfriarían todavía más. ¡Ya estaba harto de islas rodeadas de agua cálida! Desde que se había liberado del pedazo de bote le habían clavado más arpones con punta de hueso. Uno que llevaba cerca del ojo izquierdo le molestaba especialmente al nadar donde había vegetación. Todo el tiempo andaba de humor irritable y con ganas de pendencia. Un día se metió por equivocación por el curso de un río y lo remontó un poco.

Nadó velozmente durante varios segundos hacia el interior del ancho estuario, sin darse cuenta de que no formaba parte del mar, hasta que el sabor agrio y amargo del agua, y las vibraciones causadas por algo pesado que arrojaron cerca de él lo alertaron de que probablemente nadara hacia un lugar sin salida. Un lugar donde además habría enemigos: humanos. Hasta podía oír ruido de máquinas. Dio media vuelta, se sumergió más y volvió por donde había venido.

El agua estaba contaminada, el lecho del río, cubierto de pedazos de metal dentados, cilindros grandes y pequeños, cabos podridos y cadenas. Los botes sobre él se sacudían a su paso y oía cómo gritaban los hombres a bordo. Se impulsó hacia adelante con un fuerte coletazo y algo le raspó la cabeza, pellizcó una de las lanzas y quedó enganchado. Durante algunos segundos notó cierta resistencia, pero no la suficiente para detenerlo.

Por fin llegó a mar abierto. Al hacer una pausa, notó un peso en ambos flancos que tiraba de él hacia abajo. Vio varios pesos a cada lado, unidos unos a otros por un cabo que le cruzaba la parte posterior de la cabeza. Nadó hacia atrás, pero los pesos seguían ahí. El cabo o cadena de algún modo se había trabado en las lanzas que llevaba clavadas. Acercó el hocico a uno de los pesos, su forma era como la de esas cosas flotantes que bordeaban la entrada de los ríos, pero no tan grandes. Ahora, subir en busca de aire no le resultaba tan fácil. Y si nadaba cerca de la superficie para atrapar crustáceos, los pesos la seguían a la rastra y se iban hundiendo lentamente.

Una de las veces que emergió para respirar en el Pacífico Norte, su chorro alto y blanco de agua y aire suscitó un grito que escuchó perfectamente. Había emergido cerca de un pesquero de esos con velas y también motor que no eran de temer para ella. Solo por divertirse fue que se lanzó violentamente contra él, para oír cómo los hombres volvían a gritar. Esta vez gritos cargados de miedo. Los pesos a ambos lados de su cuerpo revolvían el agua como si su

tamaño hubiera aumentado. Al virar, sin rozar al pesquero, divisó la silueta ominosa de un ballenero. Quizás hubiera avistado su chorro.

El pesquero había encendido el motor.

En un temerario ataque, lanzado con una mezcla de cólera y dolor, apuntó hacia el barco más grande. Sabía que con el peso que arrastraba no tendría escapatoria. El dolor a causa de las lanzas incrustadas en su cuerpo la hacía nadar más despacio. El veloz pesquero pasó a su lado y la ballena cruzó la estela sin tocarlo.

Segundos después, hubo una explosión bajo el agua que causó una presión inusual en sus oídos. Siguieron grandes movimientos de agua causados por objetos que caían al mar después de volar por los aires, luego un sonido de poderosa succión y por último el ruido de un torrente de agua. Vio que una parte del pesquero se hundía, y se alejó.

De los ocho tripulantes, sobrevivieron cinco. Por ellos comenzó a circular otra historia en la zona: había una ballena cargada con minas. ¡Cuidado! Uno de los sobrevivientes afirmó haber visto por lo menos seis minas, y otro dijo diez. Pero coincidieron en algo: estaban pintadas de amarillo. Como las usadas, hacía algunos años, en los ríos de Vietnam y de Corea. Todos acordaron que la ballena debía ser destruida. Pero ningún capitán se presentaba como voluntario para hacer el trabajo.

Se necesitarían varios barcos dotados con cañones arponeros para matar a la ballena sin correr peligro. Los balleneros afirmaron que si alguna vez llegaban a reunirse en la misma zona en que se encontrara la bestia, podrían acabar con ella. Con tres barcos, alcanzaba, con cuatro lo harían sin el menor problema. Pero pasaba el tiempo, no era avistada la ballena por donde solía vérsela, y salir a buscarla sería poco rentable. Cada hombre pensó que otro barco, nunca el suyo, se ocuparía.

El animal seguía desplazándose hacia el Norte detrás de una corriente de agua que le resultaba agradable. Era ya lo único agradable en su existencia. Estaba solo y continuamente sentía el dolor de sus heridas, leves pero muchas, las minas que arrastraba también lo fastidiaban al bandearlo de un lado a otro. Sobre su cabeza tintineaba la cadena enganchada en algún fragmento de arpón. Esa suma de contrariedades lo volvía hostil contra todo lo que estuviera vivo. Los malditos pesos lo obligaban a zambullirse y a emerger con lentitud. En su largo viaje hacia el Norte, olvidó que tales pesos tenían el poder de alejar a sus enemigos, hasta que se topó con cierto buque ballenero. Al ver alzarse su chorro, el buque puso proa hacia él.

Bajo el agua la ballena describió un lento arco para evitar el buque y siguió hacia el Norte. Pero cuando volvió a salir para respirar, seguía igual de cerca. Sin los pesos hubiera podido sacarle mucha distancia. Librarse de él. Ahora avanzaba en su busca, apuntaba hacia él su proa orlada de espuma. Oyó a bordo sonido de aceros que se chocan y gritos. Furiosa, dio un coletazo para ir hacia el enemigo, pero a último momento viró nerviosamente a la izquierda, con la parte inferior de su vientre rozó el buque, y se perdió en las profundidades.

Oyó el seco estampido de un cañón arponero.

Más fuerte y más profunda fue la explosión que sonó a su derecha. La mina que arrastraba de ese lado había pegado contra el casco del buque. La bomba de tiempo del arpón estalló inofensivamente sin afectar a la ballena.

El buque tenía un enorme boquete por debajo de la línea de flotación. Rápidamente empezó a hundirse. Dos botes salvavidas consiguieron alejarse del lugar y recoger del agua a otros náufragos que gritaban y agitaban los brazos.

La ballena se alejó de aquella confusión y siguió hacia el Norte. Percibía una diferencia notable entre la carga del lado derecho y la del izquierdo, había desaparecido una mina del lado derecho, tal vez dos.

La ballena iba dejando una estela de historias de horror. Cada historia se ligaba con la anterior.

El barco que había hundido era japonés. Hubo nueve sobrevivientes de una tripulación de veinte hombres, porque se había ido a pique en cuestión de minutos. El radiotelegrafista estuvo mandando mensajes hasta ahogarse en mitad de una frase: TOCADOS POR BALLENA CON MINAS, NOS HUNDIMOS RÁPIDAMENTE, LATITUD… Primero había dado su posición al lanzar el S. O. S. Al llegar el rescate no quedaban sino dos solitarios botes con su tripulación: nueve hombres. Se alertó a los navegantes de la zona acerca de la presencia de la ballena asesina. Los marineros que lograron sobrevivir esta vez, no pudieron precisar cuántas minas llevaba a la rastra, pero les pareció que se trataba de cadenas con minas a cada flanco.

Se pidió a los balleneros que en interés propio mataran a la ballena como fuera. A causa de las minas, se movía más lentamente que sus congéneres, pero era peligrosísima. Como un loco armado. Aun sin fotografías, su historia se convirtió en una noticia sensacionalista.

Veinticuatro horas después comenzó la cacería. Por la noche, los balleneros buscaban metódicamente sobre la superficie del mar con reflectores. La táctica de los barcos japoneses y rusos consistía en llevar a

cabo sus tareas habituales, manteniéndose en contacto radial, y de avistarse la ballena se difundía la alarma. De aparecer, se la rodearía y se la atacaría con los cañones de varios barcos. Posiblemente detonaría alguna de las minas.

La siguiente vez que se avistó a la ballena fue a doscientas millas náuticas de donde se había hundido el buque japonés. Fue a las dos de la madrugada, una noche oscura de noviembre, una noche invernal y sin luna. Pero los barcos que convergían hacia su objetivo común le dieron a esa noche marítima un aspecto casi diurno, de un gris lechoso. Las luces de babor de los barcos de menor porte se mecían, subían, bajaban, como gotas de sangre en el fantasmagórico teatro de la batalla.

Era consciente la ballena de que se movían sobre ella, sentía el ruido monótono de los motores que se acercaban, cada vez más nítidos. El cansancio llevaba casi hasta la incoherencia a la bestia, incluso hasta la desesperación. Primero la persiguió un buque; luego, un segundo; y, en ese momento, ya serían ocho o nueve. Se daba cuenta de que formaban un círculo a su alrededor. Nunca le había ocurrido algo semejante. Respiraba cuando podía, a ratos, preparándose para arremeter hacia la libertad. Después de todo, el círculo de luz era ancho y estaba a cierta distancia. Ya venía hacia ella el primer buque.

La ballena se sumergió con un destello de la cola en el aire. En el agua distinguió, por encima y por detrás, la detonación de un cañón arponero. Nadó en línea recta bajo el círculo hasta dejarlo atrás, pero los pesos la lastimaban y finalmente debió emerger. Tuvo que exhalar y sabía que eso delataba su posición.

Los buques se dirigieron rápidamente hacia ella. La rodearon con facilidad, pero lucharía. Soplaba con fuerza un viento frío. Cabeceaban los buques al acercarse con cautela. La ballena alcanzó a ver que un cañón arponero giraba apuntándole. En el acto se sumergió y se dirigió hacia él. Justo cuando estaba a punto de embestirlo, cosa que no habría hecho porque el casco era de metal, viró hacia la izquierda.

A cada lado y por detrás, los pesos la siguieron, y uno de ellos, bajo la superficie, pegó contra el costado del barco ballenero.

Un arpón avanzó a través del agua, pasó por encima del lomo de la ballena, y estalló segundos después. La bestia se alzó brevemente en busca de un hueco por donde escapar, pero ahora los barcos se hallaban más cerca unos de otros. Impulsivamente, cargó contra el costado de uno, y a último momento le pasó por debajo. Se oyó otra explosión subacuática que la hirió en una de las aletas caudales. Comenzó a sangrar. El repentino dolor la hizo

desviarse hacia la izquierda, volver al círculo mortal. De pura casualidad, una de las minas dio contra el centro de un casco y le abrió un agujero.

Los hombres de los barcos se pusieron a chillar y a gritar como locos. Los cañones arponeros disparaban hacia cualquier lado, al azar. Dos barcos rusos y dos japoneses se hundían. Apenas lograban entenderse unos hombres con otros, pero su objetivo estaba claro: matar a la ballena. Aunque algunos oficiales querían detener la caza para arriar botes salvavidas, rescatar a los náufragos y trasladarlos a los buques aún a flote.

A bordo de un ballenero ruso, un hombre advirtió la temible sucesión de ondas que se les acercaba, y gritó.

La ballena apuntó con dolorosa lentitud hacia el barco ruso, se sumergió por debajo de su casco, y apenas pasó al otro lado sonó una explosión. Tal vez dos. El buque ruso empezó a escorarse, uno de sus cañones desvió el disparo, y el arpón fue a clavarse en el pecho de un capitán japonés de pie en su zarandeado puente, a treinta metros. Enloquecido, el marinero ruso accionó el cabrestante y trajo los despojos del capitán japonés hacia su barco, que empezaba a irse a pique.

—Son dos ballenas —chilló en ruso alguien.

—No, no —se oyó decir en ruso a una voz japonesa—. Ahí está otra vez.

Una mina explotó.

Como represalia, dispararon los cañones arponeros, pero había tantas posibilidades de que le dieran a alguno de los hombres que braceaban en el agua como de que tocaran a la ballena enfurecida, que había perdido la orientación al punto de ya no saber siquiera dónde estaba el círculo de barcos.

La ballena cargaba en todas direcciones. Las minas que llevaba enganchadas seguían estallando contra lo que fuese.

Entonces un arpón dio de lleno en la ballena. El animal estalló por dentro, y empezó a retorcerse de dolor tragando toneladas de agua.

El cabrestante del buque desde el cual habían disparado se puso a girar, y empezó a arrastrar a bordo el cuerpo de la ballena agonizante. El impacto de la ballena mortalmente herida contra el costado del barco apenas se oyó, los marineros felices lanzaban gritos de victoria. Y entonces se oyó un terrible «¡bum!». La elegante barandilla metálica que coronaba la borda, orgullo del capitán japonés, se partió ante los ojos del marinero que accionaba el cabrestante; luego se partió la cubierta y los pedazos le dieron en la cara. Segundos después, el hombre resbaló a las frías aguas del mar.

Nada quedó de la ballena que pudiese recuperarse. Un segundo arpón explosivo le había arrancado la cola y desparramó sus entrañas. La gran

cabeza, repleta de esperma, el tesoro de una ballena antes que existieran los derivados del petróleo, se hundió lentamente, y los ojos humanos que habían quedado para verlo no estaban mirando.

Antonio Tabucchi

UNA BALLENA VE A LOS HOMBRES

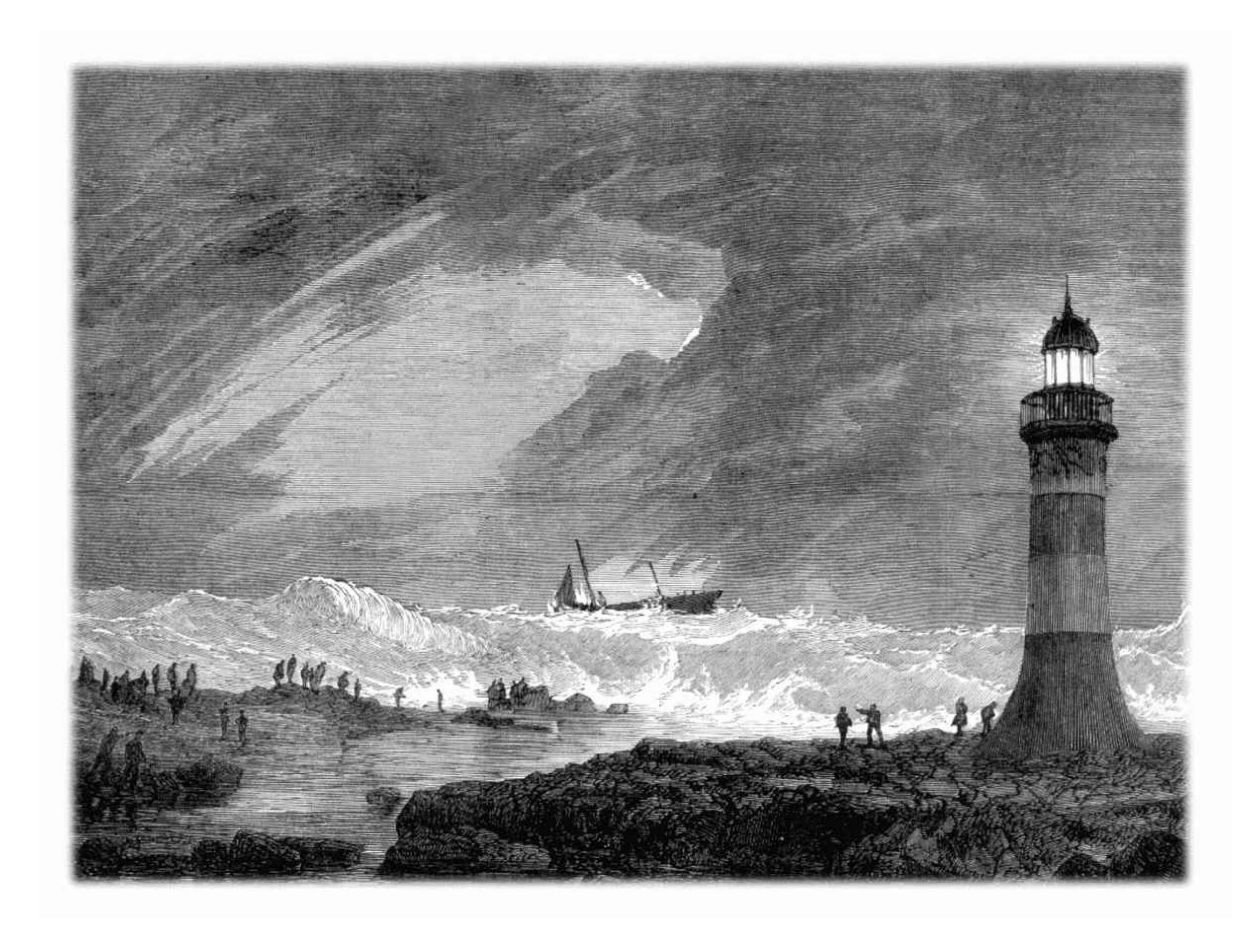
(*Dama de Porto Pim*, 1983)

Siempre muy ajetreados, y con largas extremidades que agitan con frecuencia. Y son muy poco redondos, sin la majestuosidad de las formas consumadas y suficientes, y con una minúscula cabeza móvil en la que parece concentrarse toda su extraña vida. Llegan deslizándose sobre el mar, pero no nadando, como si fueran pájaros, infieren la muerte con fragilidad y grácil ferocidad. Permanecen largo rato en silencio, pero luego gritan entre ellos con repentina furia, con un galimatías de sonidos que apenas varían y carecen de la perfección de nuestros sonidos esenciales: reclamo, amor, llanto de duelo. Y qué penoso debe resultarles amarse: híspido, casi brusco, inmediato, sin una mullida capa de grasa, favorecido por su naturaleza filiforme que no prevé la heroica dificultad de la unión ni los tiernos esfuerzos para conseguirla.

No les gusta el agua, y la temen, y no se entiende por qué vienen tan a menudo. También ellos van en bancos, pero no llevan a las hembras, y se adivina que están en otra parte, pero son siempre invisibles. A veces cantan, pero solo para ellos, y su canto no es un reclamo sino una forma de lamento desgarrador. Enseguida se cansan, y cuando cae la noche se echan sobre las pequeñas islas que los transportan y tal vez se duermen o contemplan la luna. Se alejan deslizándose en silencio y es evidente que están tristes.

VI

LLEGAR



¿Cuál es la meta buscada por las singladuras: el mar mismo o alcanzar alguna orilla? ¿Y qué es la orilla? ¿La eternidad nerviosa del agua que va y viene, o la jactancia de lo que en su fijeza se deshace? Una paradoja acechó a los viajeros apenas el primer navegante cruzó un curso de agua: el anhelo de lo desconocido contribuía a borrar los blancos de los mapas, obligaba a ir cada vez más lejos. Hasta que se extinguieron y ya no se pudo ser explorador o descubridor. Por eso, cuando casi no quedaban claros en los mapas del mundo, escribió Charles Baudelaire en un poema que es una elegía furiosa: «Amargo es el saber que brinda el viaje». Impedido de encontrar ya en el mundo algo que rompiera la monotonía, propuso zambullirse en la muerte, ir «hasta el fondo de lo desconocido para encontrar lo nuevo» («El viaje», en *Las flores del mal*, 1857).

Desde siempre se emborracharon los navegantes con la excitación por la llegada. ¿Qué era el vórtice de su celebración, la tregua provisoria con todo lo que podía matarlos, o la certeza de que pronto volverían a partir y desafiar esas fuerzas? Eran los puertos la respuesta provisoria. Desde siempre lugares peligrosos como es peligroso todo lo que puede ser sublime. Lugares donde las historias de viaje de las olas desafían el laconismo de las rocas. Donde la inmensidad destila el perfume del azar. Donde la distancia le hace promesas a la espera. Donde es posible crearse una patria en el viento, en la marejada, en la bruma, en todo lo que dice adiós.

Tal vez las imágenes más extendidas de los puertos, las más entrañables por cómo supieron calar en la memoria sentimental son aquellas que conjugan niebla, adoquines, óxidos, amarras chirriantes, grúas, bares gangosos y equívocos. Así es el puerto de *Querelle de Brest* publicado por Jean Genet sin animarse a firmarlo, y antes fueron así los puertos de Nicolás Olivari y de Rául González Tuñón, y antes fue así el puerto de *El muelle de las brumas*, escrito por Pierre Mac Orlan y filmado por Marcel Carné, y antes que todos ellos fue así el puerto del tango: «Turbio fondeadero donde van a recalar, / barcos que en el muelle para siempre han de quedar, / sombras que se alargan en la noche del dolor, / náufragos del mundo que han perdido el corazón, / puentes y cordajes donde el viento viene a aullar…». («Niebla del

Riachuelo», Enrique Cadícamo y Juan Carlos Cobián, estrenado por Tita Merello en el largometraje *La fuga* de Luis Saslavsky).

Todos esos puertos citaron, sin que la mayoría de sus autores lo supiera, al puerto inventado por Atkinson Grimshaw en sus óleos, antes que a los que diseñaron y construyeron, parecidos, por todo el planeta, los ingenieros victorianos. Esos puertos que tenían, para Jean Cocteau, el perfume más inteligente que existe, junto al perfume de los circos y el del opio. Puertos que eran parte inseparable de las ciudades con su vida agitada, nerviosa, abigarrada, con sus heroísmos anónimos y sus vicios adorables. La literatura es uno de los pocos sitios donde perduran.

La ola ya rompió, dura la música.

Juan José Saer

BRAVO MUNDO NUEVO

(*El entenado*, 1983)

Al tiempo de navegar a lo largo de la costa, nos adentramos en un mar de aguas dulces y marrones. Era tranquilo y desolado. Cuando alcanzamos una de sus orillas, pudimos comprobar que el paisaje había cambiado, que ya la selva había desaparecido y que el terreno se hacía menos accidentado y más austero. Únicamente el calor persistía: y ese mar de color extraño, al revés del otro, azul, que refresca, con sus vientos que vienen de lo hondo, las playas del mundo, no lo mitigaba. Cielo azul, agua lisa de un marrón tirando a dorado, y por fin costas desiertas, fue todo lo que vimos cuando nos internamos en el mar dulce, nombre que el capitán le dio, invocando al rey, con sus habituales gestos mecánicos, cuando tocamos tierra. Desde la orilla vimos al capitán internarse en el agua hasta casi la cintura y cortar muchas veces el aire y rozar el agua con su espada que cimbreaba a causa de las manipulaciones ceremoniales. Mis ojos primerizos siguieron con interés los gestos precisos y complicados del capitán, pero no lograron percibir el cambio que mi imaginación anticipaba.

Después del bautismo y de la apropiación, esa tierra muda persistía en no dejar entrever ningún signo, en no mandar ninguna señal. Desde el barco, mientras nos alejábamos hacia lo que suponíamos la desembocadura del río que teñía de marrón las aguas, me quedé mirando el punto en el que habíamos desembarcado, y aunque hacía apenas unos pocos minutos que habíamos vuelto a zarpar, no quedaba ningún rastro de nuestra presencia. Todo era costa sola, cielo azul, agua dorada. Teníamos la ilusión de ir fundando ese espacio desconocido a medida que íbamos descubriéndolo, como si ante nosotros no hubiese otra cosa que un vacío inminente que nuestra presencia poblaba con un paisaje corpóreo, pero cuando lo dejábamos atrás, en ese estado de somnolencia alucinada que nos daba la monotonía del viaje, comprobábamos que el espacio del que nos creíamos fundadores había estado siempre ahí, y

consentía en dejarse atravesar con indiferencia, sin mostrar señales de nuestro paso y devorando incluso las que dejábamos con el fin de ser reconocidos por los que viniesen después.

Cada vez que desembarcábamos, éramos como un hormigueo fugaz salido de la nada, una fiebre efímera que espejeaba unos momentos al borde del agua y después se desvanecía. Cuando entramos en el río salvaje que formaba el estuario —después supe que eran muchos— navegamos unas leguas alborotando las cotorras que anidaban en las barrancas de tierra roja, despabilando un poco el grumo lento de los caimanes en las orillas pantanosas. El olor de esos ríos es sin par sobre esta tierra. Es un olor a origen, a formación húmeda y trabajosa, a crecimiento. Salir del mar monótono y penetrar en ellos fue como bajar del limbo a la tierra. Casi nos parecía ver la vida rehaciéndose del musgo en putrefacción, el barro vegetal acunar millones de criaturas sin forma, minúsculas y ciegas. Los mosquitos ennegrecían el aire en las inmediaciones de los pantanos. La ausencia humana no hacía más que aumentar esa ilusión de vida primigenia. Así navegamos casi un día entero, hasta que por fin, al anochecer, nos detuvimos en medio de esas orillas primordiales. Por prudencia —temor de fieras, o de hombres, o de peligros innominados— el capitán aplazó el desembarco hasta el día siguiente.

De ese día me vuelve siempre, a pesar de los años, un gusto a madrugada: voces todavía un poco roncas por el sueño, ruidos primeros creando, en la oscuridad, un espacio sonoro, y el propio ser que emerge a duras penas de lo hondo, reconstruyendo el día inminente cuando una mano ya despabilada, en el alba inocente, lo sacude. Esa vez fue un marinero, un viejo lúgubre, el que me despertó: yo formaba parte de un grupo que bajaría a tierra con el capitán para una expedición de reconocimiento. Nos fuimos reuniendo, medio dormidos y acabándonos de vestir, en la cubierta donde el capitán ya nos esperaba, envuelto en la penumbra azul de la madrugada. Sobre los cables y los mástiles que se recortaban nítidos en esa penumbra brillaba, fija y enorme, la estrella de la mañana. Éramos once, incluido el capitán: en una sola embarcación nos dirigimos hacia la orilla del poniente y todavía puedo recordar que mientras remábamos, alejándonos de los barcos, íbamos alejándonos también de la mancha roja que teñía el cielo detrás de los árboles, en la orilla opuesta. Cuando tocamos tierra, era casi de día. Nuestra presencia en la orilla gredosa acrecentó el bullicio de los pájaros. Nos movíamos nítidos en la luz matinal. El capitán había depuesto toda actitud autoritaria plegándose, sin humildad, a nuestro asombro y a nuestra cautela.

Desembarazar su entendimiento de la rigidez del mando, parecía dejarlo en un estado de disponibilidad animal que le permitiría afrontar mejor lo que pudieran guardar esas tierras desconocidas. Después de echar una mirada lenta y vacía a nuestro alrededor nos internamos en la maleza, dejando atrás el río en el que chapoteaba la embarcación. Por momentos, la maleza nos tapaba, por momentos, apenas si nos llegaba a la cintura, por momentos nos tocaba atravesar un bosquecito de árboles enanos entre cuyas ramas se entreveraban enredaderas florecidas y pájaros cantores. Al final desembocamos en un prado acuchillado y desierto, un poco amarillento y raleado a causa sin duda de los grandes calores. El sol alto iluminaba todo sin volverlo, sin embargo, más inmediato y presente. Los barcos, detrás, en un supuesto río, eran, a media mañana, un recuerdo improbable. Durante unos minutos permanecimos inmóviles, contemplando, al unísono, el mismo paisaje del que no sabíamos si, aparte de los nuestros, otros ojos lo habían recorrido, ni si, cuando nos diésemos vuelta, no se desvanecería a nuestras espaldas, como una ilusión momentánea. Habíamos andado dos o tres horas; como nos llevaría el mismo tiempo volver sobre nuestros pasos, pegamos la vuelta y empezamos a caminar en sentido opuesto, con el sol al frente, en silencio y sudorosos. Nuestro entendimiento y esa tierra eran una y la misma cosa; resultaba imposible imaginar uno sin la otra, o viceversa. Si de verdad éramos la única presencia humana que había atravesado esa maleza calcinada desde el principio del tiempo, concebirla en nuestra ausencia tal como iba presentándose a nuestros sentidos era tan difícil como concebir nuestro entendimiento sin esa tierra vacía de la que iba estando constantemente lleno. El sol único destellaba en un cielo de un azul tan intenso que por momentos parecía atravesado de olas cambiantes y turbulentas: astillas ardientes alrededor de un núcleo árido. El capitán parecía despavorido —si se puede hablar de pavor en el caso de una verificación intolerable de la que sin embargo el miedo está ausente—. Las pocas palabras que pronunciaba le salían con una voz quebrada, débil, cercana al llanto. Y el sudor que le atravesaba la frente y las mejillas y que se perdía en el matorral negro de la barba, le dejaba alrededor de los ojos estelas húmedas y sucias que evocaban espontáneamente las lágrimas. Ahora que soy un viejo, que han pasado tantos años desde aquella mañana luminosa, creo entender que los sentimientos del capitán en ese trance de inminencia provenían de la comprobación de un error de apreciación que había venido cometiendo, a lo largo de toda su vida, acerca de su propia condición. En la mañana vacía, su propio ser se desnudaba, como el ser de la liebre ha de desnudarse, sin duda, para su propia

comprensión diminuta, cuando se topa, en algún rincón del campo, con la trampa del cazador.

En mi recuerdo, alcanzamos la costa alrededor de mediodía —sol a pique sobre los barcos y el agua, inmovilidad total en la luz ardua, presencia cruda y problemática de las cosas en el espacio cegador—. Jadeantes y sudorosos, nos paramos sobre la greda húmeda, emergiendo bruscos de la maleza para los que nos contemplaban desde los barcos. Decepcionado tal vez por una expedición sin sorpresas, el capitán parecía indeciso y demoraba el embarque, mirando lento en todas direcciones y respondiendo con monosílabos distraídos a las frases que le dirigían sus hombres. Cuando ya estábamos casi al borde del agua, el capitán dio media vuelta y, retrocediendo varios metros, se puso a sacudir la cabeza con la expresión de la persona que está a punto de manifestar una convicción profunda que las apariencias se obstinan en querer desmentir. Mientras lo hacía, no dejaba de escrutar la maleza, los árboles, los accidentes del terreno y el agua. Nosotros esperábamos, indecisos, a su alrededor. Por fin, mirándonos, y con la misma expresión de convicción y desconfianza, empezó a decir: «Tierra es esta sin…», al mismo tiempo que alzaba el brazo y sacudía la mano, tratando de reforzar, tal vez, con ese ademán, la verdad de la afirmación que se aprestaba a comunicarnos. «Tierra es esta sin…» —eso fue exactamente lo que dijo el capitán cuando la flecha le atravesó la garganta, tan rápida e inesperada, viniendo de la maleza que se levantaba a sus espaldas, que el capitán permaneció con los ojos abiertos, inmovilizado unos instantes en su ademán probatorio antes de desplomarse.

William Henry Hudson

RUMBO A UNA PALABRA

(*Días de ocio en la Patagonia*, 1893)

Un ventarrón había soplado durante toda la noche azotando al tambaleante vapor que me conducía a Río Negro. Yo esperaba que el viejo barco, hostigado por tantas tormentas, se diera vuelta de una vez por todas para sepultarme bajo ese tremendo tumulto de agua. Por los gemidos de su castigado maderamen y la máquina palpitante como un corazón cansado, la embarcación se me antojaba un ser viviente que, agotado por el esfuerzo de la lucha, encontraría la paz en las profundidades del mar.

Pero alrededor de las tres de la mañana el viento empezó a amainar, así que, quitándome el saco y los botines, me eché sobre la litera para dormir un rato. Debo decir que el nuestro era un barco singular, viejo y bastante desvencijado; largo y angosto como un navío vikingo. Los camarotes de los pasajeros se alineaban sobre cubierta formando filas de pequeñas casitas de madera; su fealdad solo era comparable a la inseguridad de viajar en él. Para colmo de males, el capitán, un hombre de más de ochenta años, yacía en su camarote gravemente enfermo y de hecho murió poco después de ese accidentado viaje. El único piloto de a bordo, habiendo confiado a los marineros la delicada tarea de dirigir el vapor en esa peligrosa costa y a la hora más oscura de una noche tempestuosa, dormía.

Estaba yo a punto de caer en el sopor cuando una serie de golpes, extraños ruidos, chirridos y sacudidas bruscas de la embarcación me hicieron saltar de la cama y correr hacia la puerta del camarote. Aún era noche oscura y sin estrellas, con viento y lluvia, pero el mar a muchos metros alrededor se veía más blanco que la leche. Me detuve de pronto, pues muy cerca, a medio camino entre mi puerta y la barandilla a la que estaba amarrado el único bote, conversaban en voz baja tres marineros. «Estamos perdidos», decía uno. «¡Perdidos para siempre!», respondía otro. En ese momento el piloto se levantó de su lecho y corrió hacia ellos. «¡Dios mío! ¡Qué han hecho con el

barco!», exclamó con dureza. Y luego, bajando la voz, añadió: «¡Bajen al bote enseguida!».

Yo me deslicé sigilosamente y me detuve a menos de dos metros de distancia del grupo, que a causa de la oscuridad no había notado mi presencia. Ni la más leve idea del cobarde acto que estaban a punto de realizar pasó por mi mente —su intención era escaparse, dejándonos abandonados a nuestra suerte—. Solo pensaba en salvarme —saltando al bote a último momento, cuando únicamente pudieran evitarlo golpeándome y dejándome sin sentido— o perecer con ellos en esa horrible superficie blanca. Pero otra persona más experimentada que yo —y cuya valentía asumió una forma diferente— escuchaba también. Era el primer maquinista, un joven inglés de Newcastle upon Tyne. Viendo que los hombres se dirigían al bote, salió del cuarto de máquinas con un revolver en la mano, siguiéndolos sin que lo vieran, y cuando el piloto dio la orden, se adelantó y dijo con voz tranquila pero firme que haría fuego contra el primero que se aventurara a obedecerlo. Retrocedieron los hombres inmediatamente, desapareciendo en las tinieblas.

Unos momentos después los pasajeros empezaron a afluir a la cubierta en medio de una gran alarma. Detrás de todos, pálido y con los ojos hundidos, apareció como un fantasma el viejo capitán, que venía de su lecho de muerte. Se quedó de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, sin dar ninguna orden y sin prestar atención a las preguntas agitadas que le dirigían los pasajeros, cuando por una feliz casualidad el vapor se zafó de las rocas, sumergiéndose por un momento en la hirviente y lechosa superficie; luego, de manera repentina penetramos en aguas oscuras, ya en relativa calma.

Durante diez o doce minutos navegamos rápida y suavemente. Entonces se corrió la voz de que el barco había dejado de moverse y que estábamos clavados en la arena de la costa, aunque nada veíamos por la intensa oscuridad y yo tenía la impresión de que seguíamos avanzando rápidamente. El viento había dejado de soplar, y a través de las nubes que delante de nosotros se entreabrían con celeridad, apareció para nuestro alborozo el primer resplandor del alba. Gradualmente, la oscuridad se volvía menos cerrada, frente a nosotros solo quedaba una playa inmutable y negra como una porción de las tinieblas que pocos minutos antes nos habían hecho confundir el cielo con el mar. Al aumentar la luz, comprobamos que se trataba de una hilera de médanos situados a muy poca distancia de la embarcación. Realmente habíamos varado; y aunque el barco estaba aquí más seguro que entre las puntiagudas rocas, la posición no dejaba de ser peligrosa, de modo que inmediatamente resolví desembarcar. Otros tres pasajeros decidieron

hacerme compañía, y como estaba la marea baja, calculando que el agua nos daría a la cintura, descendimos hasta el mar por medio de cabos, y nos dirigimos a la costa, a la que pronto llegamos.

No tardamos en subir a los médanos para observar el panorama que nos escondían. ¡Al fin estaba allí la Patagonia! ¡Cuántas veces la había visto en mi imaginación! ¡Cuántas veces había deseado con ardor visitar esas soledades para descansar en la lejanía de su paz primitiva! Allí estaba, completamente abierta a mis ojos la extensión que tan extraños sentimientos despierta en nosotros, la antigua morada de los gigantes, cuyas pisadas impresas en las playas asombraron a Magallanes y su gente, y le valieron el nombre de Patagonia.

Charles Baudelaire

EL PUERTO

(*El Spleen de París*, 1869)

Un puerto es sitio encantador para el alma fatigada en la lucha por vivir. La amplitud del cielo, la arquitectura móvil de las nubes, las coloraciones cambiantes del mar, el parpadeo de los faros son un maravilloso prisma con que distraer los ojos sin jamás cansarlos. Las formas esbeltas de las naves de abstruso aparejo, a las que el oleaje imprime oscilaciones armoniosas, bastan para sostener en el alma la afición al ritmo y a la belleza. Y además, y sobre todo, para el que no tiene ya ni curiosidad ni ambición, hay una especie de placer misterioso y aristocrático en contemplar, tendido en un mirador o acodado en el muelle, toda esa agitación de los que parten y de los que regresan, de los que tienen, todavía, fuerzas para querer, deseos de enriquecerse o de viajar.

León Tolstói

FRANÇOISE

—I–

El 3 de mayo de 1882, zarpó del puerto de Le Havre un barco de tres palos llamado *La Virgen de los Vientos*, se dirigía a los mares de la China. Allí dejó su cargamento y volvió a cargar otras mercancías, esta vez con destino a Buenos Aires, donde a su vez cargó otras para el Brasil. Navegó durante cuatro años por mares exóticos, demorado por averías, reparaciones, desgracias y calmas que llegaron a durar meses; en otras oportunidades, fuertes vientos lo desviaron de su rumbo. Recaló en Marsella el 8 de mayo de 1886 con un cargamento de conservas en lata norteamericanas.

Al zarpar de Le Havre formaban su tripulación el capitán, su segundo y catorce marineros. Durante el viaje murió uno y cuatro desaparecieron en diversos accidentes, de modo que solo nueve regresaron a Francia. Para relevar a los desaparecidos habían contratado a dos americanos, un negro y un sueco hallados en una taberna de Singapur.

Aferraron las velas, un remolcador empezó a conducirlos resoplando hasta una de las dársenas. El mar estaba en calma, apenas había, en la orilla, un leve oleaje. *La Virgen de los Vientos* alcanzó los muelles donde había naves de distintos portes y formas provenientes del mundo entero. Fue ubicado entre un bergantín italiano y una goleta inglesa.

Cuando al fin logró despachar las formalidades con los funcionarios del puerto y de la aduana, el capitán dio licencia a media tripulación para que pasaran la noche en tierra.

Era una cálida noche de verano. La ciudad brillaba. Sus calles olían a comidas y especias, por todas partes se oían traquetear de coches, conversaciones y gritos de alegría.

Los marineros de *La Virgen de los Vientos* no habían estado en tierra desde hacía cuatro meses. Avanzaban por las calles tímidamente, de dos en dos, como forasteros, como campesinos, como hombres que habían perdido la costumbre de atravesar una urbe. Miraban las callejuelas más cercanas al

puerto como si buscaran algo que habían perdido. Hacía cuatro meses que no veían una mujer. A la cabeza del grupo marchaba Celestin Duclos, un mocetón fuerte y hábil para las tareas de a bordo. Siempre que andaban por algún puerto era el que guiaba a todos. Sabía encontrar buenos lugares y sabía arreglar los inconvenientes que pudieran surgir sin que se armaran grescas, algo que suele ocurrirle a cualquier marinero en tierra. Pero llegada la eventualidad sabía defenderse y jamás abandonaba a un compañero en problemas.

Vagaron largo rato por calles muy oscuras impregnadas de un denso olor que surgía de las bodegas. Finalmente, Celestin se internó por una angosta callejuela en la que se divisaban farolitos encarnados sobre cada puerta. El resto de los marineros lo siguió canturreando, empujándose, haciéndose bromas. Sobre los cristales mate de los faroles había unos grandes números pintados. Por todas partes había mujeres con delantal sentadas en sillas de paja, en cuanto divisaban a los marineros salían corriendo hacia ellos, les interceptaban el paso y cada una intentaba atraerlo hacia su antro.

De cuando en cuando, al fondo de un zaguán, una puerta se abría y dejaba ver una muchacha a medio vestir, con pantalones de percal basto, muy ceñidos, una falda corta, un jubón de terciopelo negro con galones dorados.

—¡Vamos, entren, muchachos! —les decía desde lejos. A veces salía y abrazaba a algún marinero tratando de arrastrarlo hacia adentro con todas sus fuerzas, prendida como una araña que carga una mosca más pesada y más fuerte que ella. A causa del deseo, la resistencia era débil.

Los compañeros se detenían para ver qué sucedía. Pero los conminaba Celestin:

—¡No entres, no es aquí! Vamos un poco más adelante.

El marinero obedecía, desprendiéndose de la moza enojada. Al oír alboroto, otras más salían a lo largo del callejón, se abalanzaban sobre el grupo y ofrecían su mercancía con voces roncas. Siguieron adelante. Cada tanto se encontraban con soldados, con algún burgués, con algún dependiente, sombras que se deslizaban hacia lugares sabidos. Por otros callejones también se veían faroles, pero el grupo de marineros seguía de largo pisoteando las aguas malolientes que salían de las casas desbordantes de cuerpos femeninos. De pronto, Duclos se detuvo. Se detuvo ante una casa cuyo aspecto era algo mejor que el de las demás, la miró un instante, luego entró y fue seguido por sus compañeros.

—II–

Se instalaron en una gran sala. Cada cual eligió una amiga; no iba a separarse de ella en toda la noche, era la costumbre del establecimiento. Juntaron tres mesas. Bebieron y bebieron con las mujeres, más tarde fueron con ellas al piso de arriba. Sonaron los fuertes pasos de las botas sobre los escalones de madera, luego se los oyó dispersarse por los dormitorios. Algunos bajaron, varias veces, a beber apurados, y más apurados volvieron a subir.

En cuatro horas se gastaron los sueldos de medio año. Alrededor de la medianoche todos los marineros estaban borrachos. Con los ojos inyectados en sangre vociferaban cataratas de incoherencias. Cada cual, sobre las rodillas, tenía sentada a su amiga. Algunos cantaban y pegaban puñetazos contra la mesa. Celestin era uno más entre sus compañeros. Sobre una de sus rodillas tenía montada a una muchacha robusta y coloradota. Había bebido tanto como los demás, pero aún no estaba tan borracho como ellos. Todavía algunos pensamientos cruzaban su cabeza, aunque se disipaban enseguida, no podía expresar lo que pensaba ni retenerlo.

—Así que… así que… ¿mucho?, ¿hace mucho que estás acá? —preguntó, interrumpiéndose para reír.

—Seis meses —contestó la muchacha.

Duclos movió la cabeza como en señal de aprobación.

—¿Y cómo te va?

—Me acostumbré —dijo ella tras reflexionar un poco—. Una tiene que hacer algo. Y esto es mejor que ser criada o lavandera para ganarse la vida.

—¿No eres de aquí? —preguntó Duclos, que había vuelto a mover la cabeza como si también aprobara esa última respuesta.

La muchacha hizo a su vez un movimiento con la cabeza a uno y otro lado.

—¿De muy lejos?

—Sí.

—¿De dónde?

—De Perpignan —contestó ella después de pensar un momento como si hubiera debido esforzarse para responder.

—Sí, sí —dijo Celestin Duclos y quedó en silencio.

—¿Y tú, eres marinero? —preguntó ella.

—Sí. Somos marineros.

—¿Anduvieron lejos?

—Bastante. Hemos visto de todo.

—¿Dieron la vuelta al mundo?

—Casi dos veces.

La muchacha se quedó pensativa. Parecía recordar algo.

—Se habrán visto con otros barcos —dijo al fin.

—¡Claro!

—¿No habrán visto a *La Virgen de los Vientos*?

Celestin Duclos se asombró de que nombrara a su barco y se le ocurrió hacerle una broma.

—Sí, lo vimos la semana pasada.

—¿De veras? —dijo la muchacha y palideció.

—Sí.

—¿No me mientes?

—Te lo juro.

—¿Has visto en ese barco a Celestin Duclos?

—¿A Celestin Duclos? —dijo el marinero, sorprendido y asustado. ¿Cómo era que la muchacha sabía su nombre?—. ¿Acaso lo conoces?

También sobre la cara de la muchacha se vio una expresión de miedo.

—No, yo no, una mujer de acá.

—¿Está acá?

—No aquí, pero cerca.

—¿Dónde?

—Muy cerca.

—¿Quién es?

—Una mujer, una mujer como yo.

—¿Y por qué se interesa por él?

—No sé. Tal vez sea una paisana suya.

Se miraron fijamente a los ojos.

—Quisiera ver a esa mujer —dijo Duclos.

—¿Tienes algo que decirle?

—Tengo que decirle…

—¿Qué?

—Que he visto a Celestin.

—¿Está sano y salvo?

—Sí. ¿Por qué?

La muchacha guardó silencio, perdida en reflexiones; luego, en voz muy baja, preguntó:

—¿Adónde se dirige *La Virgen de los Vientos*?

—A Marsella.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Y tú conoces a Duclos?

—Ya te he dicho que sí.

La muchacha meditó un rato.

—Bueno, está bien —dijo, en voz más baja aún—. Si lo ves, dile… Pero no, no hace falta.

—¿Qué quieres que le diga?

—Nada, nada.

Celestin Duclos miraba a la muchacha cada vez con mayor inquietud.

—¿Lo conoces a Celestin? —preguntó.

—No.

—Entonces, ¿por qué te interesas por él?

Sin contestar, la muchacha se puso en pie de un salto, corrió hacia el mostrador detrás del cual estaba la dueña, tomó un limón, lo exprimió, le agregó agua y se lo alcanzó a Celestin.

—Toma esto —le dijo volviéndose a montar sobre una de sus rodillas.

—¿Para qué? —preguntó Duclos.

—Para que se te pase la borrachera. Luego te diré algo. Bebe.

Celestin apuró el contenido del vaso y se limpió los labios con la manga.

—Bueno. Habla. Te escucho.

—Prométeme que no le dirás que me has visto ni quién te ha contado lo que te voy a decir.

—No se lo diré.

—Júramelo.

—Te lo juro.

—Le dirás que su padre y su madre han muerto. Y su hermano también. Tuvieron unas fiebres y murieron el mismo mes.

Duclos sintió que la sangre se le agolpaba en el corazón. Permaneció minutos callado, sin saber qué decir.

—¿Con seguridad? —preguntó al fin.

—Sí.

—¿Quién te lo dijo?

La muchacha puso una mano sobre el hombro de Duclos y lo miró a los ojos.

—Júrame que no se lo contarás.

—Ya te lo he jurado… Bueno, te lo juro otra vez.

—Soy su hermana.

—¡Françoise! —exclamó Celestin.

La muchacha lo miró fijamente.

—¿Eres tú, Celestin? —dijo moviendo apenas los labios, sin pronunciar, casi, las palabras.

Quedaron petrificados mirándose. Alrededor, la marinería borracha vociferaba. Se entremezclaban las canciones con ruido de vasos y besos, el taconeo y los gritos penetrantes de las mujeres.

—¿Cómo es posible? —dijo Celestin, con un tono de voz tan débil que apenas se lo oía.

Los ojos de Françoise se llenaron de lágrimas.

—Murieron de pronto, en un mes murieron. Todos. ¿Yo qué iba a hacer? Me quedé sola. Tuve que vender todo para pagar los gastos. La botica. El médico. Los entierros. Los entierros de los tres. Y me quedé con lo puesto… Estuve de criada en casa del señor Cachot… Aquel rengo… ¿Recuerdas? Acababa de cumplir los quince. No tenía catorce cuando te fuiste. Con él tuve un desliz… Qué tonta. Después anduve de niñera en casa de un notario, y con él pasó lo mismo. El notario, al principio, me mantuvo, me pagó un piso. Pero eso duró poco. Terminó abandonándome. Pasé tres días sin comer y sin poder encontrar un trabajo, sin tener dónde dormir. Hasta que me vine para acá a hacer lo mismo que hacen otras.

Mientras hablaba, las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y se le metían en la boca.

—¡Qué hemos hecho! —se quejó amargamente Celestin Duclos.

—Creí que tú también habías muerto… ¿Lloras por mí? —susurró la muchacha a través de sus propios sollozos.

—¿Cómo? ¡Cómo no me reconociste! —susurró Duclos.

—No sé, no tengo la culpa —dijo Françoise, llorando todavía con más desesperación.

—¿Cómo hubiera podido reconocerte? ¡No eras así cuando me fui! —le respondió su hermano—. Lo que me extraña es que no te dieras cuenta de que era yo.

—Veo a tantos hombres que todos me parecen iguales —protestó Françoise haciendo un gesto con la mano.

Celestin Duclos sintió que el corazón se le endurecía. Quiso gritar. Quiso llorar como un niño cuando le pegan. Apartó a su hermana, se puso de pie, tomó su cabeza entre sus manotas de marinero, la miró bien, estudió su cara, estudió pulgada a pulgada su cuerpo hasta reconocer a aquella chica muy

delgada y risueña que dejara en su casa, hacía cinco años, junto a sus padres y hermanos a quienes ella debió cerrar los ojos.

—¡Eres tú, Françoise! Eres tú, Françoise. ¡Hermana mía! —gritaba, lloraba, hipaba.

Inclinó la cabeza, lanzó un aullido salvaje y con un puñetazo contra la mesa hizo volar los vasos, que salieron despedidos y se hicieron añicos.

Sus compañeros concentraron sobre él las miradas.

—¡Qué borrachera! —gritó uno.

—¡Basta ya! ¡No grites! —gritó otro.

—¿Por qué gritas, Duclos? —intervino un tercero—. Vámonos arriba con las chicas —y tiró de él con una mano, mientras con la otra rodeaba a su amiga, una mujer de rostro encendido y brillantes ojos negros, que llevaba un vestido muy escotado y reía a carcajadas.

Duclos se calló. Conteniendo la respiración, estudió a sus compañeros. Después, con la expresión decidida que le era propia cuando intervenía en alguna riña, se acercó tambaleando al marinero que abrazaba a su amiga y los separó de un golpe.

—¡Apártate! ¿Acaso no ves que es tu hermana? Todas son hermanas de alguien. Como Françoise, que es mi hermana —sollozó y sus sollozos parecían carcajadas.

Se tambaleó, levantó los brazos, y cayó al piso. Empezó a revolcarse y daba golpes con pies y manos mientras emitía un estertor de agonizante.

—Hay que acostarlo. Vamos. No sea que lo detengan en la calle por borrachera —dijo uno de los marineros.

Entre varios tomaron en brazos a Celestin y lo llevaron arriba, a la habitación de Françoise, donde lo acostaron.

Isaak Bábel

¡FALLASTE, CAPITÁN!

Llegó al puerto de Odessa el vapor *Halifax*. Venía de Londres en busca de trigo ruso.

El 27 de enero, día de los funerales de Lenin, la tripulación de color —tres chinos, dos negros y un malayo— requirió en cubierta al capitán. Por la ciudad retumbaban orquestas, la ventisca todo lo barría.

—Capitán O'Nearn —dijeron los negros—, hoy no habrá descarga, permítanos ir a la ciudad hasta la noche.

—Permanezcan en sus puestos —respondió O'Nearn—. La tormenta alcanzó fuerza nueve y sigue aumentando; en Sanzheik, el *Beaconfield* quedó aprisionado por el hielo; el barómetro marca lo que mejor sería no marcar. Con un tiempo así, la tripulación debe permanecer a bordo. ¡Todos a sus puestos!

Dicho esto, el capitán se retiró y fue al encuentro del segundo oficial. Estuvieron los dos fumando, riendo y señalando con sus dedos la ciudad, donde con insoportable pena rugía la ventisca y ululaban las orquestas.

Los tres chinos y los dos negros vagabundeaban sin objeto sobre cubierta. Soplaban sus dedos para calentarlos, pateaban basuras con sus botas de goma, ojeaban por la puerta entreabierta del capitán. El terciopelo de los divanes, recalentado por el cognac y el humo de los puros, se asomaba hacia el temporal de fuerza nueve.

—¡Contramaestre! —vociferó O'Nearn al ver a los marineros—. La cubierta no es un bulevar, lleve a esos muchachos a la bodega.

—A la orden, *sir* —respondió el contramaestre, una columna de carne roja cubierta de pelo encarnado—, a la orden, *sir* —y agarró por el cuello de su ropa al descarnado malayo. Lo condujo hasta la banda que daba al mar abierto y lo arrojó hacia la escala de gato. El malayo descendió por ella y escapó atravesando el mar helado. Los dos negros y los tres chinos corrieron detrás.

—¿Se ha llevado la gente a la bodega? —preguntó el capitán desde su camarote, recalentado por el cognac y el humo de los puros.

—Me los he llevado, *sir* —respondió el contramaestre, la columna de carne roja, y fue a ubicarse junto a la escala como centinela en la tempestad.

El viento soplaba del mar: nueve grados en la escala como nueve balas de cañón disparadas por las gélidas baterías de los mares. La blanca nieve se desataba en furor sobre los témpanos. Por las petrificadas olas corrían fuera de sí hacia la orilla, hacia los muelles, cinco siluetas retorcidas, con las caras tiznadas y los abrigos flameando. Desollándose las manos se encaramaron a la alta orilla, corrieron a través del puerto, irrumpieron en la ciudad que palpitaba al viento.

Un grupo de estibadores avanzaba con banderas negras hacia la plaza, hacia donde iba a ponerse la primera piedra del monumento a Lenin. Los dos negros y los tres chinos se juntaron con los estibadores. Jadeando todavía, estrecharon algunas manos, contentos como presos fugitivos.

En aquel momento, en Moscú, en la Plaza Roja, bajaban el cadáver de Lenin a la cripta. En Odessa aullaban las sirenas, rugía la ventisca y avanzaban las muchedumbres formadas en hileras. A bordo del *Halifax*, un impenetrable contramaestre permanecía junto a la escala como centinela en medio de la tempestad. Bajo su ambigua protección, el capitán O'Nearn bebía cognac en su camarote, lleno de humo de tabaco.

O'Nearn confiaba en su contramaestre, había fallado.

Manuel Rojas

GUARDIA NOCTURNA

(*Lanchas en la bahía,* 1932)

—Mucho ojo y no dormirse.

—Hasta mañana.

Estaba de pie en la borda de la gasolinera, apoyadas las manos en la baranda del falucho, y en el instante en que la ola unía los flancos de las embarcaciones hice una enérgica flexión, me levanté en el aire y caí en puntillas sobre la cubierta baja. Desde allí hice un ademán de saludo a los compañeros.

—Guarda con la fondeada.

—¡Tiro y tiro!

El motor resopló como lobo que sale a flote, giró la hélice y la lancha desatracó a cabezadas. La seguí con la vista. A medida que se alejaba, los rostros de los hombres se borraron, se oscurecieron, se hicieron lisos, planos, como discos de madera, hasta desaparecer.

Enderecé el cuerpo y eché una mirada alrededor. Era el mismo falucho de las noches anteriores, embarcación de hierro, adusta, sujeta por cadenas a las panzudas boyas. Caminé hacia la popa, dejé la manta y el revólver junto a la escotilla y examiné los sellos que atestiguaban la integridad de la carga; estaban intactos. Un salto me izó sobre la cubierta superior, revestida de tela embreada, que servía de tapa a la escotilla central; paseé por ella un breve momento. Mientras lo hacía pensé que no tenía más que romper un sello, correr una barra, levantar la tela y alzar una tabla, para que mis manos se hundieran, como las de un avaro, en las piezas de seda estibadas en la metálica panza. Un grito interrumpió mis pensamientos. A cincuenta metros, desde la cubierta de otro falucho, un hombre saludaba agitando los brazos. Contesté con un gesto y un grito:

—¡Eh!

Diez faluchos de la Casa B & Co. flotaban en fila frente al malecón y en cada uno había a esa hora un hombre, que, como yo, debería pasar la noche con los ojos abiertos. La consigna era: vigilar y no dormirse, bajo amenaza de ser fondeado por los piratas o despedido del empleo.

Cumpliendo la consigna pasé la primera noche sentado en el borde de la escotilla de popa, los pies en los peldaños de la escalera, inmóvil el cuerpo y la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, con los ojos como los de un lagarto, duros de sueño, inquieto, irguiéndome al escuchar el más leve rumor, los dedos engarabitados sobre la culata del revólver, tal vez inservible, que me facilitara un amigo. Cuando por la mañana la gasolinera vino a recogerme, apenas podía mover los brazos y las piernas.

—¿Qué tal? ¿Cómo lo pasó? —me preguntaron.

Contesté con un movimiento de mal humor. No me explicaba por qué dejaban guardia a bordo de los faluchos cargados. No había visto ni oído nada extraordinario, nadie intentó acercarse a la embarcación que custodiaba, nadie procuró hablar conmigo en toda la noche. ¿Piratas? Me encogí de hombros. Pamplinas…

—No crea, joven —dijo el jefe—. ¿Sabe usted que la semana pasada se metieron en el *Kiyo-Maru*? Y si se atreven a meterse en un barco, con mayor razón se meterán en un falucho si usted se queda dormido y ellos lo sorprenden. Un pañuelo en la boca, una cuerda, y al agua. Y después: en diez minutos llenan un bote. No sería la primera vez…

—¡El ojo abierto y el dedo en el gatillo! ¡Tiro y tiro! —exclamó un vejete que seguramente pasaba la noche roncando y que me hizo un guiño de inteligencia, como diciéndome que no tomara en serio sus palabras. Delante de los jefes había que hablar así.

Poco a poco me acostumbré a las noches del mar, desapareció la intranquilidad de la primera guardia y me atreví a dormir, sentado primero, echado después sobre la cubierta, abrigadas las piernas con la manta, el revólver oculto bajo el brazo en que descansaba la cabeza. Ponía la otra mano en la culata del arma y dormía, sueños atravesados de pesadillas, sueños que parecían cubrirme la cabeza con un velo a través del cual veía pasar sombras, luces, imágenes de color azul intenso, discos rojos que giraban. Despertaba, asustado, aterido por el contacto de la cubierta. Empuñaba el revólver y miraba hacia la sombra, sin ver otra cosa que la sombra, en la que desaparecían las visiones de mis sueños…

—¡Guachimán de la W!…

El grito pareció surgir de las aguas.

—¿Qué pasa?

Un bote se deslizaba cerca del falucho.

—¿No ha visto al guachimán de la W? —preguntó el hombre que singaba en popa.

—No lo he visto. ¿Qué sucede?

—Es que… Unos lancheros lo necesitan. Quieren irse a tierra.

—¿Por qué no los lleva usted?

—Es que… ¡Cómo se le ocurre! Yo no soy guachimán.

—Bueno: desatraca el bote.

—No se asuste, patrón. ¿Qué, me tiene miedo? Si no soy pirata…

No contesté, y el hombre, haciendo movimientos circulares con el remo, como si pretendiera revolver el mar, se alejó rezongando:

—Estos buitres… ¡Ave María! No se les puede ni hablar a los lindos.

Poco más allá el grito se alzó como una gaviota que levanta el vuelo:

—¡Guachimán de la W!…

Alguien, invisible, cogió el grito al pasar y contestó:

—¿Qué quieres?

Y amarró al final de la pregunta una interjección restallante. Una carcajada se irguió en la noche, a tiempo que una mancha más oscura que la sombra aparecía a babor del falucho. Una línea blanca, delgada, oscilaba lentamente sobre ella.

—¡La vida! Si supiera que cantando algún alivio tuviera, con la guitarra en la mano cantando me amaneciera…

Un hombre, de pie en el fondo de la lancha, los brazos apoyados en la borda, cantaba como sin deseos de cantar, mientras otro, a popa, cubierto con una camiseta y una especie de falda hecha de tocuyo, tomado a un gran remo y moviendo el cuerpo de adelante hacia atrás y tan pronto yéndose de bruces como echándose de espaldas al vacío, remaba. Un tercer hombre yacía inmóvil en la cubierta de proa.

—¡La vida, si supiera…! ¡Eh! —gritó el hombre, deteniendo el canto—. ¡Ahí hay un buitre!

El que remaba oyó con indiferencia el grito y el que yacía inmóvil no se movió. Sonreí. Buitre era el nombre que los trabajadores de la bahía daban a los guardias de los faluchos.

—¿No le da vergüenza cuidar lo que no es suyo? —preguntó el hombre, dirigiéndose a mí.

La lancha pasaba a tres metros de la popa del falucho.

—No, no me da —respondí—. Y a usted, ¿no le da vergüenza cantar mientras su compañero echa los pulmones remando?

—¿Vergüenza a mí? Usted no me conoce… ¿Tiene un cigarrito, patrón?

Irritado, no contesté; pero el lanchero reaccionó:

—No sea roto; contésteme —dijo.

—No tengo cigarrillos.

—Muy bien, pues; hay que ser siempre caballero, aunque no se tengan cigarrillos. Buenas noches.

Empezaba la hora triste del mar, la hora en que todo movimiento enérgico cesa, la hora en que prenden las luces de los barcos, haciendo así más oscura la soledad de la bahía. Las últimas voces declinaban frente a la noche. Empezaban los deslizamientos furtivos, los ruidos fugaces, los movimientos reptantes, el desfilar de los chinchorros tripulados quién sabe por quién y que se dirigen quién sabe hacia dónde. Había ya luces en la ciudad, en el plano, en los cerros, y se extendían en racimos, en guirnaldas, como en honor de alguien, dando a la atmósfera que gravitaba sobre el puerto un tono rojizo y blanco. Una imagen de la Virgen, rodeada de luces, refulgía como un diamante en el pecho de un cerro.

—… de la W! ¡Si supiera, la vida!

Trabajaban aún en el malecón y el resplandor de las luces se extendía sobre el agua como un cardumen de peces rojos; se oía el trepidar de las grúas y grandes bultos se alzaban y desaparecían de pronto, como caídos al mar. Los hombres pasaban y volvían a pasar frente a las luces, minúsculos pero decididos, insistentes como insectos. Mirábalos con envidia, con deseo de abandonar mi soledad y mi silencio para marcharme junto a ellos, junto a las negras y poderosas máquinas, en medio de las voces de mando y los gritos de alerta:

—¡Iza! ¡Un poco más!… ¡Arrea! ¡Guarda abajo!

La campana de un buque picó la hora. Las nueve. Una ráfaga de viento se apoderó de la campanada y se la llevó mar adentro. Era la hora de la comida. Saqué del bolsillo un paquetito que contenía dos sándwiches y empecé a comer lentamente, baja la cabeza, triste el ánima; aquella comida en la oscuridad, solo, hacíame sentir más que ninguna otra cosa mi desolación. Hubo un instante en que dejé de comer e inclinando la cabeza sobre el pecho, próximo a llorar, quedé con los ojos fijos en el pedazo de pan que tenía entre los dedos, como si dudara en comérmelo; pero luego, reaccionando, me lo eché a la boca. Todas las noches me sucedía lo mismo, y aunque en cada una me hacía el propósito de no acordarme a esa hora de mis padres o de mi casa,

a la noche siguiente, junto con echarme a la boca el primer trozo de pan, el recuerdo aparecía. Me avergonzaba eso, pues yo quería ser un hombre duro, sin llantos, sin sentimentalismos, como eran los demás hombres, como era mi padre, por ejemplo. Pero era inútil…

Saqué una botellita con leche y bebí un sorbo; estaba aún tibia y la saboreé como un gato o como un niño. Después eché a andar hacia la popa, donde la oscuridad detuvo mis miradas como una pared a un transeúnte distraído. No era posible ver a más de diez pasos de distancia; la sombra ascendía del mar como una neblina y flotaba sobre las aguas, densa, casi sólida. Sin embargo, a lo lejos se veían las luces de los barcos, en discos, en rectángulos, en cuadrados, brillando como fichas sobre un tapete negrísimo. Un vapor zarpaba, seguido de luces que se equivocaban con las estrellas. Todo lo que era luz, movimiento, calor, intimidad, estaba lejos de mí, habitante de la sombra, inmóvil en la noche, negro en la noche, como un buitre detenido en el tejado de una casa abandonada.

Volví a popa, pero también allí me esperaba la sombra tupida, indiferente a mi destino. El cielo llameaba de estrellas débiles, como fósforos mojados. ¡Tan, tan, tan! Las once. ¡Tan, tan, tan, tan! Las doce. Se oía el rumor del agua al golpear en la quilla de la embarcación, y nada más, ni una voz, ni un grito. Sentado en el borde de la escotilla, los pies afirmados en los peldaños de la escalera, tapada la espalda con la manta, el revólver y la linterna al alcance de las manos, cerraba los ojos y quedábame así, sin saber si dormía o velaba, viendo pasar por mi cerebro imagen tras imagen, trenes que partían, buques navegando por alta mar en un día con sol, hombres de rostro oscuro y dientes blanquísimos, y todo se confundía, se mezclaba, desfigurándose. Abría los ojos, veía la sombra y los cerraba de nuevo. Trenes que partían, buques, hombres, dientes… ¡Tan! La una. ¡Tan, tan! Las dos. ¡Tan…! La primera campanada de las tres me despertó. Abrí los ojos y me erguí. Había percibido un rumor que yo conocía muy bien: sería uno de esos cachuchos misteriosos, tripulado quién sabe por quién y que se dirigía quién sabe hacia dónde. Tomé el revólver y la linterna y poniéndome de pie me acerqué a la borda. A un metro escaso estaba detenida una chalupa y un hombre iba de pie en ella, inclinado, como si quisiera esquivarse de las miradas de alguien.

—¡Desatraca la chalupa, pronto! —grité con una voz que no me pareció la mía.

Al oírme el hombre enderezó el cuerpo, como si continuara un movimiento que no hubiera interrumpido, y la chalupa se alejó un tanto.

—¡Para!

Oprimí el botón de la linterna. La otra mano se me crispaba sobre la culata del revólver y el dedo índice buscaba el gatillo.

—¡Para, te digo!

Examiné la chalupa. Dos hombres iban tendidos en el fondo. El que iba de pie, delgado, miserable, descalzo y con la cabeza descubierta, el rostro sucio de sombra o de carbón, me miraba con ojos que eran como los de un animal cuando la luz de la linterna los tocaba de frente.

—¡Qué hace por acá!

—Voy para el *Mapocho,* patrón.

—¿Y esos hombres?

—Son de la tripulación del barco.

—¿Y por qué van acostados?

—Es que están borrachos…

Rio sin ganas, con una risa que parecía un principio de llanto; la voz pretendía ser clara y tranquila, pero el miedo la empañaba. El hombre estaba tan asustado como yo.

—Se cayó un cajón de cerveza al agua y ellos lo sacaron. ¡Je, je! Están como piojos…

Mientras el hombre hablaba eché una mirada a los remos y vi que las palas iban envueltas en arpillera. Esto me demostró la verdad: eran ladrones, piratas, como se les llamaba pretenciosamente en la bahía. El descubrimiento me desconcertó. No supe qué hacer. Pensé alzar el brazo y soltar un tiro al aire para llamar a la policía marítima, pero temí al ridículo: el revólver no me merecía la menor confianza, y gritar, estando armado, me pareció más ridículo aún. Además nada habían hecho ni intentado hacer. Si llamaba a la ronda, aquellos tres hombres se arrojarían al agua sin vacilar, como lo hacían siempre que eran perseguidos y se ahogarían o pasarían la noche colgados de una boya, o los cazarían a tiros.

—¿Me voy, señor? —preguntó el hombre.

La palabra señor me decidió. Aquel hombre, en condiciones normales, no me llamaría jamás señor, pero en ese instante, con su libertad o su vida pendiente de mí, apelaba a esa palabra como un estímulo a mi bondad.

—Ándate —respondí, en un tono que pretendía ser magnánimo.

Al oír la palabra que lo dejaba libre, y que me dejaba libre a mí también, el hombre de la chalupa se inclinó, echó los remos hacia atrás y con un vigoroso golpe se alejó. A la segunda remada la embarcación desapareció en la sombra.

Héctor Pedro Blomberg

LAS DOS IRLANDESAS

Aquí estoy con los chinos y las dos irlandesas
que llegaron a bordo del *Jamaica Marú*;
Maggie, la mayor, tiene ojos como turquesas
y bebe gin en este viejo bar del Dock Sur.

Nancy, la menor de ellas, parece una gitana,
pero nació en el barrio más pobre de Dublin;
arde en sus ojos negros una pasión lejana
y en su pálida frente hay una cicatriz.

¿De dónde las trajeron los chinos taciturnos?
Maggie me habló al oído: los conocí en Shanghai
(en el bar se movían los murmullos nocturnos
y en los labios de Nancy se apagaba un cantar)…

El *Marú* había partido con rumbo a Yokohama.
Maggie me amó en las noches siniestras de Dock Sur;
me hablaba de su vida errante y una llama
de pasión palpitaba en su mirada azul.

Nancy junto a nosotros cantaba dulcemente,
canciones misteriosas de la China y del mar.
¿Quién las llevó de Irlanda al infierno de Oriente,
y por qué las trajeron los chinos de Shanghai?

Pero yo amaba a Nancy, la irlandesa morena;
los chinos silenciosos, miraban a las dos;
las casuchas dormían bajo la luna llena,
en los negros navíos temblaba un resplandor.

¡Nancy! ¡Nancy! Una noche su canción quedó trunca.
Los chinos dormitaban borrachos de chandú.
¡Pobre Maggie! Esa noche bebió más gin que nunca,
y se lanzó a las aguas oscuras del Dock Sur.

Bernardo Kordon

LO IMBORRABLE

(*Los navegantes*, 1972)

Estuve embarcado cinco meses. Era el primer viaje del *Presidente Castillo* con bandera argentina. Navegué en pleno tiempo de guerra, en aguas infestadas de submarinos. Fui el único de la barra en ver mundo. ¡Casi todos los países del continente! He estado con minas de toda clase y colores: negras brasileñas y una china de verdad en el Perú, una piba todavía sin pelos en Buenaventura y una mulata de locura en Panamá. ¿No es más importante que agarrarse una triste blenorragia en un clandestino? De modo que cuando volví dejé la valija en casa y corrí al café. Ahí estaban los tres tipos de mi barra, como si me esperasen hacía tiempo.

—¡Muchachos! —les grité—. ¡Aquí estoy!

Avancé hacia la mesa con los brazos abiertos. Al final quedé parado frente a la mesa y Mentolado fue el primero en levantar la mirada para decirme con total indiferencia:

—¿Qué tal?

Fue como si en vez de navegar cinco meses me hubiera levantado de la mesa para echar una meada y nada más. El Pepe y Susini retomaron la conversación, algo sobre el clásico Boca-Huracán jugado el último domingo, que yo no había visto y entonces no podía opinar. Claro que se pusieron de acuerdo para recibirme así, y a lo mejor hasta ensayaron el gesto desganado, pero yo me las aguanté bien piola, aunque me ponía colorado de solo recordar mi saludo a los gritos desde la puerta: «¿Qué tal?», había levantado la cabeza Mentolado como si yo hubiera vuelto de comprar cigarrillos en vez de navegar cinco meses por el Atlántico y el Pacífico, a través del canal de Panamá y del Estrecho. Mentolado, claro, defendía la importancia de su blenorragia como único acontecimiento de la barra, y los otros lo seguían, porque siempre les pareció mal que alguien del barrio hiciese algo distinto a

los demás, como cuando a la hermana del mismo Mentolado se le dio por usar sombrero como una bacana, y el barrio la trató de engrupida y de algo peor.

Seguí navegando y al año siguiente me agarré esa tremenda curda en Valparaíso. Me gustó una mujer que encontré y tomamos pisco, vino, chicha, hasta olvidarme la clase y cantidad de tragos. Y no era eso solo: yo andaba reloco porque empezamos a recorrer los *cabaret* en la hora de los *shows* con *striptease*, con tanta mina linda en bolas, y al final la tipa que me gustaba me llevó a un lugar bien raro que le dicen «La cárcel». Imagínese que hay un patio de gayola rodeado de calabozos con rejas de hierro que parecen de verdad. Entramos en un calabozo con la mina y nos cerraron la puerta con un candado.

El tipo disfrazado de guardia de la cárcel era el mozo y nos pasó una botella de pisco por las rejas. Entonces comenzó el *show* que duró un buen tiempo. Yo estaba abrazado a las rejas, la mina me abrazaba y las bailarinas se desnudaban casi al lado nuestro, aprovechando, claro, que los hombres estábamos bajo rejas, agarrados a los barrotes, y eso parecía calentar tanto a los hombres como a las mujeres. Al final salimos y nos metimos en un hotel, pero no me gustó nada la pieza, chiquita y sucia, con un vidrio roto por donde entraba el frío del mar. Había tomado mucho como para terminar la cosa y entonces propuse seguir recorriendo los boliches del puerto. A la mina le gustó la idea: seguía con sed de pisco y andaba más chiflada que yo. No se cansaba de besarme y que me quería mucho, y al final me dijo que nunca se olvidaría de mí y que para estar segura de no olvidarse nunca quería tatuarse mi nombre en una teta, en la panza o donde yo quisiera. Con la condición, claro, de que yo también llevara su nombre para siempre. Me lo dijo con esa vocecita tan linda de chilena y estábamos tan borrachos que enseguida me convenció. Entonces me llevó por unas callecitas que subían los cerros del puerto y allí, en un pequeño sótano, estaba trabajando el tatuador. Ya amanecía por el lado de la bahía y el tipo no dormía: era justamente su hora de mayor laburo. La mujer se hizo grabar un corazoncito y mis iniciales: A. F., debajo de la teta del corazón, y después llegó mi turno. El viejo tatuador era un verdadero artista y propuso hacerme un lindo trabajo especial en los antebrazos, con anclas y águilas, y me pareció una idea macanuda. Acepté y el viejo comenzó a laburar con su aguja eléctrica. La tipa reclamó su nombre, que lo pusiera en un lugar bien visible. Se llamaba Lucha y yo le dije que no, que con ese nombre Lucha no lo pusiera, porque yo iba a parecer un sindicalista o un guerrillero. Que pusiera sus iniciales y con letra chiquita, como hizo ella. Entonces la mina se puso furiosa. Se rechifló y trató al

tatuador de viejo maricón. A mí también me dijo de todo y rajó afuera. Se olvidó la boluda que llevaba mis iniciales sobre el corazón y ni siquiera me pidió unos mangos. Yo me quedé con el tatuador, que en verdad era un viejo maricón, y me hizo esta obra maestra. Mire el trazo y los colores. Era un verdadero artista el viejo ese. A veces me encuentro con marineros extranjeros, que conocen mucho sobre tatuajes, como son los griegos y los yanquis, y todos me dicen que es un gran tatuaje, yo lo llamo propiamente un cuadro.

Esa vez volvimos a Buenos Aires por el estrecho de Magallanes, y como siempre volví al café. Era verano y me presenté en mangas de camisa bien arremangada. Puse los brazos en la mesa, así como al descuido, y llamé al mozo. Los tipos de la barra se mostraron indiferentes y yo más que ellos. Mentolado, como siempre, fue el primero en hablar:

—¿Y eso?

Con el mentón me señaló los brazos tatuados. Me encogí de hombros:

—Un tatuaje. ¿Nunca vieron?

—Decime —me preguntó Susini—. ¿Eso se borra así nomás con agua y jabón?

—No se borra nunca —dije con mucha tranquilidad—. Dura la vida entera.

Ahí, entonces, me di el gusto de ver a la barrita con la boca abierta.

—Ahora sí que te jodieron —opinó Mentolado.

—A tu hermana la jodieron y cuando era bien chiquita —le contesté—. Esto de tatuarse es cosa de hombres y deben opinar los hombres.

Ya los había visto con la boca abierta y no necesitaba más. Llamé al mozo para darme el gusto de sacar del bolsillo un buen fajo de billetes y pagué todo el gasto de la mesa y le dejé cien mangos de propina al gallego y me fui diciendo chau y punto. No volví nunca más porque soy marinante, ¿sabe? Al final un marinante se hace algo diferente a los demás, y eso de ser diferente, no sé si me hago entender, se convierte en una especie de orgullo, algo que nunca se puede borrar, igual que estas anclas y águilas que llevo en los brazos.

Arnaldo Calveyra

CANCIÓN DEL MARINERO INMIGRANTE

(*Diario del fumigador de guardia*,
Ensenada, 1951-París, 1983;
publicado en 2002)

Vine una, dos veces,
aquí me quedé,
me conquistaron
las veredas de Ensenada:
desparejas, era como
caminar en cubierta
sobre un mar huracanado

ir perdiendo memoria
es dejar un día de crear distancia
ya no ser artefacto del mar

una vez, en una costa del sur,
logré escribir sobre una ola,
y fuimos varios en leerla,
la palabra *palabra*

por ese entonces era joven
y capaz de apagar un faro con un dedo,
las rocas aullaban escondidas,
para las sirenas yo no era un marinero
de un mar cualquiera
me tendía a dormir
y las gaviotas lo borraban al sol
con dos alas,

impresión perpetua
de estarme vistiendo
para una fiesta

pequeña mandrágora de mi bolsillo,
fui yo quien abrazó al mansueta
del que todos se apartaban
en el puerto de Sidney

pero nunca lloré:
una vez que se empieza
¿qué razones hay para dejar de llorar?

de un tío irlandés
heredé la palabra *oblivion*,
la encontré entre varios objetos
a mí destinados
a la muerte de ese *human being*,
amaneceres en hilachas,
días y noches en que el cielo
hiede a rata muerta

América la ofrecida, me digo
mirando el yuyal incesante

morir será
encender una lámpara
en la casa desconocida

Marcelo Carnero

La noche en que el muro de Berlín cayó en La Boca

(2018, inédito)

En diciembre del 90 mataron a Saturnino C. un muchacho de unos treinta y pico de años que vivía a la vuelta de mi casa. Esa noche pasó de todo y todo fue muy rápido, o por lo menos así me lo acuerdo. El ventiladorcito que habíamos plantado sobre una silla no llegaba ni a mover el aire de la cocina. Había terminado el primer tiempo de Boca y San Lorenzo cuando en la radio dijeron que en la cancha, la barra del cuervo había arrancado y tirado un paravalanchas tribuna abajo. El fierro había caído y después de rebotar varias veces en los escalones, había dado de lleno en la cabeza de Saturnino C. que murió en el momento. Cuando escuchamos en cuál tribuna había caído el fierro, con Carlitos nos miramos un poco impresionados: detrás del arco que da al río, dijimos los dos juntos. Esa era la tribuna en la que nosotros también veíamos los partidos. Pero esa noche no habíamos ido a la cancha porque teníamos que fundir metal y esperar a que el Gitano pasara a buscarlo. Con la plata que sacáramos íbamos a pasar las fiestas y parte del verano.

La cosa se había puesto fea después de la caída del muro de Berlín. Era de película que unos piojosos hundidos en un conventillo de La Boca, estuviéramos preocupados por algo que parecía responder a órdenes más altos. Pero, aunque ustedes no lo crean, un gran porcentaje de nuestra economía dependía de la Unión Soviética. Ya que mi casa, poco a poco, se había convertido en un mercado negro de productos de los países del Este.

La cosa se fue dando porque Carlitos trabajaba en un taller naval en el que atracaban los pesqueros rusos que hacían temporada en el Sur y que a la vuelta, antes de cruzar el Atlántico, paraban a hacer mantenimiento en Buenos Aires. Como los tripulantes vivían en un régimen bastante estricto, y por el tema del idioma les costaba moverse por la ciudad, les cambiaban a los obreros del taller naval todo tipo de cosas por botellas de vodka o cualquier

otra bebida que tuviera buena gradación etílica. Así fue que a mi casa empezaron a llegar planchas congeladas de pescados, sacadas directamente de los frigoríficos de los barcos. Pero después, cuando nos empezaron a crecer aletas de tanto comer pescado, empezaron a llegar enlatados, relojes, radios, gaseosas polacas, bolsas de caramelos, binoculares, ropa, cámaras de fotos y otras cosas que mejor ni mencionar y que venían directamente desde detrás de la Cortina de Hierro.

Cuando cayó el muro, los barcos empezaron a escasear y a Carlitos se le ocurrió lo del metal. La idea era sencilla pero peligrosa: él era alesador, la viruta del material que trabajaba era de una aleación costosa, pero era viruta que se tiraba. Entonces le pidió a mi mamá que le hiciera unos calzoncillos elásticos para que en dos o tres cartones de tetrabrick vacío que se ponía adentro de los calzoncillos, transportara la viruta hasta mi casa y que no lo engancharan cuando pasaba los controles de la prefectura. Le empezamos a vender el metal al Gitano José, un gigante morocho que tenía una cueva en la calle Suárez. El Gitano vivía del cobre que los pibes del barrio pelaban de los cables que se afanaban de la calle o de las centralitas eléctricas de SEGBA. Así que cuando caímos nosotros con ese material, nos recibió con los brazos y los bolsillos abiertos. Primero se lo llevábamos así, hecho viruta, pero con el tiempo a Carlitos se le ocurrió hacer una olla y un par de moldes para fundir la viruta en la cocina de mi casa. Tardes enteras me pasé esperando que el metal se hiciera líquido para ver cómo Carlitos lo volcaba adentro de los moldes. Con impaciencia de alquimista meditaba sobre cuestiones gaseosas hasta que el líquido se volvía lingotes grises que guardábamos en una lata enorme de YPF debajo del tablón de la cocina.

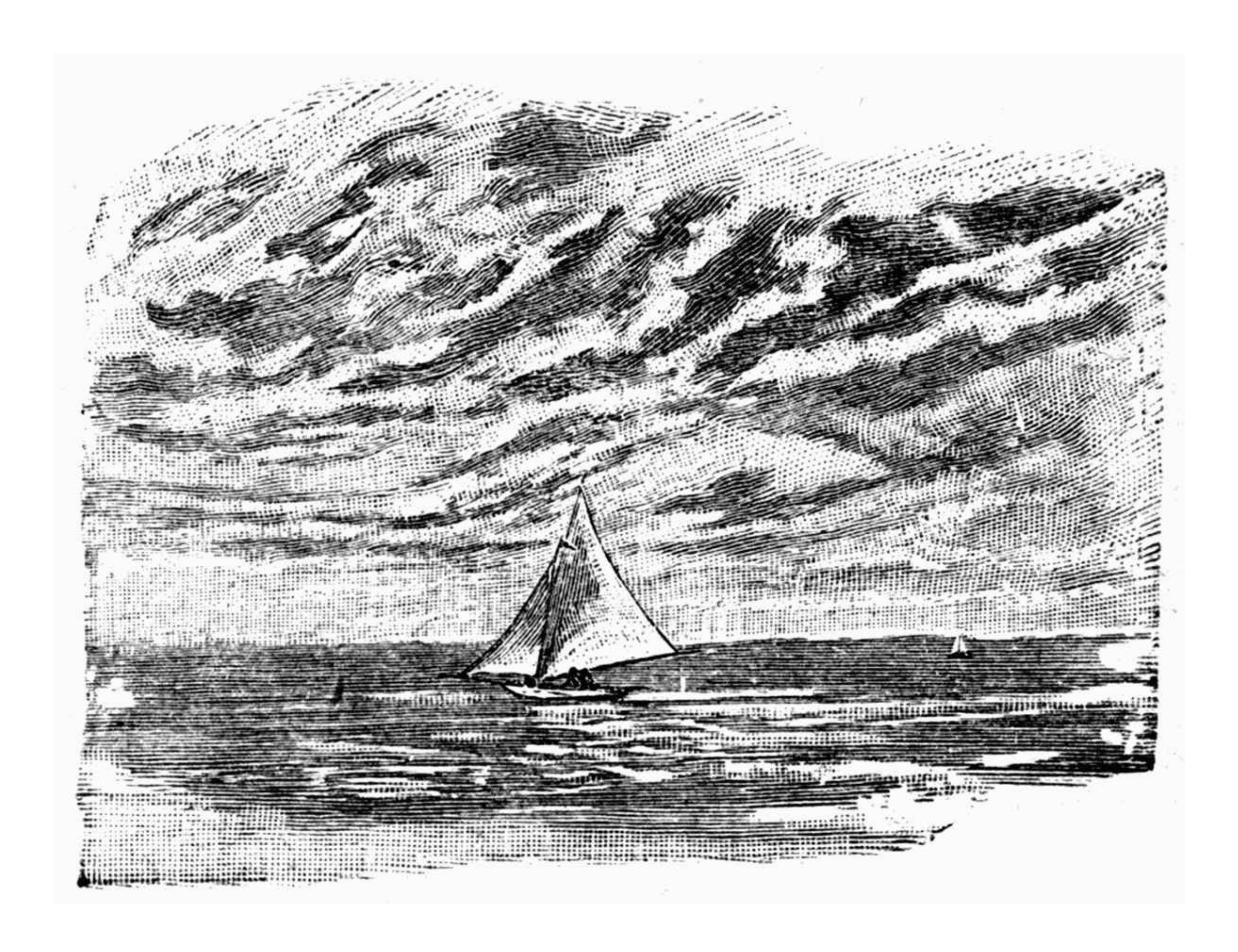
Esa noche que mataron a Saturnino C., el Gitano había dicho que pasaba a buscar el metal a eso de las diez en un auto y nosotros todavía teníamos que terminar de fundir. Pero cuando escuchamos lo que había pasado en la cancha y a las diez y media el Gitano no aparecía, enfriamos los lingotes en un balde de agua, Carlitos los envolvió en papel de diario, los metió en un bolso de lona que tenía y rumbeamos para la cueva de la calle Suárez. Teníamos que venderle el metal sí o sí, porque el Gitano nos había dicho que al otro día se iba a «hacer temporada» a la costa. Salimos y no había luz. Cuando llegamos a Brandsen y Brown la calle estaba cortada y había corridas por todos lados. La gente que salía de la cancha se peleaba con la montada. Nunca pudimos atravesar el caos y llegar a lo del Gitano. Al otro día nos enteramos que esa noche, antes del partido, le reventaron la cueva y que se iba a comer un rato adentro, por eso no había venido a buscar el metal. Lo batieron, me dijo

Carlitos, va a haber que cuidarse. El metal fue cambiando de un lugar a otro de la casa, hasta que no lo vi más. Las fiestas y los meses siguientes la pasamos con lo puesto.

Después del invierno, una mañana apareció el Gitano. Estaba flaco, tenía el pelo canoso y caminaba un poco encorvado. Pero en la sonrisa le seguían brillando los dientes dorados. Le preguntó a Carlitos si todavía tenía algo del metal ese. Mi vieja había guardado los lingotes adentro de una Siam vieja que no tenía motor. Cuando lo sacamos de ahí, al Gitano le bailaron los ojos. Aguantame una semana, Carlitos, dijo con esa sonrisa tan comercial que tenía, y se llevó el metal. Así fue. Una semana más tarde Carlitos fue a encontrarse con el Gitano y volvió con unos pasajes de micro. Armamos los bagallos y salimos de Constitución en un colectivo que parecía menos legal que nosotros. Viajamos toda la noche y entre sueños se podían intuir los pueblos de la costa en los que paraba el micro. Pueblos con casas bañadas por el sol como si fueran decorados de cine de los años cincuenta. Atrás se escuchaba la respiración armoniosa de la sal que se quemaba. Nunca más volvimos a saber nada del Gitano, pero ese va a ser siempre el verano más lindo que recuerde, porque ese verano aprendí el mar.

VII

LENGUAS DE MAR



Se dice que Charles Sanders Peirce, considerado uno de los padres de la semiótica, habría elaborado el concepto de recursividad semántica infinita —palabras que remiten a palabras que remiten a palabras— mirando las olas desde el faro donde trabajó. Las olas, como las palabras, se van formando, se alzan, rompen, retroceden, se vuelven a formar. Siempre iguales, nunca iguales, olas o palabras resultan indomables.

El mar es, entre otras cosas, olas: por ejemplo, una cantidad de palabras que nacen de él y de las cuales sin cesar nace. Como escribió Fogwill en uno de sus sonetos: «Pero no hay mar: el mar es solo ausencia / en la sílaba mar: pasa el sonido / y queda el hombre frente a un mar que inventa / y pierde entre los pulsos del sentido» (*Partes del Todo*, 1997).

Las palabras hablan, además de hablar de otras cosas, de palabras. Por sobre todas las cosas hablan de palabras.

Las palabras que hablan del mar hablan de palabras que hablan del mar.

Las palabras, como las olas, nunca terminan, siempre están empezando.

Jules Michelet

LA VOZ DE LA ETERNIDAD

(*El mar*, 1861)

Un intrépido marino holandés, vigoroso y frío observador, cuyos días se deslizan en el inmenso océano, confiesa con franqueza que la primera impresión que se recibe al contemplarlo es de miedo. Para todo ser terrestre es el agua el elemento no respirable, el elemento de la asfixia. Barrera fatal, eterna, que separa irremediablemente ambos mundos. No nos sorprende, pues, que la gran masa de agua denominada mar, desconocida y tenebrosa en su profundo espesor, se haya aparecido siempre formidable a la humana imaginación. Los orientales en ella solo ven la amarga sima, la noche del abismo. En todos los idiomas antiguos, desde la India hasta Irlanda, el nombre de mar es sinónimo de noche o desierto.

¡Qué triste es ver, al caer de la tarde, el sol, alegría del mundo y padre de todo lo creado, ir desapareciendo, eclipsarse entre las ondas! Es el cotidiano duelo del Universo, particularmente del Oeste. En vano es que todos los días presenciemos el mismo espectáculo; siempre ejerce en nosotros igual influjo, idéntico efecto melancólico.

Si nos sumimos en el mar a cierta profundidad, no tardamos en vernos privados de luz: se penetra en un crepúsculo donde solo persiste un color, el rojo siniestro; y aun al poco rato este color desaparece y sobreviene la negra noche. ¡Qué obscuridad tan absoluta, exceptuando tal vez algunos accidentes de horrorosa fosforescencia! Aquella masa, inmensa en extensión, enormemente profunda, que se extiende por la mayor parte del orbe, parece un mundo de tinieblas. He aquí lo que sobresaltó, lo que intimidó a los primeros hombres. Suponían que se acaba la vida donde falta la luz, y que, a excepción de las primeras capas, todo el espesor insondable, el fondo (dado el caso que tenga fondo el abismo), era una negra soledad, nada más que árida arena y guijarros, y algunas osamentas y despojos, es decir, el sinnúmero de bienes perdidos de que el avaro elemento se apodera sin devolver ni la más

pequeña partícula de ellos, escondiéndolos cuidadosamente en el palacio destinado a guardar los tesoros de los naufragios.

La transparencia del mar ciertamente que no contribuye a infundirnos ánimo. No puede compararse, ni con mucho, a la tranquilizadora linfa de los manantiales y de las fuentes. Aquella es opaca y ruda: sacude con fuerza. El que se aventura en ella, siéntese levantado impetuosamente. Cierto que presta auxilio al nadador, empero se enseñorea de él: encuéntrase este cual débil niño mecido por poderosa mano que fácilmente puede reducirlo a la nada.

Una vez desamarrada la barquilla, ¿quién sabe dónde puede llevarla una ráfaga de viento o la irresistible corriente? Así fue como nuestros pescadores del Norte, contra su voluntad descubrieron América polar trayendo de allí las espantosas visiones de la fúnebre Groenlandia. Cada país tiene sus narraciones, cuentos sobre el mar. Homero, *Las mil y una noches*, han transmitido buen número de esas tradiciones, horrorosas: los escollos y las tempestades; las calmas, no menos horrorosas, peligrosas, en que el navegante es devorado de sed en medio del líquido elemento; los comedores de carne humana, los monstruos, el leviatán, el kraken y la gran serpiente de los mares.

El nombre dado al desierto, «país del miedo», hubiera podido aplicarse al gran desierto marítimo. Los más atrevidos navegantes, fenicios y cartagineses y los árabes conquistadores que intentaron conglobar el Universo, atraídos por las relaciones de la tierra del oro y de las Hespérides, pasan el Mediterráneo, lánzanse a través del Grande Océano; mas, pronto se detienen: el límite sombrío, cubierto eternamente de nubes, que se encuentra antes de llegar al Ecuador, les impone respeto. Suspenden su marcha, diciendo: «Este es el mar tenebroso». Y ponen las proas de sus naves en dirección a su país.

Sería cometer una impiedad el violar ese santuario. ¡Desdichado de aquel que se vea hostigado por tan sacrílega curiosidad! En las postreras islas apareció un coloso, un rostro amenazador gritando: «No paséis más allá».

Estos temores, un tanto infantiles, del mundo antiguo, son idénticos a las emociones del novato, de la persona sencilla que, procedente de tierra adentro, divisa el mar por vez primera. Puede decirse que todo ser que experimenta esa sorpresa, siente la misma presión. Los animales se turban visiblemente a su vista. Hasta durante el reflujo, cuando lánguida y benigna se desliza el agua muellemente por la orilla, el caballo no está sereno: tiembla, y a menudo no quiere vadear el tranquilo elemento. El perro retrocede y ladra, injuriando a su manera la onda que le causa miedo, y nunca se reconcilia con el dudoso elemento que más bien le parece hostil. Cuenta un viajero que los perros del Kamchatka, acostumbrados a dicho espectáculo, se sobrecogen o

irritan lo mismo: a manadas, por millares, en el transcurso de la noche, ladran a las mugientes olas y rivalizan en furor con el embravecido océano del Norte.

La introducción natural, el vestíbulo del océano para prepararse a conocerlo como es debido, es la melancólica corriente de los ríos del Noroeste, los dilatados arenales del Mediodía o las landas de la Bretaña. Cualquiera que por una de estas tres vías se dirija al mar, quedará muy sorprendido de la región intermedia que lo anuncia. A lo largo de esos ríos divísase una ola infinita de juncos, de salcedas, de plantas diversas, las cuales, por los grados de las aguas que con ellas se mezclan convirtiéndose paulatinamente en salobres, acaban por hacerse plantas marinas. En las landas, preséntase antes del mar otro mar de hierbas duras y de corto tallo, helechos y matorrales. Una o dos leguas distante de él empezaréis a ver árboles raquíticos, pobres, ceñudos, que indican a su modo por medio de posturas, iba a decir con sus gestos originales, la proximidad del gran tirano y la opresión de su soplo. Si no estuvieran arraigados a la tierra, indudablemente abandonarían a toda prisa aquel sitio: yacen semicaídos, de espaldas al enemigo común, cual si se dispusieran a partir, derrotados, desgreñados. Se doblan, se encorvan hasta el suelo, y no encontrando nada mejor que hacer, fijos en aquel sitio, tuércense al viento de las tempestades. En otros sitios, el tronco disminuye y extiende indefinidamente sus ramas en sentido horizontal. En la playa, donde las disueltas caracolas levantan un polvo muy fino, el árbol vese invadido, tragado por él. Ciérranse sus poros, le falta aire respirable; siéntese ahogado, empero conserva su forma y queda árbol de piedra, espectro de árbol, sombra lúgubre sin fuerzas para desaparecer, cautiva en la muerte misma.

Mucho antes de vislumbrarse el mar, se oye y se adivina el temible elemento. Primero un rumor lejano, sordo y uniforme. Poco a poco cesan todos los ruidos dominados por aquel. No tarda en notarse la solemne alternativa, la vuelta invariable de la misma nota, fuerte y profunda, que corre más y más, y brama. Es menos regular que la oscilación del péndulo que nos señala las horas de nuestra existencia: empero aquí el balancín no tiene la monotonía de las cosas mecánicas; se siente, créese sentir, la vibrante entonación de la vida. En efecto, al subir la marea, cuando la ola se empina sobre la ola, inmensa, eléctrica, júntase al tempestuoso mugido de las aguas la estrepitosa algazara de las caracolas y de los mil seres diversos que consigo arrastra. Llega el reflujo; un zumbido indica que con las arenas se lleva el mar todo ese mundo de fieles tribus, y las recoge en su seno. ¡Cuántos tonos no

tiene a más de los descritos! Por poco que esté conmovido, sus ayes y hondos suspiros contrastan con el silencio de la monótona playa. Parece como que se abstrae para oír las amenazas del que ayer le halagaba con acariciadora ola. ¿Qué va a decirle dentro de poco? No quiero preverlo siquiera. No intento hablar ahora de los espantosos conciertos que tal vez prepara, de sus dúos con las rocas, de los alaridos y sordos truenos que produce en el fondo de las cavernas, ni de la sorprendente gritería en que se juraría oír: ¡Socorro!… No; escogeremos uno de sus días graves, en que usa de su fuerza sin violencia.

No debe sorprendernos si el niño y el ignorante vense siempre embargados por un estupor admirativo y más temerosos que alegres ante esa esfinge. Nosotros mismos, bajo muchos conceptos, la consideramos aún como un enigma. ¿Cuál es su extensión real? Mayor que la de la tierra: he aquí lo que es dado afirmar con más exactitud. Sobre la superficie del globo el agua es lo general, la tierra una excepción. ¿Y su proporción relativa? El agua constituye las cuatro quintas partes, esto es lo más probable; otros han asegurado que las dos terceras o las tres cuartas partes. Problema difícil de resolver. La tierra se ensancha y decrece; su acción no cesa: una porción baja, otra sube. Ciertas comarcas polares descubiertas y anotadas por el navegante, han desaparecido al pasar otra vez por el mismo sitio. Por otro lado fórmanse y se levantan innumerables islas, bancos inmensos de madréporas y corales, turbando la geografía. La profundidad de los mares es más desconocida aún que su extensión. Apenas han sido hechos los primeros sondajes, pocos en número, inciertos.

Las insignificantes libertades, dado nuestro atrevimiento, que nos tomamos a la superficie del indomable elemento, nuestra audacia en correr sobre ese profundo desconocido, poco valen y en nada pueden menguar el legítimo orgullo del mar. En verdad permanece oculto, impenetrable a nuestras miradas. Adivínase y sábese hasta cierto punto que un mundo prodigioso de vida, de combate y de amor, de producciones variadísimas pulula allí; empero apenas hemos penetrado en él, nos apresuramos a abandonar ese extraño elemento; y si nosotros necesitamos del mar, en cambio el mar no nos necesita a nosotros para nada. Puede pasar muy bien sin el hombre. A la Naturaleza parece que no le importa gran cosa ese testigo: Dios es el único que se encuentra allí como en su casa.

El elemento que llamamos fluido, movible, caprichoso, en realidad no cambia: es la regularidad misma. Lo que continuamente cambia es el hombre. Su cuerpo (cuyas cuatro quintas partes son agua, según Berzelius) mañana se evaporará. Esa efímera aparición, en presencia de los grandes poderes

inmutables de la Naturaleza, hace muy bien en vivir de ensueños. Por muy justa que sea la idea que tiene de la inmortalidad del alma, no por eso se aflige menos el hombre ante el espectáculo de esas muertes frecuentes, de las crisis que a cada momento quiebran la vida. El mar parece hacer gala de ese triunfo. Cada vez que a él nos acercamos, parece decirnos desde el fondo de su inmutabilidad:

—Mañana tú dejarás de ser, y yo soy eterno. Tus huesos reposarán bajo la tierra, se disolverán al transcurso de los siglos, y YO existiré aún majestuoso, indiferente, equilibrada la gran vida que me armoniza a la vida de los mundos lejanos.

Marcel Schwob

EL MAYOR STEDE BONNET, PIRATA DE ALMA

(*Vidas imaginarias*, 1896)

El mayor Stede Bonnet era un gentilhombre retirado del Ejército que vivía en sus plantaciones, en la isla de Barbados, hacia 1715. Sus campos de caña de azúcar y de cafetos le daban beneficios y fumaba con placer el tabaco que él mismo cultivaba. Había estado casado, pero no fue nada feliz en el matrimonio y se decía que su mujer le había trastornado el seso. Efectivamente, su manía no le dio sino poco después de los cuarenta y en un primer momento sus vecinos y sus criados la consintieron inocentemente.

La manía del mayor Stede Bonnet fue esta. No desdeñaba ocasión para desacreditar la táctica terrestre y alabar la marina. Los únicos nombres que acudían a sus labios eran los de d'Avery, de Charles Vane, de Benjamin Hornigold y de Edward Teach. Eran, según él, osados navegantes y hombres emprendedores. «Espumaban» en aquellos tiempos el mar de las Antillas. Si por casualidad alguien los llamaba piratas delante del mayor, este exclamaba:

—Loado sea Dios, entonces, por haber permitido a esos piratas, como usted los llama, dar ejemplo de la vida franca y llana que llevaban nuestros abuelos. Por entonces no había poseedores de riquezas, ni guardianes de mujeres, ni esclavos para suministrar el azúcar, el algodón o el índigo; y sí un dios generoso que dispensaba todas las cosas y cada uno recibía su parte. Es por eso que admiro tanto a los hombres libres que comparten los bienes entre todos y llevan juntos la vida de los compañeros de fortuna.

Cuando recorría sus plantaciones, con frecuencia el mayor golpeaba el hombro de un trabajador:

—¿No sería mejor para ti, imbécil, estibar en algún galeón o bergantín las balas de la miserable planta sobre cuyos retoños derramas aquí tu sudor?

Casi todas las noches el mayor reunía a sus servidores en los cobertizos de grano donde les leía, a la luz de un candil, mientras moscas de color zumbaban alrededor, las grandes acciones de los piratas de *La Hispaniola* y

de la isla de la Tortuga. Pues había volantes con los que se advertía de sus rapiñas a los poblados y las granjas.

—¡Excelente, Vane! —exclamaba el mayor—. ¡Bravo, Hornigold, verdadero cuerno de la abundancia lleno de oro! ¡Sublime Avery, cargado con las joyas del gran Mogol y rey de Madagascar! ¡Admirable Teach, que has sabido someter sucesivamente a catorce mujeres y deshacerte de ellas, y que tuviste la idea de entregar todas las noches (la última tiene solo dieciséis años) a tus mejores compañeros (por pura generosidad, grandeza de alma y conocimiento del mundo) en tu buena isla de Okerecok! ¡Oh, qué feliz sería quien siguiese tu estela, el que bebiera su ron contigo, Barbanegra, señor de *La Revanche de la Reine Anne*!

Discursos todos que los criados del mayor escuchaban con sorpresa y en silencio; y las palabras del mayor no eran interrumpidas sino por el leve, apagado ruido de los pequeños lagartos que caían del techo, cuando el miedo aflojaba las ventosas de sus patas.

Después, el mayor, protegiendo el candil con la mano, trazaba con su bastón entre las hojas de tabaco todas las maniobras navales de sus grandes capitanes y amenazaba con la ley de Moisés (es así como los piratas llaman a un apaleamiento de cuarenta golpes) a quien no comprendiera la sutileza de las evoluciones tácticas propias de los filibusteros.

Finalmente el mayor Stede Bonnet no pudo resistir más; compró una vieja chalupa con diez piezas de artillería, la equipó con todo lo que convenía a la piratería, como machetes, arcabuces, escalas, tablas, garfios, hachas, biblias (para prestar juramento), pipas de ron, fanales, betún para ennegrecer el rostro, pez, mechas para hacer arder entre los dedos de los ricos mercaderes y muchas banderas negras con calavera blanca, con dos fémures cruzados y el nombre del navío: *La Revanche*. Después hizo que subieran a bordo de improviso setenta de sus criados y se hizo a la mar, de noche, derecho al Oeste, rozando Saint Vincent, para doblar el Yucatán y «espumar» todas las costas hasta Savannah (a donde nunca llegó).

El mayor Stede Bonnet no conocía nada de las cosas del mar. Comenzó entonces a perder la cabeza entre la brújula y el astrolabio, confundiendo artimón con artillería, botalón con botavara, escotilla con escobillón, trinquete con castillete, ordenando izar por arriar. En suma, tanto lo agitó el tumulto de las palabras desconocidas y el movimiento inusitado del mar, como que pensó en regresar a las costas de Barbados, lo que habría hecho de no haber mediado el glorioso deseo de izar la bandera negra a la vista del primer buque, lo que lo sostuvo en su propósito. No había embarcado provisión ninguna, pues

contaba con el pillaje. Pero la primera noche no se divisaron las luces ni del más pequeño galeón. El mayor Stede Bonnet decidió entonces que había que atacar una aldea.

Alineó a todos sus hombres en el puente, les distribuyó machetes nuevos y los exhortó a la más grande ferocidad; después se hizo llevar un balde de betún con el cual se ennegreció el rostro y ordenó que lo imitaran, lo que se hizo no sin alegría.

Después, estimando, según sus recuerdos, que convenía estimular a su tripulación con alguna bebida habitual en los piratas, les hizo tragar a todos y a cada uno una pinta de ron mezclada con pólvora, a falta de vino que es el ingrediente acostumbrado en piratería. Los criados del mayor obedecieron, pero, al contrario de lo que era de estilo, sus rostros no se inflamaron de furor. Avanzaron con bastante simultaneidad hacia babor y hacia estribor, asomaron sus faces negras por sobre la borda y ofrecieron aquella mixtura al pérfido mar. Después de lo cual, dado que *La Revanche* había poco menos que encallado en la costa de Saint Vincent, desembarcaron bamboleándose.

Era muy de mañana y los rostros asombrados de los aldeanos no despertaban demasiado la cólera. Ni el mismo mayor se sentía con ánimo de proferir alaridos. Hizo entonces, altanero, su provisión de arroz y de legumbres secas con cerdo salado, las que pagó (como buen pirata y muy noblemente según le pareció) con dos barricas de ron y un viejo cable. Después de lo cual, los hombres consiguieron penosamente volver a poner a flote *La Revanche*, y el mayor Stede Bonnet, henchido de su primera conquista, regresó al mar.

Anduvo con velas desplegadas todo el día y toda la noche, sin saber qué viento lo impulsaba. Hacia el alba del segundo día, habíase amodorrado apoyado sobre la bitácora, muy molesto debido a su cuchillo y su espingarda, cuando fue despertado por el grito de:

—¡Ah, de la chalupa!

Y divisó a un tiro de cable el botalón de un navío que se balanceaba. Un hombre muy barbudo estaba en la proa. Una pequeña bandera negra flotaba en el mástil.

—¡Izad nuestro pabellón de muerte! —exclamó el mayor Stede Bonnet.

Y al recordar que su título era de las fuerzas de tierra, decidió ahí mismo tomar otro nombre, siguiendo ilustres ejemplos. Sin vacilación respondió entonces:

—¡Chalupa *La Revanche*, capitaneada por mí, capitán Thomas, con mis compañeros de fortuna!

Ante lo cual el hombre barbudo se echó a reír.

—¡Bien hablado, compañero! —dijo—. Podremos navegar en conserva. Y venid a beber un poco de ron a bordo de *La Revanche de la Reine Anne*.

El mayor Stede Bonnet comprendió enseguida que había encontrado al capitán Teach, Barbanegra, el más famoso de aquellos que admiraba. Pero su alegría fue menos grande de lo que podía haber supuesto. Sintió que iba a perder su libertad de pirata. Taciturno, saltó por sobre la borda del navío de Teach, quien lo recibió muy cortés, con el vaso en la mano.

—Compañero —dijo Barbanegra—, me gustas muchísimo. Pero navegas con imprudencia. Y quiero que me creas, capitán Thomas, será mejor que permanezcas en nuestro buen navío; yo haré conducir tu chalupa por ese buen hombre muy experimentado que se llama Richards; y tú, a bordo del navío de Barbanegra, disfrutarás a tus anchas la libre existencia de los gentilhombres de fortuna.

El mayor Stede Bonnet no se atrevió a rehusarse. De inmediato le birlaron machete y espingarda. Prestó juramento sobre el hacha (porque Barbanegra no podía soportar la vista de una Biblia) y se le asignó su ración de galleta y de ron, con su parte de los futuros botines. El mayor nunca había imaginado que la vida de los piratas estuviese tan reglamentada. Padeció los furores de Barbanegra y las angustias de la navegación. Había partido de Barbados como gentilhombre, para ser pirata según su fantasía, y se vio así obligado a convertirse verdaderamente en pirata a bordo de *La Revanche de la Reine Anne*.

Llevó esa vida por tres meses, durante los cuales asistió a su amo en trece capturas; después encontró la manera de volver a su propia chalupa, *La Revanche*, bajo el mando de Richards. En eso mostró prudencia pues, la noche siguiente, Barbanegra fue atacado a la entrada de su isla de Okerecok por el teniente Maynard, quien llegaba de Bathtown. Barbanegra fue muerto en el combate y el teniente ordenó que se le cortara la cabeza y se la colgara de la punta de su bauprés, lo que fue hecho.

Mientras tanto, el pobre capitán Thomas huyó hacia Carolina del Sud y navegó aún varias semanas. El gobernador de Charlestown, advertido de su paso, envió al coronel Rhet a que se apoderara de él en la isla de Sullivans. El capitán Thomas se dejó apresar. Fue llevado a Charlestown con gran pompa bajo el nombre de mayor Stede Bonnet, que reasumió tan pronto como pudo. Fue metido en prisión hasta el 10 de noviembre de 1718, cuando compareció ante la corte del vicealmirantazgo. El jefe de justicia Nicolás Trot lo condenó a muerte con este muy hermoso discurso:

—Mayor Stede Bonnet, está usted convicto de dos acusaciones de piratería, pero sabe que saqueó por lo menos trece naves. De modo que podrían hacérsele once cargos más; pero con dos nos bastará —dijo Nicolás Trot— pues son contrarios a la ley divina que ordena: No robarás (Éxodo, 20: 15) y el apóstol san Pablo declara expresamente que los ladrones no heredarán el Reino de Dios (I, Cor., 6:10). Pero también sois culpable de homicidio, y los asesinos —dijo Nicolás Trot— recibirán su parte en el lago ardiendo con fuego y azufre, que es la muerte segunda (Ap., 21: 8). ¿Y quién, entonces —dijo Nicolás Trot—, podrá habitar con las llamas eternas? (Isaías, 33: 14). ¡Ah, mayor Stede Bonnet!, tengo sobrados motivos para creer que los principios de la religión que os inculcaron en vuestra juventud —dijo Nicolás Trot— han sido muy corrompidos por vuestra mala vida y por vuestra demasiado grande dedicación a la literatura y a la vana filosofía de estos tiempos, pues si vuestra delicia hubiese estado en la Ley del Eterno —dijo Nicolás Trot— y en ella hubieseis meditado de día y de noche (Salmos, 1: 2), habríais hallado que la palabra de Dios lámpara era a tus pies y lumbrera en tu camino (Salmos, 119: 105). Pero así no procedió usted. No os queda entonces sino confiaros al Cordero de Dios —dijo Nicolás Trot— que quita el pecado del mundo (Juan, 1: 29), que ha venido para salvar lo que se había perdido (Mateo, 18: 11), y ha prometido que no echaría fuera a quien a él fuera (Juan, 6: 37). De modo que si quiere usted volver a él, aunque tarde —dijo Nicolás Trot—, como los obreros de la undécima hora en la parábola de los viñadores (Mateo, 20: 6-9), aún podrá recibiros. Mientras tanto, la corte sentencia —dijo Nicolás Trot— que seáis conducido al lugar de la ejecución donde seréis colgado por el cuello hasta que la muerte sobrevenga.

El mayor Stede Bonnet, después de escuchar con aflicción el discurso del jefe de justicia, Nicolás Trot, fue colgado ese mismo día en Charlestown como ladrón y pirata.

Benito Pérez Galdós

LOCOS DE GUERRA Y MAR

(*Trafalgar*, 1873)

En uno de los primeros días de octubre de aquel año funesto (1805) mi noble amo me llamó a su cuarto, y mirándome con su habitual severidad (cualidad tan solo aparente, pues su carácter era sumamente blando), me dijo:

—Gabriel, ¿eres tú hombre de valor?

No supe al principio qué contestar, porque, a decir verdad, en mis catorce años de vida no se me había presentado aún ocasión de asombrar al mundo con ningún hecho heroico; pero el oírme llamar «hombre» me llenó de orgullo, y pareciéndome al mismo tiempo indecoroso negar mi valor ante persona que lo tenía en tan alto grado, contesté con pueril arrogancia:

—Sí, mi amo, soy hombre de valor.

Entonces aquel insigne varón, que había derramado su sangre en cien combates gloriosos, sin que por esto se desdeñara de tratar confiadamente a su leal criado, sonrió ante mí, hízome seña de que me sentara y ya iba a poner en mi conocimiento alguna importante resolución, cuando su esposa y mi ama, doña Francisca, entró de súbito en el despacho para dar mayor interés a la conferencia, y comenzó a hablar destempladamente en estos términos:

—No, no irás… te aseguro que no irás a la escuadra. Pues no faltaba más… ¡A tus años y cuando te has retirado del servicio por viejo! ¡Ay, Alonsito, has llegado a los setenta y ya no estás para fiestas!

Me parece que aún estoy viendo a aquella respetable cuanto iracunda señora con su gran papalina, su saya de organdí, sus rizos blancos y su lunar peludo a un lado de la barba. Cito estos cuatro detalles heterogéneos porque sin ellos no puede representársela mi memoria. Era una mujer hermosa en la vejez, como la Santa Ana de Murillo, y su belleza respetable habría sido perfecta y la comparación con la madre de la Virgen exacta, si mi ama hubiera sido muda como una pintura.

Don Alonso, algo acobardado, como de costumbre, siempre que la oía, le contestó:

—Necesito ir, Paquita. Según la carta que acabo de recibir de ese buen Churruca, la escuadra combinada debe o salir de Cádiz provocando el combate con los ingleses o esperarlos en la bahía, si se atreven a entrar. De todos modos, la cosa va a ser sonada.

—Bueno, me alegro —repuso doña Francisca—. Ahí están Gravina, Valdés, Cisneros, Churruca, Alcalá Galiano y Álava. Que machaquen duro sobre esos perros ingleses. Pero tú estás hecho un trasto viejo que no sirves para maldita de Dios la cosa. Todavía no puedes mover el brazo izquierdo que te dislocaron en el cabo de San Vicente.

Mi amo movió el brazo izquierdo con un gesto académico y guerrero para probar que lo tenía expedito. Pero doña Francisca, no convencida con tan endeble argumento, continuó chillando en estos términos:

—No, no irás a la escuadra, porque allí no hacen falta estantiguas como tú. Si tuvieras cuarenta años como cuando fuiste a la Tierra del Fuego y me trajiste aquellos collares verdes de los indios… Pero ahora… Ya sé yo que ese calzonazos de Marcial te ha calentado los cascos anoche y esta mañana, hablándote de batallas. Me parece que el señor Marcial y yo tenemos que reñir… Vuélvase él a los barcos si quiere, para que le quiten la pierna que le queda… ¡Oh, san José bendito! ¡Si en mis quince hubiera sabido yo lo que era la gente de mar! ¡Qué tormento! ¡Ni un día de reposo! Se casa una para vivir con su marido, y a lo mejor viene un despacho de Madrid que en dos palotadas me lo manda que sé yo a dónde, a la Patagonia, al Japón, o al mismo infierno. Está una diez o doce meses sin verlo, y al fin, si no se lo comen los señores salvajes, vuelve hecho una miseria, tan enfermo y amarillo que no sabe una qué hacer para volverlo a su color natural… Pero pájaro viejo no entra en jaula, y de repente viene otro despachito de Madrid… Vaya usted a Tolón, a Brest, a Nápoles, acá o acullá, donde le dé la gana al bribonazo del primer cónsul… ¡Ah!, si todos hicieran lo que yo digo, que pronto las pagaría todas juntas ese caballerito, que trae tan revuelto al mundo.

Mi amo miró sonriendo una mala estampa clavada en la pared y que, torpemente iluminada por ignoto artista, representaba al emperador Napoleón, caballero en un corcel verde, con el célebre redingote embadurnado de bermellón. Sin duda la impresión que dejó en mí aquella obra de arte, que contemplé durante cuatro años, fue causa de que modificara mis ideas respecto al traje de contrabandista del grande hombre, y en lo sucesivo me lo representé vestido de cardenal y montado en un caballo verde.

—Esto no es vivir —continuó doña Francisca agitando los brazos—. Dios me perdone; pero aborrezco el mar, aunque dicen que es una de sus mejores obras. ¡No sé para qué sirve la Santa Inquisición, si no convierte en cenizas esos endiablados barcos de guerra! Pero vengan acá y díganme: ¿para qué es eso de estarse arrojando balas y más balas, sin más ni más, puestos sobre cuatro tablas, que si se quiebran, arrojan al mar a centenares de infelices? ¿No es esto tentar a Dios? ¡Y estos hombres se vuelven locos, cuando oyen un cañonazo! ¡Bonita gracia! A mí se me estremecen las carnes cuando los oigo, y si todos pensaran como yo, no habría más guerras en el mar… y todos los cañones se convertirían en campanas. Mira, Alonso —añadió deteniéndose ante su marido—, me parece que ya os han derrotado bastantes veces. ¿Queréis otra? Tú y esos otros tan locos como tú, ¿no estáis satisfechos después de la del 14?

Don Alonso apretó los puños al oír aquel triste recuerdo, y no profirió un juramento de marino por respeto a su esposa.

—La culpa de tu obstinación en ir a la escuadra —añadió la dama, cada vez más furiosa— la tiene el picarón de Marcial, ese endiablado marinero, que debió ahogarse cien veces, y cien veces se ha salvado para tormento mío. Si él quiere volver a embarcarse con su pierna de palo, su brazo roto, su ojo de menos y sus cincuenta heridas, que vaya en buena hora, y Dios quiera que no vuelva a aparecer por aquí…; pero tú no irás, Alonso, tú no irás porque estás enfermo y porque has servido bastante al rey, quien, por cierto, te ha recompensado muy mal, y yo que tú le tiraría a la cara al señor generalísimo de mar y tierra los galones de capitán de navío que tienes desde hace diez años… a fe que debían haberte hecho almirante cuando menos, que harto lo merecías cuando fuiste a la expedición de África y me trajiste aquellas cuentas azules que, con los collares de los indios, me sirvieron para adornar la urna de la Virgen del Carmen.

—Sea o no almirante, yo debo ir a la escuadra, Paquita —dijo mi amo—. Yo no puedo faltar a ese combate. Tengo que cobrar a los ingleses cierta cuenta atrasada.

—Bueno estás tú para cobrar estas cuentas —contestó mi ama—, un hombre enfermo y medio baldado…

—Gabriel irá conmigo —añadió don Alonso mirándome de un modo que infundía valor.

Yo hice un gesto que indicaba mi conformidad con tan heroico proyecto; pero cuidé de que no me viera doña Francisca, la cual me habría hecho notar el irresistible peso de su mano, si observara mis disposiciones belicosas.

Esta, al ver que su esposo parecía resuelto, se enfureció más, juró que si volviera a nacer, no se casaría con ningún marino, dijo mil pestes del emperador, de nuestro amado rey, del príncipe de la Paz, de todos los signatarios del tratado de subsidios, y terminó asegurando al valiente marino que Dios le castigaría por su insensata temeridad.

Durante el diálogo que he referido, sin responder de su exactitud, pues solo me fundo en vagos recuerdos, una tos recia y perruna, resonando en la habitación inmediata anunciaba que Marcial, el mareante viejo, oía desde muy cerca la ardiente declaración de mi ama, que le había citado bastantes veces, con comentarios poco benévolos. Deseoso de tomar parte en la conversación, para lo cual le autorizaba la confianza que tenía en la casa, abrió la puerta y se presentó en el cuarto de mi amo.

Antes de pasar adelante quiero dar de este algunas noticias, así como de su hidalga consorte, para mejor conocimiento de lo que va a pasar.

Don Alonso Gutiérrez de Cisniega pertenecía a una antigua familia del mismo Vejer. Consagráronle a la carrera naval y desde su juventud, siendo guardia marina, se distinguió honrosamente en el ataque que los ingleses dirigieron contra La Habana en 1748. Formó parte de la expedición que salió de Cartagena contra Argel en 1775, y también se halló en el ataque de Gibraltar por el duque de Crillon en 1782. Embarcose más tarde para la expedición al estrecho de Magallanes, en la corbeta *Santa María de la Cabeza*, que mandaba don Antonio de Córdova; también se halló en los gloriosos combates que sostuvo la escuadra anglo-española contra la francesa delante de Tolón en 1793, y por último, terminó su gloriosa carrera en el desastroso encuentro del cabo de San Vicente, mandando el navío *Mejicano*, uno de los que tuvieron que rendirse.

Desde entonces, mi amo, que no había ascendido conforme a su trabajosa y dilatada carrera, se retiró del servicio. De resultas de las heridas recibidas en aquella triste jornada, cayó enfermo del cuerpo, y más gravemente del alma, a consecuencia del pesar de la derrota. Curábale su esposa con amor, aunque no sin gritos, pues el maldecir a la Marina y a los navegantes era en su boca tan habitual como los dulces nombres de Jesús y María en boca de un devoto.

Era doña Francisca una señora excelente, ejemplar, de noble origen, devota y temerosa de Dios, como todas las hembras de aquel tiempo, caritativa y discreta, pero con el más arisco y endemoniado genio que he conocido en mi vida. Francamente, yo no considero como ingénito aquel iracundo temperamento, sino antes bien creado por los disgustos que la ocasionó la desabrida profesión de su esposo; y es preciso confesar que no se

quejaba sin razón, pues aquel matrimonio, que durante cincuenta años habría podido dar veinte hijos al mundo y a Dios, tuvo que contentarse con uno solo, la encantadora y sin par Rosita, de quien hablaré después. Por estas y otras razones, doña Francisca pedía al cielo en sus diarias oraciones el aniquilamiento de todas las escuadras europeas.

En tanto el héroe se consumía tristemente en Vejer, viendo sus laureles apolillados y roídos de ratones, y meditaba y discurría a todas horas sobre un tema importante, es decir: que si Córdova, comandante de nuestra escuadra, hubiera mandado orzar a babor, en vez de ordenar la maniobra a estribor, los navíos *Mejicano, San José, San Nicolás* y *San Isidro* no habrían caído en poder de los ingleses, y el almirante inglés Jervis habría sido derrotado.

Su mujer, Marcial, hasta yo mismo, extralimitándome en mis atribuciones, le decíamos que la cosa no tenía duda, a ver si dándonos por convencidos, se templaba el vivo ardor de su manía; pero ni por esas: su manía le acompañó al sepulcro.

Pasaron ocho años después de aquel desastre, y la noticia de que la escuadra combinada iba a tener un encuentro decisivo con los ingleses produjo en él cierta excitación que parecía rejuvenecerle.

Dio, pues, en la flor de que había de ir en la escuadra para presenciar la indudable derrota de sus mortales enemigos; y, aunque su esposa trataba de disuadirle, como he dicho, era imposible desviarle de tan estrafalario propósito. Para dar a comprender cuán vehemente era su deseo basta decir que osaba contrariar, aunque evitando toda disputa, la firme voluntad de doña Francisca; y debo advertir para que se tenga idea de la obstinación de mi amo, que este no tenía miedo a los ingleses, ni a los franceses, ni a los argelinos, ni a los salvajes del estrecho de Magallanes, ni al mar irritado, ni a los monstruos acuáticos, ni a la ruidosa tempestad, ni al cielo, ni a la tierra; no tenía miedo a cosa alguna creada por Dios, más que a su bendita mujer.

Réstame ahora hablar del marinero Marcial, objeto del odio más vivo por parte de doña Francisca, pero cariñosa y fraternalmente amado por mi amo don Alonso, con quien había servido. Marcial (nunca supe su apellido), llamado entre los marineros Mediohombre, había sido contramaestre en los barcos de guerra durante cuarenta años. En la época de mi narración la facha de este héroe de los mares era de lo más singular que puede imaginarse. Figúrense ustedes, señores míos, un hombre viejo, más bien alto que bajo, con una pierna de palo, el brazo izquierdo cortado a cercén más abajo del codo, un ojo menos, la cara garabateada por multitud de chirlos en todas direcciones y con desorden trazados por armas enemigas de diferentes clases, con la tez

morena y curtida como la de todos los marinos viejos, con una voz ronca, hueca y perezosa, que no se parecía a la de ningún habitante racional de tierra firme, y podrán formarse idea de este personaje, cuyo recuerdo me hace deplorar la sequedad de mi paleta, pues a fe que merece ser pintado por el más diestro retratista.

No puedo decir si su aspecto hacía reír o imponía respeto: creo que ambas cosas a la vez, y según cómo se le mirase. Puede decirse que su historia era la de la Marina española en la última parte del siglo pasado y principios del presente, historia en cuyas páginas las gloriosas acciones alternan con lamentables desdichas. Marcial había navegado en el *Conde de Regla*, en el *San Joaquín*, en el *Real Carlos*, en el *Trinidad*, y otros heroicos y desgraciados barcos que, al perecer derrotados con honra o destruidos por la alevosía, sumergieron con sus viejas tablas el poderío naval de España. Además de las campañas en las que tomó parte con mi amo, Mediohombre había asistido a otras muchas, tales como la expedición a la Martinica, la acción de Finisterre y antes al terrible episodio del Estrecho en la noche del 12 de julio de 1801, y al combate del cabo de Santa María el 5 de octubre de 1804.

A la edad de sesenta y seis años se retiró del servicio, mas no por falta de bríos, sino porque ya se hallaba completamente desarbolado y fuera de combate. Él y mi amo eran en tierra dos buenos amigos, y como la hija única del contramaestre se hallase casada con un antiguo criado de la casa, resultando de esta unión un nieto, Mediohombre se decidió a echar para siempre el ancla como un viejo pontón inútil para la guerra, y hasta llegó a hacerse la ilusión de que le gustaba la paz. Bastaba verle para comprender que el empleo más difícil que podía darse a aquel resto glorioso de un héroe era el de cuidar chiquillos; y en efecto, Marcial no hacía otra cosa que cargar, distraer y dormir a su nieto, para cuya faena le bastaban sus canciones marineras sazonadas con algún juramento, propio del oficio.

Mas al saber que la escuadra combinada se apercibía para un gran combate, sintió renacer en su pecho el amortiguado entusiasmo, y soñó que se hallaba mandando en la marinería en el alcázar de proa del *Santísima Trinidad*: como notase en don Alonso iguales síntomas de recrudecimiento, se franqueó con él, y desde entonces pasaban gran parte del día y de la noche comunicándose, así las noticias recibidas como las propias sensaciones, refiriendo hechos pasados, haciendo conjeturas sobre los venideros y soñando despiertos como dos grumetes que en íntima confidencia calculan el modo de llegar a almirantes.

En estas encerronas que traían a doña Francisca muy alarmada, nació el proyecto de embarcarse en la escuadra para presenciar el próximo combate. Ya saben ustedes la opinión de mi ama y las mil picardías que dijo del marinero embaucador; ya saben que don Alonso insistía en poner en ejecución tan atrevido pensamiento, acompañado de su paje, y ahora me resta referir lo que todos dijeron cuando Marcial se presentó a defender la guerra contra el vergonzoso *statu quo* de doña Francisca.

—Señor Marcial —dijo esta con redoblado furor—, si quiere usted ir a la escuadra a que le den la última mano, puede embarcar cuando quiera; pero lo que es este no irá.

—Bueno —contestó el marinero, que se había sentado en el borde de una silla, ocupando solo el espacio necesario para sostenerse—, iré yo solo. El demonio me lleve si me quedo sin echar el catalejo a la fiesta.

Después añadió con expresión de júbilo:

—Tenemos quince navíos, y los francesitos veinticinco barcos. Si todos fueran nuestros, no era preciso tanto… ¡Cuarenta buques y mucho corazón embarcado!

Como se comunica el fuego de una mecha a otra que está cercana, así el entusiasmo que irradió el ojo de Marcial encendió los dos, ya por la edad amortiguados, de mi buen amo.

—Pero el Señorito —continuó Mediohombre— traerá muchos también. Así me gustan a mí las funciones: mucha madera donde mandar balas y mucho jumo de pólvora que caliente el aire cuando hace frío.

Se me había olvidado decir que Marcial, como casi todos los marinos, usaba un vocabulario formado por los más peregrinos terminachos, pues es costumbre en la gente de mar de todos los países desfigurar la lengua patria hasta convertirla en caricatura.

Observando la mayor parte de las voces usadas por los navegantes, se ve que son simplemente corruptelas de las palabras más comunes, adaptadas a su temperamento arrebatado y enérgico, siempre propenso a abreviar todas las funciones de la vida y especialmente el lenguaje. Oyéndoles hablar me ha parecido a veces que la lengua es un órgano que les estorba. Marcial, como digo, convertía los nombres en verbos, y estos en nombres, sin consultar con la Academia. Asimismo aplicaba el vocabulario de la navegación a todos los actos de la vida, asimilando el navío con el hombre, en virtud de una forzada analogía entre las partes de aquel y los miembros de este. Por ejemplo, hablando de la pérdida de su ojo, decía que había cerrado el portalón de estribor, y para expresar la rotura del brazo, decía que se había quedado sin la

serviola de babor. Para él, el corazón, residencia del valor y del heroísmo, era el pañol de la pólvora, así como el estómago, el pañol del viscocho.

C. E. Feiling

POR EL CANAL

(*Un poeta nacional*, 1993)

La Santísima Trinidad entró en el canal de Hawkins el 22 de julio. «De madrugada», anotó el capitán en la bitácora: era la única tarea que realizaba con escasa puntillosidad, omitiendo horas y detalles, sondeos y alturas estelares. Unos minutos después, Errandonea y el mayor Varela lo vieron ascender al puente. Impermeable a la belleza del paisaje —a la bruma marrón que envolvía al buque como una mortaja, al cormorán que planeaba cerca de él, mirándolo sin prisa—, el marino recordó con fastidio su invitación de la víspera. Si esos dos se llevaban como perro y gato, ¿por qué ofrecerles que lo acompañaran durante las últimas millas de la travesía? Era un prurito estúpido, un innecesario gesto hacia las autoridades que Varela y Errandonea representaban. Descontento consigo mismo, el capitán llegó donde sus pasajeros y les gruñó unos rápidos buenos días, para luego sumergirse en una charla técnica con el timonel.

A babor, las tres islas deshabitadas —Madox, Fernández y Alain— iban adquiriendo tonos azulinos que rompían el uniforme marrón de la bruma, pero sobre la banda contraria la Isla Grande estaba aún envuelta en sombras. Ni Errandonea ni Varela —absortos ante el espectáculo del amanecer— se preocuparon mucho por el hosco comportamiento del capitán. El hombre del Ejército, sin embargo, repasó casi automáticamente cierta información de que disponía. «Capitán Ricardo Pires, cincuenta y ocho años, agnóstico, soltero. Padre judío. No se le conocen inclinaciones políticas». Automáticamente, también, concluyó que el aspecto de Pires se compadecía con esos datos. Obeso, de ojos grises y barba teñida, el capitán exudaba escepticismo.

Quien no haya remontado el Hawkins desde su boca hasta puerto Taylor difícilmente pueda comprender lo que sentían Errandonea y Varela; el capitán Pires, en cambio, estaba más allá de semejantes emociones, pero ello era menos por escepticismo que por costumbre: aunque ya no sintiese lo que sus

pasajeros, recordaba —quince años antes, también de madrugada— el primer impacto del canal sobre sus pupilas. El fragor del Atlántico, que se acentúa y se vuelve intolerable tras cruzar el estrecho que separa Staten Island de la Isla Grande, cesa de golpe cuando uno ingresa al Hawkins. Desde allí hasta Puerto Taylor —mientras se registran posiciones como 55° S, 67° O, inverosímilmente al sur de todo— el amanecer va tiñendo los cielos, las aguas y lo que de tierra se divisa de sucesivos colores: marrón, azul, verde, amarillo. El buque parece arrastrar consigo una niebla espesa, se constituye en centro del mundo. No sopla viento, pero un aire frío y húmedo —aunque muy frío y muy húmedo, aunque lastima los rostros de quienes se exponen a sus caricias— vivifica, llena la boca del estómago de un bullir agitado y confuso. Solo después de quince minutos, media hora, uno percibe que los sonidos del buque y del mar llegan filtrados por la bruma, amortiguados como si ocurriesen a gran distancia. Nadie habla. ¿Por qué nadie habla?

—Lindo sitio para toparse con *El Holandés Errante*, ¿eh, poeta? *The Flying Dutchman*.

La voz de Varela: casi inaudible. Errandonea no quiso recriminarle la falta de respeto —quizá tan automática como el odio que le profesaba o el hecho de haber susurrado— porque estaba de acuerdo con el militar. *La Santísima Trinidad*, navegando en silencio a través de aquellos parajes de inimaginable latitud y belleza pasmosa, insólita, bien podría pasar por un buque fantasma. Pensó en Coleridge para responder: «*Like one, that on a lonesome road…*», pero el timonel había pensado más rápido.

—Aquí pasan cosas raras, sí, señor. Usted dice *El Holandés*, cuentos de viejas. Yo vi fantasmas en serio.

La rapetera del capitán, extraída como por arte de magia de algún pliegue de su capote, fue indicio de disgusto. El timonel no registró la advertencia: mirando al frente —más atento a los avatares de la navegación que al humor de su comandante— prosiguió con el relato.

—Hará siete… ocho años, el capitán se debe acordar mejor que yo.

Rapé en cada narina. A Ricardo Pires, agnóstico, le molestaban ciertas menciones: el pasado era aquello de que se emergía todas las mañanas —fresco gracias al *brandy*—, no una serie de anécdotas ridículas y hechos inexplicables. Para él no había nada tan torpe como un relato, como la crónica de aquello que ocurrió para asombro, tristeza o felicidad. Y ese relato, que lo involucraba —ponía en cuestión la certidumbre de la duda—, era el peor, la pesadilla.

—Nuestra posición era casi la misma que ahora. Si uno entra al canal de madrugada, se puede orientar exclusivamente por los colores.

Errandonea observó las manos del narrador. No llevaba guantes. El detalle —las manos hubieran debido estar vacías de sangre, blancas de frío— lo hizo creer en la veracidad de la historia.

—A los señores no les importa…

El intento del capitán fue infructuoso. Varela y Errandonea le rogaron que dejase a su hombre relatar «la historia de fantasmas».

—Les decía. Ahora está todo azul, pero cuando dejemos atrás Fernández se va a poner verde. Imagínense la sorpresa que nos llevamos (habíamos fondeado para bombear, porque teníamos una vía de agua en la sentina) cuando vemos que por popa, desde Fernández, se acerca una ballenera. Dos tipos y un indio eran. Gringos muy rubios. Tenían la ballenera repleta de aparatos, plantitas, esqueletos de animales. De entrada me pareció raro el indio, un ona grandote, porque en vez de andar vestido con la ropa que reparten los misioneros estaba casi como Dios lo echó al mundo, con un quillango apenas. Según los gringos, que hablaban poco castellano, habían pasado una semana y media explorando las islas e iban a reencontrarse con su buque unas millas más adentro. Era un buque natur… natru…

—Naturalista, hombre. Lo ha contado infinidad de veces y sigue siendo incapaz de recordar el término.

Un esbozo de sonrisa iluminó la cara del timonel, apreciaba al capitán, pero le hacía gracia —cuando era de infinita delicadeza para con los subordinados— su enojo ante ese motivo nimio. Durante la breve pausa, tres rayos de sol atravesaron la niebla, de espaldas al Este, nadie en el puente los percibió, pero todos notaron que el azul cobraba tintes verdosos.

—Naturalista, entonces. Como la ballenera tenía mal el foque, el capitán se ofreció a llevar a esa gente hasta su buque. Nosotros estuvimos con las bombas mañana y tarde, porque el rumbo era bastante grande. Me acuerdo de que el capitán quiso que esperásemos hasta el otro día para seguir hacia Taylor, cosa que muchos lamentaron. No es que Taylor sea una maravilla. Si nuestro país es el culo del mundo, Taylor es las almorranas, pero estábamos tan cerca, era el final del viaje de ida… por lo menos una india, para no perderle el gusto. Unos tragos de ginebra. Bueno. Hablando de tragos, justamente. Los gringos no probaron bocado ni bebieron nada en todo el día y el ona apenas masticó con asco un poco de charque. Con el asunto de las bombas, el capitán no pudo ocuparse de ellos, salvo para preguntarles por el nombre del buque y si pensaban pasar un tiempo en Taylor.

—Dijeron que estaban dando la vuelta al mundo, en misión científica ordenada por la corona británica.

Intervenir en el relato era lo último que hubiese querido el capitán, pero también deseaba que terminara rápido. Se ruborizó. Más se ruborizó al ver que Errandonea y Varela percibían su incomodidad: una fina lluvia de rapé —la pizca que no llegó a sus narinas— fue a decorarle las solapas del capote. Sus narinas temblaban ligeramente.

—La ballenera, los dos ingleses y el indio desaparecieron durante la noche.

—Eso es arruinar una historia. ¿Saben cómo se llamaba el buque? *Hawkins*. *HMS Hawkins*, dicen los gringos. El capitán pensó que era una segunda misión científica, pero hubo una solita. Estamos en el canal de Hawkins, ¿no? Bueno, el gringo de los monos (el capitán me contó que explica que venimos de los monos) iba en el *HMS Hawkins*. Pasaron por acá en 1833, setenta años antes, y perdieron una ballenera.

Ricardo Pires, agnóstico, se resignó a que dos personas más conocieran aquella parte del pasado que detestaba. Era necesario terminar el relato.

—Desde luego que estuve buscando la ballenera, que informé en Taylor de mi escaso éxito. Pero el único *HMS Hawkins* que se conoce, y que perdió una ballenera acá, según consta en el… controvertido diario de viaje publicado en 1839, es el buque naturalista. Debe haber una explicación. Yo no sé cuál, pero debe haberla.

El silencio —incómodo, angustiante para dos de los personajes que estaban allí— volvió a reinar sobre el puente. En algún sitio de la corbeta se alzó una voz ronca, como de quien trabaja a desgano y deja fluir sones cuyo significado le resulta indistinto.

Canta el mar con su oscura voz de hierro,
Y en el aire que sabe a sol y espuma…

Juan Mattio

CLANDESTINOS

(*Tres veces luz*, 2016)

El niño llevaba nueve días a bordo cuando el hombre lo encontró. Estaba tirado sobre el piso de la bodega. Parecía el cadáver de un perro. Las piernas flacas extendidas, lejos del tronco, igual que los brazos. El hombre se sentó en cuclillas y lo miró dormir. Pensó que no tenía tiempo. Pero solo lo pensó y se quedó quieto. El chico despertó y abrió los ojos con dolor. Era una oscuridad de quince metros bajo cubierta. Ahí el día y la noche no significaban nada. Escuchó el latido de la tormenta. Todavía, pensó. Después escuchó la presencia del hombre. El quejido de la respiración. Su cuerpo pequeño se endureció. Vio una sombra recortarse sobre el fondo más negro del vacío. De alguna forma, mientras dormía, sabía que estaría ahí. Era la sombra que lo molestaba en sueños. El hombre le tapó la boca con la mano. Las grietas de la piel le rasparon las mejillas y los labios. Ese contacto lo aturdió. Por su olor supo que era un hombre negro.

Los pensamientos bailaban en su pequeña cabeza. ¿Hace cuánto que espera? ¿Por qué no me despertó? ¿Qué hace ahí? Sintió un temor sexual. ¿Por qué me mira así? Se culpó por estar desprevenido. Se había cuidado tanto, tanto de ese momento. Movió despacio su espalda hacia la pared. ¿Hace cuánto se llevaron a Shark y a Deaf? ¿Dos, tres días? ¿Cuántas horas pasaron desde que escuché los disparos? La tormenta era un ruido enlatado por el eco. Esa era la única medida de tiempo que tenía. Cuando mataron a sus amigos no había empezado a llover.

Apenas respiraba. El hombre acercó mucho su cabeza al niño. Se puso un dedo sobre los labios. Después acercó la boca a su oído y murmuró.

—¿Tiene agua? ¿Comida?

Hablaba en inglés, el idioma común de los puertos y los barcos. El chico tocó la bolsa que estaba debajo de él. Era una bolsa de nylon negra. Ahí estaba todo lo que tenía y dormía sobre ella para aislar el frío. Se movió lo suficiente para que el hombre la agarrara. La revisó en la oscuridad. Tocó dos botellas de agua. Medio paquete de galletitas de cereal. Las últimas tres aspirinas de un blíster. El hombre lo miró.

—¿Está enfermo?

Tocó el piso con la mano. Después, la frente de Chuckle. Siguió. Una bolsa más pequeña con un puñado de harina de mandioca. La lata de leche condensada casi vacía. Eso era todo.

—Cuatro días —dijo—. Tal vez menos.

Guardó todo en la bolsa de nuevo y se la tiró al hombro. Chuckle pensó que ahora se iría. Pensó que ahora podría morir de hambre antes que de frío. Agarró la lata afilada que escondía en la parte de atrás del pantalón. El hombre volvió a acercar la boca a su oído. El niño se mantuvo quieto.

—Va a seguirme con mucho cuidado.

—No.

Chuckle sintió su propio aliento en la mano del hombre. Era aire rancio.

—Está muriendo de frío. O habla conmigo o habla con ellos.

Quiso agarrar al chico por el brazo pero Chuckle le cortó la cara. El hombre se tiró hacia atrás. Lo miró. Ahora el niño sostenía la lata afilada a la vista del hombre. Se tocó la mejilla. Había sangre. Pensó en el óxido, en que tal vez el óxido le trajera problemas. Escuchó que la respiración del niño se agitaba.

—Ya podemos irnos.

—…

—Ya sabe que si hubiera venido a matarlo lo habría hecho acá. Ahora.

—Hay cosas peores que morir.

—En eso estamos de acuerdo.

El hombre se paró y extendió su mano izquierda para hacer contacto con la pared. Empezó a caminar dando pasos muy pequeños. El niño lo imitó. Llegaron a la mampara donde terminaba la bodega. El hombre se agachó. Había una escotilla en el piso. La abrió con mucho cuidado, evitando el ruido. Bajaron. El frío era todavía más horrible en el túnel. Se sentía en los huesos.

Las manos, al tocar el suelo, se quemaban. Un frío salvaje. Un frío que hacía desear la existencia de Dios solo para encontrarse con él y morderlo. Se arrastraron quinientos metros. El chico podía sentir los movimientos del hombre un poco más adelante. Sentirlos, no verlos.

—Quieto.

El hombre se detuvo y empujó hacia arriba otra escotilla. Los dos esperaron, conteniendo la respiración. Nada. Subieron. El hombre cerró la escotilla. Siguió caminando con la bolsa negra al hombro y la mano tocando la pared.

Oscuridad, hambre, desaliento feroz y el niño. El hombre pensó en la bodega como la panza de una ballena de lata. Los dos, hombre y niño, estaban ciegos. No es momento para mirar atrás, se dijo. No es momento ni lugar. Lo pensó pero no pudo evitar el recuerdo de los otros dos niños que habían sido asesinados. Volvió a imaginar sus cuerpos hundidos en el agua. Y pensó que también él había sido elegido por la vida de esa manera astuta, violenta, repugnante. Las muertes cuelgan de los sobrevivientes como pertrechos.

—Acá no tenemos pared para guiarnos. Camine en línea recta. Cuente doscientos pasos.

Caminaron en la oscuridad como dos equilibristas. El niño seguía la velocidad del hombre, tratando de pisar donde su pie se retiraba, porque no sabía si había objetos con los que podía chocar. El hombre dijo que tenían que trepar por los contenedores. Un movimiento en falso podía delatarlos, dijo y se agachó para alzarlo. Juntó sus dos manos y el niño puso su pequeño pie sobre ellas. Chuckle iba tirando migas de pan en su mente para recordar el camino de regreso. Lo acechaba una sola pregunta: ¿qué va a pasar cuando lleguemos y estemos solos? Le daba miedo sentir el esfuerzo que hacía su cuerpo en cada movimiento. Un cuerpo que no reconocía de lo flaco, raquítico, cadavérico. Esperó al hombre arriba, sin moverse. Otra vez el impulso, la fuerza, el silencio. Cuando llegaron al último contenedor el hombre abrió la puerta. Sacó tres cajas de las que estaban más arriba y alzó al chico para que pudiera entrar. Chuckle se deslizó del otro lado. Había olor sucio, mezcla de mierda, pis, sudor y encierro. El niño vomitó.

El hombre pasó detrás de él y volvió a poner las tres cajas en su lugar. Se acuclilló para tantear el piso. Se escuchó un pequeño sonido plástico. La

linterna se prendió. El niño vio la cara del hombre. Era lo primero que veía desde que los marineros se habían llevado a Shark y a Deaf. Empezó a llorar sin ruido. Dejó caer las lágrimas por sus mejillas.

—Tiene que limpiar eso —dijo el hombre.

Después se sentó en el piso, sacó unos anteojos, un cuaderno y un lápiz del morral de cuero. Miró el reloj y escribió un párrafo corto. Fue sacando las cosas de la bolsa negra y también las anotó. Sacó una botella y una gasa del morral. Se la puso en la cara, sobre el tajo. No había ninguna señal de dolor en él. Chuckle buscaba con qué limpiar.

Esta noche decidí salir a buscar al niño. Estaba en la bodega casi muerto de frío y de hambre. Tuvo fuerza para hacerme un tajo en la cara con una lata. Es un soldado en el sentido que lo es un chico de la calle. Me siguió hasta el contenedor como una oveja sigue a un lobo. Yo pensaba en los otros dos. Pensaba en los muertos. Escuché los disparos ayer a la noche. ¿Qué estaba esperando? ¿Cuánto tiempo podía pasar hasta escuchar el tercero? Apenas los vi salir de la sala del cabrestante y meterse en las bodegas supe que no tenían ninguna posibilidad. Pero no hice nada. Esperé. Recordé Luanda. Me recordé a mí mismo con trece años escuchando al teniente decir que la columna se dividiría en dos compañías de cien hombres. ¿Y entre los doscientos hombres, casi niños, cuántos habíamos disparado un arma alguna vez? Pero dijo así, los doscientos hombres se dividirán en dos compañías y en grupos de veinte haríamos pequeñas acciones preparatorias. No dijo, porque no existen palabras para decirlo, que de los veinte no volverían más que diez y que de ellos solo cinco servirían para después. ¿Cómo decir no alcanzan los cajones hay que hacer fosas comunes? Sucede que alguien, sin importar quién sea o qué rango tenga, empieza a cavar. Así de simple. La aritmética de la guerra. Por una de esas operaciones este niño está vivo. Yo decidí salir a buscarlo recién hoy. Evaluando las amenazas, las posibles pérdidas. Recién hoy. Y ahora es mío.

El niño limpió con una bolsa de nylon. Pensaba por dónde escapar cuando el hombre se fuera contra él. No encontró ninguna respuesta. Lo miró anotar en su cuaderno. Parecía fuerte. Miró el contenedor. Tapiado. El hombre había construido dos paredes de cajas. Una contra la puerta, un espacio libre de dos metros y otra fila de cajas. Chuckle se paró y trató de ver al otro lado.

—Ese es el baño —dijo el hombre—, ahí debería vomitar.

El niño volvió a sentarse. Miró todo de nuevo. Pronto volverían a la oscuridad y quería retener la disposición de las cosas para orientarse. No había ninguna puerta, ningún escape.

—¿Cómo es su nombre?

—Chuckle.

—¿Qué edad tiene?

—Diez.

—¿Dónde nació?

—En Acra.

—¿Dónde está su familia?

—No lo sé.

El hombre anotó cada respuesta. También la última. No se podía saber en qué pensaba por sus gestos. No tenía gestos. Su cara era una máscara. Chuckle pensó que eran las mismas preguntas que le hacían en las comisarías. ¿A dónde iban a parar todos esos papeles? Había dejado de llorar. Avergonzado, se había secado las lágrimas con el puño de su camiseta.

El interrogatorio siguió. El tono también le hacía acordar a la policía. Pregunta, respuesta, anotación. Y otra vez desde el principio. El movimiento de una máquina que transcribe sin comprender el sentido de lo que captura. El ruido de las puertas superiores de la bodega llegaba con el movimiento del buque. Pensó que también debería funcionar al revés. Cualquier sonido fuerte subiría hasta la tripulación.

—¿Cuándo fue la última vez que comió?

—Antes de dormir.

—¿Y agua?

—También.

—¿Cuándo tomó la última aspirina?

—Con la comida.

El hombre se detuvo y lo miró. Le molestaba la falta de precisiones. Antes de dormir, con la comida. ¿Qué era eso? ¿Dónde estaba el método para sobrevivir? ¿Cómo pensaba aguantar los días que quedaban hasta llegar al puerto? El niño tuvo miedo. Sus bloques se dividían por el sueño, por la comida, por la tormenta. Un chico de la calle, pensó el hombre, un desgraciado. Vive en un único día que empezó hace nueve noches atrás. Piensa cómo pasar la próxima hora. Se maldijo por haber salido a buscarlo.

Chuckle se dio cuenta de que necesitaba concentrarse si quería pasar el examen.

—Comí tres, no, cuatro galletitas. Tomé varios tragos de leche. Intenté dormir pero me sentía mal. El estómago. Se me daba vuelta el estómago. Entonces tomé una aspirina con un trago de agua. No sé cuánto tardé en dormirme.

Al hablar sentía la garganta lastimada. Tenía la boca seca y llagada por la falta de agua. La fuerza de vomitar aire, pura nada, lo había empeorado. Pensó en dormir de nuevo. En comer. En tomar agua. Hubiera dado cualquier cosa por un trago de agua. Pero ahora ya no decidía él.

—¿Puede calcular cuándo había comido antes?

Chuckle se limitó a negar con la cabeza en silencio.

—¿Ya llovía?

—Sí.

—Entonces no pudo haber pasado más de doce horas.

El hombre miró el reloj, anotó unas líneas más y cerró el cuaderno. Guardó todo en el morral y apagó la linterna.

—¿Hace cuánto salimos de Port-Bouët?

—Cinco días desde la segunda vez.

—¿Cuánto falta para llegar?

—Calculo que nos quedan ocho días.

—No tengo provisiones para tanto.

—Ya lo sé.

El hombre acomodó las cajas y se acostó sobre ellas en posición fetal. Chuckle hizo lo mismo. Se sentía menos frío así. Las cajas y el piso del contenedor aislaban la temperatura que venía del agua. El niño no quería dormir, no quería las pesadillas, no quería despertarse otra vez en la oscuridad y recordar que estaba solo. Quedarse acostado era todo lo que podía hacer. Uno puede odiarse despierto o dormido. Pero es mejor hacerlo despierto. Los sueños que nos odian son más crueles que cualquier pensamiento.

Chuckle estaba en brazos de la bestia. Un disparo. Un grito. Otro disparo. Silencio. Menos de un mes atrás Deaf había vuelto a las calles de Port-Bouët

con la frente surcada por un tajo y sin palabras. Chuckle pensó que también eso se le había terminado: las palabras. Es lo último pensó. Y cuando escuchó a su amigo decir que era hora de embarcar supo que lo decía en serio. Deaf había entrado a robar al puerto y lo habían agarrado. Primero los estibadores. Después la seguridad privada. Por último la policía. Tres noches. Ni una palabra. Daba vergüenza mirarlo.

—Tenemos para trece días.

Habían juntado el dinero de los tres. Chuckle miró las provisiones y pensó que no alcanzaban ni para una semana.

—¿Quién te dice que vamos a comer mañana si nos quedamos?

—Nadie puede decir nada sobre mañana —respondió Chuckle.

—Entonces da lo mismo.

La discusión se cerró. Después de seis meses de trabajo en las calles se les había terminado la paciencia. Un disparo. Un grito. Shark consiguió el dato vendiendo café en las calles. Conoció a un estibador que le dijo del *Propp*. Otro disparo. Silencio.

—El buque va a Sudamérica —el que explicaba el asunto era Shark.

—¿Dónde es eso? —había preguntado Chuckle.

—Al otro lado del océano. Muy lejos. —Y en las palabras de Deaf no había ni sombra de dudas. Sus palabras eran como él: sólidas, sin grietas.

—Eso es lo único que importa —siguió Shark—. Y sale vacío en tres días. El estibador dijo que podíamos vivir en las bodegas.

Mentía. Nadie vive en las bodegas. Ellos lo sabían porque era una de las reglas de oro de los polizones: llegar a la sala del cabrestante y no salir de ahí por ninguna razón, en ningún momento. Si un marinero te encuentra, tu destino es el fondo del océano. El estibador mintió sobre las bodegas pero el barco existía y salía en tres días.

—¿Qué les parece? —preguntó Shark.

—Que es mejor que nada —respondió Deaf.

Shark y Deaf estaban unidos por un nudo muy extraño. Eran positivo y negativo de la misma fotografía. Guineanos que escapaban de la muerte. Asesino y asesinado. Un disparo. Un grito. Otro disparo. Silencio.

Deaf contó la primera noche en Port-Boët que había escapado de los Boinas Rojas, la guardia presidencial de Moussa Dadis Camara. El 28 de

septiembre de 2009 el Estadio Nacional de fútbol se había llenado de opositores al régimen. Deaf, que todavía no llevaba ese nombre y que tenía solo siete años, había ido con sus padres a la manifestación. La represión había sido brutal. Ciento cincuenta muertos. Golpes, cuchillazos, disparos. La madre de Deaf lo tomó de la mano y buscó la salida del estadio. El padre había quedado enredado en los enfrentamientos con la policía. Cuando los vio, corrió tras ellos. En algún momento Deaf dejó de verlo. Los Boinas Rojas estaban haciendo redadas en las puertas del estadio. Los emboscaron. Su mamá los enfrentó para darle una oportunidad a él. El niño de siete años corrió doscientos metros sin mirar atrás. Cuando volvió la cabeza ella estaba en el piso, arrastrada por cuatro hombres. Le habían arrancado el vestido. Lo que vio después nunca lo contó a nadie. Ni siquiera a Chuckle, en esa primera noche.

Una semana después llegó Shark. También él escapaba de Conarky. Pero su historia era diferente. Su familia pertenecía a la misma tribu que Moussa Dadis Camara, los kpelle, y lo habían llevado desde su pueblo hasta la capital para entrenarlo como Boina Roja. Shark tenía diez años, era fuerte, duro y estúpido. Lo entrenaron en una escuela que servía como cuartel general de las fuerzas leales a Dadis. Le enseñaron a usar una Kalashnikov y el machete. Su vida se cerraba sobre sí misma. Su destino era ser parte de la guardia presidencial, como todos los de su tribu. Shark se fugó de la escuela donde lo habían entrenado la madrugada de un martes. Un mes después llegó a Port-Bouët. Cuando se encontró con Deaf quedaron zurcidos como siameses. Deaf despreciaba a Shark y Shark se despreciaba a sí mismo más que nadie. Sos mi perro, le decía Deaf. El otro sonreía sin asco, sin tristeza, sin dignidad.

Chuckle y sus amigos lo bautizaron, como a todos los recién llegados. Miraba como un tiburón pero era solo una coraza. En su centro estaba lleno de miedo a morir.

Cuando Shark escuchó la historia de Deaf quedó unido a él por una fuerza poderosa. Era muy religioso y creía que sus antepasados estaban enojados con él por haberlos abandonado. También sentía que estaba en deuda con Deaf por lo que su gente le había hecho a sus padres. Por eso, cuando su hermano guineano decidió dejar la banda y empezar a trabajar por su cuenta, él lo siguió.

El niño era útil para el hombre. Porque era, en primer lugar, la mirada del hambre y del frío. Los piojos, la suciedad, el olor a mierda. Toda la miseria en

la que estaban enterrados. Quince metros bajo cubierta. Otro mundo. Sin cielo y sin vida. La existencia subterránea y, por lo tanto, infernal, a la que estaban confinados. Era la comida que faltaba. Las horas, pesadas como cadenas. La enfermedad que se multiplicaba en el cuerpo como un cáncer. Era la muerte bailando su danza. Pero el hombre había dedicado toda su vida a ser astuto. No podía renegar de su inteligencia —ni siquiera en ese momento en que tanto bien le hubiera hecho— y no podía reducir al niño a la piedad o a la corrupción de tenerle lástima. Pero el niño era también una enorme pileta donde lavarse. Era la urgencia de tomar una decisión. Al menos una. El niño era su carcelero. Era el que había cerrado la puerta de la vida y no le permitía morir a su antojo. ¿Cómo hacer para no odiarlo, entonces?

Chuckle no dejaba de moverse. Sentía su cuerpo. Al dolor de la espalda le seguía uno más fuerte en la cabeza. Se turnaban. Le molestaba la ropa y el olor viciado y la sensación de encierro. Con mucho esfuerzo lograba unos segundos de paz. La cabeza vacía. Después volvía a escuchar la secuencia. Disparo. Grito. Disparo. Silencio. Con cada pensamiento que lo atacaba, el niño cambiaba de posición. Una y otra y otra vez.

El hombre, cansado de escuchar su desesperación, se sentó. Cuando el niño sintió la otra presencia se quedó quieto y trató de endurecer el silencio.

—Hay un orden —dijo el hombre— y si queremos llegar vivos tenemos que seguirlo. Dormimos durante el día porque ellos están despiertos. Son las seis de la mañana. En una hora toda la tripulación va a estar caminando allá arriba. Más tarde pueden hacer recorridas por las bodegas. Ellos tienen un orden y nosotros tenemos que conservar el nuestro. ¿Entiende?

—…

—Responda.

—La tormenta.

El hombre se quedó en silencio.

Después de un rato el niño escuchó un ruido, como de ratas comiendo. Era algo animal y desagradable, pero el niño sintió que venía del hombre. Tal vez se comiera sus sobras a escondidas.

—¿Qué hace?

—Escribo.

—¿En la oscuridad?

—Solo si hace falta.

Joseph Conrad

RUMBO AL ORIGEN

(*Crónica personal*, 1919)

Era mi examinador un personaje de gran estatura, delgado, con el cabello y los bigotes por completo encanecidos, de talante tranquilo y afable, con un aire de benigna inteligencia, debió de sentirse, me veo obligado a deducir, desfavorablemente impresionado por mi apariencia. Apoyó sus ancianas manos sobre las rodillas, comenzó por una pregunta elemental, en un tono de voz bondadoso, y siguió, y siguió, y siguió… El examen llevó horas. De haber sido yo un microbio potencialmente malévolo para la Marina Mercante, difícil sería que me hubieran sometido a un examen más microscópico. Confiado en exceso por su aparente benevolencia, al principio estuve muy cortés en mis respuestas. A la larga, me ganó la sensación de que mi derecho iba pudriéndose. Aquel proceso desprovisto de toda pasión siguió su curso; tuve la impresión de haber empleado incontables siglos tan solo en los preliminares. Poco a poco me entró el miedo. No miedo a que el hombre fuera a triturarme a preguntas; esa eventualidad ni siquiera se me pasó por la cabeza. Fue algo muchísimo más serio, aparte de aberrante. Este anciano —me dije, ya aterrorizado— tan cerca se halla de la tumba que seguramente ha perdido la noción del tiempo. El examen, para él, discurre en términos de eternidad. Y eso para sus ojos no resulta un problema. Total, ya ha recorrido su camino. En cambio yo, quizás salga de esta sala y aparezca en el mundo de los hombres hecho un completo desconocido, sin amigos, olvidado incluso por la patrona de la casa en que me alojo, en el supuesto de que al terminar esta experiencia interminable consiga recordar dónde me alojo. Pese a lo que pueda pensarse, esto que digo no constituye ninguna exageración verbal. Mientras pensaba mis respuestas, me pasaron por la cabeza ideas muy extrañas, ideas de ninguna manera relacionadas con el arte de marear ni con ninguna respuesta razonable que pudiera darse a preguntas como las que me hizo aquel anciano. Tengo la firme creencia de que a veces se me fue la

cabeza en un lánguido desvarío. Por fin se hizo el silencio, un silencio que también me pareció que iba a durar siglos, mientras el examinador, inclinado sobre su pupitre, redactaba mi certificado con una pluma que no hizo ningún ruido al rozar el papel. Me alargó la hoja donde constaba que había aprobado sin pronunciar palabra, y sin pronunciar palabra inclinó su canosa cabeza al tiempo que inclinaba yo la mía en señal de adiós.

Cuando abandoné la sala me encontraba desmadejado, aplastado, como un limón recién exprimido.

—Vaya —me dijo el portero desde su jaula de cristal, ante la cual me había detenido a recoger el sombrero y entregar un chelín de propina—. Pensé que ya no iba a salir nunca.

—¿Cuánto tiempo he pasado ahí adentro? —le pregunté desfallecido.

Extrajo su reloj de bolsillo.

—Ha estado usted con él casi tres horas, señor. No creo que una cosa así haya ocurrido nunca.

Cuando salí de aquel edificio fue como si caminara a varios palmos del suelo. Y como quiera que el ser humano, en tanto animal racional que es, tiene aversión por los cambios y siente una timidez medrosa ante lo desconocido, me dije que en realidad no me importaría que me volviera a examinar aquel anciano en una futura ocasión. Pero cuando volvió a sonar la hora de la ordalía, el portero me hizo pasar a otra sala en la cual me encontré con una parafernalia ya familiar, maquetas de barcos y de aparejos, un tablero de señalizaciones en la pared, una mesa de dimensiones imponentes repleta de cartografía y provista de un mástil desaparejado. Pero el solitario ocupante de la sala me era por completo desconocido, aunque no desconocía yo su reputación, lisa y llanamente execrable. Bajo y robusto por lo que pude juzgar, vestido con un viejo traje matinal de color ocre, estaba sentado, se apoyaba en un codo y con la mano se apantallaba los ojos, mantenía la vista apartada de la silla que había de ocupar yo, al otro extremo de la mesa. Absolutamente inmóvil, parecía misterioso, remoto, enigmático, con cierto aire de aflicción, como esa estatua (creo que) de Giuliano de Medici, que aparece en la tumba que esculpiera Miguel Ángel, aunque lejos de emparejar la belleza de esa estatua. Se propuso intentar obligarme a decir necedades. Pero ya me habían advertido sobradamente de sus ardides y artimañas, y lo contradije con gran aplomo. Pasado un rato abandonó su empeño. Hasta ahí, todo en orden. Sin embargo, su inmovilidad, el codo apoyado sobre la mesa, el rostro apartado, fueron resultándome algo cada vez más abrumador. Mantuvo un silencio inescrutable por unos instantes, y luego, emplazándome

en un determinado barco en alta mar, en circunstancias climatológicas y geográficas concretas —todo ello muy claro, muy preciso—, me ordenó ejecutar una determinada maniobra. Sin darme tiempo a llegar a la mitad, causó ciertos daños materiales en la embarcación. Tan pronto me las ingenié para solucionar la dificultad, provocó otra de dimensiones similares, y cuando la resolví me puso a proa otro barco, lo cual daba lugar a una situación peligrosa. Me sentí un tanto ultrajado por su ingenio al apilar problema tras problema sobre la capacidad de un solo hombre.

—Yo no me habría metido solo en semejante lío —le sugerí diplomáticamente—. Habría visto ese barco y me hubiera mantenido lejos de él.

No se alteró lo más mínimo, no movió ni un músculo.

—Hay una niebla muy espesa.

—Ah, no lo sabía —dije a manera de disculpa.

Supongo que después de todo logré esquivar el mazazo acercándome lo suficiente a lo que esperaba de mí, pero aquel desagradable asunto no terminó tan fácilmente. Conviene tener en cuenta que la prueba a la que se había propuesto someterme era, según deduje, un viaje de retorno al puerto de matrícula, es decir un pasaje que no desearía ni a mi más acérrimo enemigo. Por si fuera poco, aquel barco imaginario parecía ser víctima de la más absoluta de las maldiciones. De poco o nada servirá extenderse en aquellos interminables infortunios; baste decir que mucho antes de acercarme al final, de buena gana habría recibido, si se me hubiese presentado, la oportunidad de pasarme a bordo de *El Holandés Errante*. Al fin, me adentró hacia el Mar del Norte (supongo), donde tuvo a bien regalarme por sotavento unos bajíos abundantes en bancos de arena; presumiblemente, la costa de Holanda. Distancia, ocho millas. La evidencia de su implacable animadversión me privó del habla durante un par de minutos.

—¿Y ahora? —dijo.

Hasta ese momento habíamos avanzado a buen ritmo.

—Tengo que pensar, señor.

—Pues no diría yo que ande usted sobrado de tiempo para pensar —murmuró sardónico.

—No, señor —dije con cierto arrojo—. No me haría falta tiempo para pensar si estuviese a bordo de un barco que pudiera ver con mis propios ojos. Han sucedido tantos accidentes en este barco imaginario que no recuerdo bien qué útiles me quedan.

Medio apartado de mí, con los ojos ocultos, farfulló un inesperado comentario.

—Se las viene ingeniando bastante bien.

—¿Dispongo aún de las dos anclas en proa, señor?

—En efecto.

Como era la última esperanza que le quedaba a aquel condenado barco, me apresté a soltar las dos, pero su infernal sistema de examinación y sus recursos inacabables volvieron a entrar en escena.

—Solamente le queda un cable. El otro lo ha perdido.

Era exasperante.

—En ese caso, si fuera posible dispondría echar el ancla a popa, amarrando antes la estacha más recia al extremo de la cadena, y si aún continuara el barco abatiendo hacia los bajos, cosa por cierto muy probable, me limitaría a no hacer nada. No podría hacer nada más.

—¿Así que no podría hacer nada más, eh?

—No, señor. Nada más.

Soltó una amarga carcajada.

—Siempre podría haber rezado sus oraciones.

Se puso de pie, se desperezó, bostezó brevemente. Era el suyo un rostro macilento, de rasgos pronunciados, nada amistoso. Me puso de mal humor a fuerza de hacerme las aburridas preguntas de rutina acerca de las luces y la señalización hasta que pude escapar de la sala… ¡Aprobado! Habían sido tres cuartos de hora. Una vez más, volví a sentir que caminaba a varios palmos del suelo por Tower Hill, allí donde tantos y tan buenos hombres habían perdido la cabeza, tal vez por carecer de los recursos necesarios para hacer frente a tales interrogatorios. Y no deja de ser extraño que en lo más hondo de mi corazón no me importara volver a encontrarme con aquel examinador cuando llegase la hora de la tercera y última ordalía, pasado poco más o menos otro año. Incluso confié en que así fuese. Ya sabía de qué era capaz, conocía sus peores ardides, y tres cuartos de hora no es un plazo irracional. Sí, llegué a confiar en que así fuese.

Pero no iba a ser así. Cuando me presenté al examen para obtener el título de capitán, me recibió un examinador rollizo, de rostro blando y redondo, con bigotes grises y labios enrojecidos y locuaces.

—Mmm… Veamos —inició su ofensiva como sin ganas—. Cuénteme lo poco que sepa de los contratos de flete.

Siguió con ese estilo durante toda la prueba, haciendo de cuando en cuando excursos para comentar diversas anécdotas de su vida, y cuando se

daba cuenta de que se estaba yendo por las nubes, las dejaba sin terminar y volvía al asunto del examen que tenía entre manos.

—Bien. ¿Qué idea tiene de una espadilla de fortuna? —me disparó a boca de jarro al término de una instructiva anécdota que contó para ejemplificar cómo se logra una buena estiba.

Le advertí que no tenía experiencia acerca de eso, que nunca había perdido el timón en alta mar, y aduje los dos clásicos ejemplos de timones improvisados que figuran en los libros. A cambio, me describió con todo lujo de detalles una espadilla de fortuna que había inventado él mismo años atrás, cuando estaba al mando de un vapor que desplazaba tres mil toneladas. Me animaría a jurar que se trataba del artilugio más ingenioso que pueda imaginarse.

—Tal vez le sea de utilidad algún día —concluyó—. Servirá usted en vapores. Todo el mundo se pasa a los vapores en la actualidad.

En ese punto se equivocaba. Nunca he servido en vapores; mejor dicho, casi nunca. Si viviera el tiempo suficiente, me convertiría en una extravagante reliquia, una especie de monstruosa antigualla, pues probablemente llegaría a ser el único marino de la edad oscura que nunca hubiera servido en un vapor… o casi nunca.

Antes de dar por concluido el examen, tuvo a bien proporcionarme interesantes detalles acerca de los servicios de transporte en tiempos de la guerra de Crimea.

—En aquella época empezaron a ser habituales los aparejos de cable, que terminaron por sustituir a los de cabo —observó—. Por entonces era yo un capitán muy joven. Le hablo de antes de que usted naciera.

—Sí, señor. Yo soy de 1857.

—El año del motín —comentó para sí, y añadió en voz más alta que su barco se hallaba entonces en el golfo de Bengala, fletado por el gobierno.

Era evidente que el servicio de transporte había sido la escuela en la que se curtió aquel examinador, quien de forma tan inesperada me había dado cuenta de su existencia detalladamente; así despertó en mí una clara sensación de continuidad propia de la vida del mar, a la cual había llegado yo desde afuera, y así le otorgó también una cierta intimidad humana a la maquinaria de las relaciones oficiales. Me sentí adoptado. Me había transmitido su experiencia como si fuese uno de mis ancestros.

—Es usted de extracción polaca —comentó al anotar mi larguísimo apellido en la hoja de papel azul.

—Soy nacido en Polonia, señor.

Depositó la pluma sobre el papel y se apoyó en el respaldo para mirarme con detenimiento como si fuese la primera vez que me veía.

—Pues diría yo que no hay muchos hombres de su misma nacionalidad a nuestro servicio. No recuerdo haber conocido a ningún polaco, ni antes ni después de servir en el mar. Son ustedes gente de tierra adentro, ¿no es así?

Le dije que sí, en efecto. Los polacos vivimos lejos del mar, no solo por la situación geográfica, sino también por carecer de una asociación indirecta con él, ya que no es Polonia un país comercial, sino puramente agrario. Hizo entonces una observación pintoresca: mucho camino había tenido que recorrer yo para trabajar en el mar, dijo, como si la vida del mar no fuese precisamente una vida en la que cualquiera recorre un largo camino.

Sin duda, le dije sonriendo, habría podido enrolarme en un barco mucho más cerca de mi lugar natal, si bien había pensado que, decidido a ser marino, iba a ser un marino británico. Fue un asunto deliberado.

Al oírme hizo un leve asentimiento y, como seguía mirándome con ademán interrogativo, me extendí un poco, le comenté que había pasado algún tiempo en el Mediterráneo y en las Indias Occidentales. De ninguna manera me hubiera presentado al servicio de la Marina Mercante Británica estando aún verde. Pero de nada sirvió decirle que mi vocación, aparte de misteriosa, era tan fuerte que si no me embarcaba no iba a quedarme otro remedio que sembrar trigo en alta mar. Esa era la verdad, si bien mucho me temo que aquel examinador no comprendió la excepcional calidad de mi vocación marinera.

—Supongo que nunca habrá topado usted con un compatriota suyo en alta mar.

Reconocí que no. El examinador, para entonces, se había entregado a la charla y el humor propio de la holganza. Yo por mi parte no tenía ninguna prisa por marcharme de la sala. En absoluto. La época de los exámenes había concluido; nunca más volvería a encontrarme con aquel amistoso examinador que resultó ser mi ancestro en la profesión, una especie de abuelo en la brega del mar. Por si fuera poco, no me quedaba más remedio que esperar a que decidiera dar por concluida la charla, de lo cual no había la más mínima señal.

—En cambio —añadí mientras él permanecía en silencio, mirándome—, sí he oído hablar de uno, hace ya unos cuantos años. Si no me confundo, se trataba de un hombre que estuvo a bordo de un buque con puerto de matrícula en Liverpool.

—¿Cómo se llamaba?

Se lo dije.

—¿Cómo dice? —preguntó con una mirada de curiosidad en los ojos ante aquellas toscas sílabas.

Lo repetí con toda la claridad de que fui capaz.

—¿Y cómo lo deletrea?

Le expliqué cómo. Sacudió la cabeza ante lo impracticable del apellido.

—Pues casi es tan largo como el suyo, ¿no?

Ninguno de los dos tenía prisa por terminar. Yo había aprobado mi examen de capitán, tenía delante el resto de mi vida para sacarle el mejor partido. Se me antojó muchísimo tiempo.

—No tanto —dije tras calcularlo mentalmente—. Tiene dos letras menos, señor.

—¿Ah, sí? —El examinador alargó hacia mí, deslizándola sobre la mesa, la hoja de papel azul, y se puso de pie. Me pareció un final brusco para nuestra conversación, y estuve a punto de llorar al despedirme de aquel hombre excelente, capitán de barco antes que el susurro del mar llegase a mi cuna. Me tendió la mano y me deseó la mejor suerte. Incluso me acompañó hasta la puerta.

—Desconozco cuáles puedan ser sus planes, pero debería enrolarse en un vapor. Una vez obtenido el título de capitán, es el momento de enrolarse en un vapor. Yo en su caso no lo dudaría.

Le di las gracias y al salir cerré la puerta para siempre, dejando atrás la época de los exámenes. Aquella vez, en cambio, no tuve la impresión de caminar a varios palmos del suelo, al contrario que en las dos ocasiones anteriores. Crucé Tower Hill, escenario de muchas decapitaciones, con pasos comedidos. Me había convertido en capitán de la Marina Mercante Británica. Tuve una exagerada idea de ese modestísimo logro en el cual ni la suerte ni el azar ni alguna otra influencia extraña habían tenido nada que ver. Ese hecho, satisfactorio y oscuro en sí mismo, estaba dotado a mis ojos de una significación ideal. Era una respuesta a cierto escepticismo no del todo expresado, incluso a ciertas calumnias en modo alguno placenteras. Lo que se había tildado de estúpida obstinación, de capricho fantasioso, era exactamente lo que yo había reivindicado. No quiero decir que el país entero hubiera sufrido una convulsión ante mi deseo de embarcarme; sin embargo, para un muchacho de quince o dieciséis años, sensato y consciente, la conmoción sufrida por su pequeño mundo había parecido de proporciones considerables. Tan considerables, por absurdo que parezca, que sus ecos aún se sienten en este preciso instante. A veces, en las horas de soledad que dedico a la retrospección, me sorprendo en el acto de contestar a las razones y las

acusaciones que esgrimieron contra mí, hace ya treinta y cinco años, voces para siempre acalladas; descubro argumentos que un muchacho acorralado no podría haber descubierto, simplemente por ser sus impulsos un completo misterio para él. Entonces no lo pude entender ni mejor ni peor que las personas que me exigieron una explicación. No había precedente. Verdaderamente creo que el mío fue el único caso de un muchacho de mi nacionalidad, de mis antecedentes, que diera un salto semejante que iba a alejarlo de sus orígenes y relaciones de sangre. En mi vocación no existía la menor idea de lo que por entonces se consideraba *una carrera*. Era imposible plantearse siquiera la posibilidad de servir en la armada de Rusia o en la de Alemania. Mi nacionalidad y antecedentes descartaban por completo esas opciones. El sentimiento en contra de Austria no era tan intenso, y me atrevo a decir que no habría encontrado oposición si me hubiera propuesto acudir a la Escuela Naval de Pola. Quizá tan solo hubiese necesitado otro semestre de estudiar con ahínco el alemán, pero aunque cumplía de sobra los restantes requisitos, no había alcanzado la edad de admisión. Esta vía para paliar mi empecinamiento llegó a barajarse, aunque a mí no se me pasara por la cabeza. Debo reconocer que mi negativa fue aceptada de inmediato. Esa clase de sentimientos resultó comprensible incluso al más hostil de mis críticos. Ni siquiera se me exigieron explicaciones al respecto; la verdad sea dicha, no era la carrera naval lo que yo tenía en mente, sino el mar. Y la única senda que parecía conducir al mar pasaba a través de Francia. Conocía la lengua, y de todos los países de Europa es Francia el que mayor conexión tiene con Polonia. Al principio se tomaron las disposiciones pertinentes para que alguien cuidara de mí. Se escribieron algunas cartas, se recibieron las correspondientes respuestas, se hicieron los preparativos para que partiera hacia Marsella, donde un individuo apellidado Solary, llegado a aquel puerto tras tortuosos rodeos por los diversos canales de Francia, se había comprometido de buen grado a facilitarle al *jeune homme* el acceso a un barco decente en el que pudiese empezar, si de veras quería probar suerte en *ce métier de chien*.

Agradecí todos estos preparativos, fiel únicamente a mis propios consejos. Sin embargo, lo que dije al último de los examinadores que me tocaron en suerte es absolutamente cierto. En mi interior ya se había formulado con toda resolución que *decidido a ser marino, iba a ser un marino británico,* por más que ese pensamiento, claro está, se hubiera formulado en polaco. Por entonces no sabía ni tres palabras en inglés, aparte de tener la sensatez y la astucia suficientes para darme cuenta de que era preferible no decir ni palabra de mi

propósito. Por entonces se me consideraba en parte demente, al menos por lo que atañe a mis parientes más lejanos. Lo primero y lo principal era marcharme. Deposité toda mi confianza en la educada carta que recibió mi tío de Solary, aunque debo confesar que me aturdió un tanto que se refiriese al oficio que yo soñaba como *ce métier de chien*.

El tal Solary, que atendía por el nombre de Baptistin cuando lo conocí, resultó ser un hombre bastante joven, agraciado, con una barba negra bien recortada, complexión atlética y alegres ojos negros. Era todo lo jovial y animado que puede un muchacho pretender. Estaba aún dormido en mi habitación de un modesto hotel cerca de los muelles del puerto viejo, tras la fatiga del viaje vía Viena, Zúrich y Lyon, cuando apareció de pronto, abrió de golpe las persianas dejando entrar a la habitación el sol de Provenza, y me retó por estar todavía en cama. Qué agradables me resultaron sus ruidosos juramentos, sus apremios para que me levantase y de inmediato me preparase para emprender «una campaña de tres años por los mares del Sur». ¡Mágicas palabras! *Une campagne de trois ans dans les Mers du Sud*: así se denomina en francés un periplo de tres años de duración por alta mar.

Me despertó de forma deliciosa, y su talante amistoso daba la impresión de no cansarse jamás; sin embargo, me temo que se propuso encontrarme nave con espíritu demasiado solemne. Él se había hecho antes a la mar, pero había dejado la profesión a los veinticinco años al descubrir que se podía ganar la vida en tierra firme de manera mucho más apacible. Estaba emparentado con una increíble cantidad de familias acomodadas de Marsella. Uno de sus tíos era un acaudalado consignatario de buques bien relacionado con los armadores de bandera británica; otros parientes comerciaban pertrechos marineros, eran propietarios de talleres de velas, vendían cadenas y anclas, o bien eran estibadores, calafates o carpinteros de ribera. Creo que su abuelo había sido un alto dignatario, algo así como síndico de los prácticos del puerto. El primer día que pasé por entero en el mar se lo debo a un convite de su parte; gracias a él me sumé a los tripulantes de la embarcación correspondiente al práctico del puerto. En ella navegamos cerca de los acantilados con vigías permanentes a causa de la espesa niebla, a la espera de ver las velas de los barcos y el humo de los vapores más allá del esbelto, altísimo faro del Planier. Aquellos recios marineros provenzales eran gentes muy hospitalarias. Bajo la común denominación de *le petit ami de Baptistin* fui invitado permanente de la Corporación de Prácticos, y tuve a mi entera disposición sus embarcaciones a toda hora. Pasé muchos días con sus noches de crucero en compañía de aquellos hombres rudos, afables, bajo cuyos

auspicios se inició mi intimidad con el mar. Muchas veces, «el pequeño amigo de Baptistin» llevó a hombros la caperuza que se ponen los marinos del Mediterráneo, puesta sobre su cabeza por aquellas manos honradas, mientras dormitaba al socaire del castillo de If, a la espera de avistar las luces de los barcos. Tenían los rostros curtidos por el trato continuado con el mar, barbudos o afeitados, magros o rellenos, todos ellos de ojos atentos y entrecejos arrugados, llevaban un arete de oro en el lóbulo de la oreja izquierda; todos aquellos rostros atendieron mi infancia marítima. La primera operación marinera que tuve ocasión de observar fue la de abordar a los barcos en alta mar en toda suerte de condiciones climatológicas. Se me invitó además a ir con ellos a sus oscuras, altas casas de la ciudad vieja, y gracias a su hospitalidad pude probar la *bouillabaisse* genuina, servida en platos de barro grueso por sus esposas, mujeres de aguda voz, de ancho semblante; pude conversar con sus hijas, muchachas de recia complexión y perfiles puros, de gloriosas marañas de negros cabellos peinados con verdadero arte, ojos oscuros y dientes de un blanco luminoso.

Hice otros conocidos, aunque de distinta clase. Uno de ellos, *madame* Delestang, una señora bien parecida, imperiosa, de estilo estatuario, me llevaba en el asiento delantero de su carruaje al Prado a la hora en la que allí se congregaba más gente a pasear. Pertenecía a una de las más antiguas familias aristocráticas del sur de Francia. Por su altanero hastío, me hacía pensar en la *lady* Dedlock de *Casa desolada* de Dickens, una obra maestra por la cual es tanta mi admiración, o por mejor decir es tan intenso y tan irracional mi aprecio, que data de los días de infancia, que hasta sus propias flaquezas me son más preciadas que la fuerza de otras muchas obras. La he leído innumerables veces en polaco o en inglés; había terminado por entonces de leerla hacía poco, y mediante una reversión en modo alguno asombrosa, la *lady* Dedlock del libro me recordó poderosamente a la bella *madame* Delestang.

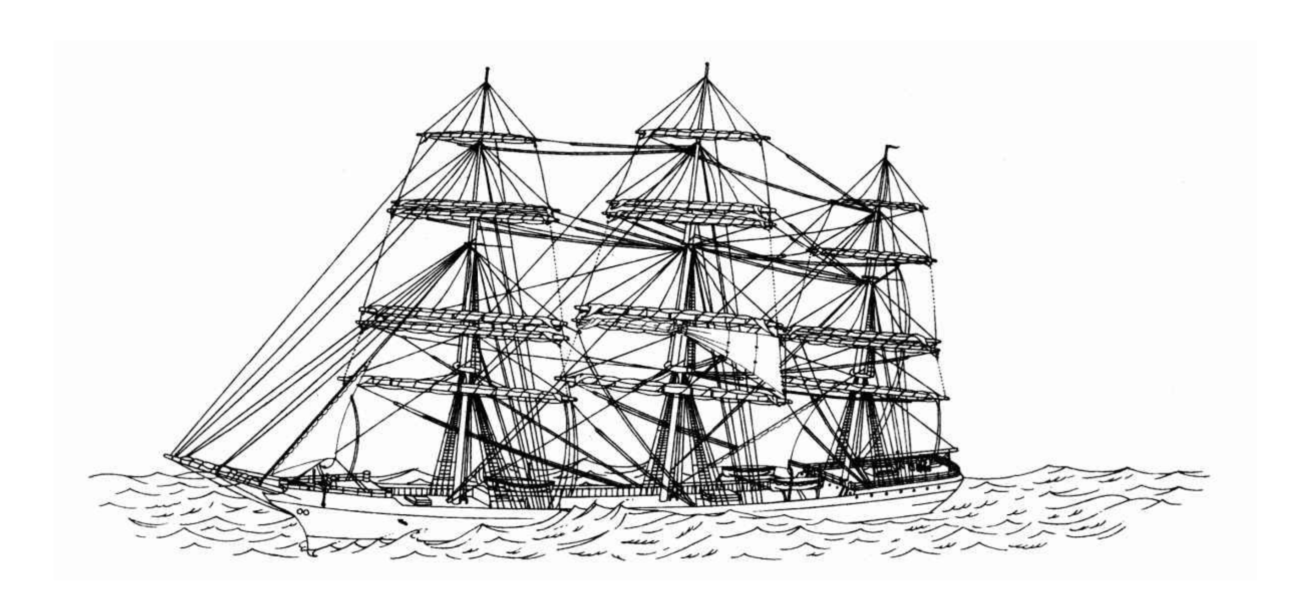
Su marido (iba yo en el carruaje frente por frente a los dos), un hombre de nariz huesuda y de fisonomía absolutamente exangüe, con unos atildados bigotes, nada tenía del aire grandioso y de la cortés solemnidad propios de *sir* Leicester Dedlock. Pertenecía tan solo a la *haute bourgeoisie*; era un banquero en cuyo establecimiento se había abierto una modesta cuenta a fin de cubrir mis necesidades. Un monárquico tan momificado y tan ardiente —mejor sería decir tan gélido—, que en una conversación normal y corriente hacía uso de giros contemporáneos de Enrique IV; cuando hablaba de asuntos monetarios, hacía sus cálculos no en francos, como el común de los franceses

posrevolucionarios, sino en écus obsoletos y olvidados, como si el mismísimo Luis XIV siguiera paseándose en todo su real esplendor por los jardines de Versalles, como si *monsieur* de Colbert siguiera ajetreado en la dirección de los asuntos marítimos del país. Habrá de reconocer el lector que para un banquero del siglo XIX, la suya era una idiosincrasia harto pintoresca. Por suerte, en su banco (que ocupaba parte de la planta baja de la residencia urbana de los Delestang, situada en una calle sombría y silenciosa) se llevaban las cuentas en moneda corriente, de manera que nunca tuve ninguna traba para hacer saber mis necesidades a los graves, decorosos y legitimistas empleados del establecimiento, sentados a perpetuidad en la penumbra de aquellas ventanas protegidas con pesados barrotes, tras los sombríos y antiquísimos mostradores, bajo altísimos techos recargados de molduras. Al salir, siempre me daba la sensación de haber estado en el templo de alguna religión muy digna pero por completo terrenal. Y era norma en tales ocasiones cuando aparecía *lady* Ded…, es decir, *madame* Delestang, enmarcada en el gran portón por el que entraban los carruajes, que al ver mi sombrero en alto me llamara con ademán cordial a la par que imperioso y me sugiriese con deliciosa despreocupación: «*Venez donc faire un tour avec nous*», a lo cual añadía el marido un animoso: «*C'est ça. Allons, montez, jeune homme*». Algunas veces me interrogaba, con perfecto tacto y delicadeza, para saber en qué ocupaba mi tiempo, y nunca dejó de expresar la esperanza de que escribiese yo con regularidad a mi honorable tío.

Nunca guardé en secreto mi manera de ocupar el tiempo, incluso me atrevo a pensar que los desmañados relatos de mis actividades con los prácticos del puerto entretenían a *madame* Delestang, al menos en la medida en que aquella mujer inefable pudiera entretenerse con el parloteo de un jovenzuelo colmado por la novedad de sus experiencias acuáticas entre hombres desconocidos y sensaciones desconocidas. Nunca expresó ninguna opinión al respecto, pues conmigo hablaba muy poco, pese a lo cual su retrato está colgado en la galería de mis recuerdos íntimos, fijado por obra de un episodio fugaz. Una tarde, cuando iban a dejarme en una esquina, me ofreció la mano, retuvo la mía un instante por medio de una levísima presión, y mientras su marido permanecía inmóvil, la mirada fija al frente, ella se inclinó hacia mí, y con un pálido matiz de admonición en su voz, me dijo pausadamente: «*Il faut, cependant, faire attention à ne pas gâter sa vie*». Antes, jamás había visto su rostro tan cerca del mío. Hizo que me latiera con fuerza el corazón y me sumió en un ánimo pensativo durante el resto de la tarde.

VIII

DERIVAS



La profesión de marino tiene en la actualidad como mandato fundamental conducir el barco por agua de un punto a otro de la superficie terrestre, por el camino más corto y seguro, en el menor tiempo posible y preservando la integridad del barco, de su cargamento y de su tripulación (así, en ese orden de precedencia tan poco humanista). Equivocar el rumbo, encapricharse por una derrota más larga o más peligrosa, y ni hablar perderse, constituyen no solo baldones para el piloto o capitán, sino causas de despido para sus empleadoras: las empresas que lucran con la navegación. Y el naufragio puede ser incluso penado con cárcel. Por la época en que las proas de los barcos iban abriendo mundos nuevos, los rodeos y derivas eran parte inseparable de su búsqueda. ¿Cuántas islas, tierras y hasta continentes se encontraron así? El ejemplo máximo es América, con la cual se topó el luego almirante de la Mar Océana Cristóbal Colón, mientras navegaba hacia el Oeste en busca de las Indias y sus esquivas especias. Por entonces, el naufragio podía ser aceptado como un precio razonable de la aventura. Más de una vez naufragó el mismísimo Colón, y nadie se consagraba navegante de real valía sin probar la sal del naufragio. Impugnados aún más en las últimas décadas los apartamientos del rumbo justo —con navegadores satelitales, computadoras a bordo, pilotos automáticos y comunicación permanente con la empresa armadora—, la literatura ofrece un mundo en el cual no importan ni el camino más corto ni la velocidad. La deriva se convirtió en privilegio y jactancia del arte. Si lo que se quiere es navegar hacia lo inesperado, el lenguaje debe hacerle burla al diccionario, abolir —cuando crea necesario— la lógica para inventar(se) otra(s), suspender por el tiempo que sea necesario la pretensión de comunicar directamente, inequívocamente, aburridamente. Y entonces sí, lograr que en la rosa de los vientos haya muchos más de trescientos sesenta pobres rumbos.

Gottfried Bürger

La Luna y los libros de viajes

(*Las aventuras del barón de Münchhausen*, 1786)

A uno de mis parientes se le metió en la cabeza que sin dudas debía existir, por alguna parte, un pueblo igual en tamaño al que Gulliver pretende haber hallado en el Reino de Brobdingnag, y resolvió zarpar en su busca, no sin antes rogarme que lo acompañara. Había yo considerado siempre que la narración de Gulliver no era sino un cuento de niños, y no creía más en la existencia de Brobdingnag que en la de El Dorado.

Llegamos felizmente a los mares del Sur sin encontrar nada que fuera digno de mención, salvo algunos hombres y mujeres volantes que danzaban minué por los aires.

Dieciocho días después de haber pasado al través de Otaheite, se desencadenó tal huracán que arrebató nuestra nave a cerca de mil leguas sobre el nivel del mar y nos mantuvo en esa posición por bastante tiempo.

Finalmente, un viento favorable hinchó nuestras velas y nos llevó con rapidez extraordinaria.

Seis semanas hacía ya que viajábamos por encima de las nubes, cuando descubrimos una vasta tierra, redonda y brillante, que parecía una espléndida isla. Entramos en un excelente puerto, saltamos a tierra y encontramos que el país estaba habitado.

A nuestro alrededor veíamos ciudades, árboles, montañas, ríos, lagos, de tal manera que creímos haber vuelto a la Tierra.

Era la Luna esa isla resplandeciente a la que habíamos arribado. Allí vimos grandes seres montados en buitres de tres cabezas. Para dar una idea de las dimensiones de tales pájaros, me limitaré a decir que la distancia de uno a otro extremo de sus alas era como de seis veces el largo de la verga de nuestra vela mayor. En vez de montar a caballo como nosotros, los pobres habitantes de la Tierra, los súbditos de la Luna cabalgan esos grandes pájaros.

Al llegar nosotros, el rey de aquel país se hallaba en guerra contra el Sol y me ofreció un puesto de oficial, pero yo no acepté semejante honor.

Todo es en aquel mundo extraordinariamente grande: una mosca, por ejemplo, es casi como uno de nuestros carneros. Las armas usuales de los habitantes de la Luna son rábanos silvestres que manejan a guisa de jabalinas con las que dan muerte a quienes alcanzan. Cuando la estación de los rábanos ha pasado emplean los espárragos con el mismo éxito. Como escudos usan grandes hongos.

En aquel país también vi algunos naturales de Sirius que habían ido allí por negocios: tienen cabeza de dogo y los ojos en la punta de la nariz, o más bien sobre la parte inferior de dicho apéndice. No tienen cejas, cuando quieren dormir se cubren los ojos con la lengua; su estatura, por término medio, es de veinte pies, mientras que nunca baja de treinta y seis la de los naturales de la Luna.

El nombre que llevan estos últimos puede traducirse como «cocedores», ya que preparan su comida al fuego como nosotros. Pero ellos no consagran tanto tiempo a sus comidas, tienen sobre su costado izquierdo una ventanilla por la que introducen el alimento al estómago, tras lo cual la cierran para no volver a abrirla hasta dentro de un mes, cuando repiten la operación. No hacen, pues, sino doce comidas al año, combinación que todo hombre sobrio hallará superior a la usada entre nosotros. Los goces del amor son absolutamente desconocidos en la Luna, porque tanto entre los seres racionales como entre los brutos no hay más que un solo sexo. Todo nace en árboles que difieren al infinito unos de otros según el fruto que producen. Los que producen seres racionales son mucho más bellos que el resto, cuentan con grandes ramas rectas y hojas color carne, su fruto es una nuez de seis pies de longitud con una cáscara durísima. Cuando se quiere sacar lo que hay adentro se echa el fruto en un gran caldero con agua hirviente, ábrese entonces la cáscara y sale una criatura viva. Antes de venir al mundo ha recibido ya su espíritu un destino determinado por la naturaleza.

De una cáscara sale un soldado, de otra un filósofo, de otra un teólogo, de otra un jurisconsulto, de otra un agricultor, de otra un ganapán y así sucesivamente, y cada uno se pone a practicar lo que conoce en teoría desde antes de nacer. La dificultad consiste en juzgar con certeza lo que contiene cada cáscara; por la época de mi estancia en la Luna se jactaba un sabio de poseer tal secreto. Mas nadie le hacía caso y lo tenían por loco.

Llegados los habitantes de la Luna a su edad provecta, no mueren como nosotros, sino que se disuelven por los aires vueltos humo.

Al no estar sujetos a excreción alguna, no sienten necesidad de beber. No tienen sino un dedo en cada mano con el que hacen todo mejor que nosotros con un pulgar y sus cuatro auxiliares. Llevan la cabeza debajo del brazo derecho, y cuando van de viaje o tienen que ejecutar algún trabajo que exija movimiento, suelen dejarla en casa, ya que de todas maneras pueden pedirle consejo a distancia.

Cuando los altos dignatarios de la Luna quieren saber lo que hacen las humildes gentes del pueblo, no tienen la mala costumbre de ir a buscarlas, sino que se quedan en casa corporalmente, y envían solo su cabeza, de incógnito, a ver lo que pasa. Una vez recopiladas las informaciones que buscaban, retornan al llamamiento del cuerpo al que sirven.

Las pepitas de la uva lunar se parecen a nuestro granizo, y estoy persuadido de que cuando una tempestad desgrana los racimos caen sus pepitas en nuestro planeta. Y me inclino aun a pensar que esto debe ser conocido por más de un cosechero ya hace mucho tiempo, al menos yo he bebido muchas veces vino que me ha parecido hecho con granizo, y cuyo sabor me recordaba al vino de la Luna.

A punto estuve de olvidar uno de los pormenores más interesantes: quienes habitan la Luna se sirven de su vientre como nosotros de los morrales; echan allí todo aquello de lo que puedan tener necesidad, lo abren y lo cierran a voluntad como su estómago, porque no están embarazados con entrañas, corazón ni hígado. Tampoco llevan ninguna clase de vestido, ya que los dispensa de pudor la falta de sexo.

Pueden a gusto quitarse y ponerse los ojos, y cuando los tienen en su mano ven igualmente que cuando los tienen en la cara. Si por casualidad pierden uno, pueden alquilar o comprar otro que les brinda el mismo servicio. Así es que se encuentran en la Luna, por cada esquina, gentes que venden ojos; tienen el surtido más completo, porque la moda cambia con frecuencia: a veces se llevan ojos azules, a veces negros, a veces pardos.

Comprendo, señoras y señores, que todo esto les debe parecer extraño, pero ruego a los que duden de la veracidad de mi viaje a vela hasta la Luna, a que pasen por allí a comprobar mis dichos, y puedan así convencerse de que he respetado la verdad tanto como cualquier viajero.

Lord Dunsany

HISTORIA DE MAR Y TIERRA

(*El libro de las maravillas*, 1912)

En el primer Libro de las Maravillas consta la manera en que el capitán Shard, del terrible barco pirata *Desperate Lark*, se retiró de la vida activa después de saquear la ciudad costera de Bombasharna; y cómo, renunciando a la piratería en favor de los más jóvenes, con el beneplácito del Atlántico Norte y Sur, se instaló con una reina cautiva en su isla flotante.

Cada tanto hundía un barco en memoria de los viejos tiempos, pero había dejado de merodear por las rutas comerciales y los asustadizos comerciantes temían ahora a otros hombres.

No fue la edad lo que le impulsó a abandonar su romántica profesión. Ni tampoco la indignidad de sus traiciones, tampoco ninguna herida de arma de fuego ni la bebida. Fueron la inexorable necesidad y la *force majeure*. Cinco navíos lo perseguían. Cómo logró evadirse de ellos, un día en el Mediterráneo, cómo combatió contra los árabes, cómo fue oída una andanada de sus cañones por primera y última vez a 23° de latitud Norte y 4° de longitud Este, junto a otras cosas desconocidas para los almirantazgos, es lo que procederé ahora a contar.

Bastante se había divertido el capitán pirata Shard, y todos sus compinches llevaban perlas en sus pendientes. Y ahora la flota inglesa iba tras él a todo trapo a lo largo de la costa de España con un favorable viento del Norte a popa. No conseguían ganar terreno al aerodinámico navío de Shard, el terrible barco pirata *Desperate Lark*; sin embargo, estaban más cerca de lo que a él le habría gustado y se entrometían en sus asuntos.

Lo habían estado persiguiendo durante un día y una noche, cuando, a la altura del Cabo de San Vicente, hacia las seis de la mañana, Shard dio aquel paso que decidió su retiro de la vida activa: viró hacia el Mediterráneo. Si hubiera seguido hacia el Sur descendiendo por la costa africana, es dudoso que hubiese podido sacar provecho de la piratería, debido a la obstrucción de

Inglaterra, Rusia, Francia, Dinamarca y España; mas, virando hacia el Mediterráneo, dio lo que podía llamarse el penúltimo paso de su vida, lo que para él significó sentar cabeza. Desde su juventud Shard tuvo en mente tres grandes líneas de conducta, sobre las que meditaba de día y rumiaba de noche, consolándose de todos sus peligros; secretas incluso para sus hombres, se trataba de tres medios con los que esperaba escapar de cualquier peligro en los mares. Una de ellas era la isla flotante de la que se habla en el Libro de las Maravillas; otra era tan fantástica que podemos dudar incluso que la brillante audacia de Shard la hubiera podido encontrar practicable, al menos él nunca intentó hacerlo según lo que se conoce en esa taberna junto al mar en la que me he informado; y la tercera decidió llevarla a cabo cuando viró aquella mañana para el Mediterráneo. En verdad, podría haber seguido practicando la piratería un poco más tarde, cuando los mares recuperaran la calma, pero ese penúltimo paso fue como esa pequeña casa de campo a la que todo hombre de negocios ha echado el ojo; como cualquier cómoda inversión reservada para la vejez, hay determinadas trayectorias decisivas en las vidas de los hombres que después de asumidas impiden a estos volver a sus viejos asuntos.

Ante el asombro de sus hombres viró, pues, para el Mediterráneo, con la flota inglesa pisándole los talones.

—¡De qué locura se trata! —murmuró Bill, el contramaestre, al único oído del viejo Frank—, con toda la flota francesa esperándonos en Lyon y los españoles a lo largo de todo el trayecto entre Cerdeña y Túnez (ellos conocían bien las rutas marítimas de los españoles).

Mandaron una delegación a hablar con el capitán Shard, todos serios y vestidos con sus trajes más costosos. Le dijeron que el Mediterráneo era una ratonera, y lo único que él les respondió fue que el viento del Norte los sostendría. Y la tripulación le contestó que estaban listos.

De manera que penetraron en el Mediterráneo y la flota inglesa cerró el estrecho de Gibraltar. Y Shard continuó dando bordadas por la costa marroquí con una docena de fragatas tras él. Y el viento del Norte se hizo más intenso. Y el capitán no habló a su tripulación hasta que anocheció, momento en que reunió a todos a excepción del timonel y les pidió cortésmente que bajaran a la bodega. Allí les mostró seis inmensos ejes de acero y una docena de enormes ruedas de hierro que ninguno de ellos había visto antes; y contó a su tripulación que, sin que nadie lo supiera, su nave había sido especialmente adaptada a esos ejes y ruedas, y que tenía la intención de navegar enseguida de nuevo hacia el vasto Atlántico, aunque no a través del estrecho. Y cuando

oyeron el nombre del Atlántico todos sus compinches se alegraron, pues lo consideraban un mar muy seguro.

Y cayó la noche y el capitán Shard mandó llamar a su buzo. Con el mar embravecido al buzo le era difícil trabajar, pero a medianoche las cosas salieron a entera satisfacción de Shard; y el buzo dijo que de todos los trabajos que había desempeñado… Al no encontrar adecuada comparación y estar necesitado de un trago, se calló y pronto se durmió, y sus camaradas lo llevaron a su hamaca. La persecución continuó durante todo el día siguiente con el inglés bien a la vista, ya que Shard había perdido tiempo durante la noche con sus ruedas y ejes, y el peligro de encontrarse con los españoles aumentaba a cada hora. Cuando anocheció cada minuto parecía cargado de peligro; sin embargo, siguieron dando bordadas hacia el Este, donde sabían que debían de estar los españoles.

Y finalmente divisaron sus gavias, y no obstante Shard siguió adelante. Se estaba aproximando, la noche avanzaba y la Union Jack que izaron ayudó a Shard con los españoles durante los últimos, ansiosos minutos, aunque esto pareció enojar al inglés. Mas, como dijo Shard, «no se puede contentar a todo el mundo», y a continuación la oscuridad se tragó el crepúsculo.

—A estribor —dijo el capitán Shard.

El viento del Norte, que había arreciado a lo largo del día, soplaba ahora como un vendaval. Ignoro a qué parte del litoral se dirigía Shard, mas él sí lo sabía, pues las costas del mundo eran para él lo que Margate para alguno de nosotros.

En un lugar donde, impregnado de misterio y de muerte, del propio corazón de África el desierto emerge por encima del mar, no menos grandioso ni menos terrible que él, divisaron tierra muy próxima, casi en tinieblas. Shard mandó a todos los hombres a la parte trasera del barco y también el lastre. Y pronto el *Desperate Lark,* elevando un poco su proa por encima del agua, hizo dieciocho nudos a favor del viento, encalló en una playa arenosa y a continuación se enderezó, y lentamente se dirigió hacia el interior de África.

Los piratas habrían dado tres hurras, pero tras el primero Shard los silenció, y tomando el timón, les soltó un pequeño discurso, mientras las sólidas ruedas aporreaban lentamente la arena africana, haciendo apenas cinco nudos en medio del vendaval. «Los peligros del mar», dijo, «se han exagerado mucho. Durante cientos de años, los barcos han estado navegando por mar, y en el mar uno sabe lo que hay que hacer; pero en tierra es diferente». Ahora estaban en tierra y no iban a olvidarlo. En el mar se puede hacer todo el ruido que se quiera sin sufrir ningún perjuicio, pero en tierra puede suceder

cualquier cosa. Uno de los peligros de tierra firme que Shard citó como ejemplo fue la horca. «De cada cien hombres que son ahorcados en tierra», dijo, «en el mar no serían colgados más de veinte».

Los hombres se fueron a dormir junto a los cañones. Esa noche no irían lejos, pues el riesgo de naufragar de noche era un peligro característico de tierra firme, mientras que en el mar se puede navegar desde la puesta del sol hasta el amanecer. No obstante era esencial no dejarse ver desde el mar, pues, si alguien se enteraba de dónde se encontraban, tendrían a la caballería tras ellos. Y por eso había enviado de nuevo a Smerdrak (un joven lugarteniente pirata) a fin de que borrara las huellas que habían dejado en el lugar por donde habían salido del mar. Y los compinches asintieron enérgicamente con la cabeza aunque no se atrevieron a vitorear, y al poco tiempo volvió corriendo Smerdrak y le arrojaron un cabo por la popa. Después de hacer unas quince millas echaron el ancla, y el capitán Shard reunió a sus hombres en torno suyo y, permaneciendo junto a la rueda de proa, bajo las nítidas y grandes estrellas de Argelia, les explicó su sistema de conducción. No había mucho que explicar; haciendo gala de considerable ingenio había separado y montado sobre un pivote la porción de quilla que sostenía el eje delantero, y podía moverla mediante cadenas controladas desde el timón de tierra, de manera que el par delantero de ruedas podía girar a voluntad aunque solo un poco; y más tarde comprobaron que en cien yardas únicamente podían desviar el barco de su rumbo unas cuatro yardas. Pero los capitanes de cómodos acorazados, o incluso los propietarios de yates, no deben criticar demasiado severamente a un hombre que no era de esta época y por tanto no conocía los inventos modernos; también debería recordarse que Shard no se encontraba ya en alta mar. Es posible que su forma de gobernar fuera torpe, sin embargo hizo lo que pudo.

Cuando quedaron claros para sus hombres el uso y las limitaciones de su timón de tierra, Shard les ordenó acostarse a todos a excepción de los vigías. Mucho antes del amanecer los despertó y con el primer rayo de luz se pusieron en marcha, de manera que aquellas dos flotas enemigas, tan seguras de tener rodeado a Shard en una amplia media luna frente a la costa argelina, no vieron ni rastro del *Desperate Lark*, ni en el mar ni en tierra firme; y desde el buque insignia prorrumpieron en enérgicos juramentos en inglés.

El temporal siguió soplando tres días, y mediante el empleo de más trapo durante el día, corrieron por encima de la arena a casi diez nudos, aunque en el informe sobre las aguas agitadas que iban encontrando (así llamaba el vigía, antes de adaptarse a su nuevo medio, a las peñas, los pequeños cerros o

el terreno accidentado), la velocidad fue muy disminuida. Como estaban en pleno verano los días eran muy largos y Shard, deseoso de dejar atrás el rumor de su propia aparición mientras el viento se mantuviera favorable, navegó durante diecinueve horas al día, acostándose a las diez de la noche y volviendo a izar velas a las tres de la madrugada, cuando empezaba a despuntar el alba.

En aquellos tres días recorrió quinientas millas. Luego, el viento amainó hasta convertirse en una brisa, aunque sin dejar de soplar del Norte, y en la semana siguiente no hicieron más de dos nudos. Entonces los compinches empezaron a murmurar. Al principio la suerte había favorecido a Shard claramente, pues la caballería había salido a dar una batida local y el navío, lanzado a diez nudos, atravesó las únicas regiones pobladas, pasando por delante de multitudes que habían decidido no huir. En cuanto a los fugitivos, pronto desaparecieron por las alturas cercanas a la costa en cuanto Shard les apuntó con su cañón, aunque no se atrevió a disparar. Por mucho que se burlara de la inteligencia del almirantazgo inglés y del español, que no habían sospechado de su maniobra, única posible, según él, en aquellas circunstancias, sabía sin embargo que el estruendo del cañón descubriría su secreto. Por supuesto, la suerte lo había ayudado, y cuando dejó de hacerlo debió apelar a todas sus posibilidades. Por ejemplo, mientras el viento se mantuvo favorable no perdió ocasión de reabastecerse; si atravesaban una aldea, se apoderaba de sus cerdos y de sus aves de corral; y cada vez que pasaba cerca de donde había agua llenaba sus depósitos a tope. Y cuando solo podía hacer dos nudos, navegaba toda la noche precedido por un hombre provisto de farol; de esa manera hicieron, durante aquella semana, cerca de cuatrocientas millas, cuando cualquier otro habría fondeado de noche, perdiendo cinco o seis de las veinticuatro horas diarias. No obstante sus hombres murmuraban. «¿Es que acaso se cree que el viento va a soplar eternamente?», decían. Y Shard se limitaba a fumar. Y pensaba, pensaba mucho.

—¿En qué estará pensando? —le dijo Bill a Jack el Malo.

Y este le contestó:

—Puede pensar todo lo que le venga en gana, pero eso no va a sacarnos del Sahara si el viento amaina.

Y a finales de aquella semana, Shard se dirigió a su compartimento de cartas náuticas y trazó un nuevo rumbo un poco hacia el Este, hacia terrenos cultivados. Y un día, hacia el atardecer, divisaron una aldea, y en esto llegó el ocaso y el viento amainó completamente. Entonces aumentaron los

murmullos de los compinches hasta convertirse en juramentos, bordeando casi el motín. «¿Adónde iban ahora?», se preguntaban. «¿Estaban siendo tratados equitativamente?».

Shard los tranquilizó preguntándoles qué deseaban hacer, y cuando a ninguno se le ocurrió nada mejor que acudir a los aldeanos y decirles que una tormenta había desviado su rumbo, Shard les reveló su plan.

Había oído hacía mucho tiempo que en África es corriente que los bueyes tiren de las carretas; los bueyes eran muy numerosos en aquellos lugares donde no existía ningún tipo de cultivo. Por esa razón, cuando el viento empezó a amainar, había puesto rumbo en dirección a la aldea: aquella noche cuando oscureciera iban a llevarse cincuenta yuntas de bueyes; a medianoche ya debían de estar uncidos y entonces inmediatamente galoparían.

Un plan tan estupendo como ese asombró a sus hombres, los cuales se disculparon por su falta de fe, y uno por uno fueron estrechando la mano de Shard, escupiendo antes sobre su palma en señal de buena voluntad.

La incursión de aquella noche tuvo un gran éxito; pero por ingenioso que Shard se mostrara en tierra firme, y maestro en alta mar, debe admitirse que la falta de experiencia en este tipo de navegación lo llevó a cometer un error, insignificante es cierto y completamente evitable con un poco de práctica: los bueyes no podían galopar. Shard los maldijo, los amenazó con su pistola, diciéndoles que no les daría de comer, todo fue inútil: aquella noche, empujado por ellos, el *Desperate Lark* no hizo más de un nudo. Shard utilizó sus fracasos, como todo lo que le acontecía, como materiales con que edificar su futuro éxito: se fue inmediatamente a su compartimento de cartas náuticas y revisó otra vez todos sus cálculos.

La cuestión de la lenta marcha de los bueyes imposibilitaba que pudieran eludir la persecución. Por tanto, Shard anuló su orden al lugarteniente de cubrir las huellas dejadas en la arena, y el *Desperate Lark* prosiguió con dificultad su curso a través del Sahara confiando en sus cañones.

La aldea no era grande, y la escasa multitud que fue avistada a popa, desapareció a la mañana siguiente tras el primer disparo del cañón correspondiente. Al principio Shard hizo que los bueyes llevaran toscos y resistentes bocados de hierro, otro de sus errores. «Pues, si se desbocan», había dicho, «podríamos también ser arrastrados delante de la tempestad, y es imposible decir dónde nos encontraríamos». Pasados uno o dos días, comprobó que los bocados no eran útiles, y como hombre práctico de inmediato corrigió su error.

Y ahora la tripulación, sacando sus mandolinas y cornetas, cantó el día entero alegres canciones y vitoreó al capitán Shard. Estaban todos alegres salvo el capitán, cuyo rostro parecía malhumorado y perplejo; solo esperaba tener más noticias de aquellos aldeanos. Cada día los bueyes se bebían toda el agua disponible, temía que no pudieran conseguir más, desagradable temor sobre todo si el barco se detenía en pleno desierto. Durante una semana continuaron igual, haciendo diez millas al día, y la música y el canto crispaban los nervios del capitán, pero no se atrevía a contarle a sus hombres cuál era el problema. Y entonces un día los bueyes apuraron las últimas existencias de agua. Y se presentó el lugarteniente Smerdrak a informar del hecho.

—Dadles ron —dijo Shard, mientras maldecía a los bueyes—. Lo que es bueno para mí —siguió diciendo— debería ser bueno para ellos —y juró que beberían ron.

—Sí, sí, señor —dijo el joven lugarteniente pirata.

No debería juzgarse a Shard por las órdenes de aquel día. Durante casi quince días había estado esperando el funesto destino que se le avecinaba lentamente; la disciplina lo había llevado a aislarse de cualquier otro que pudiera compartir su miedo y discutirlo; y todo el tiempo había tenido que pilotar el barco, lo cual incluso en el mar es una ardua responsabilidad. Todo eso había alterado el sosiego de aquel claro juicio que en una ocasión había desconcertado a cinco armadas. Maldijo a los bueyes y les ordenó beber ron, y Smerdrak dijo: «Sí, sí, señor», y se fue abajo.

Hacia el ocaso, Shard estaba de pie en la toldilla, pensando en la muerte; no se moriría de sed; antes habría un motín, pensó. Los bueyes rechazaron el ron por última vez y los hombres empezaron a mirar con inquietud al capitán Shard, sin murmurar aunque escudriñándolo de reojo, como si tuvieran solo un pensamiento que no necesitara de palabras. Una veintena de gansos formando una gran V cruzaron el cielo nocturno, inclinaron sus pescuezos y los torcieron hacia abajo en dirección a algún lugar del horizonte. El capitán Shard se precipitó hacia el compartimento de cartas náuticas y pronto llegaron los hombres a la puerta con el viejo Frank al frente, visiblemente molesto y retorciendo la gorra entre sus manos.

—¿Qué ocurre? —dijo Shard, como si no pasara nada.

Entonces el viejo Frank dijo lo que había ido a decir:

—Queremos saber lo que va usted a hacer.

Y los hombres asintieron solemnemente con la cabeza.

—Conseguir agua para los bueyes —respondió el capitán Shard—, ya que los muy puercos no quieren ron. Los muy perezosos tendrán que trabajar para eso. ¡Levad el ancla!

Y al oír la palabra «agua», una mirada afloró a sus rostros como cuando algún vagabundo piensa de repente en su hogar.

—¡Agua! —dijeron.

—¿Por qué no? —contestó el capitán Shard. Y ninguno de ellos llegó a enterarse: a no ser por los gansos, que inclinaron sus pescuezos y los torcieron hacia abajo, no hubieran encontrado agua esa noche ni ninguna otra, y el Sahara los habría atrapado como ha atrapado a tantos otros y atrapará a muchos más. Aquella noche siguieron un nuevo rumbo: al alba encontraron un oasis y los bueyes bebieron.

Y decidieron quedarse en aquel acre de verdor con palmeras y manantial, rodeado por miles de millas de desierto y resistente al paso del tiempo; pues los que se han quedado sin agua durante algún tiempo en algún desierto africano llegan a sentir por ese fluido natural una estima a la cual difícilmente pueda el lector dar crédito. Cada hombre eligió un lugar donde edificaría su cabaña y se instalaría, y tal vez se casaría, y donde incluso olvidaría el mar. Cuando terminaron de llenar sus depósitos y barriles, el capitán Shard les ordenó perentoriamente levar anclas. Hubo mucho descontento, incluso algunas quejas; pero cuando un hombre ha librado por dos veces de la muerte a sus camaradas con solo la viveza de su mente, estos llegan a sentir un respeto por su buen juicio que no vacila ante insignificancias. Debe recordarse que en el asunto del amaine del viento, y nuevamente cuando se agotó el agua, estos hombres no supieron qué hacer, eso mismo le ocurrió a Shard, pero ellos lo ignoraban. Shard sabía todo eso y eligió ese momento para consolidar su reputación entre los componentes de aquel navío mediante la explicación de sus motivos, que normalmente guardaba en secreto. «El oasis», dijo, «debe de ser un puerto de arribada para todos los viajeros en centenares de millas a la redonda: ¡hay que ver la de hombres que se juntan en cualquier parte del mundo donde existe una gota de *whisky* en los países decentes, incluso, tal es la peculiaridad de los árabes, más preciosa!». Otra cosa les indicó: los árabes eran gente singularmente indiscreta y si tropezaran con un barco en medio del desierto probablemente hablarían de ello; y como en todas partes existen lenguas maliciosas, nunca interpretarían correctamente sus discrepancias con las flotas inglesa y española, sino que simplemente tomarían partido por el más fuerte en contra del más débil.

Y los hombres suspiraron, y cantaron la canción del cabrestante, y levaron anclas y uncieron los bueyes, y siguió el barco haciendo su nudo invariable, que nada podía hacer aumentar. Puede parecer extraño que con todas las velas recogidas por la calma chicha y los bueyes parados echaran el ancla. Mas la costumbre no se olvida fácilmente. Cabe preguntarse más bien cuántas de esas costumbres inútiles conservamos nosotros mismos: por ejemplo, los apéndices de la parte posterior de las botas camperas, aunque ya no se tira de ellos, o los lazos de nuestros zapatos de etiqueta, que ni se atan ni se desatan. Los hombres dijeron que así se sentían más seguros y sanseacabó.

Shard trazó un rumbo Sur cuarta al Sudoeste y ese día hicieron diez nudos, al siguiente hicieron solamente siete u ocho y Shard tuvo que ponerse al pairo, intentando detenerse. Llevaban a bordo muchas provisiones de forraje para los bueyes, y para los hombres un cerdo, una cantidad de aves de corral, varios sacos de galletas y noventa y ocho bueyes (ya se habían comido dos de ellos); y se encontraban a tan solo veinte millas del agua. Se quedarían allí, dijo el capitán, hasta que la gente se olvidara de sus pasados; alguien inventaría algo, o alguna cosa ocurriría para que la gente se olvidara de ellos y de los barcos que habían hundido. Olvidaba que hay hombres a los que les pagan muy bien por recordar.

A mitad de camino del oasis estableció un pequeño depósito donde enterró sus barriles de agua. Tan pronto como se vaciaba un barril, ordenaba que una docena de hombres lo hiciera rodar por turnos hasta el depósito. Esto lo hacían de noche, manteniéndose ocultos durante el día, y la noche siguiente se ponían en camino en dirección al oasis, llenaban el barril y lo volvían a traer rodando. Así pronto tuvo, a solo diez millas de distancia, una reserva de agua, desconocida para los más sedientos nativos de África, con la cual podría fácilmente rellenar sus depósitos a voluntad. Permitió que sus hombres cantaran, permitió incluso que encendieran fuego sin motivo. Fueron noches muy alegres mientras duró el ron; a veces divisaban gacelas que los miraban con curiosidad; otras veces, pasaba cerca algún león y su rugido aumentaba la sensación de seguridad que tenían en el interior de su barco; a su alrededor, uniforme, inmenso, yacía el Sahara. «Es mejor que una prisión inglesa», decía el capitán Shard.

Y la calma chicha duraba; ni siquiera, por las noches, susurraba la arena acariciada por el viento. Cuando se agotó el ron y su falta empezó a ser problemática, Shard les recordó lo poco que lo habían consumido cuando era lo único que tenían y los bueyes no querían ni mirarlo.

Y pasaron lentamente los días cantando, incluso a veces bailando, y las noches alrededor de un prudente fuego en una depresión de la arena, con solo un vigía, contándose historias del mar. Era un alivio tras arduas guardias alternadas con cabezadas junto a los cañones, un reposo para sus tensos nervios y sus fatigados ojos; y todos estuvieron de acuerdo en que, a pesar de lo mucho que echaban de menos el ron, el mejor lugar para un barco como el suyo era tierra firme.

Como he dicho, fue a 23° de latitud Norte y 4° de longitud Este donde se oyó por primera y única vez una andanada procedente de un barco. Sucedió así.

Habían permanecido allí durante varias semanas y se habían comido diez o tal vez doce bueyes, y en todo ese tiempo no había habido ni un soplo de viento y no habían visto a nadie. Hasta que una mañana, mientras la tripulación desayunaba, el vigía anunció la llegada de la caballería procedente de la costa. Shard, que ya había rodeado su barco de afiladas estacas, ordenó a todos sus hombres que subieran a bordo; el joven corneta, que se vanagloriaba de haber aprendido las costumbres de tierra firme, dio el toque de «prepararse a recibir a la caballería». Shard envió unos hombres con picas a las portillas más bajas, dos más con mosquetes a la arboladura y el resto a los cañones; cambió por balas la «metralla» o los «botes» con que cargaba los cañones en caso de sorpresa, despejó las cubiertas, tendió escalas por dentro, y antes de que la caballería se pusiera a tiro estaba todo listo para recibirla. Los bueyes fueron uncidos para que Shard pudiera maniobrar su barco inmediatamente.

Cuando divisaron por vez primera a la caballería, venía al trote; ahora avanzaba a medio galope. Se trataba de árabes vestidos de blanco a lomos de excelentes caballos. Shard estimó que serían unos doscientos o trescientos. Cuando llegaron a unas seiscientas yardas del barco, Shard abrió fuego con uno de los cañones; había calculado cuidadosamente la distancia, pero nunca había practicado por miedo a que los oyeran desde el oasis: así que el disparo fue alto. El siguiente se quedó corto y rebotó por encima de las cabezas de los árabes. Shard se encontraba ahora a tiro, y cuando dio a los diez cañones restantes de su batería de costado la misma elevación de su segundo cañón, los árabes habían llegado al lugar en donde había caído el último disparo. La batería de costado alcanzó a los caballos, sobre todo por bajo, y rebotó contra ellos; una bala de cañón golpeó una roca junto a las patas de los caballos, la hizo pedazos, lanzó por los aires los fragmentos contra los árabes con el peculiar chirrido propio de los objetos liberados por los proyectiles de su

estado inmóvil, y continuó con ellos en medio de un gran estrépito; solo con este disparo murieron tres hombres.

—Muy satisfactorio —dijo Shard, frotándose el mentón—. Carguen ahora con metralla —ordenó bruscamente.

La batería de costado no detuvo a los árabes, ni siquiera redujo su velocidad; sino que se apiñaron todavía más como buscando la compañía en aquellos momentos de peligro, lo cual no deberían haber hecho. Ahora estaban a cuatrocientas yardas, trescientas cincuenta; y entonces, los dos vigías, parapetados en la batayola, empezaron a disparar de uno en uno los treinta mosquetes. Cada disparo tuvo su efecto, pero los árabes siguieron avanzando. Ahora galopaban. En aquellos tiempos llevaba algún tiempo cargar los cañones. Trescientas yardas, doscientas cincuenta, y los hombres seguían cayendo. Doscientas yardas. El viejo Frank, a pesar de su única oreja, tenía una vista atroz. Ahora comenzaron a sonar las pistolas, pues habían disparado ya todos los mosquetes. Ciento cincuenta yardas. Shard había señalado cada cincuenta yardas con pequeños mojones blancos. El viejo Frank y Jack el Malo, desde lo alto de la arboladura, se sintieron bastante inquietos cuando vieron que los árabes habían llegado a aquel pequeño mojón blanco: ambos erraron sus tiros.

—¿Todo listo? —dijo el capitán Shard.

—Sí, sí, señor —respondió Smerdrak.

—Bien —dijo el capitán Shard, alzando un dedo.

Ciento cincuenta yardas es una deplorable distancia para ser alcanzado por la metralla (o «bote», como la llamamos ahora): los artilleros difícilmente pueden errar y la carga tiene tiempo de esparcirse. Más tarde, Shard estimó que con solo aquella andanada había alcanzado a treinta árabes y otros tantos caballos.

Se habían aproximado unos doscientos de ellos, todavía montados en sus caballos, pero la andanada de metralla los había trastornado, y cuando rodearon el barco parecían indecisos. Portaban en sus manos espadas y cimitarras, aunque la mayoría llevaba colgando a sus espaldas extraños mosquetes de largo cañón; unos pocos los descolgaron y empezaron a disparar al azar. No podían alcanzar con sus espadas a los compinches de Shard. De no haber sido por aquella andanada que recibieron, habrían tomado a la fuerza el navío enemigo por su mayor número; la andanada lo echó todo a perder. Lo mejor que podían haber hecho era concentrar todos sus esfuerzos en prender fuego al barco, no lo intentaron. Parte de ellos pululó alrededor del navío, blandiendo sus espadas y buscando inútilmente un fácil acceso.

Esperaban tal vez encontrar alguna puerta, no era gente marinera; sus jefes los instigaron a ahuyentar a los bueyes, imaginando que el *Desperate Lark* no dispondría de otros medios de transporte. Cosa que consiguieron hasta cierto punto. Ahuyentaron a treinta cortando sus tirantes, a otros veinte los mataron en el mismo lugar con sus cimitarras, aunque el cañón de proa los alcanzó un par de veces mientras cumplían con esa misión, y diez más murieron víctimas desgraciadas del citado cañón de Shard. Antes de que pudieran dispararles por tercera vez desde proa, se alejaron al galope, volviendo a disparar sus mosquetes contra los bueyes y matando a otros tres, más que la pérdida de sus bueyes, lo que le preocupaba a Shard era su pérdida de capacidad de maniobra. Se alejaron al galope en el preciso momento en que el cañón de proa estaba listo, y pasaron al costado de babor, donde la batería no pudiera alcanzarlos, dando a entender un mejor conocimiento del funcionamiento de los cañones de lo que pudieron haber aprendido aquella luminosa mañana. ¿Qué pasaría, pensaba Shard para sí mismo, si trajeran grandes cañones contra el *Desperate Lark*? Solo pensarlo hizo que denostara al destino. Pero los piratas vitorearon cuando los árabes se alejaron. A Shard solo le quedaban veintidós bueyes, y entonces alrededor de una veintena de árabes desmontaron, mientras el resto se alejó todavía más, llevándose sus caballos. Los que desmontaron se apostaron detrás de unas rocas, a unas doscientas yardas por el costado de babor, y empezaron a disparar contra los bueyes. Shard, que disponía todavía de un número suficiente de ellos para maniobrar su barco aunque con esfuerzo, lo hizo virar unos puntos hacia estribor a fin de lanzar una andanada contra las rocas. Pero no servía la metralla: la única forma de poder alcanzar a algún árabe era que el disparo diera en una de las rocas que los protegían, y eso no era fácil salvo por casualidad; además, cada vez que Shard maniobraba su barco, los árabes cambiaban de posición. La situación se prolongó durante todo el día, mientras los jinetes árabes rondaban, fuera del alcance de los cañones, vigilando los movimientos de Shard. Y cada vez había menos bueyes, tal era la puntería de los árabes, hasta que solo quedaron diez y el barco ya no pudo maniobrar. Pero entonces se fueron todos a caballo.

Los piratas quedaron encantados; calcularon que a un costado y a otro del barco habrían desmontado a un centenar de árabes, y ellos a bordo no tenían más que un herido: Jack el Malo había sido alcanzado en la muñeca, probablemente por una bala destinada a los artilleros, pues los árabes disparaban alto. Habían capturado un caballo, y sobre los cadáveres de los árabes habían encontrado pintorescas armas y una interesante especie de

tabaco. Estaba anocheciendo. Hablaron del combate, bromearon acerca de sus disparos más afortunados, fumaron su nuevo tabaco y cantaron: en conjunto fue la velada más alegre que habían tenido. Shard, solo en el alcázar, paseaba de un lado a otro meditabundo y perplejo, le había amputado a Jack el Malo su mano herida, poniéndole en su lugar un garfio del pañol, pues en estas ocasiones el capitán hacía de médico y guardaba una media docena de miembros bien proporcionados, además de un hacha, claro. Jack el Malo bajó blasfemando un poco y dijo que se echaría un rato; la tripulación fumaba y cantaba en la arena; Shard se quedó solo. Un pensamiento lo turbaba: ¿qué harían los árabes? No parecía existir ninguna razón para que se hubieran ido. Y en lo más recóndito de su mente solo pensaba en cañones y más cañones. Se persuadió a sí mismo de que no podrían arrastrarlos por la arena, que el *Desperate Lark* no merecía la pena, que lo habrían dejado por imposible. No obstante sabía en su fuero interno lo que harían. Sabía que en África había muchas ciudades fortificadas, y en cuanto a que su barco mereciera la pena, sabía que a aquellos hombres derrotados no les quedaba ahora otra opción salvo la venganza, y si el *Desperate Lark* vino por la arena, ¿por qué no los cañones? Sabía que el barco nunca podría resistir a los cañones y a la caballería; tal vez una semana, dos semanas, o incluso tres. ¿Qué más daba el tiempo? Y los hombres cantaron:

Nos vamos de aquí,
Ajá, ajá, ajá,
Una gota de ron para ti y otra para mí,
Y el mundo es tan redondo como la letra O,
Y la mar fluye a su alrededor.

La melancolía invadió a Shard. Hacia el ocaso subió el lugarteniente Smerdrak para recibir órdenes. Shard le mandó que cavara una zanja a lo largo del costado de babor del barco. Los hombres querían cantar y refunfuñaron por tener que cavar, sobre todo teniendo en cuenta que Shard no les había mencionado su temor a los posibles cañones de los árabes; pero el capitán echó mano a sus pistolas y al final se salió con la suya. Nadie a bordo sabía disparar como el capitán Shard. Eso les ocurre a menudo a los capitanes de barcos piratas, cuya posición es bastante difícil de mantener. La disciplina es esencial para aquellos que tienen derecho a ondear la bandera de la calavera y las tibias cruzadas, y Shard era el encargado de hacerla respetar. La luna ya había salido cuando terminaron de cavar la zanja a entera satisfacción del capitán; y los hombres que esta iba a proteger cuando llegara lo peor

estuvieron blasfemando todo el tiempo mientras cavaban. Y cuando la finalizaron, reclamaron un banquete con alguno de los bueyes muertos, y Shard les dejó hacer. Y por primera vez encendieron una inmensa hoguera, quemando la abundante maleza; pensaban que los árabes no se atreverían a volver, y Shard sabía que de nada servía seguir ocultándolo. Los hombres pasaron toda la noche regalándose y cantando, mientras Shard permaneció sentado en su compartimento de cartas náuticas haciendo planes.

Cuando llegó la mañana aparejaron el cúter, así llamaban al caballo capturado, y designaron su tripulación. Como solo había dos hombres que sabían montar un poco, estos se convirtieron en la tripulación del cúter. Eran Dick el Español y el contramaestre Bill.

Las órdenes de Shard eran que tomaran el mando del cúter por turno y patrullaran durante el día unas cinco millas en dirección Noreste, para regresar de noche. Y equiparon el caballo con una bandera al frente de la silla, que de esta forma sería su enseña, y se llevaron un ancla por temor a que su cabalgadura se desbocara.

Tan pronto como partió Dick el Español, Shard envió a algunos hombres para que llevaran rodando todos los barriles al depósito, donde fueron enterrados en la arena, con órdenes de vigilar al cúter todo el tiempo, y en caso de recibir señales de él, volver lo más rápidamente posible.

Aquel día enterraron a los árabes muertos, quitándoles sus cantimploras y cualquier provisión que llevaran encima, y aquella misma noche enterraron todos los barriles. Nada sucedió durante varios días. No obstante, ocurrió un acontecimiento de singular importancia: un día el viento se levantó, pero como venía del Sur y el oasis estaba al Norte y pasado este debían tomar un sendero de camello, Shard decidió quedarse donde estaba. Si hubiera creído que iba a durar, tal vez habría izado velas, pero amainó al atardecer tal como predijo que ocurriría, y en cualquier caso no era la clase de viento que él quería. Y pasaron más días, dos semanas, sin una brisa. Los bueyes muertos no se conservaban y tuvieron que matar tres más; ahora solamente quedaban siete.

Los hombres nunca habían pasado tanto tiempo sin ron. El capitán Shard había doblado la guardia, ordenando además que durmieran otros dos hombres junto a los cañones. Se habían cansado de sus sencillos juegos y de la mayoría de sus canciones; y sus relatos, siempre inventados, ya no constituían ninguna novedad. Y entonces un día la monotonía del desierto se les echó encima.

El Sahara tiene un encanto especial: un día allí es delicioso, una semana agradable, una quincena cuestión de opinión; llevaban ya meses. Los hombres se mantenían perfectamente corteses, pero el contramaestre quería saber cuándo pensaba irse Shard. Cualquier pregunta al capitán de un barco atrapado en el desierto en medio de una calma chicha era irracional, mas Shard respondió que se haría a la vela, ya le avisaría, en uno o dos días. Y pasaron uno o dos días en medio de la monotonía del Sahara, que no tiene igual en el mundo. Ni los grandes pantanos, ni las praderas, ni el mar pueden igualarla; solo el Sahara permanece inalterable al paso de las estaciones, sin que se cambie demasiado la superficie, sin flores que se marchiten o crezcan, invariable año tras año en centenares y centenares de millas. Y el contramaestre regresó y, quitándose la gorra, preguntó al capitán Shard si era tan amable de comunicarles el nuevo rumbo. Shard dijo que tenía la intención de quedarse hasta que se hubiesen comido tres bueyes más, ya que solo podían llevarse tres en la bodega. Ahora quedaban solamente seis.

—¿Y si no hubiera viento? —preguntó el contramaestre.

Y en aquel preciso momento una ligerísima brisa del Norte agitó un mechón de pelo del contramaestre, que permanecía de pie, con la gorra en la mano.

—No me hables del viento —dijo el capitán Shard, y Bill se asustó un poco, ya que la madre de Shard había sido gitana.

Solo era una brisa extraviada, un ardid del Sahara. Y pasó otra semana y se comieron dos bueyes más.

Ahora obedecían al capitán Shard con ostentación, pero presentaban un aspecto siniestro. Bill volvió de nuevo y Shard le respondió en caló.

Así estaban las cosas cuando una calurosa mañana del Sahara el cúter hizo señales. El vigía las comunicó al capitán y este leyó el mensaje: «Caballería a popa», leyó, y luego un poco más adelante: «con cañones».

—¡Ah! —exclamó el capitán Shard.

Shard abrigó un resquicio de esperanza: las banderas ondeaban en el cúter. Por primera vez en cinco semanas soplaba una ligera brisa del Norte, tan ligera que apenas se notaba. Dick el Español regresó y fondeó su caballo a estribor, mientras la caballería avanzaba lentamente hacia el costado de babor.

No los avistaron hasta llegada la tarde, y mientras tanto estuvo soplando aquella ligera brisa.

—Un nudo —dijo Shard al mediodía—. Dos nudos —dijo al sonar las seis campanadas, y la velocidad siguió aumentando mientras los árabes se acercaban al trote. A las cinco en punto, la tripulación del *Desperate Lark*

pudo vislumbrar doce anticuados cañones de largo alcance sobre carretas arrastradas por caballos, y lo que parecían cañones más ligeros a lomos de camellos. Ahora el viento soplaba un poco más fuerte.

—¿Izamos las velas, señor? —dijo Bill.

—Todavía no —respondió Shard.

A las seis en punto, los árabes estaban a punto de ponerse a tiro del cañón y se detuvieron. Luego siguió una hora de inquietud poco más o menos, y los árabes no se aproximaban. Evidentemente su intención sería esperar a que oscureciera para acercar sus cañones. Probablemente intentaban excavar un parapeto, desde el cual pudieran disparar el cañón sin peligro.

—Estamos haciendo casi tres nudos —dijo Shard para sus adentros, mientras recorría el alcázar de un lado a otro con pasos pequeños y muy rápidos. Y entonces se puso el sol y oyeron rezar a los árabes, y los compinches de Shard maldijeron a voz en grito para demostrarles que eran tan buenos como ellos.

En espera de que llegara la noche, los árabes no se habían acercado más. No sabían hasta qué punto lo deseaba también Shard, quien suspiraba con los dientes apretados, incluso habría rezado si no hubiera tenido miedo de que el cielo se acordara de él y sus correrías.

Llegó la noche y brillaron las estrellas.

—Izar las velas mayores —dijo Shard.

Los hombres acudieron rápidamente a sus puestos, estaban hartos de aquel solitario y silencioso lugar. Subieron los bueyes a bordo y comenzaron a izar, y al igual que un amante procedente de ultramar, con el que se ha soñado durante mucho tiempo y al que se ha esperado largamente, como un amigo perdido al que se vuelve a ver pasados muchos años, el viento del Norte llegó hasta las velas de los piratas. Y antes de que Shard pudiera evitarlo, unos estruendosos hurras en inglés salieron disparados en dirección a los perplejos árabes.

Se pusieron en camino a unos tres nudos y medio y pronto alcanzaron casi los cuatro, Shard no quería arriesgarse de noche. El viento se mantuvo favorable toda la noche, y a razón de tres nudos desde las diez hasta las cuatro, cuando se hizo de día habían perdido de vista a los árabes. Entonces Shard mandó izar el resto de las velas y el barco hizo cuatro nudos, y cuando dieron las ocho estaban haciendo cuatro y medio. Los ánimos de aquellos hombres volubles se elevaron considerablemente y la disciplina llegó a ser absoluta. Mientras hubiera viento en las velas y agua en los depósitos, el capitán se sentía por lo menos a salvo de un motín. Los grandes hombres

únicamente pueden ser vencidos cuando su suerte está al mínimo. Si no habían logrado deponer a Shard cuando sus planes se vieron expuestos a la crítica y él apenas sabía qué hacer, era poco probable que pudieran hacerlo ahora; y, con independencia de lo que pensemos acerca de su pasado y de su forma de vida, no podemos negar que Shard era uno de los hombres más grandes de su tiempo.

De su derrota a mano de los árabes no estaba tan seguro. Era inútil tratar de ocultar sus huellas aun cuando hubiera dispuesto de tiempo; la caballería árabe los podría haber atrapado en cualquier parte. Y tenía miedo de sus camellos con aquellos cañones a bordo; se había enterado de que podían hacer siete nudos y continuar así la mayor parte del día, y aunque algún disparo alcanzase el palo mayor… Olvidándose de temores inútiles, Shard siguió consultando su carta marina pese a que los árabes estaban a punto de alcanzarlos. Dijo a sus hombres que el viento se mantendría favorable durante una semana y, gitano o no, desde luego sabía del viento tanto como un marino necesita saber.

Solo en su compartimento de cartas náuticas, resolvió lo siguiente: los árabes emplearían un par de horas más, digamos tres horas si montaban los cañones en sus parapetos, por lo que comenzarían a atacar a las siete. Suponiendo que los camellos caminaran doce horas diarias a razón de siete nudos, harían ochenta y cuatro millas al día, mientras que Shard, haciendo tres nudos de diez a cuatro, y cuatro nudos el resto del tiempo, completaría noventa y realmente les tomaría más delantera. Pero llegado el momento, no se arriesgaría a hacer más de dos nudos por la noche mientras el enemigo se mantuviera fuera del alcance de la vista, pues justamente consideraba que navegar de noche por tierra firme era más peligroso que cualquier otra cosa, por lo que también haría ochenta y cuatro millas al día. Fue una bonita carrera. No me he molestado en comprobar si Shard exageró erróneamente sus cifras o si subestimó el paso de los camellos, fuera lo que fuese, los árabes disminuyeron ligeramente su desventaja, pues al cuarto día, a unas cinco millas de lo que llamaban el cúter, Jack el Español divisó a los camellos a lo lejos y avisó a Shard. El viento se mantenía favorable, todavía les quedaban dos bueyes, y siempre podrían comerse su «cúter», disponiendo de una regular, aunque no abundante, provisión de agua. La aparición de los árabes fue un duro golpe para Shard, ya que le demostraba que no había escapatoria posible; lo que más temía de ellos eran sus cañones. Ante sus hombres quitó importancia a este hecho: les dijo que acabarían con el grupo en menos de media hora de enfrentamiento; sin embargo, temía que cuando llegaran los

cañones sería solo cuestión de tiempo que derribaran el aparejo o pusieran fuera de uso el gobernalle.

En una cosa, y además muy útil, aventajaba el *Desperate Lark* a los árabes: en el preciso momento en que iban a descubrirlos, el cielo se oscureció y entonces Shard utilizó un farol delantero, como no se había atrevido a hacer la primera noche en que se acercaron los árabes, y con su ayuda lograron hacer tres nudos. Los árabes acamparon al anochecer, y el *Desperate Lark* adelantó veinte millas. Pero al siguiente atardecer aparecieron de nuevo los árabes en el horizonte.

Al sexto día estaban cerca. Al séptimo, mucho más cerca. Y entonces Shard descubrió a través de sus amuras una franja de vegetación: era el río Níger.

Puede que supiera que, durante unas mil millas, el río seguía su curso a través de la selva, o puede incluso que ignorara su existencia; lo cierto es que jamás contó a sus hombres cuáles eran sus planes, o si vivía al día como un hombre cuyas horas están contadas. Tampoco me es posible añadir nada al respecto, basándome en lo que oí a algunos marineros borrachos en ciertas tabernas. Su rostro se mantuvo inexpresivo y su boca cerrada, su barco siguió el rumbo por él trazado. Al anochecer llegaron al comienzo de la selva, y los árabes acamparon y se retrasaron diez millas más; el viento había amainado un poco. Shard fondeó allí, un poco antes del ocaso, y desembarcó enseguida. Al principio exploró un poco la selva a pie. Luego mandó llamar a Dick el Español. Habían izado a bordo el cúter hacía algunos días al comprobar que no podía resistir más. Shard no sabía cabalgar, mandó llamar a Dick el Español y le dijo que debía llevarlo como pasajero. Así es que Dick el Español lo montó en la parte delantera de la silla, «delante del mástil», como la llamaba Shard, y enseguida se alejaron al galope.

—Tiempo borrascoso —dijo Shard, y siguió inspeccionando la selva según la atravesaba; en resumidas cuentas descubrió un lugar en donde la espesura era mucho menor, por lo que permitiría el paso del *Desperate Lark* si talaban unos veinte árboles. Shard señaló personalmente los árboles a derribar, mandó a Dick el Español que regresara inmediatamente a vigilar a los árabes y llevó al resto de la tripulación hasta aquellos veinte árboles. Era tremendamente arriesgado: el *Desperate Lark* quedaba vacío con el enemigo a no más de diez millas, pero ya era tiempo de tomar medidas drásticas y Shard se arriesgó a abandonar su barco en el corazón de África con la esperanza de que sería compensado.

Los hombres trabajaron toda la noche en la tala de aquellos veinte árboles; los que no tenían hachas se tuvieron que conformar con sus leznas y después relevaron a los que sí las tenían.

Shard era infatigable; iba de árbol en árbol mostrando exactamente la forma en que debía caer cada uno y lo que iba a hacerse con ellos cuando fueran derribados. Algunos tenían que ser cortados para que sus ramas no estorbaran a los mástiles, otros porque sus troncos se interponían al paso de las ruedas; en cuanto a estos últimos, el tocón debía ser cepillado y rebajado con sierras, y tal vez una porción del tronco aserrada y apartada. Ese era el trabajo más duro. Y todos eran grandes árboles; por otra parte, si hubieran sido pequeños, serían más numerosos y no habrían podido seguir adelante ni cien metros sin tener que talar alguno de ellos. Shard confiaba en disponer de tiempo para poder hacer todo eso.

Llegaron los primeros resplandores del amanecer y parecía que nunca iban a terminar. Finalmente amaneció y solo faltaba un árbol por talar; la parte más pesada del trabajo la habían realizado por la noche, y una especie de ímpetu final acabó con todo a excepción de un árbol enorme. Entonces el cúter avisó que los árabes se habían puesto en movimiento. Habían rezado sus oraciones al alba y ahora habían levantado su campamento. Shard mandó inmediatamente a todos sus hombres al barco, excepto a diez, que dejó en el susodicho árbol; siempre tenían la posibilidad de irse, y además, los árabes se habían puesto en marcha solo diez minutos antes de que ellos llegaran. Shard se metió en el cúter, perdiendo cinco minutos en la operación; luego izó la vela sin ayuda de nadie, lo que le llevó cinco minutos más, y lentamente se puso en camino.

El viento estaba amainando ya, y cuando el *Desperate Lark* llegó al comienzo de la franja de selva a través de la cual había trazado su rumbo, los árabes estaban a no más de cinco millas. Shard había navegado hacia el Este una media milla, se metió en la selva y los árabes quedaron atrás. Y cuando vieron que el *Desperate Lark* penetraba en la selva se apresuraron.

—Estamos haciendo diez nudos —dijo Shard, mientras vigilaba a sus hombres desde cubierta. El *Desperate Lark* no hacía más de un nudo y medio, pues el viento era flojo al abrigo de los árboles. No obstante, durante algún tiempo todo fue bien. El árbol grande acababa de ser derribado, no muy lejos, y los diez hombres estaban troceando el tronco con sus sierras.

Entonces Shard avistó una rama que no había señalado en la carta náutica y estaba a punto de alcanzar el tope del palo mayor. Inmediatamente fondeó y envió a un hombre a la arboladura, este aserró el palo a medias, y completó su

tarea a tiro de pistola; ahora los árabes se encontraban solo tres millas a popa. Durante un cuarto de milla condujo Shard a su nave a través de la selva hasta llegar al sitio donde se encontraban los diez hombres y aquel nefasto árbol grande; todavía hubo que rebajarle otro pie a una de las esquinas para que las ruedas pudieran pasar. Shard envió a todos sus hombres disponibles al tocón y fue entonces cuando los árabes se pusieron a tiro. Sin embargo, no habían desembalado aún su cañón. Y antes de que lo montaran, Shard se había largado. Si lo hubieran tenido listo, podría haber sido diferente el resultado. Cuando vieron al *Desperate Lark* navegando de nuevo, los árabes avanzaron unas trescientas yardas y montaron allí dos cañones. Shard los vigilaba desde su cañón de popa, no pensaba, sin embargo, disparar. Cuando los árabes comenzaron a hacerlo, ya los piratas se encontraban a seiscientas yardas. Y entonces, a solo diez brazas, Shard y sus compinches avistaron agua al frente. Shard cargó su cañón de popa con metralla en lugar de proyectiles y en aquel mismo momento los árabes cargaron con sus camellos; venían al galope a través de la selva, portando largas lanzas. Shard dejó el gobierno a Smerdrak y permaneció junto al cañón de popa. Aunque los árabes estaban a menos de cincuenta yardas no disparó todavía; tenía a su lado, en la popa, a la mayor parte de sus hombres armados con mosquetes. Aquellos lanceros a lomos de camello tenían una gran ventaja sobre los espadachines a caballo: podían alcanzar a los hombres de cubierta. Los piratas podían ver las horribles puntas de hierro de las lanzas; ya los tenían casi encima cuando Shard disparó. Y en aquel mismo momento la reseca y agrietada quilla del *Desperate Lark* asomó por la ribera más alta del Níger y cayó en picado hacia adelante como si se zambullera. El cañón disparó entre las copas de los árboles, una ola invadió las amuras y barrió la popa, el *Desperate Lark* se enderezó y comenzó a deslizarse: estaba otra vez en su elemento.

Los piratas contemplaron las cubiertas mojadas y sus ropas goteantes. «Agua», dijeron casi perplejos.

Los árabes siguieron avanzando un poco más por la selva, cuando comprendieron que en lugar de a un solo cañón de popa tenían que enfrentarse a una batería de costado, y se dieron cuenta de que un barco a flote es menos vulnerable a la caballería que en tierra firme, renunciaron a sus planes de venganza y se consolaron con unos versículos de su libro sagrado, que aseguran cómo en otros tiempos y otros lugares sus enemigos serían castigados según su deseo.

Impulsado por la corriente del Níger, y con la ayuda de ocasionales vientos, el *Desperate Lark* se dirigió hacia el mar por espacio de unas mil

millas. Al principio, el curso del río seguía un poco hacia el Este y luego hacia el Sur, hasta llegar a Akassa y de allí a mar abierto.

No relataré aquí cómo pescaron diversas especies de peces y atraparon patos, ni cómo, de tanto en tanto, atacaron por sorpresa alguna aldea y llegaron por fin a Akassa, pues ya he contado bastante acerca del capitán Shard. Imagínenselos acercándose cada vez más al mar y sintiendo, no obstante, algo parecido a lo que nosotros sentimos por nuestro rey, nuestra patria o nuestro hogar, sentimiento que los abrasaba desde adentro de modo no menos ardiente que a nosotros los nuestros: su pasión por el mar. Imagínenselos aproximándose al mar hasta ver aparecer las aves marinas y sentir los efectos de las brisas; entonces, cantarían de nuevo canciones que no habían cantado durante semanas. Imagínenselos finalmente navegando de nuevo por el salado Atlántico.

Ya he contado bastante acerca del capitán Shard y temo fatigarte, amable lector, si añado algo más acerca de tan cruel pirata. En lo alto de una torre, en solitario, yo también estoy cansado.

Y, sin embargo, es conveniente que semejante historia sea contada. Un viaje hacia el Sur, casi en línea recta, desde las cercanías de Argel hasta Akassa, en un barco apenas equiparable a un yate, constituye un estímulo para los jóvenes.

Garantía para el lector: desde que puse por escrito en tu honor, amable lector, esta larga historia que escuché en una taberna junto al mar, he viajado por Argelia y Túnez así como por el desierto. Gran parte de lo que vi en esos países parece poner en duda la historia que el marinero me contó. Para empezar, el desierto se encuentra a centenares de millas de la costa y lo atraviesan más montañas de lo que se suele suponer, en particular el Atlas. Es más que posible que Shard lo atravesara por El Cantara, siguiendo la ruta de los camellos, varias veces centenaria; o que pasara por Argel y Bou Saada, a través del desfiladero de El Finita Dem, aunque se trata de un paso bastante dificultoso para los camellos (y mucho más para unos bueyes arrastrando un barco), por cuya razón los árabes lo llaman Finita Dem, que quiere decir Sendero de Sangre.

Si el marinero hubiera estado sobrio cuando me la contó, no me habría atrevido a imprimir esta historia, por miedo a defraudarte, amable lector. Mas ese no fue el caso, como tuve buen cuidado de asegurarme: *in vino veritas* es un antiguo proverbio de comprobada eficacia, y nunca tuve motivo para dudar de su palabra… a menos que el proverbio mienta.

Únicamente aceptaría que me hubiera engañado a mí; pero si resultara también, querido lector, que has sido tú el engañado, lo poco que supe de aquel marinero, y del chismorreo de aquella vieja taberna cuyas ventanas emplomadas miran al mar, lo contaré inmediatamente a todos los jueces que conozco y será digno de ver cuál de ellos ahorcará primero al culpable.

Entre tanto, amable lector, créete la historia en la seguridad de que, si te han dado gato por liebre, el asunto acabará en manos del verdugo.

Arthur Conan Doyle

El capitán del Estrella Polar

(*El capitán del* Estrella Polar *y otros cuentos*, 1890)

Extracto del singular diario de John McAlister Ray, estudiante de medicina.

11 de septiembre: Latitud 81° 40′ Norte, longitud 2° Este. Seguimos atrapados entre enormes témpanos de hielo. El témpano que tenemos al Norte de nuestra posición, al que hemos fijado una de nuestras anclas, es tan grande como un condado de Inglaterra. A derecha y a izquierda, la capa de hielo se extiende hasta el horizonte. Esta mañana, el piloto de guardia informó que se divisaban bloques de hielo hacia el Sur. En caso de tener un espesor considerable, obstruirán nuestro escape y estaremos en peligro, porque nuestras provisiones, según escuché, comienzan a escasear. Se acerca el cambio de estación y las noches reaparecen poco a poco. Esta mañana vi una estrella muy brillante sobre el palo trinquete, es la primera desde que empezó mayo. El descontento de la tripulación es palpable. Hay muchos ansiosos por regresar a tiempo de sumarse a la temporada del arenque en las costas de Escocia. Hasta ahora, el desagrado se manifiesta solo en sus rostros sombríos y en sus miradas. Pero el segundo piloto me confió que enviarán una delegación para explicarle al capitán la situación. No estoy seguro de cómo irá a recibirlos. Se trata de un hombre de temperamento fuerte, muy susceptible cuando cree que están avanzando sobre sus atribuciones. Después de almorzar pienso decirle qué opino acerca del tema. Creo que tolera mis comentarios mejor que los de otros.

Desde la banda de estribor, se divisa, al noroeste de la isla de Spitsbergen, la isla de Ámsterdam; se ve como una accidentada línea de roca volcánica interrumpida, de tanto en tanto, por manchones blancos que deben ser glaciares. Resulta extraño pensar lo aislados que nos encontramos: los seres humanos más próximos deben hallarse a unas novecientas millas, en las

poblaciones danesas de Groenlandia. Un capitán que arriesga su nave en estas condiciones carga sobre sus hombros una gran responsabilidad. Ningún ballenero ha permanecido jamás en estas latitudes hasta una época tan avanzada del año.

9 p. m.: He hablado con el capitán Craigie, y aunque no pueda calificar como satisfactoria la conversación, debo admitir que atendió cuanto dije en silencio y con marcado respeto. Cuando terminé de hablar, adoptó ese aire de férrea determinación que tantas veces he observado en su rostro y empezó a caminar de un extremo al otro del estrecho camarote. Pensé que lo había ofendido. Pero esa idea se disipó cuando me tomó del brazo como si me acariciara, y sus salvajes ojos oscuros me miraron con una ternura que me sorprendió. «Doctor —me dijo— lamento mucho haberlo traído hasta acá. Pagaría cincuenta libras por verlo sano y salvo en el muelle de Dundee. Sé el riesgo que estoy corriendo, lo sé tan bien como sé que al Norte encontraremos buena pesca». Luego, en un arrebato de furia, pese a que no creo haber hecho el más mínimo gesto que la justificara, agregó: «¿Cómo se atreve a dudar de mí, señor, si yo mismo le digo que he visto las ballenas desde el tope del palo mayor? Veintidós ballenas en pocos minutos. Veintidós como que me llamo Craigie. Y todas tenían barbas de no menos de tres metros. ¿Le parece que puedo abandonar la zona cuando entre nosotros y la fortuna se interpone solo una maldita lengua de hielo? Si mañana tenemos viento Norte podremos llenar nuestra bodega y alejarnos antes de que el hielo se comience a espesar. Si el viento llega a soplar del Sur… Arriesgarse es parte del trato. Y en lo que a mí respecta, ya estoy más cerca del otro mundo que de este. Debo confesarle que es usted quien me preocupa. Hubiera preferido traer a Angus Tait, que me acompañó en el viaje anterior, su desaparición a nadie hubiera preocupado. Pero usted… Usted… Una vez me dijo que estaba comprometido, ¿es verdad?».

Yo le contesté que sí mientras abría el relicario que colgaba de la cadena de mi reloj, y admiraba el pequeño retrato de Flora guardado en él.

«¡Maldición!», gritó. «¿Por qué diablos habría de importarme su felicidad? ¿Por qué me muestra su fotografía si yo no la conozco ni quiero conocerla?». Por un momento pensé que iba a golpearme, pero se limitó a maldecirme otra vez, salió apresuradamente de la cabina y se fue a cubierta. Me sorprendió su conducta, porque siempre me había tratado con suma cortesía y hasta me había demostrado, a veces, cierto afecto. Mientras escribo

estas líneas, lo escucho caminar sobre cubierta, enérgicamente, de proa a popa y de popa a proa.

Describir en estas páginas el carácter del capitán Craigie podría parecer algo presuntuoso, ya que el conocimiento que tengo de él es insuficiente y vago. Aunque varias veces creí hallar la clave que explicara su personalidad, pronto se me revelaba otra faceta que me hacía desechar mis conclusiones. No es improbable que nadie llegue a leer estas líneas, de todas maneras, y aunque más no sea como un intento de estudio psicológico, intentaré dejar un registro acerca del carácter del capitán Nicholas Craigie.

El aspecto exterior de un hombre suele darnos alguna pista de cómo es el alma encerrada en su interior. El capitán es alto y esbelto, de rostro moreno y facciones agradables. Tiene una curiosa manera de sacudir las piernas, a veces por nervios; por exceso de energía, otras. La mandíbula, así como el resto de su rostro, es muy firme; pero el rasgo definitorio son los ojos oscuros, color avellana. Su mirada, ávida, llena de vida, es una mezcla de temeridad y algo que no sé nombrar, algo que se parece, más que a cualquier otra emoción, al horror. Ese horror, a veces, lo invadía por completo y transformaba su expresión. Era en esos momentos cuando aparecían sus arrebatos de ira, y al darse cuenta de lo que sucedía con él, corría a encerrarse bajo llave para que nadie pudiera aproximarse hasta que cambiara de ánimo. Por las noches, duerme mal, y algunas veces lo he escuchado gritar, pero nunca logré entender lo que decía.

Cuanto he descripto es solo una faceta de su carácter —la más chocante—, a la que accedí por nuestra cercanía en el trabajo diario. Por lo demás, se trata de un compañero agradable, muy culto y entretenido, además de ser el marino más noble que he conocido. Cómo olvidar el modo en que condujo a su nave y a sus hombres en medio del temporal que nos sorprendió entre los hielos. Yo nunca lo había visto tan divertido como esa noche, cuando caminaba por el puente de mando envuelto por la luz de los relámpagos y el rugido de los truenos. Muchas veces me confesó que la idea de la muerte no le resultaba antipática, postura que estimo un tanto melancólica para un hombre tan joven, que no debe tener más de treinta años, si bien su pelo y su bigote han principiado a encanecer. Alguna pena demasiado grande lo habrá golpeado como para volver su vida tan desgraciada que lo haga mirar con simpatía la muerte. Tal vez yo pensaría como él si perdiera a Flora. Creo que de no ser por ella, poco me importaría de dónde sople el viento mañana. Ahora escucho al capitán bajar la escalerilla, escucho cómo vuelve a encerrarse en su camarote. Seguramente

sigue de mal humor. Me acuesto. La vela, como decía el viejo Pepys, se está por consumir, y no hay esperanza de conseguir otras porque el camarero se ha acostado.

12 de septiembre: Día calmo, despejado, seguimos en la misma posición. El poco viento que tenemos sopla del Sudeste. El capitán está de mejor humor y durante el desayuno se disculpó conmigo por su grosería de ayer. No obstante, creo que sigue un tanto distraído y conserva esa mirada salvaje, si estuviéramos en las montañas de Escocia dirían que el hombre está «ausente». Así me lo refirió el jefe de máquinas, hombre de gran reputación entre los tripulantes de origen celta por sus cualidades de adivino y su capacidad para interpretar presagios.

Me resulta extraño que la superstición haya calado así en una raza tan tozuda y pragmática. De no verlo con mis propios ojos no lo hubiera creído. En este viaje hubo una epidemia de supersticiosos, por lo cual decidí administrarles sedantes y tónico para los nervios en su ponche de los sábados. El primer síntoma apareció tras dejar Shetland: los timoneles comenzaron a quejarse, aseguraban escuchar llantos y gritos lastimeros en la estela. Como si algo estuviera siguiéndonos y no pudiera alcanzarnos. Tal fantasía duró todo el viaje, y al comenzar la pesca de focas, se hizo difícil persuadir a los marineros para que cubrieran guardia durante las noches oscuras. Estoy seguro de que escucharon las cadenas del timón o el grito de algún ave marina que pasaba. Muchas veces me sacaron de la cama, pero jamás oí algo fuera de lo normal. Sin embargo, aunque parezca absurdo, tan convencidos se hallan los hombres de lo que dicen haber oído que no tiene sentido el discutir con ellos. Una vez mencioné el tema al capitán, para mi sorpresa, me escuchó con toda seriedad y pareció verdaderamente preocupado por lo que decía. Yo esperaba que al menos él no se rebajara a tales delirios.

Todas estas disquisiciones acerca de la superstición me llevan a mencionar que el segundo de a bordo, el señor Manson, vio un fantasma anoche, o dice haberlo visto, lo cual no es lo mismo. Resulta muy reconfortante, después de meses de no hablar de otra cosa que de focas, osos y ballenas, tener un nuevo tema de conversación. Manson jura que el barco está embrujado y que no se quedaría ni una singladura más a bordo si tuviera cómo irse. Tan asustado está el pobre hombre que esta mañana debí administrarle una mezcla de cloral y bromuro de potasio para calmarle los nervios. Cuando le sugerí que la noche pasada tal vez hubiera tomado una copa de más, se indignó, y para tranquilizarlo me vi obligado a escuchar su

historia con atención y seriedad, por supuesto él repitió su relato como si se tratara de hechos comprobados.

«Estaba en el puente haciendo la guardia nocturna cuando dieron las cuatro. La oscuridad era total. Había luna menguante y las nubes surcaban el cielo, de modo que no se veía más allá de la borda. John Mc Leod, el arponero, estaba en el castillo de proa y vino hacia popa a decirme que había escuchado un ruido extraño por la banda de estribor. Fuimos juntos hacia proa y el ruido extraño volvió a sonar, los dos lo escuchamos. Sonaba a veces como el llanto de un niño, y otras como el quejido de una mujer. Mientras permanecíamos en el castillo de proa, la luna apareció por detrás de una nube y los dos pudimos ver una figura blanca moviéndose por el hielo, justo en la dirección de la cual provenían los gritos. Por un instante, la perdimos de vista, pero luego reapareció por la amura de babor y pudimos distinguir su sombra sobre el hielo. Envié a uno de los hombres a buscar los rifles y Mc Leod y yo bajamos al témpano pensando que podía tratarse de un oso. No bien pisamos el hielo perdí contacto con Mc Leod, pero seguí andando hacia el lugar desde el que provenían los gritos. Caminé durante cientos de metros hasta alcanzar una loma en cuya cima había una figura de pie que parecía esperarme. No sé lo que era, pero sí estoy seguro de que no se trataba de un oso. Era una figura blanca, alta y erguida, hombre, mujer, o algo peor. Corrí lo más rápido que me dieron las piernas y nunca me sentí más feliz de estar a bordo que cuando al fin llegué. Según mi contrato, mis tareas se limitan al barco y sus zonas aledañas, y de allí no me pienso mover más una vez que caiga la noche».

Hasta donde puedo recordar, tal fue, palabra a palabra, su relato. A pesar de su negativa, imagino que habrá visto algún oso joven parado sobre sus patas, actitud que a menudo asumen al estar asustados. Cuando la luz resulta escasa, un oso puede parecer una figura humana, sobre todo si quien lo observa está un poco alterado. Independientemente de lo que fuera, el relato de la desafortunada aparición produjo un efecto de lo más desagradable entre nuestros hombres. Sus miradas son más sombrías que antes, y más explícito su descontento. Los motivos de queja son dos: de no alejarnos cuanto antes de aquí, se verán privados de enrolarse en la muy bien paga pesca del arenque; encima, deben permanecer a bordo de un barco al que consideran embrujado. Esta combinación podría llevarlos a hacer algo temerario. Hasta los arponeros, que son los miembros más antiguos de la tripulación, se están plegando al descontento generalizado.

Exceptuando este brote absurdo de superstición, las cosas parecen más alentadoras últimamente. El témpano que se estaba formando a nuestras

espaldas ha desaparecido en parte, y está el agua tan cálida, que me inclino a pensar que debemos hallarnos en una de las ramas de la corriente del golfo que corre entre Spitsbergen y Groenlandia. Alrededor del barco pudimos ver grandes cantidades de medusas pequeñas y peces limón, y abundan los calamares, muy probable es que haya pesca. De hecho, el vigía avistó una ballena a la hora del almuerzo, pero se hallaba en posición tan lejana que hubiera sido en vano perseguirla con los botes.

13 de septiembre: En el puente de mando tuve una interesante conversación con el señor Milne, nuestro oficial en jefe. Al parecer el capitán no solo es un gran enigma para mí sino que también lo es para los marineros, y hasta para los dueños de la compañía armadora. El señor Milne me contó que nomás arriba el barco a puerto y los hombres reciben su paga, el capitán Craigie desaparece y nadie vuelve a verlo hasta la temporada siguiente, cuando se dirige a las oficinas de la empresa y pregunta si necesitan de sus servicios. No tiene amigos en Dundee, al parecer, y nadie conoce el menor detalle de su vida privada. Sus pretensiones al cargo de capitán se basan solo en su destreza como navegante, su coraje y la frialdad demostrada cuando era apenas un piloto, antes de que le confiaran el mando de un barco. Según la opinión generalizada, el capitán no es de nacionalidad escocesa y usa un apellido ficticio. El señor Milne piensa que el único motivo por el cual se ha dedicado a la pesca de la ballena es porque no encontró otra ocupación más peligrosa. Cada vez que puede, coquetea con la muerte. A propósito, me han referido muchos ejemplos, pero uno de ellos, de ser cierto, resulta extremadamente curioso. En una oportunidad en que el capitán no se presentó en las oficinas, la compañía tuvo que seleccionar a otro hombre para que tomara su lugar. Por aquel entonces, Rusia y Turquía estaban nuevamente en guerra. A la primavera siguiente, el capitán apareció por las oficinas con una herida al costado del cuello que trataba de ocultar con un pañuelo. Por eso el señor Milne dedujo que había participado en esa guerra. No estoy yo en condiciones de afirmarlo o negarlo, pero se trata sin dudas de una sospechosa coincidencia.

El viento está virando hacia el Este, pero no es más que una brisa leve. Creo que los témpanos se encuentran más cerca que ayer. Hasta donde alcanza la vista, cualquiera sea el lugar del barco desde el que se mire, lo único visible es la gran extensión blanca, inmaculada, solo interrumpida por la sombra de las grietas o las lomas. Hacia el Sur hay un angosto pasaje de aguas profundas que constituye nuestra única vía de escape. Cada día se cierra

un poco más. El capitán está asumiendo un gran riesgo. Según me enteré, se han terminado las papas y escasean los bizcochos, pero a él nada parece perturbarlo. Se pasa gran parte del día en la cofa del vigía observando el horizonte con su catalejo. Su humor es de lo más cambiante y creo que está rehuyendo mi compañía, aunque no se han repetido exabruptos como el de la otra noche.

7:30 p. m.: Después de mucho pensar he llegado a la conclusión de que el capitán Craigie está loco. No encuentro una explicación distinta para sus insólitos devaneos. Por suerte he llevado adelante un diario de viaje que podrá servir de justificación llegado el caso de tomar alguna medida indispensable para poner coto a la situación. Paso aceptable solo como último recurso. Aunque parezca mentira, fue él mismo quien calificó de locura, y no de excentricidad, a su extraña y misteriosa conducta. Alrededor de una hora atrás, se encontraba él parado en el puente de mando, oteaba el horizonte con su catalejo mientras yo caminaba por el alcázar. La mayoría de los hombres tomaba el té abajo, porque últimamente las guardias no se realizan con la periodicidad habitual. Cansado de caminar, me recosté contra la amurada a contemplar el suave resplandor del sol que se ponía sobre las grandes masas de hielo en torno a nosotros. Una voz áspera, de repente, sonó a mis espaldas y me arrancó de la ensoñación. Al darme vuelta, advertí que el capitán había descendido de la cofa y estaba junto a mí. Tenía la mirada fija en el hielo y era difícil decir si su expresión era de horror, de sorpresa, o de algo parecido al júbilo. A pesar del frío, grandes gotas de transpiración le caían por la frente, lo que evidenciaba un estado de alarmante excitación. Sus piernas se contraían como si estuviera al filo de un ataque de epilepsia y sus labios se endurecían por la tensión.

—¡Mire! —me gritó jadeando mientras me aferraba por la muñeca, y sus ojos seguían fijos sobre el hielo distante, y movía la cabeza de un lado al otro, persiguiendo algo que atravesaba su campo de visión—. ¡Mire! ¡Allá, hombre, entre las lomas! Detrás de la más lejana. ¿Alcanzó a verla? Tiene que haberla visto. Allí sigue todavía. ¡Oh, Dios! Se está escapando, se ha ido.

Sonaron como un susurro sus últimas palabras. Un susurro de profunda agonía que jamás podré olvidar. Tomándose de los obenques intentó trepar sobre la amurada tal vez con la esperanza de pescar una última imagen del objeto que desaparecía. Como las fuerzas no acompañaron su intento, trastabilló y cayó hacia atrás contra la claraboya de la cocina, sobre la cual permaneció recostado, jadeante, visiblemente exhausto. Lo vi tan pálido que

lo pensé a punto del desmayo. Sin perder un minuto lo llevé por la escalerilla y lo ayudé a acostarse en la cabina. Luego le serví un vaso de aguardiente y lo sostuve ante sus labios para que pudiese beber. El alcohol tuvo un efecto inmediato, el color volvió a sus mejillas y sus piernas dejaron de temblar. Apoyándose en los codos, se incorporó a medias y miró a su alrededor, como para asegurarse de que estábamos solos. Hizo luego un gesto para que me sentara junto a él.

—¿Usted la vio, no es cierto? —me preguntó con una voz sumisa que sonaba extraña en un hombre de su carácter.

—No, señor, no vi nada.

Volvió a recostarse contra los almohadones.

—No, claro, cómo iba a ver, sin un catalejo —murmuró para sí—. No pudo verla, porque si yo la vi fue gracias al catalejo. Y los ojos de amor… Esos ojos de amor. Si llegara a venir el camarero, no lo deje entrar aquí doctor. Si ve cómo estoy, me creerá loco. Trabe la puerta con el cerrojo por favor.

Me levanté a hacer lo que me había pedido.

Por un rato se quedó en silencio, sumido en sus pensamientos aparentemente. Luego, volvió a incorporarse y me pidió un poco más de aguardiente.

—Usted no lo cree, ¿verdad, doctor? —preguntó mientras yo guardaba la botella en el armario de atrás—. Dígame, de hombre a hombre, ¿cree usted que estoy loco?

—Creo, capitán, que hay algo en su mente que lo está afectando, algo que le hace daño, mucho daño —contesté.

—¡Alto ahí, muchacho! —me dijo con los ojos encendidos por el aguardiente—. Es cierto que tengo muchas cosas en la mente, pero todavía puedo manejar el sextante, todavía puedo calcular latitud y longitud. Dudo que de presentarse un tribunal lograse probar que estoy loco, ¿o no es así?

Era extraño escucharlo argumentar tan fríamente acerca de su propia cordura.

—Tal vez tenga razón —le dije—, de todos modos creo que lo mejor que puede hacer es volver a casa cuanto antes y retirarse por un tiempo a descansar.

—¿Volver a casa? —murmuró con un dejo de sarcasmo—. Mejor siga usted su propio consejo. Vaya a casarse con Flora y siente cabeza. Con la bella y dulce Flora. Dígame, ¿las pesadillas son un signo de locura?

—A veces —le contesté.

—¿Qué más? ¿Cuáles son los primeros síntomas?

—Dolores de cabeza, voces en los oídos, fogonazos en los ojos, delirios…

—Ah. ¿Delirios? —interrumpió—. ¿A qué llama delirio?

—Alguien que cree estar viendo algo que no existe padece un delirio.

—Pero existe. Ella estaba allí… Ella estaba allí —murmuró varias veces para sí.

Luego se levantó, caminó hacia la puerta, corrió el pestillo, y salió con pasos lentos, inseguros, hacia su camarote. No me caben dudas de que no saldrá hasta el amanecer. Sea lo que sea eso que imagina haber visto, parece muy alterado. Se está volviendo un poco más misterioso cada día. No creo que su comportamiento se deba a una conciencia culpable. Los oficiales comparten su pensamiento al igual que la tripulación. Pero yo no he visto nada que los justifique. A él parece que el destino le hubiera jugado alguna mala pasada, por lo que no cabe considerarlo un criminal sino un mártir.

El viento está virando hacia el Sur esta noche. Dios nos ayude si el hielo bloquea el pasaje que es nuestro único escape hacia aguas más seguras. Situados como estamos en el límite del continente ártico, o de la barrera, como dicen los balleneros, el viento del Norte puede resquebrajar el hielo que nos rodea y brindarnos salida; en cambio, si el viento sigue soplando en sentido contrario, empujará los bloques sueltos que están al sur de nosotros y quedaremos encerrados entre dos enormes masas de hielo.

14 de septiembre: Hoy es domingo, día consagrado al descanso. Mis temores se han confirmado. Ha desaparecido el angosto pasaje de aguas profundas que teníamos al Sur. Nuestro barco está completamente rodeado por enormes témpanos quietos, con sus fantásticas lomas y cumbres. El silencio es completo. Un silencio tétrico. Mortal. No se escucha ni el chapoteo del agua ni el grito de las gaviotas ni el trepidar de las velas. Solo el silencio. Este hondo silencio en el que el murmullo de los marineros y el crujido de sus pasos sobre la cubierta reluciente de hielo parecen discordantes, fuera de lugar.

Nos visitó un zorro del ártico. Su presencia en estos témpanos me llamó la atención, dado que su lugar habitual es la tierra firme. No se acercó al barco, se limitó a examinarnos desde lejos y luego huyó velozmente por el hielo. Su comportamiento no deja de ser extraño, porque los zorros árticos no conocen al hombre y dada su innata curiosidad son presas fáciles. Por increíble que parezca, este pequeño incidente también produjo un efecto nocivo sobre la tripulación. «Esa pobre bestia ve más y sabe más que nosotros», dijo en

dialecto escocés uno de los arponeros. Otros asintieron con la cabeza. Inútil cuestionar una superstición tan pueril. Los hombres ya han decidido que pesa una maldición sobre el barco. Nada que pueda yo decir los inducirá a lo contrario.

El capitán siguió recluido la mayor parte del día. A la tarde subió por media hora a cubierta. Observé que mantenía la mirada fija en el lugar donde el día anterior había aparecido su visión, pensé que tendría un nuevo arranque de locura, nada ocurrió. No pareció verme aunque estaba muy cerca de él. Como de costumbre, el jefe de máquinas impartió el oficio religioso. Curiosamente, los barcos balleneros cuentan con un libro de oraciones de la Iglesia de Inglaterra pese a que nunca hay miembros de esa confesión. En nuestro barco la mayoría de los hombres son católicos y el resto presbiterianos. Y puesto que el rito es ajeno a ambas confesiones, nadie se queja de que se otorgue preferencia a los otros, así todos atienden cortésmente las oraciones.

Bajo la gloriosa puesta de sol, los extensos campos de hielo parecen un lago de sangre. El viento está cambiando. Si soplara del Norte las siguientes veinticuatro horas, todo volvería a la normalidad.

15 de septiembre: Hoy es el cumpleaños de Flora. Mi querida Flora. Por suerte no puede ver hoy a su muchacho, como acostumbra a llamarme, atrapado entre los témpanos a merced de un capitán trastornado y con provisiones para unas pocas semanas. Seguro estoy de que todas las mañanas revisa la lista de los barcos en el *Scotsman* para ver si ya llegamos a Shetland. Yo debo dar el ejemplo a los hombres y mostrarme alegre y despreocupado. Dios sabe lo afligido que me siento de a ratos.

Hoy el termómetro marca siete grados bajo cero. No hay mucho viento y, cuando lo hay, sopla del cuadrante equivocado. El capitán está de excelente humor. Se me ocurre que ha tenido una nueva visión o algún presagio durante la noche, porque vino a mi camarote esta mañana y me susurró al oído: «No fue un delirio, doctor, estoy seguro». Después del desayuno, me pidió que revisara nuestras provisiones, lo que inmediatamente hice con el segundo oficial. Tenemos menos reservas de lo que nos esperábamos. En la bodega de proa quedan media vasija de bizcochos, tres barriles de carne salada y una provisión muy escasa de café en grano y azúcar. En el compartimiento de popa hay unas cuantas exquisiteces, como salmón ahumado, sopas deshidratadas y cordero con alubias en lata. No han de durar mucho con una tripulación de cincuenta hombres. En la despensa quedan dos barriles de

harina y grandes cantidades de tabaco. En total, lo suficiente para mantener la tripulación, a raciones reducidas, por dieciocho o veinte días. No mucho más. Cuando informamos la situación al capitán ordenó llamar a los hombres a cubierta y nos habló desde el alcázar. Nunca lo había visto en mejor forma. Con su figura alta y bien formada, con su rostro moreno y animado, lucía toda la impronta de un hombre acostumbrado a impartir órdenes y ser obedecido. Analizó la situación con mesura, como lo haría el mejor de los marinos, y demostró a la tripulación que no solo estaba al tanto del peligro sino que había previsto las posibles vías de escape.

—Mis muchachos —dijo—, sé que los he metido en apuros, aunque no creo que sean graves, sé que tal vez algunos de ustedes se encuentren resentidos conmigo por esta razón. Pero no deben olvidar que el *Estrella Polar* ha tenido más temporadas exitosas que cualquier otro barco, y ustedes siempre han recibido su parte de las ganancias. Gracias a eso, pueden sus esposas quedarse tranquilas en el hogar, mientras que hay esposas de marineros menos afortunados que deben ir a la iglesia a pedir. Si se sienten agradecidos por lo primero, deben sentirse también agradecidos por lo segundo. Podríamos decir que una cosa compensa la otra. No es la primera vez que nos embarcamos en una aventura temeraria, y siempre hemos salido con éxito, si fracasamos una vez no tenemos derecho a protestar. En el peor de los casos podremos adentrarnos en el hielo y cazar unas cuantas focas para sobrevivir hasta la primavera. Ya verán que no llegaremos a tanto, que en menos de tres semanas ya estaremos frente a las costas de Escocia. Por el momento debemos compartir las provisiones que nos quedan; cada hombre recibirá media ración diaria, sin excepciones. Si no se desesperan, saldremos de este peligro como lo hemos hecho tantas veces en el pasado.

Estas sencillas palabras produjeron un efecto maravilloso en la tripulación. Los hombres olvidaron sus reproches y el viejo arponero al que mencioné anteriormente vitoreó al capitán y el resto se le unió con entusiasmo.

16 de septiembre: Durante la noche, el viento viró hacia el Norte. El hielo muestra señales de resquebrajamiento. Los hombres están de buen humor pese a la escasez de las raciones. En el cuarto de máquinas la presión de vapor se mantiene por si se nos presenta la oportunidad de escapar de esta trampa. El capitán está exultante, aunque todavía conserva la extraña expresión que describí. Este arranque de optimismo, debo reconocer, me desconcierta más que la desesperanza de días atrás. No le encuentro explicación. Creo haber

mencionado antes que desde hace unos días no permite a nadie entrar a su camarote, insiste en tender él mismo su cama y hacer todas las tareas de limpieza por sí mismo. Hoy, para mi sorpresa, me dio la llave de su camarote y me pidió que bajara a tomar la hora de unos de sus cronómetros mientras él tomaba alturas del sol para calcular la meridiana. Es un camarote pequeño y escasamente amueblado, los únicos lujos son el lavatorio, unos pocos libros y los cuadros que cuelgan de los mamparos. La mayoría, pequeños grabados de escaso valor, pero hay una acuarela que me llamó la atención. Es el retrato de una joven. No se trata del tipo de belleza al que los marinos son tan especialmente afectos. Y me parece que la inusual mezcla de templanza y debilidad de su rostro no puede ser una invención del artista. Los ojos lánguidos y soñadores, con sus pestañas arqueadas y la frente ancha, serena, sin las líneas que le imprime la preocupación, contrastan singularmente con la mandíbula angulosa y prominente y unos tensos labios que connotan determinación. Sobre una de las esquinas inferiores del retrato pude leer: «M. B., a los diecinueve años». En ese momento me parecía casi increíble que una persona pudiera desarrollar semejante fuerza de espíritu como la que trasuntaba el retrato en tan breve tiempo de vida. Pensé que debía haber sido una mujer extraordinaria. Y a pesar de que apenas le eché un vistazo, las facciones retratadas me hechizaron de tal manera que de haber sido buen dibujante podría haberlas volcado de memoria sobre este diario. Me pregunto qué habrá significado esta mujer en la vida del capitán. Había colgado el retrato a los pies de su cama de manera que siempre lo tenía a la vista. Si no fuera un hombre tan reservado, le haría algún comentario. Nada había, entre el resto de sus pertenencias, digno de mayor atención: varias chaquetas del uniforme, una silla plegable, una pequeña lupa, una caja de tabaco y cantidad de pipas. Un narguile aportaba algo de verosimilitud a la historia del señor Milne acerca de la participación del capitán Craigie en la guerra entre Rusia y Turquía.

11:20 p. m.: El capitán se ha retirado a dormir. Hemos tenido una interesante y extensa conversación acerca de temas diversos. Cuando quiere, puede ser una compañía fascinante, puesto que es un hombre notablemente culto y puede expresar su opinión de manera convincente pero sin llegar a ser dogmático. A mí me desagrada cuando alguien trata de pisotear mis ideas. El capitán habló acerca de la naturaleza del alma y citó las teorías de Aristóteles y Platón de modo magistral. Parece tener especial inclinación por la metempsicosis y las doctrinas de Pitágoras. Como al pasar hablamos del

moderno espiritismo y yo hice unas bromas en torno a las imposturas de Slade. Para mi sorpresa, me advirtió con cierta vehemencia que no debía confundir al inocente con el culpable, y sostuvo que obrando así podría afirmarse que el cristianismo es una mentira solo porque Judas, que lo profesaba, fuera un villano. Poco después se despidió y se retiró a su camarote.

El viento se está poniendo más fresco y sopla sostenidamente desde el Norte. Ahora las noches son tan oscuras como las de Inglaterra. Espero que mañana nos libremos del hielo que nos tiene prisioneros.

17 de septiembre: Otra vez las apariciones. Agradezco al cielo que tengo nervios de acero. La superstición de estos pobres hombres y las detalladas historias que cuentan con tanta honestidad y autoconvencimiento horrorizarían a cualquier persona no acostumbrada a su forma de ser. Hay muchas versiones del mismo asunto, pero todas sostienen que algo misterioso anduvo rondando el barco durante la noche. Tres de los hombres atestiguan haberlo visto: Sandie Mc Donald, de Peterhead; Long Meter Williamson, de Shetland, y el señor Milne, que estaba en el puente de mando. Con tres testigos del hecho, la historia se vuelve más creíble que la del segundo piloto. Después del desayuno, hablé con el señor Milne, le dije que no debía dejarse llevar por esos disparates, que como oficial debía dar el ejemplo a sus hombres.

Milne sacudió su rostro curtido de manera desafiante, y en dialecto escocés, me contestó con gran prudencia:

—Puede ser, doctor, puede ser. No sé si llamarlo un fantasma. Tampoco le puedo decir que crea en los espíritus del océano o cosas así, aunque son muchos los que afirman haberlos vistos, o haber visto cosas peores. Yo no me asusto fácilmente. Usted, tal vez, perdería su sangre fría si en vez de pasear por cubierta a la luz del día hubiera estado conmigo anoche, cuando apareció la horrible figura blanca, llorando como un cordero que perdió a su madre. Y no se animaría a decir que son habladurías de viejas chismosas.

Al comprobar que no tenía sentido razonar con él, me conformé con pedirle que me despertara la próxima vez que apareciera el espectro. Accedió a mi pedido no sin manifestar, con exclamaciones de todo tipo, su deseo de que la oportunidad no volviera a presentarse.

Como esperaba, el desierto blanco situado a nuestra popa empezó a resquebrajarse, fueron formándose muchas grietas, comenzaron a cruzarse en todas direcciones. Hoy nuestra latitud es de 80° 52′ Norte, lo que demuestra

que los témpanos se han desplazado bastante hacia el Sur. De seguir siendo favorable el viento, la barrera de hielo se romperá tan rápido como se formó. Por el momento, cuanto podemos hacer es fumar y esperar que no ocurra nada malo. Me estoy convirtiendo rápidamente en un hombre fatalista. Cuando uno tiene que luchar contra factores adversos como el viento o el hielo no queda otra opción. Se me ocurre que la tendencia de los primeros seguidores de Mahoma a aceptar el destino se debió a la costumbre de lidiar con el viento y la arena de los desiertos.

Estas apariciones tienen un efecto muy nocivo sobre el ánimo del capitán; habida cuenta de lo sensible que se halla su mente, propuse ocultarle esta absurda historia por temor a alterarlo. Desgraciadamente, oyó a uno de los hombres hablando del tema, lo llamó y le pidió con insistencia que le contara todo con detalle. Como era de esperar, su trastorno mental afloró, y para colmo agudizado. Me resulta difícil aceptar que este es el mismo hombre que discurría anoche acerca de metafísica con extraordinaria perspicacia y discernimiento. Ahora está caminando de una banda a la otra por el alcázar como si fuera un tigre enjaulado. Cada tanto, se detiene, extiende sus brazos en gesto de súplica, vuelve su mirada anhelante hacia la extensión de hielo. Todo el tiempo murmura para sí. Y una vez lo escuché gritar: «Falta poco, amor, falta poco». Pobre capitán. Me entristece ver a un marino y caballero como él reducido a tal estado. Cómo pueden la imaginación y el delirio atemorizar a alguien que adora el peligro. A veces pienso que mi posición actual es insólita. Estoy atrapado entre un capitán que está loco y un piloto que cree en fantasmas. Creo que soy el único hombre cuerdo en toda la tripulación, excepto, quizás, el segundo maquinista. Es un hombre solitario y tranquilo, que no se atemoriza con las historias de fantasmas ni aunque se trate de los demonios del Mar Rojo, y solo se altera cuando alguien le desordena las herramientas.

12 p. m.: Hace un rato me sobresalté mucho, pero tomé un vaso bien cargado de aguardiente y ahora estoy más tranquilo. Sin embargo, todavía no me he recuperado por completo, lo que seguramente se debe notar en los trazos de mi escritura. He tenido una experiencia anormal. Ya no estoy tan seguro de que los hombres de la tripulación estén un poco locos solo porque juran haber visto cosas que resultan ilógicas para mi entendimiento. Ya sería necio de mi parte seguir dudando de las historias del señor Manson y del segundo piloto; ahora yo mismo he experimentado la misma cosa de la que antes me burlaba.

A fin de cuentas, no fue tan terrible. Un ruido. Y nada más. No puedo esperar que quienes lean este diario, si es que alguien lo hace algún día, entiendan cómo me sentí o el efecto que me produjo.

La cena había terminado y subí a cubierta para fumar tranquilo antes de irme a dormir. La noche era muy oscura, tan oscura que, parado bajo uno de los botes de popa, no alcanzaba a ver al oficial que estaba sobre el puente de mando. Creo que ya mencioné el extraordinario silencio que reina en estos mares helados. No es como en otras regiones del mundo tan desoladas como esta, donde al menos se percibe una leve vibración del aire. Sea el leve murmullo de voces humanas a lo lejos o un susurro producido por las hojas de los árboles, las alas de los pájaros, la hierba que cubre el suelo. Aun cuando conscientemente no se perciba esa vibración, sin duda se la echaría de menos en caso de estar ausente. Solo aquí, en los mares del Ártico, parece que la insondable quietud nos avasalla con toda su ominosa realidad. A veces aguzamos el oído tratando de escuchar el más mínimo murmullo, o nos obsesionamos con cualquier ruido producido en el barco. Así fue que recostado contra la amurada oí un grito agudo y estridente que venía desde el hielo. Desde un lugar en la vastedad helada casi en línea recta adonde yo me encontraba. En el silencio de la noche ártica, empezó en una nota más alta que la de una prima donna y siguió subiendo, subiendo, subiendo hasta culminar en un largo gemido de agonía, como si fuera el último grito de un alma perdida. Todavía resuena en mis oídos. Por momentos parecía expresar un dolor indecible y una gran nostalgia, pero siempre había un trasfondo en él de salvaje exultación. Miré hacia la oscuridad y no logré distinguir a nadie. Esperé un rato, el sonido no volvió a repetirse. Bajé a mi camarote con una conmoción desconocida para mí. En las escalerillas me crucé con el señor Milne, que subía a tomar su guardia. «¿Y, doctor?», me dijo, «¿qué opina de ese grito? No dirá que no lo escuchó o que son habladurías de vieja chismosa. ¿Qué me dice ahora?». Me vi obligado a disculparme y reconocer que estaba tan desconcertado como él. Y que tal vez a la mañana siguiente veríamos todo distinto. En ese momento no me atrevía a escribir lo que pensaba. Cuando me sacuda estas sensaciones de encima, cuando vuelva a leer estas líneas dentro de algunos días, seguramente me despreciaré por haber sido tan débil.

18 de septiembre: Pasé una noche intranquila, el extraño ruido sigue persiguiéndome. Al parecer, tampoco el capitán tuvo una buena noche, se lo ve demacrado, con los ojos inyectados en sangre. No le he contado mi experiencia de anoche ni se la voy a contar. Ya está bastante intranquilo y

excitable. Se pone de pie y vuelve a sentarse continuamente. No puede mantenerse quieto un solo momento.

Tal como esperaba, esta mañana apareció una angosta brecha en el hielo que nos permitió liberar el ancla y avanzar unas doce millas en dirección Sudoeste y Oeste. Sin embargo, un enorme témpano flotante —más grande, mucho más grande que los dejados atrás— obstruye nuestra marcha. El único remedio es volver a largar el ancla y aguantar aquí su rotura. Algo que podría suceder dentro de unas veinticuatro horas, siempre y cuando se mantenga el viento constante. Hemos visto unas cuantas focas nadando alrededor del barco, los hombres le dispararon a un ejemplar de más de tres metros de largo. Se trata de animales aguerridos, capaces de darle pelea a un oso. Por suerte para nosotros, sus movimientos sobre el hielo son lentos y torpes, así que se la pudo cazar sin mayor peligro.

Evidentemente, el capitán todavía cree que vamos a tener problemas, y no comprendo por qué, entonces, no se preocupa, será tal vez porque el resto de los hombres considera que nuestro escape ha sido milagroso y están todos convencidos de que pronto alcanzaremos el mar abierto.

—Me imagino que usted también cree que estamos fuera de peligro, ¿no es así, doctor? —me preguntó mientras descansábamos luego de comer juntos.

—Eso espero —contesté.

—No debemos confiarnos demasiado, aunque creo que tiene razón. Pronto estaremos en los brazos de nuestras amadas, ¿verdad? De todos modos, no debemos confiarnos. No debemos confiarnos demasiado.

Por un momento quedó en silencio, balanceando una pierna atrás y adelante, luego prosiguió:

—Verá usted, muchacho, este es un lugar peligroso, incluso es peligroso en condiciones ideales. He conocido hombres que desaparecieron súbitamente en lugares como este. A veces un resbalón basta para caer por una grieta, desaparecer y que solo queden de uno algunas pocas burbujas en la superficie del agua. Le parecerá extraño —continuó con una risa nerviosa— pero en todo el tiempo que llevo navegando por esta agua, nunca pensé en hacer mi testamento. No es que tenga algún legado especial o alguien a quien legarle mis bienes, pero todo hombre que se expone al peligro debe dejar sus asuntos en orden, ¿no le parece?

—Por supuesto —le contesté, tratando de ver adónde quería llegar con esos comentarios.

—Es una tranquilidad —agregó—. Pues bien, si algo me sucediera, quiero que usted se ocupe de mis asuntos. Aunque no tengo muchas pertenencias, le pido que las venda y reparta el dinero entre los hombres tal como hacemos con las ganancias de la pesca. Me gustaría además que usted conserve el cronómetro como recuerdo de nuestro viaje. Aunque solo se trata de una precaución, me pareció que era oportunidad de comunicárselo. Supongo que de ser necesario podré contar con usted.

—Por supuesto —le contesté—, ya que ha sacado usted el tema a relucir, me gustaría decirle…

—¡Espere! —me interrumpió—. No es usted quien tiene problemas. ¿Qué diablos le sucede? Perdón, no quise parecer rudo con usted, pero no quiero escucharlo hablar de la muerte. Un hombre joven que recién ha comenzado a vivir. Suba a cubierta a tomar un poco de aire en vez de quedarse aquí hablando tonterías.

Cuanto más pienso en esta conversación, peor me siento. ¿Por qué decidió el capitán arreglar sus asuntos privados justo cuando estábamos a punto de zafar del peligro? Hay algo metódico en su locura. ¿Planeará suicidarse? Me acuerdo que una vez me dijo, de manera reverente, que el suicidio le parecía un acto despreciable. Sin embargo, voy a vigilarlo de cerca, y si bien no puedo inmiscuirme en la privacidad de su camarote, voy a insistir en que me permita acompañarlo cuando suba a cubierta.

El señor Milne se ha mofado de mis temores y dice que solo son las peculiaridades del capitán. El señor Milne también tiene una mirada optimista de la situación. Opina que saldremos de aquí pasado mañana, pasaremos por la isla Jan Meyen dos días después, y avistaremos Shetland en poco más de una semana. Sus dichos pueden contrastarse con la cautela del capitán, porque el oficial es un veterano y experimentado marino que nunca habla sin pesar antes sus palabras.

La catástrofe, tan temida y tan esperada, finalmente ocurrió. Difícil se me hace contarla. Se ha marchado el capitán. Tal vez regrese con vida. Pero temo que no. Ahora son las siete de la mañana del 19 de septiembre. Hemos pasado la noche con un grupo de hombres recorriendo el enorme témpano con la esperanza de encontrar alguna huella del capitán. Ha sido en vano. Trataré de enumerar algunas de las circunstancias que siguieron a su desaparición. Si alguien llega a leer este diario, confío en que recuerden que los hechos cuidadosamente descriptos no son conjeturas ni habladurías, son hechos que

yo, un hombre cuerdo y educado, he visto con mis propios ojos. Si bien las conclusiones son mías, respondo por la veracidad de los hechos.

Después de la última conversación que registré en este diario, el capitán estuvo de excelente humor, aunque algo nervioso, como impaciente. Movía las piernas sin parar en esa forma que le es tan característica. En el término de quince minutos, subió siete veces a cubierta y descendió de inmediato. Fui detrás de él cada una de esas veces. Algo en su mirada reafirmó la convicción de que era indispensable no dejarlo solo ni un momento. Parecía darse cuenta del efecto que me producían sus movimientos, como si intentara acallar mis recelos, se reía de cualquier broma tonta con hilaridad exagerada y risas aparatosas.

Después de cenar, subió a popa una vez más y yo con él. La noche estaba muy oscura, absolutamente silenciosa excepto por el melancólico susurro del viento entre los mástiles. Desde el Noroeste se acercaba una densa nube precedida por harapientos tentáculos que fueron ocultando la luz de la luna. El capitán caminaba raudamente de un extremo al otro del barco; al ver que lo perseguía, me detuvo y sugirió que sería mejor si bajara a mi cabina. Tal sugerencia me convenció aún más de la necesidad de permanecer sobre cubierta.

Después de ese breve intercambio pareció olvidarse de mí, se quedó quieto y en silencio, inclinado sobre la barandilla, mirando fijamente hacia el gran desierto blanco. La luz de la luna solo se reflejaba en algunas partes de esa extensión, dejando el resto a oscuras. Por sus movimientos, adiviné que el capitán consultó varias veces su reloj. En un momento, murmuró unas pocas frases de las que solo alcancé a discernir la palabra «listo». Debo confesar que me invadió una extraña sensación mientras miraba la esbelta figura del capitán recortada en la oscuridad. Tenía todo el aspecto de un hombre que espera una cita. ¿Con quién? Al ordenar todos los hechos en mi mente, comencé a tener una vaga idea de lo que le pasaba. Pero nunca pude prever lo que sucedió luego.

Por la repentina vehemencia de su actitud, pensé que había visto algo y trepé al mástil junto a él. Miraba con ávida curiosidad lo que parecía ser una espiral de niebla en veloz avance. Era un cuerpo uniforme, opaco y nebuloso, un tanto más visible cuando la luz caía sobre él. En ese momento, el brillo de la luna estaba amortiguado por una delgada capa de nubes semejante a una anémona.

—¡Espérame, pequeña, ya voy! —gritó el capitán, con una ternura inaudita, con tanta compasión como la de quien trata de calmar algún dolor a

la persona amada.

Luego, sucedió todo tan rápido que no pude hacer nada para evitarlo. Con dos saltos fue a dar sobre el hielo, casi a los pies de esa pálida figura cercana al barco. Estiró sus brazos hacia ella, y corrió hacia la oscuridad murmurando palabras de amor. Yo permanecí en mi lugar, rígido, inmóvil. Lo miré hasta que su voz terminó por apagarse en la distancia. Pensé que no volvería a verlo. Sin embargo, las nubes se abrieron por un instante, la luna apareció victoriosa iluminando la gran superficie de hielo, y pude ver. Su silueta se alejaba a toda velocidad por la llanura helada. Fue esa la última vez que lo vi. Y no creo que nadie vuelva a verlo jamás. Sin perder tiempo, los hombres se alistaron y salieron tras él. Me uní al grupo, pero el espíritu de todos se hallaba muy decaído. Volvimos sin encontrar nada. En una hora saldrá otro grupo. Mientras escribo estas palabras, me cuesta creer que todo esto no sea parte de una horrible pesadilla.

7:30 p. m.: Acabamos de regresar de la segunda expedición en busca del capitán. Descorazonados, muertos de cansancio. No tuvimos éxito. El témpano tiene enormes dimensiones, y pese a haber recorrido unos treinta kilómetros desde el barco, no llegamos a ver sus límites. La última nevada fue intensa y la nieve se endureció como granito. En consecuencia, ya no pudimos seguir las huellas del capitán. La tripulación está ansiosa por zarpar. La idea es rodear el témpano hacia el Sur; durante la noche se ha abierto una fisura en el hielo y se puede ver el mar en el horizonte. Los hombres sostienen que el capitán Craigie está muerto, y que si no aprovechamos la oportunidad, estaremos arriesgando inútilmente nuestras vidas. El señor Milne y yo tuvimos grandes dificultades para convencerlos de permanecer hasta mañana por la noche, nos han hecho jurar que no pospondremos nuestra partida otra vez bajo ninguna circunstancia. Les propusimos dormir unas horas y luego hacer una última búsqueda.

20 de septiembre, al atardecer: Esta mañana partí con un grupo de hombres hacia el sector sur del témpano, el señor Milne hizo lo propio hacia el Norte. Avanzamos casi veinte kilómetros sin ver rastros de vida, excepto un pájaro solitario que voló un rato sobre nuestras cabezas. Por la forma de volar, me pareció que era un halcón. El extremo sur del témpano se angosta en una larga lengua de hielo que se proyecta hacia el mar. Cuando llegamos a la base de este promontorio, los hombres se detuvieron, pero les pedí que

continuáramos hasta el final, así estaríamos seguros de no haber dejado un palmo sin revisar.

Apenas habíamos recorrido unos cien metros, cuando el señor Mc Donald, de Peterhead, gritó que había visto algo y salió corriendo. Al principio, se veía una mancha oscura sobre el suelo blanco; a medida que nos acercábamos, empezó a tomar forma humana. En el último momento, nos dimos cuenta de que era la persona que buscábamos. Era el capitán. Estaba acostado boca abajo sobre un banco de hielo. Tenía el cuerpo cubierto por pequeños cristales de hielo y escamas de nieve que brillaban sobre la oscura chaqueta de su uniforme. Cuando llegamos junto a él, se arremolinó el viento, las escamas de nieve revolotearon por el aire y volvieron a caer varias veces, hasta que una nueva corriente las arrastró en dirección al mar. Para mí fue una ventisca, nada más, pero muchos de mis compañeros afirmaron haber visto la figura de una mujer inclinada sobre el capitán, que después de besarlo, escapó. He aprendido a no ridiculizar la opinión de nadie por extraña que parezca. Una cosa es segura: el capitán Craigie murió sin sufrimiento, en sus labios se dibujaba una sonrisa, y sus brazos seguían extendidos como si quisiera abrazar a la extraña figura que lo había atraído a esas soledades.

Esa misma tarde, envuelto en la bandera del barco, y con una bala de cañón de catorce kilos atada a sus pies, lo arrojamos al mar. Yo leí las oraciones fúnebres mientras los hombres lloraban como niños. Muchos de ellos tenían una gran deuda con ese hombre, y ahora que él no podía rechazarlos con sus extraños modos, le expresaban todo el afecto que no pudieran manifestarle en vida. Liberamos cuanto lo ataba al barco, y su cuerpo se deslizó hacia abajo, al chocar contra el agua produjo un ruido apagado. Lo miré mientras se hundía en las aguas verdosas, lo miré hasta que se convirtió en un punto blanco en la frontera de las tinieblas.

Finalizo aquí mi diario. El camino a casa está tranquilo y libre de obstáculos, muy pronto los grandes témpanos serán recuerdo. Pero bastante pasará antes de que pueda superar la conmoción que me produjeron los últimos acontecimientos. Cuando comencé el registro de este viaje, no pensé cómo sería forzoso concluirlo. Mientras escribo estas páginas en la soledad de mi camarote, de tanto en tanto me parece oír los pasos rápidos y nerviosos del capitán sobre cubierta. Esta noche fui a su camarote como él me lo ordenó. Hice una lista de todas sus pertenencias a fin de incluirlas en el registro oficial. Todo estaba en orden. Todo en el mismo lugar que ocupaba en mi última visita. Excepto el cuadro que antes colgaba al pie de su cama. Solo quedaba el marco vacío, como si alguien hubiera cortado la tela con un

cuchillo, y se la hubiera llevado. Con el registro de este último incidente, cierro mi diario de viaje a bordo del *Estrella Polar*.

Claudia Aboaf

DEL LADO OSCURO

(*Medio grado de libertad*, 2003)

Amaba los mapas a sabiendas de que eran un engaño. Ejercían sobre Mark una fascinación sensible. Si miraba un mapamundi sabía que el mismo mundo o la bóveda celeste no podían dibujarse en una hoja. Era un extraño ejercicio olvidarse del mundo esférico a cambio de las representaciones planas, ignorando también el movimiento continuo. Y aceptar que la luz de las estrellas allí representadas, tal vez ya no existía. Los mapas eran solo orientación, nunca realidad. El universo detenido en un papel.

Mark se había moldeado —desde que fuera un aprendiz— en todo lo que su herencia admitiera. Y a medida que su rango se lo permitió, se alimentó mejor y quedó en evidencia que su herencia no era mala. Con sus manos gruesas podía ganar cualquier pulseada, pero eligió ser un dibujante de mapas. Se perfeccionó en esa técnica para ser el cartógrafo de sus singulares visiones. Volcaba en el papel lo que veía cuando escudriñaba la noche y recorría con la vista el cielo constelado.

Cuarenta y cinco años después de aquel viaje embarcado, en que viera por primera vez sucesos celestes hasta ahora desconocidos, pensaba que solo la exageración podía haber ampliado su memoria hasta sus límites. Sin embargo no lograba sujetar los impulsos que lo llevaban todas las noches a dar largos paseos por cubierta escondiendo su vida de brújula enloquecida, dando bandazos, atraído por un campo magnético sideral.

Mark cartografiaba masas oscuras que se encontraban detrás de las estrellas. A diferencia de las constelaciones luminosas, su mapa tenía superficies esféricas sin luz. Las dibujaba redondas para tranquilizarse, él veía una distorsión del espacio muy severa, que parecía generar un borde circular alrededor de un centro que giraba a alta velocidad. Esos horizontes estaban volando en el espacio y, como Alicia a través del espejo —ella tiene que correr tan rápido para quedarse en el mismo lugar—, en el movimiento del

espacio, esos horizontes que iban a altísima velocidad parecían quietos. Al fijarlos en el papel, hacía su propio cuadro de ilusión. Pero el dibujo minucioso lo apaciguaba; seguramente atrapar el mundo en un papel era una práctica que calmaba a todos. Mark mapeaba lo desconocido. Había más de estas masas estelares oscuras que estrellas. Empezó a reconocerlas, las consteló y las nombró después de tantos años de obligada observación. Enigmáticas masas, más oscuras que el cielo y más grandes que la luna.

La fama que tenía entre los marinos llegó a oídos de contratistas y superiores. Se sostuvo trabajando gracias a sus habilidades como capitán. Jamás perdió ninguna mercadería, ni fracasó en misión alguna, pero las voces que relataban el uso del sextante de noche y sus mapas improbables lo dejaron varado y sin tripulación.

Perdió en Montevideo su licencia para navegar. Como la mayoría de los que habían sido parte de su tripulación se quedarían allí, y él tenía suficiente evidencia de haber perdido el Norte, su flecha inestable señaló el país vecino: podía cruzar por agua al otro puerto del Plata. Luego de pagar de más para que le vendieran una goleta pequeña, no esperó el buen clima y salió enseguida a hacer su último viaje. El Río de la Plata se agitaba como el mar dulce que habían creído navegar en el pasado.

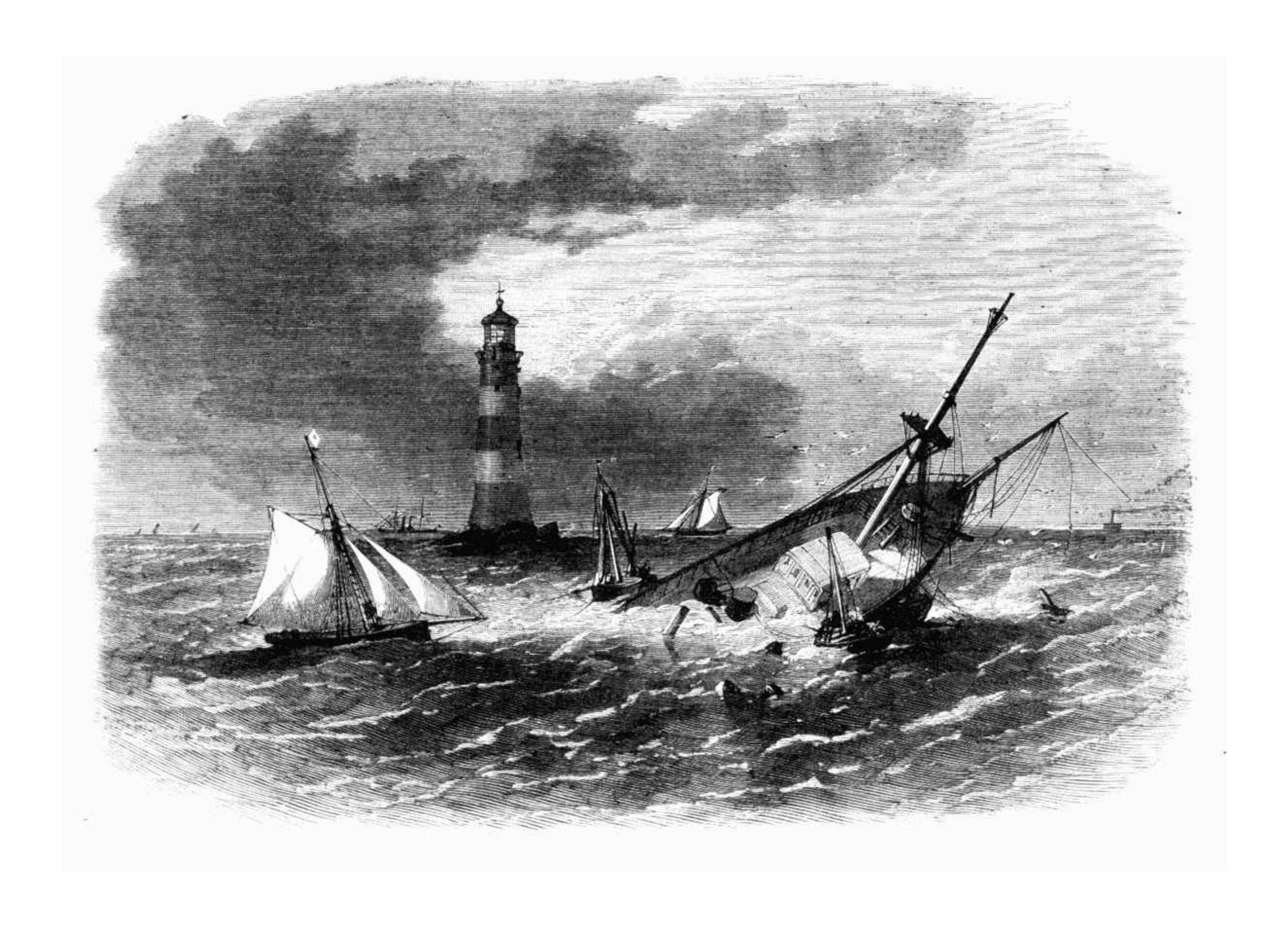
Una vez que su estado errático y la tristeza por el fin de su carrera amainaran, comenzó a comparar los dos puertos. Montevideo tenía una hermosa vista desde el agua, había una intención en ella: las casas en la costanera daban su mejor fachada al río. Buenos Aires, en cambio, ignoraba el agua, era la parte de atrás de la población. Los fondos que cualquier vecino oculta. Esa urbe diurna, laboriosa, tenía una ciudad oculta bajo el agua. Una ciudad ocultamuertos, de excrementos, objetos y fauna que la gente arrojaba. Uruguay tenía arena en el lecho, aquí el fondo barroso, en cada bajante, dejaba a la vista todo el infierno.

Sentado en la borda de la goleta con los pies colgando, desagotó algunos pensamientos antes de hacer el gesto definitivo:

—Esta población le da la espalda al agua —dijo Mark para sí— y una ciudad que ignora sus aguas es una ciudad sin alma.

IX

NÁUFRAGOS



En castellano se designa a la ruta marítima que un buque determinado ha de seguir, o ha seguido, con la palabra derrota. Una originalidad absoluta del idioma, ya que se trata de la misma palabra usada para el traspié, el tropiezo, el fracaso, la pérdida, la capitulación, la resignación, la caída. En el ámbito de la navegación, el náufrago es el sumo derrotado. Es un derrotado en ese doble sentido que permite solo el idioma de aquel que perdió su mano en la batalla naval de Lepanto. ¿Quién puede conocer mejor el mar que el desdichado que naufragó? ¿Quién fue vencido más completamente por el mar que aquel que ha perdido su barco y puede llegar a perder su vida? Se trata de una circunstancia que todo navegante intenta evitar a cada milla y, sin embargo, no hay navegante más completo que el sobreviviente de un naufragio. De entre todo lo que puede ocurrir por mar, no siempre habría que incluir al naufragio y las catástrofes asociadas a él entre los acontecimientos menos deseables. ¿Qué sería Joseph Conrad sin el incendio y pérdida del *Judea* que le permitió escribir *Juventud*? ¿Qué sería Stephen Crane sin el naufragio del vapor *Commodore* —que llevaba armas clandestinamente para la guerra de Cuba—, sin el cual no habría escrito su máximo relato, «El bote abierto»? ¿Qué sería el *Titanic* si no hubiera naufragado al chocar contra un iceberg en su cruce inaugural del Atlántico Norte? Óxido recostado contra un muelle, museo visitado distraídamente por paseantes domingueros o chatarra desguazada en alguna no muy expectable playa del África. Al fin y al cabo, decía Jorge Luis Borges que había dicho Homero en *La Odisea*, que «los dioses tejen desventuras para los hombres para que las generaciones venideras tengan algo que cantar».

Jonathan Swift

EL NÁUFRAGO MÁS GRANDE DEL MUNDO

(*Viajes por naciones remotas del orbe, en cuatro partes, por el cirujano de a bordo Lemuel Gulliver*, 1726)

Mi padre tenía una pequeña hacienda en Nottinghamshire; yo era el tercero de cinco hijos. Me mandó al Colegio Emanuel, de Cambridge a los catorce años de edad, allí residí tres y me dediqué seriamente a mis estudios; pero al ser el costo de mi mantenimiento demasiada carga, entré de aprendiz con el señor James Bates, eminente cirujano de Londres, con quien permanecí cuatro años. Las pequeñas cantidades que mi padre me enviaba de vez en cuando las invertí en aprender navegación y otras partes de las matemáticas útiles a quien se disponga a viajar, pues siempre creí que, tarde o temprano, viajar sería mi suerte.

Cuando dejé a Bates, volví junto a mi padre; con su ayuda, la de mi tío John y la de algunos otros parientes, obtuve cuarenta libras y la promesa de treinta al año para mi sostenimiento en Leiden, donde estudié física durante dos años y siete meses, convencido de que me sería útil en largas travesías. Poco después de mi regreso de Leiden, por recomendación de mi buen maestro Bates me coloqué de oficial médico en el *Swallow*, buque al mando del capitán Abraham Pannell, con quien permanecí tres años y medio durante los cuales hice un viaje a Oriente Medio y a otros varios lugares.

A mi regreso, decidí establecerme en Londres, algo a lo que me animó mi maestro Bates, por quien fui recomendado a algunos pacientes. Alquilé parte de una casa pequeña en la Old Jury, y como me aconsejasen tomar estado, me casé con la señorita Mary Burton, hija segunda de Edmund Burton, calcetero de Newgate Street, y con ella recibí cuatrocientas libras como dote.

Pero como mi buen maestro Bates murió dos años después, y yo tenía pocos amigos, mi negocio empezó a decaer; pues mi conciencia no me permitía imitar la mala práctica de tantos y tantos entre mis cofrades. En consecuencia, consulté con mi mujer y con algún conocido, y resolví regresar

al mar. Fui médico sucesivamente en dos barcos y durante seis años realicé varios viajes a las Indias Orientales y Occidentales, lo cual me permitió aumentar algo mi fortuna. Empleaba mis horas de ocio en leer a los mejores autores antiguos y modernos, para lo cual siempre contaba con un buen número de libros; y cuando desembarcábamos, en observar las costumbres de la gente así como en aprender su idioma, lo que me resultaba de gran facilidad gracias al vigor de mi memoria.

La última de estas travesías no fue muy afortunada; me harté del mar y quise quedarme en casa con mi mujer y demás familia. Me trasladé de la Old Jury a Fetter Lane, y de allí a Wapping, esperando encontrar clientela entre los marineros; pero no me salieron las cuentas.

Transcurridos tres años de aguardar que cambiaran las cosas, acepté un ventajoso ofrecimiento del capitán William Pritchard, patrón del *Antelope*, que iba a emprender un viaje a los mares del Sur. Zarpamos de Bristol el 4 de mayo de 1699, y la travesía al principio fue muy próspera. No sería oportuno, por varias razones, molestar al lector con los detalles de nuestras aventuras en aquellas aguas; baste informarle que cuando navegábamos hacia las Indias Orientales, fuimos arrojados por una violenta tempestad al noroeste de la tierra de Van Diemen. Según observaciones, nos encontrábamos a 30° 2′ de latitud Sur. Doce miembros de la tripulación murieron a causa del trabajo excesivo y la mala alimentación, y el resto se encontraba muy debilitado. El 5 de noviembre, que señalaba el principio del verano en aquellas regiones, con mucha neblina, los marineros vislumbraron una roca a medio cable de distancia del barco; pero el viento era tan fuerte, que fuimos arrastrados directamente contra ella y de inmediato el casco se partió por la mitad. Seis tripulantes, yo entre ellos, que habíamos lanzado el bote a la mar, maniobramos para apartarnos del barco y de la roca.

Remamos, según mi cálculo, unas tres leguas, hasta que nos fue imposible seguir, agotados como estábamos ya por el esfuerzo. De modo que nos entregamos a merced de las olas, y al cabo de una media hora una violenta ráfaga del Norte volcó el bote. De lo que fuera de mis compañeros de barca, como de aquellos que se salvasen en la roca o de quienes permanecieran a bordo, nada puedo decir; deduzco que perecieron todos. Por lo que a mí respecta, nadé como me dictó la ventura, empujado por viento y marea. A menudo dejaba que mis piernas se hundieran, y no hallaba fondo; pero cuando estaba casi muerto e incapaz de continuar luchando, hice pie. Y para entonces la tormenta había amainado considerablemente.

El declive era tan pequeño que anduve cerca de kilómetro y medio para llegar a la playa, lo que supuse que sucedió alrededor de las ocho de la noche. Luego seguí avanzando cerca de ochocientos metros, mas no pude distinguir señal alguna de casas ni habitantes; en cualquier caso, me encontraba tan debilitado que no lo observé. Me hallaba muy, muy cansado, y con esto, y lo caluroso del tiempo y la media pinta de cognac que había bebido al abandonar el barco, sentí que me ganaba el sueño. Me tendí en la hierba, que era muy corta y suave, y dormí más profundamente de lo que recordaba haber hecho en mi vida, y más de nueve horas, según calculé, pues al despertar acababa de amanecer.

Intenté levantarme, pero no pude moverme; pues se daba la circunstancia de que, echado de espaldas, me encontraba con los brazos y las piernas fuertemente amarrados a ambos lados en el suelo, y mi cabello, largo y fuerte, atado del mismo modo. Asimismo, sentía varias delgadas ligaduras que me cruzaban el cuerpo, desde las axilas a los muslos. Solo podía mirar hacia arriba; el sol empezaba a calentar y su luz me hería la vista. Oía un ruido confuso a mi alrededor, pero en la postura en que yacía solo podía ver el cielo. Al poco tiempo sentí que se movía sobre mi pierna izquierda algo vivo que, avanzando lentamente sobre el pecho, me llegó casi hasta la barbilla; al forzar la mirada hacia abajo cuanto pude, advertí que se trataba de una criatura humana cuya altura no llegaba a quince centímetros, con arco y flecha en las manos y una aljaba a la espalda. Entretanto, sentí que por lo menos cuarenta más de la misma especie (según mis conjeturas) seguían al primero. Se apoderó de mí un asombro enorme, y rugí tan fuerte que todos ellos salieron corriendo aterrorizados; y algunos, según me contaron después, resultaron heridos de las caídas que sufrieron al saltar de mis costados al suelo.

Regresaron pronto, y uno de ellos, que se arriesgó hasta el punto de tener una completa visión de mi cara, levantando los brazos y los ojos debido a la admiración, exclamó con una voz chillona, aunque con toda claridad: «Hekinah degul». Los demás repitieron las mismas palabras varias veces; pero yo entonces no sabía lo que querían decir. Permanecí acostado todo ese tiempo, y como el lector podrá entender, muy inquieto. Finalmente, luchando por liberarme, tuve la suerte de romper las cuerdecillas y arrancar las estaquillas que me sujetaban a tierra el brazo izquierdo; pues, llevándomelo sobre la cara, descubrí el método del que se habían valido para atarme, y al mismo tiempo, con un fuerte tirón que me produjo grandes dolores, aflojé algo las cuerdecillas que me sujetaban los cabellos por el lado izquierdo, de

modo que pude volver la cabeza cinco centímetros. Pero aquellas criaturas huyeron por segunda vez, antes de que pudiera atraparlas. Sucedido esto, se oyó un intenso grito en tono agudísimo, y cuando hubo cesado, oí que uno chillaba con gran fuerza: «Tolgo phonac», y al instante sentí más de cien flechas descargadas contra mi mano izquierda, que me pincharon como otras tantas agujas; y además realizaron otra descarga al aire, al modo en que en Europa hacemos con las bombas, muchas de las cuales me cayeron, supongo, sobre el cuerpo —aunque no las noté—, y algunas en la cara, que me apresuré a cubrirme con la mano izquierda. Cuando pasó este chaparrón de flechas oí quejidos de aflicción y dolor, y al hacer nuevos esfuerzos por desatarme me lanzaron otra andanada mayor que la primera, y algunos intentaron pincharme con lanzas en los costados, por fortuna, llevaba un jubón de piel que no pudieron atravesar.

Me pareció lo más prudente permanecer acostado y sin moverme; fue mi plan quedarme así hasta la noche, cuando, con la mano izquierda ya desatada, podría fácilmente liberarme. En cuanto a los habitantes, tenía razones para creer que yo podría ser adversario para el mayor ejército que pudieran arrojar sobre mí de ser todos ellos del mismo tamaño. Pero la suerte dispuso de mí de otro modo. Cuando la gente se dio cuenta de que estaba quieto, ya no disparó más flechas; por el ruido que iba en aumento supe que su número se incrementaba, y a unos cuatro metros de mí, hacia mi oreja derecha, oí por más de una hora un golpear como de gentes que trabajasen. Al volver la cabeza en esa dirección tanto como me lo permitían las estaquillas y los cordeles, vi un tablado que se alzaba de la tierra alrededor de cuarenta centímetros, capaz de sostener a cuatro de los naturales, con dos o tres escaleras de mano para subir; desde allí, uno de ellos, que parecía persona principal, pronunció para mí un largo discurso del que no comprendí ni una sílaba. Antes de que esta persona eminente comenzara su alocución, exclamó tres veces: «Langro dehul san» (estas palabras y las anteriores me fueron repetidas y explicadas más adelante). De inmediato unos cincuenta habitantes se llegaron a mí y cortaron las cuerdas que me sujetaban el lado izquierdo de la cabeza, lo que me dio libertad para volverla a la derecha y observar a la persona y el ademán del que iba a hablar. Parecía ser de mediana edad y más alto que cualquiera de los otros tres que lo acompañaban, de los cuales uno era un paje que le sostenía la cola, y aparentaba ser algo mayor que mi dedo corazón; los otros dos estaban de pie, uno a cada lado, secundándolo. Actuaba en todo como un orador y pude distinguir en su discurso muchos períodos de amenazas y otros de promesas, compasión y cortesía. Contesté en pocas

palabras, pero de manera sumamente sumisa, alzando la mano izquierda y los ojos hacia el sol, como poniéndolo por testigo; y puesto que estaba casi muerto de hambre, pues no probaba bocado desde horas antes de abandonar el buque, sentí con tal rigor las exigencias de la naturaleza que no pude abstenerme de mostrar mi impaciencia (tal vez contraviniendo las estrictas reglas del decoro) llevándome repetidamente el dedo a la boca para expresar mi necesidad de comida. El *hurgo* (pues así denominan a un gran señor, según supe después) me comprendió muy bien. Bajó del estrado y ordenó que colocasen en mis costados varias escaleras, sobre la cuales subieron más de un centenar de habitantes y caminaron hacia mi boca cargados con cestas llenas de carne, que habían sido dispuestas y enviadas allí por orden del rey ante la primera información que recibió de mí. Observé que era la carne de varios animales, pero no pude distinguirlos por su sabor. Había paletillas, piernas y lomos cuyas formas eran como de ternero y muy bien sazonados, pero más pequeños que alas de alondra. Yo me comía dos o tres de cada bocado y me tomaba de una vez tres hogazas de pan aproximadamente del tamaño de balas de mosquete. Me abastecían tan rápido como podían, mostrando mil maneras de asombro y maravilla por mi corpulencia y apetito. Hice luego señas de que deseaba beber. Por mi modo de comer juzgaron que no me bastaría una pequeña cantidad, y como era un pueblo ingeniosísimo pusieron en pie con gran destreza una de sus mayores cubas y después la hicieron rodar hacia mi mano y le arrancaron la tapadera; me lo bebí de un trago, lo que bien pude hacer, pues no contenía ni media pinta, y sabía como un aguapié de Borgoña, aunque mucho más delicioso. Me trajeron una segunda cuba, que me bebí de la misma manera, hice señas pidiendo otra, pero ya no tenían ninguna más que darme. Cuando hube realizado estos portentos, dieron gritos de alborozo y bailaron sobre mi pecho, repitiendo varias veces, como al principio hicieron «Hekinah degul». Me hicieron una señal para que echase las dos cubas, pero primero avisaron a la gente que había para que se quitase de en medio gritándole «Borach mevolah», y cuando vieron por el aire los toneles se elevó un grito unánime de «Hekinah degul».

Confieso que a menudo estuve tentado, cuando andaban paseándose arriba y abajo por mi cuerpo, de agarrar a los primeros cuarenta o cincuenta que se me pusieran al alcance de la mano y estrellarlos contra el suelo. Pero el recuerdo de lo que había tenido que sufrir, y que probablemente no era lo peor que ellos podían hacer, y la promesa que por mi honor les había hecho (pues así interpretaba yo mismo mi sumisa conducta), pronto disiparon esos

pensamientos. Además, ya entonces me consideraba obligado por las leyes de la hospitalidad a una gente que me había tratado con tal esplendidez y magnificencia. Sin embargo, para mis adentros no dejaba de maravillarme la intrepidez de aquellos diminutos mortales que osaban aventurarse a subir y pasearse por mi cuerpo mientras una de mis manos permanecía libre, sin temblar ante la vista de una criatura tan prodigiosa como debía de parecerles.

Después de algún tiempo, cuando observaron que ya no pedía más carne, se presentó ante mí una persona de alto rango mandada por Su Majestad Imperial. Su Excelencia, que había subido por la canilla de mi pierna derecha, siguió avanzando por mi cara con alrededor de una docena de su comitiva. Y sacando sus credenciales con el sello real, que me puso cerca de los ojos, habló durante unos diez minutos sin señales de enfado, pero con una especie de firme resolución. Frecuentemente, apuntaba hacia delante, o como según luego supe, hacia la capital, que se hallaba a unos ochocientos metros, adonde Su Majestad, en consejo, había decidido que se me condujese. Contesté con pocas palabras, que no sirvieron de nada, con la mano desatada hice señas indicando la otra (mas por encima de la cabeza de Su Excelencia, ante el temor de hacerle daño a él o a su cortejo), y luego la cabeza y el cuerpo, para dar a entender que deseaba la libertad. Parece que me comprendió bastante bien, porque movió la cabeza a modo de desaprobación y colocó la mano en posición que mostraba que había de llevarme prisionero. No obstante, hizo otras señas para hacerme comprender que se me daría suficiente comida y bebida, y muy buen trato. Con lo cual intenté una vez más romper mis ligaduras, pero de nuevo, cuando volví a sentir el escozor de sus flechas en la cara y las manos, que tenía todas llenas de ampollas, con muchos de los dardos aún clavados, y también cuando observé que el número de mis enemigos había aumentado, les mostré que podían hacer conmigo como mejor quisieran. Entonces, el *hurgo* y su cortejo se apartaron con mucha cortesía y placentero semblante. Poco después oí un griterío general, en que se repetían frecuentemente las palabras «Peplom Selan», y noté que a mi izquierda numerosos grupos aflojaban los cordeles al punto que pude volverme hacia la derecha y aliviarme haciendo aguas menores, cosa que hice con abundancia para estupefacción de la gente, que imaginándose por mis movimientos lo que me disponía a realizar, salió a la carrera para huir de la inundación.

Blaise Cendrars

ISLAS

(*Hojas de ruta*, 1924)

Islas
Islas
Islas adonde jamás se va a recalar
Islas donde jamás se desembarcará
Islas cubiertas de vegetación
Islas moteadas como jaguares
Islas mudas
Islas inmóviles
Islas inolvidables y sin nombre
Lanzo mis zapatos sobre la borda, tanto me gustaría llegar a ustedes

Horacio Butler

El sobreviviente insistente

(*Butler, conversaciones con María Esther Vázquez,* 1982)

Es probable que mi padre considerara a la obstinación como un defecto. Cuando él veía que todos sus medios de persuasión estaban agotados, me decía: «Merecerías ser hijo de Patricio O'Hara». Bastante después averigüé quién era. Se trataba del menor de cuatro hermanos de una familia irlandesa comprometida en las luchas por la libertad de su país. Patricio adoraba la música y le gustaba tocar la flauta. Pero harto de que sus hermanos lo trataran por eso de cobarde, se alistó como grumete en un velero que partía a Nueva Inglaterra. El barco se incendió antes de llegar y Patricio se ató a un madero y se tiró al agua, desafiando a los tiburones. Por fin, luego de innumerables padecimientos, llegó a una isla; tenía las ropas destrozadas y estaba medio muerto, pero apretada en una mano conservaba su flauta. Así lo encontraron los isleños. Al reanimarse, preguntó si allí había un gobierno; le contestaron que sí y él dijo:

—Pues vayan a advertirle que estoy en desacuerdo con su política.

Ambrose Bierce

LA TRIPULACIÓN DEL BOTE SALVAVIDAS

(*Fábulas fantásticas*, 1899)

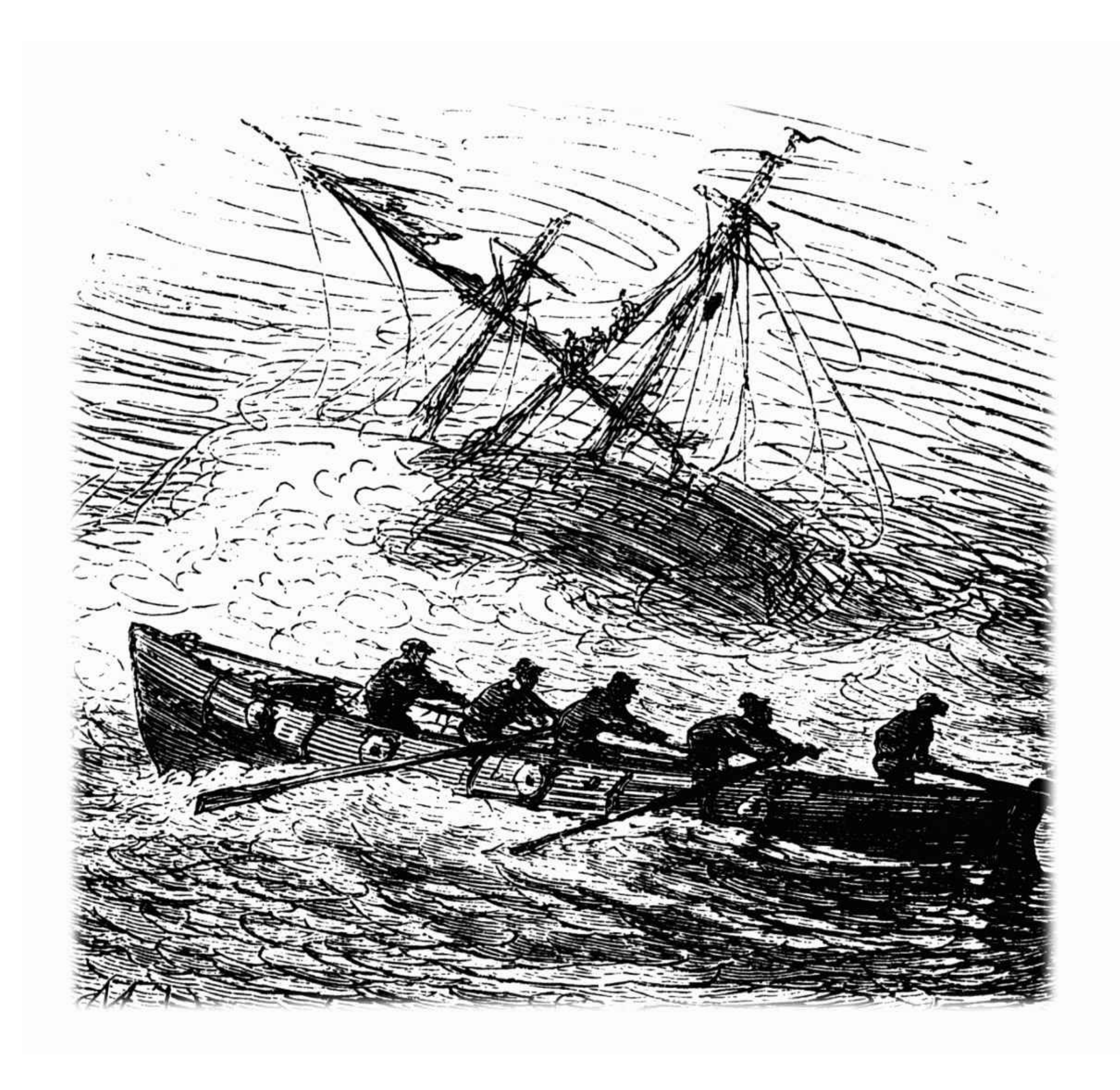
Los valerosos tripulantes de una estación de salvamento se aprestaban a botar su lancha para hacer un recorrido a lo largo de la costa, cuando avistaron, mar adentro, otra embarcación, tumbada y con una docena de hombres aferrados a su quilla.

—Tenemos suerte —dijeron los hombres de esa valiente dotación—, si no los hubiéramos visto a tiempo, nuestro destino habría podido ser como el de ellos.

Arrastraron entonces su embarcación playa arriba, hasta lugar seguro y caliente, dispuestos a seguir sirviendo a su país y a la humanidad.

X

HAZAÑAS



Cruzar la rompiente. Cruzar la rompiente y llegar hasta esa isla que se ve al filo del horizonte. Cruzar la rompiente, dejar atrás esa isla que se ve al filo del horizonte y perderse tras el horizonte. Cruzar la rompiente, dejar atrás esa isla que se ve al filo del horizonte y perderse tras el horizonte y volver para contarlo. Cruzar un mar. Cruzar dos mares. Cruzar tres mares. Descubrir el pasaje que une dos mares. Descubrir una isla. Descubrir un continente. Dar la vuelta al mundo. Perder el barco y navegar en un bote miles de millas por mar abierto y alcanzar puerto seguro. Perder el barco en una costa salvaje y construir con los restos de ese barco perdido otro barco y regresar desde esa costa salvaje. Atravesar indemne una tormenta con olas grandes como murallas en marcha. Dar la vuelta al mundo en solitario. Llegar al Polo Norte por debajo de la capa de hielo. Escribir las líneas necesarias para hacer sentir a quien lea que cumple con alguno de esos hechos memorables. Leer las líneas necesarias y ser quien cumple algunos de esos hechos devenidos más reales que lo real.

Biblia, versión Reina-Valera

DE CÓMO CALMAR LAS AGUAS

Vino palabra de Jehová a Jonás, hijo de Amitai, diciendo:

«Levántate y ve a Nínive, aquella gran ciudad, y pregona contra ella; porque ha subido su maldad delante de mí».

Y Jonás se levantó para huir de la presencia de Jehová a Tarsis, y descendió a Jope, y halló una nave que partía para Tarsis; y pagando su pasaje, entró en ella para irse con ellos a Tarsis, lejos de la presencia de Jehová.

Pero Jehová hizo levantar un gran viento en el mar, y hubo en el mar una tempestad tan grande que se pensó que se partiría la nave.

Y los marineros tuvieron miedo, y cada uno clamaba a su dios; y echaron al mar los enseres que había en la nave, para descargarla de ellos. Pero Jonás había bajado al interior de la nave, y se había echado a dormir.

Y el patrón de la nave se le acercó y le dijo: «¿Qué tienes, dormilón? Levántate, y clama a tu Dios; quizá él tendrá compasión de nosotros, y no pereceremos».

Y dijeron cada uno a su compañero: «Venid y echemos suertes, para que sepamos por causa de quién nos ha venido este mal». Y echaron suertes, y la suerte cayó sobre Jonás.

Entonces le dijeron ellos: «Decláranos ahora por qué nos ha venido este mal. ¿Qué oficio tienes, y de dónde vienes? ¿Cuál es tu tierra, y de qué pueblo eres?».

Y él les respondió: «Soy hebreo, y temo a Jehová, Dios de los cielos, que hizo el mar y la tierra».

Y aquellos hombres temieron sobremanera, y le dijeron: «¿Por qué has hecho esto?». Porque ellos sabían que huía de la presencia de Jehová, pues él se lo había declarado.

Y le dijeron: «¿Qué haremos contigo para que el mar se nos aquiete?». Porque el mar se iba embraveciendo más y más.

Él les respondió: «Tomadme y echadme al mar, y el mar se os aquietará; porque yo sé que por mi causa ha venido esta gran tempestad sobre vosotros».

Y aquellos hombres trabajaron para hacer volver la nave a tierra; mas no pudieron, porque el mar se iba embraveciendo más y más contra ellos.

Entonces clamaron a Jehová y dijeron: «Te rogamos ahora, Jehová, que no perezcamos nosotros por la vida de este hombre, ni pongas sobre nosotros la sangre inocente; porque tú, Jehová, has hecho como has querido».

Y tomaron a Jonás, y lo echaron al mar; y el mar se aquietó de su furor.

Y temieron aquellos hombres a Jehová con gran temor, y ofrecieron sacrificio a Jehová, e hicieron votos.

Pero Jehová tenía preparado un gran pez que tragase a Jonás; y estuvo Jonás en el vientre del pez tres días y tres noches.

Homero

De cómo escapar a la música

(*La Odisea*, siglo VIII a. C.)

Ella regresó a través de la isla, la divina entre las diosas, y yo partí hacia la nave y apremié a mis compañeros para que embarcaran y soltaran amarras. Así que embarcaron con presteza y se sentaron sobre los bancos y, sentados en fila, batían el canoso mar con los remos. Y Circe de lindas trenzas, la terrible diosa dotada de voz, envió por detrás de nuestra nave de azul oscura proa, muy cerca, un viento favorable, buen compañero, que hinchaba las velas. Después de disponer todos los aparejos, nos sentamos en la nave y la conducían el viento y el piloto.

Entonces dije a mis compañeros con corazón acongojado: «Amigos, preciso es que todos —y no solo uno o dos— conozcáis las predicciones que me ha hecho Circe, la divina entre las diosas. Así que os las voy a decir para que, después de conocerlas, perezcamos o consigamos escapar evitando la muerte y el destino.

»Antes que nada me ordenó que evitáramos a las divinas Sirenas y su florido prado. Ordenó que solo yo escuchara su voz; mas atadme con dolorosas ligaduras para que permanezca firme allí, junto al mástil; que sujeten a este las amarras, y si os suplico o doy órdenes de que me desatéis, apretadme todavía con más cuerdas».

Así es como yo explicaba cada detalle a mis compañeros. Entretanto la bien fabricada nave llegó velozmente a la isla de las dos Sirenas —pues la impulsaba próspero viento—. Pero enseguida cesó este y se hizo una bonanza apacible, pues un dios había calmado el oleaje.

Levantáronse mis compañeros para plegar las velas y las pusieron sobre la cóncava nave y, sentándose al remo, blanqueaban el agua con los pulimentados remos. Entonces yo partí en trocitos, con el agudo bronce, un gran pan de cera y lo apreté con mis pesadas manos. Enseguida se calentó la cera —pues la oprimían mi gran fuerza y el brillo del soberano Helios

Hiperiónida— y la unté por orden en los oídos de todos mis compañeros. Estos, a su vez, me ataron igual de manos que de pies, firme junto al mástil —sujetaron a este las amarras—, y, sentándose, batían el canoso mar con los remos.

Conque, cuando la nave estaba a una distancia en que se oye a un hombre al gritar en nuestra veloz marcha, no se les ocultó a las Sirenas que se acercaba y entonaron su sonoro canto: «Vamos, famoso Odiseo, gran honra de los aqueos, ven aquí y haz detener tu nave para que puedas oír nuestra voz. Que nadie ha pasado de largo con su negra nave sin escuchar la dulce voz de nuestras bocas, sino que ha regresado después de gozar con ella y saber más cosas. Pues sabemos todo cuanto los argivos y troyanos trajinaron en la vasta Troya por voluntad de los dioses. Sabemos cuanto sucede sobre la tierra fecunda».

Así decían lanzando su hermosa voz. Entonces mi corazón deseó escucharlas y ordené a mis compañeros que me soltaran haciéndoles señas con mis cejas, pero ellos se echaron hacia adelante y remaban, y luego se levantaron Perimedes y Euríloco y me ataron con más cuerdas, apretándome todavía más.

Cuando por fin las habían pasado de largo y ya no se oía más la voz de las Sirenas ni su canto, se quitaron la cera mis fieles compañeros, la que yo había untado en sus oídos, y a mí me soltaron de las amarras.

Antonio Pigafetta

De cómo ganar tiempo

(*Relación del primer viaje alrededor del mundo,* 1524)

Para doblar el cabo de Buena Esperanza, subimos hasta el 42° de latitud sur; y nos fue preciso permanecer nueve semanas frente a este cabo, con las velas plegadas, a causa de los vientos del Oeste y del Noroeste que experimentamos constantemente y que concluyeron en una tempestad terrible. El cabo de Buena Esperanza está hacia los 34° 30′ de latitud meridional, a mil seiscientas leguas de distancia del de Malaca. Es el más grande y más peligroso cabo conocido de la tierra. Algunos de los nuestros, y sobre todo los enfermos, habrían querido desembarcar en Mozambique, donde hay un establecimiento portugués, a causa de las vías de agua que tenía la nave y del frío penetrante que sentíamos; pero, especialmente, porque teníamos por único alimento y bebida arroz y agua, pues toda la carne que, por falta de sal, no pudimos preparar, estaba podrida.

Sin embargo, hallándose la mayor parte de la tripulación inclinada más al honor que a la vida misma, determinamos hacer cuantos esfuerzos nos fuera posible para regresar a España, por más que tuviéramos aún que correr algunos peligros. En fin, con ayuda de Dios, el 6 de mayo doblamos este terrible cabo, siendo preciso acercamos a él hasta distancia de cinco leguas, sin lo cual no lo hubiéramos conseguido jamás. Corrimos, enseguida, hacia el Noroeste durante dos meses enteros, sin reposarnos jamás, perdiendo en este intervalo veintiún hombres, entre cristianos e indios. Al arrojarlos al mar, notamos una cosa curiosa, y fue que los cadáveres de los cristianos quedaban siempre con el rostro vuelto hacia el cielo, y los de los indios con la cara sumergida en el mar.

Carecíamos totalmente de víveres, y si el cielo no nos hubiese acordado un tiempo favorable, habríamos todos muerto de hambre. El 9 de julio, día miércoles, descubrimos la isla de Cabo Verde, yendo a fondear a la llamada Santiago. Sabiendo que nos hallábamos en tierra enemiga y que se abrigarían

sospechas de nosotros, tuvimos la precaución de hacer decir a los hombres de la chalupa que enviamos a tierra a hacer provisión de víveres, que pasábamos al puerto porque habiéndose quebrado el palo trinquete al doblar la línea equinoccial, gastamos mucho tiempo en acomodarlo, y que el comandante en jefe, con otras dos naves, había continuado su derrota a España. Les hablamos de manera de hacerles creer que veníamos de las costas de América y no del cabo de Buena Esperanza. Prestose fe a nuestras palabras y por dos veces recibimos la chalupa llena de arroz a cambio de nuestras mercaderías. Para ver si nuestros diarios habían sido llevados con exactitud, hicimos preguntar en tierra que qué día de la semana era. Se nos respondió que era jueves, lo que nos sorprendió, porque según nuestros diarios solo estábamos a miércoles, y a mí, sobre todo, porque habiendo estado bien de salud para llevar mi diario, marcaba sin interrupción los días de la semana y los del mes. Después supimos que no existía error en nuestro cálculo, porque navegando siempre hacia el Oeste, siguiendo el curso del sol y habiendo regresado al mismo punto, debíamos ganar veinticuatro horas sobre los que permanecían en el mismo sitio; y basta reflexionar para convencerse de ello.

Habiendo por tercera vez regresado la chalupa a tierra con trece hombres, notamos que se la retenía, pudiendo además sospechar por el movimiento que se observaba en algunas carabelas, que querían también apoderarse de nuestra nave, lo que nos determinó a partir en el acto. Supimos después que nuestra chalupa había sido detenida porque uno de los marineros reveló nuestro secreto, diciendo que el comandante en jefe era muerto y que nuestra nave era la única de la escuadra de Magallanes que regresaba a Europa.

Gracias a la Providencia, el sábado 6 de septiembre entramos en la bahía de Sanlúcar y de los sesenta hombres que formaban la tripulación cuando partimos de las islas Molucas, no éramos más que dieciocho, y estos en su mayor parte estaban enfermos. Otros desertaron en la isla de Timor; otros fueron condenados a muerte por delitos, y otros, en fin, perecieron de hambre. Desde que habíamos partido de la bahía de Sanlúcar hasta que regresamos a ella recorrimos, según nuestra cuenta, más de catorce mil cuatrocientas sesenta leguas, y dimos la vuelta al mundo entero, yendo siempre de Este a Oeste.

El lunes 8 de septiembre largamos el ancla cerca del muelle de Sevilla, y descargamos toda nuestra artillería. El martes bajamos todos a tierra en camisa y a pie descalzo, con un cirio en la mano, para visitar la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria y la de Santa María la Antigua, como lo habíamos prometido hacer en los momentos de angustia. De Sevilla partí para

Valladolid, donde presenté a la Sacra Majestad de don Carlos, no oro ni plata, sino cosas que eran a sus ojos mucho más preciosas. Entre otros objetos, le obsequié un libro escrito de mi mano, en el cual había apuntado día por día todo lo que nos había acontecido durante el viaje.

Robert Fitz Roy

¿Con esa cara?

(de su diario personal)

6 de septiembre de 1831: Míster Darwin no tiene la nariz de un hombre capaz de resistir los rigores de un viaje alrededor del mundo.

Charles Darwin

¿CON ESTE BARCO?

(de su diario personal)

12 de septiembre de 1831: Encontré el *Beagle* en el dique seco y sin mástiles. Parece más un barco hundido que una nave cuya misión sea dar la vuelta al mundo.

Atribuido a *sir* Ernest Shackleton

EL MARKETING DE LA CATÁSTROFE

(c. 1913)

Se buscan hombres para travesía peligrosa. Escasa paga, frío feroz, largas horas de completa oscuridad. Retorno dudoso. Honores y reconocimiento factibles, no asegurados, solo en caso de éxito.

(Aviso que se habría publicado en diversos periódicos ingleses con objeto de reclutar la tripulación del *Endurance* para la Expedición Imperial Transantártica de 1914. Si bien se repite en biografías y libros de divulgación, ningún periodista o historiador encontró jamás el original).

Victoria Esplugas

AGUAS PROFUNDAS

(*MIER CO LES*, 2016)

Cenamos con mi madre. Nuestra última charla antes del viaje. Le dije que iría a aguas profundas, esta vez peligrosas, en dirección hacia el fin del mundo. Hace días que me pregunta si conozco el barco, la tripulación, que cuándo voy a partir o cuándo a volver. Hay cosas que tendría que saber, pero hay cosas que aún no quiero averiguar. Juntas hemos avanzado sobre algunos tecnicismos del viaje. Hoy, antes del último día en tierra, se pone a contarme. Le gustan las historias nuestras, donde aún soy una niña. Comienza a contar de cuando aprendí a nadar y ella aprendía a ser madre al mismo tiempo. Ambas, entregadas a nuestro mutuo amor, a nuestra soledad y a nuestro desamparo. Vivíamos en otras tierras y otros mares, bajo la protección de otras familias, rodeadas de tías, primas, sus hijos y sus hombres. Ella no sabe nadar y yo no paro de jugar en el agua. Son todos mayores, y yo corro como un cachorro tras ellos. Pequeñas playas frente al océano y yo más y más dentro del agua. Entonces me enseñan a nadar. Aprendo muy rápido. Llega el día. Arreglé todo. Un adulto, alguno de los tantos padres, me llevará hasta lo hondo, pasando la rompiente. Ella me cuenta que tuvo tanto miedo. Me cuenta que tuvo que pensarlo muy bien. ¿Cómo? ¿Cómo hacer para que yo no viera el miedo y lo llevara? ¿Cómo hacer para enseñarme lo que no se sabe? Ella giró sobre sus pies y miró la arena para que no viera sus ojos. Mientras, su niña avanzaba a través del agua fría, feliz, airosa.

Vito Dumas

COMIENZA A MORIR TODO EN TORNO

(*Los cuarenta bramadores.*
La vuelta al mundo por la ruta imposible, 1944)

Cada día de estos voy consignando la distancia cubierta y la que me falta para llegar. Es una forma de entretenerme. Hoy, por ejemplo, ha sido tan solo de cuarenta millas el recorrido. Primer día de una serie que continuará en la misma forma. Es evidente que he penetrado en la zona de calma, sin serme posible imaginar cuánto tiempo habré de permanecer en ella. Si fuera en los lejanos días de la gloriosa navegación a vela, debería consignar como flojo este tramontana. En la evocación de lo leído, aparecen expresiones algo olvidadas. Levante: agua por delante. Esta otra: viento a Berbería, levante al otro día. El viento del SO era entonces llamado lebeche; maestral, el del NO; al del Este, se le decía griego, pues venía del lado de Grecia. En nuestra parte de América también tenemos ciertos dichos: si un Norte se te ha perdido, por el Sur anda escondido. En esas treguas en las que la mente descansa, llega con los citados recuerdos una manera de llenar el tiempo. Es algo infantil pero necesario.

El 15 de noviembre mi posición es de 37° 07′ S y 113° 15′ E. Al hacer los cálculos astronómicos me doy cuenta de que es un día domingo, pero ¿cuándo tendrá en realidad valor, como humano que soy, el encontrarme en domingo? El camino es largo aún: faltan más de 2 800 millas para finalizar la dura etapa. Al día siguiente mi posición es de 37° S y 114° E. El *Legh II* no avanza. A la caída de la tarde cruzo el meridiano del faro del cabo Leeuwin. Confirmo mi situación, pues no debo incurrir en un error, ya que siendo una zona a menudo invadida por las nieblas, un yerro en latitud podría depararme contingencias desagradables. Si esta misma calma me sorprendiera próximo a la tierra, sería de resultados funestos. No poseo motor alguno, la única propulsión del barco es el velamen. Esa noche un cachalote de más de quince metros quiere atacar el *Legh II*. En dos oportunidades lo intenta. Establezco la vela mayor que no

utilizo desde hace veintisiete días y que ya tengo reparada. Contemplo, con no disimulado orgullo, mi trabajo. Otro hecho infantil pero hondamente humano. No todo es timonear y saber astronomía náutica. El marino es múltiple: es cocinero, enfermero, médico de sí mismo, tanto cose una vela como recose las medias por las que los dedos asoman desvergonzadamente; sabe de todo. Al pantalón le he puesto un parche que he sacado de un trozo de gallardete.

El agua comienza a preocuparme. Va escaseando. Es color oscuro barroso. Me duelen las encías. Llegan los primeros síntomas del beriberi. Me consta que el terrible mal que tanto raleó las tripulaciones de antiguos tiempos, empieza a manifestarse con ulceración de las encías y también de la piel; vacilación de los dientes; reblandecimiento de las cicatrices. Sus causas son el frío prolongado, la humedad, la mala o insuficiente alimentación, pero más que nada la ausencia de vegetales frescos. A los sesenta días de navegación suele advertirse su llegada, y llevo, en estos momentos, sesenta y cinco en el mar. De no haber tenido la precaución de tomar vitamina C durante todo el viaje, es muy posible que jamás hubiera llegado a puerto alguno. Pese a mi previsión, se producen los primeros síntomas.

El 18 me encuentro a 180 millas al sur de Albany, puerto y ciudad que se encuentra al SO de Australia. Son sesenta y cinco días sin ver tierra, ni barcos, ni hablar con persona alguna. Sin embargo, contra todo lo que se pudiera suponer, no recalaría allí por nada del mundo. No veo el instante de dejar a popa Tasmania, de la que me separan aún 1 440 millas, pero debo conformarme y comprender la gran verdad del proverbio chino que dice: «La ruta de mil millas comienza siempre con un paso». Los días son hermosos. Los aprovecho para tomar baños de sol, aunque la temperatura es de 14° en la camareta; afuera el sol es tibio y lo aprovecho en dos sentidos: en los baños y para secar la ropa. Pero esta se encuentra tan impregnada de sal, que quitada del sol ya se la siente nuevamente húmeda. Precisamente cuando más seca la necesito.

Se hace sentir la falta de vida alrededor: no llegan pájaros. No soy de la opinión de que su ausencia se deba al mal tiempo próximo. Creo que la causa es la falta de viento que obliga a las aves a un trabajo mayor para volar. Retiro la corredera que solo ha marcado 14 millas en las últimas ocho horas, pues la poca velocidad la lleva hacia el fondo y se convierte en una especie de ancla. La brisa es suave, apacible, blanda; brisa que prolonga desesperadamente el viaje y que en los maravillosos tiempos de Bougainville, cuando realizó su viaje alrededor del mundo navegando en precarias condiciones por las Nuevas Hébridas, le hizo decir: «La ración es igual para oficiales y marineros. Pero es

tan mala esta carne que preferimos las ratas que podamos atrapar». Sin embargo, seguía: «Los marineros no pedían doble paga, y mal comidos, por las noches no dejaban de bailar». Heroica época. Un día como el de hoy, sería para ordenar: establecer juanetes a todas las velas. Tiempos aquellos en que estaban en boga los refranes: viento en popa es medio puerto. O este otro: viento en popa y mar en bonanza, navega Sancho Panza. Épocas de los vigías en las galeras sobre la atalaya. Más vale palmo de vela que remo de galera, por lo que les significaba la enorme propulsión del viento sobre las velas en comparación al esfuerzo de todos los remeros. Refuerzo de los brioles, parches en las velas y en las partes desgastadas por el roce del aparejo. Otro dicho: cada palo aguanta su vela, refrán en el que daban a entender que cada uno de ellos podía trabajar con su trapo, sin recargar a los otros. Quizás influenciado por toda esa atmósfera de marinería, establezco por primera vez la vela balón que tiene unos sesenta metros cuadrados de paño. Es de una tela delgada y liviana, que al menor soplo se llena. Pero ¡cómo será de blando el viento que la balón cae fláccida a proa!

Me encuentro muy próximo al meridiano que significa las antípodas de mi lejana patria, vale decir, que aún falta la otra mitad del mundo. No puedo, con certeza, asegurar si las presentes líneas serán o no leídas en el futuro. Luego, mañana, quizás dentro de un instante, puede sobrevenir la quietud definitiva mía y de mi valiente barco. Pero, de pretender grabar por escrito el presente momento, no encuentro, en realidad, su medida. Los cúmulos de nubes espectrales como el mármol están adheridos a la bóveda celeste desde ayer, desde anteayer, hace veinte días que no se mueven. Es menester que los nervios estén, o bien muy normales, o adormecidos, para mantenerse sin sufrir un gran trastorno mental.

La enorme quietud implica diez días de absoluta calma, donde el oído no percibe sonido alguno, ni un tenue eco. Parecería que soy etéreo. Recuerdo la ciudad de Brujas, en Bélgica, la ciudad muerta, que yo denominaría la de los colores muertos. Por allí transitaba una tarde en la que fui sorprendido ante el rumor de las pisadas de un conserje. El ruido me sobresaltó en aquel profundo silencio, pero allí, aunque aquietado, se veía al ser humano. En cambio, aquí, lentamente, se van escondiendo en lo recóndito de mi ser los recuerdos del mundo. Cuesta trabajo aceptar que exista. Un delicioso atontamiento embarga los sentidos. Las cuerdas de mi instrumento están adormecidas y se pliegan a la paz de este día en que me encuentro próximo a los 120° de longitud Este, antípodas de mi hogar. Miro en torno mío y las cosas amigas, las cosas que me son familiares, parece que están muertas. Llego a creer que el *Legh II* se

ha muerto, que el mundo se ha muerto y que yo también estoy muerto… Debo hacer enormes esfuerzos, recurrir a melodías suaves para no truncar mi equilibrio mental.

Como primera manifestación de vida vuelve el pájaro que hace días no veía. Me saluda con un par de vueltas en torno al barco y desaparece hasta la jornada siguiente. Tiene todas las características de una paloma, pero en sus alas negras se destacan una serie de pintas blancas que forman hermosos dibujos. Llegan después ballenas. En el espejo del mar y con el sol casi a plomo se carga la atmósfera de un vaho caliente. Las nubes lechosas se funden con el agua y casi no se define el horizonte. El respirar de las ballenas a lo lejos da la impresión de que ametrallaran desde el aire y al impactar los proyectiles sobre el agua la alzaran en columnas como de humo. La variedad de comida es bien poca. El *corned beef* no lo puedo utilizar íntegramente porque una lata es mucha cantidad y el sobrante, a los dos días, está descompuesto. Además, no me conviene ingerir mucha de esa carne porque da sed y mi agua es sumamente escasa.

El termómetro continúa alto, llega a 22° ahora. Las papas ya han brotado y aparecieron pequeños hijos de los tubérculos. El agua merma en forma alarmante. Pronto no habrá más. De continuar con mis baños de sol llegaré a ser tan negro como un papú. Gran cantidad de peces pequeños navegan alrededor. También flotan medusas enormes, de un metro de diámetro y con largos filamentos amarillos a la rastra. Es indudable que la marcha que voy logrando hacia el Este es producida por la corriente. Las ballenas se aproximan y sus juegos y carreras me entretienen. El 22 de noviembre al anochecer, recién logro cruzar a los 39° de latitud Sur y 120° de longitud Este. Las antípodas de mi patria. Desde este preciso instante, cada milla que navegue al Este me acercará más a ella. He cubierto la mitad del mundo.

La estrella Achernar aparece casi por la proa. Entre los obenques, veo la Aldebarán. Y a mi través, un poco arriba del horizonte, la Aries. Noche de luna con plenitud de estrellas, guías de los espacios. Calma, calma y calma. Arrío la vela balón porque el cielo amenaza a cubrirse. La suplanto por el tormentín. Ha nacido una esperanza. Francamente, estoy deseando un temporal.

Horacio Castillo

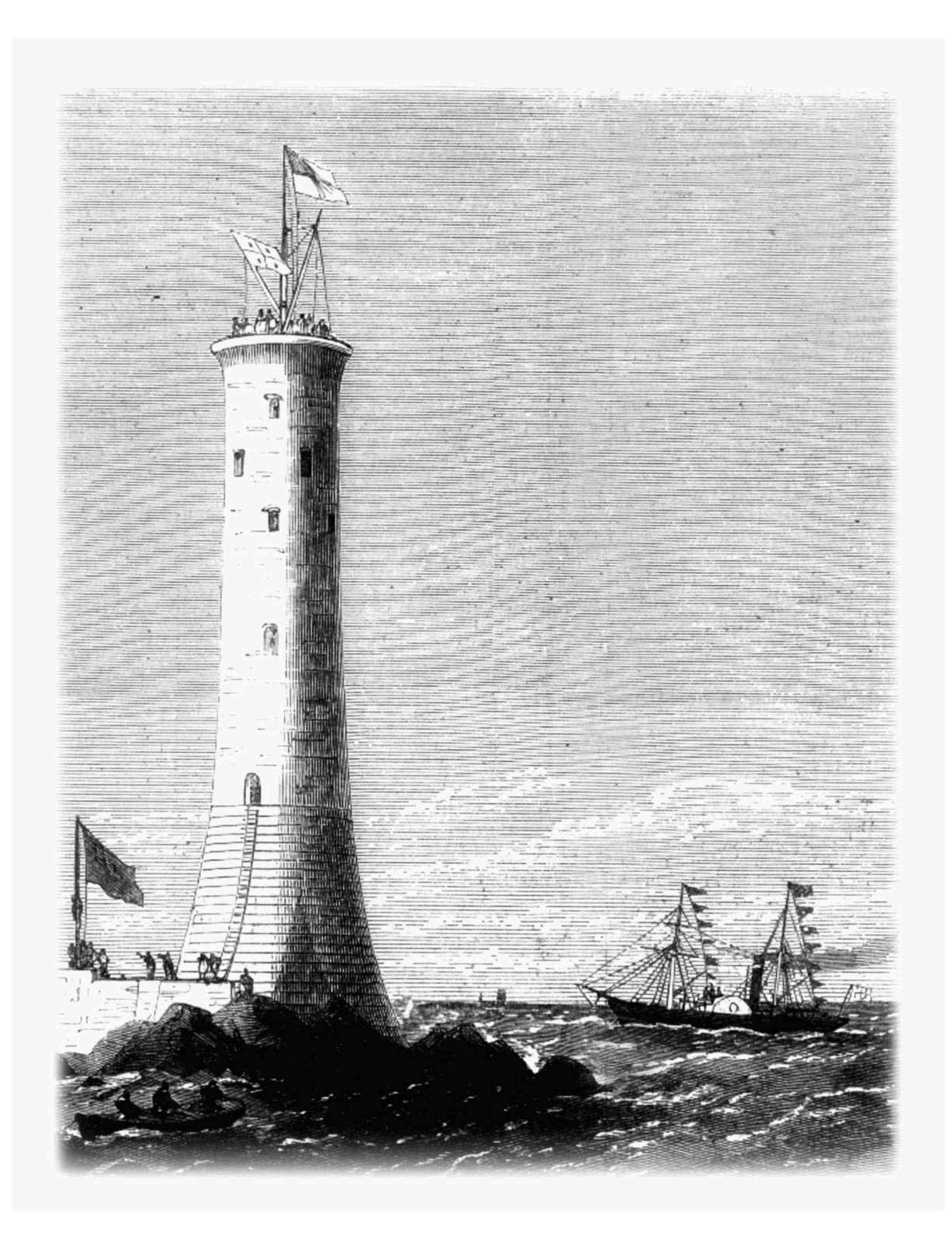
NAVEGANTE SOLITARIO

(*Alaska*, 1993)

Desde ahora, cada milla que navegue hacia el oeste
me alejará de todo. Han desaparecido las señales
de vida: ni peces, ni pájaros, ni sirenas,
ni una cucaracha zigzagueando en la cubierta.
Solo agua y cielo, el horizonte destruido,
el mar que canta como yo siempre la misma canción.
Ni peces, ni pájaros, ni sirenas,
ni esa extraña conversación en la sentina
que el oído percibe en las horas de calma.
Solo agua y cielo, el rolido del tiempo.
A la noche, la estrella Achernar aparece en la proa;
entre los obenques, Aldebarán; a estribor,
un poco más arriba del horizonte,
Aries. Entonces arrío, duermo. Y la nada,
mansamente, viene a comer de mi mano.

XI

VOLVER



El mar ha sido dibujado, pintado, grabado, retratado mediante notas musicales, esculpido, escrito, fotografiado, filmado, digitalizado, hologramado. ¿Queda algo del mar detrás de todos esos mares? ¿Le queda a alguien alguna posibilidad de pisar una playa por nadie pisada antes? ¿De ser, como escribió Rodolfo Molinari, «feliz como un pie desnudo en una playa»?

Siempre sucedió así, pero resultaba más difícil darse cuenta: los relatos del mar hablan de relatos del mar. Hoy son cada vez más los relatos, más las imágenes y menos el mar. Representaciones de representaciones de representaciones. ¿Quién podrá devolvernos aquel mar perdido?

Herman Melville

JOHN MARR

(*Billy Budd y otros textos*, 1913)

John Marr, nacido a finales del último siglo en América, de madre desconocida, y desde la infancia hasta la madurez marino bajo distintas banderas, fue declarado inútil para el servicio en el mar a causa de una herida grave recibida en un encuentro con piratas de los Cayos, y se dedicó a un empleo menos activo en tierra que le proporcionase el sustento necesario. Mantuvo sin embargo el espíritu de vagabundo adquirido en su época de marino.

Después de mudarse varias veces, ofreciendo al principio sus servicios como velero de puerto en puerto, y luego en el interior del país, a la aventura, como carpintero, decidió finalmente asentarse en una zona fronteriza, allá por 1838, en una colonia compuesta por unas pocas casas dispersas rodeada por bosques de robles. Allí puso fin a su vida de vagabundo y contrajo matrimonio.

Expuestos a la dura vida en los nuevos asentamientos, difícil de soportar para determinadas constituciones, la muerte se llevó, después de una larga fiebre, a su mujer y a su hijo de corta edad. Los puso en un ataúd fabricado por él mismo, y los entregó a la tierra —otro túmulo, aunque pequeño, en la extensa pradera, cercano a otros túmulos creados por una raza desconocida, en los que habían dejado sus huesos y objetos de alfarería—; la misma tierra, con extraños signos en forma de serpiente.

Con un gesto de honesta tranquilidad, bronceado y con ojos que podían mirar suavemente o relampaguear, aunque nunca con dureza, se hundía a veces en un profundo estado melancólico. Ese hombre sin familia poseía sentimientos que, una vez en su interior, no podían ser resignados ni desviados hacia un objeto substitutivo. Llegado a la mitad de su vida, decidió no abandonar el suelo que albergaba a los únicos seres con los que había

guardado un vínculo de amor familiar. Dejó su casa de madera a un recién llegado y se quedó con el ajuar.

El agudo sentimiento de pérdida fue remitiendo, pero el vacío en su corazón se mantuvo. Le hubiera gustado llenar ese vacío cultivando relaciones sociales con gente que compartiera su destino hasta el final; relaciones que fueran más allá de los meros vínculos laborales, en los que se comparten las penas y el esfuerzo. Pero en ese aspecto, y no era culpa de nadie, se mostraba incapaz.

Los hombres prácticos deben conversar con simpatía —su conversación social supera en familiaridad a la que sostienen con el cónyuge— y sobre tópicos de la vida real. Pero ya sea sobre personas o eventos, no se puede hablar siempre del presente, mucho menos especular continuamente acerca del futuro; a veces se tiene que recurrir al pasado, el cual, en la gran masa de los hombres, constituye, en un sentido personal, una herencia común, supliendo en las naturalezas más prácticas la base de la comunión social.

Pero el pasado de John Marr no era el pasado de esos pioneros. Las manos de estos se habían posado en la esteva del arado; las de John Marr en la rueda del timón. Ellos solo conocían a los de su clase y sus propias costumbres; él había tenido acceso al amplio mundo. El alcance mental de ese mundo de migrantes domésticos, labriegos por herencia, era inevitablemente tan limitado —y como consecuencia su grado de simpatía— que el océano, ya una leyenda para sus padres, se había convertido, después de penetrar más y más en el interior del país, en poco más que un simple rumor vago y lejano.

Era gente sedentaria y tranquila; su serenidad se basaba en la habituación al trabajo monótono; eran ascéticos más por necesidad que por convicción moral; su fe religiosa era sincera, aunque obtusa. Se mostraban bondadosos ante la necesidad, pero a su manera. No obstante, para un hombre —como lo había sido John Marr en su vida previa de vagabundo— acostumbrado a las tabernas en las que reinaba la confianza, a la diversión gratuita vespertina en uno de los confortables puertos de algún pueblo costero de la época, rodeado de la familiaridad creada por la camaradería de los marineros, algo faltaba en ese medio. Y ese «algo» era alegría, la flor de la vida surgiendo de un sentido especial del placer. La vida de esa gente no podía deparar una debilidad como la provocada por la malaria —eran personas que no conocían los días de fiesta—, y poseían demasiada rectitud para desear lo que no podían sentir. En las silenciosas reuniones de aquellos hombres, el solitario marinero buscaba desviar sus pensamientos de la tristeza que lo embargaba, intentaba recabar su interés haciendo referencia a hechos acaecidos en los alrededores; no

obstante, y de una manera natural, acababa relatando alguna historia marinera, pero se sumía pronto en el silencio al no encontrar entre los presentes ningún estímulo para continuar. En una ocasión, un anciano, herrero de oficio y en las reuniones dominicales un grave amonestador, le dijo honestamente: «Amigo, aquí no sabemos nada de eso».

Frialdad tal en un semejante dejaba de lado la vida sofisticada. Además, el trabajo que realizaban por vocación, en aquella época prácticamente sin ayuda de maquinaria, les daba la impresión de estar en consonancia con la naturaleza. Para John Marr esa actitud, fiel reflejo de la apatía de la naturaleza, solo podía surgir en un valle como aquel, donde nadie, excepto los fenecidos levantadores de túmulos, había dejado una huella perdurable.

Los pocos indios que habían quedado —ya que fueron prácticamente exterminados por tropas regulares blancas en la última guerra; una guerra provocada por los pieles rojas en defensa de su suelo natural y de sus derechos naturales— fueron desplazados hacia zonas deshabitadas más allá del Misisipi; zonas deshabitadas y salvajes *entonces*, pues hoy albergan municipios y estados. Pero antes de que ocurriera todo eso, los bisontes, antaño presentes en rebaños enormes, desfilando en número incontable en ininterrumpidas procesiones, como si se tratase de líneas de batalla infinitas sobre vastos valles virginales, fueron diezmados y masacrados a manos de los cazadores, una raza distinta a la de los pioneros agricultores pero que, en general, constituye su vanguardia. Semejante éxodo de hombres y bestias convirtió la pradera en un desierto, verde y florido, desierto, pero casi tan vacío como el Obi siberiano. Exceptuando las perdices, que a veces saltaban asustadas de sus escondrijos en la hierba, y de las palomas, en la época migratoria, que en densas bandadas hacían eclipsar el sol como nubes tormentosas, aparte de estos seres, ya que no había amplios bosques con matorrales, las aves eran excepcionalmente raras.

En esas praderas podía reinar durante horas un silencio opresivo, ininterrumpido. «Es el lecho de un mar muerto», se decía el solitario marino, muy lejos de poseer conocimientos geológicos, cuando, pensativo, contemplaba a la luz del crepúsculo, las ondulaciones de aquella enorme superficie aluvial, que solo conocía el horizonte por frontera. Y anhelaba el movimiento que, alertando a la vista y al oído, anima la aparente soledad de la inmensidad.

Aunque se trataba de una imagen que contrastaba con sus recuerdos, ejercía una función sugestiva en la memoria: la pradera fue para John Marr un recordatorio del océano.

Antes de su último y más remoto traslado, había pensado mantener esporádica correspondencia con algunos de sus antiguos camaradas de a bordo. Pero a causa de los impedimentos más diversos, él, como el resto de los colonos, había quedado aislado, completamente aislado, sin poder recibir noticia de nadie y de ningún tipo. Solamente los carromatos entoldados de los emigrantes traían algunas nuevas al atravesar las vastas praderas. No había ninguna oficina de correos cercana, como hoy. Ni siquiera se podía encontrar el rudo y pequeño buzón hecho de cuero, colocado a intervalos a lo largo de las sendas solitarias sirviendo de reposo a los pájaros, y que, más tarde, conforme avanzaba la frontera, terminaba por convertirse en una suerte de monumento mohoso, testigo de la irrefrenable progresión de la vida civilizada; una vida que hoy, en América, no conoce otro límite que el océano que baña las costas de Asia. A través de esas planicies, ahora lugares con exceso de población, con ciudades opulentas y granjas florecientes, habitadas por pálidos ciudadanos y saludables granjeros, en parte descendientes de los primeros colonos —tengamos en cuenta que hablamos de una región que hace medio siglo apenas producía lo suficiente para sustentar a un hombre, pero hoy se ha convertido en una de las zonas más fértiles de la tierra—; a través de esas planicies, ahora comunicadas por cables y el ferrocarril, apenas se puede decir que había trazado un camino en la época de la que escribimos. Para el viajero de largas distancias solo existían como señales de orientación algún bosque aislado o asentamientos recientes, muy distantes entre sí, por lo que el sol constituía el principal medio para guiarse. En el verano, incluso para ir de un campamento provisional a otro, el viaje, aunque solo durase horas, se parecía mucho a la navegación. En algunas llanuras ricas en vegetación, entre prolongadas colinas verdes, suaves como las olas calmadas por el océano, sometidas a su propia tranquilidad después del huracán, se podían observar los signos de marcha; en la lejanía, gracias a las lonas de un blanco resplandeciente, como velas en el mar; de cerca, cuando la carreta queda oculta por la vegetación, por las orejas del tiro de caballos, que se destacan, si no sobre las azucenas atigradas, sobre la hierba crecida.

Exuberante, esa naturaleza inculta. Para uno de sus habitantes, dejar atrás a un amigo no solo significaba perderlo de vista, sino quedar privado de su existencia.

Aunque la mayoría de los antiguos compañeros de John Marr podía permanecer con vida, ahora, como simples sujetos de meditación, se habían convertido en fantasmas de la muerte. Conforme fue aumentando el rechazo al medio en que vivía, se fue ensimismando más y más en sus recuerdos, y

esos fantasmas, próximos a los de su mujer y su hijo, se tornaron en compañeros espirituales, perdiendo parte de su inicial imprecisión y adoptando la sombría semblanza de una vida silenciosa. Y fueron la luz en la aureola que rodeó cualquier objeto sentimental del pasado, la luz en la reunión que anhela apasionadamente todo corazón imaginativo.

Joshua Slocum

UNA PEREGRINACIÓN

(*Navegando en solitario alrededor del mundo,* 1900)

El 16 de julio, hacia el mediodía, tras considerables cuidados y con mucho trabajo, el *Spray* fondeó en Apia, en el reino de Samoa. Una vez que hice firme el cable del ancla, instalé un toldo, y en vez de irme inmediatamente a tierra, me senté a la sombra hasta el atardecer; desde allí escuché con gusto las musicales voces de los hombres y de las mujeres samoanos.

Una canoa que salía del puerto con tres mujeres jóvenes a bordo alzó las pagayas al pasar junto a mi barco. Una de las hermosas tripulantes, tras formular el cándido saludo de «*talofa lí*» («le quiero, jefe»), preguntó:

—¿*Schoon come melike*?

—Te quiero —respondí, y luego dije—: Sí.

—Tú, hombre, ¿vienes solo?

—Sí —respondí de nuevo.

—No lo creo. ¡Tenías otros hombres a bordo y te los comiste!

Ante esta humorada, rieron las otras.

—¿Por qué navegaste tanta distancia? —preguntaron.

—Para oírlas cantar —respondí.

—Oh, *talofa lí* —gritaron las tres, y se pusieron a cantar.

Sus voces melodiosas llenaron el aire, rodaron hasta el bosque de altas palmeras situado al otro lado del puerto, y volvieron. Poco después, seis hombres jóvenes vinieron en el bote del cónsul general de Estados Unidos, cantando al mismo tiempo que llevaban el compás con la bogada. Me traían una invitación del general Churchill para que fuese a cenar con él en el consulado. En todas las cosas de nuestro consulado de Samoa se advertía la mano de una dama. La señora de Churchill había escogido la tripulación para el bote del general y cuidado de que vistieran un elegante uniforme y supieran cantar la canción de los marinos samoanos, que ella misma, en su primera semana, ya cantaba igual que una nativa.

Al otro día, bien temprano, vino al *Spray* la viuda de Robert Louis Stevenson y me invitó a ir a Vailima. Yo estaba emocionado al encontrarme, después de tantos días de aventura, ante aquella mujer brillante, hasta hacía muy poco tiempo compañera del autor que me había deleitado tanto durante el viaje. Sus bondadosos ojos destellaron cuando comparamos relatos y anécdotas de aventuras. Me maravillaron algunas de sus experiencias y también los riesgos que había corrido. Me dijo que había viajado con su marido por las islas del Pacífico en toda clase de destartaladas embarcaciones; luego, reflexionando, añadió:

—Teníamos los mismos gustos.

Siguiendo el tema de los viajes, me regaló cuatro magníficos volúmenes con instrucciones de navegación para el Mediterráneo, escribiendo en la anteportada del primero:

> AL CAPITÁN SLOCUM. Estos volúmenes han sido leídos y releídos muchas veces por mi marido, y estoy bien segura de que a él le gustaría que pasasen a la clase de navegante que admiraba más que a ninguno.
>
> FANNY V. DE G. STEVENSON

Aquella señora me dio también un gran derrotero del océano Índico. Recibí aquellos libros, casi directamente de la mano de Tusitala, el que duerme en los bosques, con un sentimiento de emocionada reverencia. ¡*Aolele,* el *Spray* cuidará tu regalo con todo cariño!

El hijastro del novelista, señor Lloyd Osbourne, me enseñó la casa de Vailima y me invitó a escribir mis cartas en el viejo escritorio. Pero pensé que hacerlo sería presuntuoso por mi parte; para mí era suficiente con entrar al vestíbulo de aquella casa, con pisar el suelo en el cual Tusitala, el que cuenta historias, solía sentarse a la manera samoana.

Marlon Brando y Donald Cammell

JUEGO DE DAMAS

(*Fan Tan*, 2005)

Era hora de reparar el *Sea Change* antes de fundir los dólares en otras cosas. Una copa aquí y una chica allá —combinación a la cual después de probarla, y con no poco ingenio, Annie se había referido como «*cock-tail-party*»— y no tardaría en estar otra vez sin dinero. Compró una vela de segunda mano en buen estado —lona n.º 2— a un viejo artesano chino que le parecía de fiar y se aseguró de que Barney la colocara como es debido. Luego se dirigió a los muelles y allí dejó el barco dos días y una noche para que limpiasen el motor y reparasen la radio. Así fue como el *Sea* recuperó su buen color y el capitán Annie Doughty volvió a quedarse sin un dólar en el bolsillo.

Annie sonrió al pensar en esa sucesión lógica y ordenada de acontecimientos y volvió a sonreír —esta vez para sí, con esa sonrisa que los demás nunca ven— al comprobar que un sampán se acercaba a uno de los costados del *Sea Change*.

—¿Qué quiere? —le preguntó a un chino anciano ligeramente menos magro que el estrecho remo con el que gobernaba su embarcación.

—¿Capitán Dowty?

—El mismo.

El viejo levantó el brazo que tenía libre y, en el aire de la tarde, Annie pudo ver un destello blanco. El objeto, muy pequeño, voló hacia él y aterrizó en su manaza sin el menor ruido. Era un azulejo de Mahjongg, la llamada que Annie había estado esperando. Aunque no sabía si sentir alegría o temor.

—¿Viene? —preguntó el viejo.

—Enseguida, amigo —repuso Annie.

El sampán se abrió paso a través de los diez mil juncos. El anciano manejaba el remo con gran economía de movimientos. Un niño se sentaba en la proa con un sombrero calado hasta los ojos, que tenía fijos en Annie. La luz del cielo se iba disipando.

Annie no sentía aprehensión, sino una gran euforia. Aspiró la fragancia a flores y pescado que inundaba el aire, y observó con placer inextinguible el misterioso momento en que los diez millares de juncos encienden sus luces como si fueran uno solo. Esta acción marcaba el inicio de la noche. Los imprescindibles palos de incienso se encendieron ante los altares que adornaban embarcaciones grandes y pequeñas: altares a Tin Hau, diosa del mar y de los tanka. El nombre chino para el puerto de Aberdeen es Heung Kong: Puerto de las Fragancias. Quizás el olor del incienso, que se sumaba al de las flores y del pescado y al de la comida, fuera su origen. Annie recordó que la ciudad flotante que estaba atravesando era en realidad la madre de Hong Kong. Merecía la pena reseñar que los cimientos de aquel lugar fueran acuosos, y así se lo dijo Annie al chico de muchos modos distintos. Avanzando en silencio por las avenidas líquidas, más allá de las modernas moradas de madera de la ciudad, de sus inclinados andamiajes de mástiles y de la estentórea risa del crepúsculo, Annie sucumbió a su vena romántica y encendió un cigarrillo.

Avanzaron con rumbo Sur por el canal de Aberdeen y pasaron el rompeolas para entrar a sotavento de un islote llamado Ap Lei Pai, donde al otro lado de los juncos el accidentado litoral daba paso a las llanuras pantanosas de la pequeña bahía de Tai Shue Wan. Era el límite de la ciudad del agua, guardado por grandes juncos transoceánicos que fondeaban en soledad en lugar de hacerlo borda contra borda. Cruzaron un tramo de mar abierto abandonando el estuario de la ciudad del agua, y la noche cayó de pronto. Llevaban una hora remando cuando Annie vio luces y el bulto de un gran navío apareció en medio de lo oscuro con extraña brusquedad. Annie se preguntó si, durante unos instantes, se habría quedado dormido.

Era el junco más grande que había visto en su vida. Tal vez mayor que los de los viejos comerciantes de Fuzhou, que procedentes del Norte de cuando en cuando todavía recalaban por Hong Kong. Se trataba de un *mi-ting*, un mercante de tres mástiles construido a la manera tradicional cantonesa, aunque con casco de hierro, cosa rara en aquellos días. Quizás fuera muy viejo, eso era imposible de precisar, porque los chinos no habían cambiado el estilo ni los métodos de construcción de sus barcos desde hacía doscientos años o más. El castillo de popa se elevaba ocho metros por encima del agua y la pala del timón, enorme, estaba perforada por unos agujeros cuadrados que le permitían incrementar su movilidad. Tenía, aproximadamente, la misma eslora que el *Sea Change*, pero era mucho más ancho. Mientras subía por la

escala para llegar a cubierta, Annie calculó que debía desplazar unas doscientas cincuenta toneladas.

Vio a pocos hombres de la tripulación. Los barcos de aquel tamaño tenían varias cubiertas y todas bastante espaciosas. A proa y a popa se veían algunas luces bajo los toldillos. Junto a la escala había un hombre de corta estatura pero muy fornido que llevaba al cinto una pistola máuser de cañón largo y dos cinturones de cartuchos cruzados sobre el pecho. Sonrió. Más allá pudo distinguir la silueta de unos diez hombres que rodeaban un par de braseros de carbón junto a los que estaban cenando. El tintineo de los boles de arroz y las alegres voces le parecieron tranquilizadores. No se molestaron en mirar a Annie, que se fijó en la popa. Allí, ante la luz que subía de los camarotes, divisó la inconfundible silueta del señor Chung, el maestro de escritura que llevaba un traje blanco luminoso como un pájaro. Sus gafas emitían destellos.

Tampoco le pasaron desapercibidos —era imposible— los doce cañones, seis por costado, que estaban amarrados a la cubierta y ocultos por gruesas planchas de hierro que, sujetas por unos cables situados justo por debajo de los macarrones, tenían sin duda el fin de protegerlos y disimularlos. La mayor parte de las piezas parecían viejos cañones de doce libras de los que se cargan por la boca, pero al acercarse a la popa, Annie se fijó en que al menos cuatro de ellos eran modernos cañones de setenta y cinco milímetros. Constituían la artillería de campo básica del ejército chino —y eran copia de los Schneider franceses—, los habían instalado sobre cureñas especiales para adecuarlos a su nuevo papel. No tuvo tiempo de observar nada más, porque el señor Chung se aproximaba a él. Desde popa, unas figuras en sombras giraron para mirarlos.

—Capitán Doultly —lo saludó el maestro de escritura con una reverencia, su aspecto era impecable.

«Menudo sastre tiene este tipo» —pensó Annie levantándose la gorra con mucha educación.

—¿Qué tal va todo, capitán?

—Estoy algo confuso, señor maestro de escritura —repuso Annie, mirando a su alrededor con gesto de sorpresa. Tenía la impresión de que en aquellas circunstancias era la actitud apropiada.

—Capitán Doultly, *madame* Lai alegla mucho que usted venga a vel-la. Enseguida viene. Pol favol espele aquí —dijo el señor Chung y con gran ceremonia condujo a Annie a través de una puerta baja. El propio señor Chung debió agacharse un poco, Annie casi tuvo que encogerse. Para evitar el ahumado techo se dobló por la cintura y dio gracias al ver unos bancos junto a

los mamparos. Estaba en la sala del timón, que además servía como cuarto de derrota. La caña del timón no era más que un caño unido a la pala por cabos y poleas para que un solo hombre se bastase al gobierno de la nave si era necesario. Ese hombre debía responder como un motor a las órdenes que le gritaban desde la cubierta de popa, donde durante la navegación iba el *lio-dah* o capitán.

Una lámpara de aceite oscilaba sobre un girocompás. Junto a la mesa de navegación había un armario lleno de cartas náuticas y un viejo compás magnético inglés colocado sobre un armazón de bronce, todo lo cual constituía un equipo muy raro en un junco chino. Asimismo había dos estanterías que contenían un fusil Lewis y varios cargadores. «Este barco es un polvorín flotante», se dijo Annie.

En los mamparos de popa había otras dos puertas correderas laqueadas en rojo. Conducían a los camarotes de la propietaria y del capitán. Una se abrió y tras ella apareció *madame* Lai.

Ahora no necesitaba adoptar ninguna pose. Parecía cambiada, en su elemento. No llevaba ninguna joya ni adornos de jade y vestía una levita y pantalones, ambos de algodón negro y bien cortados, pero no muy distintos al traje de los domingos de cualquier culi cantonés. Además, iba descalza, como sus hombres. Detrás de ella iba una muchacha, su doncella o *amaj*, vestida casi igual pero con la cabeza envuelta en un chal. La chica se puso en cuclillas y miró a Annie con nerviosos ojos perfectos. Su ama no se sentó. Prefería moverse y sentir el océano bajo sus pies.

—Buenas noches, capitán Doughty. ¿Quiere un té? ¿Prefiere aguardiente? —preguntó con una pronunciación inglesa perfecta.

—Tomaré ambas cosas, gracias —respondió Doughty, y añadió—: perdone que no me levante.

Madame Lai sonrió —la sonrisa de las mujeres era algo que a Annie no le costaba conseguir— y pidió disculpas por haberlo obligado a tan larga travesía en un sampán.

—No importa —dijo él—, la disfruté —y añadió—: Sentía curiosidad por saber cómo había seguido mi pista con tanta precisión.

En verdad, sabía que era fácil para alguien con los recursos de *madame* Lai, pero también sabía que cierta adulación nunca venía mal. *Madame* Lai respondió con uno de sus pequeños ademanes, un gesto diminuto pero capaz de transformar los acontecimientos.

—Sigo la pista de muchos barcos, de muchos. Barcos grandes y barcos pequeños. Pero seré sincera: he venido aquí para venir con usted. Mi barco,

este barco tan magnífico que mi padre llamó *Tigre del Mar de Hierro*, salió de Macao esta semana temprano para que yo venga a verlo.

Una segunda *amaj*, más robusta y no tan guapa como la primera, les llevó té y *Stummelpfennig*. Mientras *madame* Lai y Annie intercambiaban cortesías, entró el capitán Wang Ho, patrón del barco. No tenía más de cuarenta años y era un hombre guapo y tranquilo, que en el cuarto de derrota debía también agacharse. Vestía levita de teniente de la Armada Real Británica a la que, muy cuidadosamente, una de sus esposas había añadido un par de barras para denotar su grado: capitán. Se había calado una gorra del ejército portugués, en buen estado y con visera, y llevaba su máuser en una cartuchera de cuero y madera. Le faltaban varios dedos de la mano izquierda y apenas hablaba inglés. *Madame* Lai se lo presentó a Annie de manera muy formal. El capitán saludó a Doughty con una reverencia y se retiró.

Durante todas estas ceremonias Annie siguió sentado en el banco. Tenía las manos apoyadas en las rodillas y se esforzaba por mantener una actitud abierta y receptiva. Pero cuando volvió a quedar a solas con *madame* Lai —y con la preciosa *amaj* en cuclillas—, Annie dijo:

—*Madame* Lai, me gustaría que me dijese lo que quiere que haga, cuándo quiere que lo haga y cuál es la paga.

Madame Lai adoptó su actitud más dulce.

—A los chinos nos gusta tomar tiempo antes de hablar de negocios —dijo, dando un sorbo a su tercera taza de té, era té *pao-li*, negro como el café etíope—. Pero como tiene usted la costumbre de hablar los asuntos con prisa yo haré igual —añadió y le dijo que era propietaria y capitán de dieciséis juncos armados—. El *Tigre del Mar de Hierro* es el más fuerte, pero no el más rápido. Tengo dos juncos muy rápidos, de quilla muy, muy suave —afirmó, con un movimiento de la mano.

Annie Doughty estaba cautivado por aquella mano y notó el raro y apremiante deseo de sentir sobre su piel aquellos dedos.

—Soy ladrona de barcos —dijo *madame* Lai, con un susurro—. He robado muchos, muchos barcos. Este es mi trabajo y era el trabajo de mi padre, así que sé lo que hay que hacer —aseguró con una sonrisa—. Soy la mejor ladrona de este mar —añadió, con un ademán hacia el Sur y otro hacia el Este.

«Eso es mucho decir», se dijo Annie.

Madame Lai prosiguió sin mirarlo. Mientras explicaba su posición frunció el ceño ligeramente.

—Hago muchos negocios de menor importancia, mantengo este mar en orden para los pescadores. Antes había muchos piratas en Macao, en Hong Kong, pero yo los eché —explicó sonriente—. Tuve que matar a muchos, tuve que hundir sus juncos. Después todos se fueron, todos esos piratas pequeños. Yo cuido a los pescadores, así que los pescadores me pagan. Todos los patrones me pagan. Cuido de cuatro, cinco o seis mil juncos.

Annie asintió educadamente. *Madame* Lai disfrutaba explicando su esfera de influencia como cualquier otro hombre de negocios de Hong Kong. Interrumpirla hubiera sido una falta de educación imperdonable.

A continuación, *madame* Lai dijo que en 1924 había comenzado a robar los barcos del hombre blanco. Era una decisión puramente empresarial, afirmó, esforzándose para que Annie entendiera que, en absoluto, la impulsaba el odio hacia los extranjeros.

—Los barcos de los *gwailos* —añadió, casi inadvertidamente— han quitado los mares y los ríos a mi pueblo.

A continuación ordenó a su criada que fuera a buscar más té. *Gwailo* era el término del lenguaje coloquial que los chinos usaban para nombrar a los blancos. Un término absolutamente despectivo al que no era educado recurrir en una conversación formal. Resultaba extraño oír esta palabra en labios de *madame* Lai.

Javier Guiamet

La Gran Ruta

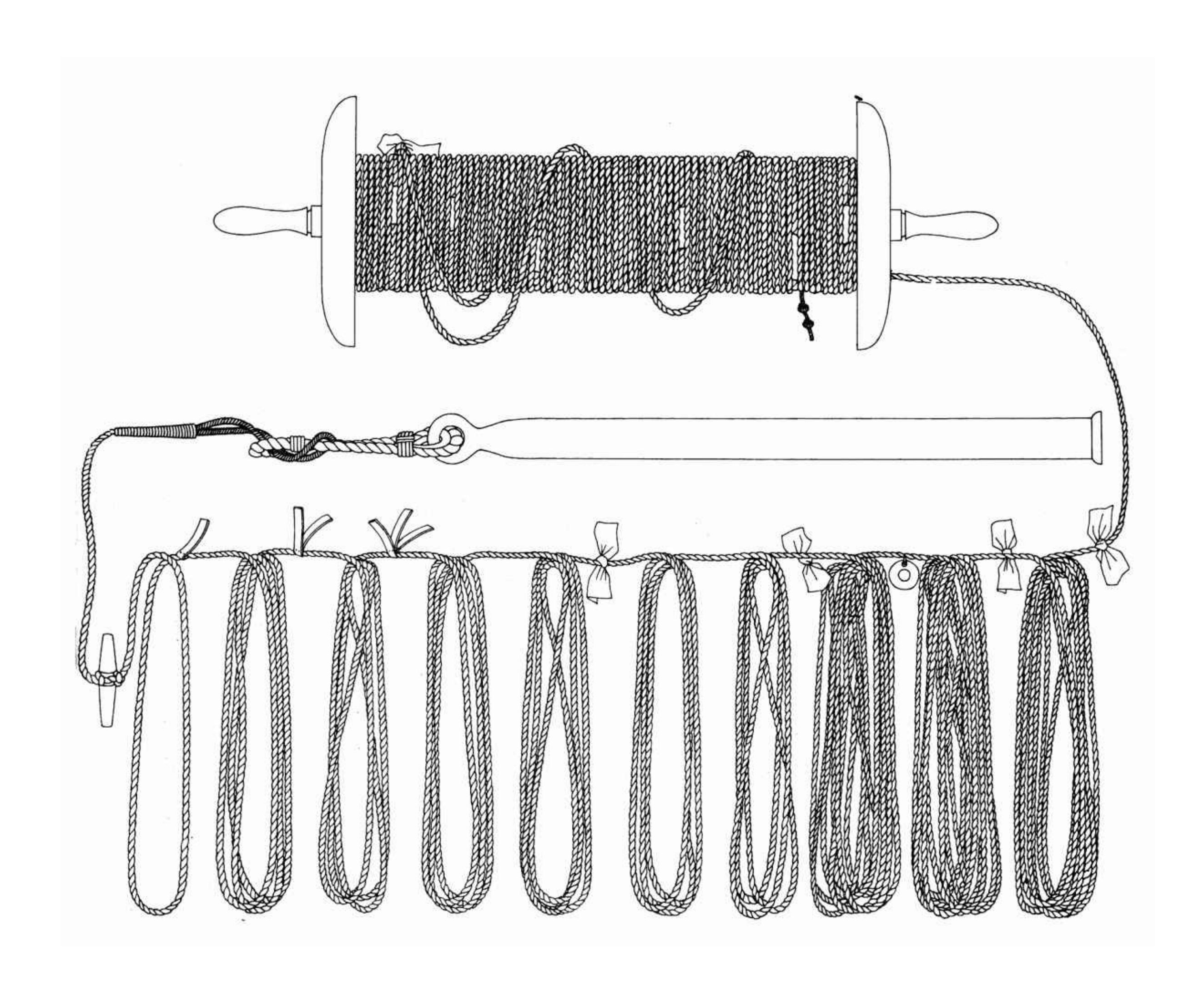
(2012, inédito)

Ya los piratas habían quedado atrás. También los filipinos devoradores de perros, ratas, hombres como perros y hombres como ratas. Caían en picada desde el hambre de barcos mercantes a la deriva, abandonados por sus dueños y por todos los gobiernos. A golpes de remo, hecho un vikingo enfurecido, Pablo los alejaba como si se tratara de espantar moscas. Con los piratas había sido más fácil. Con tan solo unos golpes de timón, virando por avante y luego en redondo, los habíamos hecho lanzar por sotavento, por barlovento, por proa, por popa y hasta en sus camarotes, el ron que desayunaban, almorzaban y cenaban. Así piratas, filipinos y cualquier otra amenaza se perdían en el horizonte.

Ahora, las costas de la Polinesia se bañaban de espuma y mujeres que salían a esperarnos, rogando que fuera suyo el puerto en que decidiéramos amarrar. Comidas, fuegos, danzas y placeres inimaginables nos esperaban en cada una de esas islas donde no quedaban hombres que hubieran sobrevivido a tanto deseo. Mujeres de polleras raídas y pechos desnudos nos esperaban con alegría y una voracidad inocultable en la mirada. Varias veces amagué llevar el timón hacia esas costas que nos devorarían, pero la mirada firme de Pablo, esa censura silenciosa, me lo impidió.

Porque ni los otros marineros eran el enemigo ni las mujeres botín. Se trataba del mar que se abría infinito ante nuestros ojos. De la proa al horizonte azul, bañado de sol, pleno de diamantes y nuevas aventuras.

Pero cuando menos lo esperábamos, el aleteo de un biguá sobre el agua nos recordó que todavía no habíamos salido del río Santiago. Estábamos en la milla cero de la Gran Ruta.



Notas

[1] Realizada a partir de una obra de Heinrich Heine. <<